

Luvina 117

~

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Invierno 2024

\$200

ISSN-1665-1340

ESPAÑOLA

**Yo mismo
y la generación
del cornezuelo**

ANTONIO GAMONEDA

Fragments

MENCHU GUTIÉRREZ

**Confía
en la gracia**

OLVIDO GARCÍA VALDÉS

El tobogán

ELENA MEDEL

Recreo

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

Yo no quería morir

JOSÉ OVEJERO

PREMIO FIL DE LITERATURA

La noticia

MIA COUTO

Arte

**Guillermo
Pérez Villalta**



señal INFORMATIVA

Lunes a viernes **7:00 / 13:00 / 20:00** hrs.



udgtv.com

+52 33 22 42 06 90 UDGTV44 CANAL44TV

radio.udg.mx

+52 33 20 53 69 75 RadioUdeG

Sintonízanos en tu sistema de cable:



En televisión abierta **canal 44.1**



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara

Ricardo Villanueva Lomelí
Rector General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrector Ejecutivo

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretario General

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Coordinadora General de Extensión y Difusión Cultural

Daniela Yoffe Zonana
Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura

Luvina

Silvia Eugenia Castillero
scastillero@luvina.com.mx
Directora

Víctor Ortiz Partida
vortiz@luvina.com.mx
Editor

Iván Soto Camba
isoto@luvina.com.mx
Editor

Xitlalitl Rodríguez Mendoza
xrodriguez@luvina.com.mx
Corrección

Andrés Gómez Servín
Diseño

Paola Llamas Dinero
Edición del sitio web

Griselda Olmedo Torres
golmedo@luvina.com.mx
Administración

Luis Armenta Malpica | Jorge Esquinca | Verónica Grossi
Josu Landa | Baudelio Lara | Ernesto Lumbreras
Antonio Ortuño | León Plascencia Ñol | Laura Solórzano
Sergio Téllez-Pon
Consejo editorial

José Balza | Adolfo Castañón | François-Michel Durazzo
José María Espinasa | José Homero | Christina Lembrecht
Jaime Moreno Villarreal | Luis Panini | Francisco Payó González
Vicente Quirarte | Patricia Torres San Martín
Carmen Villoro
Consejo consultivo

Programa Luvina Joven

Talleres de lectura y creación literaria
en el nivel de educación media superior

Paola Llamas Dinero
luvinajoven@luvina.com.mx

Luvina, año 28, núm. 117, invierno de 2024 es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural, Biblioteca Pública del Estado de Jalisco Juan José Arreola.

Periférico Norte Manuel Gómez Morín 1695, piso 6, colonia Belenes, 45100, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono 33 3044-4050

www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx

Editor responsable: **Silvia Eugenio Castillero**

Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102 e ISSN 1665-1340, proporcionados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.

Impreso en los talleres de Libros en Demanda, Periférico Norte 940, colonia Lomas de Zapopan, 45130, Zapopan, Jalisco, México.

Este número se terminó de imprimir el 27 de noviembre de 2024 con un tiraje de 1000 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Alín Ramírez
Mixedmedia.press
Diagramación

Comercializadora GBN
Distribución
Teléfono 55 5618-8551
comercializadragbn@yahoo.com.mx
comercializadragbn@gmail.com

Guillermo Pérez Villalta
Imagen de portada

Christian Castañeda
@xianofthedeath
Ilustraciones

www.luvina.com.mx
fb: /RevistaLuvina
ig: @luvinaudg



¿Qué significa

la historia literaria

de un país, de una región, del planeta completo?

¿Existen realmente pináculos imprescindibles,

o es cuestión de una moda o de la autopromoción?

¿Cuál es el conocimiento real de una literatura y cuál, ese rango de desconocimiento, de obras y plumas que se quedan en la sombra únicamente por no haber encontrado un cauce para publicar?

Aun cuando actualmente los canales de difusión están siempre abiertos a través de las redes sociales y la dimensión virtual, exportar literatura sigue siendo una tarea complicada y, a veces, imposible. Los escritores crean lazos con sus lectores en el país donde publican y, en general, ahí se conservan sus influencias, esa especie de pacto que hacen a través de palabras que se vuelven imágenes, historias y metáforas y nombran de otra manera el mundo. Esa complicidad se construye y no se logra fácilmente. Menos aún llegar a ser leídos en otros países.

Es por ello que en nuestra búsqueda de autores españoles preferimos —salvo algunas felices excepciones— hurgar en lo desconocido y encontrar autores nunca leídos en México. Leerlos nos permitió urdir una sinfonía de voces diversas, todas interesantes y de gran calidad. Voces, algunas, que no habían llegado a estos lares y que ahora —a través de las páginas de **Luvina**— van a ser parte del tramado de voluntades para entablar el encuentro y la complicidad con el lector.

Desde el Romancero medieval hasta el Modernismo hispanoamericano —surgido de este lado del océano— la literatura española ha sido manantial y heredera de la literatura latinoamericana, ha sido madre para luego ser finalmente literatura hermana.

En el mosaico de imaginarios y terrenos diversos de ficción, hay un hilo conductor que es el pasado trágico de una guerra civil y una dictadura, la libertad conquistada después de tanto silencio. Hay tumbas que se descubren con personas desaparecidas, hay personajes lisiados en la guerra y resentimientos que enfrentan a unos con otros.

En cierto punto de la historia de la literatura española, las voces de estos tiempos posmodernos se sublevan ante el pasado opresor y están dando frutos de gran calidad literaria. Mundos de ficción capaces de transformar el resentimiento en esperanza.

Luvina ofrece al lector un conjunto de textos poéticos, narrativos, ensayos, crónicas que dan cuenta del gran espectro de mundos vividos y por vivir, de lugares extraordinarios en los cuales sumergirse en este momento álgido de la historia mundial. ✖

Luvina 117

Yo mismo y la generación del cornezuelo	12
Antonio Gamoneda	
Fragmentos	17
Menchu Gutiérrez	
Confía en la gracia [Selección]	26
Olvido García Valdés	
Recreo	30
Patricia Esteban Erlés	
Poemas	35
María Salgado	
«Federico García Lorca representa a los desaparecidos».	37
Entrevista con Ian Gibson	
Dolores Tapia	
El perro de Lorca [Carta inédita]	45
Francisco Silvera	
Irse	47
Carlos Castán	
Letras españolas con orejas de burro y en contra del victimismo llorica [Fragmento]	54
Toni Montesinos	
Cómo guardar ceniza en el pecho [Selección]	62
Miren Agur Meabe	
El tobogán	68
Elena Medel	
Adviento	75
Juan Andrés García Román	
Fuerza mayor	82
Hipólito G. Navarro	
Me gustaría meter a todos los chicos que he besado desde el año 1999 en una misma habitación	96
Berta García Faet	

Yo no quería morirme [Fragmentos de un diario]	102
José Ovejero	
Poemas	110
Antonio Colinas	
Tomarás la sangre [Fragmento]	113
Pepe Cervera	
Pleroma [Selección]	121
Ángel Zapata	
Nostalgia del velero	125
Inés Mendoza	
Solo integral	128
Miguel Ángel Curiel	
En las manos, el paraíso quema [Fragmento]	133
Pol Guasch	
Poemas	139
María García Díaz	
A propósito de la nieve cuajada	142
José María Conget	
Poemas	159
Rodrigo García Marina	
Una cantidad de scroll absolutamente desproporcionada	165
Layla Martínez	
Gozo [Fragmento]	175
Azahara Alonso	
Diarios [Fragmentos]	183
Iñaqui Uriarte	
Humo Sapiens [Selección]	190
Víctor M. Díez	
Ratonera	196
Andrea Abello	
Nadar entre corales	199
Margarita Leoz	
Poemas	207
Su Xiaoxiao	

Quiero conocerte	210	La nada. Breve anacrónica de posguerra	285
Luisgé Martín		Julián Jiménez Heffernan	
Poemas	213	Y haz rodar sobre mí una roca roja de las ruinas de la gran casa	295
Miguel Casado		Bruno Mesa	
El loco de Lavapiés	215	Animales difíciles [Fragmento]	296
Manuel Vilas		Rosa Montero	
Poemas	222	Haz envés [Selección]	300
Carmen Hernández Zurbano		Pedro Provencio	
Coser y cantar	230	Rituales	303
Irene Vallejo		David Roas	
Poemas	232	Resurrección	314
Ildefonso Rodríguez		Antonio Orihuela	
Fredrikstadund	236	Latidos	319
Gonzalo Calcedo		Ana Gorría	
Poemas	242	La zanja	322
Jorge Riechmann		Ana Martínez Castillo	
Allá mi otro	249	Enunciación del vano	326
Carola Aikin		Juan Hermoso Durán	
Poemas	250	La continuidad de los fantasmas	330
Antonio Méndez Rubio		Gemma Solsona Asensio	
24 Praga, sus campanas, sus enigmas, y Kafka	251	Café Muller	332
Clara Janés		Laura Rodríguez Díaz	
Y si Kafka no fuera Kafka	257	On the Rocks	334
Juan Pedro Aparicio		Daniel Ruiz	
Un mal de familia [Selección]	258	Poemas	336
Juan Domingo Aguilar		Eli Tolaretxipi	
Baratijas	264	La calidad del aire	338
Maite Núñez		Eloy Tizón	
Seronda [Selección]	267	Mi memoria se congelará	345
Ana Pérez Cañamares		Los extraterrestres la descongelarán	
De su veloz vuelo	273	Ángela Segovia	
Ernesto Calabuig		Atrabilis [Fragmento]	351
No obstantísimas [Selección]	280	Pilar Martín Gila	
Julieta Valero		Grachus	353
		Eduardo Jordá	

Y ¡PUM! Un tiro al pajarito [Selección]	355	Poemas	426
Sandra Santana		Lola Andrés	
El infinito verde	360	La ciudad del miedo	429
Pilar Adón		Elvira Navarro	
beso político de cada amor que tengo [Selección]	363	Tríptico	435
Pablo López Carballo		Jordi Doce	
Los hombres	369	Síllithus	439
Javier Sáez De Ibarra		Enrique Falcón	
Azotea	376	Ahora	448
Natalia Deocón Buitrago		Óscar Hernández Campano	
Retrato y otro [Fragmento]	377	Pleamar	451
Javier Codesal		Aníbal Martín	
Stendher en Santandal [Fragmento]	381	Kolonaki	454
Moisés Mori		Luis Bravo	
Poemas	389	La letra rota [Selección]	465
Azahara Palomeque		Esther Ramón	
El personaje disconforme	393	Season 4	467
José María Merino		Carlos Frontera	
El volatinero	399	Poemas	476
Antonio M. Utrera		Daniela Martín Hidalgo	
Madison, los puentes de	402	Arquitecturas fugaces [Selección]	481
Clara Obligado		Viviana Paletta	
Reminiscencias	406	Gayme	483
Jenaro Talens		Jaime Sempere Roy	
Empate a cero	408	Poemas	492
Gloria García Urbina		José Saborit	
Poemas	411	Cesura	495
Olga Muñoz Carrasco		Benito Del Pliego	
De qué luz hablamos	414		
Marta Sanz			
Personas felices	415	La noticia	504
Pedro Ugarte		Mia Couto	
Poemas	418		
Aritz Gorrotxategi			
		PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES 2024	
		IN MEMORIAM ISMAÍL KADARÉ (1936-2024)	
		Tres minutos. Sobre el misterio de la llamada de Stalin a Pasternak [Fragmento]	508

ARTE

Guillermo Pérez Villalta XIII
Mediterraneidad

Imágenes de esta serie aparecen también a lo largo del número, en las páginas 11, 25, 29, 67, 81, 95, 164, 174, 189, 263, 272, 279, 359, 368, 380, 425, 428 y 438

PÁRAMO

El Santo vs. la poesía española 514
Luis Eduardo García

Etnografía y colonialismo: zoológicos humanos 515
María Negroni

Sergio Araht y su regreso a 1984 516
María Fernanda Matos Moctezuma

Contra la forma 517
Xitlalitl Rodríguez Mendoza

Julián Herbert: el oficio de la creación 519
Alejandro Noé Ramírez López

Mesa de novedades 522

La visitante. ¿Qué es eso que no te deja dormir?: Alberto Chimal 524
D. P. Snyder

El silencio de un monje 525
Manuel JPG

El ácido sabor de la fresa: un viaje literario a las profundidades del ser 527
Ernesto Castro

Sigilosas correspondencias en dos obras de Sor Juana Inés de la Cruz 529
Verónica Grossi

Rafael Medina Dávalos, in memoriam (1972 - 2024) 531
Alfredo Sánchez Gutiérrez

Manía, de Fanny Enrigue 532
Yolanda Ramírez Michel

Poesía andaluza: dos mujeres extraordinarias 535
Silvia Eugenia Castellero

España según Erice 537
Hugo Hernández Valdivia



Antonio Gamoneda

Yo mismo y la generación del cornezuelo

Subí la loma.

Abrí la tierra y no me reconoció. Sólo hallé líquenes y yerbas desconocidas.

Quise ver a los vencejos amarse en el aire pero los pájaros no existían.

Bajé a los sotos para advertir el temblor de los álamos y me extravié cortando estambres y escuchando sollozos.

Bajé también a las sernas:

busqué a los hombres afilando el dalle, pero en el centeno sólo había luz, únicamente

el cornezuelo crujía.

Los páramos se agotaban en carrizos y sombras; los robles apenas retenían rocío para las víboras; y las moras se desprendían rojas de las zarzas.

Nadie preguntaba por sí mismo; no había reconocimiento ni amistad; la costumbre

era el mundo vacío.

Oviedo, Asturias, 1931. Su libro más reciente es *La prisión transparente*, el último de una veintena de títulos reunidos en *Esta luz I y II* (Galaxia Gutenberg, 2004 y 2019, respectivamente).

Pensé en la muerte.

No, no fue así. Pensé en los ancianos viendo avanzar la muerte, sólo la muerte, sobre el campo amarillo.

No pensé nada más.

Esta es parte de mi historia, lo demás no ha sucedido.

Pero, ¿tuve yo un sueño?

Unos eligen vivir y otros soñar. Yo no elegí nada pero, fuese lo que fuese, sucedió en mí.

Las alondras aullaban y las yeguas volvían. Sus uñas levantaban pequeños relámpagos de las sendas trazadas entre amapolas.

Pero nadie arrendaba a las yeguas ni atendía a las alondras: no deseábamos frutos.

Desconocíamos la música y habíamos olvidado el rostro de nuestros amigos. Tampoco sabíamos que las lágrimas tenían un significado; confundíamos las de los hombres escondidos y las más ávidas de sus hermanas parturientas.

El grito de las alondras era alto y conciso, cada día más alto y conciso, como si anunciase un manantial o como si la sed habitase los campanarios.

Algunos camaradas preguntaban por el agua, nadie les contestaba y no volvían a preguntar. Otros escribían cartas ilegibles o viajaban a países inexistentes.

Sólo los que nos perseguíamos a nosotros mismos contestábamos con un gesto que no significaba nada o con otra pregunta que nadie podía contestar.

Todas las preguntas eran impertinentes; preguntar o no preguntar carecía de sentido. Nadie sabía nada de la dicha ni de la infelicidad. Se conocía el hastío pero nunca se hablaba del hastío.

Un día nos sentamos a jugar.

Nadie piense en vicios fascinantes: nos sentamos estúpidamente a jugar estúpidamente; jugábamos al renuncio, al monte, al dieciséis, al nunca.

Y perdíamos indiferentes. No conocíamos la usura

ni la generosidad.

Estando en renuncio, se produjo algo semejante a una dulzura espantosa: alguien se había suicidado.

La dulzura era como una carne muy blanda y dulce; triste también, de alguna manera. Su semejanza más cierta era la de una carne digerida.

Pero todo esto era un delirio, pudo no ser así.

Fuera como fuese,

dejamos el cadáver a la intemperie y cada uno se fue a su casa

a pensar los insectos.

Al día siguiente nos pusimos de acuerdo en olvidar al suicida, pero la dulzura se quedó con nosotros; rezumaba en los alimentos, en los objetos sudados y en el cuerpo de las mujeres.

Fue una mujer quien nos entregó la nota encontrada en la ropa del suicida:

«Lo he hecho para que sufráis».

Desde entonces,

sólo unos pocos abrían su puerta y pedían agua o mostraban una enfermedad. Hubo uno que abrió la puerta, no dijo nada y se alejó lentamente.

Iba a suicidarse.

Pasó tiempo.

Nos reunimos para dialogar, pero únicamente hablamos de insectos. Reflexionamos. Nos reunimos otra vez y gritamos hasta el amanecer

pero nadie comprendió a nadie

Una mañana, alguien vino a decir que estaba lloviendo en las hectáreas. Durante varios meses, calculamos el valor de las legumbres que no habíamos sembrado; lo calculábamos con precisión. Había noches que el espesor de la tormenta, su mordiente azufre, cegaba a nuestros párpados. Nosotros seguíamos calculando hasta el amanecer, no podíamos equivocarnos.

Algunos comenzaron a sospechar de las multiplicaciones.

Esto fue un año en el que no se dieron las condiciones objetivas. El cómputo de las legumbres se aplazó y los camaradas comenzaron a desaparecer.

Nada más sé de mi sueño; no sé si he despertado.

Llevo once días sin salir de casa,

he abierto los cuarterones y he visto las calles vacías.

Es el miedo.

El miedo a la mínima bestia concebida mediante laboratorios o murciélagos, unos y otros necesariamente asiáticos.

He cerrado los cuarterones.

He abierto una caja de cuero y he contado distraído fracasos y medallas.
Después,
he mirado las lilas del patio.

El hielo puede quemarlas esta misma noche, no sé si volveré a verlas.

Tengo frío.

Pablo ha muerto hace unos días. O unos meses. No lo sé bien, no lo
recuerdo.

Se ha posado una mosca en mi mano derecha.

Recorre venas, las azules, más gruesas, algo libará. Este año las moscas se
han adelantado,
aún no es abril.

No sé qué hice ayer.

Sí, ya recuerdo, palabras, hice palabras. Parecen ciertas pero no tienen sig-
nificado.

Nada tiene significado.

Yo tampoco tengo nada que recordar.

Ni que olvidar.

Pero,

¿quién estará ahora allí arriba, en la loma, arrancando líquenes y yerbas des-
conocidas, pensándose a sí mismo?

¿De qué hablo? No sé, no me concierne. ✱

Fragmentos

Menchu Gutiérrez

La casa cerrada durante tantos años ha mantenido viva la línea del teléfono. Sobrevivió a la muerte de mis padres, aunque desde la muerte de E nunca volvieron a poner el pie aquí. Y, sin embargo, conservaron la línea del teléfono, como si el cable fuera una suerte de cordón umbilical que les mantenía ligados al vientre de piedra que siempre fue esta casa.

Una de las primeras cosas que hice al llegar, tras abrir las primeras contraventanas de madera del salón, fue dirigirme al teléfono, y tras una pausa larga, con la respiración contenida, descolgar el auricular del viejo aparato. Me temblaba la mano. Si hubiera escuchado la voz del fantasma de mi madre no habría sentido mayor emoción. Con el auricular pegado al oído, el sonido de la línea del teléfono era un río uniforme, ininterrumpido, en el que no se producía la menor fluctuación; seguro, fiable, como una idea de eternidad.

Porque el agudo bordón prolongado me pareció y me sigue pareciendo una perfecta representación del tiempo.

No del pequeño tiempo, domesticado, que dividimos en segundos y minutos, o incluso en siglos, sino del tiempo que no se molesta en ser tiempo, del que no se estira ni se encoge y siempre está ahí.

Era humano, y es humano, también hoy, levantar el auricular y escuchar, como si fuera un fragmento musical, la unidad de sonido huérfano,

Madrid, 1957. Su libro más reciente es *La ventana inolvidable* (Galaxia Gutenberg, 2022), que recibió el Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro.

desheredado, deshauciado, de inimaginable principio o final, y decir algo, lo que sea, con la esperanza de que, al menos, a falta de interlocutor, la frase quede de algún modo subrayada por ese sonido, como en una enorme pizarra negra.

Antes, cuando esta casa y otras estaban habitadas, el flujo se detenía y las palabras cruzadas venían a intervenir en el tiempo, a acotarlo. Ahora, los aparatos, colocados a lo largo del tendido telefónico, me hacen pensar en las pinzas que la enfermera coloca en la vía del paciente, interrumpiendo la entrada del suero, mientras se introduce un antibiótico o un calmante.

De todas las formas posibles de imaginar al tiempo transcurrido desde la última vez que estuve en la casa, una podría ser el de un flujo incesante, en el tendido del teléfono, y en la cata consciente que acababa de hacer al descolgar el auricular.

El hecho de que el agua de la casa estuviera cortada y en cambio hubiera línea en el teléfono, convencida como estoy y como lo estuvieron mis padres, durante años, de que la casa es un ser vivo, parecería confirmar la terca creencia de que es posible separar el cuerpo y la mente. Y en ese marco, el agua tendría que ver con las necesidades fisiológicas de la casa y la línea de teléfono, con necesidades mentales o, incluso, espirituales.

No bastó con abrir el grifo, tuve que descender al sótano, abrir la llave de paso, y luego otra más, en el exterior de la casa. Entonces, el agua comenzó a inundar las cañerías y despertó su sistema circulatorio.

La casa estaba seca, momificada, casi muerta; y, sin embargo, la línea del teléfono la había mantenido viva, como a un cuerpo en estado de coma cerebral. Era como si primero mis padres y luego yo, sin saberlo, durante años, la hubiéramos mantenido viva, nos hubiéramos negado a que la desconectaran del aparato, hubiéramos confiado siempre en la posibilidad de que volviera a despertar, porque esa parte de la casa, la parte mental, el almacén de la memoria, era mucho más importante que la otra.

El teléfono móvil, que mantengo apagado, no podría nunca intervenir en la recuperación de unos sucesos que hablaban en otro lenguaje.

Fragmento de *La mitad de la casa* (Siruela, 2021)

(la construcción de la telaraña)

Sentado en el jardín, sobre un sillón de mimbre, ha cerrado el libro que estaba leyendo y medita sobre unas palabras que no termina de entender. Cierra los ojos, como si esperara que la oscuridad pudiera aportar otra clase de luz a esa última frase en la que las palabras parecen decirse al revés.

Cuando vuelve a abrirlos, distingue con toda claridad a la araña, inmóvil sobre la pequeña rama de un joven arce. Como si hubiera estado esperando un testigo, la araña lanza el hilo de seda que ha segregado y lo confía a la brisa. El hilo viaja por el aire, hasta alcanzar un pequeño pero poderoso helecho que se abre paso entre las piedras de un muro. Tac, el pegamento con el que estaba embadurnada la punta del hilo hace contacto con su azaroso objetivo y esta se queda pegada a la planta.

El puente de hilo creado entre el arce y el helecho le hace pensar en una comba infantil; luego, sustituye esta imagen por la del reflejo de un puente en el agua. Pero enseguida la araña, que hasta ahora tenía la actitud de un pescador —pasiva en el movimiento y activa en la atención al hilo de su caña— comienza a trabajar. Ese primer puente no era sino provisional andamio de su obra maestra.

La araña comienza a caminar por el puente colgante, mientras segrega un segundo hilo. En su avance, la araña se va comiendo el primer puente, el puente del azar, el puente sobre el que realiza sus maniobras, y en el segundo pone la intención, la medida exacta de la que va a depender su futura ciudad.

El segundo puente, más largo que el primero, vuelve a describir una curva laxa. La araña se dirige hacia el centro de esta comba y con su peso la convierte en una V. En el vértice de esta V anuda un nuevo hilo que comienza a segregar y que, dejándose caer como una plomada, convierte esta letra en una Y. Vuelve la araña a pegar el nuevo extremo del hilo a una roca, y ya tiene el centro de la telaraña, a partir del cual comienza a desplegarse en el espacio, a cubrirlo.

En muy poco tiempo, la malla, tan resistente como un diamante de seda, está terminada. El hombre admira la estructura y tiene la tentación de aceptarla sin más, de sumirse en el letargo de la contemplación. Sin embargo, hay tanto aire en esta ciudad, tanta carne de metáfora, que, para él, la telaraña se convierte enseguida en el almacén de un inmenso interrogante.

Para la araña, la tela es ¿una trampa para sus presas o la jaula de la que ella misma no puede escapar? ¿Exactamente qué alimenta con la perpetuación de sus huevos?

El hombre piensa en lo difícil que es distinguir entre una jaula y una trampa, incluso entre una trampa y un nido, entre un nido y un huevo.

¿Quizá sea la duración la que determine el nombre de una situación común a los huéspedes de una u otro?

Sea como fuere, él se siente profundamente conmovido al pensar que el primer movimiento de la araña fue confiado al azar, de que toda esa sublime ingeniería, dependía de una acción tan imprevisible como la brisa. O tal vez no, tal vez un movimiento de alcance tan impreciso en apariencia, no lo fuera en realidad, y de nuevo este problema se redujera a una cuestión de tiempo.

Piensa en un velero, detenido en mitad del océano, apresado en el cerco inmenso de una calma chicha, las velas pesadas como los brazos de un enfermo. El verdadero capitán medita en la proa de la embarcación como un monje, tiene la seguridad de que la brisa vendrá a hinchar las velas y volverá a propulsar el velero, y casi olfatea el movimiento por venir, e incluso la orilla que sabe que terminará por alcanzar aunque todavía esté fijada a un mapa de papel.

¿Y si el viento no regresara jamás?

Esta no es la pregunta de la araña, tampoco la del capitán del velero, es la pregunta del hombre, que vuelve a abrir el libro y piensa que tal vez eso es lo que significa la frase que estaba leyendo: puede que el viento no sea otra cosa que tu invención.

(el osario)

Desde un ventanal alto, de doble arco ojival y cristales emplomados, vemos un pequeño terreno seco y duro, una parcela de tierra sedienta y lánguida que hace pensar en un sudario extendido. Más que abandonado, es un lugar al que se viene a abandonar cosas, un lugar elegido por la muerte.

No hay restos de piel, ningún fragmento que sirva para identificar a simple vista el animal al que pertenecían estos huesos dispersos. Son muchos. Qué distinto es un osario de un cementerio. Tan distintos como un bosque y un jardín. Calcinados por el sol, estos huesos terminarán por transformarse en un polvo parecido al yeso. El viento lo transportará por el aire y polinizará territorios muy lejanos con su mortal indiferencia.

En el interior de esta enorme sala abovedada, que hace las veces de mirador sobre el osario, el esqueleto del animal prehistórico, apuntalado

por complejas estructuras de metal, pone en pie la maquinaria de la imaginación. La extraordinaria envergadura del animal desaparecido, otorga a la imaginación y al deseo unos músculos de proporciones gigantescas, a escala con la tarea que deben abordar. La imaginación se agiganta al pensar en el hambre de este animal. Se agigantan todas nuestras ideas, como si hubiesen madurado en los huevos donde se desarrollaban sus crías.

También el paisaje se agiganta y desborda los límites de esta sala de museo: la tierra está encharcada, los helechos tienen dimensiones arbóreas, los futuros fósiles son ahora presencias viscosas, y el dinosaurio, antes de que los números hayan sido inventados, cuenta con los dedos de sus patéticas y retraídas manos. Parecen garfios o los pétalos a medio abrir de una flor prehistórica.

El zumbido penetrante de los insectos se ve roto de pronto por una clase de graznido ya olvidado en el planeta. La misma imaginación desmedida piensa que quizá todavía resuene en algún punto de la Vía Láctea: el dinosaurio grazna todavía cargado de tierra, su muerte anunciada.

Sin embargo, el aire circula ya por sus huesos, ensayando una posible vida en el aire. La imaginación coloca algunas plumas de color verde sobre sus toneladas de carne, y en esta sala, en la que creemos mirar al trasluz, se escucha el grave aleteo de un pájaro.

Dos fragmentos de araña, cisne, caballo (Siruela, 2014)

Cuando, más tarde, Ella sale al jardín y cierra la puerta de su casa, ha perdido totalmente el miedo, sabe que tiene una cita y mira hacia el valle poseído por la niebla con la determinación de quien reconoce lo inevitable. El animal ha desaparecido y se da cuenta de que el valle es un caldero en el que hierve la niebla. El animal que surgiera del vapor ha descendido ahora a la mezcla primordial del caldero y la espera allí, confundido con el infinito potencial de sus formas.

Ella avanza un pie y luego otro; salta la cerca de madera y comienza un lento, lentísimo descenso por la pared del caldero, sumergiéndose, rodeada ya por la blanca emanación que sin embargo no puede tocar y siempre se coloca a un palmo de distancia de ella, como si entre las dos existiera una diferencia insalvable, la distancia de los fluidos irreconciliables.

Ella sólo reconoce el suelo bajo sus pies y lo demás pertenece a otro tiempo, futuro o anterior, nunca presente. El calor y el frío se confunden.

El sonido también parece haber caído en una emboscada, y Ella no sabe si lo que empieza a escuchar es el lenguaje encadenado de las hojas o reclamos animales secuestrados por la niebla. Continúa su descenso y percibe que también el sonido desciende al valle; que el sonido parece provenir del fondo del caldero de la niebla; que, a pesar del secreto que lo recubre, sólo el sonido posee orientación.

Paso a paso, Ella descubre la melodía que recorre el sonido, y paso a paso la reconoce como la melodía que escuchara en su sueño.

Los millares de ojos de la niebla comparten una sola boca y, en esa cavidad, una lengua roja, bien guardada, habla de un viaje.

Ella se encuentra junto al río, del cual sólo distingue una orilla y un solo costado de agua verde; junto a esa orilla cae de rodillas, apoyándose en el tronco de un árbol.

Ella sabe que al otro lado del río se encuentra el origen de la canción y aguza la vista, como si tuviera algún poder sobre la terquedad de la niebla y sus ojos, la capacidad de aumentar el sonido. Sólo percibe una presencia más oscura que la niebla, sin perfiles. Las palabras atraviesan una cortina de terciopelo blanquecino y se mezclan con el sonido de pisadas, las pisadas delicadísimas de un gigante. La canción no termina de hacerse y repite unas notas rebeldes, como si también esta tuviera que recordar una melodía incompleta.

Ella se sienta y apoya la espalda en el tronco del árbol. La voz deja de oírse y cree que la figura se inclina hacia el río para beber: cree ver el pelo negro, corto y lacio, y una mano que, abarquillada, toma agua y la lleva a los labios. Ella siente un terror repentino y, esta vez con claridad, ve la mano que sube, como el cubo de un pozo, también la posibilidad de ver su cara... pero la figura se retrae en el último momento. Ella puede ver cómo el hombre sin rostro se levanta, y cómo la mancha gris se adelgaza en la niebla hasta desaparecer. Vuelven a escucharse los restos de la melodía, deshilachándose.

Ella sabe que no puede cruzar el río, que está clavada a su orilla, como el árbol sobre el que se apoya, y que sólo su deseo vadea las aguas y sigue las contorsiones de la canción.

Sin darse cuenta, encuentra su abrigo desabotonado. Ella percibe cómo la niebla se cuela por debajo de la falda y empieza a operar en sus piernas. Respira entrecortadamente, suspendiendo la respiración, como si quisiera evitar el menor ruido, ofrecer la menor resistencia a esta labor. Millones de dedos fríos le bajan las medias de lana, millones de ojos son

testigos de la enorme lengua de niebla que sube y baja por el cuello y la nuca de Ella, de la sangre blanca que se agolpa en los labios, de la lividez de un deseo diferente.

Ella separa las piernas y ayuda al trabajo de la niebla, un animal que la olfatea desde la mañana, y que, perfectamente orientado, se arremolina a la entrada de su sexo. La niebla apuntala la flexión de las rodillas.

Ella separa los labios y pronuncia la aceptación. La niebla entra en Ella.

Para triunfar, la niebla no necesita embestir, y se limita a cerrar los ojos de Ella y a respirar en su interior, en el pasillo húmedo, donde el calor de las paredes se frota contra el frío extranjero.

Ciega de niebla y llena de niebla, Ella se transforma en un erizo y lanza sus púas, agigantada por el placer que la consume por dentro.

Fragmento de *Latente* (Siruela, 2002)

Como cada mañana, la mujer joven se dirige al espejo y, después de pasar revista a la arruga que divide su frente en dos hemisferios, abre la boca.

Enseguida, las dos lenguas salen disparadas, ávidas de comunicación.

Lo que vemos en el espejo no es una lengua bífida, sino dos lenguas —la izquierda y la derecha— perfectamente diferenciadas.

Ambas parecen inquietas y levantan sus extremos puntiagudos como cabezas de serpientes alertas.

La lengua derecha habla como un mercader, ordena su discurso —palabra número uno, palabra número dos, palabra número tres— y lo dispara, con un dejo vulgar que inspira confianza, con la habilidad de un subastador de pescado en una lonja, hacia el oído que espera pulcritud de ideas.

Por el contrario, la lengua izquierda apenas es capaz de hilvanar dos o tres palabras que salen atropelladas, y es en apariencia una lengua torpe, atrofiada. Sin embargo, cada palabra que pronuncia la lengua izquierda tiene un poder paralizante.

La mujer joven deja hablar a las dos lenguas y, con sufrimiento, contempla su falta de armonía.

Hasta que ya no puede más y se tapa los oídos con las manos.

Después, como cada mañana, enhebra la aguja y cose con sumo cuidado la lengua izquierda con la lengua derecha, hasta formar una sola.

Las lenguas se escurren entre los dedos, que embadurnan de saliva, pero finalmente se someten.

La mujer joven mira esta lengua artificiosa y siente la extrema tirantez, la fisura real que las separa. Sabe que esa fisura no es una herida que pueda cicatrizar.

La mujer joven cierra la boca y se peina delante del espejo, revisando una vez más la arruga vertical que nace en el medio exacto de las cejas.

Con ese reptil que lucha por abandonar la cárcel de los dientes, la mujer joven se pone el abrigo y cierra tras de sí la puerta de su casa.

La mujer joven piensa que al regresar por la noche a su casa volverá a descoser las dos lenguas y a sentir la misma desolación.

La mujer joven cree a su pesar que sólo una de las dos lenguas es importante, que una de las dos le sobra, pero tiene miedo a arrancarse la otra. ✱

Fragmento de *La tabla de las mareas* (Siruela, 1998)



Olvido García Valdés

Confía en la gracia [Selección]

que calmara el hueco nervioso en esa luz
que deja el sol al irse

llegaba la bandada dividida
en grupos de dos, cercanía querían, lo más
juntos y se adherían, negro y negro
airosos, verticales, a la casi ausencia
de salientes, un nuevo
estado propiciaban, no
duradero, no solitarios y aún
no gregarios, dulzura parecía

ansiedad
de imán y materia receptiva, era lo raro
que la luz fuera sustancia de vuelo, que la
cosa negra fuera luz y a ella se rindieran

no puede
la carencia ser reparada mas no impide vivir, mide
cielos vuelos pulmonar ansia, dibuja
ramificaciones nerviosas

Tan grande en proporción el corazón
de los animales temerosos, sin techo
era aquel rostro, anguloso y
disforme, venía de otro rostro, niño
cometa, espantapajarojotodo
sobre trigo. Atento, venía de la madre, alto
y afuera, raro en la escucha, gajos de boca

Santianes de Pravia, Asturias, 1950. Estos poemas pertenecen a su libro más reciente, *Confía en la gracia* (Tusquets, 2020).

grande. Entera soledad y tersa
piel, pared de cal, extrae de tres cuerdas
la música, recoge fruto granado de vida
en lo que hay. Aprender quién es el
enemigo ocupa la oquedad, temblor
y armonía áspera.

Risa

aun de vejez propia, baya roja
sin pavos, luna adelgazada cientos
de veces, un viento que cesara.

de la Edad Media a un mundo de ciencia
ficción avanzan con firmeza hombres ejecutivos
por subterráneos y trenes, Asia eran racimos
de rascacielos y ensenadas, junco
flotante, la inclinación dormida del invierno
en los rayos de sol, la inclinación
de cabeza, recorrer el mundo meridiano
por distintos paralelos, el tiempo
dilatado o de pronto cortante
perentorio, sin fe ni atrevimiento en estotro
traje de trabajo, de desamparo y sequedad
pues de la noche seca sale
saber de sí, rodea la corona
del diente e híncala en los verdes
pueblecillos colgados en el mundo con
su atavío y sustancia, sombra y ejecución
de caminos, charquitos de hermosura

He conocido bien a Louise Bourgeois; no hablé con ella, nunca la vi de cerca,
pero habría podido ser mi madre o, mejor, habría podido ser, como yo, hija
de mi madre, aunque casi de su misma edad. LB era una madre, yo misma,
era por el carácter, y como si hubiera vivido siempre con ella, siempre de vie-
ja, como si conociera su casa como para soñar con ella, y sus obras no fueran
obras suyas sino trocitos, retazos de conversación. Ella habría podido escri-
bir mis poemas, también mi madre, porque la vida fue la misma para las tres.

No sé si el mismo olor, pero la ropa sería la misma, y algunos alfileres que habría que clavar, una violencia y no dormir, la locura cristalina —hacerse añicos— y la plegaria.

Cejas blancas e hirsutas, negra cinta de terciopelo en torno al cuello; no vi fotos de LB con esa cinta, pero todo es transitivo y equivalente si de las vidas la evidencia lo dice, dos silenciosos monjes rumiando la desdicha, la palidez y lo negro, la finísima piel de quien vive en habitaciones interiores dedicado a la rumia y la plegaria en actividad constante, casi frenética.

No fueron como el anciano que sopesa los pequeños movimientos antes de hacerlos; yo lo seré, entregarse a la positiva medida de lo factible y confiar en la gracia, en lo benigno. OV y LB son mis siglas, emblema de cristal y no me rompo. He pedido un deseo y sola voy, con hechiceras.

en el nido o corola de una palmera
de hojas de lanza arrebujado
para el sueño

un jardín

del desierto para lo solo, pinchuda
alma la madre que vivió encerrada
siete días en hambre y sed, hecho
y lugar, la caseta o casita
como una ermita, no te llames
a engaño, topografía con los ojos
cerrados recorrida, habitantes, visitante
profundo el pequeño, un desfile
de presencias altivas, era esa
la luz que ampliaba el alvéolo, un resentir
el llanto como bóveda, negra
tierra de invierno, la dulzura y
el verde de una flama fría, luz
al revés, los sonidos
de pájaros, huesos gorriones
del mundo

en el frío al encuentro
de su muerte pequeña, o despacio
camina ladera arriba mirando los árboles
el aire y la mañana, un ahogo
de almendros, el hociquito blanco ✕



Recreo

Patricia Esteban Erlés

Mi hermano se murió de un balonazo, en el patio del recreo de los curas. Se quedó quieto en medio del campo y todos acudimos a ver si al menos se había hecho sangre o algo. La pelota seguía rodando después del golpe, pero nadie corrió a buscarla. Al principio mi hermano no se había muerto bien, se le movían un poco las orejas y también le temblaba la boca. «Levanta», le ordenamos cuando vimos que la muerte era un poco lo mismo todo el tiempo. «Levanta», porque ya queríamos ir tras la pelota roja que acababa de detenerse junto a la portería. Pero mi hermano nada, allí muerto desde hacía rato, con las mismas zapatillas que yo y mi pelo castaño, mi hermano con sus gafitas diminutas algo torcidas y esos ojos obstinadamente cerrados que alguien parecía haberle dibujado a toda prisa detrás de los cristales. «Levanta», y mi hermano repitiendo la muerte como cuando le gustaba una canción y la ponía mil veces en el viejo tocadiscos de mamá, hasta que las estrofas crujían y se rompían y la voz de aquella

Zaragoza, Aragón, 1972. Su libro más reciente es *Las madres negras* (Galaxia Gutenberg, 2023), novela ganadora del premio Dos Passos en 2017.

negra parecía la voz de una esclava en un campo de algodón, cansada de tanto decir lo mismo. Mi hermano allí, empeñado en seguir muerto cuando quedaban cinco minutos, eso calculamos, para volver a clase. Lo odiamos mucho, a mi hermano, yo el primero, porque tampoco había sido para tanto y se le estaba poniendo una cara satisfecha de protagonista, la misma que cuando se lo sabía todo, le preguntaran los curas lo que le preguntaran. Lo dejamos allí, en el centro mismo del patio, como si fuera el corazón parado del recreo, con mi pelo castaño y mis mismas zapatillas. Alguien que se sentaba cerca de la ventana dijo en clase que vio cómo el jardinero se acercó a él con un saco de esos donde solía guardar las hojas viejas que caían de los árboles. Sólo sé que salimos y el patio estaba desierto. Me fui a casa solo. Mi madre abrió la puerta, vestida de negro. Comí en silencio la sopa que me sirvió y me imaginé que mi hermano había ido a parar a un lecho de hojas blandas, del mismo tono amarillo rabioso que ven tus ojos cerrados cuando alguien te estampa en la cara un balonazo.

LA NIÑA MÁRTIR

La niña mártir deseaba caerles bien a las chicas de su clase. Ellas trazaron un círculo de tiza en el suelo y le dijeron que ese era el infierno, que debía entrar allí y quedarse quieta aunque las llamas la abrasaran si de verdad quería formar parte de su banda. *El demonio te afeitará la cabeza y aun así sentirás que te tira de las trenzas por toda la eternidad*, advirtió la capitana. *No verás más a tus padres, y ellos recibirán una carta de azufre que les dirá dónde estás, ¿vale?* La niña mártir aceptó temblorosa aquel trato porque no quería seguir sentándose sola en clase ni jugar con los caracoles del patio un día tras otro. Sus merceditas de charol atravesaron el óvalo de tiza y ella se dejó caer, sin preocuparse por si se manchaba mucho la falda. Cerró los ojos al apoyar la oreja en el suelo, casi aliviada porque le pareció que el fuego se acercaba con un crujido suave, como un gato amarillo que sólo quisiera ser acariciado.

GÉNESIS

Dios se apresuró a llorar la muerte del diablo antes que nadie, como un viudo triste que cabeceara, maldiciendo su lentitud de reflejos. Se volvió transparente por momentos, podía vérselo asomado a las ciudades, escudriñando las ventanas de las casas con su ojo de cordero degollado. Lloraba con los aspavientos ridículos de un borracho, se tiraba de las crines de plata llamando a gritos a su hermano, rogando que le dijera dónde estaba ahora,

para poder seguirlo, porque sin él no iba a volver a ser blanco y bueno y grande. Una mañana Dios se había muerto, de verdad y el cielo amaneció seco y gris, como una cama de hotel. Nos habíamos quedado solos. Hubo desconcierto y algunos suicidios. Duró poco. Alguien fue a buscar el muñeco de su hija y nos lo mostró al resto. Uno de los viejos ahogó un gemido de alivio. Fue el primero en santiguarse.

PLAGA

Una noche, una plaga de zapatos asoló la ciudad. Eran, se veía de lejos, zapatos de muerto, estrenados en un entierro, nuevos, inútiles, asalvajados. Los veíamos surgir de las alcantarillas, en manadas imposibles. Botitas infantiles de charol, zapatos negros de viajante, zapatillas de ballet de un blanco ruso y estepario. Una niña pequeña corría feliz, detrás de ellos. Le había parecido ver, en la estampida, uno de los botines de novia que habían sido de su madre.

MONSTRUOS DE COMPAÑÍA

1

El monstruo todavía nos tiene miedo. A ti y a mí, que damos sorbos cuidadosos a las tazas y nos lavamos los dientes después de cada comida, aunque algunas veces tú dejas resbalar la loza rosada de mi abuela o yo imagino que te haces trizas mientras contemplas al hombre del espejo. El pobre monstruo no se deja ver ni se alimenta de día, cuando sabe que tú estás tejiendo un puzzle sobre la mesa de la sala, un puzzle al que siempre le falta una pieza que yo mastico a oscuras en el cuarto de los trastos. Sólo vive de noche, nuestro pequeño monstruo inservible, que se tragó todo el pavor, que sabe que los gritos son negros y el silencio, un dolor que trepa como una mala hierba por las paredes de nuestra casa.

2

La niña fantasma vaga por los cuartos pisándose la sábana. Tiene cara de sueño y está despeinada, como si regresara de una larga siesta de domingo. Nadie se atreve a sentir miedo en su presencia. Cuando se acerca todos sonreímos como debe sonreírsele siempre a un bebé y tememos en secreto que se golpee al pasar, con la esquina de algún mueble.

3

El niño llora en la habitación del fondo, esa que nunca llegamos a pintar porque los tonos pastel que probamos en la pared cada primavera quedaban demasiado felices y se nos quitaron las ganas. El niño llora y tú dices «ya voy yo», porque a veces se nos olvida que para cuando llegues se habrá callado, se lo habrá tragado un silencio de aguas profundas y verdosas. Sólo nos queda esperar. Dentro de un momento lo oiremos llorar de nuevo, en el piso de arriba, o al descolgar el teléfono.

4

Siempre amé al hombre elefante. Le escribía cartas en blanco y negro y sufría porque nadie entendía su cara de nube. Nadie más que yo cerraba los ojos y sabía ver en el atormentado cráneo de Joseph Merrick un mapa, un paisaje de acantilado inglés oculto tras la niebla. Nunca contestó pero yo le escribía a cada ciudad y soñaba que los sobres llegaban a su carromato verde hoja. Joseph Merrick, Circo Insólito, barraca número 13, su mano de animal rasgando el papel, su mano de caballero alisando el pliego perfumado, leyéndome a la luz de una vela, a la vuelta de la función nocturna. Joseph Merrick lloraría salvajemente sobre mis letras heridas, avergonzado de aquel horroroso llanto de mamut, vestido aún con su traje príncipe de Gales y sentado sobre la paja seca de su jaula.

5

Violet y Daisy Hilton nacieron del breve encuentro contra una tapia de su madre con un hombre a quien nunca llegó a verle el rostro. Se fue sin ellas del hospital donde dio a luz, dejando un rastro de placenta en el colchón. La partera Mary Hilton se las quedó porque olfateó el negocio. Eran un monstruo hermoso, dos caras infantiles que sonreían a la vez y se giraban si alguien les hablaba, como dos flores buscando el sol. Les gustaba la gente. Seguían sonriendo en el circo, sentadas en su silla doble, con sus enormes lazos del mismo color que el vestido que llevaban puesto. Las miraban en las barracas y en teatros. Ellas saludaban con una graciosa reverencia y se sentaban. Eso era todo. La gente las miraba. A Daisy le daban mucha pena los elefantes de ojos enloquecidos en las jaulas, el león que languidecía humillado tras los barrotes, como un rey prisionero. Ganaron mucho dinero, Mary la partera y luego su hija. Daisy se enamoró de un relojero americano. Les costó mucho encontrar un cura que quisiera casarlos. Violet cerró los ojos la noche de bodas. El relojero se marchó al poco tiempo, estrujando entre las manos su sombrero

hongo. Invirtieron todo su dinero en una película que casi nadie fue a ver porque para entonces ya las había mirado todo el mundo. Luego vendieron perritos calientes y revisaron envases para una fábrica, en el pequeño remolque al que tuvieron que irse a vivir. Allí enfermaron de la gripe de Hong Kong. Nadie las atendió. *Daisy, cierra los ojos*, le pedía Violet a su hermana, a la que siempre trató como si fuera la menor de las dos. *Vámonos ya*.

RETORNO

Por pura fatalidad los gemelos Jenks nacieron muertos, con los cordones umbilicales enrollados al cuello.

Las abuelas de los niños se apresuraron a vaciar cajones llenos de ropa diminuta y a dismantelar las cunas. No había tiempo que perder y lloraban sin dejar de arrancar cortinas recién colgadas, mientras se asomaban a la ventana y lanzaban al cubo de la basura osos de felpa y chupetes precintados.

Todo el vecindario escuchó a la madre aullar noches enteras cuando volvió del hospital. Algunas veces el padre salía a hacer la compra y empujaba sonámbulo un carro vacío por los pasillos del súper. Cruzaba las calles con los ojos cerrados porque veía a sus hijos de piel azul en todas partes. Se preguntaba si uno podría estar siempre así, muriéndose por dentro, ahogándose a solas en un río tan negro.

Pero un día los gemelos Jenks decidieron dejar de estar muertos. El padre se había marchado hacía algún tiempo y la madre vagaba por la casa, llenando la bañera de agua, colgando corbatas de las lámparas, asomándose tanto al alféizar que hasta la muerte se compadecía de ella por más veces que la buscara.

Sólo ella los vio venir por el jardín desierto. Sus hijos trotaban simétricos en dirección a la casa, tan rubios como rubia había sido la abuela Jenks. Sabían reírse como dos niños vivos, vivos de verdad y la madre sintió un orgullo repentino. Pensó que estaban muy altos para su edad y que eran, sin duda, los chicos más guapos del barrio. Adivinó de pronto el nombre de los dos, su postre favorito y el cuento que solía contarles todas las noches. Amó de inmediato, con todo su corazón, las benditas muescas que habían trazado diez mil carreras de triciclos rojo en el flamante suelo roble del pasillo. Supo entonces que no había tiempo que perder. Por puro instinto la madre tiró de las mangas de la rebecca gris para cubrir del todo sus muñecas vendadas y sin pensarlo más salió a abrirles la puerta, antes de que ellos llamaran. ✱

María Salgado

nacen crecen y mueren es un
relato clásico

crecen mueren y nacen y la
frase «baldío dorado

durante días dormido»
no tienen en principio

sentido tendrían

principio si todo la
historia el relato la

memoria el sentido

creciera en
diferentes direcciones

de donde
nace a donde muere a donde nace se

moviera y así como se mueve quisiéramos
vi

virla comprenderla como es ¿cómo se
ría si no

tuviera fi
nal sí densidad mancha temperatura
—orientación y des— ?

un cuerpo vivo, no una recta

Madrid, 1984. Su libro más reciente es *Orientada a Stein* (Disbauxa Editorial, 2024).

nostalgia de la fábrica, no
 nostalgia del descampado detrás de la fábrica, no
 nostalgia del amor, no
 nostalgia del amor en el descampado detrás de la fábrica, no
 nostalgia, no
 el pueblo
 un almacén de Amazon
 una oficina central regional de
 Alphabet, el nuevo
 nombre de Google, no
 Live Nation, no
 no a la nostalgia, sí
 no a la poesía de la nostalgia, sí
 no a la armonía de la poesía de la nostalgia, sí
 estamos dos señales bajo la sal
 quedan dos minutos de democracia occidental
 porque siento que nosotros vamos a morir
 porque los hombres hacemos eso
 nostalgia del futuro, no
 nostalgia del no futuro, no
 nostalgia de la promesa incumplida de un futuro, no
 nostalgia de la promesa cumplida de incumplir
 la promesa de un futuro, no
 la corrosión del carácter
 la extinción de las especies
 el estadio terapéutico

 esta pequeña era ✖

«Federico García Lorca representa a los desaparecidos»

Entrevista con Ian Gibson

Dolores Tapia

Frente a un mundo en convulsión, la poesía necesita del silencio. Me lo digo hoy como un arrullo mirando la verdad del mundo, porque soy parte de una generación que leyendo *España en el corazón* (1937), de Pablo Neruda, entendió que Federico García Lorca era el espíritu de la libertad y que por ello tendrían que acribillarle.

Hace veinte años yo era una joven aficionada a la literatura; caí en Madrid buscando el rastro de la Generación del 27, un grupo literario capaz de erigirse como bandera y que aún hoy, se asoma por las calles, las avenidas y los cafetines de la ciudad. El grupo al que pertenecieron figuras como Rafael Alberti (1902-1999) o Luis Cernuda (1902-1963) fue capaz de crear un lenguaje propio ante el mundo, dar importancia al estilo y cultivar de manera profunda la metáfora. Federico García Lorca (1898-1936) es el emblema

Guadalajara, Jalisco, 1976. Es autora de obras de teatro como *Del rojo y la tinta* y *Teje mi corazón*. Actualmente trabaja en el proyecto *Lorca: un futuro inacabado*.

revolucionario de dicha generación y el poeta caído de la Guerra Civil Española (1936-1939), el perpetuo espíritu de un país en llamas.

En 1998 se celebraba el centenario del nacimiento del poeta, y el hispanista irlandés Ian Gibson (Dublín, 1939) publicaba *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, un libro cardinal —que ha pasado a la categoría de obra legendaria— para el entendimiento mundial del autor de *Bodas de sangre*. A través de sus páginas, durante mi estancia en España, fui construyendo la travesía, para viajar de Madrid a Granada e ir en busca del último camino recorrido por Lorca entre Viznar y Alfacar. Por supuesto, dicho camino ha sido transitado infinidad de veces a lo largo de los años por nosotros, los asiduos y apasionados lectores, los que pensamos una y otra vez que, al fusilarlo, al intentar aniquilarlo sin juicio y en secreto, lo volvieron eterno, multiplicándolo en todas sus dimensiones.

El trabajo de investigación de Ian Gibson abona, profundamente, a la memoria de un país entero y provoca en los amantes de la poesía de todo el globo terráqueo, una lucha contra el más cruel de los olvidos: el del corazón. Y ahí estaba yo a campo traviesa, con veinte años, buscando un olivo entre las carreteras de Viznar y Alfacar. Buscando un olivo como la sombra de los perseguidos, buscando una tumba para llevarle flores en 1999.

Ian Gibson ha publicado recientemente *Un carmen en Granada* (2023), un libro de memorias, así como la novela gráfica *Cuatro poetas en guerra* (2022), con Quique Palomo, donde vuelve a rendir honores a la cultura española. Siendo también el biógrafo de figuras como Machado y Dalí, el hispanista es el último bastión de toda una era.

Regresé, pues, a Madrid el pasado mes de abril, y fui a buscarlo al Instituto Cervantes en cuanto supe que presentaría el libro de un colega suyo. Me vestí como embajadora y acudí sin invitación; al final del evento, con apabullante seguridad, le dije que busqué a García Lorca en Granada hacía veinte años con el mapa de su libro, que era mexicana y que quería hablar con él. El irlandés me miró perplejo, hizo una pausa: «¿De México?», sí, le respondí, «Lorca hubiera amado México».

Gibson llegó a la Vega de Granada en 1965 para terminar su tesis doctoral. Sin embargo, de la tierra fueron surgiendo, en secreto, las historias innumerables, lo no dicho, lo no preguntado. El autor asumió como obligación moral investigar la represión franquista y a Lorca como protagonista. Publicaría después títulos como *La represión nacionalista de Granada en 1936* (1971, París; 1979, España).

Gibson y yo iniciamos la primera de nuestras conversaciones en un café de Lavapiés, él preguntaba con honestidad si en mi país, hoy, interesaba Lorca.

Son tiempos rudos para la poesía, pensamos ambos.
La poesía es magia, silencio, misterio:

Quando se hundieron las formas puras
Bajo el cri cri de las margaritas
Comprendí que me habían asesinado
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias,
Abrieron los toneles y los armarios,
Destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro
Ya no me encontraron

Fábula y rueda de los tres amigos (1929-1930).

La tarde del 16 de agosto de 1936, García Lorca es apresado por un grupo dirigido por el exdiputado de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) Ramón Ruiz Alonso, quien lo acusó de ser espía ruso, homosexual y de haber hecho más daño «con la pluma que otros con las pistolas». Al amanecer del 18 de agosto, en total secrecía, el poeta fue fusilado.

En nuestro encuentro, en una conversación que aún continúa en la distancia, el historiador puso en mis manos *El asesinato de García Lorca* (1971) y me dijo con vehemencia: «Nadie ha llegado nunca al fondo del misterio de Lorca». Frente a él, que ha buscado la verdad toda su vida, desde las tierras de Granada, pasando por los archivos de la nación y los protagonistas de la época —los más, ya fallecidos—, me callé la boca y me senté a escuchar, tratando de aprovechar los espacios que generosamente me dio para preguntar.

DOLORES TAPIA: ¿Por qué cree que Federico hubiera amado México?

IAN GIBSON: Sabemos que cuando Lorca va a Granada, en julio del año 36, va con el pasaje de México en el bolsillo porque su gran amiga y actriz, Margarita Xirgu, está en México después de haber estado en Cuba. Hay ya un revuelo porque se conoce el *Romancero gitano* (1928) y porque *Bodas de sangre* (1933) en América, ha sido un éxito. Ya saben de la fama de Lorca. Están esperando su llegada, hay entrevistas que yo no he visto, espero que alguien haya revisado toda la prensa de aquellos días. Federico tenía ilusión

de llegar a México, iba a dar una conferencia de Quevedo en Oviedo, y de ahí a Nueva York y luego a México. En aquel entonces estaba de embajador Alfonso Reyes —muy cerca de los Contemporáneos—, Lorca lo conoció en Madrid.

Él le escribe a su madre desde Cuba: «Mamá, si yo me pierdo que me busquen en Andalucía o en Cuba», yo añadido ahora «y México», estoy convencido de que habría hecho muchos amigos, además Buñuel andaba ya por ahí, entre México y Nueva York.

DT ¿Es necesario seguir buscando a Lorca?

IG Hoy Federico es el desaparecido más amado del mundo, ¡pero es un desaparecido! Queremos saber dónde está y llevarle flores, honrar al desaparecido más amado y llorado del mundo. Sabemos que hay otros, pero Federico los representa a todos porque él siempre estuvo del lado de los que sufren. La familia se ha negado siempre a decir nada sobre el caso, eventualmente han dicho —en un hipotético caso— que esto se transformaría en un carnaval, yo entiendo que iría mucha gente, pero estoy seguro de que irían (a llevarle flores) con mucho respeto.

Falta entonces que Laura García Lorca diga ante notario, que jure que su abuelo no sacó el cuerpo de Federico de ningún lado, pero no lo ha hecho, incluso ha dicho a cámara: «Yo espero que no encuentren a mi tío», y lo ha dicho porque señalan que García Lorca es un desaparecido entre miles y que no quieren que sea un caso especial. Yo no creo que se contentasen con pegarle unos tiros, yo creo que lo torturaron. Había uno de ellos, Trescastro, del pueblo de Santa Fe, lejano pariente de Lorca. Aquella mañana iba diciendo en los bares de Granada: «acabamos de matar a Federico García Lorca, yo le metí tres tiros por el culo, por maricón». La tumba de Trescastro no tiene su nombre puesto, con los años, a la familia le da vergüenza.

DT Durante tantos años de investigación ¿nunca se sintió en peligro?

IG Bueno, asustado sí, yo salía mucho por la noche para hablar con los hermanos Rosales (dueños de la casa donde apresaron al poeta), que eran noctámbulos. Me daban las cuatro de la mañana escuchando inventos, un poco me tomaban el pelo porque yo era el *guiiri*. El más falangista había muerto, todos ellos eran de ojos azules y poses muy granadinas. Antonio, el mayor, no quería a Lorca ahí en la casa. Habían dicho que los Rosales eran todopoderosos, y es ridículo, los poderosos eran los del ejército, ahí entonces sí había un riesgo. Yo creo que ellos vieron cosas que nunca contaron.

Luis Rosales, que fue académico y un gran escritor, nunca, nunca escribió su versión de los hechos. Habló con irlandeses, con franceses, pero, que yo sepa, nunca escribió su versión. Lo que sí dijo en algún momento fue que esto arruinó su vida. Su postura era muy difícil, y claro, cuando él salía de España y daba conferencias, le llegaron a tirar tomates. ¿Pudo haber hecho más? Es posible, pero no lo sé.

DT Usted buscó a Ruiz Alonso, implicado directamente en la detención de Lorca, ¿qué le dijo?

IG Ruiz Alonso me dijo que le dieron la orden desde el gobierno civil. Ese hombre era tal cual lo había imaginado, tanto por su libro como por sus artículos en el periódico *Ideal*, donde trabajó como tipógrafo en los años treinta. Despotricaba contra comunistas, rojos, republicanos. Yo llamé a su puerta en el Consejo Superior de Estudios Científicos, en el Instituto de Sociología. El gran Ramón Ruiz Alonso era ya secretario, tenía una voz alta, me hizo pasar y le comenté: «A mí me han dicho en Granada que usted participó en la detención de Federico García Lorca». Y me respondió: «Usted es la segunda persona —el primero fue Agustín Penón— que ha tenido los cojones de hablar conmigo directamente y yo le juro delante de Dios que le voy a decir toda la verdad, porque yo soy católico apostólico romano y usted tiene la valentía de venir aquí».

Me dijo que el gobierno civil le dejó una orden para que cumpliera con la misión de ir a detener a un rojo: Federico García Lorca. Él fue, y en la puerta de la casa de los Rosales le dijeron que no podían entregarle al poeta si no había un hombre en la casa. Entonces fue al cuartel general de la falange, donde Miguel Rosales tenía un puesto, y volvió con él, que fue quien convenció a la madre de que no había más remedio que entregarlo, que sólo iban a hacerle preguntas, que él lo protegería en el camino. Eso fue lo que me contó, yo no insistí mucho en la primera cita.

Le pregunté si había ido solo, porque en Granada más de quince testigos dijeron que rodearon la calle y acordonaron todo, que había sido un operativo grande. «¡Mentira!», me respondió. «Yo, Ramón Ruiz Alonso, no necesitaba que nadie me protegiera». Yo creo que me mintió totalmente y tenía todo preparado para cuando fuera algún periodista. Volví después y se dio cuenta de que llevaba una grabadora y comenzó a gritar: «Usted ha roto todas las puertas de la comunicación». Me ordenó que me fuera y fue la última vez que lo vi, en el año 1966. Cuando murió Franco se fue a vivir a Las Vegas, y ahí falleció también un año después, devolvieron sus restos en secreto a España y está, también, en una tumba sin nombre.

DT ¿Considera que la derecha está volviendo en el mundo?

IG En otros sitios estarán volviendo, pero aquí en España nunca se fueron. Ningún país de Europa tuvo una dictadura de cuarenta años. Y luego una Ley de Amnistía anterior a la Constitución, y salieron de la cárcel miles de asesinos fachas, mucha gente que siguió en sus puestos. Aquí no hubo transición de verdad.

DT ¿Por qué recuperar la memoria?

IG Porque queremos que España sea grande culturalmente, porque tiene mucho que ofrecer al mundo, es un país mestizo, pero la derecha no lo reconoce, es una hipócrita porque dicen que son católicos, pero no practican ni el amor al prójimo ni el amor a Dios, ni a nada. La derecha no reconoce la criminalidad de la dictadura franquista, se niegan a hablar de eso cuando saben que fue una sublevación ilegal y una dictadura criminal. Había un político (hoy expolítico español) Pablo Casado que pretendía suplir la ley de la Memoria por una que tuviera que ver con la concordia.

DT ¿El pasado cambia?

IG La memoria no es fiable. Ojo con la memoria, ojo con tu tendencia a ver las cosas de una manera.

DT En varias ocasiones ha mencionado que Lorca lo había salvado.

IG Por casualidad di con Lorca en una librería y bajé un tomo que tenía tres libros encuadernados juntos, con tapas verdes (todo eso está en el archivo de Fuente Vaqueros): *Cántico*, de Guillén; *Seguro azar*, de Pedro Salinas y el primer *Romancero gitano*, de Federico. Abrí el libro y leí el «Romance de la luna, luna». Aquel poema fue mi primer contacto con Lorca, creo no mentir cuando digo que fue una sacudida telúrica. Él mismo lo dijo siempre: «Yo soy un poeta telúrico, un hombre agarrado a la tierra que toda creación la saca de su manantial».

Cuando yo empecé a leer a cierta profundidad el *Poeta en Nueva York*, las entrevistas, el teatro, me di cuenta de que había encontrado mi vocación. Cuando en aquel entonces salió mi biografía de Lorca, nadie se había atrevido a mencionar la homosexualidad de Lorca, los investigadores no se atrevían a decir nada porque la familia les cerraba los archivos, pero cuando salió mi libro yo sí puse el aspecto de la homosexualidad porque reconocía el sufrimiento y el rechazo.

Desde los primeros poemas Lorca expresa su pérdida, hay constantes referencias al sufrimiento. Yo acabo de publicar mi biografía (*Un carmen en Granada*), nuestra familia era muy puritana, mi hermano me llevaba cinco años y era el niño mimado de mi madre, mientras yo vivía la vergüenza de no ser el número uno. Cuando se descubre que mi hermano es gay, fue una tragedia, yo tenía doce y él, diecisiete años; su mundo era otro, me contaba que había intentado con chicas, pero que no funcionaba. ¿Te imaginas? Mi hermano Alan era el guapo y el artista, por eso le dediqué mi libro *Lorca y el mundo gay*; era entrañable y sufrió muchísimo. Lorca tenía también esta sensación del niño abandonado, no porque lo fuera, por su forma de sentir. Fue estigmatizado siempre. Su hermano, Paco García Lorca publicó un libro titulado *Lorca y su mundo* que no mencionaba nada sobre su universo homosexual. Hoy por hoy vivimos en una época donde Lorca nos remite a todo lo actual.

DT Actualmente en España ¿se lee a Lorca?

IG Va tan de prisa todo. Hoy en día es muy difícil que los jóvenes lean, nos están acelerando el cerebro y es muy peligroso. Para leer un libro se necesita silencio. Los jóvenes aquí tampoco saben nada de la guerra ni de quién fue Franco, no saben nada de la represión.

DT Volvamos a la poesía, a la Generación del 27...

IG Fueron producto de todo un proceso que cristalizó en los años veinte. Cuando hay un proceso de transición después de la dictadura (o dictablanda) de Primo de Rivera, viene una tradición progresista que siempre hubo en España, la Institución Libre de Enseñanza que fundaron, en 1886, Francisco Ginés de los Ríos y otros amigos que fueron echados de sus cátedras por la Iglesia y por los Borbones —que siempre vuelven aquí los Borbones—, y fundaron una escuela libre de curas basada en el respeto al otro y subrayando la importancia de la cultura para la creación de primer orden.

Antonio Machado fue uno de sus alumnos. La residencia de estudiantes donde estuvieron Lorca y Dalí, procedía de la Institución Libre de Enseñanza, ellos practicaban eso, todo aquello tenía que ver con raíces alemanas, europeas, había mucha cultura. Ellos no se llamaban la Generación del 27, eran escritores más o menos de la misma edad: Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Emilio Prados, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, todos se admiraban y se conocían. ¿Cómo se explican esas floraciones culturales?

DT Lorca era, ha sido y es un disruptor...

IG *Yerma* (1934) fue criticada por pornográfica e inmoral. Habían querido encasillarlo en el poeta de los gitanos, pero él iba mucho más allá. Conocemos *El público* (obra entregada a Martínez Nadal en 1936), que no sabemos si está acabada realmente. Él en vida no vio *Así que pasen cinco años* ni *La casa de Bernarda Alba*. Es posible que esta obra también haya influido en su asesinato, porque Alba es un apellido real, y los primos se ofendieron porque creen que es un trabajo sobre ellos, los Valderrubio.

DT Para cerrar, hablemos de los poemas en prosa, del «Pequeño homenaje a un cronista de salones». ¿De dónde surge esta poesía surrealista y en prosa, que además es muy teatral?

IG Él lo hace para contestar a Salvador Dalí y Luis Buñuel que lo estigmatizaban. Dalí admiraba profundamente el «Romance sonámbulo», sabía perfectamente que Lorca manejaba el mundo onírico tanto como él...

La poesía lo conecta todo y hay caminos que se transitan por destino, me atrevo a decir que es el caso de Gibson. Por supuesto que alguien que intenta rescatar la memoria del olvido tiene sus detractores y provoca ciertas polémicas, sobre todo por las ineludibles lecturas políticas.

El peso de la verdad nos dice que Gibson es el hombre que más ha investigado el asesinato del poeta español más grande del siglo XX.

Al final de este encuentro, Gibson imagina con ilusión derrotada un pasado imposible: que Lorca hubiera tomado la decisión de viajar a México en vez de tomar el tren que lo llevó a Granada el 13 de julio. Pero la historia es contundente. Y como dijo Federico, entre todos sus presagios:

«El mar de pronto ha recordado el nombre de todos sus ahogados». ✦

Francisco Silvera

El perro de Lorca [Carta inédita]

[El estado del documento, cortado a trozos posiblemente por Gala, dificulta su lectura. Dada la importancia del mismo, hemos optado por enviar una transcripción diplomática para este homenaje]

1] Apeadero de San Pascual
2] 1929
3]
4]
5] Estoy en un cortijo de mi padre que se llama
6] Daimuz. Llegué ayer, tarde, me deshicieron las maletas y
7] me acosté, cansado de todo; vine a la Cuesta de Ajea, Asquerosa,
8] donde el guarda, y me acordé de ti. Sentado, palpando el aire
9] frío de las choperas y oyendo sus pelos de niña crespa,
10] me hundo desesperado.
11] «Mi amigo Lorca», «Federiquito»; el bruto aragonés,
12] ese machote que, según contabas, te prevenía contra «la
13] nefasta influencia del García», ha vencido; no paro de
14] a
15] pensar en tu cariño hacia mí, en el mío hacia [sic] ti, y tu
16] Ana Maric a
17] —hermana— y tu tía... «Federiquito», «Mi amigo Lorca», debí
18] olvidarte hace mucho... tu Luisito sí que es un putrefacto
19] y, como una comadre vieja, hasta que no nos ha separado
20] de suciedad
21] no sació su sed menstruo y de sangre sucia de vileza
22] Como un tonto me tragué lo del perro...
23] Me hablabas de un perro... ¡canalla! Aún no salgo
24] de mi asombro, cuando pude ver esa mierdecita
25] de película... ¡El perro soy yo!
26] Has caído, Dalí, en lo más burdo, toda

Huelva, Andalucía, 1969. Uno de sus libros más recientes es *Amor, Poder y Geometría* (Alhulia, 2023) con fotografías de Francisco Fernández.

la fiebre y el desánimo, lo suyo es hacer un esfuerzo y ponerse en camino. Me apetecía vagamente volver como un peregrino a los pies de la estatua de Gardel y recorrer de nuevo un jardín japonés que hay en el barrio de Compans-Caffarelli en el que en el pasado había creído hallar algo parecido a una respuesta vital de esas orientales que vienen siempre con su perfume a bálsamo y a haiku y a toda la calma que tu espíritu hasta ahora no ha acertado a merecer. Pero hubo otro factor más determinante: si miraba hacia el norte todo eran nubarrones negros y creo que al final fue eso lo que realmente me decidió, la imagen de mí mismo escribiendo en un tren que circula enloquecido hacia la tormenta.

Todo eran símbolos en mi ofuscación: la negrura del cielo, atravesar la frontera, el cuaderno en blanco. La otra opción era quedarme todo el puente en casa, los amigos que llaman para ver si ya estoy un poco mejor, si ya no lloro con sólo abrir la boca, si he comido o no he comido, si necesito algo. Y tú que me abandonas pero que no te atreves a soltarme del todo en estos primeros días y quieres estar al tanto de los efectos del desastre. Cada vez que me llamas pienso en esos aviones que sobrevuelan las regiones barridas por un huracán filmándolo todo para ver antes que nadie hasta dónde han crecido las aguas, el número de casas derruidas, la gente que agita los brazos desde las copas de los árboles y los tejados más altos, el sinfín de bultos allá abajo que podrían ser cadáveres. Llamas y, como los demás, quieres saber si por fin me he decidido a abandonar la cama, si la voz se me sigue quebrando al querer hablar, si he logrado pensar en otras cosas (cosas bonitas, que las hay, que no se me olvide), si me he afeitado o continúo pareciendo un pordiosero, si me he metido algo sólido entre pecho y espalda, cosas que lleven vitaminas. Haces tu estimación aproximada del desastre pero se te olvida luego enviar los correspondientes equipos de socorro. Te despides obligándome a prometer que cambiaré las sábanas sin falta y encenderé la tele y llamaré a alguien, todo a la vez. Y al colgar el silencio crece de golpe y me envuelve todavía más, entero, con su tela de araña, y me quedo pensando en ti, con un vestido rojo, dejándote caer en paracaídas sobre el islote de naufrago en el que quedaron arriadas todas mis banderas. Tu pelo es más rubio que nunca, tus piernas parecen las de una niña que se columpia feliz en el parque de su barrio. A medida que descienes se ve más claro que estás sonriendo al mirarme pero antes de llegar al suelo te vuelves de vapor y desapareces.

En cuanto atraviere la frontera me quedaré incomunicado porque no he querido hacer las gestiones necesarias para que mi móvil admita llamadas internacionales. Noto cómo esa idea de alguna manera me reconforta, no sin cierta vergüenza por lo que de puerilidad supone: de pronto soy un niño que se oculta para ver cómo lo buscan y poder notar desde su escondite el progresivo aumento de la angustia de sus familiares, la apresurada organización de las batidas de búsqueda; soy un niño al que llaman a gritos y, a pesar del frío y la congoja no responde sin saber siquiera por qué no puede hacerlo, qué fuerza extraña convierte en inaudible gemido todo conato de grito en su garganta, y permanece allí callado e inmóvil, hecho un ovillo entre los matorrales, en mitad de la noche, rodeado de sombras y ladridos y linternas lejanas. Aun con algo de sonrojo, soy un niño al que no quieren y ha decidido irse. Todo el tren es un niño que se escapa, que corre bajo la lluvia hacia la boca del lobo. Lloro agazapado en esos matorrales, en un vagón en marcha, camino de la frontera, concentrado en las carreras de las gotas de agua sobre el cristal de la ventanilla como lágrimas veloces que de improviso salen disparadas en la dirección más insospechada, apretando en mis manos un cuaderno en el que mi fiebre ya ha empezado a escribir sus primeras palabras, dubitativas y temblorosas, con la sensación, una vez más, de estar ensuciando algo que hasta mi llegada fue bello y valió la pena. Como cuando metí las manazas en tu vida y me planté como un bulto en mitad de tu tiempo, que era dulce entonces y apacible, y dejé mis huellas grasientas en el centro de tu pensamiento. Soy el temblor de esa mano que escribe y el niño sobrecogido y a la vez la cólera de los dioses más bárbaros. Las dos cosas: la tempestad y el árbol roto. Sí, soy el trueno también, soy el cielo negro de Portbou cayendo a peso sobre un tren de juguete que avanza a duras penas junto al mar. Quiero matar al hombre que va dentro, quiero que descarrile de una vez por todas tanta deriva a tuestas hacia el desastre.

Al llegar a Cerbère el temporal había amainado bastante dando paso a un cielo irreal, de colores horteras, como queriendo imitar un decorado de opereta. No me importó que hubiera que esperar un buen rato antes de tomar el tren francés que iba a llevarme a Toulouse porque de esta manera me daría tiempo de volver a ver con cierta calma uno de los edificios que más me habían fascinado en viajes anteriores: esa especie de barco con vistas a las vías que es el hotel Belvédère du Rayon Vert, con su nombre evocando mi infancia de Verne y mi juventud de Rohmer, con su sala de

cine, cómo no, con su pista de tenis en la azotea, con su teatrillo inglés. Es como un buque fantasma de proa desafiante perdido en el paisaje equivocado, junto a la enorme confusión de postes y cables y hierros y las toneladas de balasto pringado de hollín. Bellísimo y desprovisto de sentido, apenas conoció los cuatro años de gloria que van desde que se terminó de construir hasta el inicio de la guerra civil. Creo que lo amo por desubicado y absurdo y porque en mis sueños he muerto ahí más de media docena de veces, escuchando los silbatos de las locomotoras y los gritos de despedida allá abajo, rodeado de cortinajes y lámparas *art déco*, a mitad de camino entre un templo del refinamiento más rebuscado y la casa de los horrores de cualquier parque temático, oliendo a una mezcla de alquitrán y mermelada de frambuesa, café recién hecho y pura herrumbre de raíles y calderas. Tampoco hay tantos sitios en los que haya soñado morir, pero este es sin duda uno de ellos, justo al lado del mar y en plena frontera, tierra de nadie, tierra mía, a pocos metros de los frescos que en los años cuarenta José de Zamora pintó en las paredes del comedor para pagarse la estancia de sibarita arruinado. Deseé una habitación allí, no tener que ir a Toulouse, no tener en el bolsillo unos billetes para volver a Barcelona dentro de unos días por la Tour de Carol, ser otro. Otro al que una monja de aparatoso tocado le pone en la frente una compresa empapada en agua fresca, alguien con sombrero, desmemoriado, llegado de muy lejos con un baúl repleto de americanas cruzadas y libros viejos escritos en idiomas que nadie más puede leer, alguien así de solo, alguien sin teléfono ni nombre, cuyos fantasmas hubieran quedado para siempre atrás, en una ciudad nevada al otro lado de veinte o treinta ríos de aguas grises. Más o menos los que hubo de cruzar Walter Benjamin hasta llegar al pueblo del otro lado de la frontera la víspera de la noche en la que, en un hostel de tres al cuarto, cercado por la Gestapo, buscara una muerte de opio silenciosa y nocturna.

En estas montañas todavía es posguerra, y lo será siempre porque no es posible mirarlas sin visualizar las columnas de hombres, mujeres y niños pasando al otro lado por los puertos, hambrientos y mal calzados. Todavía están en pie los árboles que en su día los vieron arrastrarse por los senderos, vencidos, apoyándose los unos en los otros, y subir en zigzag hacia las cumbres en pleno invierno. Quinientos mil, dicen, en el curso de unos pocos días. Muchos de ellos acabaron en las playas de Argelès-sur-Mer, cavando fosas en la arena para protegerse de la tramontana, a un lado el mar helado y al otro las alambradas de espinos vigiladas por soldados senegaleses.

Vuelvo a subir a un tren que se ha detenido bajo la enorme marquesina de la estación de Cerbère. Noto que la fiebre me ha subido bastante durante este rato. Creo que es un tren de deportados. A mi alrededor escucho rumores. Hay viajeros que se preguntan a dónde nos llevan. La mayoría ni responde ni quiere saber, se asoman por las ventanillas o se sumergen en sus libros y periódicos. Frente a mí se ha colocado una mujer que también parece huir de la guerra. Como las columnas de exiliados en tromba, como yo. Me llama la atención cómo junta las rodillas al sentarse y la forma de colocar el bolso en su regazo. Su tez es realmente pálida y se ha empleado a fondo con el pintalabios. No quiere cerrar los ojos pero tampoco mirar a ninguna parte. Por un instante pienso que podría vivir con ella un amor de otro mundo o de otro tiempo, uno de esos amores imposibles porque siempre faltan visados y sellos especiales para huir juntos o hay pasaportes retenidos en la *préfecture* a causa de algún asunto turbio, sospechas de espionaje, problemas en todos los idiomas. Pienso que nos separarán más temprano que tarde, que seguramente nos llevan a campos diferentes. Y entonces me olvido de ella. Pienso en trenes, en los que mis padres cuando eran novios iban a ver llegar a la estación de Huesca, su estruendo, su humareda; pienso en la canción «Orly» de Brel y en mi recuerdo suena como la más bella y terrible del mundo, pienso en la locomotora que partió en dos el cuerpo de Víctor Mira en algún lugar perdido de Alemania; en todo tipo de trenes atravesando la noche, los que unen amantes y los que van a descargar al matadero; en el vagón refrigerado para el transporte de ostras frescas donde viajó el cadáver de Chéjov desde la Selva Negra hasta Moscú, dos mil seiscientos veintiún kilómetros de infamia. En esos y otros trenes, en los trenes perdidos sobre todo. Me quedo dormido con el rotulador en la mano sin saber qué palabras escribir en mi cuaderno.

En Toulouse hace un día espléndido. Fotografío, como un turista más, la estatua de Carlos Gardel desde tres o cuatro ángulos diferentes. Al hacerlo, no sé por qué, me vienen a la mente unos versos de su «Arrabal amargo»: «no digas a nadie que ya no me quieres, si a mí me preguntan diré que vendrás». Al cabo de un rato, mientras tomo un café, borro todas las tomas. Finalmente, logro encontrar el jardín japonés, me obligo a recorrerlo muy despacio, con las manos atrás, respirando como Dios manda, mirándolo todo cuidadosamente. No hay respuestas para mí esta mañana. No hay nada. Saco de la mochila el cuaderno y en él escribo media línea con mi mejor caligrafía: «cereza, tormenta, nube, flor...». Por supuesto la tacho al instante.

El pequeño salón de actos donde tenían lugar las ponencias y proyecciones estaba presidido por una bandera de la II República. Siempre me he preguntado por qué luce tan bella la enseña tricolor en todo el sur de Francia, igual que me conmueve el hecho de que después de tantísimos años —estoy hablando del 2014— sea imposible contar aquella historia sin que a quien habla se le quiebre la voz. Ocurre siempre, el año pasado en Saint-Lary, el anterior en Pau... La gente se muere pero las lágrimas pasan de generación en generación. Hay descendientes de exiliados que ya no son capaces de expresarse en castellano pero a los que se les queda rota en la garganta la palabra *Espagne*. Cada vez.

Han apagado las luces para volver a poner uno de esos documentales que uno tiene la impresión de haber visto ya tantas veces sobre el exilio español en Francia y mi estado febril lo agradece porque ya empezaban a pesarme demasiado los párpados. En los primeros fotogramas aparece sobreimpresionada una cita de Alberti a modo de introducción: «Pero vino la paz y era un olivo de interminable sangre por el campo». Y creo que es a partir de allí donde empiezo a entenderlo todo, viendo aquellas lágrimas en la pantalla a la vez que no dejo de sentir este cansancio infinito en las piernas. Soy un exiliado. Me alejo de ti, de lo que más amo, quiero y no quiero mirar atrás. Aparecen más versos del destierro, esos de Emilio Prados que dicen «y yo cruzo tus caminos y jamás volveré a verte». He cruzado las montañas, no conozco a nadie aquí, mi teléfono no hace ni recibe llamadas. Esos parias ateridos de frío que salen en la película envueltos en mantas de la Cruz Roja con el mentón tembloroso contaban con el dolor también tras la fuga y con todo tipo de penalidades; fuesen a donde fuesen, el hambre y el desgarró los tenían ya presupuestados, el tormento lo daban por hecho. Lo que hacían era huir de un dolor a otro. Siempre que se huye es de un dolor a otro. Se limitaban a escapar allá donde pensaban que iban a hacerles menos daño, hacia el mal menor, unos centímetros menos de herida en todo caso. La ausencia de daño jamás pasó por su cabeza. Tampoco yo confío en sonreír un día como lo hacía antes, cuento con que permanezca para siempre la sombra que ha quedado donde estabas tú. Cambiaron las balas del pelotón por una escudilla con sopa y toda la añoranza del mundo. A muchos les esperaba un confinamiento de largos meses en playas batidas por el viento, y luego la línea Maginot, y la nieve metida en las botas hasta llegar a Mauthausen, por ejemplo, y todo era mejor que una fosa improvisada junto a la carretera. Irse es la canción.

Tú eres un país, mi niña, un país que dejo sabiendo lo mucho que añoraré sus suaves colinas. Y tiene cientos de embajadas ese país repartidas por todas partes, en cada primavera del mundo, en muchachas riendo por la calle, en las más de mil canciones que me obligarán a apagar la radio a toda velocidad, en las flores de cualquier naranjo. Y yo cruzo tus caminos: no los recorro, los cruzo en desbandada. Irse y arder. Y era dulce tu centro, y salado a la vez, y tan dulce. Y jamás volveré a verte. Irse y quedar helado. Aprenderé otro idioma, serán en otra lengua todas las palabras de mis cuadernos. Combatiré en trincheras que vendrán, conoceré prisiones y enfermedades y trabajos. Y quizá me encuentre vivo todavía un tiempo de paz que traiga al menos fábricas y pucheros humeantes. Acaso la sogá termine por aflojarse un poco. Me haré muy mayor, me cansaré de todo, nadie querrá ver mis viejas insignias ni mi pañuelo rojo de miliciano ni las fotos arrugadas que guardaré en una caja. Ni tu anillo. Y tampoco nadie entenderá del todo por qué, después de tanto tiempo, hay un nombre que aún no sé decir sin romper a llorar *et non plus pour quoi je laisse passer autant de moments perdus sur le balcon sans pouvoir m'arreter de regarder vers le sud.* ✱



Letras españolas con orejas de burro y en contra del victimismo llorica

[Fragmento]

Toni Montesinos

Un buen día, José Ángel Mañas publicó lo que llamó un «manual urgente para jóvenes y no tan jóvenes» sobre las obras cumbre de la literatura española. El título podía resultar provocador y sin duda era por completo desenfadado: *La literatura explicada a los asnos* (Ariel, 2012), aunque el trasfondo fuera culto. El autor madrileño, a la hora de escribirlo, tenía muy presente el ejemplo de Bertold Brecht: «Walter Benjamin, que era amigo suyo, contaba en alguna parte que Brecht tenía en su despacho, junto a su escritorio, un borrico de madera con un cartelito que decía “hasta yo debo de entenderlo”. De ahí el título, que lo que quiere decir es “la literatura explicada de tal manera que todo el mundo lo pueda entender”», afirmaba el narrador en declaraciones al periódico *La Razón* recogidas por mí.

Barcelona, Cataluña, 1972. Este texto es un fragmento de la introducción a *Un mundo de novela. Lecturas de narrativa española e hispanoamericana* (de próxima aparición en prensas de la Universidad de Zaragoza).

Para completar semejante idea, al abrir el libro teníamos una cita de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, «donde se sugiere que los asnos pudieran ser, más que los ignorantes, los señores que se dedican a escribir diccionarios, lo que le daría un nuevo matiz al título con el que estaría bastante de acuerdo». A partir de este enfoque, Mañas encaraba lo mejor de la literatura española a partir de capítulos breves y tono directo, dejando espacio para la reflexión sobre la escritura cinematográfica y otros registros literarios como las fábulas o incluso el cómic. Pese a todo, decía, «hay géneros menores que no me interesan demasiado, como el epistolar (que me produce gran repulsa), y otros que he querido reivindicar, como el aforístico, al que dedico un capítulo entero». Y añadía: «Resulta indignante que hayamos tenido como compatriota al auténtico príncipe del género, Gracián, entronizado por inteligencias tan superlativas como Voltaire, Schopenhauer o Nietzsche, y que no le prestemos la más mínima atención».

En este sentido, es de agradecer una reivindicación de autores clásicos autóctonos que podrían perfectamente seguir siendo de referencia internacional, frente al papanatismo español de mirar con admiración lo foráneo, por el mero hecho de serlo, por parte de aquellos que se posturan con ánimo por completo acrítico ante prestigios muchas veces prefabricados franceses o alemanes, por no hablar de lo que da en llamar al profesor Jesús G. Maestro el procedente del imperio de la anglósfera. Ya lo dijo María Zambrano al inicio de su texto «La mirada de Cervantes» (véase *La ambigüedad cervantina*, Guillermo Escolar Editor, 2023): «No pecamos nosotros, los españoles, por exceso de celo en el culto de nuestros clásicos; pocos pueblos son tan desatentos y distraídos en esa especie de deber que es la atención a los grandes creadores». Pero ¿a qué estamos esperando para abandonar este tópico victimista, dejar de decir que escribir, en España, es llorar, y, de una vez por todas, valorar la grandeza de nuestra literatura, leyéndola, anclándola al presente?

Este cansino lamento se encuentra en todas las épocas y es del todo estéril, además de aparentar un signo de inferioridad, por no decir de infantilismo, frente a otras letras nacionales. Mariano José de Larra, tras visitar París y apuntar en un artículo aquello de que «escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo», hablaba de que hacerlo en la capital francesa implicaba otra cosa: era escribir «para la humanidad». En contraste, ser escritor en la capital española no sólo era para echarse a llorar, sino aún

peor: «buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta». Suponía, en definitiva, escribir para nadie.

Pero soy yo, y una cantidad infinita de escritores, los que escribimos en comparación para persona alguna, o para unos pocos, hoy más que nunca, cuando se ha certificado lo que Germán Gullón señaló en *Los mercaderes en el templo de la literatura* (Caballo de Troya, 2004): el hecho de que hacia el año 2000 llegó el final de la Edad de la Literatura, al producirse «un cambio radical en el panorama de las artes: la preferencia del hombre culto se trasladó de lo verbal a lo icónico, lo que vino a empañar un panorama cultural posmoderno ya de por sí confuso». Larra, en cambio, y el resto de autores que convoco en este libro, siempre serán leídos, o al menos siempre serán recordados, o estarán presentes de algún modo, siquiera en medios académicos o perteneciendo a cierto imaginario colectivo, tan atento a veces más al personaje —con todo su anecdotario biográfico salpicado de turbaciones, morbos varios o una muerte suicida— que a su obra concebida con esfuerzo, talento y, por lo visto, lágrimas, muchas lágrimas.

El paso del tiempo es un vendaval que distorsiona lo que pasó en realidad, dejándonos con una síntesis que realmente parte de una opción de voluntad nuestra, de la manera de interpretar el ayer. Así, miramos admirados, por ejemplo, la narrativa decimonónica como un hito dentro de la literatura universal, pero sus protagonistas también se extendieron en lamentaciones sobre el escribir y el leer. Benito Pérez Galdós, en «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» (*Ensayos de crítica literaria*, Península, 1990), se quejó de algo que en su momento le preocupó pero que se llevó el vendaval del olvido, dejándonos lo importante, su propia obra: que la mayor parte de sus coetáneos usaban elementos literarios extraños, impuestos por la moda; o que las novelas que se escribían tenían una vida efímera frente a un público frívolo que únicamente buscaba un pasajero deleite, una distracción fugaz con un libro en la mano; que el género literario que se escribía y daba rédito económico era el de la novela de impresiones y movimiento, que era terrible para el arte a ojos del autor.

Galdós también incurría en el tópico de hablar bien de la Europa literaria diciendo que las revistas y las publicaciones periódicas divulgaban traducciones de obras extranjeras «relativamente muy buenas» frente a las de escritores nuestros, «muy débiles», sin notar la obviedad de que lo que llega de fuera viene seleccionado de entre lo mejor que se ha producido allende nuestras fronteras. Asimismo, se mostraba comprensivo con el literato que, en efecto, sólo podía ver su profesión desde «un pesimismo

horrible», al estar obligado a ir a salto de mata, de periódico en periódico, en busca de un mínimo sustento, lo que le hacía difícil «escribir obras serias y concienzudas de puro interés literario». Pero imagínense si Cervantes se hubiera visto así —él, que sufrió el cautiverio en Argel, que guerreó y por ello perdió la funcionalidad de un brazo, que pasó penalidades económicas— y se hubiera enfascado más en quejarse de lo que implicaba sentarse a concebir poesías, obras de teatro o relatos, que en escribir *La Galatea*, las Novelas ejemplares o *El Quijote*, un libro este, como bien dice Jesús, Maestro en su *Crítica de la razón literaria*, en que se encuentra todo el genoma de la literatura universal de todos los tiempos.

Con aquella alusión a Gracián —del que uno leyó con provecho *El criticón*, en años universitarios—, que tanto significó para pensadores famosos del continente, Mañas intentaba poner de relieve obras que no han merecido tanta fama y, seguidamente, rebajar otras que han sido tradicionalmente mitificadas. De modo que cualquier lector interesado podía reparar en cómo veía más lógico que nuestro libro nacional pudiera ser *El Lazarillo de Tormes* antes que *El Quijote*, dado que esta novela de autor desconocido conectaría con más afinidad con nuestra actualidad: «La sicología de este joven que va pasando de amo en amo y apañándose como buenamente puede para sobrevivir en el siglo XVI español me parece mucho más cercana al mundo contemporáneo, mucho más inteligible y me atrevo a decir que mucho más característicamente española que el idealismo incorregible de un señor de Quijana que ve gigantes allí donde hay molinos». Lo que no matiza Mañas, pero que sin duda sabe, es que el texto cervantino es justamente lo contrario, una parodia del idealismo, por medio de la supuesta locura de su protagonista, y una demostración de que la vida sólo puede vivirse desde la imposición de la más estricta realidad.

En todo caso, nunca le convenció la adoración «casi mística» que se le tributa a la obra cervantina, y ante la extrañeza que esta afirmación me provocó, o en torno al hecho de que pudiera resultar polémica para los estudiosos, Mañas no vacilaba en responder que, sin quitarle a Cervantes nada como figura suprema de las letras universales, «a la hora de escoger un libro nacional nos hemos decidido a escoger el libro más largo, más difícil y más excepcional, cuando a lo mejor podría haberse escogido un libro más breve, más sencillo y más característico. A mí siempre me ha parecido que el *Lazarillo* cumple con estos requisitos. Es una novelita de apenas cien páginas, de una plasticidad literaria excepcional, y si fuera el

libro nacional todos lo habríamos leído». Una opinión, cuando menos, digna de plantearse, siquiera para poner en danza esos dos textos clásicos y traerlos a nuestro día a día.

Ciertamente, ya lo decía también Galdós, la novela popular siempre ha tenido predicamento entre el público lector español, «sin duda por las tradiciones de nuestra novela picaresca, cuyos caracteres y estilo están grabados en la mente de todos. Es más fácil retratar al pueblo, porque su colorido es más vivo, su carácter más acentuado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo». Así las cosas, una vez transcurridas las décadas, los siglos, lo que un día fue popular puede ser leído hoy como algo culto, *difícil*. Mañas procuró, en su afán por hacer que el lector reaccionase y por hacerle pensar, «bajar a los clásicos de su pedestal para hacerlos más cercanos, eso sí, sin faltarles en ningún momento al respeto. Ningún texto malo soporta el escrutinio universal tanto tiempo».

No cabe duda de ello; tampoco, de que las grandes obras siempre son contemporáneas de espíritu, mezcla de muchos estilos, de ahí que el mismo narrador, además, abordara el presente literario dedicándole un apartado: «Algunos de los rasgos que uno asocia con la posmodernidad artística —el pastiche, la recuperación juguetona de estilos artísticos pasados, la hibridación de géneros, la difuminación de las fronteras entre la serie A y la serie B artística o la libertad artística absoluta— no son nada nuevo». Y es que, siguiendo las palabras del *Eclesiastés*, nunca hay nada nuevo bajo el sol.

En cuanto a la literatura pretérita, Mañas tenía claro con qué obras se quedaría (ateniéndonos a la narrativa): los ya citados (*Platero y yo*, los aforismos de Gracián y el *Lazarillo*) más *La Celestina*, *Fortunata y Jacinta* —«Galdós fue un auténtico gigante a cuyos pies crecieron los autores del 98, que nunca consiguieron desprenderse del todo de su sombra»—, *La Regenta*, las memorias de Baroja, el teatro de Jardiel Poncela, los cuentos de Aldecoa, los artículos de Camba, los ensayos de D'Ors, los textos viajeros de Cela, los diarios de Trapiello... Todo un canon para atraer la atención, urgente o no, de los jóvenes o de los no tan jóvenes; esto ya no importa en un periodo de descenso imparable de los conocimientos literarios en la población y en que se abre paso la Ignorancia con la fuerza de un meteorito dispuesto a impactar, tan duramente, que hará que se extinga toda criatura surgida de la imaginación literaria.

Me refiero, claro está, a la cultura *woke* como sinónimo de la muerte del intelecto, al nuevo orden moral impuesto por minorías rabiosas y ofendidas, amparadas tristemente por políticos de todo pelaje y hasta por las

instituciones de orden universitario. Y ahora yo incurriré en el papanatismo que denunciaba antes indicando que los autores que están escribiendo en contra de semejante degradación de la libertad e inteligencia humanas no están entre nuestro universo hispano, hasta donde alcanzo a saber, sino en el extranjero, por ejemplo en sendos trabajos de los que me ocuparé enseguida.

Antes, hay que decir que hace escasas fechas aparecía un estudio sobre un poeta francés que fue un alma libre, un librepensador, alguien que Antoine Compagnon calificaba de moderno antimoderno en su *Baudelaire, el irreductible* (Acantilado, 2022), pues cabía encontrar siempre al autor de *Las flores del mal* en una continua ambivalencia. Este catedrático de literatura francesa en la Sorbona recogía así un rasgo nuclear de un Baudelaire que tuvo un ánimo ansioso de resistencia ante el mundo moderno que florecía en el segundo tercio del siglo XIX. El poeta lo condenó, pero se benefició de lo que aquella sociedad generaba, alrededor de los ámbitos de la prensa o la fotografía, además de vivir el entorno prostibulario, el de las drogas y el alcohol, en una postura de bohemia rebelde y exhibicionista.

Surgía un hombre al que todo le repugnaba, que todo lo criticaba agriamente, aunque anhelara publicar en los periódicos y dejarse retratar. En fin, este escritor atacó el ambiente contemporáneo, en lo urbano y social, posicionándose en contra de todo. Tal actitud, hoy, en la dictadura de lo políticamente correcto, ¿sería posible? Se sucede lo que dan en llamar *cancelaciones*, silenciando a autores célebres, incluso por lo que dicen sus personajes ficticios, ya sea un clásico antiguo como Chaucer o una autora contemporánea como Harper Lee, con excusas de racismo, judeofobia o misoginia, más el ejemplo, más reciente, de Agatha Christie.

Y es que ahora todo es diferente a antaño, cuando pensar en lo que era un lector *sensible* indicaba que se trataba de alguien apto para apreciar los matices del lenguaje, la belleza de una metáfora, la audacia de una determinada estructura poética o narrativa, o la originalidad del enfoque elegido para llevar a la suprema libertad de la literatura un asunto concreto. En la actualidad, es otra cosa. En la posmodernidad, el raciocinio y los conocimientos han sido sustituidos por la búsqueda de lo sensitivo, en que no es necesario saber de nada, ni tener criterio, solamente ser una persona y tener ganas de opinar de todo y siempre. El despropósito ha llegado a la lectura, como saben los aficionados a Roal Dahl o Ian Fleming, a los que hay que *corregir*. En cualquier caso, será una cruzada infinita, interminable, pues siempre prorrumpirá quien abandere el hecho de sentirse ofendido por una cosa y otra, en torno a la raza, el género, la nacionalidad, etc.

Semejante estupidez de cancelar autores insignes por lo que una vez crearon, repitámoslo, en uno de los pocos terrenos en que cabe toda la libertad, el de la ficción literaria, le ha tocado a la Reina del Crimen, tal y como informó la prensa británica en marzo del 2023. De modo que «los misterios de Poirot y Miss Marple tienen pasajes editados por lectores sensibles para las últimas ediciones de HarperCollins». De este modo, de repente las palabras que hoy se consideran ultrajantes y que ayer eran correctas, y quién sabe mañana, han sido sustituidas por otras o eliminadas, junto con lo que hoy se estima como insultante, más las referencias a la etnia de algunos personajes. Ya no será posible ver en las novelas de Christie, en determinadas ediciones, alguien que sea descrito como un negro, un judío o un gitano, o cosas que tengan que ver con el pecho femenino, o incluso el término «oriental», pero tampoco se considera ya decente decir «nativo», por lo que es preferible reemplazarlo por «local».

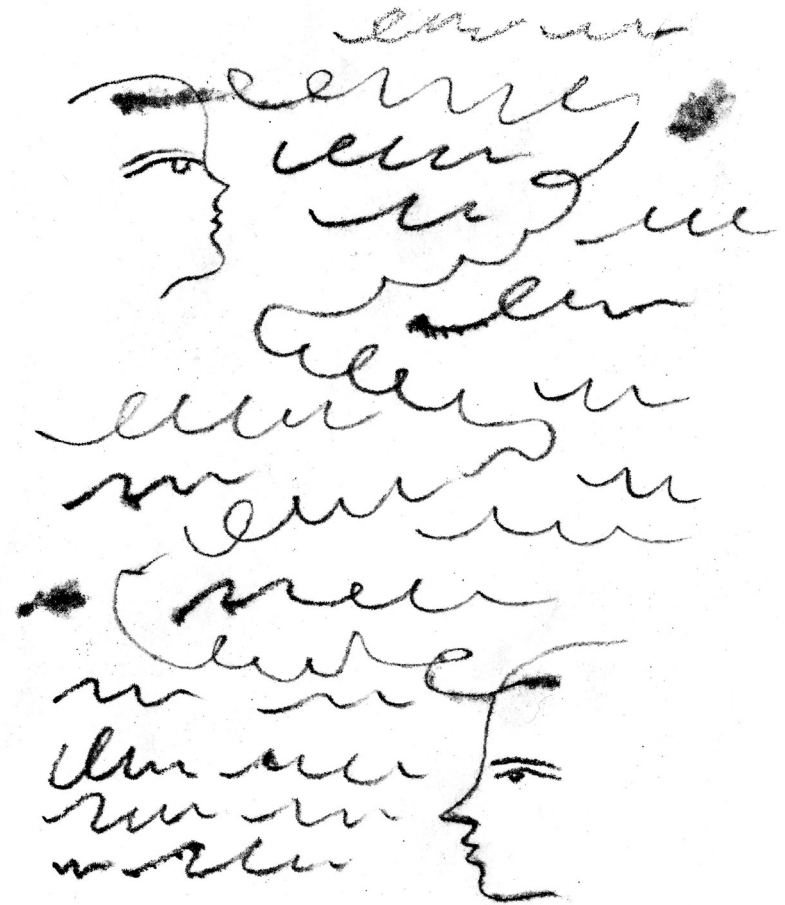
En resolución, el lector del siglo XXI que se acerque a la narrativa de Christie, al menos en el ámbito anglosajón, ya no será, por tanto, el mismo que en su día tuvo entre sus manos un ejemplar de la obra de 1937, mil y una veces editada y traducida, *Muerte en el Nilo*, protagonizada por Poirot, en la que se hace un comentario negativo de unos niños. Asimismo, la historia de Marple de 1964, *Misterio en el Caribe*, ya no tendrá una reflexión sobre un trabajador y sus dientes blancos, quién sabe por qué retorcida manera de verlo. Y por supuesto, ya nadie será «gordo» o «feo», ni será posible aludir a la nariz grande de algunos personajes por ser algo susceptible de antisemitismo.

Uno se pregunta, entonces, qué será de la andadura de Sophie Hannah, una narradora estupenda que tuvo el permiso de los albaceas del legado de Christie —su nieto, que comanda la Agatha Christie Limited— para escribir varios libros del detective belga más refinado y perspicaz. Hércules Poirot, un exoficial de la policía belga que ha encontrado acomodo en Inglaterra, después de que las tropas alemanas invadieran su país, y que siempre alude a «la materia gris» para reflexionar sobre los crímenes que tiene que resolver, tendrá que pensárselo dos veces cuando diga cualquier cosa en un diálogo. Porque, de continuo, tendrá la latente amenaza de que los nuevos vigilantes de la moral literaria le hagan callar dentro de las hojas de un libro.

Esto, claramente, llevará a la autocensura, tal vez inconsciente o subliminal, de aquel que a lo mejor se llama literato pero está cediendo a las consignas —para no ir *en contra* de la moda, para no quedar excluido, para no ser

cancelado— que confunden el género gramatical con el sexo humano y que, día tras día, lleva a aberraciones lingüísticas en boca de los políticos, auténticos líderes en (y de nada más) la más penosa estulticia. Para colmo, hasta en la publicidad editorial, en las contracubiertas o notas de prensa de muchos libros que se publican en lengua española, se hace referencia a «lectores y lectoras», idiotamente, devaluando el mismo ámbito que debería ser una fortaleza de cara a cuidar la expresión y el vocabulario.

Ante tal triste panorama, ¿de qué formas puede el escritor, el historiador, el filósofo sentirse libre para opinar y avivar el espíritu de la tolerancia de pensamiento y de exposición de ideas contrapuestas, hoy, cuando la cobardía maniata a tantos, cuando se ha olvidado que un hombre llamado Miguel de Cervantes Saavedra, hace cinco siglos, se enfrentó desde su escritura a todos los poderes fácticos de entonces e hizo un alarde de libertad creadora inigualable? ■



Miren Agur Meabe

Cómo guardar ceniza en el pecho [Selección]

CHARCO EN EL MUELLE

Te miras en un charco del muelle y un velo de arcoíris esmalta tu semblante, rastros de gasoil que te conducen a un remoto paraíso.

La luz saca la lengua por última vez antes de que en el agua se borre tu ectoplasma. Te ves dentro, como una Ofelia que acepta junto al sauce su accidente.

Discutes con los círculos que la punta del paraguas dicta en tu reflejo.

La luna trae a remolque barcas sanándose al sol, galipot, huellas en la arena que la misma arena desmaña, olor a algas en el pelo, a salitre en la falda.

Susurras una canción que habla de remos.

Tu fortuna se predijo cuando la pupila de aquel delfín moribundo se enredó en tu pupila: «Con tu aliento inflarás las velas. Con purpurina vestirás las anclas».

Lekeitio, País Vasco, 1962. Estos poemas pertenecen al libro *Cómo guardar ceniza en el pecho* (Bartleby, 2021) y son traducciones del euskera realizadas por la propia autora del poemario *Nola gorde errautsa kolkoan* (Susa, 2020).

Te tapas los oídos por no escuchar la voz letal de un marinero.

Adoquines salpicados de pintura, maquillaje de fiesta. Delantales de mahón en los balcones, lentejuelas de escamas. Bolardos oxidados, inmóviles carrozas.

Llevas en las muñecas dos estobos, sogas de palabras rancias que te atan a nada.

¿Por qué no aprendiste a jugar con anzuelos? A ti que confiabas en la nobleza de los peces, te roen ese corazón tuyo empeñado en investigar fórmulas de botánica.

Quisieras pescar en la hondura del pozo y sacarte a ti misma.

Pero el hilo se rompe.

Y tu imagen se escapa.

Y el agua vaciada deja que te alejes surcando cenizas, en el puerto, sola.

POTXINGOA MOILAN

Zeure buruari begira zaude potxingo batean, eta ostadarrak apaintzen dizu aurpegia. Paradisu zahar batera zaramatza gasolio-aztarnak. // Argiak atzenengoz atera du mihia zure ektoplasma uretan ezabatu orduko. Barreanean ikusten zara, lore artean istripua onarturiko Ofelia bat bezala. // Eztabaidan zabilta guardasolaren muturrak zure islari diktatzen dizkion zirkuluekin. // Lletargiak atoiandakartzat eguzkitan sendatzen jarritako potinak, galipota, hondarrean utzi eta hondarrak jandako oinatzak, algen usaina ilean, kresalarena gonan. // Arraunez mintzo den abesti bat diozu surmurka. // Zure ninian endredatu zenean izurde hil hurran haren ninia, horrek iragarri zituen betiko zure zoriak: «Hatsarekin puztuko duzu bela. Purpurinaz jantziko arrankilak». // Belarriak estali behar dituzu marinel baten ahots hilgarria ez aditzeko. // Pinturaz zipriztinduriko galtzada-harriak, festarako makillaje-laginak. Mahoizko amantalak balkoietan, ezkatat lentejuela. Norai ugertuak, karroza mugigaitzak. // Estrepu bi dauzkazu eskuturretan, ezerezari lotzen zaituzten berba minen txikotak. // Zergatik ez zenuen ikasi amuekin olgetan? Arrainen noblezian sinisten zenuen horri karrakatzendabilzkizu bihotza, botanika-formula berriak ikertu bitartean. // Dzingoan arrantza eginda, zeure burua atera nahi zenuke putzutik. // Baina hariak palt egiten dizu. // Eta irudiak ihes. // Eta ur hustuak urruntzen uzten zaitu, portuan aurrera, errautsezko bidean.

MARY SHELLEY Y SU PIANO TRANSPARENTE

El piano era transparente, el armazón, la tapa, las cuerdas blancas. Mary Shelley estaba sentada en la banqueta ante una palmera enana, la palmera

bajo una cristalera, la cristalera repujada con escamas de alabastro. Aquellas escamas podían ser sus senos aplastados, trozos de su lengua cortada, el esquema de sus lóbulos cerebrales, la pista circense de sus ojeras.

En el vestíbulo del buque, Mary la pálida tocaba por su madre muerta, por sus hijos muertos, por su hermanastra F. muerta de frío, por las líneas no nacidas. Dos hombres pasaron junto a ella con chalecos salvavidas, pero no la vieron. Y ella aporreaba las teclas como si sus manos fueran las mazas de un galeón luchando en la galerna. A merced del temporal estaba su amado, a punto de morir, a punto de morir para dejarla sola una vez más, como toda su vida, una vez más y siempre. *Tú, secretaria mía, ordena mis papeles y los tuyos, ámame.*

Y de las teclas se alzaban jirones de vapor y cada uno era un fantasma: la madre no madre, los hijos que se tragó la noche, la hermana aniquilada por la distancia, los textos abortados. En sus alveolos pulmonares, en los secos estrógenos de sus cincuenta y tantos años, en los castillos de sus células, en su alma huérfana palpitan un rumor de electricidad, una gárgola de carne, una semilla repetitiva, el hilván que se le posa en las sienes cada vez que la aguja corta del reloj le apunta al corazón.

Mary Godwin, luego Shelley, no muy lejos de aquí se ahoga tu amado. Y Byron, de pie ante una gruta marina, aúlla tonterías tales como que el amor es parte de la vida para un hombre, pero para una mujer es toda su existencia. Y ahora, en Porto Venere, los ambientadores para hogar llevan su apellido y se venden en pomitos que imitan perfumes de Chanel. En el espigón dejan sus grafitis George Sand, Montesquieu, Passolini, Dante. Unas pocas palabras bastan para que la historia se convierta en corteza de sal en la bóveda de San Pietro o en las bodegas de los pescadores de Liguria.

Mary no espera aplausos. Pasa la partitura digital sobre el piano transparente, y practica trémolos y escalas mientras se atraganta con sus llagas, sus ideas, sus letras, sus socavones. Ha perdido las gafas, no ve nada. Los altavoces políglotas anuncian la hora de la cena, las gaviotas vomitan nanas, los científicos teorizan sobre el poder de la poesía para restituir la vida a la materia inerte y los nuevos Prometeos reniegan de su destino.

Todo es una gran cicatriz.

La Spezia, julio de 2017

MARY SHELLEY ETA BERE PIANO GARDENA

Pianoa gardena zen, armazoia, tapa, sokak zuriak. Mary Shelley aulkian jarrita zegoen palmondo nano baten aurrean, palmondoa beirate baten azpian, beiratea alabastrozko ezkatat apaindurik. Ezkata haiek zera izan zitezkeen, Maryren bular zanpatuak, Maryren mihiari ebakitako zatiak, Maryren burmuinaren erdia, Maryren betazpietako zirku-pista.

Itsasontziaren atondoan, Mary zurbila pianoa jotzen ari zen hildako amarengatik, hildako seme-alabengatik, hotzak hildako ahizpaorde F. rengatik, jaiobako lerroengatik. Gizon bi albotik pasatu zitzaizkion salba-txalekoekin, baina ez zuten ikusi. Eta bera teklak astindu eta astindu zebilen, bere eskuak balira bezala galeoi baten mailuak galernarekin borrokan. Ekaitzaren mende zegoen Maryren maitea, hiltzear, hiltzear bera berriro ere bakarrik uzteko, bizitza osoan legez, beste behin bakarrik eta beti. Zuk, neure idazkari laztanak, ordena itzazu nire paperak eta zeureak, maita nazazu.

Eta pianoaren teklatutik lurrun-piltzarrak jalgitzen ziren eta bakoitza mamu bat zen, ama izan ez zitzaion ama, gauak irentsitateko seme-alabak, urruntasunak suntsituriko ahizpa, testu hilaurluak. Maryren birika-albeoloetan, berrogeita hamapiku urteetako estrogeno iharretan, zelulen gazteluetan, arima zurtzean, taup egiten dute elektrizitate-zurrumurru batek, haragizko gargola batek, hazi errepikakor batek, erlojuaren orratz laburrak bihotzera apuntatzen dion bakoitzean lokietan albaintzen zaion zuntzak.

Mary Godwin, gero Shelley, zure maitea ito beharrean da hemendik ez urrun. Eta Byronek, zutik itsas leize baten aurrean, lerdokeriak aldarrikatzen ditu uluka, hala nola maitasuna bizitzaren parte bat dela gizasemeentzat, baina emakumeentzat, aldiz, bizitza osotara. Eta orain, Porto Veneren, etxerako aire-freskagarriek haren izena daukate eta Chalenen perfume-bonbiltxoetan saltzen dira. Eta moilako hormetan grafitiak errepasatzen dituzte George Sandek, Montesquieuk, Pasolinik, Dantek. Hitz gutxi batzuk nahikoa dira historia gatzeko azal bihur dadin San Pietroren gangan nahiz Liguriako marinelen bodegetan.

Maryk ez du txalorik espero. Partitura digitala piano gardenaren gainean pasatu, eta tremoloak nahiz eskalak praktikatzeko dihardu, kontrako ezterrari zauriak, ideiak, letrak, trangoak traba bitartean. Betaurrekoak galduta, ez du ezer ikusten. Bozgorailu eleaniztunek afalordurako abisua eman dute, kaiok sehaska-kantak egin dituzte oka, zientzialariak teorizazioan dabilza poesiaren balizko ahalmenaz materia bizigabea berpizteko eta Prometeo berriek beren patuari egiten diote uko.

Dena da orbain itzela.

La Spezia, 2017 ko uztailea

UN GIN-TONIC EN MIRAMAR CON LA SEÑORA ATWOOD

Pasamos la tarde en el jardín,
sentadas en los sillones de mimbre blanco,
al abrigo del jazmín y de los kiwis
observando la coreografía de la adelfa en la brisa.

Ahí están la azada, el rastrillo, las cuchillas,
herramientas que todo poeta necesita.

En la alberca, las ranas liberan sus sílabas
monótonas como la temperatura de la muerte.
Cuántos muertos aquí entre la hierba,
a punto de despertar con el próximo lamento.

Los mirlos vuelan del acebo a la palmera.
Esquivan mi pregunta: ¿sobre qué escribir?
Dispongo las opciones sobre la mesa
igual que entremeses para un aperitivo.

¿Sobre el carácter que esboza la memoria fragmentada?
¿Sobre los récords que tuvo que batir nuestra genealogía?
¿Sobre los signos que el ojo extrae de donde se posa?
¿Sobre el sello que cada cual usa para franquear violencias?
¿Sobre el desamor y el duelo y sobre la muerte y el duelo
y sobre el pesar y el duelo y sobre el duelo el duelo el duelo?
¿Sobre el enigma de la poesía, su norte, su catadura?

Los copos de nieve no saben que son agua.
¿Qué es la ceniza?
Polvo incapaz de recordar lo que fue un día.

¡Chsss...!, detiene Margaret la deriva de mis aforismos
apretándome la mano con su mano arrugada.
Sirve ya otro par de copas, my dearest.
Hagas lo que hagas, realmente no importa. ✖

ANTWOOD ANDREA ETA BLOK GIN TONIC BAT HARTZEN MIRAMARREN

Baratzean eman dugu arratsaldea, / zume zurizko besaulkietan jarrita, / kiwi-jasminen aterpean
/ adelfaren koreografiari begira brisan. // Hor dira artaziak, arrastelua, aitzurra, / poeta orok be-
har dituen lanabesak. // Uraskan hasi dira igelak beren silabak askatzen, / beti bat, beti bat, he-
riotzaren temperatura bezala. / Zenbat hildako hemen, belar artean / esnatzeaz, gure aurreneko
malkoarekin batera. // Zozoak palmondotik gorostira hegaka / nire galderari itzuri: zertaz idatzi?
/ Mahai gainean paratu ditut aukerak, / aperitifako zizka-mizken antzera. // Memoria atalkatuak
zirimarratzen duen nortasunaz? / Gure genealogiak hautsi beharreko markez? / Pausatutako
tokietan begiak bakandutako zeinuez? / Indarkeria orotan bakoitzak itsasten dugun seiluaz? /
Desamodioaz eta doluaz eta heriotzaz eta doluaz / eta damuaz eta doluaz eta doluaz eta doluaz?
/ Poesiaren misterioaz, zertarakoaz, muga-egunaz? // Elur-marroak ez daki ura denik. / Errautsa
zer da? / Zer izan zen oroitu ezin duen hautsa. // *Ixiii...*, eten dit Margaretetek gogoeten jitoa, / esku
zimurrarekin neure eskuari helduta. / *Atera ezazu beste kopa bat, my dearest, / zer egiten duzun, ez
du larregi inporta.*



El tobogán

Elena Medel

A la fábrica le creció de repente un brazo o una nariz. A Isabel no le extrañó: ella misma había alimentado al edificio con su sangre, algún rasguño en la cadena de montaje o su menstruación en el baño de empleadas; también allí la orina o la mierda, algunas lágrimas, el sudor por la estación o por la fiebre. Si multiplicaba sus residuos por los del resto de trabajadoras con las que coincidió, con las de antes y con las de después, y por los de sus compañeros, y por los de los viajantes y los comerciales que subían al tercer nivel y los ejecutivos que subían al cuarto y los mensajeros que pedían la llave del váter —por favor— al conserje; si lo sumaba todo, qué natural entonces un brazo o una nariz brotándole a la fábrica. Pero las cifras se le resistían, por eso dejó pronto el instituto, así que quizá sus cálculos —una gotita más o menos— fallasen.

Madrid, 1985. Su libro más reciente es *Las maravillas* (Anagrama, 2020).

Miraba el edificio de la fábrica a lo lejos, también creciendo de repente: en el llano que retomaba la ciudad el ladrillo de la construcción inicial, de un rojo desteñido por la lluvia y el sol los dos niveles bajos —los de las máquinas, la cadena de montaje—; más despierto —por reciente— el de las plantas para administración y dirección, y en metal las naves añadidas para el almacén, los camiones y la entrega de pedidos, el comedor del personal. Casi siempre así, con todo: se parte de algo, y luego más, y luego más, según algo deba resolverse o encauzarse, sin plantearse si servirá o entorpecerá en otro momento. Ahora estaba la fábrica y estaba la ciudad, primero lo segundo: los chamizos antes que las casas, después las casas, después la plaza, algunas calles, la fábrica, algunos edificios, más edificios para que vivieran quienes trabajaban en la fábrica, algunos negocios para cubrir sus necesidades —las de la fábrica, las de quienes trabajaban allí—, la ciudad ya asemejándose a la de Isabel.

Así notó los cambios en la fábrica. Una mañana distinguió un camión sin el tono corporativo de la empresa. Ni el gris sobre blanco del logotipo antiguo, ni el naranja que transmitía frescura: un azul oscurísimo. El camión se acercaba a la fábrica incorporado ya el segundo turno de empleados, cuando el primero —el de la noche— habría recorrido la distancia hacia la ciudad. No aparcó en el lateral de distribución, para entregar o recoger, sino en el contrario: aquel que mostraba el horizonte, rompiendo las montañas, antes la otra ciudad, entre tanto carreteras y tierra ocre. Distinguió también unas figuras que abrieron la caja del camión, y distinguió cómo salían de la caja más figuras, y extraían tubos y placas de metal. Las figuras se organizaron, unas entregaban las piezas a las otras, otras las hundían en la tierra, ajustaban los tubos de amarre al interior del edificio. Levantaron el andamio en pocas horas, desde el suelo hasta el cuarto nivel, antes de que el segundo turno diese paso al tercero.

Isabel había trabajado en ese turno. Nunca en el primero, más incómodo porque te obligaba a vivir del revés, pero mejor pagado. Cobraba poco —lo lamentaba su madre: te pagan muy poco—, pero con su sueldo le bastaba. Entró a la fábrica en el horario de tarde, rodeada de jóvenes como ella; con algunos había compartido litronas en el parque, los sábados, y ahora ocupaban el puesto contiguo, contando o embalando. Quienes tenían hijos preferían la mañana, por las clases. Salvo causa justificada —alguien a quien cuidar, residencia en una ciudad distinta de la ciudad—, la dirección

nunca concedía el segundo turno antes de cierta edad. Aunque se lo ofrecieron con los años, por si acaso, no lo necesitó: muchas parejas se conocían en la fábrica, en el comedor o en la nave principal, en los autobuses, pero ella se había concentrado en rendir, alertar sobre una rosca con defectos, cerciorarse de que cada maletín incluía justo lo que anunciaba.

Había vivido la última etapa del montaje manual: al inicio del turno recogía una caja con los metales y otra con las tuercas de plástico. A la mitad —ocho menos algo de la tarde, justo antes de la pausa— debía entregarlas otra vez, ya ensambladas, media cantidad en una y media cantidad en otra, y empezar de nuevo con otras dos cajas, que devolvía antes de terminar, media cantidad en una otra vez, y media cantidad en otra, otra vez. Al principio le costaba armonizar la rapidez en el gesto con la precisión del montaje, el tamaño grande de sus manos con el tamaño pequeño de las piezas, pero aprendió rápido. Hasta que la dirección de la fábrica compró unas máquinas para automatizar esta tarea, y las instaló en lugar de Rosa y Matilde y Ana y María Luisa, en la esquina de sus puestos, y otra mole en lugar de los puestos de otras, y así hasta un cuarto del espacio que ocupaban en la nave. Algunas compañeras aprendieron a manejarlas, y se quedaron como supervisoras. Despidieron a la mayoría: Isabel las veía en algunas tiendas, ellas al otro lado del mostrador; durante los primeros años se obligaba a la conversación —qué tal va todo por allí, y a ti qué tal te va—, con el tiempo ni siquiera. También veía a algunas en el parque: Isabel se fijaba en ellas, silenciosas en el banco, la mirada fija en el edificio de la fábrica, ladrillos y metal, ni brazos ni narices todavía.

Isabel pasó al área de control de calidad. Cuando salió del despacho del jefe de recursos humanos, después de que se lo comunicaran, pensó en aquellas tardes felices en las que no lograba las cuatro cajas exigidas, sino cinco o incluso seis. Se esforzó más. Un tornillo con mango de estrella y tuerca de mariposa no debía confundirse con un tornillo con mango de estrella y tuerca de pomo. Existían la tuerca de cruz y la tuerca de triángulo, los mangos sueltos; los moleteados de elevación, acero nada más, con la cabeza dentada para facilitar el agarre, aunque no evitasen el daño. A Isabel le tocaba revisar las piezas, la exactitud de los filetes y los fondos, y los sets, organizados según los códigos de color. Las cajas marrones, para su venta individual en la ferretería. Los maletines verdes ofrecían trescientos sesenta tornillos multiusos: distintas medidas y distintos tipos,

cabezales y roscas diferentes, con compartimentos y solapas para una organización funcional. Los maletines amarillos, en cambio, contenían la mitad de piezas —ciento ochenta—, con tornillos diversos en su tamaño, cada cual con el taco correspondiente. Estos se promocionaban para uso doméstico, ideales para el recién casado que construye un hogar o el padre sin aficiones declaradas. Los maletines rojos se dirigían a un cliente más específico: un profesional que necesitaba mil ochocientos tornillos de doce clases, con roscas parciales y completas, cajas de extracción individual, o trescientas cuarenta piezas compatibles con el hormigón, en una maleta robusta que soportase los golpes del día a día.

Marrón, y verde, y amarillo, y rojo: los colores de los maletines variaban, pero jamás el nombre de la empresa, el logotipo, la rima casi infantil con la que enumeraban sus productos. Durante medio siglo habían utilizado el dibujo de la cabeza de un tornillo, con su estrella de seis puntas en la huella. Con una tipografía que imitaba la manual, añadían «Almacenes Sotillos», varios puntos mayores de tamaño, y como eslogan «arandelas, tuercas y tornillos». Murió el señor Sotillos —el segundo que Isabel conocía: le habían precedido varios más— y en el nivel de la dirección irrumpieron varios hombres jóvenes, uno que se instaló en el despacho del jefe y otros que aparecían cada cierto tiempo por la fábrica. Los empleados aprendieron a relacionar las visitas con los cambios: los hombres jóvenes aparcaban los coches, subían al cuarto nivel, transcurría una mañana o una tarde, arrancaban. Primero modificaron la imagen de la empresa: la estrella se independizó de la cabeza del tornillo, transformaron los colores —el naranja frente al gris— y el nombre y el lema: «Suministros de la ciudad», ahora, «innovación y calidad». Derribaron un luminoso en el acceso a la fábrica, encargaron nuevos uniformes —monos de color naranja, no muy cómodos, en lugar de la tela basta blanca— y pagaron la nueva señalética, pero a Isabel le costaba no responder —incluso tras el despido— que trabajaba en Almacenes Sotillos.

Las figuras levantaron en pocas horas el andamio, probaron su seguridad. Varias se subieron a la cabina del camión, y otras se encerraron en la caja; marcharon en dirección contraria a la ciudad. Mientras tanto el tercer turno de empleados reemplazó al segundo, y la noche interrumpió —como todos los días— la vigilancia de Isabel; preparó la cena —un poco de queso fresco, algo de embutido, otras noches una tortilla francesa, siempre

algo de fruta—, se durmió en el sofá. Despertó temprano. Sin cambiarse el pijama —vestía de calle sólo en las ocasiones evidentes—, retomó su costumbre: se sirvió el primer café, y se sentó a mirar la fábrica. Su madre lamentaba no haber logrado comprar algo en el centro, con una terraza para más macetas, pero a Isabel aquel piso heredado le bastaba: el último bloque antes de que acabase la ciudad, en una elevación que se asomaba al llano, con un balcón en el que cabían su silla y su mesita.

Sonaba el despertador justo en el relevo del primer turno al segundo: la distancia había convertido a sus antiguos compañeros en figuritas, cuerpos mínimos hacia las lanzaderas entre la fábrica y la ciudad, ahora apenas dos autobuses que conectaban con el aparcamiento subterráneo cercano a su edificio, en la buena época una flotilla de vehículos para decenas de empleados, unos hasta su barrio y otros al corazón de la ciudad, para quienes vivían al otro lado. En ese momento en el que miraba Isabel arrancaban algunos de los camiones desde la nave lateral, para repartir la mercancía; en la carretera se cruzaron con una furgoneta de un azul oscuro. ¿Qué transportarían? La furgoneta se detuvo en el lateral opuesto a las naves nuevas, abrió sus puertas, bajaron de ella una, dos, tres, cuatro, cinco, seis figuras; supuso Isabel que descargaban materiales, cajas. La furgoneta desapareció, y las figuras subieron al andamio.

Los días transcurrían así desde el despido: una mañana los hombres jóvenes aparcaron, subieron al cuarto nivel, deshicieron el camino; así se lo contaron en el cambio de turno varias compañeras que lloraban, esperando subirse al autobús del que bajaban las del tercero. A Isabel la llamaron poco antes de las doce de la noche, mientras se cercioraba de que el maletín rojo de mil ochocientos tornillos guardaba —sí o no— doce clases. Escuchó su nombre y ya no recordaba el ascensor, el encuentro con el responsable de recursos humanos —planta tercera— o la salida de la fábrica: sí el maletín rojo, pendiente de validar sobre su puesto. Le agradecieron sus décadas de compromiso con la empresa, extendieron la carta de despido —tenía que firmarla, le advirtieron; crema el anverso, y el reverso azul oscurísimo— y le explicaron que al finiquito añadirían las vacaciones acumuladas, que no necesitaban que volviese. A las cuarenta y ocho horas recibió una transferencia con el concepto «Nómina ponderada», por el trabajo de aquel mes, y otra con el concepto «Fin de relación laboral». En la primera semana durmió muchas horas, paseó muchas otras;

a la segunda acudió a la oficina de empleo, recibió algunos consejos para actualizar su currículo. Durante meses se apuntó a cursos para aprender nuevos oficios, a bolsas de empleo. Como nadie respondía, empezó a salir al balcón.

Antes de la nariz o el brazo, antes del andamio y las figuras, Isabel había oído ya sobre los cambios en la empresa. En la fila del supermercado, en la puerta del centro de salud, alguien sabía siempre: despedidos como ella, que mantenían relación con alguien que aún seguía, e incluso empleados todavía. Menuda escabechina. Han instalado máquinas en los puestos que ocupabais. Han contratado a gente de la otra ciudad. Todo es naranja: las paredes de la nave, hasta las servilletas en el comedor. Fermín, que se había jubilado pero cuya hija trabajaba en el segundo turno, le contó que habían instalado una zona de ocio dentro de la nave, en otra de las esquinas, quizá en las mesas de Isabel y sus compañeras. Como en Estados Unidos, explicó: si se cansan echan un billar o un fútbolín, han instalado una mesa de ping-pong, un sofá y un cuadro con los rascacielos de Nueva York que ocupa casi toda la pared. También organizan excursiones: mi hija no se apunta, por la niña, pero algunos domingos los llevan a la montaña, a dispararse con bolas de pintura.

Otras mañanas se aburría y encendía el televisor, pero Isabel atendía a las figuras, que desde el nivel más alto del andamio colocaban medio cilindro de plástico naranja primero adosado al edificio de la fábrica —el brazo, la nariz—, luego otro medio cilindro de plástico translúcido, que acoplaban para completar la geometría. Las figuras se movían con eficiencia: tomaban unas piezas, otras, las elevaban con poleas primero al nivel superior, más tarde al tercero, conforme avanzaban desmontaban el andamio. A mitad de la construcción, ya con los cilindros y el andamio a la altura de las salas de los empleados, dos coches aparcaron. Bajaron varios de los hombres jóvenes, admiraron la coreografía: en la lejanía, Isabel miraba a los hombres que miraban a las figuras trabajar. Casi habían terminado su labor.

No un brazo, no una nariz. A la fábrica le había crecido un tobogán.

Un gran tobogán en espiral, del nivel cuarto a la tierra de la calle. Antes del cambio al tercer turno, tres de las figuras accedieron a la fábrica; las

otras permanecieron en torno a la boca. Pocos minutos después, las figuras —una, dos, tres— reaparecieron, tobogán abajo: conforme las escupía, las demás la recibían con júbilo; Isabel veía los aplausos. Mientras las figuras probaban la resistencia, los hombres abandonaron el edificio de la fábrica. Notó una calma tirante mientras las figuras recogían la base del andamio, y en el camión del día anterior lo guardaban todo, incluso a sí mismas.

Isabel apoyó los brazos en la baranda, como si esos centímetros ganados le permitiesen afinar la vista. Algo iba a ocurrir. Cuando le tocaba revisar un maletín, presentía que faltaban varios tornillos, y faltaban, o que se habían colado los tacos que no eran, y era así. Esperó horas en el balconcito, mirando la fábrica, mirando el cambio del segundo al tercer turno, fijándose en que uno de los autobuses no había regresado a la ciudad, olvidándose del hambre. Una figura se deslizó por el tobogán: vestía el nuevo mono naranja para los empleados. Cuando aterrizó, le costó ponerse en pie: Isabel pensó que por el impacto, pero la figura se llevó las manos no al cuerpo, sino al rostro. Se tapaba las lágrimas. Otra figura más con el mono naranja: la primera la recibió, y se abrazaron. Se mostraron ambas un folio azul oscurísimo. Más tarde otra, y otra, y otra, hasta doce figuras vestidas de naranja, despedidas por el tobogán. ✱

Juan Andrés García Román

Adviento

cuando en otoño atrasan el reloj
y es una hora más tarde para el cuerpo
y una hora más pronto para el alma
somos jóvenes
en nuestra sangre
se refleja el edén

ya no es que nuestras vidas
vayan a dar al mar
caen ahora
una cascada como el amazonas
cayendo entero
en todo Tu Corazón

prendida la luz eléctrica de la luna
granjas industriales
pupilas de los gatos
en los carteles de busco a mífú
acostados los niños por edades
4 6 9 12

Granada, Andalucía, 1979. Es autor de *Neorromanticismo* (Ultramarinos, 2023).

cuando engüera
 la calandria una bombilla
 cabecean los guardas de
 los parques naturales
 las cámaras de seguridad
 graban huellas
 dibujándose solas
 las babosas cruzan autopistas silentes
 y avistan los astrónomos
 enanas rojas y estrellas extintas

es la hora juntamos
 mano y mano
 Lengua Cuyos Nombres
 Son Animales Señor

Sácanos de la cama Sírvenos La Cena
 en mitad de la noche
 porcelana negra

ya no es bonito nada todo es feo
 abejas y bisontes
 gorriones manatíes
 asnos y escarabajos lagartijas
 tilacinos corales y
 luciérnagas hace tiempo

que se extinguieron para reencarnarse
 en junglas valles
 sierras y desiertos
 de hombres y mujeres
 con almas de animales
 perseguidos

párpados que se cierran
 son pétalos que se abren
 en un día del Edén

a estas horas todas las camas
 se orientan como tumbas
 lo rozamos
 con nuestra coronilla
 el Jardín del Edén
 nos humedece el pelo lanza arroyos
 entre camas de hospicios y presidios

negra pompa que junta

los sueños agitados
 despertares en salas de cuidados
 intensivos letargo de ex-
 tremófilos ECMs
 el coma todo junto
 con el continente onírico
 de hibernación del último
 oso

todo el invierno ya una sola
 bola de nieve
 en el reloj de una copa de helado

arde claro de bosque
 bulbo del corazón
 es hora prende saca
 la lengua tu jacinto
 tú lengua di lenguaje
 que se adorne se asombre

y que llame a cenar
 a Ángeles y Muertos
 y Muertos y Ángeles
 se vuelvan girasoles
 hacia Él

Tú Que Tienes
 la barba ensortijada
 Vistes un sayo

como un everest
 artesonado por dentro
 Hueles a una mezcla
 de muchas velas lirios
 y suelo brillantado
 por sandalias de santos
 que arrastraban los pies

Catedral Bosque Tallado
 por ebanistas
 adentro de una mina de carbón
 arde amén arde

Llama que no Se Extingue
 Hoguera Que no Se Extingue
 Incendio Que jamás Se Extingue

umbrales o corolas
 que perfuman las puertas
 con su luz al dejar paso a los últimos
 leones ascendiendo escalinatas
 ¿dónde vais? a otros leones
 a abrirlos como llaves
 y a cerrarlos

engalaná el planeta con espejos
 que reflejen el cielo
 sin pausa porque la tierra
 es cielo que está viniendo
 y sus valles son cabos
 donde el cielo
 ha penetrado ya
 montañas bahías del cielo
 templos de la ciudad
 que descende columnas
 como caudas de cometas
 puentes todos levadizos

abrios a Él
 porque nadie ha querido esta carne
 y la luna que sale sobre el zoco
 y el esputo de los crueles
 la han agusanado

uñas pelo y sudor
 ¿pero quién llega
 cuando ya han clausurado
 los puestos enrollado las alfombras
 quién da por esta carne
 no una moneda sino el mercado
 menos una moneda el infinito
 menos un cuerpo?

porque nadie ha querido esta carne
 pero Él Sí Tú Sí
 Mi Señor Sí

río de apresurada sangre y llanto
 orina y sudor río
 río y endulzo el mar
 oh injértame los tuétanos
 en melocotonero
 florecido

Ama esta pena en pie
 cartílagos y pelo
 Tú Que Tienes
 los ojos debajo de las alas
 pico de pájaro pero sonrías Señor
 con la sonrisa enigma
 de un polluelo famélico
 y rapaz

Sírvete la Cena
 en mitad de la noche

Quebranta mis huesos y Aletea
 Chilla y Lánzame Señor
 una y mil veces
 desde el cielo
 para sacar de mi tuétano
 tu regaliz mi alma

Quebrantamishuesoseñor
 Quebrantamisórganoseñor

Descórchamearráncamelosueños-
 laspesadillasyeldeseo-
 eldeseoeldolorysacaungéiser-
 pormibocadesdemihermanoydesdemiamicoseñor-
 parientesallegadoslosmendigos
 atodoslosqueaméylosqueafrenté-

yanimalesyhastalasmalashierbasquearranqué-
 yelgecoqueaplastésóloporgusto-

arráncametodoelamordelmundoseñor-
 rebañachupatira-
 delasraíceslabelleza-
 sacaungéiserdemíunsologéiser muybonitomuyalto-
 señordetucorazónporloscorazonesdetodosypormicorazón-
 enjúgamelcuerpoquecomouniñoserresistíalbaño-
 ysuéltame-
 eneljardín

HabibdehabibA
 Amordelosamores
 VidperasymanzanaS ✱



Fuerza mayor

Hipólito G. Navarro

Conservo el olor. Y el tomo diez, con los idiomas: inglés, francés, italiano, alemán. Y las últimas letras: la uve, la uve doble, la equis, la i griega, la zeta. Un zarpazo al final. Como si me hubiese quedado con un mordisco. Y también el rostro cárdeno de Jara, sus pupilas muy fijas en mis ojos, detenidas para siempre.

El bar es la suma de dos cuadriláteros elementales dentro de una antigua cochera. El más pequeño para la cocina, y el otro para todo lo demás. La superficie del salón se ve interrumpida por un par de tercas columnas, no justo en medio, pero casi. En lo que queda delante del mostrador hay

Huelva, Andalucía, 1961. Su libro más reciente es *Tantas veces huérfano* (Editorial Contexto, 2021).

dispuestos cuatro, seis veladores pequeños, según las ocasiones, y en diagonal dos mesas camillas, con sus braseros de cisco, de picón; hace mucho frío en la sierra durante el invierno. En una de esas mesas me siento yo, en la que queda más cerca de la barra, de la supervisión de mi progenitor. La fecha es inexacta, no sé cuándo tienen lugar estos hechos. Soy pequeño, no curso aún el bachillerato. Es mucho antes, puede que sea incluso nuestro primer año en Cortegana, que esté pues en cuarto de básica; el 70, el 71, por ahí. Armstrong ya ha pisado la Luna y pronunciado su frase, de eso estoy completamente seguro: la foto del alunizaje del Apolo XI es una de las primeras que me saltan a los ojos. Me siento en esa mesa grande y a ambos lados de la silla quedan alineadas las cajas con los tomos de la enciclopedia. Diez tomos bien grandes, encuadernados en guáflex, una especie de plástico mullido que encierra algo blando en su interior. Es toda una sorpresa de mi padre. Me cuenta que un vendedor de libros recorre estos días el pueblo y que algunas familias han adquirido a plazos sus productos. Él no iba a quedarse atrás, así que me ha comprado esta enciclopedia magnífica, para que me sirva en los estudios. Hay que verificar ahora que todos los volúmenes están bien, que vienen sin defectos. Y es lo que hago, con una alegría infinita; no quepo en mí de gozo.

Mi progenitor se ha instalado aquí, en este pueblo en las estribaciones de la sierra de Huelva (un poco más al norte o al oeste nos hubiese convertido en extremeños, o en portugueses incluso), después del fiasco sevillano, tras un revés que a punto ha estado de arruinarlo por completo. Ese negocio fallido en la capital hispalense, la del río Betis, el conspicuo Guadalquivir, le ha dejado lo justo para montar este bar atípico en Cortegana, ya casi al final de Hermanas Reyna, la calle que a mitad de su recorrido deja de llamarse así para llamarse Benafique, por más que haga casi medio siglo que hayan pretendido convertirla en Joaquín Costa en un azulejo torpe y desconchado.

Así que ahora la pared de enfrente, mi horizonte más cercano, todo lo que veo desde la mesa camilla junto al mostrador, va a ampliarse con diez tomos inmensos de esta enciclopedia que empiezo a examinar lleno de emoción, fotos del delta del Okavango, de acerías vascas, ilustraciones con las fórmulas del benceno, el ciclo del agua, las partes del clarinete, retratos lo mismo de Echegaray que de Dostoievski, un nombre inconcebible también, bajo un bello rostro de barbas blancas: Rabindranath Tagore, y la foto panorámica del Taj Mahal, otra de una explanada con cielos enormes sobre la Pampa argentina, mientras mi padre fuma y fuma y por

supuesto bebe sin medida detrás del mostrador y me contempla. ¿Dónde estará mi hermano? Yo a mi hermano no logro ubicarlo en momentos de mucha plenitud mía y de mi padre; esta escena de la revisión de los tomos de la enciclopedia es nuestra y sólo nuestra. Mi madre tampoco aparece ahora por ningún lado. Estará ayudando a Jara, el vecino viudo. Le arreglará un poco la casa, le preparará comidas, ropas. Aunque también sin mucho esfuerzo puedo imaginarla contemplándome arrobada desde el otro lado de la ele del mostrador, desde su lado en la cocina, oculta detrás de los expositores de patatas fritas y chupa-chups. Si levanto ahora la vista de las páginas prodigiosas de la enciclopedia, la pared de enfrente de la calle Benafique me resulta menos gris, la lluvia que cae parece menos triste, menos sucia; hasta el bar, con sus veladores metálicos y sus sillas de colores muy apagados, es menos frío.

Aquí llega en efecto mi madre, en este preciso momento, de vuelta de atender a Jara. Jara lleva su mismo apellido, pero no existe vínculo familiar alguno entre ellos. A mi madre le pesa haber dejado solo a su padre en el otro pueblo, cuando inició con mi progenitor el descalabrado periplo sevillano. Ahora le da una vuelta, como ella dice, acompañada de mi hermano, una vez al mes, o cada veinte días, para limpiarle la casa, cambiar las sábanas y esas cosas, pero se ve que le resulta insuficiente, así que aquí compensa en algo esa culpa cuidando de este viejo viudo vecino nuestro, Jara, un hombre agradable y cariñoso, algo duro de oído.

Antes de entrar en sus dominios de la cocina se acerca a mi mesa, a ver los caros volúmenes, y de paso a echarle con la badila una firma al brasero, a remover las brasas, para que no pase frío. No puede evitar el comentario: qué loco tu padre, meterse ahora en este gasto tan grande, ¿de verdad te hacen falta tantos libros para ir a la escuela? Y enseguida entre ellos se establece una discusión, se enzarzan en una trifulca, que las páginas llenas de maravillas —ahora las pirámides de Egipto, el cocodrilo del Nilo, la boa constrictor, armaduras medievales, las flores del áloe, y más prodigios— me impiden seguir. Es una mañana lluviosa, muy fría, llena entera del mundo. Por las hojas abiertas en la mesa camilla del bar, en la mitad justa de la calle Benafique y Hermanas Reyna, Cortegana, Huelva, España, Europa, la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea, por esas hojas abiertas me salta a los ojos el universo todo entero, en los primeros 70, el 71, el 72 como mucho. Soy inmensamente feliz. Me llena una alegría inconmensurable de papel oloroso a tintas nuevas. No necesito nada más en el mundo.

Es al día siguiente, ni uno más, cuando mi padre me lo explica apesadumbrado: que ha sido un acto insensato, la labia del vendedor lo ha engatusado, no es este el mejor momento para hacer un gasto tan enorme, son demasiadas cuotas, muy altas, a las que hay que hacer frente para conseguir la enciclopedia, ahora mismo no podemos, hijo, tú debes comprenderlo. Lo entiendo, claro que lo entiendo. De eso hablarían largo anoche en la cama mis progenitores. Discutieron en voz baja. Con ese temor me quedé dormido muy tarde. Hay que devolverla, hijo. Ya tenemos pagada la entrada, pero como no nos reembolsarán el importe de esa cuota, quédate con un tomo por lo menos, mira a ver cuál te gusta más. ¡Un tomo de una enciclopedia de diez! ¡Cómo se puede elegir un solo tomo de una enciclopedia de diez tomos! ¿Con qué criterio se opta por uno o por otro? Lo mejor es quedarse con el último, el que trae los diccionarios de idiomas: inglés, francés, alemán, italiano; es lo más práctico. El noventa por ciento de ese volumen son los idiomas, sin una sola fotografía, dos columnas apretadas de letras en cada página, inglés-español, francés-español, italiano-español, alemán-español, los idiomas que jamás aprenderé, y por delante apenas cien páginas de las letras últimas del abecedario, Xilófono, Wagner, Zunzunegui, Zanzíbar, Yak, las fotografías que me traen a la memoria el resto de ilustraciones que me encandilaron y que nunca más pude volver a contemplar, las fotografías que miradas hoy en mi volumen tan manoseado me traen a la memoria la pared de enfrente de Benafique, los veladores fríos y tristes, la pelea del vendedor argumentando que la falta de ese tomo le estropeaba la obra entera, el calor ido del brasero medio apagado, la ausencia también de mi hermano, las llamadas de auxilio de mi madre desde la puerta de Jara, nosotros corriendo hacia allí, mi padre, el vendedor y yo, y Jara caído de aquella manera incomprensible en la esquina del zaguán, entre el pasillo y su cuarto, agarrado al quicio de la pared, rojo, morado, como si toda la sangre se le hubiese ido a la cara, a la cabeza, congestionado entero, como queriendo respirar aún, tragarse todo el aire del mundo en una sola bocanada, la voz de mi madre pidiendo sin mucha convicción a mi padre que me saque de ahí, llévatelo, así, con la boca pequeña, eran otros tiempos, está muerto, Polo, llévatelo, nuestros progenitores enseñaban aún a sus vástagos esa lección que no venía en los libros, por eso conservo quizá, tan nítido y contundente, junto al tomo diez, el rostro cárdeno de Jara, mi primer muerto a bocajarro, fijado en la memoria como otra fotografía más en las páginas correspondientes de la jota, en otro volumen de aquel conjunto que se me escamoteaba

para siempre, que arrastraba ya tras de sí el vendedor enfurruñado y confuso, un tomo donde también venían, en un orden distinto, menos dulce al oído, las entradas de Judea, jaima, jipijapa, jacobino, jerigonza, jade, Jovellanos y Jiménez (Juan Ramón).

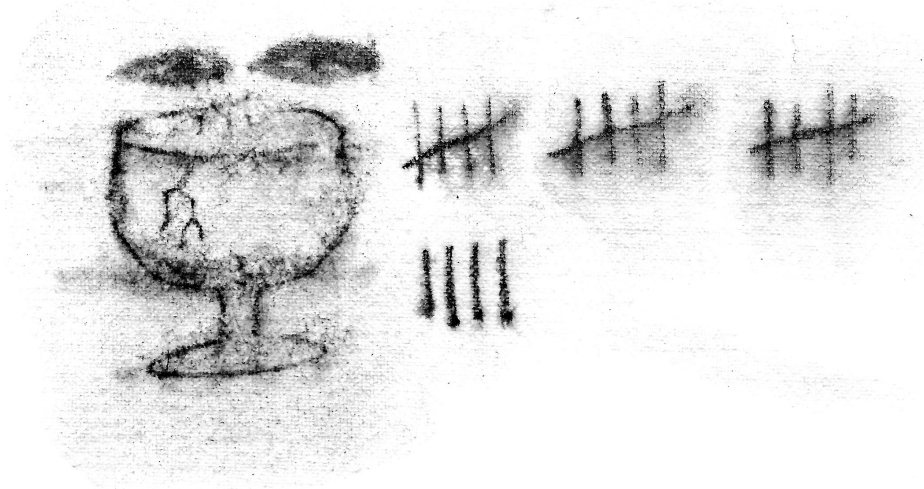
Qué mentirosa es la gente que escribe. Yo también. Hace ahora más de quince años que escribí y publiqué aquel texto, «La poda y la tala de los árboles frutales», y desde entonces me persigue esta enorme inquietud. En él metí una gran verdad, una colección de pequeñas verdades que sumadas ofrecen una gran verdad. Pero entiendo sin embargo que me molestan y me duelen las mentiras que esa verdad lleva adosadas. Nadie me pidió incluirlas; soy el único responsable. Así que su dolor, que lo tiene (es un texto que no puedo releer sin hacerme un nudo grande en la garganta), me resulta un dolor un poco falso, impostado, forzado por el afán de hacer literatura. Tan sólo una delgada excusa me salva: esas páginas fueron el resultado de un encargo para una vieja y engañosa revista de poetas, que a todas luces erraron en su invitación.

Las verdades de aquel texto son verdades por separado: cierto que murió mi padre muy joven, alcoholizado, cuando todavía era casi un muchacho y nosotros unos niños; verdad que trabajó él en Alemania fabricando cajas fuertes, o para ser más preciso amarrado a una cadena de montaje, poniendo remaches en cajas fuertes, pequeños ataúdes de metal que pasaban con alguna prisa por delante de sus manos enguantadas de soldador; también muy exacto que se desempeñó como talador antes de emigrar, que el único libro que poseyó en su vida tenía más ilustraciones que letras y llevaba ese título inolvidable y exacto, *La poda y la tala de los árboles frutales*, donde las páginas dedicadas a la vid lo hipnotizaron siempre, y por supuesto también indiscutible que de vuelta de la emigración tuvo un bar, que montó un bar, varios bares sucesivos, y sobre todo que se bebió en una ocasión cuarenta vasos de vino de una tacada, como en una apuesta peligrosa, absurda, consigo mismo. Pero ahí termina toda la realidad. Es en el respunteado de todas esas verdades donde se fragua la gran mentira que me duele. Por pudor, por lástima, por miedo quizá, mi pericia convirtió en un acto poético el hecho atroz de tirarse al colete la barbaridad de esos cuarenta vasos, como si hubiese sido semejante despropósito la desembocadura natural a todos sus oficios y querencias. El texto en esa revista suaviza, y de qué manera, la realidad aquella tan prosaica y brutal. La gente que escribe es bastante mentirosa, ya lo creo; yo también.

Sabía que alguna vez tenía que contarle derechamente, sin música ni florituras. Lo que no me esperaba es que fuese a comenzar precisamente hoy, cuando la mano quemada con la que siempre escribo mis cosas la siento más muerta, más torpe, más apagada después de una docena de años en barbecho, una docena de años enredada en la corrección infinita de un montón de papeles inservibles, insufribles también, de los que me siento esclavo en realidad. Por ahí están, dando tumbos sobre las mesas y las estanterías, impresos ellos en docenas de versiones, ampliados, recortados, recalentados y quemados. Alguna vez tenía que arriesgar. No miento más. Se acabó.

La rasposa realidad debe contar que cuando mi madre llegaba al establecimiento, algo más tarde de las nueve de la mañana (cuando nos había despachado a mi hermano y a mí a nuestros colegios respectivos), mi progenitor había concluido ya sus primeras libaciones de coñac (tres cuartos de litro desde que abría el negocio a las seis y media o las siete, antes del amanecer), de aquellas vistosas botellas con tornasoles dorados protegidas por una redecilla, y comenzaba entonces a tomar ya sus poco inocentes chatillos de vino blanco peleón de garrafa. Eran tantos los que tomaba cada día que mi madre dio una temporada en contabilizárselos con una tiza en la pizarra que había en la cocina, la misma donde escribía con una letra preciosa sus listas de tapas. Él se bebía un vasito, ella dibujaba una raya en la pizarra, una marca como las que hacen los presos en las novelas y en las películas, en las cárceles de las novelas y las películas. Una condena para mi madre también aquella ocupación, como esta mía de ahora y de siempre de emborronar papeles.

El día más furibundo de mi progenitor, cuando antes de las doce lleva bebidos ya casi veinte vasos, mi madre, al anotar una rayita dieciocho o diecinueve, no puede contenerse y se lo suelta: ¡Qué barbaridad, Polo, diecinueve vasos antes de la hora del Ángelus! ¿Cómo diecinueve?, se sorprende él, ¿qué pasa?, ¿me los estás contando? Por supuesto, le dice, y ahí se pierde, al darle la explicación. Por cada vasito que engulles dibujo una raya en la pizarra, una muesca, ya puedes verlas todas juntas: desde las nueve de la mañana, no han pasado tres horas todavía, dieciocho rayas, y esta que ahora sumo, ¡valiente barbaridad! Te estás matando y no lo ves, querido. A pesar de la borrachera eterna es rápido mi progenitor, siempre tiene una respuesta afilada a punto: ¡Ah, pero qué obligación más tonta, Elvira, qué soberana tontería! Mira, para que te ahorres tantísimo trabajo... Y dispone raudo sobre el mostrador, cuatro metros



largos de mostrador, por lo menos cuarenta o cincuenta vasitos, los llena con el contenido de varias botellas, vértigo da calcular los litros, y se lo deja caer muy serio, el humor que pudo alimentar la escena ya evaporado por completo: Ea, Elvira, apunta ahí, cuarenta, con número, un cuatro y un cero, sin tanta raya, cuarenta. Procede entonces a beberse los uno tras otro, mecánicamente, sin pausa, asesinándose despacio, pegándose un tiro en la boca, en el paladar anestesiado. Tan sólo duda un poco en los últimos vasos, los bonitos pequeños, los acanalados. Se ralentiza. Parece que le dieran arcadas, pero no. Al final lo consigue. Es un logro rotundo y bestial, inapelable.

He visto a mi madre coger una escoba, agarrar con fuerza el palo, salir de la cocina con más decisión que nunca. ¿Va a pegarle con él? Sería la primera vez. No así a la inversa. Loco, más que loco, musita. En el último segundo se contiene y la emprende con los vasos que él ha dejado secos sobre la barra, vacíos del todo. Los arrastra con el palo de la escoba y los estrella en el suelo. Los hace añicos. Caen como a cámara lenta. Como cae también al final mi progenitor sobre los tablones que le proporcionan altura detrás del mostrador. ¡Vamos, hijo! Ella me agarra de la mano y me saca del bar, me arrastra casi. Nos vamos a casa, ahí te quedas, solo. Lo abandonamos a su suerte y su desesperación. Aunque mi madre no ignora



las consecuencias. Con esa mamarrachada se va a regalar mi progenitor uno de sus primeros fallecimientos, una de sus primeras salidas del mundo de los vivos, otra de sus primeras muertes pequeñas, su primer ensayo general con todo. Por eso ella misma me envía una hora después a que investigue, a ver cómo sigue, no vaya a pasarle como otras veces.

Son tres calles las que separan la casa del bar. Bajo por Maura. En el kiosco de la esquina, sujetos con pinzas de la ropa, cuelgan de unas cuerdas los tebeos que tanto me gustan, escasos brochazos de color entre tanta grisura. Enseguida la calle de la pastelería, su cuesta imposible, y luego la recta con el escalón prolongado del bar de Blas, el entrechocar de las bolas del billar americano, el cañón de bronce en la esquina de Hermanas Reyna, la panadería, la puerta de Jara cerrada a cal y canto frente al bar.

Mi padre está tendido detrás del mostrador, sobre los tablones, encima de la porquería acumulada bajo las maderas. Esto se llama coma etílico, una forma de muerte pequeña, prematura, que no augura nada bueno. Ya ha pasado otras veces. Una de ellas de forma secreta, en El Repilado, cerca de la estación, junto a los trenes de mercancías, en los días de feria. También me envió mi madre a buscarlo. Llovía mansamente. No lo encontré. Todo eso nos lo contaron. Mejor así. Ahora es más fácil porque estamos en casa, en nuestro bar, no a la intemperie, ni a la vista de una

multitud. Me tiendo a su lado en silencio. Es un riesgo que mi padre tiene que correr. ¿Cómo era aquello que explicó el viudo Jara una noche?, lo de las mascotas exóticas que leyó en el periódico, esa gente que tiene una serpiente de mascota, una boa, hay que ser imbécil. Se te mete en la cama como un perrillo faldero y se tiende a tu lado estirada en toda su longitud. Te mide, explica Jara. Señora, su mascota la está midiendo. El día que mida más que usted no tendrá escapatoria, porque su mascota se la va a tragar de un bocado sin más dengues ni contemplaciones. Yo me tiendo al lado de mi progenitor. Él mide mucho más que yo. Nunca voy a conseguir medir más que él, porque desaparecerá de este mundo cuando yo todavía seguiré siendo un niño. Pero apenas me detengo un minuto en nuestra diferencia de tamaño. Me concentro en el color de su rostro y en su respiración, estoy pendiente más que nada de su respiración. Es una respiración delgada, casi inexistente. Que no está pero está; no sé cómo explicarlo. Una respiración congelada, suspendida, quieta, que no entiende de idiomas. Cuantísima falta me hubiese hecho ahora el maldito tomo de la erre: respirable, respiración, respiradero, respirador, respiro. Y también el de la o, para averiguar algo más concreto del olor, sobre este olor que nos envuelve a los dos aquí tumbados. Desde el suelo, bajo los tableros, sube un olor complejo, un olor que no es fácil descomponer en sus partes, efluvios de rancios vinos muertos y apelmazada borra de café, de colillas mojadas, de crujientes cucarachas y musgaños tiernos, de insectos desbaratados, monedas, cáscaras, uñas, restos de tapas, de piel, de orín, de alas también...

Luego ocurre lo de siempre: al 79 lo continúan el 80, el 81, y todo lo que ocurrió en la década anterior se desdibuja. El 80, el 81, uno de esos años debe ser. Tengo que devolverle las cintas al gordito Hernández, pero antes quiero grabarlas. ¿Por qué me pasan estas cosas? Si tanto me gustan esos tipos, los Tangerine Dream, ¿por qué me he conformado durante años con el *Stratosfear* tan sólo, sabiendo que hay más discos por delante y otros cuantos por detrás? No lo sé. Me pasa también con algunos autores. Si me gustó tantísimo un libro de fulano o de zutano, ¿por qué no busco de inmediato todos los demás? Será la pereza, sabe Dios. Ahora lo que está muy claro es que tengo que devolverle a Hernández el *Phaedra*, el *Rubycom* y el *Force Majeure*. Qué tres obras tan redondas, virgen santa. No alcanzan la rotundidad y la sorpresa del *Stratosfear*, estamos de acuerdo, pero vuelan muy alto también, planean. El problema

es el formato: cintas de cassette. Conseguí hace ya un tiempo ahorrar lo justo para agenciarme un equipo estereofónico. No muy bueno, pero suficiente. Es uno de esos que ahora empiezan a llamarse compactos, todo en el mismo aparato, un plato para los vinilos, la platina o pletina para las cintas, y también la radio. Tiene sus pros y sus contras, como todo: ofrece la ventaja de poder grabar las cintas directamente desde el disco o de la radio, y carga con el inconveniente de que no se puede fijar lo que provenga del exterior al aparato mismo: no puedo conservar mis torpes composiciones con la guitarra, por ejemplo, ni la palabra leída de unos versos, ni una canción que cantara a pelo, a capela. Y por ende, es obvio, tampoco se pueden grabar en unas cintas vírgenes las cintas originales del gordito Hernández, que me reclama con urgencia porque se va del pueblo y se las lleva con él, maldita sea, con la misma insensibilidad de un oscuro vendedor de enciclopedias.

La solución al problema es un poquitín grotesca, primitiva, y me la proporciona mi vecino Manolito. Me presta su magnetofón a cassette Philips, que graba con micrófono. Habrá que ponerlo justo en el centro de la habitación, para recoger en una sola vía de sonido lo que sale por los dos medianos baffles que tengo instalados sobre dos altos taburetes en las esquinas del cuarto. Hay que hacerlo en completo silencio, esperar que no pasen por la calle tractores o autobuses, en mitad de la noche. Es la única solución que se nos ocurre, ya que no existe la posibilidad de conectar mediante cables los dos aparatos, incompatibles entre sí.

Lo que sucede entonces es que mi abuelo Rafael, el músico, el herrero, se cae de la cama al levantarse esa mañana. Se da un fuerte golpe en la cabeza, y pierde el conocimiento. Es lo primero que pensamos. Cuando llega el médico, avisado por los vecinos, mi abuelo sigue inconsciente, y ya no saldrá de ese estado. Don José, el médico, asegura que está en coma. Instala esta duda: tal vez no haya perdido el conocimiento al darse el golpe al caer, sino que ha caído y se ha golpeado porque un segundo antes ha perdido el conocimiento, o ha sufrido un mareo, un desmayo. Así lo explica, con ese talento. Este es el fin. Hay que avisar a la familia. Otra vez. Con lo reciente que tenemos lo de mi padre. No hace ni dos años que regresamos a este pueblo, a la casa del abuelo, desde que dejamos el bar y Cortegana. Mi abuelo ha estado lúcido hasta la noche anterior, nada hacía sospechar esto. Tiene noventa y un años, noventa y uno y medio, camino de noventa y dos. Se muere de viejo, dice el médico. Va a vivir el doble que mi progenitor, justo el doble, 46×2 , dos vidas en una. Ya con veintitantos,

en 1916, viajó en las sucias cubiertas de tercera de un trasatlántico para trabajar de herrero en Nueva York, y empaparse de los primeros sonidos del jazz para traérselos de vuelta metidos en su clarinete. Arriba, en las cubiertas de primera de aquel barco de ida, vestido de blanco, camino de su boda con Zenobia, viajaba otro paisano onubense, componiendo versos y prosas para un libro maravilloso. Mucho tiempo después, cuando escriba esto, pensaré en Plutarco sin darme apenas cuenta: *Vidas paralelas*. Y también en que Zenobia traducirá algún día, con la ayuda de Juan Ramón, las páginas más hermosas del indio Tagore, aquel Rabindranath de blancas barbas en aquella lejana fotografía.

Se muere de viejo, repite el médico. El coma va a durar tres días justos. Llegan mis tíos, los hermanos de mi madre, incluido Francisco, con el que los otros no se hablaban desde hacía cuarenta años, una vida, otra. Así que el proceso de grabación se va a complicar sobremanera. El día del accidente no puede realizarse, por razones bastante obvias. El siguiente es día muy angustioso, de muchas lágrimas y tristeza. Mis tíos discuten, callan, lloran. Imagino que se reproducen dolorosas escenas de mucho tiempo atrás, que yo no conocí, cuando falleció mi abuela Espíritu, y estalló el conflicto por la mitad de la herencia familiar. Me refugio pues en mi cuarto.

Del cuarto donde agoniza, donde duerme ya callado mi abuelo, hasta el mío, hay otros dos, dos cuadriláteros elementales, formando una ele, de tal manera que la pared de la cabecera donde muere él es pared fronteriza con una de mi habitación. Nos separa un tabique. Es un tabique grueso, de casa antigua, pero un tabique al fin. ¿Hay cojines en la casa?, me pregunto. Sí. Y mantas, muchas mantas. Descuelgo de sus taburetes los bafles de mi compacto, los pongo en el suelo, en un rincón, conformando un ángulo de noventa grados, y entre ellos coloco el magnetofón de Manolito, donde meto una cinta virgen sin pensar. En mi equipo compacto, la cinta primera de Tangerine Dream, el *Rubycom*. El volumen en el punto 1, el nivel más bajo. Cuando pulse las teclas de grabar, lo cubriré todo con una manta y los cojines, para amortiguar el ruido: que el micrófono recoja como pueda la música de los bafles, que no salga una gota de sonido afuera, que no traspase las paredes de la habitación, que no llegue este tejemaneje de la grabación a oídos de mi madre y sus hermanos. No es el mejor momento para copiar esas cintas, maldita sea, pero el gordito Hernández no da su brazo a torcer. Me las podría haber dejado aquí hasta que vuelva el próximo verano de vacaciones, pero se niega en redondo,

amigo cruel. En fin, tengo que hacerlo de esta manera sin remedio, pasar mi Rubicón de una vez, sin tantos titubeos. Ahí está, pasar el Rubicón: dar un paso decisivo arrojando un riesgo grande. Como César, debo mojar-me sin temor ni vuelta atrás en estas aguas que me tocan. *Alea jacta est*. Lo peor es que no podré verificar enseguida los resultados. Para oír las cintas grabadas habrá que ponerlas luego a todo volumen, y aun así se perderán los matices más sutiles, las frecuencias más bajas. Penetrarán netamente sin embargo ruidos de grifos de la casa contigua del cura, algunas discusiones más altas de los hermanos de mi madre, un do sostenido de Jaime probando el clarinete del abuelo sin querer...

¿Qué estás haciendo ahí en el suelo, hijo? La frase de mi madre entra limpia, perfecta, y se fija en las partículas de ferrocromo por encima de un fragmento pianísimo del *Force Majeure*. ¡Tienes música puesta! ¡Habrase visto! ¿Tú crees que es este el momento de poner música, con tu abuelo prácticamente de cuerpo presente pared con pared? Su voz se graba perfecta y me acompañará para siempre en esas cintas. Al abuelo no le hubiese importado, se graba también mi respuesta, que para algo fue músico durante toda su vida también. Tú sabrás lo que haces, no me des más disgustos, hijo mío, y busca a tu hermano, esto está concluido ya, hijo, ya falta muy poco, que no se enteren tus tíos de esta faena que te traes aquí.

Y no se entera nadie, ni mi hermano siquiera. Fallece mi querido abuelo Rafael, el herrero, el clarinetista, devuelvo al gordito Hernández lo que es suyo, y el magnetofón a Manolito. Me quedo con esas tres cintas grabadas tan precariamente, llenas de la música de Tangerine Dream y de algunos agujeros rellenos con la voz de mi madre y también la mía, con la voz áspera y guerrera de algunos tractores subiendo la cuesta, bocinas de coches y autobuses, en la mitad del *Phaedra* un vaciado completo de cisterna en la casa del cura aquí al lado, y al final de ese disco los gritos de dolor de mi tía Matilde, de su hermana Elvira, mi madre, los silencios profundos de sus hermanos Francisco y Jaime, el silencio muy recogido de mi hermano Rafalín.

Sueño tangerino, significará. Busco en el tomo diez de mi enciclopedia cruelmente amputada, pero ahí solo encuentro traducción para lo segundo, tan obvio, *dream*. Tangerine Dream. Música electrónica alemana de los años setenta, finales, un prodigio de lo estereofónico grabado en formato monoaural, en una sola vía, con todo esto incrustado, grabado a fuego, no sólo en las cintas sino también en la memoria, todo entero, la habitación a oscuras, la aparatosidad de la montaña de cojines, mis tíos

que recuperan del desván la cruz que adornó un tiempo la tumba de mi abuela Espíritu Santo, la abuela que no conocí, de apellido Jara, y también mis paseos al cuarto del abuelo para verlo allí muy quieto en su cama, callado él, con su instrumento al lado, una delgada mascota de caoba con llaves de plata y boquilla de marfil que deja ahí como al descuido mi tío Jaime para que la entierren con él, con su sueño definitivo, tan elegante y discreto, todo un ejemplo de respiración, envidiable, que ojalá cuando todo acabe uno pudiera justamente imitar. ✱



Berta García Faet

Me gustaría meter a todos los chicos que he besado desde el año 1999 en una misma habitación

me gustaría meter a todos los chicos
que he besado
desde el año 1999
en una misma habitación
y volver a besar a todos los chicos
que quiero volver a besar
y besar en la mejilla (o tal vez en la frente)
a aquellos a quienes ya no amo
y decirles a los chicos cuyo nombre no recuerdo
hola, cómo te llamas?
y decirles a los chicos cuyo nombre no he olvidado
no he olvidado tu nombre, y tú?

Valencia, 1988. Este poema pertenece a su libro más reciente, *Corazonada* (La Bella Varsovia, 2023).

me gustaría ponerlos en fila
y mirarles fijamente a los ojos uno por uno por orden
cronológico
y asignarles, no un número, sino un color y una temperatura
y asignarles, no un número, sino una canción pop
de vocación mimética
me gustaría ponerlos luego por parejas y hacer que practicasen
su expresión oral
en distintos idiomas

me gustaría ponerlos luego en un círculo
en un círculo muy grande y muy ceñido
en torno a mí
como si todos los chicos que he besado desde el año 1999
fueran un solo vestido, un solo vestido rojo de lunares blancos
un solo vestido que me quito porque tengo calor
un solo vestido que me quito porque tengo calor y porque quiero
quedarme para siempre desnuda
con todos ellos en una misma habitación
cerrada con llave

me gustaría cerrar con llave esta habitación y todas las habitaciones
que son la misma habitación
y no decir nada
no decir nada durante tres o cuatro minutos
y que se extrañen un poco
y decir luego muy tenuemente, en el momento justo,
que empiece la fiesta
me gustaría que se lo pasaran muy bien
bebiendo ponche-cliché y comiendo emparedados-cliché y bailando
los unos con los otros
y que alguien grabara un vídeo
y que alguien sacara fotos comprometidas
y que se distrajeran y que se entretuvieran
porque la vida es eso
y que pensarán muy sinceramente
me alegro de haber venido
y que musitaran entre dientes *la vida es buena, qué tristeza
tenernos que morir*

quiero que se hagan mejores amigos
 quiero que charlen animadamente sobre política verde
 y sobre adverbios
 y sobre cómo es difícil
 no pensar todo el rato en uno mismo
 y sobre cómo es difícil
 recordar ciertos nombres, olvidar ciertos nombres
 y sobre cómo es difícil
 escribir el poema que queremos escribir (que, en ningún caso, versa sobre
 [chicos
 ni sobre los besos de los chicos ni sobre chicos que se transforman en
 [vestidos rojos

 con lunares blancos
 sino sobre política verde, sobre el concepto de verdad y metáfora
 en la filosofía del lenguaje
 de friedrich nietzsche, sobre la luz
 y la oscuridad como verdad y metáfora de ciertas preguntas morales
 que necesitan de otro vocabulario,
 que necesitan de otro vocabulario mejor que no se base ni en titilaciones
 ni en sombras de titilaciones,
 sobre las normas
 y las transgresiones en la poesía amorosa de alfonsina storni, sobre la
 [poesía social

 de la postguerra española, sobre política
 verde y sobre cómo es difícil
 no pensar todo el rato en ciertos nombres y en la promesa ético-estética
 del expresionismo abstracto
 y en Dios)

 he mentido, sí que me gustaría
 asignarles un número, un número muy grande y muy ceñido
 en torno a mí
 que me permitiera repasar en orden cronológico
 todos los acontecimientos
 me enorgullezco de haberme besado con chicos tan guapos
 no me enorgullezco de los poemas que he escrito que son obviamente
 malísimos
 sino de los poemas que me leyeron

todos los chicos que he besado desde el año 1999
 me enorgullezco de recordar ciertos nombres, de olvidar ciertos nombres
 y de estar aquí
 aquí en esta habitación
 aquí en esta misma habitación cerrada con llave y a la vez muy entreabierta
 la posibilidad de la música, la música que de repente
 empieza a sonar muy fuerte, muy fuerte y todos bailan, todos piensan
me alegro de haber venido

me gustaría que ninguno se sintiera desplazado
 y que ninguno se diera cuenta
 de que en realidad lo que yo quiero ahora es hablar a solas con aquel chico
 me gustaría tomar del brazo a aquel chico
 y susurrarle
*sinceramente tenía muchas ganas de tomarte del brazo
 los dos libros que me regalaste
 me gustaron bastante, los leí en un tren
 sinceramente el episodio de sexo salvaje estuvo genial
 pero opino que deberíamos casarnos o algo así
 no, en serio, deberíamos...*

me gustaría no clasificarlos
 pero estoy segura de que los clasificaría porque clasifico todo
 no lo haría por edad o por nacionalidad o por aptitudes o por estado civil
 habría dos grupos
 el grupo de los chicos con los que fui yo
 y el grupo de los chicos con los que no fui yo
 (dentro del grupo de los chicos con los que no fui yo
 seguramente habría algún chico impertinente
 que preguntaría
si no eras tú, quién eras? friedrich nietzsche? alfonsina storni?
 pero me he preparado una contrarréplica fulminante
*es una manera de hablar, chico, al fin y al cabo siendo rigurosos y siguiendo
 a friedrich nietzsche, la vida es eso,
 maneras de hablar)*

me gustaría volver a ponerlos en fila
 y confesarles uno por uno por orden
 cronológico y por telepatía

cosas secretas
 del tipo *cuando acampamos en la playa*
me sentí tan feliz que me sentí muy triste
de tener que morirme algún día o del tipo
una vez chateamos por facebook durante ocho horas
y amaneció y sentí que la vida era esto o del tipo
no sé si ha sucedido o si no ha sucedido
sinceramente espero que sí
 me gustaría volver a tomar del brazo a aquel chico
 que aseveró muy serio *me gustaría volver a tomarte del brazo*
y follarte, sinceramente
 y susurrarle
lo que te he susurrado antes no era broma

me gustaría meter a todos los chicos
 que he besado
 desde el año 1999
 en una misma habitación y hacer estadísticas y averiguar
 cómo me gustan los hombres y coger un altavoz y ponerme a declamar
 lo siguiente:
aviso: de vez en cuando meteré a muchísimos hombres que me gustan
en un cuarto diminuto, que será metafórico o no será
aviso: me olvido de todo pero os quiero igual
(sinceramente no a todos)
aviso: si pudiera pedir un deseo
pediría no olvidarme de nada y quereros igual y que aquel chico
estuviera de acuerdo en repetir aquel episodio de sexo salvaje y que aquel chico
se venga conmigo
a donde yo diga
que es básicamente a mi casa
aviso: no me hables de política verde
háblame de prolongaciones y de espontaneidades y de la inmortalidad
del amor, etc., no pasa nada si mientes pero mejor si no mientes
bueno, mejor dicho, no mientas
aviso: cuando tenga 58 años me convertiré al catolicismo
o a alguna otra confesión, pero siempre del ala dura
porque te lo aviso: constantemente estoy al borde de creer en cosas extremas
soy una muchacha exaltada envidio a los párrocos

del mundo rural y a todas las señoras espirituales
aviso: tengo muchísimo miedo
de la locura
y de la maldad
y del teatro de eugene o'neill y de edward albee
aviso: me encantan las enumeraciones
aviso: mis preferencias eróticas están bastante definidas y a estas alturas
no sé si voy a cambiar
aviso: aspiro a morirme con mucha tristeza de morirme
siendo ya muy anciana
y habiendo acumulado ya mucha sabiduría
me visualizo claramente columpiándome en una mecedora
en un porche
riéndome a carcajadas de un chiste absurdo

me gustaría volver a ver a todos los chicos
 que he besado
 desde el año 1999
 tal y como eran entonces, y tal y como son hoy
 dos o tres veces más
 en dos o tres fiestas privadas en las que suene de repente
 y muy fuerte
 muy buena música
 todos desnudos, bajo un cielo rojo y blanco que sea
 como un vestido ajustado
 que me quito porque tengo mucho calor
 tengo mucho calor
 me gustaría volver a ver a aquel chico
 quinientas veces más ✦

Yo no quería morir

[Fragmentos de un diario]

José Ovejero

30 DE NOVIEMBRE DE 2023 - FEBRERO DE 2024

«Ahora que estoy muerta, me he dado tiempo para pensar...». Leo esta cita de *Pedro Páramo* en una novela de Irene Solà. Y yo respondo para mis adentros: ahora que estoy vivo, me quiero dar tiempo para pensar.

Estoy en un vagón de tren, entre Málaga y Madrid, aunque da un poco igual el trayecto para la experiencia de estar sentado en este asiento, en este vagón, en este tren, que podría ser cualquier otro y dirigirse a cualquier otra ciudad, en cualquier otro país. No-lugar; el concepto de Marc Augé se aplica por supuesto al espacio en el que me encuentro. Un espacio que no aporta experiencia ni relaciones, que, por tanto, no construye pasado —recuerdos— ni futuro —posibilidades—.

Me acuerdo de cuando los trenes eran diferentes. No es que piense en vagones de madera, en el olor del diésel, en bultos y fardos donde hoy hay maletas de ruedas. Lo que recuerdo son viajes atravesando países, incluso continentes, por supuesto con algún destino o propósito, pero sobre todo por el placer de atravesarlos, montado en un tren, en aquellos compartimentos hoy casi desaparecidos —y cuando los hay, ocupados sobre todo

Madrid, 1958. Su libro más reciente es *Vibración* (Galaxia Gutenberg, 2024).

por familias con niños— en los que cabían seis personas, tres frente a tres, que daban lugar a conversaciones, encuentros, desvíos, amistades, amores (la película *Antes de que amanezca* juega con esa referencia pero ya en trenes que están cambiando: la mirada, el deseo, la emoción). Se compartían espacio y olores, alimentos y bebida, complicidades; se establecía la extraña intimidad de observar al otro dormido. No cruzabas el mundo: convivías en él. ¿Se escribirán hoy muchos poemas no ya en trenes, sino sobre esos momentos en los trenes?

Cuando era muy joven escribí de uno de aquellos encuentros: en un trayecto a Hamburgo —yo viajaba con Interrail y elegía trayectos muy largos para dormir en el tren y ahorrarme el precio del albergue— conocí a una alemana tan joven como yo; digamos que rondando los veinte años. Me atrajo, como me atraía cualquier mujer extranjera; yo me dejaba seducir por cualquier mujer rubia y fresca porque era donde pensaba que podría colmar mis carencias: el amor y lo ajeno. Hablamos, reímos, me dio su teléfono. Ahora que me acuerdo, el tren no iba a Hamburgo; ella iba a Hamburgo, yo a Colonia. Días más tarde tomé un tren a su ciudad para volver a verla. La llamé (yo apenas hablaba otro idioma que el español, ni siquiera recuerdo cómo nos entendimos ella y yo), se puso su padre; su hija no estaba en casa, pero que llamase más tarde. No le daré suspense a la situación: perdí el papel en el que tenía anotado su número. Deambulé por Hamburgo varios días pensando que en algún momento podría encontrármela por la calle. Como es lógico, y como aquello no era una película, no la vi nunca más. Sobre esto escribí el poema (supongo que también en un papel hoy perdido).

No echo de menos aquella manera de viajar, que apenas podemos reproducir en trenes europeos; no siento nostalgia. Tan sólo constato en este tren que casi nadie mira por la ventanilla. Lo que me inquieta es quizá eso. Que hemos dejado —yo también— de mirar por la ventanilla, sustituida por diversas pantallas. Y las pantallas abren posibilidades, pero también hacen que todo viaje sea el mismo viaje, que este tren pudiera ser cualquier otro tren. Y en estos viajes el otro no existe, salvo como molestia. Llevamos auriculares precisamente para que el otro deje de molestartos, reducirlo a un murmullo, a una presencia desvanecida. Nuestra curiosidad se sacia tecleando palabras, no intercambiándolas.

Yo no quería morir, yo nací —así lo he sentido— para seguir aquí indefinidamente. Pero he visto *Nosferatu*, he leído *Drácula*. Lo que no crece hacia

la muerte se estanca y se pudre. Se suele pensar en el deterioro producido por el paso del tiempo, pero no en lo que supone quedar disecado o momificado en la atemporalidad.

Así que lo acepto. Sea: moriré si no hay más remedio. Pero quisiera evitar, al menos, la inhumación prematura, en un sentido más metafórico que en el cuento de Poe: no estar vivo mientras lo estoy. No tener esos momentos para pensar, para respirar, detenerme, sentir quién soy y quiénes son los que me rodean; volverme consciente de este raro privilegio del placer y el deseo, de la conciencia y el dolor. Está claro: «entre el dolor y la nada...».

Y como mi manera de pensar es escribir, abrazo la paradoja de abrir esta pantalla en el tren, no todo el tiempo, no el trayecto entero, para detenerme sobre lo que me inquieta y despierta mi curiosidad. Después cerraré el ordenador y miraré por la ventanilla, porque el paisaje que puedo ver no es cualquier paisaje, sino precisamente ese, imposible de encontrar en ningún otro sitio (la terrible belleza, por ejemplo, de una sucesión de edificios sin marcos ni cristales de ventanas, deshabitados, o quizá nunca habitados). El mundo es diverso sólo si abres los ojos.

Podría pensarse que escribir es justo lo contrario de vivir y por tanto que para estar intensamente vivo debería dejar la escritura. Qué aborrecibles me parecen esos escritores que dicen que escriben —o leen— porque no les gusta el mundo y prefieren la literatura a la vida, la biblioteca a la plaza. Qué aborrecible Pessoa: «La literatura es la forma más agradable de ignorar la vida». Qué insuficiente Faulkner: «la literatura es una manera de soportar la vida». Cuando escribes (y en menor medida cuando lees) todo sale de ti y todo entra en ti de vuelta. Es lo más parecido a la eternidad que podemos tener. Una eternidad de tiempo limitado (valga el oxímoron) pero que se multiplica y ramifica, se extiende como una red, se anuda y enlaza, acumula en un mismo lugar experiencias de numerosas vidas. Un agujero negro que no deja escapar nada de su campo gravitatorio. Atrae partículas, energía, concentra en sí mismo lo que lo rodea. Cada vez más denso. Hasta implosionar.

La simultaneidad de todas las cosas es otra forma de eternidad. Ninguna de las dos están a nuestro alcance. Pero la escritura fija sin disecar, ahonda sin ausentarse, la literatura es como el capitalismo: puede fagocitarlo todo, metabolizarlo todo. El capitalismo, para regurgitarlo como mercancía. La literatura, como experiencia.

Si lo dejamos así, las diferencias y los parecidos son claros. Pero la palabra *literatura* es aún más opaca que la palabra *capitalismo*. Entre la creación

y la venta del libro hay procesos en los que la literatura se vuelve mercancía y parte del capitalismo. El término *industrias culturales*, utilizado tanto por la derecha como por la izquierda socialdemócrata, muestra la comprensión de esos procesos, y ha hecho que la palabra *industria* adquiera más peso que la palabra *cultura* y que se acabe justificando la creación porque contribuye al PIB, lo mismo que la escuela se ha convertido, en los discursos oficiales, en factorías de capacitación para el mercado laboral.

Y yo, ¿dónde estoy? En ambas, claro. Durante los momentos de creación fagocito el mundo y lo transformo en experiencia y, ya antes de la promoción, contribuyo a transformar esa experiencia en mercancía: mientras pienso en la cubierta, mientras ayudo a redactar las frases de la contra, mientras discuto con la responsable de comunicación de la editorial dónde presentar el libro y con quién, a qué periodistas enviarlo, cómo venderlo, con qué percha. (Esta palabra, *percha*, siempre me ha irritado porque alude al tema que, en la novela, podría atraer a la prensa: si salen inmigrantes en ella, el tema de la inmigración; si un hombre maltrata a la mujer, el del maltrato. La literatura, la creación literaria, está ya ahí reducida a su contenido, mensaje o idea y prescindir de todos los demás elementos que la componen).

Me doy cuenta de que aún estoy simplificando: porque separo tajantemente el momento de la creación del de la comercialización, como si la segunda no pudiese influir en la primera. ¿Elegimos los temas por su valor de actualidad? ¿Nos influye la posible recepción en la confección?

Hace muchos años, el escritor Senel Paz —en aquellos momentos famoso por haber escrito *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, adaptado al cine como *Fresa y chocolate*—, me dijo que los cubanos habían descubierto el valor económico de la simpatía. Los cubanos, en general, eran un pueblo simpático, y se habían dado cuenta de que dicho atributo les permitía establecer relaciones con extranjeros y, a través de esas relaciones, obtener beneficios: cigarrillos de importación, revistas, libros, ayuda económica, apoyo para salir del país.

También los escritores hemos descubierto el valor económico de la simpatía: nos interrelacionamos en redes sociales con más amabilidad y atención de la que mostraríamos si no tuviésemos un producto que vender; elegimos temas que sabemos encontrarán un público receptivo; tratamos dichos temas de forma que encontremos la empatía de quien nos lee y les hacemos sentir que reflejamos sus opiniones y emociones. De estos pecados contra la creación artística, creo ser sólo culpable del

primero. ¿Es un pecado venial, ya que sólo supone hacer concesiones que afectan al carácter y no a la obra?

Por supuesto, el negativo de estas técnicas de marketing es el del autor que en redes, artículos y libros prospera sobre la rabia de desengañados, envidiosos y rencorosos. Puede parecer que por su carácter agresivo y sus formas insultantes se olvidan de la opinión pública y no la utilizan en su favor, que son seres independientes y libres, pero no es así; tan sólo prosperan en un nicho diferente: no son ya malditos, sino contestatarios de diseño; los malditos ponen en peligro la propia vida y de ese peligro extraen su arte; los malotes de hoy tan sólo hacen caja con la pose de individuo enfrentado a la sociedad (en el fondo un resabio liberal que tuvo su sentido en el contexto de las monarquías burguesas pero que se ha vuelto reaccionario).

César Aira ha dicho en algún momento que la literatura al menos tiene la decencia de no pretender decir la verdad. Creo que «decir la verdad» no es la expresión adecuada o que puede dar lugar a malentendidos; pero sí he pensado siempre que la literatura busca la verdad, aun sabiendo que no se puede alcanzar. Sin embargo, la literatura también puede ocultarla, emborronarla, dejar de ser arte para ser puro artificio (una cosa es el simulacro y otra la impostura).

Anoche, yo ya estaba tumbado en la cama, Edurne se sienta a mi lado. Me mira con una expresión que me parece triste. No, te estaba mirando con cariño, me dice cuando le pregunto. El amor a veces se parece a la tristeza, respondo sin pensarlo.

Luego me pregunto por qué he dicho eso y llego a la conclusión de que hay algo de verdad en mi afirmación. Claro que en el amor hay alegría, entusiasmo, pasión, excitación... Pero a veces, cuando miro a Edurne enamorado, encuentro un pasadizo hacia una tristeza profunda. En Edurne, cuando la contemplo, no sólo veo a la mujer que tengo delante: veo también a la niña que fue y a la anciana que será. Y aunque me conmueva, también percibo la fragilidad, la fugacidad. Yo no quería morirme pero, sobre todo, no quisiera que Edurne muera. Me parece demasiado valiosa, demasiado preciosa para desaparecer, para que toda esa belleza, toda esa bondad, todo ese carácter y toda esa inteligencia se desvanezcan. Así que sí, a veces la miro, enamorado, y el amor genera ecos de tristeza, incluso de angustia.

Compás de espera: el jueves de la semana que viene me operan del corazón. «Operar del corazón» suscita enseguida imágenes de un tórax abierto, un cirujano hurgando en tus entrañas, un corazón latiendo a la vista. Pero en realidad me van a introducir un catéter por una vena en la ingle. Apenas habrá sangre. Todo el proceso se podrá seguir a través de una pantalla que mostrará el catéter avanzando por las arterias.

Sin embargo, la operación programada encierra estos días en un paréntesis. Las cosas que hago las hago mientras tanto.

En el TAC que me hicieron la semana pasada se descubre que, en lugar de cuatro, tengo tres venas que desembocan en el corazón, una de ellas dividida en dos. No tengo la menor idea de la importancia ni de las consecuencias de esta anomalía. Espero que no impida mi operación. Pero, sobre todo, me hace pensar en la cantidad increíble de información que se encuentra en el óvulo fecundado. Es una obviedad, pero excede nuestra capacidad de imaginación saber que ya está allí previsto cada detalle de nuestra anatomía; sólo que en algunos casos hay un error de diseño que puede hacer inviable la vida; o que provoca una adaptación como la que llevo incorporada: sólo tres venas pero cuatro terminaciones.

Leyendo un libro con varios ensayos de W. Benjamin establezco una asociación de ideas: en la religión capitalista, que promete el reino del progreso indefinido y del bienestar creciente, una especie de cielo a plazos que nunca acaba de culminar, la culpa cristiana se ha transformado en deuda; al mismo tiempo, en la democracia parlamentaria, que da forma política a las necesidades del capitalismo, la deuda se vuelve a transformar en culpa. Puedes ir a la cárcel por deudas, te pueden despojar de tus bienes, alejarte de la sociedad, enviarte al desierto.

Es frecuente que no acabes de pensar lo que lees. Llegan los chispazos de inteligencia, por ejemplo de Benjamin, y no te detienes a ver el conjunto. Los chispazos se apagan, dejan en la retina el recuerdo de la luz pero ya no puedes seguir mirándolos, han desaparecido. Y los olvidarás enseguida. Estoy leyendo a Benjamin y ya soy consciente de todo lo que desaparecerá del recuerdo. Cuando cierre el libro y me pregunte: ¿qué has aprendido?, la cosecha será magra.

Qué interesante que Benjamin relacione el ascenso del fascismo con la fe en el progreso de socialdemócratas y fascistas. «En *Los ángeles feroces* escribí: Si alguien te habla del futuro, rómpete los dientes».

De la intro: «Si los oprimidos pierden la memoria de las opresiones y los sufrimientos pasados, entonces ya nada tienen que oponer a la catástrofe que los arrasa». ¿No es ese el valor que podría tener *Vibración*? Quiero creer que sí; no se trata tanto de dar sentido a la historia ni de señalar un camino —falso— de progreso, sino de recuperar los ecos, recoger los retales, amontonarlos, y señalar que, de alguna manera, siguen presentes, no se han incinerado, no son humo. Y, hablando de *Humo*, qué benjaminiano soy de una manera inconsciente: toda mi pelea para que *Humo* no se lea como novela postapocalíptica sino como novela del presente, como una captación de señales ya perceptibles: la catástrofe, una vez más, no está en el futuro, sino dándose en este instante; y para eso es necesario el freno de emergencia.

26 DE JULIO

Mientras escribo, suenan truenos no muy lejos. Aunque me gustan las tormentas, aquí las recibo con aprensión. Este es nuestro quinto verano viviendo en el pueblo y ya he visto dos incendios desde la ventana del dormitorio y tenido que avisar a la Guardia Civil —aparte de haber visto también el humo de un tercer incendio en la lejanía—.

27 DE JULIO

Como temía: incendio tras la tormenta de ayer tarde. No llegamos a ver las llamas pero sí la humareda, a pocos kilómetros en línea recta desde nuestra casa.

Con ayuda de Esteban —y también con la de sus yeguas— hemos segado la hierba y los matojos hasta la linde del bosque. No sé cuánto ayudará eso en un incendio de grandes proporciones, pero tampoco podemos hacer mucho más.

28 DE JULIO

Sobre el amor a la literatura: Etty Hillesum, cuando está a la espera de recibir la notificación de deportación a un «campo de trabajo», como lo llama ella aún, se dice que ojalá consiga antes terminar el volumen con las cartas de Rilke. Y más adelante se pregunta si es buena idea dejar en casa comida que podría llevar para el viaje y ocupar su espacio con libros.

2 DE AGOSTO

Suelo defender la literatura no como forma de escapar de un mundo que no nos satisface sino como una forma de entrar en él más profundamente. Pero tengo que admitir que la escritura también me saca del mundo. Llevamos días tan inmersos en la novela que apenas me queda tiempo para pensar en algo que no tenga que ver con la vida de Molinier, etc. No me paro a mirar lo que me rodea ni a escuchar mi interior. Pienso, construyo, imagino —con Edurne— ese pequeño mundo que estamos (re)creando.

Por supuesto esta es una impresión poco precisa. Entre medias, hay segundos, quizá minutos, en que todo lo que no es novela destellea, se anuncia. De pronto una preocupación se abre paso, también a veces un malestar. Fugazmente. Mi cabeza vuelve a la novela. ¿Es esta la vida que deseo, tan desencarnada y ausente?

3 DE AGOSTO

Cada vez me inquieta más esta tendencia tan marcada —que siempre ha existido, pero ahora me parece omnipresente— a considerar valiosa cualquier obra de arte que confirme nuestras ideas y nuestras emociones.

Vuelve a imponerse la exigencia de que el arte sea edificante.

9 DE AGOSTO

Hoy voy a enviar unos fragmentos del diario a **Luvina**. Es la primera vez que publico parte de estos escritos más pensados para mí que para los demás. Al tratarse de ideas en formación, de pensamientos no del todo desarrollados, ignoro si pueden tener algún interés para alguien que no sea yo.

La ficción literaria, en general, es creación, indagación y comunicación. En este caso no se trata de literatura. La creación es escasa, no ya porque lo que cuento se atiene a lo sucedido sino porque no hago tampoco un esfuerzo por encontrar una expresividad, un estilo particulares; y no está pensado para ser comunicado, salvo a mí mismo, con lo que la legibilidad exigible a cualquier texto publicado no se impone aquí con el mismo rigor. Queda la indagación, que podemos llamar también reflexión. Basta, no le doy más vueltas. No justifico, no explico, porque entonces cambia el sentido del diario. Los demás no existen y es un alivio que a veces sea así. ✱

Antonio Colinas

EN SALAMANCA REGRESO DE NOCHE POR LAS GALERÍAS DE LA BIBLIOTECA HISTÓRICA

*Yo no soy yo
Soy este
que va a mi lado
sin yo verlo.*
J. R. J.

Juan Ramón: como tú en tu jardín
hoy me veo a mí mismo y siento
que yo tampoco soy yo
el que ahora está saliendo de la noche
de los libros a la noche de la vida,
de los libros a la noche de la edad.
Sin embargo bien sé que aún me salva
el yelmo de Minerva,
que a tanto compromete.
(Quiero decir el yelmo
de los años.)

Avanzo en las sombras del laberinto
de las piedras de oro,
mansas ahora como soles muertos
y me parece que de ellas va brotando
música nunca oída.
Atrás duermen los claustros
y el viejo árbol iniciático
que es un Centro del Mundo.

La Bañeza, Castilla y León, 1946. Uno de sus libros más recientes es *Tratados de armonía* (Siruela, 2022).

Atrás duermen los libros
y yo también quiero cerrar mis ojos,
pues me parece que ellos han cerrado
para siempre los ojos de sus hojas.

También ahora siento en mis espaldas
el suave temblor
de la túnica de Minerva.
Ella me lleva como en volandas, despacio,
sin que yo sienta el peso
de su yelmo en mi frente.
A la vez voy sintiendo otro temblor
de llamas en mis manos.
Son las llamas-semillas,
tan sólo el resplandor
(tal vez no merecido)
de la sabiduría.

Avanzo por las galerías en penumbra
buscando una salida de la vida
mientras en mi cerebro
arde la biblioteca.

LA LUZ ES LA SEMILLA

El tiempo es fugaz y el mundo
se deshace o se borra
con los mismos odios
y las mismas guerras.
Nada hemos aprendido.
Pero nos sigue salvando la luz blanca,
de aquel mar
que ahora llevo y no llevo en mis ojos,
aquella misma luz
de los versos de un mar
que en la distancia llevo en mi interior.

¿O caso los llevo entre mis labios?
 Creo que es la luz
 de los versos de Safo y los de Horacio,
 los de Shelley y Keats,
 los de Valéry, Quasimodo, Seferis,
 los de Espriu, Aleixandre, Gil-Albert...
 Pero también la luz
 que bajaron a buscar y que encontraron
 en el sur más profundo
 Montaigne, Goethe y Nicolas Poussin.

De este último he visto hace unos días
 su tumba en Roma,
 envuelta en otra luz (dorada).
 Y soñé con tener esa felicidad serena
 que Poussin sintió al final de sus días,
 mientras tomaba un vasito de buen vino
 sentado a la sombra de una parra romana,
 viendo las piedras y los mismos pinos
 que él eternizó en sus cuadros.

Las ruinas: almas muertas,
 almas vivas del paisaje
 y almas de esa luz,
 precioso símbolo en el que aún
 —¿hasta cuándo?—
 gozaremos del pensar luminoso.
 Gracias a este pensamiento
 todavía no ha muerto en nosotros
 el vivir soñando la luz blanca,
 el soñar viviendo, esperando,
 otra luz que es más luz. ✦

Tomarás la sangre

[Fragmento]

Pepe Cervera

No me arrepiento de haber matado animales. Tampoco me enorgullezco. Lo considero parte del acervo familiar, un ingrediente más del patrimonio heredado, otro signo de lo que soy, de las cosas que hago, de la forma en que hago las cosas. Mi abuelo mataba animales. Mi padre mataba animales. Yo he matado animales. Lo hecho, hecho está. Mi padre me enseñó, de la misma forma que a él el suyo. Fue un aprendizaje lento, paulatino, basado no tanto en la práctica como en la observación. Si aquel procedimiento en concreto era el más apropiado, si de esa manera obtenían una mayor productividad en el trabajo, lo ignoro. Posiblemente exista más de uno y todos distintos. Seguro. Nunca me ha importado lo más mínimo. No he mostrado una pizca de interés en averiguarlo. En ningún momento se planteó cambiarlo por otro, mi padre lo siguió a pies juntillas hasta que dejó de trabajar pasados los sesenta y cinco, convencido de que pocos métodos resultaban tan precisos cuando se exige un desangrado rápido. Hundir la hoja del cuchillo hasta atravesar de un lado a otro la garganta del animal, seccionando, con un solo movimiento, tanto las yugulares como las arterias carótidas.

Alfafar, Valencia, 1965. Su libro más reciente es *Una historia real* (Tres Hermanas, 2023).

Las cuatro patas del cordero trabadas con una cuerda de pita en un punto que, aproximadamente, equidista de ambos extremos del metacarpo, a pocos centímetros de las pezuñas accesorias o dedos rudimentarios o, haciendo un combinado con las dos denominaciones anteriores, pezuñas rudimentarias —dos estructuras cornificadas que crecen alrededor de sendos dedos en cada pata y carecen de función alguna. Para inmovilizarlo en el suelo no ha sido necesario aturdirlo. El cordero no es un animal agresivo. Jamás ofrece la menor resistencia. Es manso, sumiso, manejable, suele rendirse pronto, quedarse quieto. No debe pesar más de catorce kilos en vivo. Mi padre, con dos metros y pico de altura y la complejidad de un armario ropero, debe de estar por los ciento veinte. En los primeros párrafos de *Geste und Erinnerung*, un ensayo que analiza con detenimiento la relación existente entre memoria y lenguaje corporal, leo que para recuperar lo que ya se ha vivido, para traerlo hasta el aquí y ahora, no parece desatinado aprovechar las posibilidades que se abren con la capacidad gestual. Su autora, la psicóloga austriaca Laurin Maierhofer, interpreta que el cuerpo debe acompañar al alma. La parte material de un individuo y la relativa al espíritu, la etérea, la que no se puede tocar, se contienen en una misma entidad. Afirma que, por este medio, al adoptar una actitud o postura determinadas se simplifica bastante el proceso, ayudarse de algún gesto mejora de forma considerable nuestra disposición de ánimo. Cerrar los ojos, entre ellos. Hay quien cierra los ojos. Se nos quiere hacer comprender —la doctora Maierhofer lo da por cierto— que de ese modo los recuerdos acuden a nosotros con mayor facilidad. Hay gestos y ademanes que despejan el acceso al pasado, tanto al más próximo como al distante, allanan el terreno, quitan de en medio lo que estorba, ya sea tiempo o voluntad de olvido. Todo puede ser. No voy a discutirlo. A mí no me ha hecho falta cerrarlos. Para nada. Con los ojos abiertos también puedo verlo. Mi padre. Camisa remangada por encima de los codos, sin abotonar, abierta sobre el pecho, los faldones atados con un nudo simple a la cintura. Las perneras del pantalón embutidas en la caña de unas botas de goma, tipo Katiuska. Las botas son de un color oscuro, verde militar, y están manchadas de sangre. Lo veo inclinarse con una rodilla clavada en el flanco del animal, a la altura de las vértebras lumbares. Las manos están manchadas de sangre. No sé si este debe juzgarse un trabajo difícil. Aunque, para llevarlo a cabo, cierta destreza sí podría considerarse imprescindible, la complejidad, en principio, no estaría contemplada entre sus cualidades. Se gira hacia mí, un segundo, sólo para comprobar

que le estoy mirando, y enseguida vuelve a lo suyo. Lo veo introducir el pulgar de la mano izquierda en la barra interdentaria, ese espacio sin dientes en la quijada inferior, de unos ocho centímetros, entre los incisivos y el primer premolar. Lo obliga a abrir la boca. Tira con fuerza para mantenerle el cuello estirado. De esa forma queda a la vista el relieve de la glotis. Practicar el corte en el punto exacto, por consiguiente, resultará mucho más fácil. Un cuchillo con doble filo, recién afilado, a ser posible, con un largo de dieciséis centímetros y unos dos de ancho, no mucho más, penetra por detrás del ángulo de la mandíbula, hacia abajo, esquivando la laringe y el esófago para evitar que el estómago se vacíe de porquería y eche a perder la sangre limpia. No hay tiempo ni es lugar para la duda. No es el momento. Si el cordero sufre más o menos o deja de sufrir, sería asunto a tratar en la siguiente mesa redonda. «Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria», escribió Borges. No es sencillo alardear de las heridas, no es sencillo ignorarlas. Hubo una época de mi vida en que mataba animales como cualquier otro aprieta tuercas en una cadena de montaje. No me arrepiento. Carece de importancia. Es lo que es: ni motivo de inquietud ni de sosiego. En cualquier relación minuciosa, este hecho merecería figurar en la columna de momentos felices tanto como en la de aciagos. O, ya puestos, en ninguna. De eso hace más de cuarenta años. Ignoro si ahora mismo sería capaz de hacerlo. No sé. Sé que conservo la destreza. La destreza es memoria, una de sus secuelas, la respuesta involuntaria a un impulso capaz de viajar hasta el presente a través del tiempo. Lo noto cuando recuerdo, cuando me da por pensar en ello y de inmediato mi cabeza envía una orden al resto del cuerpo. Yo nací con un cuchillo en la mano. Es lo que siempre han dicho, como un halago, reconociéndome una virtud que me resisto a hacer mía. Antes de los catorce años, la pericia con que empecé a manejar esa herramienta denotaba una autoridad que muy pocos se atrevían a cuestionar. Mi madre me amamantó debajo del mostrador en el mercado de Alfafar, un edificio con portalón de medio punto y planta semicircular levantado en 1952, curiosamente sobre los mismos terrenos detrás de la iglesia que hasta bien entrado el siglo XIX ocupaba el cementerio del pueblo. Carne muerta sobre carne muerta. Me acostaba en el interior de un capazo entre suaves sábanas de franela —el mismo capazo de mimbre trenzado que empleaba para acarrear los colgantes de embutido desde el obrador hasta la parada—, y cada dos por tres, a poco que la reclamara, sin dejar de atender a la clientela, me envolvía en un paño de rizo entre sus brazos para enchufarme a la teta.



Es lo que siempre han dicho. Y al igual que al Jean-Baptiste Grenouille creado por Patrick Süskind, nacer entre las putrefactas vísceras y desperdicios del puesto que atiende su madre en un mercado de pescado de París, le concedió el poder de un olfato sobrehumano —el poder o la condena, quién sabe—, el uso de los cuchillos podría considerarse una habilidad inherente a mi naturaleza. Lo noto cuando recuerdo. Noto que las manos reconstruyen el detalle de cada movimiento, uno a uno, desde el minuto en que acompaño al animal a través de la portezuela de las cuadras en el matadero, hasta que vuelve a desangrarse con el cuello apoyado en el canalón de desagüe. A veces me pregunto si carezco de la sensibilidad necesaria para responder a un estímulo tan intenso como lo es la sangre, reaccionar de una forma que pueda considerarse adecuada según la ética del siglo XXI —tan correcto en todo, tan dentro de los márgenes, tan aséptico y proclive al eufemismo—, y hasta qué punto esa indolencia que acuso me convierte en un tipo desalmado, en un sádico. Soy consciente de que no se me puede atribuir un temperamento excesivamente emotivo. Lo tengo claro. No soy de esas personas almibaradas que besan y tocan a la primera de cambio. El contacto que exigen ciertas fórmulas de cortesía, incluso un roce, por involuntario que sea, suele ponerme en estado de alerta. Aunque también reconozco que no es mi estilo enterrar la cabeza



en el suelo cuando alguien perteneciente a un tiempo y lugar que ya no son míos, pongamos por caso, consigue desequilibrar mi entereza. La última vez que algo, desde dentro, me alteró el ritmo de la respiración, fue a causa de un episodio relacionado con mi hijo. Me duelen sus heridas como si fueran mías. Me siento responsable de sus heridas. Como si yo mismo las hubiera causado. A propósito de las heridas: el *kintsukuroi*, práctica que se remonta a finales del siglo XV, es una de las técnicas más hermosas que existen para coserlas. Significa reparación con oro. Cuando una taza, un plato, un jarrón, cualquier pieza de cerámica se rompe, los japoneses, cuya lógica, a todas luces, no incluye los mismos parámetros que nos guían en la cultura occidental —esa tendencia inmoderada a consumir y consumir para satisfacer dios sabe qué necesidades—, en lugar de deshacerse de ella, vuelven a unir los fragmentos con una mezcla de barniz de resina y oro en polvo. Es la mejor manera de impedir que las cicatrices se organicen y se hagan fuertes como un recuerdo imborrable y doloroso, y por el contrario pasen a embellecer la historia de ese objeto. Lo que resulta es un llamativo trazado de caprichosas estrías, relámpagos dorados sobre una superficie previamente desordenada por la tormenta. A partir de ese momento, cuando ya esté restaurado y podamos volver a acariciarlo, la historia que ese cuerpo nos contará será totalmente distinta.

Sólo hay que prestar atención, estar dispuesto a escucharla. Es la mejor manera que se me ocurre de decirle a alguien lo poco que importan las heridas. Aprender del daño, aprender a aceptarlo, aprovechar los escombros para construir algo nuevo. Ser más fuertes. En la noche y la tormenta, ser un relámpago de barniz de resina y oro en polvo. La última vez que tuve que tragar y no pude y tuve que reprimir el llanto en mis pupilas fue por mi hijo. Hace un par de días, obedeciendo a uno de esos retos sin malicia entre generaciones, nos colocamos uno al lado del otro frente a un espejo, descalzos y con el torso desnudo, procurando nivelar nuestros hombros. Resultó ser más alto que yo, tres dedos por lo menos. Igual más. A veces me pregunto cómo debo abrazarlo. No me pregunto cuándo, sino cómo. Abrazarlo. Creo que al fin he conseguido desprenderme de la arrogancia. Eso espero. Lo que un día se supone mérito acaba tornándose estorbo. Cuando se es joven, joven con vehemencia, con temeridad, hablo por mí, hay preguntas que uno simplemente evita formularse, no por falta de curiosidad o discernimiento, sino porque resulta innecesaria cualquier respuesta. Es con el transcurso del tiempo y muy poco a poco, que se va tomando conciencia de la ignorancia, de la pequeñez, de la vulnerabilidad y los vacíos, del cada vez menos tiempo que queda para interrogarse. A veces me pregunto qué es la sangre. Muchas veces, más de las que debería, me pregunto qué es la sangre y de qué modo y hasta qué punto viene condicionando mi supervivencia. Existe una definición objetiva, sin tendencia alguna, un conjunto de propiedades implícitas en cualquier imagen que sobre el particular intentemos representarnos: fluido de color rojo que circula por las arterias y venas del cuerpo de los animales. Se compone de un medio líquido o plasma y de células en suspensión —hematíes, leucocitos, plaquetas—, cuyo cometido es distribuir oxígeno, nutrientes y otras sustancias a las células del organismo, y recoger de estas los productos de desecho. Esta sería la descripción en un sentido exacto. La literalidad. Lo otro pertenece al caprichoso espacio de nuestra imaginación. Cualquier otra fórmula o enunciado no sería más que una secuencia, vete a saber tú si inoportuna o afortunada, de símbolos y metáforas, sería introducir elementos inventados en el cuerpo del mensaje. Cualquier otra fórmula no sería más que literatura. Literatura y realidad: ¿Qué fue primero? Ambas son causa y efecto al mismo tiempo. El francés Emmanuel Carrère —seguramente uno de los autores actuales que con más acierto apuestan por la confusión entre géneros literarios, al entrecerrar elementos de la historia personal en sus ficciones y viceversa—, en su

último libro, *Yoga*, cita un aforismo budista: «El hombre que se cree superior, inferior o incluso igual a otro hombre no conoce la realidad». La realidad: aquello que configura el mundo real, el que es y está, el que se puede tocar y sentir, ese mundo; aquello que permite poner nuestra existencia en orden, adecentarla, modelar a las personas que nos rodean, darles forma, estructurar su carácter. ¿Hay algo más real que la experiencia humana? En mi vida, en el día a día, nada hacía presagiar que pudiera llegar un momento en que me plantearía escribir un libro. Yo vivía en unas antípodas y los escritores de libros en otras. No obstante, eso es lo que he hecho. Lo que intento hacer exactamente ahora. Escribo como soy, no podría de otra manera. Escribo porque no puedo dejar de hacerlo, a la fuerza, como quien busca hacer magia y cambiar con la escritura no ya el pasado, sino el daño que acecha en los tupidos márgenes de nuestro camino al futuro. Durante la mayor parte de mi vida adulta los libros han funcionado como lo hace una constante. Siempre han estado cerca, solícitos, generosos, dispuestos a echar una mano. En estos momentos tengo frente a mí una fotografía en la que todavía no he cumplido un año. Estoy desnudo, tumbado sobre una toalla estampada con figuras geométricas, los dos puños a la altura de los labios. El sol me obliga a entrecerrar los párpados y a girarme para evitar que me dé de lleno en la cara. En la siguiente he empezado a dar mis primeros pasos. Llevo un blusón de pintor con cuello camisero y un lazo de cinta ancha color oscuro; las piernas, rollizas, al aire. Me apoyo en el borde de una silla y sonrío como si hubiera superado con éxito la mayor de las dificultades. Cuatro o cinco años más tarde, verano, en una playa, con los pies separados, firmes sobre la arena, los brazos en alto, metiendo tripa y sacando bola. Intentaba imitar a un forzudo de feria. Recuerdo un apartamento a primera línea, en Tavernes de la Vall d'igna. No es un trayecto muy largo, cincuenta kilómetros por la N 332, no llegaba a una hora; aun así, teníamos que parar en el arcén de tanto en tanto para que pudiera vomitar. Mi padre se ponía de los nervios mientras yo me esforzaba por llenar los pulmones de aire entre una arcada y la siguiente. Por lo visto, marearse es propio de las niñas. Me dice que haga el favor de fijar la vista en el parabrisas delantero, que huela la corteza de un limón, que apriete una peseta en el puño, que sea un hombre, hostias ya. Todavía hoy me mareo cuando no soy yo el que conduce. El coche no tenía aire acondicionado. Un cuatro latas, azul oscuro, la palanca de cambios en el salpicadero. A menudo viajaba con la cabeza por fuera de la ventanilla. Recuerdo que mi padre solía escuchar una cinta de Ray

Conniff; la escuchaba una y otra vez, en bucle. *Brazil, Raindrops Keep Falling on my Head, Tie A Yellow Ribbon Round the Ole Oak Tree, Smoke Gets In Your Eyes*. Tarareaba las melodías en voz alta, repiqueteando los dedos en la parte superior de un volante de baquelita. Algunas de estas fotografías podrían inducir un juicio equivocado: parezco feliz. Las guardo ordenadas por orden cronológico en una vieja caja de zapatos, al fondo de un altillo. La mayoría son en blanco y negro. Llevaba mucho tiempo sin verlas. Años. Es comprensible sentir cierta atracción por estas imágenes fijas procedentes del pasado, por las distintas versiones de un rostro en el que aún me reconozco —como era, como soy—, por lo llamativo de la indumentaria; es demasiado fácil confundirlas con la memoria. Hagas lo que hagas, por más que te esfuerces, la nostalgia es una dolencia de la que jamás conseguirás restablecerte. Por eso, tal vez, me empeño en conservarlas. En esta otra se me ve al trasluz de una ventana con las cortinas de tul recogidas, sentado en el suelo, con pantalón corto y calcetines blancos hasta las rodillas, las piernas cruzadas. Encima de los muslos alguien me ha colocado un libro abierto. Muy serio, con la cabeza gacha, hago como si estuviera leyendo. No es más que una pose, una composición falsa. Ignoro con qué motivo. En la fotografía debo tener unos diez años, once, tal vez, no más de doce, y sé a ciencia cierta que no empecé a leer de forma consciente hasta muy avanzada la adolescencia, pasados los dieciséis. No sé si eso es pronto o tarde, ahora sí, desde un principio ya lo hice con un inusitado apetito, guiado por un instinto que nunca alcanzaba a satisfacer lo más básico de mis necesidades. «Leer restaña y escribir cicatriza», dice un aforismo de Ramón Andrés. Leer, escribir. ¿Qué fue primero? Otro círculo vicioso. ■

Ángel Zapata

Pleroma [Selección]

ESTALACTITA

La muerte se ha dejado en el guardarropa su carnet de baile y esto va a darle mucha emoción a la velada.

Para vergüenza de los tibios, he conocido más de un contramaestre que llevaba tatuada en las pupilas la rosa de los vientos.

En el estrado de los sauces, los falsos testimonios se cepillan el frac unos a otros y así los sexos no se oponen ya.

Lo que hurtas cada noche a la locura, eso eres.

Nunca he tenido un atril de humo para los días que se acortan ni un trabajo a la altura de mi abulia.

Sé que hay tumbas provistas de periscopio para ver acercarse el día del Juicio Final.

Hambrienta o no, la historia sigue detenida ante un paso a nivel, y en las cafeterías ortopédicas que han nacido rodeando los tanatorios sólo se sirven cenas frías.

Sin nostalgia ninguna, me pregunto qué había de peligroso en la palabra «realidad» para que haya pasado de moda.

Madrid, 1961. Estos poemas pertenecen a su libro más reciente: *Pleroma* (Los aciertos / Pepitas, 2023).

EQUIVALENCIAS

He adoptado el hábito de *ver* mi cabeza varias veces al día (lo considero una precaución); y lo que resta de mi cuerpo, demasiado poroso, he tenido que distribuirlo entre cinco vitrinas que construí originalmente para contener iguanas, y un único baúl, con refuerzos de hierro, donde guardo sustancias abrasivas y pétalos de flores secas.

No hay avales, me digo.

Unos días pienso en la conciencia como un almacén de utilería. Otros (creo que es igual), como un gran pantano que sólo puede rodearse, pues si intentáramos atravesarlo se desvanecería la orilla opuesta.

ECLIPSE

Hacia finales de septiembre, la integral del Otoño crece a la sombra de los obeliscos, después ya no.

Todo lo que reniega de existir me es afín de una manera o de otra.

Siendo como somos volcanes extintos, habrá que acomodarse a que la Noche cambie de apellido y se ponga el nuestro.

Me mantengo despierto no sea que la borrasca tenga fin.

La borrasca que bebe una pócima en la que ha diluido lo Inexplicable.

Pasa por la calle una luz inviolada y la gente que nunca se apasiona le tira puñados de arroz.

El mundo es todavía sorprendente, pero como lo son esos retratos al pastel que se les hacen a las horas muertas.

ACANTILADO

Con los primeros fríos, majestuosas bandadas de suicidas vuelan al sur.

Una boca de hielo se desprende del siglo XXI para chupársela a los que más tienen.

El pan y el vino piden habitaciones separadas en los moteles de Oakland, el milagro de todas las cosas está quemando su última juventud.

Hay navegantes de lo Comprensible que ya han salido de la oscuridad, aunque no ilesos.

Besar la mano de las Inundaciones y luego retirarse con las ganancias.

En un octubre interminable, esta sola blancura sin peso cada vez más inclinada a hundirse.

PARTIDA DOBLE

La Grisura que tanto nos ha inspirado va a sentarse al volante del siglo.

Vuelven a estar de moda las axilas de los boxeadores y hacerse pasar por incurablemente crédulo.

Según nos acercamos al invierno los cunnilingus son cada vez más cortos.

Se sospecha de un túnel oscurísimo donde crecen magnolias indomables.

A modo de sedante, en las farmacias venden bajo cuerda pecillos llegados desde el Big Bang.

«¡Ya pasó!» se le dice al sulfato de hierro.

Asombra que se admitan mendigos incoloros en los conciertos de pupilas.

Los minutos de vidrio aprenden a existir como líquidos diferenciados.

Ahora que no hay escapatoria, me trastorna saber que la nieve odia posarse sobre nuestra desdicha.

DIAFRAGMA

El tipo de llovizna que es estar solo intensifica los descarrilamientos.

Cada vez se contempla con peores ojos que los pisoteados sientan rencor.

Los muertos más queridos se aparecen por partes en holgazanes que se les asemejan.

Desde cualquier punto de vista el plenilunio nos desborda.

En las pendientes de Chamonix Mont-Blanc el Nuevo Testamento se lesiona el menisco.

Ya no habrá viajes gratis para los limpios de corazón.

El día menos pensado les hablaremos a los viandantes como ahora les hablamos a las formas calcáreas.

Hasta el momento, lo que hay entre el Espíritu y las luciérnagas que nos sobrevuelan no es nada más que una amistad.

VÉRTIGOS REGULARES

Abriendo el lucernario que hay en la muerte resplandece una esmeralda líquida.

La Belleza Indivisa sale de un pozo tras rendir pleitesía a lo disímil.

Algunas sanguijuelas colocadas bajo una prensa hidráulica aguantan tres minutos sin existir.

Todavía quedan chóferes de limusinas que se suman a los escarceos súbitos.

La veleidad más rica de futuro está a la vuelta de la esquina.

Los desechos de tipo cosmológico evolucionan hasta donde es posible, las regiones ganadas al mar gozan quemando sus fotografías de boda.

Va a sortearse entre los flemáticos la bañera donde escribía Marat. ✱

Nostalgia del velero

Inés Mendoza

Si de visita con dos amigos en el jardín de un lujoso chalet, nada más romper la primavera, el anfitrión nos invita a apreciar el aroma de un rosal que ha cultivado él mismo, lo primero que me viene a la cabeza es que el mar pronto inundará aquella casa. Una ocurrencia extravagante hasta para un insensato como yo. Pero si por accidente, poco después, vuelvo la cara hacia la tapia que delimita el jardín al fondo de la propiedad, resulta que mis ojos tropiezan con algo más raro aún: el casco de un velero sin velas repleto hasta la borda de camelias rojas.

Caracas, Venezuela, 1970. Este texto forma parte del libro *Objetos frágiles* (Páginas de Espuma, 2017).

Además del colorido de semejante imagen, me llega un hedor como a pescado o salitre. Ni mi amiga ni su compañero parecen notar nada. Tampoco nuestro anfitrión. En cambio yo sospecho que el rasguño que me sala el paladar proviene de ese barco, quizá empeñado en revivir sus tiempos remotos de bravo artilugio marino. Naturalmente, me parece justo. Condenado a sufrir otro verano más el sopor de un burdo adorno doméstico, su única estiba es la cama de tierra para macetas donde nuestro anfitrión ha plantado camelias rojas y hasta ridículos capullos de jazmín. Es bien seguro que el velero recuerda su vida anterior, cuando bogaba a muchos nudos entre brumas de mares únicamente poblados por el eco frío de las leyendas, cuando su vela mayor se abultaba de cara al oleaje del temporal o las cuernas del casco frenaban el aletazo de los monstruos en altamar, y los callos en los dedos del timonel, y los torsos de bronce que cada tarde se gritaban blasfemias encaramados a la arboladura como gaviotas hediondas.

Después de un buen rato bajo el sol, mis amigos siguen al anfitrión olisqueando de mala gana unos claveles. En cambio yo finjo acariciar los pétalos de unos arriates que huyen hacia el fondo de la parcela. Es así como arribo por fin a la zona de la tapia donde está el velero. No me choca lo que descubro. Una capa de moluscos viscosos, inexplicable en el aséptico huerto de un chalet burgués, recubre el casco como para confirmar mi impresión de venganza marina.

Escarbando con las manos la tierra donde se asienta la embarcación, sorprendo un leve hundimiento de la proa en el terreno del jardín. Se diría que el peso de esas malditas camelias ha desfondado al barco, que se va a pique. Un poco más allá reparo en un ancla picada de moho que se recuesta en la tapia como si fuera un rastrillo. Ahora no me quedan demasiadas dudas. De repente mis piernas quieren temblar; empiezo a marearme, y eso que ya hacía casi media hora que había perdido de vista ese rasguño salobre en el paladar, ese olor a pescado.

Con tanto clavel y tanto perfume de rosal, no creo que nuestro anfitrión descubra a tiempo la inclinación a estribor, casi imperceptible, que una de estas noches veraniegas terminará por volcar el velero: un capitán imprudente. Por eso lo más natural es que zozobre, que al fin su proa fije rumbo hacia las profundidades oscuras de la tierra igual que en cualquier naufragio, aunque ya ningún torso bañado en sudor gruña blasfemias mientras achica el agua.

Tal vez ese caluroso amanecer, nuestro anfitrión oiga desde su chalet los gritos de auxilio de los desgraciados que se ahogan. Y les vuelva la

espalda arrebuñado en sus sábanas limpias, como ocurrirá en más de una travesía a ultramar. Llegado el otoño, incluso puede que las costillas del casco se astillen y algunos tablones manchados de humus descollien sobre el césped. Entonces el velero quedará sepultado para siempre, feliz de alcanzar el prestigio de los barcos hundidos, soñando que custodia tesoros podridos de camelias muertas que sólo conseguirán exhumar —tras meses de faena— buzos futuros.

Aún sigo agachado junto al velero cuando oigo que mi amiga grita mi nombre. Me siento como un criminal, así que sudo para devolver a la zanja el montoncito de barro, apisono un poco la tierra y me sacudo las palmas en el pantalón. Nada más divisarles cerca del templete del jardín, camino hacia una criada uniformada que recibe instrucciones del anfitrión. A estas alturas las caras de mis pobres amigos son la viva imagen del hastío y de la sed. Menos mal que el dueño nos invita a sentarnos alrededor de una mesa. La criada vuelve al templete con una bandeja de plata y sus manos nos sirven limonada en unos vasos muy pulcros. Casi me atraganto cuando el anfitrión nos cuenta que este verano piensa aprovechar un bote que ya no usa para plantar los costosos lirios que ha mandado a traer de Guernesey. El compañero de mi amiga cruza conmigo una mirada a punto de mofa. Igual que un necio, de pronto tengo ganas de advertir al anfitrión sobre el motín que se avecina, pero al minuto siguiente me siento asqueado de mí, como puede que se sientan los profanadores de tumbas.

Mientras tanto, el velero sin velas persevera en su fingido sopor, en esa postura sumisa tan natural para cualquier maceta, como un siervo agradecido de llevar su carga de camelias rojas, presto a recibir el perfume mimado de los lirios exóticos. Y sin embargo yo sé que no es así. Me lo dice este rasguño salado en el paladar, el ancla vigilante, la asquerosa capa de moluscos, tan fuera de lugar. Y sobre todo la sospechosa inclinación a estribor. Igual que un marinero curtido en toda clase de peligros, lo que en realidad el velero espera es el momento de su venganza, porque después de tantas travesías seguramente sabe que el tiempo está de su lado, mucho más que del nuestro. ✱

Miguel Ángel Curriel

Solo integral

Pero es peligroso caminar por donde todos caminan, sobre todo llevando este peso que yo llevo
Juan Rulfo

Dios, constructor de este mundo, estableció su palabra, la admirable estructura de la naturaleza y de todas las cosas que comprendía, por el abrazo del cielo llamamos mundo
Benito Arias Montano

Ya no hay referencias, la hiedra me asombra, es capaz ella misma, tú no podrías, pero esta pequeña lumbre, o chosca azul, donde yo mismo me quemo.

Entró en su boca nadando la sombra. Se comen el uno al otro, ella escupe los restos de dios y siega el aire. Salen perros del corazón y muerden los cielos.

Se le reza de noche, el aire molesta. Más allá de Farraguera el lugar de Marión, Herruza y Malgarría, después crucé el viejo horizonte, y al entrar me salí del poema,

eso era el poema.

Polvo en la boca.

Os doy drogas y luces, la muerte son flores, cómelas, come flores y bebe en el aire al dios del silencio. Las drogas, los caminos y el sol, bate el territorio para encontrarse, lo bate para ser más, vuelve al mismo lugar con hambre, en la batida se persigue a sí mismo, y se esconde ahí, en su madre.

Korbach Valdeck, Alemania, 1966. Su libro más reciente es *El viajero de las edades* (Varasek Ediciones, 2024).

(Rezos)
CEPOS

Bocas
¿Klotz?

y quien abre los cepos
deja señales
y vuelve,

y quien escribe el poema
deja señales y no
vuelve,

estará allí
abriendo los cepos.

EL PALACIO OSCURO

No desaparece el sol, ronqueos de sierras negras, Tozo, Magasca, Abertura, Albarrega, Gévora, Bravales, Sillo y Múrtiga, heridas cosidas con aire, voces negras en la noche, ríos de saliva, linajes abiertos, la sangre negra del agua cabe en los nombres del cielo, lluvias con forma de mujer, y otras cien heridas solares, el aire arrastra las sombras. Lleno de piedras y alacranes el lugar de Aranhas, tímpano negro, sol de humo azul, el yo partido en dos, la muerte en cinta, ojerosa se sale del cielo, a la vara le salen ramas, del poema negatividad solar, ni siquiera la hogaza es pan, se soltó y ya no podía bendecir el lugar de Mazarronal, lo que brota y rebrota no sería lo mismo, y no lo es, como almas de una misma cosa endilgándose retoños. Ahora la gran lluvia, los días seguidos de la gran lluvia —que no te cansen las noches de la g. ll., y no te apaguen— y tras dar el viático ¿no era lo indestructible? ahora tardo dos días, hay dos noches entre tanto, con ramas secas se hace el cuerpo del cordero y la lluvia es la lana, el amarillo perro o celeste, la tierra de carne de membrillo, quedan así, sobre el aire mis pasos negros, eso dicen ellos, y los muertos lijan los huesos del chopo, el aire huele a la boca de dios, los cuerpos viejos a muchos días de lluvia, un olor a sol, un matrimonio a cuatro, y allí abajo el llano en llamas. La muerte como

fruto de álamo, no pesa el sol, huesos de chopo en el camino de arena, con tanto aire la luz es negra. Hierba en las manos, le pido al aire que se lleve la visión lejos y se queme en la boca el cielo. Ya no miro el cielo, bajo los pies el camino negro, pero veo más abajo lo que hay por culpa el cielo. En ese pinar me perdí, aún sigue ahí el pinar perdido en el claustro del cielo, y yo vuelvo al pinar por donde siempre.

VIEJOS PERROS

Hablan de viejos perros muertos —no puedo copiar lo que dicen— sólo de perros, uno de ellos lo vio, nadan en el mar cientos de perros en torno a una boya gigante, se ahogaban, hablan esos perros, como nosotros, el mar les escupe a la playa. Un lugar vacío apenas tiene nombres, las grandes ruedas de la voz, el aire peinado de viento negro, pelado de hierba el tiempo, en el sentido crónico del camino del rey ¿llegarás a Nisa y al lugar de Los Noques de Piedras blancas? Vas a abrir cielos, al más alto lo llamas el Cielo de Tierras viejas, pasa tras el aire un camino cegado por ortigas negras, el vado de los Héroe, los días muertos de octubre, más allá del cielo de la Silga no creo que haya más azul o lugar. Un poco de aire rozando el agua ¿somos eso? es una boca de aire, el rumor eléctrico de las raíces se aboca, el cielo se arroba lleno de sí mismo, mi mujer sin boca ni ojos en el allí, en el alto de Rielos y del Cerro de las Ánimas el aliento va a la mano, negra la flor del sol, hacia Bazagona la niebla del gris de Nolde, arranca el sol pálidos tuertos para un ojo eterno.

HIC LOCUS

Elásticas palabras para la muerte, se estiran y han de romperse, soportar la tensión de la luz y la fuerza de la nada entre dos soles que se alejan, bajo la lluvia negra una codorniz guía a otros pájaros o huye hacia el mar. ¿Queríais abstracción? en estas piedras la hay, en las palabras nunca, sólo si se rompieran, lo que ya no hay es agua, los pozos muertos llenos de piedras, la x y la y ¿por? la nada, de la contracción de Kông y de Naschi sale un acebuche, parientes lejanos, las muertes les acercan, la mayoría de las cosas que se oyen sobran —oigo en el aire la luz— nosotros es el nos en los otros, siempre los otros caen como piñas, ellos lo trascienden,

son más, al hacer la red del cielo no la tejen, la desmienten, el lenguaje rebusca en el azul, todo se secó, yo, tú, ellos, aquí no existe el nosotros, de quien lea el poema depende, el lugar es el mismo, pero ahí está la dehesa, es lo único, yo sería una dehesa de mí, el cielo la manta y el mar, la dehesa apesta a mundo, pesa la manta y el cielo, de noche se frotan, el aire borra este mundo.

✱

Habito la posibilidad

Emily Dickinson

Pasos hacia atrás en la arena, el poema seco que oí es mío, sigue secándose, rugoso como el tronco del fresno. La madera quemada es el testimonio. La sombra del danzante en la pared.

Me aventuré con estas imágenes. El sol lo quema todo. No sé porque me río o me llama la muerte. Tengo que menudear con todo, con el silencio. Salinas que he amontonado. El pájaro hace la raya en el cielo. Cuanto se parece nadar a volar. Nadar es volar.

Linde de chopos, no los va a cortar nadie, no va a cambiar demasiado en cien años el lugar, ni el cielo. En tu cuadro, en tu paisaje, puedes quitar cosas, dejarlo más oscuro, los dos soles de la muerte en la noche a campo abierto —creo que soy así— y quien entre en mí que lo haga así, sin mí; tres o cuatro personas pasan al día, de ellos sólo vuelve uno.

El cuadro tiene un pez, un espejo, un ojo que me mira. ¿Seré yo el que se come el sol de la muerte? Las flechas no me rozan con el hueso del sol. Esta luz me da miedo, en el fondo de la sima el esqueleto de un delfín. La basura allí arrojada.

Purgo comiendo palabras, sus huesecillos son como la palabra yo-tú, tan huesuda y limpia.

*

Sale agua, no sé de donde sale. Hematoma azul, pequeño cielo. Ahora soy un ciego que se quita las espinas, y se las quita a otros, y a otros, la fila llega hasta...

*

Cieno endurecido, la floración continua y el poema se corta como la leche. ✱

En las manos, el paraíso quemado [Fragmento]

Pol Guasch

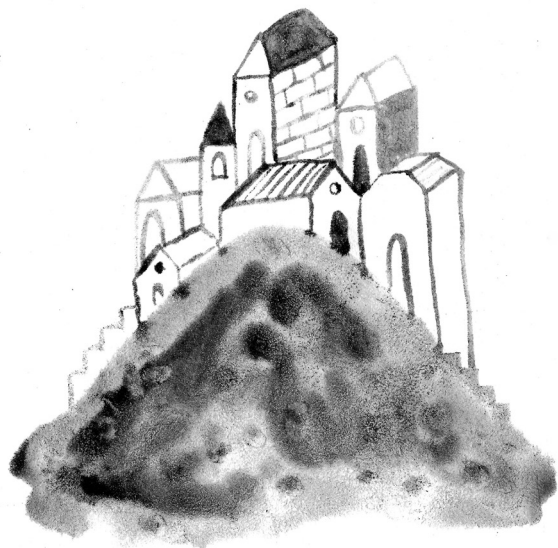
TRADUCCIÓN DEL CATALÁN DE CARLOS MAYOR

*Ofrecido en la palma de la mano
el paraíso —¡no lo cojas!, ¡quemado!*

Marina Tsvietáieva

Todas las vidas empiezan antes de nacer: está una madre que repasa la lista de nombres al ir a acostarse, indecisa, o un padre que se imagina el rostro ausente de la criatura que todavía no existe. Está el deseo de muchos años que se marchita en silencio o el ritmo frenético del arrepentimiento que se aferra al corazón. Está la paz que se paga cara tras callar mucho tiempo o una habitación a oscuras que pide ser habitada. Está la espera que tiene que acabar de una vez por todas con esa soledad insoportable o el miedo a una nueva presencia que llegará para desordenarlo todo. Sea como sea, todas las vidas empiezan antes de nacer.

Tarragona, Cataluña, 1997. Este es un fragmento de la novela *En las manos, el paraíso quemado* (Anagrama, 2024).



Me habría gustado pensar lo mismo de la mía, pero estoy convencido de que mi cuerpo minúsculo, acurrucado en una esquina oscura del vientre de mi madre, era incapaz de despertar ningún sentimiento. Ha tenido que pasar toda una vida, veinticuatro años brevísimos, una vida veloz como un cometa raudo, para poder decirlo sin dolor. Me pregunto por el tiempo en que estuve enfermo sin saberlo y por cómo la vida sigue navegando tranquilamente cuando se obvia la tristeza. De eso trata, también, mi historia: del tiempo. Del tiempo que no vuelve, porque el tiempo nunca vuelve. Y también del miedo, porque un día te da miedo una cosa y al día siguiente te da miedo todo. Y seguramente esta historia mía sirve para explicar que, cuando alguien se te acerca y te dice que no crezcas tan rápido, que el vigor y la belleza desaparecen muy deprisa, cuando alguien se te acerca y te dice eso, debes saber que tiene razón.

Es de noche. La gente que he amado duerme. Puede que Rita no y, apoyada en la ventana del piso de la ciudad, trate de convencerse de que ningún ruido rompe el equilibrio del mundo. Desde allí, ve a personas que no conoce. Alguien que vuelve a casa después de un día demasiado largo y mira al cielo antes de abrir la puerta, como pidiendo un deseo. La negrura lo aturde ligeramente. O alguien que reconoce la lámpara encendida del cuarto de Rita y durante un segundo cruzan la mirada, desde lejos, observándose

extrañados. Todo esto para decir que somos porque los demás nos recuerdan: quizá, seguramente, Rita piensa en mí, en lo que hicimos, mientras mira desde la ventana en esta noche cerrada.

Liton era mi nombre. Veinticuatro era la edad. Pino prensado sin barnizar era la madera del ataúd. Calor infernal era el tiempo. Calcinado, el paisaje. Y lo demás se alarga muchísimo, porque las historias siempre son largas, aunque una vida no haya fracasado ni haya triunfado, como la mía, aunque una vida sea un pedazo de espacio y muchas horas juntas y nada más. Ahora intento separarme del tiempo. Hablo de los cuatro pilares que construyen esta historia como si no los hubiera levantado yo. No vendrá ningún otro reino que no esté ya en la Tierra. El olvido es una parte del cuerpo que todavía no has utilizado. Quizá por eso creo que es demasiado pronto para empezar a hablar de los que he amado como de un recuerdo. Aun así, no dejo de imaginarme qué dirán los vivos de mí: las personas que me querían; las personas que no sabían quién era, que no sabían nada de mí, que sólo intuían una sombra que llegaba y se iba del pueblo, una sombra de niño que acababa de hacerse un hombre acoplándose al paisaje, como el eco de una voz perdida en la infinitud del valle, de un pueblo al que todo el mundo llamaba pueblo y nada más: es fácil olvidarse de un lugar que no tiene nombre.

Yo no era del pueblo. Era de la ciudad. La ciudad, tres valles más allá. Al pueblo llegué porque mis padres se compraron una casa. Era lo que hacía la gente de la ciudad que tenía dinero para comprarse una casa, decía ¡el pueblo, el pueblo!, como quien dice ¡despertadme de la pesadilla del olvido! Pero hacía tiempo que no llovía, muchos años, y la tierra resquebrajada tenía más sed que cien perros que han ladrado toda la noche. Donde no hay agua no hay nada. Iba los fines de semana. Eso fue después del Servicio y antes de los incendios. El tren me dejaba en la estación, subía dando un rodeo hasta que por el horizonte asomaban los primeros tejados y la montaña gris los coronaba. El aire caliente silbaba paseándose por las calles. El sol me señalaba. Donde no hay agua luego hay fuego, pero de eso todo el mundo se olvida. Me habría gustado pensar que no se trataba de un pueblo recogido en un rincón abandonado del tiempo: ahora trato de imaginarme un pedazo de luna en el cielo sólo para creerme que todavía queda un poco de luz que se tiende sobre él.

Rita vivía en la Colonia. La Colonia era un puñado de casas situado en lo alto de la montaña, casas blancas que la mina había vuelto grises, aferradas al suelo como si fueran roca madre, escalando la cresta riscosa

y desafiando al paisaje. Allí vivían los mineros con sus familias. Allí vivía gente mayor, gente cansada. Allí vivían las viejas, puestas en fila delante de la puerta buscando la sombra, reunidas en el lavadero charlando durante horas, hablando de la Colonia y de los jóvenes y de la vida, que a menudo se hace demasiado larga. Desde allí, el pueblo resplandecía más abajo como un espejismo. Con la distancia y el tiempo, las cosas parecen bonitas, pero no lo son, y la gente de la Colonia decía ¡el pueblo, el pueblo!, como quien dice ¡devolvedme mi pedazo de historia!

Conocí a Rita cuando su historia ya se había trenzado, para siempre, con aquel maldito palmo de tierra. El dolor de la soledad es un dolor muy particular; lo supe cuando la conocí y lo supe, sobre todo, porque al verla descubrí que su dolor salvaje también era el mío. Nos hicimos amigos. Eso quiere decir que durante un tiempo intentamos hacer de la euforia el camuflaje de la tristeza y nos salió bien. Cuando estás triste y quieres desaparecer, no eres tú quien quiere morir, es el tú que eras antes. Y, de repente, con el otro al lado, queríamos desaparecer un poco menos: nos convencimos de que esa era la promesa de la amistad.

De los mejores sueños y de las peores pesadillas no recuerdas nada, al levantarte, sólo la memoria del cuerpo que se revolvía de una forma concreta durante la noche. Así era yo con Rita, cuando Rita estaba conmigo, como en la peor pesadilla o en el mejor de los sueños. Es verdad que ella llevaba consigo sus historias y yo las mías, que nos convencimos de que podíamos comportarnos como si no existieran y eso ya no sé si nos salió tan bien. Pero lo intentamos. Y a veces intentarlo es casi como conseguirlo. Créeme. No nos decíamos la palabra Colonia del mismo modo que no nos decíamos la palabra padre, la palabra infancia, la palabra futuro. Esas eran palabras que habíamos pactado no decirnos. Y no nos las decíamos.

El Servicio llegó antes. Antes del pueblo y antes de conocer a Rita y, claro, antes de los incendios. Ahora podría decir: antes de todo, porque el amor dibuja una línea de inicio y una de final en las cosas que no tienen importancia, que es casi todo lo que nos pasa. Entonces un día llega el amor y ya sólo puedes decir: antes de todo, antes de todo eso. O después, después de todo eso. Y todo eso es el amor. También me digo que es una locura hablar del Servicio y del amor como de una sola cosa, pero las historias, y esta también, tienen un reverso oculto y lo imprevisto te espera, feroz, detrás de cada esquina. También resulta que del amor puedes decir pocas cosas, cuando estás dentro, porque todo se nubla con el velo de la emoción, y pocas cosas, cuando sales, porque todo se nubla con el velo de

la tristeza. Y, al final, uno acaba por no decir nada. Y puede que sea mejor. Seguramente es mejor. Mientras tanto, conservo su nombre: René.

De los incendios también es difícil hablar. Deja que tus sentidos vaguen tanto como el pensamiento: tus ojos ven sin mirar. Es el fuego. Tú no lo buscas, él te encuentra. La memoria de los incendios es más antigua que la nuestra y siempre cuesta aceptar que hay cosas que empezaron antes que nosotros y que también seguirán después de nosotros. Los incendios no hacen daño porque lo destruyan todo, sino porque nunca destruyen lo suficiente. Cuando llega el fuego, uno querría que se llevara también el dolor, los recuerdos y la infancia; uno querría que todo eso se fuera con el fuego, pero la verdad es que no se va.

Nadie quiere quedarse por el camino. Empezaron a entrarme ganas de hacer cosas cuando me enteré de que ya no tenía tiempo de hacerlas. Así somos. Es más fácil combatir al enemigo cuando el enemigo tiene un nombre y yo tuve que acogerlo dentro de mí sin poder darle la bienvenida. Me habría gustado romper el silencio y que nunca me enterraran, que mi cuerpo señalara los destrozos del tiempo y lo que intentaban ocultar de mí: un ataúd abierto y en la frente escrito que morí de silencio, que el diagnóstico fue el silencio, que la causa de la muerte fue el silencio, que lo que me esperaba después era el silencio. O que se levantara alguien durante la ceremonia y preguntara de qué me había muerto, con quién me acostaba, por dónde rondaba de noche, en la ciudad, cuando no sabía qué hacer, buscando desesperado un poco de amor, como las luces temblorosas de las farolas al oscurecer. Ahora me quedo aquí, esperando escuchar mi nombre, esperando a que alguien diga en voz alta, en algún momento, que este espectáculo ha sido de verdad, que esta ha sido mi forma de irme.

Cuando estás enfermo no dejas de preguntarte qué sentido tiene tu enfermedad. Quiero decir: si ha llegado para hacerte mejor, si se trata de ser como los demás, si te toca aprender a absorber la paz de los sitios o bien si esa cosa pequeña que se te ha formado en la garganta desde que sabes que no puedes curarte podrás tragártela algún día. Pero yo sólo tenía las palabras que habían repetido sobre lo que se me deslizaba por dentro como si por dentro sólo se me deslizaran palabras. Como si mi enfermedad fueran las palabras de los demás. Sus historias.

Y es que había crecido con las historias que me habían contado como si fueran mías, pero no, y cuando las historias te las cuentan tantas veces te crees que las has vivido, y después queda toda una vida, veinticuatro años, una vida veloz como un cometa raudo, para descubrir qué es verdad y qué no.

Mis padres, que hablaban de la juventud con nostalgia. Los chicos del Servicio, que echaban de menos el mundo de fuera como si alguna vez lo hubieran vivido. Las abuelas de la Colonia, que describían un paisaje que no existía, animales que ya no estaban. Los chicos del sanatorio, que se arrepentían de las cosas que no habían hecho, porque uno siempre se arrepiente más de las cosas que no ha hecho que de las que ha hecho. Y mi enfermedad, que era un puñado de palabras que me destruía por dentro.

Ahora desearía el orden que otorga la distancia. Poder estar arriba para mirar abajo, o estar abajo para ver que el cielo se mueve constantemente haciendo círculos, que las nubes se componen y se descomponen en una coreografía aprendida, que las palomas, las pocas que quedan, vuelven todas las tardes al mismo nido y que el oeste será el oeste otra vez mañana por la mañana. O estar arriba para ver que, abajo, un pueblo es una cuadrícula que se extiende por el mapa y nada más, una cuadrícula que se dispersa con luces que centellean cuando llega la oscuridad. La claridad que se ilumina en las ventanas, cuando el día todavía está por nacer, y los retazos negros que se mueven por los cristales, preparan café, se visten: viven. Los caminos dibujados en la montaña y las personas que se adentran en ellos. La tierra que no muda de color porque color no hay más que uno. Los vallados que separan los campos secos y las puertas que permiten cruzarlos. El reflejo que las nubes estampan contra el suelo. También como los mismos troncos, las mismas casas, las mismas personas trazan una sombra distinta según el ángulo con el que brilla el sol. Las cosas siempre en su sitio y la sombra siempre distinta.

Cuando cuentas una historia, la gente quiere que sea ordenada. La gente no sabe que las historias, si se ordenan, no son historias, son mentiras. Eso me hace pensar que lo que la gente quiere escuchar son mentiras. Acabarla da un poco de pena, uno no terminaría nunca de narrar y narrar y narrar su historia. Yo quiero dejar de dudar de los pedazos que no recuerdo de mi vida. Quiero dejar de imaginarme qué habría pasado si todo hubiera salido de otra forma. Quiero creer que las cosas que no dije cuando tendría que haberlas dicho puedo decirlas ahora.

Mamá, no pretendas andar por la calle con un orgullo falso. El tiempo se está acabando.

René, déjame olvidar cómo el sol te brillaba en la piel. Déjame olvidarte.

Rita, amiga mía, tienes abejas en el estómago; un día, se convertirán en dragones que te comerán por dentro. Aliméntalos. ✱

María García Díaz

A Carlo

Vogliamo essere all'altezza di un universo senza risposte.

Carla Lonzi et al.

FRENTE A FRENTE EN LA TERRAZA

te cojo las manos
encerramos con los brazos esos dones
que aguardan en el centro de la mesa —pan y jazmines—

como si fuéramos dos vírgenes

la rama del cerezo rasga tu iris
o quizás sea el sol de primavera
que arborece en este rincón de Barcelona

estamos perdidos, dices con la barba
ámbar de zar
estamos perdidos, la cerveza
se hincha en los labios fríos de las palomas

*de Ye capital tolo que fluye (Ultramarinos, 2021),
traducido del asturiano por Xaime Martínez*

A Carlo // *Vogliamo essere all'altezza di un universo senza risposte.* / Carla Lonzi et al. // FRENTE A FRENTE NA TERRAZA / gárrote les manes / enzarramos colos brazos tolos dones / qu'aguarden nel centru la mesa —pan y xazminos— // *como si fuéremos dos virxes* // el ramu la zrezal résgate l'iris / o quiciabes el sol de primavera / qu'espoyeta nesti requexu Barcelona // *tamos perdíos*, dices cola barba / ámbare de zar / *tamos perdíos*, la cerveza / hínchase nos llabios fríos les palombes

Pola de Siero, Asturias, 1992. Su libro más reciente es *Ye capital tolo que fluye (Ultramarinos, 2021)*, con traducción al castellano de Xaime Martínez.

QUIÉN SOY, DECIDME, PLAYAS

quién soy, cigarro gafas perfume museo pajarita
 mármol campos de color lino pensamiento
 le pregunto quién
 soy a las impresiones
 quizá tal vez sabrá la pincelada
 podrá el collage de pátinas reconocerme
 le pregunto quién
 soy a los pétalos
 de las superficies siempre
 el peso de configurarme
 pues yo estoy cansada
 yo finjo estar cansada
 cansada es el estado fundamental de la materia
 decidme

de *Suave la matriz* (Saltadera, 2018)

...otra danza del ego solitario

S. Sontag

LICUADO EL MURO DE BERLÍN,

grafitis de leche que de mis poros brotan
 en abigarrado
 arrebató,
 mi interior que estalla en mil
 gotas orquídea
 sobre este lienzo,
 esta la expresión de quien subyace,
 este el arte,
 y así tú, flequillo santo,
 tierno constructo de esta selva,
 pura mirada bruta
 que alumbra desde un mundo perdido,
 reminiscencia del estado
 en que nada sabíamos de nada,
 así tú, flequillo limpio,
 también expresión de quien subyace,
 rubio vertido
 del deseo, ha caído el amor, occidente

invertebrado. Proyección mía,
 antiguos
 huesos míos, querría quereros
 como antaño, dejad que olvide el truco,
 dejad que olvide el origen de las aguas
 en las que amo
 zambullirme. A la vera de un cabello
 derramado

Yo quiero sobrevivir peor.

Entre la nada y la pena, elijo la pena.

W. Faulkner (traducido del inglés por Miguel Rual)

de *Suave la matriz* (Saltadera, 2018)

FUSIÓN (DELIRIO FASCISTA)

«DOE National Laboratory Makes History by Achieving Fusion Ignition»

13/12/2022

nos dijeron

*y entonces la energía será limpia
 como un espejo perfecto,
 limpia como una sábana de fibras nuevas,
 como un absoluto, como una roca sin roca,
 y correrá infinita como un recto
 arroyo euclidiano,
 y nada volverá jamás a herir las nubes,
 el pulmón de lxs minerxs,
 las vías frescas de los hábitats*

nos dijeron que amaban la pureza,
 i. e., la miel azul arbolada
 sobre el pecho negro de lxs peritxs

adujeron también

*y entonces la poesía será limpia
 [láser+oro+diamante → estrella] ✱*

A propósito de la nieve cuajada

José María Conget

Ni los más viejos del lugar habían conocido una nevada así, proclamará con satisfacción el telediario, algo con que rellenar la banalidad de las noticias de las nueve, y un locutor cubierto hasta las cejas habrá localizado a un abuelo local valiente que, superada la fase aguda del temporal, acepte ser entrevistado y confirme que jamás había visto tanta blancura inmaculada en las calles. Estanis observaba desde su asiento delantero las esforzadas maniobras del chófer, escuchaba sus juramentos furibundos a media voz y recordaba aquel trayecto de Washington a Nueva York en un Greyhound que avanzaba sobre una autopista helada a cinco millas por hora mientras las pantallitas repetían los primeros quince minutos de *Dirty Dancing*, se cortaba y volvía a sonar la blandenguería de «The Time of My Life», ¿se llamaba así?, y todos los pasajeros acojonados, como seguramente debían de estar los pocos que viajaban esta tarde, y más si tuvieran acceso a los manejos sudorosos del conductor. Había cerrado la novela de Benjamin Black porque aún no pasaban de las siete y ya era noche cerrada y, aunque había encendido las lamparitas encima de las dos butacas —la plaza de al lado estaba vacía—, tenía que forzar la vista, aparte de que el suspense que proporcionaban los riesgos del trayecto resultaba más interesante que las autopsias del doctor Quirke. Se ha cansado

Zaragoza, Aragón, 1948. Su libro más reciente es *La verdad sobre el amor* (Pre-Textos, 2023).

de leer, ¿no?, al otro lado del pasillo se le dirigió sin mayor preámbulo una chica joven, no la veía bien pero parecía joven, ah, sí, contestó, entre el traqueteo y la poca luz es un sacrificio, nada más subir al autobús, para no pensar, se había embebido en el libro sin prestar atención a los compañeros de viaje, que eran pocos, el mal tiempo no invitaba a desplazarse si se podía evitar, ¿hay algo más anónimo que un transporte colectivo, ya sea de avión o terrestre?, varias horas con otros seres humanos de los que nada se sabe, con los que quizá se haya coincidido antes en la cola de un cine o en el supermercado o en una manifestación o en una playa, o se cruzan nuestras vidas por primera vez para jamás volverse a encontrar, y los bandazos que da este trasto son terroríficos, comentó la vecina, era difícil juzgar en la oscuridad pero Estanis diría que la muchacha estaba pálida, ¿tienes miedo?, vaya, la había tuteado y ella había empleado el usted, la diferencia de edad infundía respeto, ¿miedo?, sí, la verdad, ¿no se ha fijado en los sudores del pobre hombre?, hizo un gesto con la cabeza hacia el chófer, no te preocupes, creo que es un tipo experimentado y seguro, la tranquilizó aunque no poseía información que sustentara sus palabras, ¿te has abrochado el cinturón?, se bamboleaba al ritmo de los vaivenes del vehículo, sí, pero es como si me apretase, estoy mareada, se inclinó Estanis hacia su costado, ¿con náuseas?, uf, gimió ella, lo estoy pasando mal, aguanta un momento, se liberó la cintura y tambaleándose se acercó al conductor, disculpe, ¿tiene bolsas para el mareo?, el hombre aferrado al volante no apartó la vista de la carretera, haga el favor de sentarse, ¿no se da cuenta del peligro de andar zascandileando?, no se rindió Estanis, es que una pasajera va a vomitar, y qué quiere qué haga, vaya a su asiento y no joda, se lo he pedido por favor, sólo entonces el solidario tomó conciencia de la situación, miró hacia delante y no percibió nada salvo la niebla atravesada de copos, cómo se las arreglaba el exasperado para no desviarse al arcén, ¿no sería Caronte arrastrando a todos al infierno?, perdón, murmuró, trastabilló a su sitio y abrió el portafolio, había guardado en un lateral una envoltura de plástico con objetos de aseo personal básicos, los dejó sueltos en la cartera y extendió el brazo para ofrecer la bolsita a la descompuesta, no era muy grande pero haría su papel, a duras penas ella le dio las gracias, enseguida el cuerpo sufrió las convulsiones de las bascas y Estanis pensó que tendría que levantarse de nuevo, desafiando las iras de Caronte si lo espiaba por el retrovisor, y ayudarla a devolver, Caronte bastante hacía con tratar de dominar los remos de la embarcación así que el caballeroso se incorporó, apoyó un brazo en el respaldo de la mujer

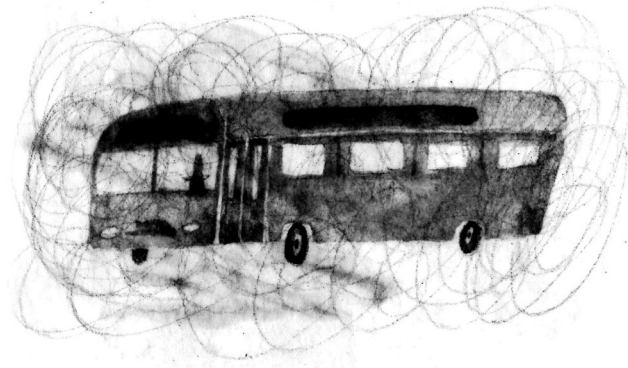
y con la mano derecha le sujetó la frente húmeda, sólo arrojaba bilis perfumadas de un olor agrio que a él mismo le revolvió las tripas.

La chica mantuvo la boca dentro del plástico aunque ya no vomitaba. Vamos a facilitar las cosas para evitar la incomodidad, propuso Estanis, vete al asiento de la ventanilla con precaución y yo me coloco a tu lado. Una sacudida del autobús lo obligó a ridículos ejercicios de equilibrio, la frente de la descompuesta le sirvió de agarradero improvisado, uy, perdona, farfulló, se sujetó con la otra mano al reposabrazos y se dejó caer al felpudo una vez que ella se trasladó a su izquierda. ¿Aún tienes náuseas?, no has arrojado más que baba y bilis, es que no había comido, masculló la moza, el desorden alimenticio de la juventud, ¿sería anoréxica?, pensó Estanis, ya no más, apartó la cabeza, ¿estás segura?, entonces dame la bolsa y la retiramos, la cogió con aprensión y la presionó dentro del pequeño receptáculo de basura entre las dos butacas, ¿cómo te sientes?, se interesó, mejor, muchas gracias, la muchacha había enlazado sus dedos a los suyos, hacía años él habría interpretado el gesto como la promesa de posteriores intimidades, ahora se supo encarnando un rol paternal, con la proximidad pudo apreciar los rasgos de la hija de circunstancias, era, en efecto, joven, no pasaría de los veinticinco, de facciones delicadas, el rostro con algunas pecas simpáticas, el pelo recogido en una cola y diría que rojizo, atravesadas orejas y nariz por feroces imperdibles, ¿dónde el tatuaje de rigor?, me llamo Elena, con hache, declaró, ¿muda?, requirió él, no, ya ve usted que no, a la hache me refiero, que si la aspiras o se trata de un capricho ortográfico, Elena con hache, o sea, Helena, no entendía nada, Elena sólo que con hache, repitió con humildad, ya, bueno, yo soy Estanis, sin hache, siempre una pizca de vergüenza al presentarse, ¿Echániz?, conozco a unos Echániz de Pamplona, buscaba conexiones la chica, no, no, mi nombre de pila es Estanis por san Estanislao de Kostka, un santo jesuita polaco, qué le vamos a hacer, es que mi padre era misionero en Bombay y se enamoró de una ursulina que cuidaba leprosos en Molokai, se casaron y rindieron homenaje a la orden religiosa que él nunca abandonó del todo, qué historia tan bonita, se embelesó Helena, mujer, que era una tontería para hacerte reír, una inocencia a prueba de chorradas, perdona ha sido una estupidez, mi abuelo y bisabuelo maternos eran Estanislao y por eso, no es feo Estanis, muy exótico, amable la niña y de mal oído, y le dio dos besos en las mejillas, el rito generacional de las presentaciones, apeataba la pobre a hiel y a tripa vacía, pues ahora ya dejas de ustedearme, la evidente perplejidad le hizo corregirse, quiero decir que me tutees, por

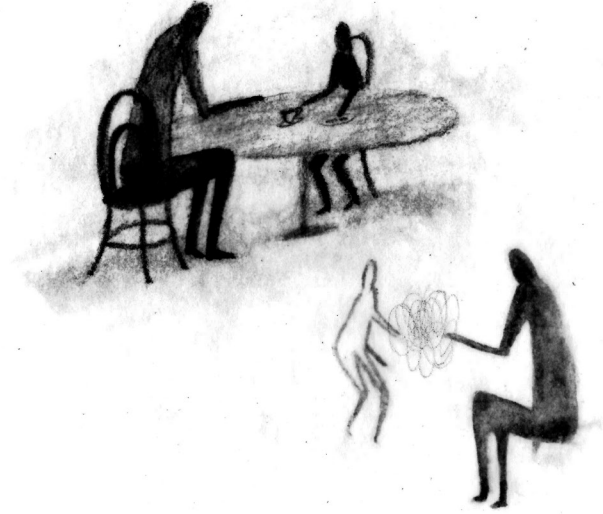
favor, sí, sí, es verdad, ya somos amigos, una sonrisa tan ingenua que lo conmovió. En ese momento el micrófono emitió un carraspeo y a continuación el verbo tenso del chófer, vamos a entrar en la estación de B, no estaba en el trayecto pero no me atrevo a seguir sin información del estado de la carretera, no me funciona la radio y aquí me pondrán al tanto, les ruego que no salgan del vehículo hasta que les diga qué vamos a hacer, abrió la puerta de delante y un frío blanco penetró en el interior durante unos segundos, afuera se percibía una sábana impoluta.

Desde varios puntos algunos pasajeros reclamaron libertad para salir, qué cojones ocurre, vociferó un gigante amenazador avanzando por el pasillo, yo tengo que llegar a Z como sea, un lamento femenino, es injusto, un ciudadano algo confuso sobre sus derechos, nadie tiene la culpa, el sensato dictamen mayoritario, Helena y Estanis optaron por el silencio, él liberó la mano que apretaba la muchacha para rascarse la nariz y de paso cortar el contacto, ¿cuánto tiempo convenientemente aislado de los demás, incluida su propia mujer?, el imperativo categórico de ayudar al prójimo por buena educación no iba más allá de las normas civilizadas de convivencia, con esas ya había cumplido. El mutismo que siguió al bajón de las manifestaciones colectivas violentó a Estanis, ¿cómo es que no has comido?, se interesó sin interés, se encogió de hombros la chica, no he tenido tiempo, si tardo un poco más pierdo el autobús, bueno, y que no tenía apetito, ¿va usted, vas, a Z o te quedas antes?, iba a Z pero a lo mejor nos quedamos todos antes, tal como están las cosas, Helena volvió a atrapar la mano de su protector, yo sí voy a Z, tengo allí una hermana, lágrimas al borde de derramarse, no le he avisado porque me he dejado el móvil en casa, te dejo el mío pero no hay cobertura, comprobó Estanis, ¿a usted le esperan?, o sea, ¿te esperan?, sí, vaya, esto es un incordio pero no me urge llegar, la persona que voy a ver no se largará aunque yo tarde, ¿su mujer?, disculpe, soy una indiscreta, mi padre y está muerto, dios mío, cuánto lo siento, cualquiera diría que lo conocía desde la infancia y la muerte la afectaba tanto como al hijo, estaba desahuciado y con la cabeza perdida hace tiempo, no es una sorpresa, mi hermano se ha hecho cargo de lo necesario, voy al funeral, si el clima lo permite, y si no, a colaborar con el papeleo de rigor, la muerte es una burocracia para los vivos, le fastidió de inmediato haber soltado prenda y se vio obligado al intercambio de datos, ¿vas a ayudar a tu hermana con algún problema?, no, no, yo me he escapado.

En ese momento apareció el conductor, señores, de momento no podemos seguir, lo siento, tal vez dentro de un par de horas, para los que deseen



volver atrás, a las ocho un autocar hará la ruta de vuelta con el mismo billete, si nos dejan, ya han visto lo que nos ha costado, hay una pequeña cafetería en la estación, recojan su equipaje y esperen allí hasta nueva orden, les iré informando, joder, esto es inaudito, gruñó el hombrón, puede usted pedir el libro de reclamaciones a dios padre, un aplauso por los buenos reflejos del conductor, me han hecho espacio y aparcaré dentro, les abro el maletero, cojan sus pertenencias por si acaso. Yo no llevo nada, dijo Helena, mi bolso, y me he olvidado el móvil en la mesilla de noche, ¿el abrigo rojo es tuyo?, sí, y un jersey marrón, Estanis había bajado las prendas del portaequipaje, cogió la cartera y la trenca de su asiento, bien ligeros los dos, observó ella, una muda de ropa interior y poco más, confirmó él, pero cómo viajas tú sin nada, le había dicho que se había fugado, ¿de un siquiátrico?, se le pasó por la cabeza, cada vez se le antojaba más extraña la chica y no le aplicaba el adjetivo misteriosa porque su rostro infantil y el aire franco de despiste y desvalimiento no sugerían enigma alguno. Al bajar, los pies se hundieron en la nieve sólo hollada por las pisadas de los que se dirigían delante a la cafetería, unas luces mustias brillaban donde debía extenderse la ciudad, el escenario para un belén laico sin pesebre ni recién nacido, estaban a escasos metros de la entrada, los suficientes para recobrar la sensación de asombro infantil por la nieve, el



crujido suave cuando la pisaban, su belleza y, reflexionó Estanis, la suciedad al derretirse, las aguas barrosas no ocultarán los plásticos, hojas de periódico, peladuras de frutas podridas que la blancura había escondido, todo un símbolo, acertó Dostoyevski. Le había cogido del brazo Helena, delgadita y frágil, irreal, con el abrigo rojo, aun sin capucha podría interpretar a Caperucita en dibujos animados. La cafetería de la estación de autobuses les dio una bofetada de calor grasiento, olía a salchichas y *bacon*, a dosis de aceite de girasol varias veces recalentado, en la barra envejecían los restos de bollería industrial. Los viajeros se distribuyeron en las mesitas de chapa, pataleaban para deshacerse de la nieve en el calzado, varios se dirigían ya a meditar sobre la oferta del bar. Deberías tomar algo, sugirió el paternal Estanis, hay bocadillos me parece, Helena se había sentado frente a él y temblaba de destemple, yo me pediré un coñac, venga, ¿para ti algo caliente?, ¿un té, un chocolate, si tienen chocolate?, un café con leche tal vez, sí, un café con leche y un par de donuts, no te levantes, ordenó Estanis, yo te lo traigo, ¿estás segura de que te sentarán bien los donuts?, deben de languidecer en el mostrador desde el principio de los tiempos, es que me gustan mucho, Caperucita al fin, bueno, ahora vuelvo, el encargado había encendido la televisión, me iba a casa cuando he visto llegar vuestro autobús, le explicaba a uno de los viajeros, ¿es necesaria la tele?,

preguntó Estanis, oiga, hace compañía, otra cosa es que funcione, voces y músicas se entrecortaban con rayas y zumbidos, pantalla en versión Pollock y tan desagradable como la obra del pintor, junto a unos lánguidos boquerones en vinagre, mazacotes de tortilla de patata, pura patata y justo las salpicaduras de huevo, ¿menos arriesgado para la salud que los dónuts roñosos?, miró hacia la mesa, Helena se había subido las solapas del gabán, tiritaba, no valía la pena consultarle, dónuts, pues dónuts, regresó con la bandeja, ¿cuánto le, te, debo?, muy formal la niña, nada, no seas tonta, anda, bebe el café a ver si entras en calor, un sorbo al Terry, sacó el móvil, perdona, llamaré a mi hermano para que no se inquiete y a mi mujer por si está intranquila, me había advertido que el viaje era una locura, movió el telefonillo en el aire, no hay cobertura, quizás afuera, no le apetecía desafiar la helada, lo intento luego, se justificó sin que nadie le hubiera pedido cuentas, tú también tendrías que avisar a tu hermana, se dirigió a Helena, no me espera, ya te lo he dicho, ha sido todo tan precipitado, se desabrochaba el abrigo, hacía dentro una temperatura sofocante y el café estaba surtiendo efecto, ¿de qué huyes, Helena?, no respondas si no quieres, es que en el bus has dicho que te habías escapado, el coñac era tan malo como cuando lo bebía de estudiante y sin embargo efectivo, se sentía caldeado por fuera y por dentro, ¿tu mujer no podía acompañarte al funeral?, desvió ella la conversación, no quería mucho a su suegro y con motivo, aceptó él la curiosidad, con todo, me habría acompañado si no hubiera escuchado el parte del tiempo, y tenía razón, ya ves cómo nos encontramos, atrapados en este cuchitril, mordisqueaba Helena las infames rosquillas, en los labios se le pegaban puntitas de azúcar grasoso, terminó el café, ¿quieres otro?, ofreció Estanis, me siento mejor, se desprendió del abrigo y del jersey, una blusa estampada con imágenes de los Picapiedra debajo, un chalequito la había semiocultado en el bus, una falda plisada y con colgajos ¿punk? dejó al descubierto las pantorrillas fuertes y esbeltas, te has escapado, insistió Estanis, ¿de quién o de qué?, ella acercó el rostro al de su acompañante como para evitar ser escuchada por espías al acecho, huía de mi marido, Estanis dio un pequeño respingo, increíble, está casada, casada o con novio abusador, ¿tu marido te maltrata?, no, no, negó ella, me quiere mucho, me quiere muchísimo, la típica masoquista en manos de un torturador, ¿entonces por qué te has largado?, no dejaba de ser extraordinario que a poco de conocer a una persona se hubiera involucrado en una existencia de absoluta ajenidad, Helena se debió de percatar de la rareza, su expresión combinaba una especie de

susto permanente y de candor, Espanis, compréndelo, no valía la pena corregirla, me cuesta hablarlo, es muy privado, no pretendía inmiscuirme, se disculpó el interrogador.

Escúchenme, por favor, el chófer había entrado en el bar por una puerta trasera, todos se volvieron hacia él, me informan que ha mejorado algo la ruta por la que hemos venido y, como les anuncié, los que quieran pueden volver en un autobús que partirá a eso de las ocho, un segundo de expectativa, los que prefieran seguir a Z no parece que podamos retomar la carretera en estos momentos, lo siento mucho, yo también tengo familia que me espera, protestas vanas en dos o tres puntos, al menos ha dejado de nevar, vamos a ver si de aquí a las diez la situación cambia, que sepan los que aguarden que, si falla todo, hay un hostel a trescientos metros de la estación y me han garantizado que esta cafetería permanecerá abierta hasta esa hora, se le aproximaron quienes consultaban lo que como era obvio carecía de respuesta. Helena suspiró, ¿tienes hijos?, preguntó de sopetón, no, no hemos querido, por lo menos no quería yo, una voluntad que le debo a mi padre que en el infierno descansa, él si maltrataba a su mujer y a sus hijos, no pegaba, no con frecuencia, pero hay muchas maneras de humillar, de herir, ojalá tú nunca las sufras, el espanto se dibujó en la faz de Caperucita, quién me manda soltar la miseria familiar, se maldijo Estanis, la nieve me está influyendo de una forma absurda, este bar inhóspito, el brandy peleón, la muchacha de inteligencia bajo mínimos, la muerte tardía e intempestiva de papá tras invertir sus últimos años en machacar sistemáticamente a los empleados de su residencia, recordó que Andrés le había contado la inverosímil relación del padre con una viejecita amable que lo cuidaba y se preocupaba de su bienestar, pobre mujer, no he querido tener hijos y no digo que me arrepienta, continuó, aunque es verdad, quizás me habrían sacado de la apatía que rige mis rutinas, Helena le apretó una mano de nuevo, ay, Espanis, no añadió otra palabra, su gesto encerraba toda la solidaridad de Caperucita por su abuelo, el lobo acababa de morir y eso no consolaba, se incorporó para rozar con los labios la oreja izquierda del amigo, me he ido porque tenía miedo, confesó, ¿de tu marido?, miedo de su amor, un título para Barbara Cartland o para una telenovela mexicana, me da mucha vergüenza contar esto pero me aliviará hacerlo contigo, eres muy comprensible, comprensible en exceso a juzgar por lo que él, con tantas reservas bajo llave, le había confiado, y no a un psicólogo profesional o a un amigo de la niñez, tan comprensible como él mismo, sino a una joven desnortada que huía

sin equipaje alguno del amor de su marido, ¿qué vas a hacer, vuelves o te quedas?, le instó, no sé, ¿y tú?, me quedo, en algún momento estará practicable la autopista, si no, dormiré en ese hotel y desde allí llamaré a mi hermano, Helena sonrió para mostrar confianza en la alternativa del amigo o padre o abuelo, pues venga, yo me quedo contigo, qué pasaría si regresaras, ¿te castigaría tu pareja?, no había forma de comprender el miedo a quien la quería mucho, qué va, Julián me habrá estado buscando como un loco cuando haya comprobado que no le respondía, desesperado, al verme de vuelta se echaría a llorar de alegría, ¿entonces?, el desconcierto de Estanis se tradujo en una mueca de incompreensión, él que era tan comprensible.

La presión sobre su mano, observó Estanis, era más intensa, como un naufrago que se agarrara al salvavidas que le impedía hundirse. Conoció a Julián en una sala de juegos, se lanzó en voz baja Helena, yo iba con las amigas y él trabajaba allí y al mismo tiempo diseñaba consolas, ¿sabes?, ahora es uno de los más importantes de España, es muy bueno en eso y gana una pasta gansa, vivimos bien, ¿tú entiendes de esas cosas, Espanis?, me pillas un poco viejo, un lego absoluto, reconoció con humildad, fue un flechazo, mira, era, es, divertido, cariñoso y guapo, nos casamos a los meses y fíjate, no nos habíamos acostado hasta la boda, yo había tontea-do con un compañero de instituto y había hecho el amor con el dueño de la sedería donde trabajé de dependienta al dejar el bachillerato, fui malísima estudiante, en segundo suspendí filosofía y matemáticas, ¿o era química?, no me acuerdo, lengua también, un desastre, meditativa unos segundos, todavía no entiendo por qué Julián y yo no nos fuimos enseguida a la cama, con lo que nos queríamos y nos gustábamos, Estanis había empezado a elaborar una teoría, en efecto era raro que dos jóvenes en plena efervescencia hormonal no aprovecharan cualquier catre improvisado para la gimnasia erótica, ¿sois religiosos, os parecía inmoral el sexo previo al matrimonio?, ¿inmoral?, qué gracia, ninguno de los dos somos de misas y eso, a veces me meto en una iglesia para estar tranquila, ya sabes, Estanis no sabía en realidad pero la dejó explicarse, y me pongo a pensar y pienso que algo debe de haber, ¿no?, ¿todo se acaba aquí?, pero a los curas ni verlos y Julián se burla de ellos, a ver si lo entiendo, ¿no os ibais a la cama por tradición?, ¿qué quieres decir?, lo de la tradición le sonó a campanas, yo me lo comía a besos y él echaba el freno, un homosexual en busca de coartada, concluyó Estanis, sería una impertinencia insinuarlo y sin embargo se lo soltó, a lo mejor Julián es gay, Helena se carcajeó,

¿maricón?, ni hablar, nada más casarnos fue un huracán, el comprensible no comprendía, la confesión de Helena descendió a un susurro, tardé en darme cuenta de que había algo, no sé cómo contártelo, me da un apuro, no aventuraría el confidente otras posibilidades que le cruzaban la mente, sexo duro, excitación por estrangulamiento, prácticas sádicas, nos lo pasábamos de maravilla, ¿sabes?, Julián era más experto que yo y jolín, siempre era una fiesta, qué bien, dijo Estanis sin entusiasmo, de pronto se interrumpió el discurso, aguarda, tengo que ir al servicio, se levantó, una mirada panorámica para localizar el baño, sus pasos rápidos, el vuelo de la cola de caballo, era linda la Caperucita. Por los ventanales que daban afuera se adivinaba un silencio imperturbable, qué hora era, seguía sin cobertura, escribió a su hermano y a su mujer sendos whatsapps que se atascaron en salidas, Elsa criticaría su actitud con la fugitiva, ¿para qué le das bolilla?, reprocharía, ¿es que te gusta, te resta frialdad sentirte humano por una vez y con una desconocida?, no te hagas ilusiones, eres muy viejo para ella, ¿había imaginado las frases implacables de su mujer o monologaba consigo mismo?, responde, acusado, no me gusta, o sí, me gusta pero jamás ligaría, aunque retrocediera veinte años, con una persona que se empeñara en llamarme Espanis, ¿o sería Spanish?, no mientas, pasaba de la primera a la segunda persona en un monólogo interior confuso, su rostro es delicado y su figura sensual, sólo que no dejas ni un minuto de ser consciente de ejercer de abuelo de Caperucita.

Volvía indignada, qué asco, Espanis, estaba asqueroso y vaya contraste, lo blanco limpiísimo de afuera y luego la porquería del baño y es que la gente es muy guarra, nos habíamos quedado en lo bien que follabais, había captado Estanis los rodeos para postergar la revelación iniciada, jajaja no me atrevía a decir eso, follar, mi madre siempre emplea hacer el amor, ¿sabes?, lo sé, confirmó él, la mía, de otra generación, más eufemística, decía hacer el acto, por lo visto el sexual era para ella el acto por excelencia, casaba mal el pudor lingüístico con su apariencia, las apariencias no engañan tanto como sugiere el tópico, pero el contraste entre los *piercings* y los rubores era notable, volvió ella a enlazar los dedos con los suyos, en fin, que hacíais el acto con gran satisfacción de ambos, abrevió Estanis, pasábamos mucho rato acariciándonos, besos y besos, sabes, sé, afirmó él, y otras cosas, las llamábamos caprichos, no entres en detalles, los imagino, dejábamos para el final lo de follar, o sea, la penetración, aclaró Estanis, eso es, y al principio le obedecía, Julián elegía sin excepciones hacerlo por atrás, ¿coito anal, es decir, por el culo?, no, que hace mucho daño, a Paco, mi jefe de la sedería,

le chiflaba y dos veces me la metió contra mi voluntad, con Julián era a lo perro, ya sabes, lo sé, lo sé, Julián es muy tierno y además muy, me faltan las palabras, muy ¿eficaz, se podría decir?, con los anteriores me gustaba el sexo pero no llegaba, ¿me entiendes?, a Estanis le fastidiaba la permanente incertidumbre de Helena sobre sus entendederas, claro que te entiendo, que no te corrías, eso, me cuesta pronunciar ciertas cosas, correrse, vaya, que no me corría y con Julián desde la primera vez, me decía cosas mientras eso, cosas que me excitaban aún más, y hacíamos mucho ruido, sabes, llorar y suspirar de cuando en cuando, recitó él, ¿cómo?, que el amor físico se expresa con gemidos, verdad, verdad, yo gemía y Julián al correrse rugía, me asusté y luego me daba como risa y, no sé, como un poco de sofoco, qué van a pensar los vecinos, le bromeaba, hasta que me apeteció cambiar de postura, revolcarnos a un lado y otro y en una de esas yo quedé debajo, la posición del sacerdote se llama, ¿no?, más bien del misionero pero por ahí va el concepto, eso, y Julián quiso volver a la suya preferida pero ya estábamos a punto y yo le ceñía la espalda con las piernas, Estanis había temido la desviación al terreno pornográfico, inevitable, y entonces, entonces, ay, entonces Julián cogió la almohada y me la puso sobre la cabeza y le oí la especie de ronquidos que da de gusto y yo me ahogaba y con una mano quise apartar la almohada pero él la apretaba fuerte fuerte contra mi cara y luego se desplomó a mi lado y yo recuperé la vista y la respiración, él parecía medio muerto, lo acaricé, me dijo que era el orgasmo, orgasmo es correrse, gracias por informarme, el orgasmo más intenso de su vida y yo esperé a que se calmara por completo y le pregunté por qué había hecho eso, taparme, me había dado un susto, es que se me descomponen la cara, me dice, me da reparo que me veas así, desfigurado, y yo venga a convencerle de que a mí incluso me atraería más, que lo quiero tanto que me gustaría aunque le crecieran verrugas o se le torciera la nariz y él me lo agradece, amor mío, dice, y a la vez siguiente volvemos a perrear por atrás y me va soltando cochinas, tócate me dice, y yo me toco y me corro y lloro de placer, fíjate, lloro de placer, y seguimos y seguimos por atrás y no te equivoques, a mí me gusta, sólo que, ya sabes, y una tarde, nos encantaba después de comer, a la hora de la siesta, me doy la vuelta por sorpresa y me pongo encima y cabalgo como loca y me toco y me voy a correr y al contrario que él le digo mírame Julián, mírame, y me corro sin descabalar y él se excita y se excita y yo aparto la almohada para que no y entonces me tapa los ojos con una mano y la otra, con las dos manos y rebuzna o brama o lo que sea el ruido que hace que es una barbaridad y yo no soy capaz de apartarlo, tiene mucha más fuerza que

yo, y caigo encima de su pecho y me pide perdón y perdona amor mío ya te dije por favor no me mires que me vuelvo un monstruo de feo y me dio pena, estaba acongojado, ¿y si me compro un antifaz?, por favor, y me compré un antifaz y al principio era muy, o sea, muy ya sabes, me corría antes, me encendía hacerlo sin ver lo que me hacía y cada día él inventaba algo y rugía y roncaba con toda su alma y yo pues dios mío también, chillaba o gemía como has dicho tú antes. Estanis controlaba su estupefacción, por qué una desconocida le transmitía los secretos de su vida sexual y por qué él los escuchaba, notaba cómo se humedecía la mano por el sudor que Helena transpiraba, igual que si se hubiera corrido cien metros vallas sin antifaz, la retiró con cierta brusquedad y fue como desenchufar una grabadora, se cortó la alocución, uno frente al otro atónitos de protagonizar ese instante irreal, ¿oirían ya la voz de corten?, fantaseó Estanis, nadie les filmaba, no había cámara oculta, Elena se enfundó la hache para engarzar sus dedos con mayor vigor, no sería sencillo soltarse, una uña se le clavaba sin que él osara protestar, ella incrustaba la mirada en la esquiva del confidente, hasta esta mañana, todas las sílabas temblaban, esta mañana me he quitado el antifaz y he mirado.

El autobús para S saldrá dentro de cinco minutos, anunció el altoparlante, los pasajeros que llegaron a las siete y quieran regresar a S pueden subir con el mismo billete de ida, un removerse de sillas, mochilas y abrigos, varias personas desfilaron hacia los escasos andenes al fondo del bar. Helena y Estanis, con las manos enlazadas, parecían una incongruente pareja de enamorados, desigual por edad e incluso por el aspecto de cada uno que los ubicaba en atmósferas diferentes, convencional señor correcto y rockera de barrio, algunos de los que partían les arrojaron una ojeada de curiosidad no exenta de impertinencia. ¿Y esta mañana?, murmuró Estanis, contagiado del tono folletinesco de la chica, había tal intensidad en el rostro de Helena que evocaba a una sibila pop, a una Casandra con malas profecías para sí misma, esta mañana habíamos desayunado ya y Julián se había vestido para ir a su estudio, yo le he pedido que se abrigara porque habían pronosticado nieve, ¿no te fascina la idea de la nieve afuera y nosotros junto a una chimenea?, se le ocurre, estar recogidos en casa y follar despacio al ritmo de la nevada, qué nos lo impide aunque no tenemos chimenea, y otras palabras que me han abierto el apetito y hemos empezado a meternos mano y a quitarnos la ropa como lo hacemos siempre, yo lo desnudo a él y él me desnuda a mí, ya sabes, Estanis sabía pero hacía tiempo que no, y en el sofá de la sala y luego en el suelo porque nos hemos caído

nos hemos sobado y chupado y arañado y Julián decía bajito ya nieva y llueve y hay tormenta, qué tontería pero me ponía a cien, me he puesto a cuatro patas y rebuscado por los cojines un antifaz de los que vamos abandonando por la casa, en el dormitorio por supuesto, en el baño, hasta en la cocina hay alguno que nunca se sabe dónde nos va a entrar la fiebre esta que es de verdad una calentura, me lo he enfundado y él me ha empezado embestir no sé si como la nieve o los relámpagos y yo no me he acariciado porque no sé, quería tardar, llegar despacio, a ritmo de nevada como nos habíamos prometido, no quería correrme antes que él que aceleraba y me he dado cuenta de sus latidos, el respirar deprisa y del quejido dulce con el que empieza y zas, me he quitado el antifaz y he vuelto la cabeza, casi me da una tortícolis, cuando él bramaba como un toro o un tigre o sabe dios qué animal y lo he visto, Espanis, lo he visto y no era Julián, era un monstruo, ¿un monstruo?, qué quieres decir, quiero decir un monstruo, el hombre lobo de las películas, sabes, la boca desencajada, los ojos fuera de las órbitas y los dientes como si fueran a escaparse de la boca, como si la dentadura no le cupiera y tuviera que morder algo para reinstalarse en la mandíbula, qué terror, Espanis, he gritado espantada, los brazos se me han aflojado y he caído de bruces y la penetración era tan honda, como un tornillo en el coño que no se ha salido, jadeábamos los dos ya sin ruidos y sin movernos, he sentido que por fin se escurría fuera su tronco, me he quitado de debajo de él y he mirado su cara, la de siempre ya, pero llena de lágrimas, Helena, Helena, repetía mi nombre sin parar, te lo había rogado por favor, dice, te lo había suplicado, juraste, Helena, lloraba desconsolado pero yo estaba muerta de miedo, Espanis, me he levantado, he ido al dormitorio, me he vestido sin fijarme en lo que cogía, esta falda de cuando iba al instituto, lo que fuera, me he largado sin volver a mirarlo, estaba en el suelo todavía y venga a llorar, hacía un frío horrible y he dado mil vueltas por las calles y al mediodía tenía necesidad de un refugio y he pensado en mi hermana, ir a Z con ella, en un taxi he llegado a la estación de autobuses y he cogido billete para el primero que fuera a Z, había que esperar un poco, avisaron que a lo mejor se suspendía el viaje, pero no, y podía haber comido pero no tenía hambre ni sed, sólo un miedo que no te puedes ni imaginar. Estanis había barajado en la memoria docenas de secuencias de paulnaschys en luna llena, nosferatus caseros, imágenes de zombis y endriagos varios, Helena castañeteaba, menos mal que te he conocido, tenía que contárselo a alguien y por otra parte no me atrevía, tartamudeaba, cómo reaccionar, deliberaba Estanis, le dio unas palmaditas en las mejillas, vamos, vamos, tranquila, ¿y

si la abrazara?, fue hacia ella y la abrazó, la cabeza de ella, sentada, contra el pecho de él, eso fue una alucinación, Helena, estabas obsesionada con la prohibición de mirarle cuando tenía el orgasmo y tu cerebro, no tus ojos, trucó la realidad y la convirtió en una pesadilla, eres muy bueno, sollozó la visionaria, si acaso comprensible, pensó él y no lo dijo, pero yo estaba con los cinco sentidos, no fue una alucinación, no, Helena, en plena actividad erótica el cerebro funciona de otra manera menos racional, un científico te lo explicaría mejor, volvió a su asiento, la cabeza de la muchacha había descendido levemente, no era el momento de sentirse estimulado y se había sentido, de nuevo frente a frente, gracias, gracias, te acabo de conocer y ya te quiero mucho, declaró ella, qué incomodidad, se dijo Estanis sin certeza de que se la provocara el cariño de la chica o los síntomas de una erección, o los dos estímulos, pero no fue una alucinación, Julián se vuelve un monstruo, insistió ella entrecortadamente, el monstruo bajo la máscara de la costumbre, la mierda bajo la nieve, a Estanis le bailaban fotogramas y lecturas de terror, y Julián lo sabía y por eso me había prohibido, no cejaba Helena, debe de ser un hombre muy consciente de su atractivo físico, razonaba el sensato, y claro, no le gustará que le espíen el descontrol facial del clímax, clímax, joder, se estaba degradando a niveles de educación sexual escolar, había visto por lo menos a otros dos, rememoró la atemorizada, cerraban los ojos, abrían la boca, me acuerdo de que el de las sederías alargaba la barbilla, se afeaban si tú quieres, Julián se ha vuelto otro, un monstruo, un marciano, un animal, lloraba a moco la criatura, venga, ahora eres tú la que se afea con el disgusto, entonces ella se dirigió hasta Estanis y otro abrazo, juntó los dos rostros, las lágrimas y la moquita mojaron las sienes del varón, ¿interpretaban un vodevil o un melodrama?, debían de estar llamando la atención de los parroquianos, el abrazo de él sentado y ella de pie era embarazoso y él se levantó y repasó la espalda de la moza como había visto en las películas y maldita erección, si por fin no había viaje esa noche y se quedaban a dormir en el hostel, no seas imbécil, viejo verde, se insultó y desechó la mera posibilidad como quien espanta una mosca, anda, vuelve a tu silla, la gente nos está mirando, obedeció Helena, de nuevo las manitas, ¿a ti te pasa?, preguntó con angustia, ¿volverme monstruo cuándo?, nadie me lo ha dicho, se me alterará el rostro supongo, como a tu marido, me afearé, aún más, nunca me he visto, como puedes suponer, le costaba a Helena reponerse, lloraba con suspiros, «Hush little baby don't you cry» habría canturreado Estanis si no temiera ofenderla por la frivolidad, de todas las historias de rupturas amorosas la de aquella chica, preciosas las pecas

mojaditas de pena, era la más extraordinaria, ni por un momento creyó en la literalidad de la metamorfosis del tipo pero le atraía el espejismo espezuznante y compadecía la locura transitoria de la enamorada, qué metáfora contra el patriarcado y sin influencias feministas. Igual ahora te conveniría comer algo más contundente que los donuts, qué te parece. El altavoz se tragó la respuesta, su atención, señores viajeros, la DGT nos comunica que hoy no podremos seguir viaje a Z, lo sentimos mucho, nos hemos puesto en contacto con el hostel Paraíso aquí enfrente y hay sitio para todos a un precio razonable.

Hipaba Helena como algunos borrachos, embriagada de terror y oscuridad, ¿llevas dinero para el hotel?, si no, Estanis se lo pagaría, sí y tarjeta de crédito, vale, nos pediremos dos habitaciones bien calentitas pero no sin cenar algo, yo mismo me arriesgaré con un pedazo del mamotreto de tortilla de patata con un tinto, la vio arrancarse las lágrimas de un manotazo, vale, sí, yo lo mismo, qué valiente, la elogió él, déjame que te invite, se ofreció Caperucita, ni hablar, impecable hidalgo español Estanis, fue a la barra donde dormitaba el barman, un abuso lingüístico el anglicismo, la tele chisporroteaba sobre su sueño, la tortilla presentaba en la superficie una rugosidad antediluviana y el amarillo del huevo había adquirido un aspecto ceniciento, el cliente golpeó con una moneda la encimera, pestañeó el medio atontado, oiga, ¿no nos enviará al hospital?, le señalaba la bandeja con los ladrillos de tortilla, pues es de esta mañana, balbuceó el camarero, hombre, me voy a llevar dos pinchos de cualquier manera pero no me mienta, lo que usted diga, un encogimiento de hombros despectivo o resignado, y dos Riberas, sólo tenemos vino de la tierra, qué pocas ganas de servir, entonces dos tintorros de la tierra, no le vencerían los impedimentos. Cuando colocó la bandeja en la mesa, Helena estaba serena y muy guapa, con la palidez romántica de quien atraviesa una resaca emocional, le sonrió, gracias, eres un ángel, cierto, se burló él, la alas se me han caído en la nieve, con la manía que le tenía a toda la corte angelical, se había enemistado con el cine de Wim Wenders por los alados sobre Berlín, el ángel de la guarda dulce compañía le producía en la niñez más sensación de intruso que de amparo, te quiero mucho y buscaremos tus alas por la mañana, nadie se las habrá llevado porque sólo te encajan a ti, la segunda vez que lo quería mucho en media hora, correspondía un yo también sólo que se le habría antojado tan falso como las plumas volanderas, no seas exagerada, anda, come, es peor el aspecto que el sabor, su optimismo chocaba con la obvia masticación aprensiva de ambos, ¿lo que no mata engorda?,

citó ella entre bocado y bocado, eso es, se le desbocó la risa a Estanis, lo que es llenar, llena, admítelo, y el vino es de los que en mi pueblo llamaban el venenico, más risas, el buen humor ayudó a digerir comida y bebida por completo, dejaron sólo el pan, arcilloso, parecía tan natural el rápido cambio de llanto a carcajadas, si no se te han reproducido las náuseas es que esta tortilla en realidad posee elementos medicinales, antieméticos creo que es el término técnico, debemos recomendarla en farmacias, sus bobadas eran festejadas con un jolgorio tan expansivo como el desconuelo de hacía unos minutos, ¿nos vamos ya a descansar al hostel?, una sombra cruzó la frente de la muchacha, te quiero pedir un favor, dijo, ¿no te importará que durmamos juntos?, la inflexión era de súplica, con lo que he vivido hoy me impresiona la idea de quedarme sola, no te molestaré, ya verás, si tengo insomnio y me entra el pánico te cogeré la mano sin despertarte, quién había escrito el guion de esa tarde, se preguntó Estanis, el cuarto de siglo largo que lo separaba de Helena le confería el doble papel de protagonista del instante y de espectador del mismo, del teatro de las relaciones humanas, ¿era teatro el roce de la piel o sólo las palabras, teatro el abrazo pero no la erección espontánea?, la noche derivaba hacia un cliché de comedia sentimental y lo peor era que a él no le importaba, que no deseaba eludir la representación, y por otra parte no dudaba de la inocencia de Helena y tampoco de que esa inocencia la condujera a una situación que él no deseaba y sí deseaba, pedimos una pieza con dos camas, la conciencia se resistía, no, Espanis, yo necesito sentirte cerca, poderte rozar cuando el miedo, de pronto él fue consciente de que otra vez componían el icono de novios tópicos, las cuatro manos enlazadas, y el espectador le dictó unas cuantas preguntas esenciales: ¿llevas un calzoncillo nuevo?, ¿le olerá a la chica todavía el aliento a vomitina?, ¿no se te distorsionará la cara al correrte como al tal Julián?, bien, acepto, un titubeo hipócrita, pero antes, perdona, llámame Estanis, con t, si no, me parecerá que te acuestas con otro, y no tuvo reflejos para no emplear un verbo menos ambiguo que acostarse, ¿Estanis?, sí, perdona, qué lacha.

Se abrocharon concienzudamente abrigo y trenca, ella se colgó al hombro su bolsito verde y él agarró del asa el portafolios, Helena aferró el brazo izquierdo de Estanis, ya no Espanis, y un frío puro y limpio les revitalizó el cuerpo al abrir la puerta por la que entraron. El cielo se había despejado, las luces de la ciudad, enfrente, aludían a las viejas rutinas de la cena en familia, las catástrofes implacables de las noticias del parte, las compras de última hora en los bazares chinos o pakistaníes, como si ellos ahora pertenecieran

a un universo alternativo, semiolvidado el cotidiano de los hombres. ¿Dónde está el hostel Paraíso?, los autobuses partían desde el otro costado de la estación y la extraña pareja emprendió una vuelta a la manzana, la nieve recobraba la virginidad al apartarse de la calle que otros transeúntes habían violado, y los pies se complacían en el grato hundimiento y el grávido proceso de caminar sobre ella. Allí está, señaló Estanis, un edificio sin pretensiones a un costado de la carretera, hay días raros que te permiten gozar de la generosa superficie de la vida y de la nieve, dijo a sabiendas de que Helena no le entendería, un novelista ruso escribió un cuento largo y muy sórdido que se titula «A propósito de la nieve derretida», explicó, porque la nieve, cuando se derrite, se vuelve barrizal, desvelamiento de basuras ocultas, peligro de resbalones, no llegaremos a eso, había una insólita felicidad en la afirmación, nosotros no corremos peligro, corroboró Helena, y entonces Estanis se acordó de otro libro breve del escritor ruso, *Noches blancas*, que en realidad transcurre en el solsticio de verano y él, a pesar de saberlo, imaginaba el entorno del cuento como el de esa noche real en la que a un hombre y a una mujer la nieve había impedido gozosamente llegar a su destino. Y mientras trataba de recordar el desenlace del texto literario, vio acercarse hacia ellos un coche fantasmal y el corazón intuyó el desgarramiento de las decepciones, el auto se detuvo a unos metros, Helena se inmovilizó, un hombre joven, delgado, robusto, salió a cuerpo del Porsche o el Ferrari o el BMW, Estanis no entendía pero suponía que era de los llamados de alta gama, y el hombre gritó algo y repitió ese algo que era el nombre de Cenicienta, de la chica que quería mucho a Espanis y también a Estanis y que por favor la dejara dormir a su lado, y la chica se desligó del amigo que le preguntó ¿es el monstruo?, y ella no respondió, gritó también un nombre, Julián, gritó, y corrió hacia él, lo abrazó, dijo te vas a enfriar, y Estanis la oyó, y el monstruo dijo pensé que irías a casa de tu hermana y en la gasolinera me han advertido que un autobús se había desviado aquí, y luego añadió, y Estanis lo escuchó, vamos a casa, y la chica dijo espera, sólo un momento, volvió hacia Estanis, depositó un beso rápido de avispa en sus labios y bajito, en el oído, le prometió nunca te olvidaré, antes de retornar al monstruo, subir al coche sin mirar atrás y alejarse despacio porque la nieve cuajada, la nieve impoluta, la nieve de la infancia exige conducir con prudencia. Helena desapareció en el horizonte oscuro y su marcha cerró un paréntesis en el lento devenir de aquella tarde de la vida de Estanis: volvía a ser la tarde del día después de la muerte de su padre. ✱

Rodrigo García Marina

LA POÉTICA EXIGE UNA IMAGEN ENSORDECEDORA Y PRECISA BAJO UNA FORMA ADECUADA

El mío novio esnifa caballo mientras un mozo del partido comunista fóllame sobre el sofá de su abuela recién fallecida.

UNA DOLOROSA NEGACIÓN

Fui un hombre ebrio en tantas ocasiones, sin embargo, no, no fui la ebriedad. No fui hermoso, al menos no siempre.

¿Recuerdas aquella tristeza desgarradora mientras discutíamos diste un portazo contra mi cuerpo ya antes herido? No.

No fui de cocaína desvergonzado, vivaz ¿una ratita endemoniada? opulento, soberbio, infinitamente conversador al final hubo silencios conversaciones que te aburrirían, banalidades, aspectos médicos.

No fui un coño de heroína un polvo hipnotizante e inodoro, no te honré no imploré tus llegadas como la madre de un marinero, no sería la invocada y verde piel de los drogados, no sangraría no armé al valor, no di importancia a los gestos, no vacilé como un arbolito temblón en decirte el asco que me produciría (...) no fui lo obtuso de la keta, embotados en la nube perenne del noviazgo

Madrid, 1996. Su libro más reciente es *Los prodigiosos gatos monteses* (Letraversal, 2023).

no era fumable, no te enseñaría a bailar y al final no querría bailar contigo (aquellos pasos tan torpes y desgraciados...) no fui la limpieza, el olor a nadura de las primeras veces, la blanquitud de un misterio, nunca diseñaríamos nuestros propios juegos de mesa no arrancaríamos los hierbajos, no cedería ante caprichos, no tendría ganas de estar en esta ciudad, en la cueva oscura que habitabas, no leería tus libros favoritos, no asentiría ante cualquiera de tus vanidades de encocado. Sólo porque se tratara de un amor no aceptaría la inconsciencia.

La sobredosis ajena que tanto te afeaba: parecías un monstruo dormido.

Y no fui añejo, ni amargo, ni absolutamente incólume como un vodka con hielo, ni mucho menos afrutado, o burbujeante, o la centella silenciosa y prematura del aviso de muerte (aquello se moría y se mordería la lengua sonrosada no fui los tres pasos que unifican el rito del tequila).

No tuve ganas de organizar juntos las últimas vacaciones.
No aceptaría cómo abandonabas a tu gato, a tus amigos, a tus geranios —crecerían solos— por una montaña añil donde posar tu turulo plateado.

Al final de todo, no era lo suficientemente interesante,
o sexual, o profundo, o voraz ¿un fuego?

Fui un hombre ebrio en tantas ocasiones, sin embargo, no,
no fui tu ebriedad.

CHEMS

Cerré los ojos y pensé: mmm... este chico que lo hace tan suave podría estar horas, el segundo que dura una rama rota, toda una vida con su rabo en el adentro de los pensamientos pesantes, un mar abierto ¿un libro? y si no por qué lo que seríamos juntos: el invencible coloso, todo lo que sobre el cielo se dibuja... y ¡qué rico huele el popper! y ¡qué rico se tambalea! que si tiembla la mandíbula, que si la nariz empolvada, que si esto es el amor.

Abrió los ojos estaba la cocina hecha mierda,
un montón de desconocidos desnudos fumando en la habitación,
desfiguradas las cortinas, una mascota muerta de miedo,
latas pisadas por el parqué, pollos abiertos sobre el espejo de mi madre.
Un jovencito lloraba desconsolado en el sofá.

EL SUJETO POÉTICO EXPRESA SU ATAQUE DE CELOS EN VOZ ALTA

Hede repugnante, da miedo y se tambalea, un asco que alucinas, tan perfecto no será si tiene ese carácter en ocasiones violento, todas sus conversaciones [aquellas que creyó interesantes, lúcidas, oportunas] fueron palabrería, puro ornamento instruido de papá. Tiene lo que viene siendo poquita gracia, atosiga a cualquiera, pierde la belleza de lo sereno, nunca se queda en el tremor del amaneciente, destroza vidas, amorata rostros amados, tira puertas a puñetazo limpio sólo por la neblina que turba el juicio. Forja falsas amistades que después no acuden al hospital o al entierro, que jamás encuentras en el milagro de la sobriedad. Trepana la luz de las pupilas, dice haber creado genios a los que conduce a su moridero; ninguna reflexión acerca de Él merece realmente la pena. Envenena las manos que acarician, agitan el sudor frío y repelente de los babosos, deforma la tripa.

Enferma las lenguas que ya no besan ni pronuncian, arremolina el cerebelo, crea espejismos hacia donde todos los borrachos miran mientras creen ser salvados y apestan a su propio orín.

ASÍ ERA EL TERRORÍFICO AMANTE DE MI AMADO

Perfecto.
Él era perfecto.
Más alto, frío, ¿masculino? siempre esperaba escondido entre los armarios adorando ser venerado, participó de todas las conversaciones. Su presencia tenía un precio. A veces, casi nada.

Al principio sólo aparecía los días de fiesta esparciéndose entre la multitud como un aroma.

Arrastrábanse las hormigas por los brazos mojados
de los juguistas. Ponía a todo el mundo de buen humor.
Engatusó a varios hasta altas horas de la noche
obligándoles a compañías azarosas
con tal de negar la evidencia: se habían quedado solos.

Se presentaba en casa
por sorpresa
cuando preparabas un buen arroz.

Más tarde volvió entre las sombras del plenilunio
titubeando quedarnos los tres un ratito más. Era
porque pedía que lo echaras, al final estaba él
Él, los somníferos. *Enfureciste.*

Le aupé hasta el lecho temeroso ante la posibilidad de
verle caer inconsciente y tropezar con cualquier cosa.

Se reía en voz alta.

Escuchaban sin mí Héroes del Silencio,
Janis Joplin, Led Zeppelin. Charlarían
sumidos en la impasible noche
conjuras de noche
no debía asustarme si gritaba consigo mismo
solo. Estaba todavía aquella botella intacta.

En alguna ocasión, siempre bajo su hechizo,
profirió con total seguridad: *tú no lo entenderías.*
Yo no lo entendí.

Se hizo con las tardes y con su soledad.
Despertaba a las seis de la mañana para ir al trabajo
y ellos seguían allí, rodeados de litronas vacías
con los ojos perdidos en un texto, embriagados
por el hedor de su saliva ahora tan súbitamente dulce,
sus manos marchitas meciéndolo en una danza no iluminada.
Aparecía por sorpresa y se avergonzaba ante el desastre de latas,
los turulos, los vasos rotos. Ambos pedirían que esperara en la calle.

Lo consiguió.

Que perdieran todo sentido los paseos sin rumbo
las razones para reírse, las comidas acompañadas de agua.
Agrietaría sus arrugas, volvería alopécicas las sábanas
suplicando como un bebé sexo a altas horas de la madrugada.

Él que era perfecto nos observaba en silencio mientras
tú despedías nuestros objetos preciados por la ventana,
y doblabas la ropa entre aquellas botas horrendas de cuero
y abandonabas el país,
decías adiós.

A VECES SUCEDE CON EL SEXO QUE SE

Multiplica, precede a una vida, colecciona, corrompe a los cuerpos, se
practica con los pies, pervive gracias a los efectos de las drogas, cambia, se
estropea, tararea, huele, se asume como un imperativo, mecaniza, cambia
de edificio, escucha entre las paredes, se vuelve silencioso, reptar, atrapa,
devuelve la peor imagen de uno mismo, se hermana con el maltrato, vive
con ilusión, se utiliza como excusa, desaparece, se hace a cambio de dinero,
petrifica con los años, suaviza, busca precipitadamente, se aprisa, se ato-
ra, muta en gustos, banaliza, forma parte de un esquema vital, prefiere
ciertas horas o estaciones, se realiza en grupo, observa, enajena, se enfrasca
en lo de siempre, cede, edifica algo eternamente bello, se vuelve primor-
dial, se sobrestima, sugiere algunos problemas más o menos serios, tiene
un sabor dulce y amargo, contradice a las decisiones, busca sin éxito, ado-
ra, se desata durante un vuelo, convierte la pornografía, comparte con
un amigo, da pie a no volver a saber nada de él, agota, se calcula como el
ejercicio diario, estigmatiza, propaga pústulas dolorosas y exantemas, se
articula dentro de un discurso amoroso,

se acepta como moneda de cambio de otra cosa, se confunde con estar
enamorado, disgusta, nos vuelve frágiles ante el compañero, se apaga.

A veces sucede con el sexo que se apaga.

y se apaga. ✱



Una cantidad de scroll absolutamente desproporcionada

Layla Martínez

Cuando llega al portal y aprieta el botón del portero automático, Clara se da cuenta de que está harta. La sensación le viene de repente; pero, una vez que empieza a pensar en ello, ya no puede parar: el cerebro se le pone a hacer un scroll desquiciado por todo lo que ha pasado ese día, como el idiota ese que fingió no haber visto hasta entonces una mancha enorme de humedad justo detrás del cabecero, Clara pensó que si respiraba eso el tiempo suficiente quizá mutaría ella misma en una especie de hongo infeccioso como en una película de Cronenberg o como en esa película en la que sale Natalie Portman, no se acuerda de cómo se llama pero el personaje de Portman es el único que sobrevive, todo el mundo muere y los hongos se apoderan de sus cuerpos, todo era precioso en esa película menos la historia del marido, que no le importó lo más mínimo, mientras la veía le daban ganas de que se muriese cuanto antes, era un personaje realmente imbécil, justo dijo Cronenberg cuando le preguntaron por su director favorito en el siguiente piso que visitó, donde había que pasar una especie de castin para ser admitida por el resto

Madrid, 1987. Su libro más reciente es *Carcoma* (Almadía, 2023).

de inquilinos, Cronenberg no es su director favorito, ni siquiera sabe si tiene un director favorito, pero es el primero que se le vino a la cabeza en aquel momento porque estaba pensando en convertirse en un hongo infeccioso y porque se acordó de *Crash*, que probablemente sí es una de sus películas favoritas porque le gustan las películas en las que la gente tiene kinks rarísimos, también le había gustado esa en que la protagonista folla con un coche, *Titane*, tendría que haber dicho que la directora de *Titane* era su favorita pero no se acordó del nombre en ese momento, se acordó cuando ya estaba bajando las escaleras del portal, y para entonces estaba claro que no iba a ser la seleccionada porque todos pusieron una cara rarísima cuando dijo Cronenberg, joder ni que hubiera dicho Polanski, que ella supiese Cronenberg no había ido por ahí violando niñas con la excusa de que Charles Manson había asesinado a su mujer embarazada, bueno no el propio Manson, que se había quedado sentado tranquilamente en el porche, sino esas tres chicas que sonreían mucho en el juicio y parecían sacadas de un grupo folk si no tenías en cuenta la cruz invertida de la frente, en cualquier caso qué clase de excusa era esa, joder, era asqueroso que hubiese utilizado a su mujer muerta para eso, estaba ya saliendo del portal cuando pensó que no, que tampoco tendría que haber dicho Julia Ducornau, porque a la gente no le suelen gustar los kinks rarísimos y evidentemente a Ducornau sí, ahí estaba esa otra peli suya, la anterior, que iba de canibalismo, y entonces, cuando estaba ya en la calle, recibió un wasap en el que le decían que no había sido seleccionada, joder, había sido rápido, no habían tardado ni cinco minutos en descartarla, estaba claro que no querían vivir de ninguna manera con ella, tendría que haber dicho Sofia Coppola.

Le abren la puerta del portal sin preguntar quién es por el telefonillo, y a Clara eso le da mal rollo, no tendría que haber ido porque en el anuncio ni siquiera había fotos y además la habitación era muy barata, casi la mitad que cualquier otra, así que a todas luces aquello era raro, de hecho parecía el inicio de un *true crime*, es muy probable que dentro de tres o cuatro años Netflix compre los derechos y la serie comience justo en ese momento, la protagonista subiendo las escaleras del portal, aunque espera que los compre HBO, la verdad, porque siempre contrata mejores

actores y si va a morir disuelta en ácido qué menos que la interprete Florence Pugh. Al final se había decidido porque la mujer que atendió el teléfono del anuncio parecía amable pero no complaciente, y de alguna manera eso le gustó, le gusta la gente que no trata de agradar por todos los medios porque eso es justamente lo que ella hace todo el rato, pero en realidad no está segura de si sólo ha tratado de convencerse de que la mujer le había gustado porque la habitación es muy barata, el cerebro a veces te juega malas pasadas convenciéndote de cosas, a Clara eso le pasa todo el rato, una nunca puede fiarse de su propio cerebro. Cuando llama al timbre y le abren la puerta, por fin se calma un poco porque la mujer parece completamente normal, de hecho lo que parece es anodina e insulsa, y que sea anodina e insulsa la tranquiliza, aunque si lo piensa bien muchos asesinos son anodinos e insulsos, no hay más que ver a Jeffrey Dahmer con esas gafas de idiota, si algo le ha enseñado el *true crime* es justamente eso, que los asesinos que parecen normales son los que pasan más desapercibidos para la policía, que se pone a buscar a personas con el pelo sucio y dificultades de dicción, y no a padres de familia normales y corrientes o a señoras que van a la peluquería todos los viernes, como en la serie esa de un asesino en serie que se casa con una madre divorciada para dar la imagen de que es un feliz padre de familia y así poder seguir tirando bolsas de basura llenas de cadáveres al océano, eso es lo que hay que hacer si no quieres que te pillen, en esa serie además el asesino trabaja para la policía, lo que en opinión de Clara deja claro el mensaje que los guionistas trataban de transmitir. Pasa, que te enseñe el piso, dice la mujer justo después de darle los buenos días y decir que se llama María, aunque ya se lo había dicho por teléfono y además lo ponía en el anuncio, y Clara se deja guiar por el pasillo mientras María le va enseñando el salón, la cocina y el baño, que son tan anodinos e insulsos como ella y que están limpios y ordenados aunque no de forma maniática, sólo de la forma en que lo haría alguien que sabe que va a recibir una visita. Esta sería tu habitación, dice María, y abre un cuarto más grande de lo que Clara había imaginado, desde luego más grande que el de la mancha de humedad y que el de Sofia Coppola, bueno, no el de Sofia Coppola, sino el del castin en el que tenía que haber mencionado

a Sofia Coppola, y también más luminoso, no da a uno de esos patios interiores que parecen el hueco de un ascensor. El cuarto tiene una cama grande, una estantería, un armario y un escritorio, no son demasiado nuevos pero están en perfecto estado, limpios y brillantes como si acabasen de barnizarlos y sin un solo desconchón ni una sola abolladura, y además ninguno es de Ikea, lo que a Clara le gusta especialmente porque está convencida de que ha desarrollado una especie de neurosis hacia las estanterías Billy. Las condiciones son las que te comenté por teléfono, doscientos euros al mes con los gastos incluidos y seiscientos de fianza, vivirías conmigo y con mi madre, las dos somos muy tranquilas y eso es lo único que pedimos, que no haya mucho jaleo, vamos, que si alguna vez sube un amigo, o una amiga, dice la mujer después de una pausa extraña, no pasa nada, pero que no haya mucho trajín, eso es lo único que pedimos, repite, que no haya mucho trajín y que colabores un poco con la limpieza de la cocina y el baño, lo normal, vamos, tampoco hace falta estar todo el día con el trapo en la mano. Clara asiente y se pregunta dónde está la trampa, porque alguna tiene que haber para que esa mujer no haya puesto la habitación el doble de cara, y se acerca a la ventana para ver si hay una discoteca o un montón de bares abajo, esperando que la trampa sea simple y fácil de identificar, pero no, abajo sólo hay una placita con un parque. Por supuesto puedes usar el salón todo lo que quieras, no tienes que estar encerrada aquí, aunque si quieres ver la televisión tendrás que pelearte por el mando con mi madre, dice la mujer en tono de broma, y Clara sonrío como si le hubiera hecho gracia aunque no ha tenido televisión desde que se independizó. No te presento a mi madre porque está durmiendo, siempre se echa una siesta a estas horas, pero si quieres conocerla antes de tomar una decisión puedes venir un poco más tarde o mañana, vamos, está mayor y no puede moverse mucho pero la cabeza la tiene perfectamente. A Clara eso de que la madre no pueda moverse le suena fatal, seguro que quiere enganchar a alguna desgraciada que no tenga dónde caerse muerta y acabe tragando con cuidar de la madre, ahora ya sabe cuál es la trampa, primero te piden un favor y luego acaba siendo una obligación, pero la verdad es que ella es precisamente esa desgraciada que no tiene dónde caerse

muerta, en tres días tiene que irse de la habitación donde está ahora y no cree que pueda pagar ninguna de las otras que ha visto, ni siquiera la de la mancha enorme de humedad, los cálculos que ha hecho para llegar a la conclusión de que podía permitirse ese alquiler incluían cosas como levantarse a las cinco de la mañana para ir andando al trabajo, vender ropa en Vinted y bajarse la aplicación en la que te puedes apuntar para pasear a los perros del vecindario, si lo piensa la verdad es que esos cálculos parecen otra jugarreta de su cerebro. ¿Te gusta la habitación?, pregunta la mujer, No pensé que fuese a contestar nadie hasta que pusiese fotos, sigue diciendo sin esperar la respuesta de Clara, Mi móvil tiene la cámara rota y hasta esta tarde no puede venir un sobrino a hacerlas con el suyo, pero si te gusta te la quedas tú. Clara deambula por el cuarto y toquetea el escritorio fingiendo desinterés, ha estado en suficientes entrevistas de trabajo y suficientes visitas a pisos para saber que nunca hay que parecer desesperada con un jefe ni con un casero por mucho que una lleve el elástico de las bragas atado con un nudo, pero la verdad es que está demasiado cansada como para seguir con todo aquello, a estas alturas compartiría piso con el mismísimo Polanski con tal de no tener que volver a abrir la página de Idealista, así que dice que se queda con la habitación y que mañana mismo trae el dinero de la fianza.

Pasa los dos días siguientes haciendo la mudanza en metro en el rato que le queda después de salir del trabajo, no tiene muchas cosas pero en cada viaje sólo puede llevar lo que le cabe en la maleta y en una bolsa del Ikea, así que se ve obligada a ir y volver varias veces y en cada viaje se deprime más, hacer una mudanza en metro le parece profundamente deprimente pero no tiene ninguna amiga con coche, de hecho está bastante segura de que no tiene ninguna amiga, no cree que a la revisión mutua de las stories de Instagram se le pueda llamar amistad, y la última vez que le dijo a su madre que se mudaba, dos pisos antes del de ahora, esta le contestó Pero otra vez te vas a cambiar de casa, seguido de muchos ?????? y muchos !!!!!!!!, y ella entendió que eso daba por zanjada la conversación, después hizo un pantallazo para subirlo a las stories y hacer una broma sobre los boomers y el mercado del alquiler, pero una vez que lo colgó no le pareció divertido.

En esos dos días no se encuentra a nadie en la casa pero se ve la luz por debajo de la puerta de una de las habitaciones, así que intenta hacer el menor ruido posible según va sacando de la maleta platos desportillados y jerséis raídos, y de repente le parece que es lo único que ha conseguido acumular desde que salió de casa de su madre, una cantidad desproporcionada de platos y de jerséis, no tiene ni idea de por qué concretamente platos y jerséis y no tenedores y pantalones o vasos y camisetas, a lo mejor eso es como el horóscopo y dice algo de su personalidad, desde luego si acumulase libros todo el mundo pensaría que eso dice algo bueno de su personalidad, pero no tiene ni idea de qué puede significar acumular platos, sobre todo teniendo en cuenta que no le gusta cocinar y tampoco tiene especial interés en comer, comer es sólo algo que hay que hacer, como ducharse o cortarse las uñas, seguro que lo de los platos es algún tipo de carencia de la infancia, se apuesta los doce con cincuenta y tres euros que le quedan en el banco a que puede encontrar a alguien en TikTok con una teoría sobre ello, del significado de los jerséis está más segura, en ninguna de las casas en las que ha vivido había calefacción y si la había era demasiado cara para encenderla, así que lleva años acumulando jerséis, lo que quiere decir que el significado de acumular jerséis es que es pobre.

La mañana siguiente de mudarse es sábado pero Clara se levanta pronto porque apenas ha podido dormir, odia esos primeros días en una casa nueva, cuando todo es incómodo, no encuentras nada y empiezas a descubrir las manías concretas con las que vas a tener que vivir durante años, la mayoría de la gente se conforma con manías corrientes como que esté siempre bajada la tapa del baño o que se queden cerrados los armarios de la cocina, pero una vez tuvo una compañera que estaba obsesionada con que las tijeras abiertas daban mala suerte, así que cada vez que le ocurría algo malo se ponía a buscar tijeras por toda la casa, entraba en las habitaciones de los demás y abría los cajones, verdaderamente se desquiciaba. Clara está haciéndose un café en la cocina cuando entra María y dice Bueno, es hora de que conozcas a mi madre, que ya estás instalada, y va con ella al salón, donde se oye el sonido de la televisión, y al entrar Clara ve a una señora sentada en una butaca y ataviada con un vestido de

flores y una pamea enorme, como si estuviera lista para ir a la playa, la verdad es que tiene un aspecto bastante ridículo, pero no ridículo como esas actrices que fueron famosas hace cuatro décadas y siguen viviendo en aquella época, no ridículo de una manera triste pero glamurosa, sino simplemente ridículo, ridículo de una manera tosca y chabacana. Clara se acerca a la señora y entonces se da cuenta de que en realidad no es una señora, sino sólo un maniquí al que han pintado los labios y los ojos, y se gira para mirar a María y dice Qué graciosa la broma, aunque en realidad no le ha hecho gracia. ¿Cómo?, pregunta María, Que muy gracioso, repite Clara, ¿tu madre no está ahora o es que no va a vivir con nosotras? María la mira con extrañeza, ¿Qué quieres decir?, pregunta, Esta es mi madre, y hace un gesto leve con la cabeza en dirección al maniquí. Clara sonrío y dice Vale, pues encantada, y vuelve a la cocina, no se puede creer que le haya tocado una graciosa, seguro que hasta lo estaba grabando para subirlo a TikTok, ya hay que tener mala suerte, eso es peor que la maniática de las tijeras o el pirado aquel que se ponía como loco si entrabas en la cocina mientras pintaba figuritas de Warhammer.

Clara se mete en su habitación con la intención de colocar lo que le queda pendiente de la mudanza, pero al final pasa la mañana buscando a su compañera en Instagram y en TikTok, mete todos los hashtags que se le ocurren, bromaspiso, mejoresbromas, mejoresbromaspiso, compañeradepiso, compartirpiso, 10mejoresbromas, bromareal, pero no encuentra nada, seguro que lo está editando, a lo mejor es streamer y se lo está guardando para sus seguidores. No sale del cuarto hasta más de las tres de la tarde para asegurarse de que no se la va a encontrar en la cocina, coge el pan de molde para hacerse un sándwich pero se ha quedado duro, así que lo tuesta en la sartén con un poco de margarina, la margarina no es suya pero le da igual. Le da la vuelta a las rebanadas de pan y entonces se da cuenta de que en la pila de fregar hay dos platos hondos y dos llanos, dos vasos, dos tenedores y dos cucharas. Echa un vistazo por la cocina pero no ve nada, no parece que haya ninguna cámara y tampoco quiere ponerse a buscar a fondo porque si María la está grabando eso le viene de perlas, que se ponga a abrir armarios y cajones como una desquiciada, cuanto más loca se vuelva más se viraliza, de

todas formas tiene la sensación de que está empezando a ponerse paranoica, está segura de que eso sale en alguna película, como esa en la que Ryan Gosling se compra una muñeca sexual y cree que es su novia, la vio porque pensaba que trataría sobre algún kink raro, pero sólo era propaganda sobre Estados Unidos, y tampoco es que la propaganda le moleste, si hasta ha visto *La la land*, pero que al menos sea buena, si vas a hacer propaganda hazla bien, no es tanto pedir. Pasa el resto de la tarde en internet, que en realidad es donde pasa casi todo el tiempo que no está trabajando porque estar fuera es demasiado caro, tiene la sensación de que en cuanto pone un pie en la calle se está gastando dinero, aunque sea el abono del metro, en internet sólo hay que pagar una tarifa plana y lo tienes todo, y si no alguien lo piratea, le parece evidente que es mucho mejor que la calle, y eso que seguramente estén a punto de colgar un vídeo riéndose de ella, aunque no es como si en la calle no se hubiesen reído nunca.

Sale de su cuarto a las once de la noche para hacerse otro sándwich y cuando pasa por delante de la puerta del salón, que está entornada, escucha a María hablando, Sólo es el primer día, mamá, hay gente más tímida, cada uno es como es, dice en voz baja, y a Clara se le eriza la piel de los antebrazos porque no hay nada impostado en el tono, no se adivina ni un resquicio de sorna, habla exactamente igual que ella con su madre, con ese soniquete hastiado que se coge en la adolescencia y ya no se suelta, tiene que ser muy buena actriz, ha visto actuaciones de Oscar mucho peores que esa, no hay más que ver a Joaquin Phoenix haciendo de Joker, realmente aquello daba vergüenza ajena. Así que esa era la trampa, alquilar una habitación barata a una muerta de hambre y grabar la broma, Clara se siente tan imbécil que tiene ganas de llorar, se va a su habitación sin comer nada porque se le ha hecho un nudo en el estómago, no puede creer que mañana vaya a tener que volver a meterse en Idealista, dos horas de scroll después se queda dormida y sueña que se hace amiga de un perro que se llama Steven Spielberg que se ha hecho famoso por dirigir videoclips, aunque en realidad a ella le caía fatal, era un idiota egocéntrico y tenía problemas con la higiene corporal, sólo fingía ser su amiga para poder ir a la piscina de su mansión.

A la mañana siguiente sale de su habitación en cuanto oye ruido, María voy a dejar la casa la semana que viene, necesito que me devuelvas la fianza y el resto del mes, lo suelta así todo de golpe, sin respirar, lleva preparándose la última media hora para decirlo. María pone cara de sorpresa y a Clara le parece que es sincera pero quién sabe, es tan buena actriz que es imposible decirlo. Pero es que no tengo la fianza, balbucea, mirando de reojo al maniquí sentado en el sofá, Cómo que no tienes la fianza, ese dinero no te lo puedes gastar, Bueno, es que no pensaba que te fueses a ir tan pronto, no entiendo lo que ha pasado, hace dos días todo te parecía bien, Cómo que no sabes lo que ha pasado, toda esa chorrada de tu madre, dice Clara, Mira yo no te doy permiso para que me grabes ni para que me subas a ningún canal, como lo hagas te denuncio. Clara sabe que no va a denunciarla, ni siquiera sabe cómo se hace eso, imagina que tendría que ir a una comisaría y tiene claro que no se va a meter ahí voluntariamente, pero eso de la denuncia es lo único que se le ocurre en ese momento. ¿Qué? María parece verdaderamente confusa, No te estoy grabando, balbucea, para qué iba a grabarte, Bueno, me da igual, dame mi dinero y me marchó, dice Clara, esto no va a funcionar, María la agarra del brazo y la saca del salón, después cierra la puerta a su espalda, Mira, hasta final de mes no puedo darte la fianza, habértelo pensado antes de firmar el contrato, así que vamos a tener la fiesta en paz. María, hija, tráeme un vaso de agua para la pastilla, se oye en el salón. ✱



GOZO

[Fragmento]

Azahara Alonso

¿En qué momento mi vida empezó a ser accesible sólo en vacaciones? Padezco el síndrome de la isla en plena meseta. Y eso a pesar de haber vivido en una isla de verdad hace tiempo. Su atractivo principal, antes de la tormenta de chanclas y fiestas, era el silencio. «Shhh, it's the island», decían los carteles del ferry indispensable para llegar a ella, y también los de la oficina de turismo. No mentían, lo raro era escuchar algo. Como la noche en la que varios gatos se pelearon debajo de nuestra ventana. No llevábamos allí ni diez días y yo me desperté pensando que era el fin del nuevo mundo. Mi capacidad para el drama es excelente. Desde entonces y en aquella primera casa, no hubo noche en la que no me despertara, sin razón, y deambulara por el largo pasillo hasta la cocina, abriendo la puerta de todas las habitaciones, fascinada y muerta de miedo por la cantidad de mar que me rodeaba, por el silencio. Es difícil contar cómo se vive allí, mimetizar las palabras con su calma. En la ciudad grande soy eficiente, el estrés resulta ameno (ya se sabe lo que se elige entre el dolor y la nada). En la isla, en cambio, vivía de mirar el cielo, que era más grande que en cualquier otro lugar. Un reflejo azul porque, de tan pequeña, la isla es casi agua. Yo solía ser una de esas figuras que caminan sobre las azoteas, y disimulaba mi labor de lectora y contadora de nubes. «¿Cuál es tu oficio?», me preguntaban. Tenía que morderme la lengua para no decir que los idealistas nunca han vivido de la tierra.

Oviedo, Asturias, 1988. Este es un fragmento de su novela *Gozo* (Siruela, 2023).

De pequeña, cuando tenía cinco o seis años, mi madre me enseñó a respirar. Ya sabía, claro: debía dejar que el aire entrase y saliese de mi cuerpo sin darme cuenta, como al quitar los ruedines de la bicicleta, aquel rito de paso. Lo diré mejor: mi madre me enseñó a pensar que respiraba. Porque cuando entra la consciencia, las cosas que parecían transparentes se vuelven complicadísimas. En la cama de mi habitación, a oscuras, me guiaba: «Toma aire por la nariz, lentamente, y deja que llegue hasta la tripa. Reténlo. Ahora, espira». Resultaba divertido porque parecía un juego. Entonces, con cada respiración, contaba del uno al diez y del diez al cero, del uno al veinte y del veinte al cero, del uno al treinta... y el cuerpo empezaba a pesarme, a hacerse evidente. De la misma forma cada noche. «Mamá, me gusta respirar, pero de día se me olvida». «No te preocupes, si te gusta te acordarás de hacerlo». Recuerdo esto a menudo, cada vez que me cuesta conciliar el sueño porque en la cama, con J. a mi lado ya dormido, empiezo a pensar en todos los vecinos, en aquellos a los que pongo cara y a los que no, en esa masa que de día hace cola en el mercado, comparte espacio en el cine, me entrega las cartas, sube el volumen de la música con las ventanas abiertas y se oprime contra mí en el metro de vuelta al barrio. Se recogen todos ellos en las casas mínimas de nuestra diminuta calle compartida. Son muchos, muchísimos, y quizá alguien se ha dejado abierto el gas y mañana en los periódicos dirán que esta ciudad esto o esta ciudad aquello. Dependemos mutuamente, nos suponemos fiables, pero somos demasiados y la estadística habla, y mientras cuento del cero al diez, del diez al cero, el silencio me parece sospechoso, porque sé que están ahí, no todos duermen al mismo tiempo. ¿Qué hacen? Del cero al treinta, me digo que lo extraño es un lugar en el que el silencio no es buena señal. Del cincuenta al cero y caigo.

Pero ¿cómo era aquello? *Primum vivere deinde philosophari*. Tantas veces he tenido que explicar por qué me fui allí aquel tiempo que ya no sé si las razones que repito de memoria son las ciertas o se han convertido en una ficción que me divierte. Las preguntas me dan una oportunidad para ordenarme, y entonces digo: fui a la isla porque había terminado de estudiar y sólo sabía lo que no quería hacer. Recibí una beca para practicar un idioma que no es el mío. Esto último hace sentir a mis interlocutores con satisfacción. Deducen que la estancia tenía un propósito, no como mis estudios, a raíz de cuya inutilidad aparente escuché de las mismas bocas el tópico en un torpe latín.

Había más destinos, ¿por qué precisamente ese, no el mejor, para hablar inglés? Un par de años antes habíamos viajado a otra isla. Con el fin de distraerme en el avión, J. me hacía preguntas o desvelaba cosas que yo quería saber desde hacía tiempo. El siguiente año viajamos a una más y otra vez las escalas multiplicaban mi angustia. En el último despegue, él me preguntó por escrito en la primera página de un libro: «¿A qué isla me llevarás el año que viene?». Aún no sospechaba que abandonaríamos el propósito de viajar, pero estaba dispuesta a mudarme a una roca en medio del Mediterráneo.

El silencioso terruño y el archipiélago al que pertenece se sitúan con mucha dificultad en el mapa. Casi invisible, no se suele apreciar en él. Tampoco aparecía en ninguna de mis lecturas, y las primeras aproximaciones siempre se daban por comparación: está al sur de Sicilia y al este de Túnez, su tamaño es similar al de una de las provincias más pequeñas de España, su población es un tercio de la que tiene la ciudad grande y sus habitantes hablan un idioma rarísimo, entre el árabe, el inglés y el italiano.

Después de intentar aprender lo inabarcable y del amor por el saber, etcétera, no parecía mala idea ir a un lugar del que no sabía nada, excepto que su nombre era fascinante en mi propia lengua: Gozo. Debo confesarlo cuanto antes: tengo una inevitable tendencia a prendarme de los sitios y de los nombres. Y a veces, por la noche, me cuesta respirar.

Me gusta imaginar el perímetro de la isla como un círculo perfecto que se ha rebelado contra la armonía, que ha perdido la tensión. Una línea de puntos desinflada que abraza la autosuficiencia. No hay alternativa, ¿qué haría si no se bastara a sí misma? En aquella época, a principios de la década de 2010, muchos jóvenes nos íbamos una temporada con un ordenador portátil y el poco dinero del que disponíamos. La tasa de desempleo era sonrojante, y pensábamos que una estancia en el extranjero facilitaría las cosas a nuestra vuelta. Tampoco parecía mala idea bajar el ritmo. Era algo que había oído al acabar el bachillerato, el tiempo libre más largo de mi vida hasta entonces: «¿Por qué no te tomas unos meses para aprender a conducir, para leer, para pensar, para saber qué quieres hacer en el futuro?». Pues porque no entra en la cabeza de nadie, decía yo ciegamente. Hay unas obligaciones ineludibles, también las de la reputación, y cómo va una a permitir que la consideren holgazana o maleante durante un año. Las cosas se hacen todas apretadas, con prisa y pasándolo un poco

mal o no se hacen. Y así fue hasta que decidí mudarme allí, y también después, al volver, porque la isla es un paréntesis de tierra firme.

«Vivir es pasar de un espacio a otro haciendo lo posible para no golpear», escribió Georges Perec. Por entonces yo había tropezado demasiadas veces, me había mudado de habitación, de piso, de ciudad, por estudios, por enfados, por volver a ciertos lugares, pero nunca hasta entonces dependí de un avión para hacerlo. Como el dinero que me habían concedido estaba destinado a cubrir un mes pero yo quería que durase al menos un año, empecé por elegir una compañía de bajo coste y me llevé una maleta, una mochila y varias capas de lo puesto. Casi toda la ropa era de verano y a estrenar, porque mi abuela insistió en ayudarme a renovar el armario como si en vez de irme a vivir a otro país fuese a empezar un nuevo curso en el colegio. «Que te vean bien vestida, ya que vas a ser forastera», dijo, como si a aquella isla de la que sólo sabíamos que era diminuta no llegasen las cosas que pueden hacer falta. Además, ella ignoraba que mi intención era mimetizarme estéticamente en la isla no-desierta.

Escribió Perec también que «el mundo es grande. Los aviones lo surcan en todas direcciones todo el tiempo». En la ciudad, cada vez que salgo de casa y miro los que marcan este cielo, me doy cuenta de que pasear es una manera contradictoria e impecable de no hacer nada. Por eso quiero saber a dónde puede llevarme un paseo, porque sabré con ello hasta dónde se extiende el albedrío que depende sólo de mi cuerpo. Nada abstracto: quiero nombres de espacios, quiero tiempos, distancias en kilómetros.

En la ciudad, también, un avión puede llevarme casi directamente a cualquier parte del mundo. Pero desde donde escribo dentro de su apretado laberinto, el pie al salir de casa suele iniciar un recorrido habitual no por rutina sino por acceso: me muevo en una lógica muy básica, me imagino en un videojuego en el que un *joystick* gigante determina mis paseos, siempre iguales. Estiro una finísima e invisible cuerda que me ata a casa. Voy y vuelvo. Nadie sabe qué sumará puntos en ese tablero de regularidad. Los ocho o diez kilómetros que puedo caminar en una tarde me llevan, a lo sumo, a otro barrio similar o en construcción, a una lejanía descampada a la que me es difícil llegar debido a las arterias que la atraviesan y en la que, una vez allí, no sé qué hacer.

Sin embargo, la isla contiene el horizonte por completo. En esa hipotética tarde, podría recorrerla de norte a sur, casi de este a oeste. Limitada, abarcable y de camino fácil, algo que hace tiempo se me antojaba una especie de encierro, ese lugar es ahora mi idea de opulencia.

En 1866, la Asociación Internacional de los Trabajadores reivindicó la jornada de ocho horas. Las condiciones anteriores eran insostenibles, y así se impuso lo que podríamos llamar la teoría de los tres ochos que ahora conocemos bien: un tercio del día dedicado a trabajar, otro tercio dedicado a dormir y un último al resto de la vida, si es que queda. Es decir, a la familia, a hacer la compra, a ver una película, a tomar un café con amigos, a limpiar, distraerse y salir de fiesta, a desear algo que no se necesita o doblar la ropa seca. Yo nunca trabajé ocho horas al día. Quiero decir oficialmente. He sido becaria de sueldo y horario en casi todos mis empleos, pero dicen que no puedo quejarme porque siempre fue en «lo mío». Todavía como estudiante, di clases de refuerzo en una academia y fui bibliotecaria en la facultad de Medicina, en lucha contra mis —literalmente— fantásticos temores. Más tarde me rendí al pluriempleo porque la cultura es así, aunque no para todos. Cuatro horas de trabajo presencial, dos horas de desplazamientos, seis en casa —artículos, correcciones, preparación de clases, aulas *online*, *e-mails*, lectura— y un par más de compras, cocina y prisas de cualquier tipo antes de dormir, sin olvidar la meditación que, además de relajarme, me haría ser más productiva al día siguiente.

Siempre he sido yo la que ha abandonado los empleos, porque no me libero de esta idea: algo no va bien cuando tengo que solicitar días libres a mis jefes, cuando tengo que pedir permiso para hacer lo que quiero con parte de mi tiempo. Hubo una ocasión en que lo hice. No era la primera vez, pero lo parecía porque el corazón latía más rápido, como cuando de niña esperaba la aprobación de la profesora para ir al aseo. Si tengo que ir no hay otra opción, ¿verdad? Imagina que te dicen que no, pensé. ¿Qué me dicen que no a qué? ¿A irme el jueves por la tarde, mirar por la ventana del tren, leer, ver a la familia y pasear por la playa antes de volver a casa y escribir? Imagina que piensan que es un capricho tener esas cuatro horas de viernes libres de ellos, ese tiempo que es una llave a todo lo demás.

Evitaré el drama, a pesar de la tendencia: no tiene nada de extraño pedir un día libre, contrastar las fechas de vacaciones para que no coincidan con las de algún compañero, que no quede trabajo por hacer. Pero adoro la extrañeza, y por eso me di cuenta de que aquellas personas, aunque con gesto amigable y la mayor ecuanimidad de la que eran capaces en su cargo, decidían mis horarios, mis días libres, mis posibilidades de movimiento... Al menos si mi intención era seguir cobrando el equivalente al salario mínimo para vivir en la misma y vampírica ciudad.

En una de las dedicaciones de mi primera época pluriempleada escribía pequeñas noticias culturales casi fuera de toda actualidad. De hecho, y menos mal, la actualidad era sólo un pretexto para hablar de algo que me interesara. No tardé en escribir sobre el libro de Simone de Beauvoir *Pirro y Cineas*. Lo había leído en la isla, un año atrás, y me alucinaban sus primeras páginas, aunque el hechizo desaparecía poco después. En cambio, el de aquellas aún perdura: «Plutarco cuenta que un día Pirro hacía proyectos de conquista: Primero vamos a someter Grecia, decía. ¿Y después?, le pregunta Cineas, Ganaremos África. ¿Y después de África?, Pasaremos al Asia, conquistaremos Asia Menor, Arabia. ¿Y después?, Iremos hasta las Indias. ¿Y después de las Indias?. ¡Ah!, dice Pirro, descansaré. ¿Por qué no descansar entonces inmediatamente?, le dice Cineas». Exacto: ¿por qué no me quedé en la isla a descansar inmediatamente? Por el trabajo, por supuesto.

Como decía, sacarme de contexto siempre me gustó, por eso a veces, en aquel empleo, pensaba no tanto en la precariedad sino en lo increíble de formar parte de algo que me parecía grande. Llevaba adelante parte de un suplemento cultural siendo la última en el escalafón, corrigiendo los textos de los demás con un portátil minúsculo a punto de estropearse, siempre con miedo a que me lo robaran en el metro. Cuando la rutina empezó a fluir y trabajaba por fin con tiempos más holgados —cuando había conseguido liquidar cuentas pendientes y salir a merendar vistosas porciones de tarta sin sentir apenas culpa numérica—, el medio cerró. A partir de ese momento, empecé a reconocer con nitidez el rugido de la ola, el instante en el que algo se quiebra y los proyectos suenan a cierre. Y si la comparamos con la confusión —con la indignación, incluso— que genera el hecho de que una persona abandone soberanamente un trabajo, resulta inverosímil la naturalidad con la que desde arriba se asume ese otro final —casi siempre por una gestión desprecupada y antes de pasar a lo siguiente— del que dependen tantas personas.

Conocemos bien los relatos edificantes de algunas vidas, pero no tanto los que edifican por otra vía, así que aquí van algunos: en 1731 Rousseau dimitió de su puesto en la comisión senatorial de conculiología; en 1820 Pushkin renunció a sus labores en el Ministerio de Asuntos Exteriores de San Petersburgo (prefería la poesía...); en 1837, y después de una labor impecable, Thoreau dejó de ser maestro de escuela por su propia voluntad; en 1860, Mallarmé se convirtió en funcionario del registro de Sens, pero no tardó en huir de allí.

En realidad me contrataron (es un decir) cuando supieron que iba a empezar en una tienda de ropa. Les dio pena, supongo, la sobrecualificación en aquel país nuestro cuya joven fachada se caía a trozos ya sin sonrojo y donde el trabajo seguía siendo sinónimo de dignidad o clase. Un día, cuando llevaba poco más de un mes trabajando allí, uno de los jefes me llamó a su despacho. Acudí tranquila, no me había dado tiempo a hacer algo terriblemente mal. «¿Qué tal las primeras semanas?», me preguntó con esa capacidad de los superiores para manejar el discurso, para ralentizar los tiempos hasta llegar adonde quieren, a la típica pregunta de dónde te ves en cinco años. «Me han dicho que eres muy rigurosa, sales siempre puntual». «También entro a mi hora», respondí, inmediatamente arrepentida por esa inesperada osadía. Nunca llegué a saber qué quería decirme, porque en ese momento nos interrumpieron, se ausentó un par de minutos y luego dijo que no hacía falta continuar la conversación.

«Los trabajadores ya no existen. Existe su tiempo», escribe Franco Berardi. Por ese tiempo nos pagan. Ya no entregamos sólo nuestra mano de obra: si somos buenas trabajadoras, hacemos la ofrenda completa de nuestra disponibilidad.

Cuando me pregunto por qué sólo accedo a mi verdadera vida en vacaciones, hablo de una reconquista del tiempo. ¿Cómo diría: descanso, ocio, libre albedrío? Aún no lo sé, y quizá esto que escribo consista en abrir camino para encontrarle un nombre y saber cómo agarrarlo cuando se me escapa, cuando me lo quito o me lo roban lícitamente. Y es reconquista también porque su antecedente está en la infancia. En ella aprendí a tener apetencias no domesticadas, a cultivar el capricho de invertir un día completo en cosas inútiles. Digamos que oigo campanas y no sé dónde. Por eso quiero tener detenerme, para saberlo.

Lo subrayé con fervor en un libro y lo recuerdo así: el carácter propio del trabajo es no hacer lo que se quiere cuando se desea, sino ejecutar una actividad en un momento determinado por obligación, por un fin, por dinero. Entre el esclavo y quien trabaja no hay apenas diferencia sino de cantidad. Se trata únicamente del mayor o menor tiempo que uno, en relación con el otro, puede utilizar a su antojo y con el que puede contar libremente hasta desperdiciar sus horas, si así lo quiere. Disponer o no disponer de una misma, esa es la cuestión. ✱



Diarios

[Fragmentos]

Iñaqui Uriarte

En la cena con Miguel y Pablo en Monterrey comentamos de manera rápida nuestros viajes de Semana Santa. Pablo ha ido unos días a Madrid y Toledo y Miguel ha hecho un viaje en autobús por Alemania, donde ha visitado los castillos de Luis II de Baviera. Creo que les gané: «Pues yo he estado en Avilés y le he dado un beso a una señora que le dio un beso a Marilyn Monroe».

Esta Semana Santa no hemos ido a Benidorm. Fuimos dos días a SS a ver a Ama y otros dos a Avilés para la fiesta de El Bollo. La pregonera ha sido Beatriz Lodge, que fue reina de las fiestas en 1957. En aquel año, María fue «damita» suya, la acompañó en todos los actos y ocupó un puesto en la carroza del desfile. Tiene una foto de entonces de la mano de Beatriz y ahora se la ha enseñado. Han hablado bastante. También yo un poco. Ahora tenemos decenas de fotos con Beatriz. A sus setenta y tantos años se encuentra estupendamente. Es muy alta y delgada. No todos los días le das un beso a alguien que fue portada de la revista *Life*.

Beatriz es además una casualidad enorme en nuestras vidas. María la conoció en Avilés y yo tuve noticia de ella porque veraneaba con sus padres, quienes fueron los primeros embajadores de Estados Unidos en España, en la misma calle donde estaba nuestra casa en San Sebastián, Toni Etxea. Beatriz era bastante mayor que nosotros y nunca hablamos con ella, pero que los Lodge pasaran el verano en Ondarreta fue un acontecimiento de nuestra infancia. Ama hablaba alguna vez con su madre, que yo siempre había imaginado como un personaje inaccesible del patriciado norteamericano, pero que ha resultado ser, según hemos comprobado en internet, una bailarina de Boston, integrante de las Zigfield Girls.

Nueva York, Estados Unidos, 1946. Su libro más reciente es *Diarios 1999-2010 (Pepitas, 2019)*. Estas son algunas entradas inéditas, que no se incluyeron en esa publicación.

Pandemia

Se considera en general que Isaac Newton fue la mayor mente científica que ha existido. La casa Bonham subastó esta semana dos páginas de sus obras inéditas que Newton escribió en 1667 sobre la plaga bubónica que mató a cien mil personas en Londres en 1665 y 1666. Entre los remedios para su contención y curación, Newton incluyó alguno como este: «Lo mejor es un sapo suspendido por las patas en una chimenea durante tres días, que finalmente vomite tierra con varios insectos, sobre un plato de cera amarilla, y poco después muera. La combinación del sapo en polvo con las excreciones y el suero transformados en pastillas y usados en el área afectada aleja el contagio y extrae el veneno».

Pandemia

Tere pasa estos días de confinamiento total en Toni Etxea. Me cuenta por teléfono que, al dar de comer a los dos periquitos, se le ha escapado el amarillo. Tere ha salido detrás de él. No había un alma en la calle. Al acercarse a los jardines de Ondarreta, dos policías han bajado de un coche, un hombre y una mujer, como si fueran a detener a un narcotraficante. ¿Qué hace usted aquí? ¿No sabe que no puede salir de casa? Denos su documentación. No la tengo, le doy mi número de carnet. La mujer, una joven pálida, dice Tere, se ha retirado unos metros y ha hecho varias llamadas. Es que estoy buscando a un periquito que se me ha escapado. ¿Y por qué lleva usted auriculares? Es que estaba con la radio en casa y he salido corriendo a mirar por las cunetas. Señora, va a ser usted sancionada por incumplir el confinamiento. ¿Y cuánto voy a tener que pagar? No es cosa nuestra. Le llegará la notificación. Métase ahora mismo en su casa. ¿Por la puerta de delante o puedo entrar por la de detrás? Por donde usted quiera. ¿Dónde vive? Ahí mismo, a cien metros. Y Tere, ya atolondrada, les ha ofrecido su último y absurdo argumento. Acérquense si quieren y vean la jaula y cómo sólo queda el azul.

Más que si un malvado puede escribir un gran libro, cosa que ya está demostrada que sí, lo interesante ahora sería saber si también puede hacerlo un gilipollas.

Un buen tranquilizante

Pensar que prácticamente a nadie le importa un bledo lo que te sucede. Deberían vender algo así en pastillas.

Las dos culturas

Si escribo «los embriagadores años sesenta y setenta», casi todo el mundo intuye a qué me refiero. Pero si escribo «los embriagadores años sesenta y setenta, cuando se descubrieron los componentes básicos de la naturaleza», como acabo de leer a un físico, casi nadie sabe de qué estoy hablando. ¿Dónde estaba yo entonces? ¿Dónde estábamos casi todos?

Los filósofos ilustres

Un día, Schopenhauer, que estaba hablando solo, como solía hacerlo, y esta vez dirigiéndose a unas plantas, se vio sorprendido en un jardín botánico de Dresde por un vigilante, que le preguntó: «¿Quién es usted?». «¿Que quién soy yo? Le quedaría muy agradecido si usted me lo dijera», contestó en plan chistoso budista Schopenhauer. Pero podría haber dicho también, según una arrogante y profunda convicción suya: «Soy el autor de *El mundo como voluntad y representación*, un libro definitivo que explica la esencia del mundo y de la vida y que será venerado por los siglos de los siglos». Y le habría encantado que al menos le hubiera vuelto a ocurrir lo que un día le sucedió en un café, creo que en Italia, para su gran satisfacción. Aquella vez se le acercó un señor y le dijo: «Vengo a saludarle, aunque no le conozco, porque usted tiene el aspecto de ser un hombre importante o de haber escrito una gran obra». Aunque era más bien bajito, Schopenhauer estaba orgulloso de su figura, sobre todo de su cabeza, y pensaba que su mirada, «de un azul llameante», era imposible de ser sostenida. Una vez, Rossini, su ídolo musical, se alojó en el hotel donde él comía y cenaba. Un camarero le preguntó si quería que se lo presentara. Schopenhauer miró hacia donde señalaba el camarero y, defraudado por la pinta de lo que vio, no quiso conocer a Rossini, ni siquiera identificarlo, y dijo: «Ese no es Rossini. Ese es un francés gordo».

El declive

Qué mal caminas. Te vas a tropezar con una de estas losetas y te vas a caer.

Sí. Arrastro los pies. Como los viejos.

Así no se camina.

¿Y cómo se camina?

Tacón, punta, tacón, punta, tacón, punta.

Vaya lío.

Kafka tenía razón. Lo que guardaban sus manuscritos no estaba a la altura de la espontaneidad, gracia y acabado de lo que había publicado. Era aún muy corregible. No quería que nadie leyese aquello todavía.

Para mi diccionario particular

Filosofía. «Respetado sistema de confusiones» (Borges) que «explica lo que apenas se entiende con palabras que no se entienden nada» (Bouvard) y que tanto me gusta hojear.

Cualquiera sabe

Nadie me ha preguntado nunca si creo tener libre albedrío. Yo tampoco lo he preguntado. Y cuidado que es un asunto gordo. Yo respondería que creo no tenerlo, pero que, al igual que todo el mundo, vivo como si lo tuviera. Dicen algunos que la creencia en un determinismo radical como la mía no es sino nostalgia de la religión. Podría ser. Si me preguntaran hoy, en mayo de 2022, cuáles son mis dogmas en este asunto, yo diría que «credo in unum deum», el Big Bang todopoderoso, creador de los cielos y la tierra, y que su único hijo, este universo, se rige por inexorables leyes surgidas en el primer momento de su existencia, hace unos 14 mil millones de años. No existe el azar y creo, no sé por qué, como interpreté hace unos días en una cuarteta de Omar Jayyam, que lo que se leerá en el último atardecer se escribió en la primera mañana de la creación.

Pero la verdad es —escépticos manes de Montaigne que estáis ahí— que cualquiera sabe.

Releo el categórico párrafo que escribí hace unos días y me parece que responde a una forma de pensar fácil, simple. Pero yo no sé pensar de otra manera. Y no entiendo el concepto de azar. No me entra en la cabeza. Me resulta incomprensible y literalmente «impensable». No sé lo que es el azar. Lo que llaman azar lo concibo como ignorancia de lo que sucede y que los hombres no conocerán nunca del todo. Grandísimas inteligencias, como Spinoza y Einstein, fueron también deterministas radicales. Y fue determinista Schopenhauer, admirado por Einstein, que en su estudio de Berlín tenía colgado en la pared un retrato suyo junto a los de Faraday y Maxwell. Einstein repitió a menudo que el pensamiento de Schopenhauer: «Un hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere», fue un gran consuelo durante toda su vida y le llevó a vivir más feliz y con mejor humor. (La mujer de Thomas Mann decía

que, en persona, Einstein era más gracioso que Chaplin.) Yo también tengo una imagen de Schopenhauer en un tablero de corcho apoyado en la pared. El otro día la vio Joana y puso cara de asco: «Es que dijo unas cosas sobre las mujeres...». No tuve tiempo de responderle que también dijo que las mujeres eran más propicias que los hombres a la compasión, fuente de la ética y la redención en su sistema metafísico. Y que, convencido como estaba de que el carácter de una persona se hereda del padre y la inteligencia de la madre, algo de agradecimiento y admiración debió de tener para con la suya (también se llamaba Johanna), sobre todo si, según parece que dijo Tolstoi, «Schopenhauer fue el hombre más inteligente que ha pisado este planeta», cosa que Schopenhauer, salvo quizás empatado con Platón y Kant, me parece que no estaba muy lejos de pensar él mismo. Por cierto que también Tolstoi tenía un retrato de Schopenhauer en la antesala de su despacho en Yásnaia Poliana, junto a otro de Dickens.

A fuerza de buscar la sencillez y la claridad, lo que me queda es una prosa indigente. Acepto la crítica. Tal vez me sucede lo mismo al leer. A fuerza de querer entender lo que leo y rechazar cualquier concepto que no comprendo, es posible que lo que yo haya acabado pensando sobre el mundo y la vida sea indigente. Si de lo que se trata es de compararse con los demás, no importa mucho. Por culta que sea una persona, el océano de su ignorancia es prácticamente igual al mío.

GPS para intelectuales maduritos

«¿Para chochar un poco?». «Siga por ahí, vaya cumpliendo años, tome a la derecha y habrá llegado a su destino».

Tres días antes de comenzar el viaje, a pesar de ser consciente de que el año pasado disfruté mucho, yo había anotado aquí de memoria algo que no sé si le leí o escuché a Borges en una entrevista. Le preguntaron cómo era que siendo tan mayor y estando ciego le encantaba viajar. Y él vino a responder que, si tuviera una buena vista, no viajaría y se quedaría en casa leyendo. Ese era en aquel momento mi perezoso estado de ánimo, renuente al viaje. Pero tres días después estábamos en Guiza, en el Mena House, a cuatro pasos de las pirámides, que se veían desde el hotel.

En los últimos meses lo había pasado muy bien leyendo sobre Egipto, desde la historia de Sinuhé y varias novelas de serie B ambientadas en la época de los faraones, hasta Naguib Mahfouz, con extensas derivaciones

hacia Flaubert, Proust e incluso mi omnipresente Borges. De este, que es inagotable y siempre viene a cuento de cualquier cosa, me hizo gracia algo que María Kodama contó en una entrevista: «Tuvimos un chofer cop-to. Borges quería pasar una noche en el desierto. Este hombre nos llevó cerca de las pirámides de Saqqara; era ya tarde, estaba oscuro. Al llegar, el hombre silbó y empezó a salir gente de las ruinas. Nos habían avisado de que algo podría pasar, y pensé que yo estaba loca, que no teníamos que haber ido, no conocíamos a nadie. De pronto vi que uno de los que se acercaron no tenía oreja. Yo me preguntaba por qué, ¿habría matado a alguien? Borges me dijo: «No nos preocupemos, ¡disfrutemos este momento antes de que nos maten!».

Borges no pudo ver las pirámides. Recurrió a la noche y al tacto de la arena y la piel de un camello para evocarlas. Hay una foto en la que, con las pirámides a su espalda, vestido muy elegante de traje claro y corbata, se le ve acariciando feliz la cara de uno de esos animales maravillosos. A Flaubert también le gustaban: «El camello es una de las cosas más bellas. No me canso nunca de ver pasar a este extraño animal que anda a trompicones como un pavo y menea el culo como un cisne» escribió en una carta. Flaubert sí pudo contemplar las pirámides. Y no sólo las contempló, sino que las trepó. De madrugada, después de dormir la noche anterior a sus pies, entusiasmado y con la ayuda de cuatro árabes que lo empujaban por el trasero, Flaubert se lanzó a escalar la de Keops, junto con su amigo y compañero de viaje Maxime du Camp. Al llegar a la cima encontró una tarjeta comercial donde ponía: «Humbert. Encerador», con la dirección en Rouen de un encerador de suelos. Maxime, más ágil y rápido, había llegado antes.

Y aquí queda suspendido el apunte viajero que, como siempre, parece obligatorio consignar y me daba una enorme pereza hacerlo. La excusa de hoy: ha llegado el Coronavirus. ✱



Humo Sapiens [Selección]

ERA Y NO ERA

No son las palabras es un caballo
que invita y te rehúsa
Ni siquiera imaginas su terrible peso
al verlo venir tan veloz

Es una mole que se cierne
como una arquitectura al derrumbarse
lo que está vivo, pero como tierra
vertiéndose en la tierra

Es un instante más allá de historias, un parpadeo
o un puñado de calambres y chispas
El inesperado relámpago en una linterna infantil
Es lo que te quitan de la boca
Sobran palabras tan necesarias
Una grasa que lubrica y esclerotiza
a la vez

A Miguel Casado

León, Castilla y León, 1968. Su libro más reciente es *La tarea contraria* (Liliputienses, 2021).

No soy yo ni eres tú ni siquiera ellos
Es la erosión de una forma de ser en las cosas
La luz que os pinta con el dedo el agua
en que resonáis lo que el tiempo
hace de nosotros en nuestra ausencia

No son presencias ni muertos ni gaitas
Es en ausencia un presente continuo
Es un charco en que nos beben y orinan
las bestias

La extraña delicadeza de una lengua rugosa.

HUMUS

Pica cebolla y llora, niño; la manteca y la sangre
vienen después.

Toda la mañana has oído al gocho desafinado
muere que muere
mientras lo traen berrando desde la cochera.
Has saltado cien veces el banco patíbulo
antes y después que lo fregarán.
Una segunda piel con tufo
a cuero quemado
y a tripas limpias.

Así nos cruje el cante.

Permiso para teñir la delicada tela japonesa
con este áspero invierno de montaña.
Sumerges seda en la sangre de la artesa
con las manos enfoscadas.
Seda y escoria; estiércol amontonado
cerca del humo.

Llevas a la madre de tu madre del brazo
cojeando por la carretera y eres tú quien
se cobija en el ritmo.
Jadeos de *curdión* contra pavura.

Lentas escenas orientales de reojo. Acaso
ver volver a un vaquero de vaca sola
a la campana.

Atisbar en el cielo ceniza
pintas de luz temblorosa
y cuatro humitos que danzan la ventisca.
Matarías por entrar.
Miedo en el vaho de la voz
porque afuera todo es lobo, madre.

Ahora pareces tú el viejo desdentado que se queja
de que el tabaco sabe a *candao*.
Aprendimos a hacer humo desde antiguo.
Aprendimos por la boca, como un truco
para desaparecer.
Y en lo visible oyes las voces
pero afuera hay un vacío de siempre
con su temperatura exacta.

Junto a una chapa ardiente se habla de cartas escritas
en medio de la partida.
Mezclas. Un álbum de tristes naipes:
oros del hermano mayor que fue emigrante
bastos del que fusilaron y del que anduvo huido.
De la hermana clueca, poco o nada se dice
que cantaba las cuarenta
a los presentadores del televisor.
Y al que malograron en vida y malvivió endosando seguros
le campanean diez de últimas.

Se dirían pequeñas matanzas de años, puestas a curar
para pasar otro invierno.
Sota, caballo y rey. Evelio, Gelasio e Isabel.

Hermanos y parientes que no entiendes bien
y mezclas, adormilado en el escaño.
Mezcla y corta; apunta chaval; ellos y nosotros.
La mano en el mondongo y la sangre en el lebrillo.
Duerme, mi niño.
Cuatro esquinitas tiene tu fosa, cuatro fantasmas
te la guardan.

Pero arropa la ronquera del mastín en la cobija.
Hay un temblor de zapatero al que dicen cerote
y otros animales jeroglíficos que nadie nombra
por temor.

Hacen daño en el oído
los lugares más apartados del término
di Burón, di Felechas, di Yugüeros
Voznuevo, Vozmediano, di.
Duele ese lejanísimo ahí al lado a media voz.
Esas palabras de nadie tienen dueño.
Eras del norte del sur ¿de quién eras?

EL VECINO ALEGRE

(a contramano)

*Vivo y no sé hasta cuándo, / muero no sé cuándo, / voy a no sé dónde,
/ me asombro de estar alegre.*

Epitafio de Martinus Von Biberach

Siempre huele a caldo de hueso en el segundo.
Es un instante, al paso, pero te lo llevas en la tartera
del entendimiento sin querer, porque
el puro esqueleto de la vecindad
está en el aire.

Nadie conoce a nadie.
Pero quizás no sólo nos unan el olfato y el oído.

Está también la sospecha, ese hilo amargo e invisible
que entra sin llamar y nos da en la nariz.
Somos humo y humedad y eco, si vas a mirar.
Así de salvaje.

Salta a la vista que no se sabe quiénes son
y quizás vives junto a ellos
sin merecimiento.
Un miedo atávico que hace crecer la pupila
cuando te das de bruces o los ves de reajo.
Figuras discontinuas entre los árboles del bosque.
Esquivas la espesura.
Y, sin embargo, no puedes evitar
adentrarte en ese sueño común
puerta con puerta, pared contra pared.
Somos fluidos
que se mezclan sin voluntad alguna.
Es pura gravedad.

Sensual, casi erótico.
El muro poroso, esa arena quieta y erguida
hace brotar un cuerpo que se ofrece al tacto
para escuchar.
Se hacen tímpanos los dedos
tentando ese coro otro que no cesa.

Dejarse llevar por el vaivén amoroso
que mece cual madre ciega
a criatura insomne.

Cuentas y recuentas las presencias.
Alguien tararea al revés para ti
óperas bien violentas:
hay palomas en la habitación a oscuras,
gemidos impúdicos, voces de guiñol,
síncopes eléctricos, fluidos,
diminutos bricolajes,
derrumbes...

Animales todos de un zoo ilógico
rondándote como humanas panteras
escribiéndote en la espalda
con manos de mariposa.

Pongamos que por el arte de ser sábado
te conviertes en la niña que no quiere comer y llora.
O eres el borracho que le grita al televisor de madrugada.
O imitas a la vieja que reza el rosario
como si royera de noche la mesilla.

Ese run run
es una arquitectura de carracas suaves
que te sostiene a ojos cerrados
en tu placenta con mirilla. ■

Andrea Abello

RATONERA

Crecerá para ser madrastra; miramos las lentejas desde la piedrecita y es muy fea, muy fea como algo importante, como el asfódelo o la marmota, corre al árbol a buscarte, mamá, lo dorado, la herida en la frente, la cabeza triangulada de la virtud, el vestido triangulado más bello cada noche, pero qué fea con esa estrella sobre los ojos, saben que es carne de calabaza de madrastra, madrina de madreSelva y yo soy la lenteja esquiva, o tal vez la, y no llegan los pájaros porque ya somos mayores para levantar el dedo y fingirnos rama, duerme, pero qué fea, un dique, asesina, dos hermanas como dos armaduras tricotadas, piedrecita equilátera, mentira, te quedas, pero busca conmigo, y espero que lleguen los ojos porque no hay chimenea y crece la arena entre las lentejas y no mires, no es una máscara, llegados a este punto no habla, Lucifer, tengo la piedrecita al lado pero soy un diábolito, tengo la piedrecita al lado pero me arroja, nada hasta el zapato y me clavo y todos oímos la risa, la testuz equilátera del tejo que tal vez era un haya, pero ya habéis bebido y se agiganta como el pie incorrecto, el pie incorrecto pero casi esculpido que casi, casi encuentra la aguja.

Primer prefacio a Duende

Dirige a la oscuridad de la selva el grito: ¡Yo no soy duende! ¡Tú eres el duende!, y el duende responde, su forma entera distorsionada por la risa:

Mieres, Asturias, 1997. Su libro más reciente es *Duende* (Ultramarinos, 2021).

¡No, tú eres Duende!, y Duende queda nombrada. Cuerpo de boggart, Duende es de légamo blanco pero verde y oscura, Duende es severa y esquiva y no le gustan las bromas pesadas y Duende, para huir del duende, se transforma en Duende. Duende es excepcionalmente concreta, tanto que todo lo que no es Duende es repelido por su piel, como los nenos lanudos de la xana. Duende es lo que queda, desencajado, después de un hurto, y es extremadamente sensible, detesta la repetición. Duende no es una mujer, ni una niña, pero su estado habitual es el de la, y por eso la llamamos. Yo no soy Duende, aunque a veces me gustaría, como me pretendo océano o estatua y no funciona, su piel peluda me acalambra. Duende no me quiere ni tampoco quiere al duende, a veces corre fuera de los caminos y a veces se agazapa como recién dejada a espaldas del ángel. Cuando digo caminos digo senderos bordeados de zarzas, los bosques donde crecí pero un poco sí me los inventé. Cuando digo Duende digo algo o alguien que poco a poco se transforma en el duende y se aparta del duende. Duende es de quien hablo cuando me exijo no hablar de Marduk, cuando me exijo no ser la gran serpiente, cuando vuelve y me pregunto cómo salir del estrato brillante. Duende es todo lo contrario a un fantasma. La vi cuando aquel perro se me tumbó en los pies. Para verla hay que dejar de tocarte el brazo por donde tu piel te delimita. Hay que ver cómo no decir tonterías. Duende lo dice todo muy en serio y no entiende por qué el duende quiere jugar con la. Duende no entiende al duende, habla como los bebés, no sabe hacerse la tonta, no sabe mentir, no le sale jugar con lo que dice cuando no va en serio y yo tengo que demostrar que no es tremendamente aburrida. Duende se enfada rápido y no es el arte ni la poesía, no es alegórica, Duende es un duende, Duende es un duende y el camino es un camino y quiero que lo toques porque te está tocando: a eso me refiero. En Duende no hay connotación. Vosotros, los que no somos Duende, tienen que entender. Duende da miedo, a veces, por lo mismo que los niños que no saben que son fantasmas, y no quiero fingir que la veo, que está conmigo, pero no quiero mentir, no puedo jurar con su boca.

EMPERATRIZ

Antes de anfibia fue alcanzada por la pestilencia. Lloraría, lloraría durante horas, arrastrándose de corte a corte vestida de seda y ya se sabe. La seguían las risas y reía también, acalambrada en su piel lanuda verde o azul,

amoratinada, fata cambiada de cuna en el mismo suelo tras párpado entre párpado, sois con vuestra larga nariz de máscara roja la muerte que llega como poro venenoso a la lengua depredadora. El caso es que no sabemos si en algún momento alguien supo de la pestilencia, eso no nos queda tan cerca como a vosotros el ciervo que se fue, y no sabemos si desapareció con las ancas. Lloraría durante horas pero ya sabes cómo es su llanto caramelizado, su hermosísimo balbuceo, y de vez en cuando reís y es de la, ya salta porque ha encontrado en vuestras bocas un muro. Pelosina saltaría pero quién fue detrás si era la, que detrás saltaba orbitada ya entre el traje nuevo y la ciénaga. Si miran allá rezan y la nada porque se parezca cada vez más a una morsa, porque no se despeñe al descubrir que su risa ya suena diferente a las demás.

LETUARIA

Si no te apartas del caño devora la oreja en punta, en el pilar se guardan azulejos pegados sumergidos, si caigo al fondo de los colores me acoge el cuerpo de Duende o del duende, un enorme aro, trampantojo sin tanta moneda. Saca mi cuerpo y lo arroja y atravesáis plenos rasgaduras: dentro de los ojos tubulares los cientos y la turba siembran mi cabello mis pequeñas manos mi roña hereditaria. Casi todos en mi casa olemos a hulla o aceite de oliva siempre virgen sin ángeles sin santos con muchos hermanos pequeños. Si no te apartas del caño muerde mi barriga vallestática, Duende, mi arito blanco, mi arito moteado, casi nos tocamos al cruzarla, casi atrapo sin más al otro duende, ya nadie le recuerda por aquí. Duende, trémulamente te tengo casi, podría destriparte desde el eje, no seré yo tu ojo central, tu céntimo de la suerte a los pies de la cueva, siguen conmigo la trayectoria del chorro y su piel lanuda tobogán de azulejos amarillos, de pequeña siempre pegada al caño, segundo caño a la derecha con nombre y apellidos, dónde andaba rebotando entre la tierra, revolcones del gorrión que recogí, que alimenté con cerezas, ¿llegaré abajo? ¿Alunizaida cubierta de oro, de brea? Residuos de su estrella nos escupe, parejo mi desastre con el suyo. Mi enorme barriga y yo llena de hermanos pequeños tenemos algo que decir: ha llegado lejos, basta. Trémulamente te tengo ahora, agarramos las juntas lisuras de pared crisoazulaida y en políngulos entremos poco a poco, ni siquiera así: yo sólo quiero un diente que se le pueda caer. Por última vez acerco boca: todos en la plaza sabéis cuándo. ✦

Nadar entre corales

Margarita Leoz

A Delia Rodríguez, compañera de mi viaje

1

Delia conduce de manera concentrada, mirando al horizonte. A ambos lados de la carretera, el verde exuberante. A ratos conversamos; a ratos Delia pone música y guardamos silencio y gira la vista como si se quisiese asegurar de que sigo a su lado, de que me encuentre bien bajo su protección.

De repente ralentiza la marcha hasta detenerse. Deja pasar a una familia de cangrejos que atraviesan con su andar lateral la carretera. Me quedo mirándolos embobada. Nos aproximamos al mar Caribe, al océano Atlántico.

Un cartel indica que entramos en el departamento de Atlántida. «¿De verdad se llama así?», pregunto. Delia asiente, mi asombro la divierte. Mi pensamiento divaga, se pierde en esa isla de la mitología griega. Como Platón refirió en sus *Diálogos*, ese gran continente denominado Atlántida se desgajó del resto y vagó más allá de las columnas de Hércules —es decir, del Estrecho de Gibraltar— hasta que los dioses lo hundieron en medio del océano. Numerosos historiadores y aventureros intentaron resolver el misterio de la Atlántida, pero nunca fue encontrada. Por eso, este nombre fabuloso, Atlántida, uno de los cinco departamentos hondureños bañados por el Caribe, me hace creer que estoy a punto de hollar un lugar inventado que en verdad no existe. ¿O acaso sí existe y, lejos de hundirse, se separó del viejo mundo para soldarse al istmo centroamericano?

Pamplona, Navarra, 1980. Su libro más reciente es la novela *Punta Albatros* (Seix Barral, 2022).

«Acá ustedes pusieron por primera vez los pies», dice Delia cuando ingresamos en la ciudad de Tela. El 3 de mayo de 1524 Tela fue la primera población de Honduras fundada por los españoles, con el conquistador Cristóbal de Olid a la cabeza. Se la llamó Triunfo de la Cruz. Pasamos por delante del museo de la compañía ferroviaria, cerrado y abandonado por la desidia municipal, como tantos otros museos hondureños. Delia aparca junto a lo que podría ser el paseo marítimo, si hubiese un paseo y no sólo el asfalto. Mis ojos divisan una duna salpicada de palmeras salvajes, la arena blanquísima y luego ya sólo las olas. Es verano y, sin embargo, no hay agobios turísticos ni colas ni dificultades para estacionar. Como en el resto de los lugares que he visitado, no hay turistas extranjeros, sólo hondureños.

Delia se desata el cinturón de seguridad, me propone salir a dar una vuelta. Esto supone abandonar el vehículo, la protección del aire acondicionado. Al abrir la portezuela todos los rayos del sol se clavan sobre mi espalda, traspasan la tela ligerísima de mi vestido, lo queman. Una vaharada caliente hace flotar mi cuerpo; podría elevarlo hasta el cielo y allí arder por completo. «¿Estás bien?», me pregunta Delia y asiento, porque no quiero mostrarme débil. Nunca había experimentado tanto calor.

«No hay que pensar en el calor», asegura Delia, «sólo asumirlo, sin resistirse». A ella, con sus vaqueros oscuros y sus zapatos cerrados, parece no afectarla. Conserva la misma sonrisa pacífica. No le molesta el sudor que empapa sus axilas, que rueda por su frente reluciente.

Las agencias de viajes de la fría Europa, que en noviembre ofrecen vuelos chárteres al Caribe, despliegan catálogos con fotografías de un mar azul y transparente. El mar que yo contemplo en Tela es oscuro y de olas violentas. Caminamos hasta el muelle, un muelle de madera que en el pasado tuvo que ser impresionante y del que sólo quedan restos calcinados. Un devastador incendio acaecido en 1992 lo devoró, me cuenta Delia conforme nos internamos en el océano. Los tabloncillos sobre los que pisamos se ennegrecen cada vez más, hasta que en un momento dado acaban y dan lugar a pilotes descabezados que las olas golpean, sostenes agrestes para las aves marinas. Ningún cartel avisa de la peligrosidad de pasear sobre un muelle en ruinas. Yo sigo a Delia, piso donde ella pisa, confío ciegamente en que los tabloncillos no cederán bajo nuestro peso. En Honduras a veces sucede así —un incendio arrasa un mercado, un desprendimiento de tierra hunde una colonia, unas inundaciones anegan un poblado— y no hay medios para reconstruir nada, o quizás muy a largo plazo. Como en el caso del muelle calcinado de Tela, los restos terminan

por mimetizarse con el paisaje; la naturaleza indómita devora la osadía humana. Pero los hombres y las mujeres son tenaces: los comerciantes montan los puestos sobre los rescoldos del mercado anterior, el pueblo nuevo se levanta cuando las aguas bajan.

A dos metros de mí, indiferente a mi presencia, un pájaro enorme, de plumaje pardo y pico ancho, se aposenta sobre un cilindro carbonizado. Lo miro durante un tiempo hasta que, de súbito, azuzado por una urgencia incomprensible, levanta el vuelo en pos de otros compañeros. «¿Qué son?», pregunto a Delia. «Pelícanos», responde, y sonrío: «¿Nunca los habías visto?». Sólo en los documentales de la televisión.

Cerca del mar la brisa mitiga el calor.

2

«Vení, es la hora del almuerzo».

El restaurante —abierto, sin paredes— tiene vistas a las palmeras. De los techos cuelgan ventiladores que giran sin descanso. Delia quiere que pruebe la langosta, pero no les queda; los pescadores traerán para la tarde. Con un mohín contrariado pide pescado frito y dos Salvavidas, la cerveza local. «Volveremos para la cena», me sonrío. Y no me habla más. No le gusta conversar antes de comer, me he dado cuenta, frunce el ceño, tiene hambre, mira lejos, hacia la línea en la que el océano y el cielo se funden. Le gusta conducir, pero ha conducido ya muchos kilómetros. Está cansada y de repente se vuelve huraña, se repliega en sí misma. Me da la impresión de que en ese momento desearía estar sola, sin mí, y a su lado me siento una mujer endeble —en exceso blanca, en exceso delicada—, un paquete extranjero con la etiqueta de frágil, que alguien le encomendó transportar de una punta a otra de su país.

Los camareros son eficientes y amables. Nos atienden rápido, nos preguntan si las señoras están bien servidas. Mi plato es enorme y especiado. Picoteo las tajaditas de plátano frito, los frijoles y el arroz —acompañamiento que cuando se presenta mezclado recibe el curioso nombre de «casamiento»—. Exprimo el cítrico que Delia llama «limón», pero que en España llamaríamos «lima», a tenor de su piel verde. Imito los movimientos de sus manos. Así como mis gafas oscuras son incapaces de frenar el deslumbre de ese sol, todos los sabores me desbordan: los salados, los picantes, los ácidos. Mis papilas gustativas no están preparadas para tal exceso.

Nadie dice nada, pero desde otras mesas me miran de reojo y amagan risitas. Soy un espécimen raro, exótico. En comparación con la población de Tela en su mayoría mestiza o negra, mi piel es nívea, mi cabello platino. No me siento española; me siento escandinava, sueca, islandesa, originaria de las islas Feroe. Caigo en la cuenta de que no nos hemos cruzado con nadie que no tenga rasgos centroamericanos, ojos y pelo oscuros, piel india como la de Delia. Jamás, en ninguno de mis viajes, me he sentido tan forastera; aquí soy la única distinta.

Delia se ha encerrado en su pescado. Sus dedos largos lo despiezan con habilidad, saben dónde están las espinas. La carne blanca arde. Cuando su hambre se apacigua, ofrece la cola crujiente a un gato que con su pose elegante y su columna vertebral recta la ansía. No sé nada de gatos, pero ese gato rendido a los pies de Delia tiene cara de gata. Una gata que contempla a Delia con admiración y se relame con la promesa de su premio.

3

Delia me espera en la lancha mientras yo me zambullo.

Nunca me había bañado en un mar tan cálido ni tan luminoso. «Mire, cuernos de alce», dice el dueño de la embarcación, y arroja el ancla. Y entonces yo hincho mis pulmones y buceo en la dirección en que su dedo señala.

La excursión cuesta lo mismo que mi bikini. Delia hace el cambio de lempiras a dólares y, restando un poco, me calcula la cantidad en euros. La moneda hondureña debe su nombre al indio Lempira, un caudillo indígena de etnia lenca que lideró la resistencia frente a la conquista española a comienzos del siglo XVI. Por eso, porque se refiere a ese personaje histórico masculino, se dice «un» lempira o «muchos» lempiras. Durante varios días yo tiendo a decirlo mal, a decirlo en femenino: «una» lempira, «muchas» lempiras. Y Delia siempre me corrige como la profesora irredenta que es.

No soy capaz de hacer el cambio de lempiras a euros, ni creo que vaya a serlo en lo que dure mi viaje. En eso también confío en Delia, descanso en Delia. Todo es aproximado en mi conocimiento, nada es exacto. No sé a ciencia cierta cuánto cuestan las cosas, cuánto miden, cuánto pesan. Los frijoles se compran por libras, la gasolina son galones. ¿Cuánto ocupa una libra? Me gusta la sensación de encontrarme sin asideros en un mundo fuera de mi comprensión, fuera de mi control.

A la excursión se unen dos muchachos, un niño de unos ocho años y un adolescente de unos quince. Andaban ociosos, meciéndose juntos en una

hamaca entre dos cocoteros y basura de playa. Al dueño de la embarcación, que parece su padre, lo llaman Ñarro. Los tres empujan la barcaza y, cuando ya estamos sobre el agua, el Ñarro arranca el motor. Los muchachos no se sientan en los bancos a nuestro lado; van erguidos, aferrados a las sirgas como timones humanos, como capitanes intrépidos. Sus suelas curtidas se adhieren al borde del barco igual que si estuvieran dotadas de ventosas.

Me pregunto si hoy es día de colegio, si esos pies se calzan en alguna ocasión, si algún día esos pies pisan la escuela.

El Ñarro detiene la lancha en puntos concretos de la costa, donde alguien ancló botellas vacías de detergente a modo de boyas. En cuanto el motor se para, los muchachos se lanzan al agua para indicarme los puntos donde los corales son más visibles, más hermosos. «Aquí abajo, señora», dice el adolescente. Ya no colocan la escalerilla para que yo baje; ahora me tiro de un salto como ellos. He rechazado el flotador y el tubo de snorkel para ver desde la superficie. Yo lo que quiero es sumergirme, bajar a pulmón, impulsarme con piernas y brazos hasta el fondo —tres, quizás cuatro metros—, permanecer en el suelo marino, subir en el límite de la asfixia. Las aguas son cálidas y transparentes. Hay corales como huevos de dinosaurio, blancos y horadados, planetas ovals en miniatura. El niño dice: «Encontré la casa de Nemo» y se sumerge, y yo lo sigo impulsándome con toda la fuerza de mis extremidades. Veo un coral rojo con tubitos huecos, túneles por los que entran y salen peces minúsculos.

Delia no se mete, me mira desde la lancha. El adolescente desaparece en las profundidades y tironea de la cuerda para liberar el ancla del fondo marino. El motor arranca y nos dirigimos a otro punto de la costa donde el Ñarro volverá a arrojar el ancla por la borda y los muchachos y yo nos lanzaremos al agua, sólo por la belleza de nadar entre corales.

Mientras me quito las gafas de buceo y me restriego las gotas de la cara, le cuento a Delia lo que he visto: los cuernos de alce meciéndose en tres tiempos, un banco de peces payaso, anémonas cimbreadas, estrellas de mar, medusas de un color malva traslúcido. También un pez amarillo con dos pares de ojos: los dos que ven y otros dos en el lomo, en realidad manchas que simulan ojos para amedrentar a los depredadores.

El Ñarro ofrece a Delia llevarnos a una playa de arena blanca, un cabo virgen al que no se accede si no es en lancha desde el mar. Sólo se dirige a Delia, nunca a mí; yo no cuento. Necesito hacer verdaderos esfuerzos para entender al Ñarro por lo cerrado de su acento. Cuando Delia le responde,



también cambia su manera de hablar: se come las sílabas, emborriona su dicción de mujer culta, regresa a sus orígenes humildes. Delia, como los corales, también es un misterio.

En la playa nos bañamos las dos a cierta distancia de los muchachos que juegan a hacerse aguadillas. Me recuesto sobre unas rocas basálticas. Arden. La costa verde y salvaje se extiende ante mí. Me pregunto qué pensarían aquellos primeros españoles que la divisaron, la vegetación profusa, el estruendo de las oropéndolas, todos los prodigios y todos los peligros más allá de donde alcanza la vista.

Con los ojos cerrados todo sigue siendo luz.

La lancha regresa a Tela.

4

Delia está pálida, mareada por el vaivén de la barca. Me propone tomar un café. Nos internamos de nuevo en la población de Tela, en sus edificios de una planta.

Una perra mestiza se acerca. Le cuelgan las mamas, los pezones usados. He visto muchos perros así desde que llegué: libres, vagando sin rumbo al costado de las carreteras como si estuviesen de viaje, como si regresasen

a un hogar pero uno ficticio, porque en el fondo saben que no los esperan en ninguno. Sin collares ni pedigrí ni estirpe definida, solos y solitarios a expensas de que un camión los arrolle. También los he visto en las aceras de los pueblos husmeando entre montones de basura. En Honduras a los perros callejeros los llaman «aguacateros», porque son tan comunes en el país como los aguacates. Nunca los he visto ladrar ni actuar con violencia, pero los rehúyo porque están sucios, porque quizás estén enfermos y porque no sé cómo van a reaccionar. Yo sólo conozco perros estúpidos, perros pequeños que caben en apartamentos pequeños, perros castrados a los que se les ha enseñado a no ladrar, a no morder cortinas ni arañar sofás, a hacer sus necesidades en lugares determinados, perros domesticados que comen piensos especiales, visten abrigitos impermeables, van al veterinario con regularidad y jamás salen a la calle sin correa.

La perra me sigue. «Le gustás», dice Delia. Procuero no hacerle caso, acelero la marcha. De repente noto algo húmedo que me roza la corva: la lengua de la perra. Estoy tentada de pasarle la mano sobre el lomo a pesar de las costras, del pelo duro y mugriento. Me mira con unos ojos cargados de tristeza y devoción a partes iguales. Delia me advierte: «Si la acariciás, ya no te la vas a quitar de encima». Mi mano se retrae y el animal, dos cuadras después, desiste, toma otra dirección.

Sé que me voy a arrepentir toda mi vida de no haber acariciado a esa «aguacatera».

5

La cafetería se llama El Porvenir y en la puerta hay un cartel que dice «Hale». El aire acondicionado es helador. Delia pide dos capuchinos y una semita. «Para que la probés». Es una especie de pan dulce hecho con harina de trigo, azúcar, huevos y manteca. En comparación con los sabores salados me resulta sosa, poco dulce. La atención de la camarera es impecable, decora el café con cuidado (corazones, hojas lobuladas, caracolas). Delia y yo conversamos sobre poesía hondureña, o más bien ella me explica y yo escucho. Su tez recobra el color. Pero yo no quiero hablar de literatura, quiero regresar a las imágenes de la excursión. Le cuento algo de cualquiera de las inmersiones, detalles que regresan a mi mente y serpentean como los peces brillantes entre la conversación. Soy una niña que se repite, que necesita contar lo mismo varias veces. No nos acabamos la semita. Yo estoy desbordada de vivencias y a Delia no le gusta lo dulce.

Salimos de Tela antes de que se extinga la luz. En Honduras no se cambia la hora; no existen, como en Europa, los días cortos del invierno y largos del verano. Existe una estación seca que va aproximadamente de noviembre a mayo y una estación húmeda entre junio y octubre. En la época del año en que nos encontramos, el sol se pone entre las cinco y media y las seis de la tarde. Para esa hora Delia quiere estar siempre en lugar seguro. Evitar las carreteras plagadas de baches y en penumbra. El alumbrado público escasea, en especial en zonas menos urbanizadas. Aventurarse por un camino sombrío y poco transitado cuando ya ha caído la noche puede acarrear un pinchazo, un accidente o algo mucho peor.

«Al final no probaste la langosta», se lamenta Delia. Hemos llegado a tiempo a la casa, a unas millas de Tela, con los faros del vehículo como única guía. Delia se ha relajado después de la tensión de conducir bajo el sol declinante, por senderos no asfaltados donde el GPS tiende a fallar. Ahora todo es ya oscuro: el mar, las palmeras, las olas, la arena, las latas de las cervezas que hemos comprado esta mañana en un supermercado —un local más parecido a un almacén que a mi idea de supermercado—, protegido por un guardia armado hasta los dientes. Delia enciende una vela, corta unas limas. Yo ya las llamo limones. Me acuerdo de esa expresión hondureña que acabo de aprender: «Sos más seca que un limón de taquería». Me da la risa. Los cuartos de limón los acompañamos con tequila. De mi mochila saco las galletitas saladas que compré justo antes de embarcar en Madrid.

No siento hambre ni sueño, ni estoy cansada a pesar del cambio horario o de mis zambullidas. No echo de menos la langosta, prefiero nuestra cena improvisada. Quiero volver a sentir los corales y cierro los ojos y me encuentro de nuevo allí, en el fondo del mar, sin necesidad de emerger a la superficie ni de tomar oxígeno. De súbito dotada de branquias.

Quiero saberlo todo de este país, el nombre de todas sus frutas, de todas sus flores.

«A los hibiscos acá los llamamos flor del Pacífico», dice Delia. ✱

Su Xiaoxiao

CARTA DEL TÉ

temprano en la mañana con el frío todavía en el aire y una taza de té sencha recién hecho, su color verde brillante me consuela de tu silencio: ¿por qué no dices nada?

el amado tiene a veces que eclipsarse para que en mí se haga la noche, entonces el corazón cruje hasta desecarse y arrugarse por completo y sólo cuando la desesperación adquiere la sólida consistencia que le aporta el abandono, se suelta y comienza a ascender lentamente por el aire

así es como el corazón flotante alcanza su casa en las nubes, y yo aquí abajo sonrío con el pecho vacío

Madrid, 1989. Ha publicado *La casa de la ciénaga* (Ártese quien pueda, 2015).

MUJER DE LA ARENA

¿vale la pena esta espera? le pregunta a la duna

como si su presencia fuera imperceptible, no está realmente ahí
al caminar parece que flotara, ¿es porque el suelo quema? ¿una gasa
hecha con el más invisible de los delicados fuegos? prendida a la frente

[y de ahí

su dificultad para retener los nombres, que a la vez habla de la dificultad
para mantener un vínculo, es muy probable, piensa
ajena desde hace largo al devenir del mundo y a los extraños giros
del amor, qué fue del antiguo deseo de tocar
las cosas, se encoge de hombros

qué testarudo silencio el de la duna, esta noche

la arena se expresa por medio de cantos, no melódicos, que sostienen un
mismo sonido durante un cierto tiempo, una plataforma vibratoria donde
respirar unos instantes, pero después la vegetación como un ritmo trae
silencios, chasquidos, quiebres de viento y los sonidos se desmenuzan
no queda al fin nada que se pueda entretejer
buscaba una tela para hacer una manta, fantaseaba con una botellita llena
de aire casi sólido de ese frío de las cumbres
las más hermosas, las inalcanzables
¿cómo sería una sola noche de frío? ¿soñar sin la flor de sal envolviéndola en
su corola líquida?
los párpados de la arena centellean quedamente con un color añil, qué ánimo
tan crepuscular, suspira

entonces la duna habló de nuevo:

busca en otro lado o mejor no busques, tiéndete aquí, la arena sigue tibia

HIJA DEL VIENTO

imposible saber si resistirá, es verdad que
lo olvidamos todo y que el viento
encuentra siempre nuevas grietas
por las que infiltrarse, nos despoja como si quisiera

borrarnos sopla sopla nos empuja
por desvíos imprevistos, por encima del sol

*estoy esperando a que desaparezca
todo lo que amo estoy amando todo lo que huye*

lejos de sí

va saltando de uno a otro por los días,
ha empezado el Tiempo del Vértigo, aquí
se aferró a un

{eslabón inaudible}

y los recorrió
uno tras otro, los cielos de la sed durante
mucho tiempo no vio a nadie
sólo escuchó
el viento pulsando las líneas de su huida

agua lenta subiendo en torno al corazón

“

.....
.....
”

¿seré lo bastante fuerte? ✱

Quiero conocerte

Luisgé Martín

Tengo tres ordenadores —dos de sobremesa, en la oficina y en mi casa, y un portátil—, una tablet y un smartphone. En todos ellos guardo, perfectamente sincronizadas, mi lista de contactos y mi agenda de citas. Lo hago mediante una aplicación a la que estoy suscrito: al añadir un contacto o un evento nuevo en uno de los dispositivos, se transfiere automáticamente al resto. Pero la aplicación, como todas las aplicaciones informáticas, se desactualiza o se engatilla de vez en cuando, y hay que recurrir entonces a remedios, componendas y tanteos. Cuando me ocurre esto y doy el problema por solucionado, realizo una prueba simple para certificar que todo marcha correctamente: introduzco un contacto inventado de prueba en cada uno de los dispositivos y verifico que se ha transferido a los demás.

La última vez que me ocurrió, hace varios meses, añadí cinco contactos falsos, creados al azar, y los dejé en el sistema sin borrarlos después de comprobar que todo funcionaba bien. Unos días después, al ir a usar el Whatsapp para confirmarle a mi hermano la dirección de un restaurante, me apareció por azar uno de esos contactos, al que yo había llamado PruebaTablet_01. Me saltó a la vista enseguida porque la fotografía del perfil, aunque pequeña, era expresiva: un cuerpo desnudo, suavemente musculoso y con la verga dura. La amplié inmediatamente todo lo que la aplicación permite, que no es mucho, y me deleité viendo esa imagen juvenil y obscena. ¿Quién podía ser ese individuo extravagante que empleaba ese tipo de fotografía para identificarse? ¿Sería un retrato suyo o una imagen robada?

Madrid, 1962. Su libro más reciente es *Cien noches* (Anagrama, Premio Herralde de Novela 2020).

Me olvidé enseguida del asunto, pero dos o tres días después, en un momento de excitación, recordé el contacto y volví a abrirlo. La foto era distinta, pornográfica: alguien con los ojos vendados rodeaba con los labios el glande de la verga. La verga y el cuerpo eran los mismos, no cabía duda.

Cogí un teléfono antiguo que había arrumbado al cambiar de modelo y bajé a una tienda de telefonía para dar de alta una línea nueva. Media hora después, de regreso en mi casa, me desnudé completamente, me manoseé hasta estar excitado —no tuve que empeñarme mucho— y me hice entonces una fotografía que coloqué en el perfil de mi nueva cuenta de Whatsapp, una cuenta que ninguno de mis contactos podía ver. A continuación, añadí el número del desconocido y le escribí: «Me gusta tu polla». Vio el mensaje enseguida, pero no respondió: simplemente cambió la foto del icono por un primer plano de la verga, recta, tiesa, rasurada en el tronco y en la piel testicular. «Estaría mucho mejor en movimiento», escribí, con el resuello roto por la fiebre. Al cabo de cinco minutos recibí un vídeo breve en el que se veía la verga sacudida por la mano, la piel del prepucio bajando y subiendo, los testículos hinchados. «¿Tú qué muestras a cambio?», preguntó él. «¿Qué quieres ver?», dije yo. Su respuesta fue inmediata: «Tu boca. Tu boca abierta. Tu boca ensalivando».

Me puse muy nervioso. Me ardía la piel. Estaba desnudo, masturbándome, y de repente, en una convulsión, eyaculé sin remedio. Apagué el teléfono y fui al baño a limpiarme, pero antes de terminar de hacerlo escuché el pitido del otro teléfono, del que yo usaba para mi vida corriente. Pensé que sería mi jefe, que siempre me envía mensajes a deshoras, o mi hermano con alguna de sus preguntas. Era el desconocido: «Tu boca ensalivando. Ahora». Teclé temblando: «¿Cómo sabes que este es mi teléfono?». Se movieron las letras que anunciaban que él estaba escribiendo: «¿Qué más da eso? Es todo muy fácil cuando sabes cómo hacerlo». Y casi inmediatamente: «Tu boca. Tu boca abierta y ensalivando algo».

Entré en pánico y empecé a dar vueltas a la casa buscando con atolondramiento un objeto que ensalivar. Encontré un rotulador gordo, algo fálico, y lo chupé delante de la cámara del teléfono con buen cuidado de que el cuadro no alcanzara mis ojos para no ser reconocido. Luego se lo envié. «No está mal, Santiago, pero habría sido mejor con una polla», escribió él. Santiago. Era mi nombre real, que estaba detallado en el perfil del Whatsapp. Me apresuré, aterrado, a cambiarlo, a quitar todos los datos personales que hubiera allí, pero antes de que me hubiera dado tiempo a hacerlo, sin pulso, recibí un mensaje con una ubicación geolocalizada:

no era la suya, sino la mía; mi dirección, el punto exacto en el que me encontraba. «No te esfuerces en deshacer hilos», me dijo. «Busca una polla y ensalívala. Te doy veinticuatro horas».

Estuve un rato inmóvil, paralizado por el miedo. El desconocido, ese individuo cuyo número yo había tecleado por azar para hacer pruebas de sincronización, me tenía en sus manos. Sabía quién era, dónde vivía. A esas alturas quizá tendría ya el archivo de mis contactos, el número de teléfono de mi hermano, de mi jefe, de mis compañeros de trabajo, de mis padres. Permanecía a oscuras, espeluznado, hasta que de repente comencé a darme cuenta de que no había nada que temer. Me había comportado como si el desconocido pudiera chantajearme o arruinar mi vida, pero ¿qué había hecho yo que tuviera que avergonzarme? Nada. Era un hombre libre. Entonces comprendí que no era un chantaje, sino un juego. Un juego forzado. Era tarde, pero me acicalé y salí a la selva de la noche a buscar un hombre. Lo encontré en un bar, cerca de mi barrio. Lo llevé a casa y le hice una felación delante de la cámara del teléfono, con su consentimiento. En cuanto se marchó se la envié al desconocido. Él me respondió enseguida con un vídeo breve en el que eyaculaba: dos, tres chispazos eléctricos de semen.

Desde aquel día, yo salgo a cazar casi todas las noches. He instalado una cámara pequeña en la habitación para mejorar la calidad de la imagen. Cuando me quedo solo, descargo el vídeo en el teléfono, suprimo las partes sin interés y se lo mando al desconocido. Él, por su parte, me envía los vídeos de las felaciones que otros hombres le hacen a él.

Nunca habíamos vuelto a escribirnos, pero ayer lo hice: «Quiero conocerte». Él tardó unos minutos en responderme: «Ya nos hemos conocido». ✱

Miguel Casado

El que entrecierra los ojos para ver mejor, ajustando el foco —*myo*, guiñar, cerrar; *ops*, la vista. El que se acostumbró a ir perdiendo, borrosas, las cosas, a no distinguir lo que ocurre a lo lejos, no muy lejos. El que lleva una oculta lupa en los ojos y ve lo diminuto sólo con acercarse más. El que conoce aquella rama de árbol. Y cada vez le importa menos ocuparse de algo sin gafas, cada vez encuentra más certeza en lo impreciso.

✱

Quizá no fueran felices, no sé si se pararon a pensarlo o se mantuvieron en ese estar ensordecido. Ella quizá, en su silencio. Parece que él no quería saber mucho de sí, aunque a veces sorprendía, irrumpía una memoria en desorden, vivísima en sus imágenes; llegaba de allá un habla que tal vez fuera su idioma interior. Pero no sé si el silencio regía también entre ellos o la lucidez repentina de ambos era costumbre en su conversación. Su nudo entre silencio y conciencia.

Valladolid, Castilla y León, 1954. Su libro más reciente es *Deseo de realidad. Poesía reunida* (Tusquets, 2023).



«Fuimos los primeros en sumarnos» —la frase de Rodchenko suena con orgullosa prioridad, espíritu incluso de competencia, si no se escucha bien; suena, sí, como un lamento. Fueron, es lo que dice, los primeros, sin gratitud luego ni reconocimiento. Leo un viejo poema de Handke, «Las primeras experiencias», y solo, en su ironía y absurdo, en el regreso al cuarto donde velaron a su abuela, percibo la mirada contenta, asombrada, asustada de ver lo no visto, de abrir una puerta y alegrarse, sorprenderse, temer, sufrir por lo que muestra. Se da un paso, y nunca el otro lado queda bajo control.



En el desierto, afirma. Pero la evaporación de la palabra, el hacerse aire antes de tocar los oídos, celebra su rito en una sala donde la gente se sienta ante cuadernos de notas, rostro concentrado y serio. La otra orilla de la ría se ha ido tapando, sobre todo después de la tormenta; será este su modo de reposar, de posarse en el suelo con el espesor de su cuerpo. Nubes con pies, voces volátiles, oídos sin raíz. ✱

El loco de Lavapiés

Manuel Vilas

¿Cuándo se endemonió?

No lo sé, fue poco a poco, y digo endemoniarse por usar una de las palabras que a él tanto le gustaban. Aunque la palabra sería enfermar. Si hubiera estado solo, no sé a quién le hubiera gritado, tampoco sé quién hubiera escuchado sus discursos altisonantes. Yo era su amigo, su único amigo. Los dos habíamos nacido en el mismo pueblo, crecimos juntos, gastamos juntos nuestra juventud. Y nos fuimos a vivir a Madrid, donde él iba a triunfar.

Me acuerdo de cuando mi amigo era joven y me acuerdo de sus sueños de ser escritor. Era un hombre apuesto. Y convencía a la gente, o esa sensación daba. Algún conocido me dijo «tu amigo tiene fe en un mundo que no existe, es un idealista, y esos siempre acaban mal», pero me pareció un cumplido. Nos hicimos inseparables. Nos quedamos solteros. Y al final nos fuimos a vivir juntos. Era yo el que tenía que trabajar de nueve a cinco, en una oficina de correos. Aunque mi trabajo auténtico era cuidarle, estar allí, hablar con él, sustentarlo, darle sentido a sus monólogos, admirarme de lo que decía. Y por supuesto, ir a la compra, cocinar, limpiar la casa, planchar su ropa. Era mi amigo.

Entre mi trabajo en correos (menos mal que no era cartero sino empleado de sucursal) y llevar la casa no me quedaban ni cinco minutos para mí.

La nuestra fue la mejor amistad del mundo, eso me alimentaba. Mi vida tenía sentido por esa amistad, allí había una fortaleza, un centro de gravedad. Siempre juntos por todos los caminos de la tierra y del tiempo. Teníamos los mismos gustos: a los dos nos hacía felices veranear por el interior de España. Caminar senderos y ver pueblos medio vacíos, casas sepultadas en el olvido en donde sin embargo aún se adivinaba un halo de vida invisible, pueblos achicharrados en los veranos, eso nos encantaba.

Barbastro, Aragón, 1962. Su libro más reciente es *Nosotros* (Editorial Destino, Premio Nadal 2023).

¿Dos románticos?

Tal vez fuésemos eso, pero éramos jóvenes y la juventud no tiene conciencia de sí misma.

La ira fue apareciendo poco a poco, con el paso del tiempo, porque es un error pensar que el paso del tiempo no hará acto de presencia. Siempre lo hace. Es una ley universal. Casi diría yo que es la única ley universal en cuanto a la condición humana se refiere. La ira surgió de manera rotunda cuando cumplió cincuenta años. Quería a toda costa parecerse a escritores del pasado. Buscaba a aquellos escritores en donde pudiera encontrar consuelo. Encontraba consuelo en Oscar Wilde, en Franz Kafka, y en Federico García Lorca. Yo aguantaba sus infinitos discursos sobre por qué él era como ellos y por qué el mundo no sabía darse cuenta. Ese era su trío heroico, al que encomendarse en los momentos más oscuros. Wilde, el Caballero de la Amargura. Kafka, el Héroe Postrado. Y Lorca, el Niño Asesinado.

Veía en ellos tres grandes torres, tres rascacielos en crecimiento, tres individualidades heroicas que no fueron reconocidas en vida. Yo trataba de contrargumentarle y le decía que esa manera de pensar era antigua, que no ser reconocido en vida no era sino una putada y no una heroicidad, y que todo eso eran patrañas románticas. Y entonces se cabreaba y se encerraba en el cuarto de baño y se preparaba un baño de agua muy caliente como si quisiese arder en una hoguera líquida. Yo creo que en el fondo sabía que todo ese mundo utópico que bullía en su cabeza era una torpe superstición. A lo mejor el agua le ayudaba. Salía tranquilo de esos baños de agua ardiendo. Como con la piel azotada.

Las editoriales importantes rechazaron sistemáticamente la que iba a ser, al fin, su novela de la madurez. Veía en esos rechazos la mano del mal, como si sus desgracias las ocasionara una voluntad maligna, un ser cuya misión era confundirle y derrotarle. Un ser cuyo objetivo era impedir que su palabra arraigara, creciera y se esparciera por el mundo. Parecía un apóstol, pero él decía que la literatura era un apostolado laico. Se había encadenado a una novela como otros se encadenan a una profesión, o a una empresa, o a un trabajo, a cualquier cosa que hiciera soportable el transcurso de las horas. El rechazo de su novela por un montón de editores no era el rechazo de un libro, era como la venida de El Anticristo sobre el mundo. Que ningún editor quisiera editar su novela (la mayoría la rechazaba por defectos en la trama y en el estilo, todo eso que siempre es subjetivo) confirmaba el apogeo de la mentira y el mal en el mundo y le sumían en un profundo estado de desolación.

Pero la desolación era pasiva. Luego, comenzó la ira. Y contra mí. Todo iba contra mí. Yo tenía que arreglarle el mundo, para que se sintiera cómodo, para que su fracaso no fuera evidente, visible. Era incapaz de organizar una casa. Yo la organizaba. Le planchaba las camisas. Fregaba los platos, quitaba la grasa de las sartenes, la miserable grasa de aquellas carnes fritas que comíamos, porque nunca tuvimos lavavajillas. Conmigo fue de una injusticia atroz, pero se absolvía de la culpa porque aún era más infinitamente atroz consigo mismo.

Para qué vienen estos seres a este mundo, me pregunto ahora. Yo creo que la mayoría de la gente no causa tanto dolor y tanto sufrimiento. Hay unos cuantos que sí, que lo hacen, que nunca están contentos, que nunca saben disfrutar de nada.

En una ocasión, fuimos a la presentación de la novela de un conocido, publicada por la editorial que le había rechazado su gran obra. Al final del acto, hubo un turno de palabra. Pidió hablar. Comenzó a hablar de él, de su magistral novela inédita. Explicó el argumento de su novela, de cómo ese argumento era de carácter alegórico. Le rogaron que se callara. Siguió hablando y explicando su manera de ver el mundo. Volvieron a rogarle ya ofensivamente que dejara hablar al escritor protagonista. Volvió a negarse. Le abuchearon. Insistió en seguir hablando. Salí abochornado, pero era mi amigo.

—Esta cumbre de la soledad es inhóspita y triste —dijo mi amigo, llorando, ya en la calle, al lado del guardia de seguridad que nos había acompañado hasta la salida.

—Es la misma soledad que la de Don Quijote, o incluso que la de Jesucristo —agregó.

¿Lo decía en serio?

¿Era consciente de su burdo ridículo?

Fue corriendo su fama por los mentideros literarios de Madrid. Un conocido me lo dijo, «llaman a tu amigo el Loco de Lavapiés». Lo llamaban «el Loco de Lavapiés», es verdad, pues allí vivíamos, en el barrio de Lavapiés, allí teníamos nuestro piso de cincuenta metros cuadrados, en cuya minúscula cocina yo fregaba las sartenes. Nunca quedaban limpias aquellas malditas sartenes.

Mi amigo fue el protagonista de docenas de chistes literarios, de anécdotas chuscas. Se reían de él. España es un lugar donde la gente gusta reírse de los demás, sobre todo de aquellos que no tienen a nadie que los defienda, o de aquellos que no tienen defensa posible.

Mi amigo no tenía defensa posible.

Hay gente indefendible, y yo fui a enamorarme de un indefendible.

Ante su enfermedad la gente podría haber optado por un piadoso silencio.

No, no fue así.

Ante su indefensión la gente levantó una torre de chistes, humillaciones, vejaciones y desprestigio, porque les salía gratis.

Contacté con un pequeño editor, un tiburón. Le pagué para que aceptara editar la novela de mi amigo. Le hice jurar que todo se haría sin que mi amigo llegara a saber nunca nada de esto. Pagué bien. Era un aprovechado, un editor de quinta fila, o de ninguna fila, más bien. Cogió el cheque. Podría haber comprado un lavavajillas con aquel dinero, y haber comprado una colección de sartenes antiadherentes, y más cosas.

Le engañé como pude, para que aceptara enviar su manuscrito a esa editorial. Lo hizo. Yo mismo redacté la carta de contestación, donde se aceptaba la publicación del manuscrito de manera entusiasta. Sabía lo que tenía que decir de su novela. La había leído diez veces. Se la había corregido mil veces. Y conocía a la perfección lo que mi amigo deseaba se dijese de su tocho, porque no era un manuscrito de doscientas páginas sino de mil. Un horror de novela, una novela espantosa, que sin embargo yo amaba, porque era una obra suya, una obra de mi amigo.

Comenzó a romper los pocos platos que teníamos cuando no aparecía su nombre en los artículos que se escribían sobre literatura española actual. Se refugiaba leyendo noches enteras a Dostoievski, a Cervantes y a Dante, o eso decía. Creo que nunca pasaba de la quinta página. De la quinta página de *Crimen y castigo*, de la sexta página del *Quijote*, de la primera página de la *Divina comedia*.

Él no madrugaba. Comenzó a beber. No le interesaba el sexo, no le interesaba la política, no le interesaba la historia. Sólo quería que sus visiones se encarnaran. A mí sólo me quería para explicarme cómo eran sus visiones.

Le llegó la carta del editor. Ese día fue una fiesta. Por fin alguien reconocía su talento en los términos con los que él deseaba ser reconocido. Quería ver al editor. Organicé la comida. Tuve que pagarle un extra al editor para que se aprendiera las frases que tenía que decir sobre la novela de mi amigo. —Usted quiere mucho a ese hombre —dijo el editor. Podría haber comprado cortinas con aquel dinero, nunca tuvimos cortinas.

La locura es algo desagradable. La locura es social. Si el loco estuviera solo en el mundo la locura no existiría. La locura existe para que los cuerdos sufran ante su contemplación especialmente en alguien a quien

se ama. Se publicó la novela. Tuve que inventarme una rueda de prensa. Rehipotequé el piso de Lavapiés. No me dieron mucho. Nunca se enteró de que éramos pobres, de que vivíamos de mi sueldo de funcionario de correos, un sueldo de mil seiscientos euros al mes y de unos ahorros de treinta mil euros que me dejaron mis padres, después de una vida de penurias, una vida austera y sacrificada.

Ningún periodista de prestigio quiso venir a la rueda de prensa, como es natural. Pagué a tres actores sin trabajo, para que hicieran de periodistas. Uno del periódico *El País*, otro de *El Mundo* y otro de *ABC*. Eran actores profesionales y lo hicieron bien. Mi amigo estaba contento pero protestó al observar que televisión española no había mandado ningún reportero a la rueda de prensa.

Cuando vio que no salían las entrevistas en los periódicos, comenzó a defecar por el pasillo de nuestro piso de Lavapiés, a salir desnudo a la calle, a pegarle a los vecinos, que eran pobres emigrantes africanos o latinoamericanos, más indefensos aún que nosotros, a saltar por las escaleras, porque la casa no tenía ascensor.

Tuve que pedir la excedencia en correos, mi amigo me necesitaba las veinticuatro horas del día. Y comenzamos a devorar los ahorros de mis padres, porque los padres de mi amigo no le dejaron nada y su hermana menor se sintió siempre avergonzada de él en nuestro pueblo.

Cuando íbamos de librerías montaba escándalos. Conseguí que algunos libreros de Madrid tuvieran su novela en depósito. Pero se negaban a exponerla. Así que tuve que pagar también por eso. Nos estábamos arruinando. Un librero, a quien había pagado mil euros porque tuviera la novela de mi amigo en exposición durante una semana, incumplió el trato. Podría haber comprado una televisión nueva con aquellos mil euros, porque nunca tuvimos televisión.

Mi amigo tuvo un ataque de ira en esa librería. Fue al expositor donde estaban las novedades, y mudó su rostro. Agarró un libro de un gran escritor español, lo subió por encima de su cabeza, y dijo «este es el libro del escritor más feo de España. Y además, es miope. En esta vida se puede ser de todo, menos feo y gafapastas» y arrojó el volumen contra la cabeza del librero, y le dio en un ojo, que se le inflamó como un tomate. El librero gritaba pidiendo auxilio. Siguió arrojando libros por los aires. Fulminó toda la narrativa estadounidense actual. La arrojó contra las paredes. De repente, se desabrochó su bragueta y se puso a orinar con buen tiento sobre la nueva narrativa española. Aún le quedó combustible para la francesa y la alemana y la rusa.

Acabamos en comisaría.

Conseguí al fin que lo viera un médico. Era un psiquiatra, un chico joven, que estaba empezando. Tuve que decirle a mi amigo que se trataba de un escritor en ciernes, de un discípulo, de un fan suyo, que quería que le aconsejara. Sólo así logré que el joven psiquiatra lo visitara. Otra vez tuve que tirar de los pocos ahorros que nos quedaban.

Le suministraba la medicación prescrita por el médico sin que él lo supiera.

Al poco tiempo de tomar esta medicación, advertí cambios en mi amigo. Por ejemplo, el primer cambio fue cuando imaginó en voz alta la ceremonia de entrega del Premio Nobel. Es allí cuando me quedé perplejo. Pues en la entrega de su Premio Nobel no salía el rey de Suecia. Mi amigo decía que quien le entregaba el Premio Nobel era Bruce Springsteen.

Ya no defecaba por el pasillo. Ahora le gustaba ponerse camisetas negras, gafas negras y una cazadora de cuero negro que compramos en una tienda de ropa usada. En vez de asaltar a los vecinos, les cantaba canciones de los Beatles con su inglés macarrónico. En el invierno me confesó que su vocación de escritor había sido un error, que ahora se daba cuenta, perfecta cuenta. Eso coincidió con que decorara el cuarto donde escribía con pósteres de Elvis Presley, Bob Dylan y el Che Guevara, que había comprado en la tienda del chino Chuan, muy cerca de nuestra casa, en una oferta de tres por uno.

Y en estos momentos está allí, tumbado en la cama de matrimonio, porque desde hace unos años dormimos juntos, ya no escondemos nada, hasta en nuestro pueblo lo saben, para mayor vergüenza de la hermana pequeña de mi amigo, y allí está, escuchando música de los Beatles, mientras sostiene en una mano el vinilo de *Abbey Road*, que compró cuando era adolescente, y me dice que en realidad él tenía que haber sido el John Lennon del siglo XXI. Y es verdad que mi marido se parece a John Lennon, pues al final aprovechamos la llegada y aprobación de la Ley y nos casamos. Los dos son altos, delgados y barbudos.

Todos nos parecemos a alguien que triunfó.

Y yo quiero ayudarlo. Y le digo que cuando se ponga bueno montaremos una banda de rock and roll.

Que lo vamos a pasar muy bien.

Él me mira lejanamente y cada día que pasa recuerda menos cosas. Y ya sólo cabe esperar que se marche para siempre de este horrible mundo, en el que jamás, absolutamente jamás, pero es que jamás de los jamases, se cumplió ni uno solo de sus deseos.

Ni uno solo de sus sueños se encarnó.

Le doy un beso en la boca.

Nadie sufrió tanto como mi amor, mi gran amor de siempre, mi gran amor de adolescencia, mi primer y único amor.

Y ahora que ya no se acuerda de nada, ahora que ya está muerto, pues ni siquiera le fue concedido el éxito frecuente de envejecer, la gente ha empezado a leer con devoción su novela. Pero él no lo sabrá nunca. Y hay allí una forma de belleza que me duele y me deslumbra todos los días.

Nos quisimos tanto que casi somos o fuimos un solo hombre.

La energía que gastamos los vivos en comprender a los muertos sigue siendo esplendorosa, grande, inútil. Esa energía es perpetua, lleva más de cincuenta mil años con nosotros.

La energía que estoy gastando en comprenderle es toda la energía que me queda. Todos los días intento comprender qué fue su vida, y así al paso tal vez encuentre también mi vida, que se confunde con la suya.

He solicitado el reingreso en el cuerpo de correos, pero como no tengo puntos, he perdido la plaza de Madrid.

Me dan una plaza en Albacete.

Mañana tomo posesión de la misma, ahora intentaré dormir en este hotel Europa de Albacete, un hotel a buen precio, en donde me alojaré hasta que encuentre piso aquí. Me meto en la cama y juro que nunca pensé que acabaría mis días en Albacete. No me puedo dormir, enciendo la luz, me levanto de la cama, contemplo la habitación, y escribo en un cuaderno: *¿Cuándo se endemonió? No lo sé, fue poco a poco.* ✱

Carmen Hernández

Zurbano

Llegamos aquí con las frambuesas. Diez. Peludas, membranosas, apretadas. Una en cada dedo como un capuchón de carne. Está lleno de piedras. Una niña me adelanta, acostumbrada a andar por la sierra. Nos bañamos en la poza. Su abuelo la esperaba a la sombra, luego la acompaña a casa caminando detrás, como un pastor.

¿Eres creyente? ¿Crees en Santa Bárbara? Ponte patatas primero y las migas después, y encima un torrezno. Te puedo contar dos milagros. La hierba, amarilla y húmeda, como sobre una grupa suave, y un macho cabrío gris con los cuernos retorcidos comiéndose las moras, aún verdes.

Todavía no viene la luz, estamos en la calle o asomados a los balcones.

Una libélula azul se posó en el dedo gordo del pie, hay murgaños en la superficie del agua, peces de todos los tamaños en apenas dos brazadas.

Al llegar a la encrucijada de los tres caminos, el de las moras va hasta el pueblo; es el más largo. En otro, moscas pequeñas se te meten en los ojos para poner los huevos y hacia la mitad, los robles juntan sus copas por el aire. El tercer camino atraviesa un arroyo, una explanada de helechos, un antiguo secadero y llega a un olivar.

Todos en el pueblo nos preparamos para el eclipse desde mucho antes, miramos al cielo con pedazos de cristal oscuro, gafas de plástico de dos colores, radiografías viejas. No recuerdo si vimos algo. Recuerdo la gran expectación.

Cáceres, Extremadura, 1976. Uno de sus libros más recientes es *¿Qué hace el sonido de la noche en verano dentro de casa?* (Editora Regional de Extremadura, 2023).

*

en la cabeza un pañuelo
de seda naranja y marrón
eres
como una zíngara
almirez de oro

una raya
en cada párpado
un círculo
en la frente

al anochecer
regresan a sus dormitorios del embalse
vuelan en uve y se llaman
unas a otras
con su canto

*

día del corpus
calor

las diosas se abanicán
por debajo de la falda
y aunque pisen orgullosas
la menta
y el romero

gotas de sudor empapan sus corpiños

prodigiosa

pigmento
rojo en el pan

segregado por una
bacteria

prodigiosa

del color de sus medias sus zapatos bajo los cien
volantes de oro

✧

el picor en la nuca el canto
de cortejo de las chicharras desde el abdomen
las hembras colocando sus huevos
en las ranuras
las ninfas
recién emergidas
cayendo
y cavando en el suelo
para chupar
la savia
viva

brotó ahí el primer jaral

florecido

✧

íbamos a pedir rosas
deshojarlas y sumergir
sus pétalos
en el agua
de la fuente

íbamos a dormir juntas
a la casa
que correspondía

donde la madre nos despierta a medianoche
nos alisa
la melena
una a una
con un peine empapado en ese agua
y repite
la oración

íbamos de nuevo a nuestro sitio
junto a las demás
respiraciones

hacíamos como que éramos niñas humanas

✧

ayer
la luna pasó delante del sol
lo tapó
pero yo no vi nada

hablaba con Teresa
del gusano que mata los geranios
los invade
escarba sus troncos los seca
por completo

una muesca en el sol de la tarde
un mordisco

la cabeza inmortal del demonio vaga eternamente
a veces muere
se lo traga
resucita

hoy
sobre la hierba de la pradera
estaba posada una abubilla con su copete de plumas desplegado

¿me contaría también a mí de la reina de Saba y su magnífico reino

escondido?

*

Le pregunté si era un sueño o un recuerdo. Fuisteis hasta allí y trajisteis un bastón pequeño con cascabeles y cintas. ¿Sabes las sillas voladoras? También había. Manzanas de caramelo colorado cerca de la iglesia. Gente, niebla y cosas por el suelo. Como el día de las avellanas. Que caminamos desde el pueblo hasta la ermita y fuera vendían manos, brazos y cabezas de cera, y se lo llevaban a la Virgen y lo colocaban a sus pies. Luego te comías un puñado de avellanas recién recogidas, porque era el tiempo de las avellanas. Difíciles de pelar, había que tener maña.

Me he acordado de tu yegua blanca que no quiere comer y he presentado que había muerto. Los ojos de los caballos de las crines trenzadas. Había por lo menos cien. Y no tenían miedo. Un centauro se acerca con manto de estrellas, para camuflarse entre la nieve y la noche. Otros le siguen, con puntillas blancas sobre sus frentes y camisas que les cubren hasta abajo. Rojo y bullicio. Vienen de lejos estirando las manos y los brazos y abriendo mucho las bocas.

Fuente perenne, pozo de agua, oliva verde, paloma blanca, sol que refulge, estrella, aurora, rosa fragante, la que vence al invencible. Azucena. Una canción de flores blancas con un nervio marrón que recorre los pétalos.

*

lo llevaba
estando embarazada
de mí

en la mañana helada cerca del lavadero

un vestido fino
con mucho
vuelo
en tonos
morados
días de febrero

madre, desde su pueblo, emigró a la ciudad para estudiar
padre, desde su pueblo, emigró a la ciudad para estudiar

un cordel
con dos cascabeles en los extremos
cerrando el escote
en forma de lágrima
bajo el cuello

un vestido fino
con mucho
vuelo
en tonos
morados
días de febrero

para ir a pedir los chorizos
y los huevos
con los quintos

*

salimos

había
empezado
a nevar

luz de las farolas sobre el hielo de la fuente

cuajaba

lanzarnos nieve
resbalar
juntas
sobre el suelo de plata

cuajaba

caballos castaños se hunden hasta los lomos
levantan sus cuellos
mientras avanzan

✱

yo me acerqué a un pino verde por ver si me
consolaba, cintas de tu moño, horquillas,
sombreros, arrodillao,
cruce, paseílo y vuelta,
botellas
de anís, y el pino
como era verde, almirez,
calderos, cántaro, voz,
caña, retama, laúd,
pandereta, espino albar,
al verme llorar las hojas
de higuera al verme llorar
bandurria,
pandero
estribillo
lloraba
camelias
al verme

✱

Pincha si te acercas y si te alejas. Pincha cuando te quedas; si te alejas se hace un desgarrón. Una mata de zarzamoras del tamaño del mundo. Todo verde, las vecinas te guían con sus voces, buenos días, buenas tardes, ya te vas, has vuelto ya.

En las pozas de agua transparente los tritones rompen el fondo con sus puños y te ahogan sus colas plateadas. Un remolino de tiempo, el perro olisquea por ahí, son demasiado grandes, demasiado azules, para una mente hecha de trigo y de minutos.

Una vez me tiré de la roca más alta. Bailé esa canción tocando una guitarra en el aire, junto a todos los demás. Mi cuerpo empezaba a cambiar dentro del bañador fluorescente de palmeras y piñas. Me quemé la pierna

con el tubo de escape de su moto, y la ampolla, morada y circular, me daba vergüenza. La oculté. Tumbada sobre la roca miraba a mi madre aclararse el cabello en la cascada. Quiere salirse por la boca, la nieve, junto con los pelos y los dientes. Formaciones rocosas como campanarios, andando cuesta arriba. Ocre, casi dorado. Un corazón gris que no existe.

¡Nada tiene esto que ver con las cumbres nevadas! Pero está, allá arriba, y no sé si lo veo desde este lado del pueblo pero desde allí sí que podría verme, buscándolo. ✱

Coser y contar

Irene Vallejo

El silencio y el estrépito. Eras sólo una niña. Recuerdas a tu madre, después del trabajo, absorta en sus dos mundos cotidianos: los libros y la costura. Con el dedal o la lectura, todo era sigilo. Otras veces, la casa entera temblaba sacudida por ese tableteo entrañable de la máquina de coser o la de escribir. Siempre, el gesto de concentración. Enhebrar el hilo en el ojo de la aguja, fijar los ojos en las hebras de las líneas. Años después, leerías a Chéjov: «Un escritor, más que escribir, debe bordar sobre el papel» y a Carmen Martín Gaité en *El cuento de nunca acabar*: «Ponerse a contar es como empezar a coser; es ir una puntada detrás de otra, sean vainicas o recuerdos». Trenzando lana o letras, aquellos gestos paralelos anudaban mundos.

En muchas lenguas, *texto*, *textura* y *textil* son palabras que comparten el mismo origen. La metáfora del tejido es constante en la creación verbal: bordamos un discurso, hilvanamos ideas, hilamos palabras, urdimos planes, nos devanamos los sesos, desovillamos enredos, nuestros relatos tienen trama, nudo y desenlace. El nombre de los antiguos bardos de los poemas homéricos —rapsodas— significaba ‘zurcidores de cantos’. En las historias más antiguas de la humanidad encontramos el rastro de remotas tejedoras. La mitología griega cuenta la trágica victoria de Aracne, una mujer que componía maravillosas narraciones sobre las páginas en blanco de la tela. Sus obras eran tan bellas que las ninfas acudían a admirarlas.

Zaragoza, Aragón, 1979. Su libro más reciente es la adaptación gráfica de *El infinito en un junco* (Debate, 2023) con ilustraciones de Tyto Alba.

Orgullosa de su habilidad, desafió a Atenea a un torneo de bordado. La diosa representó en su tapiz a las divinidades olímpicas en toda su majestad; la irreverente Aracne ridiculizó al mismísimo padre Zeus en sus torpes atropellos amorosos: Europa, Dánae y otras. Humillada por el desgarro y la pericia de la joven, Atenea juró venganza y Aracne, aterrada, se ahorcó. Entonces la diosa la transformó en una araña que, terca, extrajo de su propio cuerpo un hilo con el que crear delicadísimos encajes. Siglos después, en *Las mil y una noches*, Sherezade diría: «El mundo es como una tela de araña, detrás de cuya fragilidad está acechándote la nada».

En las culturas tradicionales, los tejidos albergan significados, recuerdos, símbolos, mensajes: son escrituras. Los incas usaban *quipus* —cuerdas con flecos de distintos colores y grosor— para conservar leyes o leyendas. Sus libros estaban redactados con nudos y hebras, en un código que recuerda al de los ábacos. En el siglo XVI, los españoles, inquietos ante unos textos que les resultaban incomprensibles, ordenaron que los *quipus* fueran destruidos. Sólo se han salvado algunos cientos, aún hoy enigmáticos e indescifrables. La conquista erradicó ese originalísimo alfabeto de hilo, un idioma de redes, secuencias y vínculos que parece anticiparse al lenguaje de la programación informática. Del mundo precolombino sí sobrevivió el telar de cintura, que relaciona simbólicamente el acto de tejer con el parto. Se ata como un cordón umbilical a un árbol, y el cuerpo que lo sujeta se mece moviendo la lanzadera mediante contracciones rítmicas. El parto, igual que la creación, necesita gestos de costurera: se corta un cordón, se cosen los desgarros de la madre y el ombligo se convierte en nuestro primer nudo. Como soñó Remedios Varo en su pintura mexicana *Bordando el manto terrestre*, el mundo fue —tal vez— engendrado por mujeres que hablaban y tejían.

Una urdimbre íntima entrelaza tejido, escritura y maternidad. En *La flor de mi secreto*, de Pedro Almodóvar, la cámara retrata a la protagonista, Leo, a través de la máquina de escribir, y su rostro se adivina tras la celosía de las teclas. Después de un intento de suicidio, la novelista regresa a su pueblo natal para recuperar la salud. Arropada por su madre, su cuerpo frágil se dibuja detrás de un visillo con calados. Poco a poco, siente renacer su alegría y su deseo de escribir, sentada en la solana con las vecinas, escuchando sus anécdotas y cantos, mientras sus manos expertas se afanan en el encaje y resuena el traqueteo musical de los bolillos. La algarabía de ese tapiz de hebras y palabras le devuelve a la vida. En la costura, como en la escritura, no hay que dar puntadas sin hilo. ✦

Ildefonso Rodríguez

LA CANCIÓN DEL POZO PI

era la intención cantar
la canción del Pozo Pi
así y no como si
en la pista de baile alguien enhebrase una aguja
después buscarse la misma aguja perdida
entre las pisadas los ochos la pista no
el baile resbaladizo

no como si
no allá arriba allá abajo
abajo no hay más comos ni más síes
hay la afirmación violenta de unas premoniciones
antes fueron recuerdos
¿lo tomas? ¿lo dejas?

no es fantasma convocado ni estanque con flores de loto
nenúfares no son
y podrían ser demonios a la pálida luz del círculo
un ansia y un picor como cuando un demonio se te acerca
espigar en la pista y ver en lo alto
chorros de una energía que fue estela en otros bailes
haces turbulencias
lo llaman «una vez sucedió»
y también «todo esto sucederá»

es como si
naciera una estrella en el fondo del pozo negro

León, España, 1952. Estos poemas son inéditos y pertenecen al libro *Enbandada*, de próxima publicación en Varasek Ediciones.

el fluir torrencial de un río que tú y yo sabemos
mientras la pálida luz esa se nos aparece
cara oculta de la luna

y preguntarse entonces:
¿quién no se vio alguna vez allí reflejado
como si...?

CON LA TÉCNICA DEL ROCÍO

mirar de cerca mirar de lejos oír
el muelle del colchón en el oído de la almohada
tocar sólo
música de siluetas

aquí allá
donde fui triste y contento
pació un dinosaurio

hoy vimos el polvo del camino más blanco
que nunca vimos: porcelana china pulverizada

*(el camino más blanco: yo vi ese camino, es lunar, lo hemos visto muchos
aquí en la Tierra, conducía siempre hacia alguna forma de felicidad)*

aporte de más datos
más siluetas: en el campanario suena la hora
la una
suena el tiempo con la primera campanada
da un toque común

había en la cocina un vaso triste
opaco nublado sin su transparencia natural

*(también un retrato: el nombre de aquella que tuvo su nombre hoy ya es «la
recordada a distancia»)*

ahí están al sol
los animales pensativos

todavía quiero andar
con grandes zancadas

YA VOLVIÓ EL DÍA DE HABLAR SOLO

los pocos —dice mi visitante— que soplamos el vidrio de las ilusiones y bebemos agua con sabor a caño, esto venimos a decirte:

mira
sal al patio
escucha
y vuelve aquello
con la decisión mañanera que ha de tomar el despierto
cuando del sueño viene un dicho feroz: el ala te ata
y otro responde: ¿hay vida en las fotografías?

fue abrir y cerrar cajones en la casa ajena
en la mesilla de noche: imperdibles y pomadas

antes en un prado más allá de la corriente temporal
de un hilo cuelgan allí las almas
son cinco y un hada airosa
les da otro respiro

en la isla del fragor la niña recogía flores hacía un ramito
se lo ofrecería a la desconocida: era su saludo

dos nubes pasaron sobre nosotros eran las nubes venenosas
gas azul y gas amarillo
pasaron sobre las almas colgadas del hilo
pero estaban el hada el ramito de flores la niña
el veneno no entró en nosotros cinco

y aquí seguimos
sonrisas y piel y palabras que sonaron de pronto todas como
nuevas

(después volvió la visitante, la desconocida con su cara de espejo —Maya Deren: Meshes of the Afternoon— y aquel aviso del sueño)

CIELOS DE AGOSTO

en lo tocante a la naturaleza del deseo en los nacidos en el año 1952
como un canto de cadenas sumergidas en aguas eléctricas
y la estatua viva en el malecón del puerto se está sacando del pie una
[espina
sólo la ven los que andan con prisa ¿hacia dónde? hacia atrás
andan de espaldas otros hacen el pino

comencemos de nuevo:
sólo los sólidos rompehielos surcan esas aguas
como el amigo de las fiestas barridas cuando se sujeta la mandíbula al
hablar su lengua materna mientras pule superficies
otros van pisando cristales y materias más pulidas en la fiesta de los
caducos

y todavía
todavía alguien escribe versos reúne lo disperso hechos + imágenes
(una nueva figura entra en escena. el inconfundible inglés que bajó del ferry —lo vimos entrar en la bahía, ahí viene el ferry de Inglaterra— y se nos cruza con gorro de lana en pleno verano flotando en la chaqueta, desdentado, hablando solo)

hablando solo
sólo los sólidos
y aquí se apagó el espejo ✖

Fredrikstadund

Gonzalo Calcedo

Cecilia era archimillonaria desde pequeña. En el colegio había fingido la riqueza de una forma tan plausible que incluso los profesores sucumbieron a su cuerno de la abundancia. Ya en el instituto, su increíble capital de acciones bancarias y patentes químicas mostró una desvergüenza propia de la edad. El inconveniente para tanta prosperidad fue que había verdaderos ricos en clase y ninguno se había rozado con ella ni su familia: no había noticias fidedignas de Cecilia en los ámbitos donde el dinero fluía como un manantial. La acusaron de mentirosa y Cecilia se inventó un principado nórdico donde la fortuna de su familia levantaba rasca-cielos y enarbolaba estandartes. Durante una clase de geografía no pudo señalarlo con el dedo en un mapa —tampoco escribir correctamente su complicado nombre, Fredrikstadund— y la humillación le ensombreció el rostro camino de su pupitre.

Apenas atisbó las agujas de la universidad desde un autobús y acabó de cajera de un supermercado donde, tras el saludo de rigor, no tenía la obligación de levantar la mirada de la cinta transportadora. Los baratos productos que discurrían por sus manos —era un supermercado de la periferia— le herían la piel como cuchillas de afeitar. Ni con botes y botes de crema podía evitar su aspereza. Por las noches, en la soledad de su cuarto de la pensión Esmeralda (el nombre de su aguileña propietaria), pensaba que aquellas rojeces se debían a las mentiras acumuladas y al desprecio que había sentido hacia sus padres, obviamente ignorantes y pobres.

Ellos llevaban ya un tiempo muertos cuando casualmente se alojó en el establecimiento un joven jardinero —la provisionalidad era el marchamo de muchos, un tatuaje que no podían ocultar—. Tenía la piel intrigan-temente oscura, hablaba en susurros. Un espectro emparentado con las

Palencia, Castilla y León, 1961. Su libro más reciente es *Una historia de agua* (Traspiés, 2022).

estrecheces de Cecilia. Ganaba poco dinero —su destreza con los esquejes aún no se había propagado por las mansiones de las colinas— y precisaba ahorrar; por lo visto tenía una mujer y dos hijos en algún país lejano, al otro lado del océano. Cecilia lo observaba como si fuese un juego de sombras chinescas. En general, las estancias estaban habitadas por transeúntes nada comunicativos. Joao —ese era su nombre— acostumbraba a rezar una letanía ininteligible. Convencida de que sus oraciones eran invocaciones rituales, Cecilia tomó la costumbre de colarse en su cuarto a hurtadillas por el bien de todos. Nunca encontró nada desagradable o extraño: ni sangre de animales en cuencos tibetanos ni hediondos amuletos. Cuando en una ocasión lo sorprendió arrodillado junto a la cama, su desnudez la golpeó como un mazo. Se tapó la boca y pidió disculpas por entrar sin llamar. Era domingo y creía haberle oído marcharse muy pronto.

—Sólo quería ventilar. La señora Esmeralda apenas ventila y yo soy... soy una maniática del aire —se le ocurrió añadir, y él sonrió con la delicadeza de una flor necesitada de ese aire y asintió cubriendo su desnudez con un calzón y una camiseta descolorida.

Había preparado té en su hornillo —no solía vérselo mucho por la cocina compartida— y le ofreció a Cecilia probarlo. Ella cobijó la taza entre las manos.

—Es una taza muy bonita —le dijo para congraciarse; tazas como aquella las regalaban con el detergente—. Quiero decir que parece antigua.

—Herencia de mi abuela —recordó él descalzo; disfrutaba contándose a su visita—. Siempre quiso que la conservase. La llevo a todas partes envuelta en trapos.

—Son muchas molestias.

—Me sirve de homenaje. Y de talismán.

Para Cecilia, aquellos bisbiseos que escuchaba concentrada confirmaban sus sospechas: Joao era raro.

—Cada vez que la lleno con té o café, el calor le devuelve la vida a mi abuela. Así el recuerdo perdura.

—Si estuviese fría no sería lo mismo, claro.

Probó el té meditabunda.

—Me refiero a cuando en verano la uses para tomar refrescos.

—Entonces mi abuela descansa.

—Vaya, no lo había pensado.

A la Cecilia rica del pasado le habría dado un ataque de risa, pero la actual era un ser marchito, ya sin vanidad. Asintió con una facilidad pasmosa.

Estaba perdiendo el tiempo con un jardinero. ¿Qué era un jardinero? ¿Un campesino? ¿Un labriego contratado por terratenientes? ¿Acaso ella no aspiraba, como mínimo, a un capataz? No había cumplido los treinta y aún fantaseaba con darse de bruces con un heredero generoso y enamorado que la sacase en volandas del supermercado.

—Tiene su lógica —añadió complaciente.

Joao tomaba el té en un vaso de la pensión —todos ambarinos y mates por los fregados—, atento a lo que Cecilia decía. Cierta comunión surgió entre ellos, fingidos los renglones que ella leía. El cuarto olía a hierba recién cortada, a estío fermentado. Había briznas de césped en la alfombra. A Cecilia se le ocurrió pedirle a Joao que echase un vistazo a su maceta como si fuese una mascota que cojea. Él asintió hospitalario.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué le pasa? Buena pregunta. Por más que la riego no parece que ponga mucho empeño en vivir.

—Suele ser la tierra. Luego la orientación. Al sol, me refiero. No todas las plantas son iguales.

—Como las personas.

—Exactamente. El riego no siempre es generosidad por nuestra parte.

—Muerte por ahogamiento, entonces. —Ella quiso ser graciosa.

Él recogió su taza (Cecilia tuvo la sensación de que se la arrebatada de las manos, quizás contrariado) y dijo que la lavaría después en el lavabito incrustado en una esquina azulejada, idéntico al de su alcoba; la escobilla de plástico colgaba del grifo por una rafia de liar sacos de humus. Ahora tenía cosas que hacer.

—¿Es verdad que guardas sacos de tierra en el armario? ¿Que han aparecido lombrices por ahí?

—No es verdad. —Joao quedó arrinconado contra aquel lavabo carcelario.

—Es domingo. ¿No podemos seguir charlando? —apremió ella.

—Tengo trabajo.

—¿Un domingo? —hizo hincapié. Distraída, jugaba a descubrir el estiércol que ensuciaría aquel vergel e irritaría a la señora Esmeralda.

—Sí. Temprano.

—A mí también me gusta madrugar. El aire está más limpio a primeras horas.

—¿Por eso ventilas?

—Sí, por eso. —Más allá de la mentira urdida sin convicción, no había nada profundo en ello—. ¿No puedo acompañarte?

—Es mejor que vaya solo. Te aburrirías.

En la pensión todos dormían, media docena de almas en su purgatorio más el alma de Joao y la suya. Papel pintado y corbatas de viajeros sumados a la jardinería más ancestral, a la pericia de una cajera atrapando al vuelo las naranjas escapadas de su bolsa. A Cecilia se le cayó el alma a los pies. Aquel engrdeído disfrazado de profeta estaba rechazándola. Ni siquiera abierta de piernas como un compás le habría engañado.

—Como quieras —le dijo resignada. No volvería a molestarse en ventilar aquel cuartucho, el más lóbrego de la pensión. Además, Joao desaparecería con el cambio de estación. Cómo iba a salir ella de la pobreza liándose con un jardinero.

—Puedes acompañarme si quieres —cambió él de opinión y Cecilia, estremecida, se sintió deshojada: se imaginó descalza, hollando los jardines de Babel de una familia pudiente. Pronunció sin equivocarse:

—Fredrikstadund.

—¿Qué has dicho? No te he entendido. ¿Es un lugar? ¿Un nombre?

—Una bobada. ¿Tienen piscina?

Él dudo. Finalmente dijo:

—Hay un lago. Un pequeño lago alpino.

—Creo que voy a ponerme algo cómodo y elegante. Dame un minuto.

La furgoneta de Joao estaba repintada a mano, un pastiche que contrastaba con el rosa chicle del vestido de Cecilia. Antes de oler a floristería había transportado material de ferretería; algunas herramientas habían dejado su perfil impreso en forma de roña sobre la chapa del suelo: aquí unos alicates descoyuntados, allá un martillo cabezón, en medio un charco de puntas deshechas barrido con desgana. Algo rupestre. Mecánicamente, el vehículo estaba en las últimas. Joao no podía permitirse nada mejor hasta que la próxima primavera reverdeciese sus encargos. Una amiga que se ganaba la vida haciendo retratos rápidos en el parque, había esbozado en los costados un campo de flores con el nombre de Joao colgado del cielo. Quedaba bonito, soñador. Una aguadilla por la baja calidad de las tinturas.

Al volver la vista atrás, Cecilia descubrió al fondo una pantalla de plantas y flores en sus macetas. La corriente agitaba los envoltorios de celofán.

—¿Son todas para esa casa?

—Sí, todas...

Él la dejaba hablar. Su aniñado entusiasmo le hacía sonreír en cada maniobra. Abandonaban ya el suburbio, la ciudad dormida a sus espaldas un manto de bostezos. Un sol reservado, cobarde, entibiecía la mañana de

noviembre. Le costaba elevarse sobre los tejados e ignoraba la magnitud del vestido de Cecilia, tres meses de propinas ahorradas. Cecilia fue fijándose en las nobles verjas, en los esbeltos pilares que sostenían algunos porches altivos, dignos de una saga familiar. La tierra prometida se materializaba discreta y callada a su paso. Cuando dejaron atrás las marinas ondulaciones de un campo de golf, creyó estar en brazos de un destino evocador. Al llegar a un cruce, Joao orilló la furgoneta en el arcén engravado para sacar un papel de la guantera. Era una lista con números y nombres.

—¿Qué es?

—Trabajo —dijo él.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, luego. Tal vez.

—¿Luego?

—Eso he dicho. Tenemos que continuar.

Que antes de llegar a la mansión con el lago alpino tomasen el acceso de un cementerio, enrareció el aire de la camioneta; no bastaba con el perfume floral para que Cecilia olvidase la miseria del barrio del que habían partido. Aunque sus muertos yacían apretados a miles de kilómetros de allí, dio por supuesto que Joao quería rezar en alguna tumba conocida, tal vez un familiar fallecido lejos del terruño. Adoptó un aire compungido para acompañar sus sentimientos. Un guardián que dormitaba en la garita se llevó la mano a la visera de la gorra para saludar. Conocía el vehículo. La barrera se elevó apuntando al cielo como un dedo: el camino que debían seguir todos aquellos que no habían pecado. La furgoneta rodó exánime, a punto de detenerse, por la avenida principal. Cecilia llevaba un tiempo conteniendo el aliento. Hasta donde alcanzaba la vista sólo se veían tumbas y mausoleos, riqueza y pobreza reproducidas más allá del presente. La eternidad del contraste, de la discriminación. Cuando se detuvieron, le dijo maltrecha —el asiento era muy incómodo— que no le apetecía apearse.

—Es mejor que reces tú solo.

Joao asintió, pero su afable expresión no fue la de antes. Abrió el portón trasero y se alejó con unas cuantas macetas y ramos de flores abrazados. Llevaba la lista entre los dientes. ¿Por qué caminaba tan deprisa si iba a rezar? ¿No quería a sus muertos?

Cecilia lo vio acercarse a una tumba y acondicionar junto a la lápida unos coloridos manojos. Hizo lo mismo en otra tumba un poco más alejada. De vez en cuando consultaba la lista y cartografiaba mentalmente las

tumbas para ahorrarse desplazamientos inútiles. Si se quedaba sin flores para las siguientes lápidas, volvía a la furgoneta por más, resollando por la actividad. Cecilia no le preguntó nada a un Joao mordiente y sudoroso, los poros del cutis pinchazos de alfiler. Al cabo de una hora, apenas quedaba un lecho de hojas sueltas salpicado de pétalos sobre el piso agujereado de la camioneta. Joao cerró el portón y se sentó al volante. Estudió la lista. Había tachado nombres y números con una equis. Se había quedado corto, dijo.

—Tuve que repartir los últimos ramos.

¿Eso era todo? Cecilia se sintió tan estafada como los muertos que se habían dividido las flores. No había tal mansión, sólo difuntos. La realidad acababa de propinarle una bofetada. Ni siquiera miró por la ventanilla cuando Joao señaló el lejano lago.

—Los patos pasan aquí el invierno.

Le explicó que algunos familiares sin tiempo le contrataban para llevar las flores; sus seres queridos sin duda agradecían aquella frescura junto a los nombres y fechas que los rememoraban: la dureza inmutable del mármol grabado en contraste con el artificio de las flores de vivero.

—Es algo asqueroso —respondió ella desencantada.

—¿El qué? ¿Rezar? ¿Morirse?

—Todo. Quiero volver a casa.

No era su casa, claro, pero lo sintió así.

De vuelta al piso, un hombre macilento y aquejado de resaca se deslizó ante ellos a medio vestir, como si se arrastrara sobre charcos. Fue a vomitar encorvado al lavabo. Tras esquivar la mochila que el peregrino había dejado en el pasillo —olía a diésel, como si hubiera viajado en el remolque de un camión— Cecilia decidió encerrarse en su cuarto. Lloraría el resto del día.

—¿Quieres que le eche un vistazo a tu maceta? —Esta vez fue Joao quien invadió su torreón.

Cecilia no tuvo fuerzas para negarse. Las lágrimas asomaban vírgenes, desconcertantes; él le puso una mano en el hombro desnudo, le subió el tirante e hizo amago de apartarle el cabello del rostro. No se atrevió a más. Se levantó sigiloso, fue hasta la ventana, la abrió; a juzgar por la fragancia que entraba, la primavera viajaba con él. Cecilia reconoció el ruido que hacía el tiesto al ser movido sobre el sucio alféizar.

—*Pelargonium peltatum* —dijo Joao como si recitase en una lengua antigua, y a ella le pareció que hablaba de amor. ■

y que nuestros días transcurren aún de forma más o menos apacible, y que esta cervecita en nuestra mano está riquísima, y que su amargo frescor nos lleva lejos de todo lo demás? Peter, tío, ¡déjate invitar a una última ronda! ¡Otra ronda, como diría el otro! Sí, *we are going to lose everything* pero no esta tarde de agosto que ahora se nos entrega en mayo, hace no tanto enero era enero y agosto aún agosto, pero esta tarde

esta mierda que soy aún está viva

La cita de Peter Kalmus procede de su entrevista con Ian Tucker: «As a species, we're on autopilot, not making the right decisions», *The Guardian*, 21 de mayo de 2022.

lo primero es antes: el actor José Sacristán ha evocado en varias ocasiones cómo el tío Tomás, un viejo sabio y analfabeto de su pueblo, solía decir: «lo primero es antes». Pero nuestras sociedades, muy desorientadas, no son capaces de priorizar lo más importante... ¡No vemos que lo primero es antes!

hace no tanto enero era enero y agosto aún agosto: en plena ola de calor de junio de 2022, el antropólogo francés Sylvain Perdigon recordaba cómo en 2014 una «mujer del tiempo» de la televisión francesa presentó el pronóstico meteorológico para el 18 de agosto de 2050 como parte de una campaña para alertar sobre la realidad del cambio climático. Ahora su pronóstico de temperaturas extremas para ese día lejano se había convertido en el pronóstico real para mediados de junio de 2022.¹

En lo que se refiere a la crisis ecosocial y la tragedia climática, todo está yendo sistemáticamente *worse than expected*, como nos suele recordar Ferran Puig Vilar. Por ejemplo, los daños que las y los climatólogos esperaban se hicieran visibles sólo a mediados del siglo XXI ya están aquí con nosotros.

KUNINGI

Hay quien sugiere hablar de *policrisis* para contar lo que nos va pasando. La palabra se queda corta si pensamos que se barajan diversas proporciones de genocidio, antropocidio y ecocidio. En Sudáfrica han elegido *kuningi* como palabra del año 23: es lo que ocurre cuando varios sucesos agobiantes se dan en paralelo. Nos aplana un *kuningi* aterrador, nos paraliza como al erizo deslumbrado por las luces del coche un instante antes de morir aplastado

56 guerras activas (entre ellas Ucrania y el genocidio en curso en Gaza), y el año en que quizá empujamos el clima de la Tierra fuera de quicio. Así acaba 2023.

INVENTAR LAS PALABRAS DEL INFIERNO

Según cierta leyenda japonesa cuando no se logra dormir y es la noche enemiga eso sucede porque estamos despiertos dentro del sueño de otro

En la segunda ola de calor del verano del 22 las mínimas nocturnas en algunos lugares del país no bajan de 32 grados —¿quién duerme así? Se trata de «una nueva categoría de noches infernales para las que no tiene aún nombre oficial la meteorología» —informa nuestra prensa

Despiertos dentro del sueño ¿de qué monstruo?
¿Lo nombraremos quizá
con aquella vieja palabra necesaria:
capitalismo?

¹ Tuit del 15 de junio de 2022: <https://twitter.com/sylvaindarwish/status/1537181101357256704>

¿Ese ser infernal cuyo desgastado cuerpo construimos
amontonando todos nuestros cuerpos
insomnes?

La noticia de prensa que se menciona en el poema se publicó el 12 de julio de 2022, con este título: «La ola de calor entra en su fase crítica con aviso rojo en Galicia por máximas de 42°C».

PUNTOS DE REFERENCIA CAMBIANTES

Para Isaías Griñolo, a cuyo trabajo debemos tanto

¿Qué fuimos?

—¿Qué diablos significa *shifting baselines*?

¿En qué nos hemos convertido?

—Pero por favor ¿qué son los
puntos de referencia cambiantes?

¿Qué vamos a ser?

—Se lo pregunto ya por última vez, me han dicho
que es usted psicólogo social:
con eso de las *shifting baselines* ¿qué?

¿Qué hacemos con los cuerpos

vivos

y con los cuerpos muertos?

—Aparte el exterminio ¿se nos ocurre
alguna otra forma de resolver
contradicciones?

QUEMARNOS LOS DEDOS

Recuperar
unas gafas redondas de pasta
de intelectual de los años treinta
(¡las he buscado tanto!)

Cambiar las viejas lentes: uno sueña
con cierta hipermetropía desgastada
hacia el retrofuturo:

la sublevación fascista ha sido sofocada
el 22 de julio del 36, Mussolini cae
dos años más tarde...
El Nobel a Juan Ramón Jiménez engrandece
la cultura de la Segunda República en el 46;
en ese año brillante el dramaturgo más representado
en España es el vivaz Federico, Max Aub es quien viene
en segundo lugar. Hitler fue derrocado en septiembre
del 39 tras intentar
una guerra en Europa. Los consejos
de consejos que han triunfado
en varios países avanzan
hacia una confederación comunista libertaria. Rojas auroras
en amplios ventanales, copia de luchadores incansables—

—Limpia esas lentes, me dicen
amigos y enemigos. No te intoxiques con el palpito
del mundo. No confundas el fósforo del hueso
con la fosforescencia de la poesía. Estás equivocando
el efímero resplandor de una cerilla
con la hoguera soñada

y te quemas los dedos

y te abrasas los dedos engañados

En julio de 2024, el encuentro anual de Voces del Extremo en Moguer convocó a casi 140 poetas bajo el lema: Poesía y resonancia

1

Como quien se pone a barrer despacio y con rigor
el pedacito de acera delante de su puerta
trabajar hacia la buena sociedad

que no veremos

2

Es bastante sencillo:
no se prestó atención
(lo cual también implica:
en el amor fallamos)

no se prestó atención y ahora corresponde
la tarea infecunda de morir

3

Venimos del azul
y a él regresamos
aclara el pueblo mapuche
desde Abya Yala

4

Antever
desde atrás
desde lo hondo
desde el día dentro de la noche

los bosques de mañana

5

Mientras nos quede aliento
seguir alentando
escribe Van Gogh al señor Émile Bernard
desde la muy hermosa ciudad de Arlés
en junio de 1888 ✦

Mientras nos quede aliento seguir alentando. En el original francés la frase es aún más rotunda: «Le fait est que nous sommes des peintres dans la vie réelle et qu'il s'agit de souffler de son souffle tant qu'on a le souffle».

Allá mi otro

Carola Aikin

No sé si alguna vez lograré sacarme de la cabeza esa habitación de hospital que yo llamaba *suite*, porque lo había leído en alguna parte, *suite de l'existence*, no recuerdo dónde, pero lo escribí en mi cuaderno junto a otras palabras. Qué suerte tener aquellos ventanales, las vistas a la plaza inmensa que explotaba en ruidos, vehículos y acontecimientos. Así era incluso de noche. De ella nacían dos avenidas y, mirando, mirando, me parecía que se juntaban en una sola, y a lo lejos divisaba una torre alta de pisos. Yo juraría conocer uno de ellos, como si hubiese vivido allí, aunque por algún motivo pensaba que exigiría mucho esfuerzo recordarlo y prefería perderme en la confusión de personas y coches, luces... Sin embargo, a veces el teléfono interrumpía la actividad visual desorbitada. Sí, a veces sonaba el teléfono y era él, y yo entonces miraba allá, a la torre, a la diminuta ventana y le respondía: casi casi puedo verte, pero no tocarte, oler-te... Yo aún sigo aquí, en esta *suite de l'existence*. ¿Cómo dices?, bromeaba él, ¿la suite de qué? Hacía como que no había comprendido, pero sólo era una pose. ¿Sigues enferma? ¡Qué pregunta idiota! ¡Pues claro que sí! No te enfades. Tampoco es fácil entenderlo.

Una tarde aconteció algo extraordinario. Era domingo. De pronto cesaron los ruidos. Todo paró menos el piar de los pájaros, los juegos de las urracas, el arrullo de las palomas.

Sucedió muy rápido. Mis ojos buscaron esa torre, mis alas tomaron el vuelo, y llegué. Me tumbé a tu lado. Dormías. Dormías y pude acoplarme dentro de ti. Completarme. Completarte. Vivos. Vivos los dos, allá que también era acá, y donde se es uno y otro. ✦

Madrid, 1961. Su último libro de cuentos es *Las primaveras de Verónica* (Páginas de Espuma, 2018).

Antonio Méndez Rubio

sombra al habla
al lado del manzano
donde vio entonces
lo que refleja su cuerpo
que crecía sin raíz
que había dejado atrás
la ley

*

La humillación apacigua como nada el mundo. Lo vuelve mundo. Coloca cada sol en su nuevo día. Cada casa en su exactitud. Hace de umbral.

*

—Mira más nubes tú.
—¿Puedo buscar magnolias?
—*Deja que pase...*
—Pues dame lo que quieras mientras no sean palabras.
—¿Por?
—Lo que sea menos eso...

*

En el fondo / del fondo de lo / más real / que lo real / vive apenas un solo / deseo de que lo / sea. ✱

Fuente del Arco, Extremadura, 1967. Su libro de poesía más reciente es *CLIC seguido de excepto* (Olifante, 2024).

24 Praga, sus campanas, sus enigmas, y Kafka Clara Janés

Praga es la luz del ocaso cruzando los altos árboles de la orilla del río Moldava y una bandada de pájaros posándose en sus ramas para quedar inmóviles mientras cae la hora. El agua avanza apacible por su cauce y se ramifica siguiendo el canal, el čertovka, donde se halla un molino de madera, redondo y firme como un corazón o centro de un espacio mágico. El espacio es la isla de Kampa, y a ambas orillas del río se distribuye la ciudad, de un lado el Castillo, los jardines de Wallenshtein, los barrios de Malá Straná, Břevnov y Smichov, y del otro, el casco antiguo, Vyšehrad, Vynohradý... siglos de historia desde que la reina Libuše, a principios del séptimo, fundara la ciudad dejándose guiar por su caballo. Los de su dinastía, los Přemislidas, levantaron la fortaleza, convertida luego en residencia real, con dos iglesias, restauradas por Carlos IV, que añadió otra, gótica, destruida por los seguidores de Jan Hus.

Barcelona, Cataluña, 1940. Uno de sus libros más recientes es *Guardar la casa y cerrar la boca* (Siruela, 2015).

Praga es un atardecer en Kampa y también un ir y venir entre las dos casas donde vivió el poeta Holan, una tormenta súbita que azota las rosas rojas de su terraza, su voz nacida de la entraña de la tierra diciendo: «cerrad la puerta, para que no entre el rayo», y la conciencia del río que está al otro lado de las rosas, bajo ese Puente de Carlos ante cada una de cuyas estatuas se detuvo él una noche de nieve y ebriedad, para deshacer el trayecto y regresar, y, acaso, ofrecer un vaso de vino a su ángel de la guarda, reunirse con el espectro de Hamlet o permitir que la mano escribiera este verso: «Ya nada presentimos / y luego nos quedamos asombrados», sorprendente en quien llevaba tantos años encerrado, aislado, morador solitario de la noche.

A través de los poemas de Holan se conoce la Praga más enigmática, la que se abre paso entre las sombras inquietantes de los faroles de gas, sube la calle Neruda o las escaleras hasta la colina, y vuela desde lo alto extendiéndose en las cien torres. A altas horas, la ciudad es una capa de silencio sobre las piedras del antiguo cementerio judío, los recortados perfiles de las sinagogas, la solemne forma del Teatro Nacional o las calles Bartolomejka, Karlová o Celetná, con sus casas góticas remodeladas al estilo barroco, por donde pasaba el cortejo de coronación de los reyes de Bohemia en la antigüedad.

No muy lejos, justo en la esquina de las calles Maslová y Kaprová, nació Kafka. Los judíos se hallaban en Praga desde el siglo x y se habían anclado cerca de la Torre de la Pólvora. Allí, en 1270, fue construida la sinagoga más antigua de Europa. Kafka, ya maduro, paseaba por estos lugares deseando cambiar de casa, porque buscaba tranquilidad «para escribir».

Escribir, terrible obsesión. Toda Praga ha sido escrita de punta a punta por sus poetas, a parte de Holan, Seifert, Nezval, Orten... Hermosos poemas nos dejó Nezval sobre esa ciudad que ve «con los dedos de deshollinadores de Nuestra Señora de Loreto / con los dedos de los rododendros y las fuentes de la cabeza del pavo real / con los dedos cortados por la lluvia y la iglesia de Tyn con el guante del crepúsculo».

Ciudad a la que dedicó también un ondeante poema sobre sus campanas:

Las campanas de Praga te hacen señas con la mano para que
abandone tus armarios
Las campanas de Praga te hacen señas con la mano para que bajes a
[las calles
Donde me pierdo y busco compañera

Las campanas de Praga escoltan tu entierro
En mi corazón que ya no espera a nadie
Las campanas de Praga me guían a lo largo de tendidas trampas
Las campanas de Praga os están llamando a todas
Estáis en mi corazón aunque ignore vuestro nombre
Las campanas de Praga llaman a todos los ojos de los gatos que seguí
Y por los que crucé el umbral
Donde hace siempre muecas aquel ciego jorobado
Las campanas de Praga llaman a todos mis amigos
Las campanas de Praga llaman a todos mis recuerdos
Las campanas de Praga llaman a aquel tiempo en que la muerte no era
[un mal

Las campanas de Praga llaman a todos los puños
A todos los puños para que golpeen los cristales milagrosos

Las campanas de Praga llaman a todas las monjas
Para que enseñen sus rodillas blancas apartadas del amor
Las campanas de Praga llaman a todas las pecadoras
Bajo cuyas ventanas pasan los sonámbulos
Las campanas de Praga llaman a todos los niños
A todos los niños para que juntos manifiesten su porque
Sobre las estrellas o sobre el ruiseñor
Sobre una cosa horrible que parece un lecho de plumas
Las campanas de Praga llaman a todos los locos melancólicos
Las campanas de Praga llaman a todas las estrellas que vierte
una noche entristecida

En la iglesia de San Jakub o en cualquier otra, se pueden oír conciertos. Y es agradable, sobre todo, oír música de Mozart en la Villa Bertramka donde el compositor vivió varias veces como huésped y compuso, en el clavecín blanco con incrustaciones doradas que todavía se conserva, intensas obras.

Mozart inspiró al Nobel Seifert uno de sus ciclos poéticos más hermosos, donde dijo de su muerte: «Así sabe morir tan sólo el pájaro / cae en picado sobre el rocío de la hierba».

Seifert nació en un barrio obrero de la ciudad, en Žižkov, pero en sus últimos años vivía en Břevnov, en un espacio ordenado, lleno de cosas bien colocadas, amplios ventanales por los que se veían grandes árboles intensamente verdes, y él con sus ojos claros y con una gran afabilidad. Sí, aunque era amigo de Holan, él vivía de día.

De Holan dijo que «tiraba con desprecio sus poemas / como trozos de carne ensangrentada. / Pero los pájaros tenían miedo».

Los pájaros, en cambio, nunca temieron al poeta Jiří Orten, que murió el día en que cumplía veintidós años, al no ser admitido, por judío, en ningún hospital de la Praga bajo los nazis. Él dejó en sus diarios el estremecedor retrato de la Praga ocupada. Sus restos yacen rodeados de frondosos árboles poblados de aves. Toda la obra de Orten es una elegía y un canto al amor.

Pero Praga son también las cervecerías frecuentadas por Hašek y Hrabal, y el recuerdo de Hrabal que, sin conocerme, a una pregunta mía —público anónimo de una conferencia— me contó mi propia historia: mi encuentro con Holan y mi estudio de la lengua checa para traducir sus versos. Así pasa uno a formar parte de las sombras de esa Praga llena de fantasmas, como escribió Gustav Meyrink; así puede uno hallarse leyendo cierto artículo en una de sus bibliotecas y acercársele un desconocido con esta pregunta: «¿Es usted la que mandaba al poeta de Kampa rosas rojas el día de su santo?». Quien lanzaba esta pregunta había vivido cerca de la casa de Einstein, quien dio en la ciudad un hermoso concierto de violín, además de encontrar un día a Kafka en el Café París, y aún lo recordaba.

Otra aparición extraordinaria fue el misterioso hermano de Jiří Orten, Ota, que me contó mínimos detalles sobre el carácter de de Jiří, y con el que mantuve contacto hasta que desapareció.

Kafka vivió, sí, en Praga y Praga absorbió la forma en que sus ojos la vieron, de modo que ahora el que va a esa ciudad ve una ciudad fundamentalmente kafkiana. El ya mencionado Gustav Meyrink, escritor vienes y amigo suyo, dijo que ninguna otra urbe atrae al hombre de modo tan enigmático como Praga. Y así, entre lo laberíntico y lo enigmático, se alza la que el autor de *El proceso* y *El castillo* llamó «mamaíta» porque la amaba pero necesitaba también desligarse de ella. Judío de lengua alemana, rebelde en un mundo eslavo, se sentía en él, en parte, como forastero y, en parte, como hijo legítimo, una situación inquietante que se identifica con los rasgos de la ciudad que fue testigo de su vida.

Kafka nació en la esquina de las calles Maslová y Kaprová, en pleno barrio antiguo, muy cerca del ayuntamiento. En una casa gótica a la que se añadió en 1364 una torre cuadrangular y, a principios del siglo xv, se dotó de ese portentoso reloj astronómico que todavía funciona.

Sin duda, de niño, Kafka se admiró de este reloj, su juego de figuras, su esfera y su calendario. Asombrado vio aparecer el esqueleto que tira de la cuerda de una campana y el desfile de los apóstoles que acompaña los

toques, rematado por el cacarear de un gallo que asoma por una ventana en el momento de dar la hora, y observó también los movimientos del Sol, la Luna y el zodíaco medidos por la esfera circular que hay en su parte media. El futuro escritor se fijaría igualmente en la puerta y la ventana de estilo gótico flamígero con las que se renovó el edificio entre 1470 y 1480 por obra de Matej Rejsek, autor de la Torre de la Pólvora, ese lugar que sería luego el de su cita diaria con Max Brod.

En sus paseos, acompañado por Max Brod o por otros amigos, Kafka recorrería la ciudad antigua, el barrio judío y, cruzando uno de los puentes, emprendería el ascenso hacia el castillo, el Hradčany. Los judíos, que se hallaban en Praga desde el siglo x, se habían anclado precisamente cerca de la Torre de la Pólvora donde pronto un mercader, interesante por sus precios y productos, hizo que a su alrededor aumentaran las casas hasta formar un conjunto rodeado de murallas en torno a la sinagoga. Junto a la «vieja-nueva» sinagoga, la más antigua de Europa, que fue construida en 1270 en estilo gótico primitivo; otras sinagogas, la llamada «alta», la de Pinkas o la española regían la intensidad de la vida del barrio, que en 1848 se incorporó a la ciudad con el nombre de Josefov, tras concederse a sus habitantes derechos cívicos y políticos.

Por todos estos lugares paseaba Kafka, quien también vivió en la calle Celetná, de casas góticas remodeladas al estilo barroco, por donde pasaba el cortejo de coronación de los reyes de Bohemia en la antigüedad y, cómo no, por el antiguo cementerio, que data del siglo xv, de aquel momento en que se abolió el que existía extramuros y se obligó a los judíos a enterrar sus muertos dentro de la ciudad.

Estas andaduras llevaban a Kafka a duras reflexiones, no necesariamente sobre el viejo cementerio, sino sobre los inmuebles y las mismas callejuelas llenas de edificios a veces sórdidos, como describe en una carta a su novia Felice Bauer en 1914, en los días en que buscaba piso para casarse: «Ya desde la escalera se debate uno contra diversos olores, hay que entrar por la sombría cocina, en un rincón lloran un montón de niños, una ventana enrejada tiene el fulgor del plomo y del vidrio y las cucarachas aguardan le llegada de la noche para salir de sus agujeros. Casi no se puede entender la vida en semejantes pisos más que como el efecto de una maldición».

En 1915 aún seguía buscando piso y escribía: «¡Qué habitaciones he visto ahora también! No hay más remedio que creer que la gente, sin saberlo o adrede, se entierra en la mugre. Al menos aquí es así, se llenan de suciedad,

quiero decir aparadores sobrecargados, alfombras al pie de las ventanas, construcciones de fotografías sobre los escritorios destinados a un uso impropio, cantidades de ropa blanca amontonada dentro de las camas, en los rincones palmeras de las que se ponen en los cafés, todo esto se concibe como un lujo. Pero la verdad es que a mí ninguna de estas cosas me importa nada. Yo sólo quiero una tranquilidad de la que estas gentes no tienen noción. Es muy comprensible, nadie necesita la tranquilidad que yo necesito en el hogar habitualmente para leer, para estudiar, para dormir, para nada de esto necesita nadie la tranquilidad, esa que yo necesito para escribir».

Otro de los lugares donde vivió Kafka, la callejuela del Oro, había sido el lugar, según cuenta la tradición, donde habitaban los alquimistas. Ripellino en su *Praga mágica*, dice: «la explicación histórica no es, sin embargo, menos atractiva que la leyenda, porque nos ofrece la imagen kafkiana de un mundo parasitario en los márgenes de un misterioso Castillo. No es casual que Kafka viviera durante algún tiempo (1916) en un “revoltijo de casuchas” miserables, pegadas la una a la otra. Pero está claro que nadie podrá borrar el vínculo legendario entre los alquimistas y la estrecha calle».

Pero Kafka sigue cambiando de casa. En una ocasión se siente deslumbrado por la magia de la ciudad. Encontró una habitación en la calle Dlouhá, en un quinto piso, con un balcón desde donde veía los tejados y las torres. La Staré Město hasta el Monte San Lorenzo. Entonces anotaba: «sin todo esto soy un ser mísero y oprimido». A pesar de ello continuó buscando sin cesar y dio luego con un sitio más agradable, un palacete en mal estado, el de los Schonborn, en la calle Trziste, lindante con Malá Straná. Alquiló uno de sus pisos más hermosos, desde cuyas ventanas veía las torres del castillo y las agujas de San Vito. Nos hallamos ya en Hradčany, cuyo ascenso no había llevado al escritor, sino, según observa Ripellino, al agrimensor de su novela a «Echar raíces en el mal, en la servidumbre, en los horrores del “laberinto del mundo”».

En ese laberinto del mundo se movió Kafka cuarenta y un años hasta que murió de tuberculosis en Viena, en 1924. Sus restos, sin embargo, están en Praga, en el nuevo cementerio judío situado en la colina de Strašnice. Allí, cubierto de helechos de verde intenso y frescor vital y rodeado de piedrecitas blancas que significan la devoción y compañía de los que creen en él, prosigue acaso sus paseos por el aire, entre las hojas de los castaños y los arcos que rozan delicadamente el cielo de Praga. ✱

Y si Kafka no fuera Kafka...

Juan Pedro Aparicio

«**Prométeme que quemarás todos mis papeles**», le pidió en 1926 Franz Kafka a su albacea testamentario Max Brod.

Justamente lo contrario le pidió cuarenta y cuatro años más tarde Max Brod a su secretaria Esther Hoffe:

«Prométeme que darás a conocer todos mis escritos».

Sabemos que Max Brod no cumplió su promesa, ¿cumplió Esther Hoffe la suya?

Max Brod era un escritor de cierto relieve y era también editor. Los escritos de Kafka tuvieron que pasar necesariamente por su filtro antes de ser publicados. ¿Cómo fue ese filtro? ¿Una mera corrección? ¿O fue algo más?

En 1965, el escritor argentino Jorge Luis Borges, conferenciante en Princeton, fue interpelado por un joven profesor:

«Sorprende, señor Borges, que usted, a quien tanto fascina la identidad individual, no se haya preguntado quién es el verdadero autor de *América, El Castillo, El Proceso*: ¿Max Brod? ¿Franz Kafka? ¿Ambos?».

Tras un incómodo y expectante silencio, esta fue la respuesta del maestro:

«El filósofo de Gotinga, Johan Friedrich Herbart, antes de cumplir los veinte años, había razonado que el yo es inevitablemente infinito, pues el hecho de saberse a sí mismo postula un otro yo que se sabe también a sí mismo, y ese yo postula a su vez otro yo. ¿Kafka? ¿Brod? ¿Ambos? Seamos impiadosos y convengamos que Brodiano carece de la vasta cualidad eufónica que posee el apelativo kafkiano como expresión de lo trágicamente absurdo». ✱

León, Castilla y León, 1941. Su libro más reciente es *El Sueño del Emperador: Episodio nacional del siglo XII* (Eolas Ediciones, 2024).

Juan Domingo Aguilar

Un mal de familia [Selección]

LA PISCINA

Mi padre y yo limpiamos la piscina de su casa
el agua se echó a perder este verano
como nuestra familia hace tiempo,
me pregunta si recuerdo cuando
mi hermana y yo éramos pequeños
y nos bañábamos en la acequia
de mis abuelos con el resto de primos,
miento y le digo que no
para no hablar de ese tema
ni tampoco de por qué siempre
prefirió a mi hermana
incluso cuando me fui más lejos,
el líquido marrón nos moja los pies

Jaén, Andalucía, 1993. Estos poemas pertenecen a *Un mal de familia* (49 Premi Vila de Martorell),
que será publicado pronto en Hiperión.

es una mezcla formada por insectos
hojas y tierra marrón igual
que una familia es una mezcla podrida
pienso, ya montado en el tren
a punto de terminar las vacaciones
mientras veo a mis padres
despidiéndome con la mano
desde los andenes de la estación.
Me duermo y a los pocos minutos sueño
que tengo cinco años y no sé nadar,
sueño que mi abuelo se lanza al agua
para evitar que me ahogue,
entonces me despierto de golpe
preguntándome si mi vida
se resume en esto si puede
que mi vida hoy también
sea sólo esto:
una pequeña piscina
donde me miro y compruebo
a cada instante
si todavía hago pie.

QUÉ LARGO ES MORIR

Qué largo es morir durante toda una vida,
largas las películas, los domingos por la tarde,
las horas extra, tu currículum.
Qué larga la jornada laboral y los estantes del Carrefour,
las retenciones en la A-92 a finales de agosto.
Qué larga la cola del INEM y las comidas familiares,
la cuesta de enero y las noches
desde que te fuiste.
Este poema, tan largo como la aguja
que clavarán en mi piel cuando despierte
en una clínica
y yo sea mi abuelo.

LOVE SONGS ON THE RADIO

Mi padre arregla una radio
 sentado en el porche,
 ajusta las frecuencias para que las emisoras
 estén colocadas en los botones de siempre,
 coloca adhesivos alrededor
 para que el aparato resista otro invierno,
 sabe que agosto en un pueblo del sur significa
 que la canción del verano este año
 como cada año es el canto triste
 de las cigarras y los burros.
 Mi padre me ve a lo lejos
 sentado en la mesa de piedra
 que mis abuelos colocaron junto a la piscina
 cuando mi hermana y yo éramos pequeños,
 algo cruje cuando vuelvo a casa,
 me mira igual de triste que esos animales,
 intenta decir algo pero no lo consigue,
 quiere preguntarme por qué sigo empeñado
 en escribir sobre nuestra familia
 en lugar de buscar un trabajo de verdad
 y una vida de provecho,
 quiere preguntarme
 por qué somos tan parecidos
 y nos cuesta tanto reconocerlo,
 por qué somos incapaces de mantener
 una conversación sin terminar gritando,
 por qué nunca recurro a él
 cuando tengo un problema
 y mi acto reflejo es marcar
 el número de mi madre,
 quiere preguntarme
 pero no lo hace,
 aprieta la radio en silencio
 juntando a la fuerza
 una pieza con otra:
 intenta que las cosas
 no se rompan del todo.

UN COCHE PARA LLEVARTE AL MAR**I**

Cuando era niño y llegaba triste a casa
 mi abuela decía que el remedio
 para cualquier pena era el agua salada:
 sudor decía, agarrando mis manos
 una sopa caliente o llorar por dentro
 hasta convertirnos en un mar,
 para cerrar una herida
 no hace falta hielo decía
 como el pasado sólo necesita
 curarse al viento con un poco de sal.

II

Camina recto, camina recto,
 decía mi abuela.
 Los hombres de esta familia
 se arrodillan sólo
 para sembrar la tierra.

III

Cuando había tormenta
 y nos escondíamos debajo de la cama,
 mi abuela nos convencía
 de que no tuviéramos miedo
 de que la lluvia en verano
 sólo eran las lágrimas
 de los que no habían aprendido
 a llorar a tiempo.

IV

Si tuviera que contar
 las dos cosas que más recuerdo
 de mi infancia en la sierra
 tendría que hablar de mi abuela
 y de los troncos de los olivos.
 De ellos lo aprendí todo:
 Retorcerme. Sufrir.

▼

Vengo de una tierra
donde los hombres tuercen
su espalda en el invierno
y recogen huesos de aceituna
plantados por sus padres.
De una estirpe de mujeres
que nunca vio el mar
pero lo llevaba en sus ojos.
Cada verano vuelvo a casa,
triste recordatorio
de los naufragos que abandoné
en mitad de este pueblo. ✦



Baratijas

Maite Núñez

Como cada catorce de febrero, Sven abrió la puerta al comercial de Joyería Santa Clara. Un hombre enclenque, con un bigote afilado. No era el mismo de los últimos años y el cambio le disgustó. Su antecesor —le explicó el hombre— se había jubilado y ahora disfrutaba de un retiro dorado cerca de Las Dalías. Sven pidió perdón por el desaliño de la casa y le hizo pasar a la cocina. Estaba hirviendo agua para hacerse un té. El hombre rehusó su invitación. Tenía más casas que visitar, argumentó. Enseguida extendió su muestrario sobre la mesa con pericia de prestidigitador. Sven echó un vistazo y eligió un colgante de oro con el símbolo del infinito, un ocho horizontal que encajaba con su ideal de amor.

—Buena elección. Es una verdadera pieza de orfebrería. Oro de dieciocho kilates.

—Ya veo.

El vendedor le dijo que esa temporada se habían puesto de moda los colgantes alegóricos.

—Ya sabe, el árbol de la vida, el trisquel celta... Pero este que ha elegido es perfecto para la ocasión. Así es como tendría que ser siempre el amor: eterno —dijo el comercial. Movía los brazos teatralmente al hablar. Luego se mordió el labio superior, como si temiera haber sonado demasiado cursi.

Sven asintió. Le dejó hablar, con su monserga de vendedor.

Barcelona, Cataluña, 1966. Este relato forma parte de *Esta espera que lo envenena todo*, que será publicado en 2025 por Editorial Base.

—A su mujer le gustará mucho. ¿No está en casa? Quizás se lo querría probar.

—Es una sorpresa.

Torció la boca, pero no sintió que dijera nada inconveniente.

El comercial se pasó la mano por el pelo engominado.

—Oh, por supuesto, claro está —dijo.

Luego revisó la ficha de cliente de Sven y enumeró las joyas escogidas en ocasiones anteriores. Un anillo de oro con una enaltecida corona de circonitas; una pulsera con el signo zodiacal de su mujer; un par de pendientes de plata en forma de corazón... Era, sin dudarlo, dijo, el mejor cliente de la joyería.

—Los jóvenes de hoy no saben apreciar la belleza de estas piezas.

Luego confesó que el negocio no iba muy bien últimamente y su sonrisa se ensombreció.

—Suerte que aún queda gente detallista como usted. Su mujer debe de estar muy contenta.

Sven contestó que sí. Para qué iba a llevarle la contraria, pensó.

—Se lo puedo poner en una cajita de regalo. Las llevo en el maletín.

Sven lo agradeció. Pensó en su mujer. Imaginó aquel símbolo de amor eterno rozando su escote. Luego miró al vendedor y le pareció ver el brillo del dinero en sus ojos de charlatán.

—Voy a buscar la cartera —dijo.

Cuando volvió, el comercial había engalanado la cajita del colgante con un artístico lazo, un remate de raso que ennoblecía el regalo. Sven pagó el precio estipulado y lo acompañó a la puerta. Luego se despidió hasta el año siguiente con un apretón de manos. Regresó a la cocina. El agua para el té se había enfriado y tuvo que calentarla de nuevo. La tetera acababa de pitar cuando sonó el teléfono.

—¿Cómo estás, papá?

Su hija lo llamaba puntualmente cada San Valentín. Como si acudiera al rescate.

—Bien. Se acaba de marchar el joyero.

A ella, la mascarada anual de su padre no le parecía saludable. A su edad...

—¿Otra vez, papá?

—No hago daño a nadie.

—Te lo haces a ti mismo.

—¿Has hablado con ella? ¿Te ha preguntado por mí?

La hija de Sven suspiró y lo dijo otra vez, como el año anterior, y el anterior del anterior. Y el anterior del anterior del anterior.

—Ella no va a volver, papá.

Sven quiso cambiar de tema y preguntó por sus nietos. Desde que su yerno los había abandonado le insistía en que se fueran a vivir con él. Ella dijo que algún día. Luego le mandó muchos besos de parte de los niños y colgó.

Se tomó el té. Enjuagó la taza y entró en el comedor. Descorrió las cortinas y miró por la ventana. En el parque, alguien había adornado los árboles con globos en forma de corazón. Cogió de nuevo el teléfono y marcó el número de su mujer. Ahora vivía en otra ciudad, con un constructor.

—¿Sí? —su voz sonó rasgada, como si se acabara de levantar.

Sven no contestó, pero su respiración lo delataba.

—¿Eres tú otra vez? —dijo ella. Luego colgó.

Sven cogió la cajita del colgante y la levantó hacia la luz. Luego se acercó al mueble del televisor y abrió el cajón de arriba. Varias cajas con el logo de Santa Clara se arrebujaban entre informes médicos, servilletas y manteles. Abrió el estuche que contenía la pulsera. Un poso de verdín se entreveraba con el dorado de la pieza. Lo soltó, sobrecogido, como si se sorprendiera. Después abrió la caja del anillo, luego la de los pendientes... Parecían todos sacados del fondo del mar. Arqueología para naufragos. No eran más que baratijas, pero no se sintió estafado en absoluto. El óxido —pensó— también se hallaba en la sustancia del amor y él no era sino un viejo testarudo y reumático. Ella, a su manera, también lo quería todavía. Estaba convencido de ello. Metió la caja del colgante con todas las demás. Cerró el cajón con tiento. Pensó en qué joya escogería al año siguiente, para no repetir. Miró por la ventana. Fuera, en el parque, un globo se soltó de su atadura y salió volando. Si entornaba los ojos, parecía un borbotón de sangre emborronando el cielo. Luego, de pronto, aquel corazón de plástico explotó. ✱

Ana Pérez Cañamares

Seronda [Selección]

Cómo suena la lluvia

al soltarse de la nube

cuán largo es el minuto en la piedra

cómo transcurre el domingo

bajo el manto del musgo

qué síntoma de la muerte

sacude al estornino

quién dice yo dentro de la manzana

qué pensarán los pulpos

de la melancolía

de cuántas formas se vestirá el ser
antes de mudar en desnuda nada.

✱

Según la centenaria doctrina del descubrimiento, las naciones europeas adquirieron los títulos de las tierras que «descubrieron» y los habitantes indígenas perdieron su derecho natural a esas tierras cuando llegaron los europeos y las reclamaron como propias. Bajo este velo legal que cubre el robo, las guerras estadounidenses de conquista y colonialismo de asentamiento devastaron las naciones y comunidades indígenas, les arrebataron los territorios a los habitantes originarios y transformaron la tierra en propiedad privada, en «bienes raíces». Por arcaica que parezca, esta doctrina sigue siendo la base de leyes federales aún vigentes que controlan las vidas y los destinos indígenas e incluso sus historias mediante la distorsión.

Roxanne Dunbar-Ortiz

Santa Cruz de Tenerife, Canarias, 1968. Su libro más reciente es *La mujer imposible* (La Moderna, 2022).

Sin duda, son una nación sin corazón. Pareciera que el mayor objetivo de sus vidas es adquirir posesiones: ser ricos. Desean poseer el mundo entero. Durante treinta años intentaron tentarnos para que les vendiéramos nuestra tierra. Al final, el estallido les dio todo y hemos sido expulsados de nuestro hermoso país.

Superviviente de la tribu Dakota

Tenían un gran corazón, o eso decían ellos

Zitkala-Ša

Nos rodeaba el maíz como muertos en pie
que anteponen compañía a descanso
sus mazorcas eran blancas calaveras
que roíamos como perros sin dientes
en el lago profundo de la noche
las estrellas dejaban caer sus párpados
y se encendían nuestras risas, farolillos
bajo el aullido siseante del sauce

(no erijas mausoleos ni falsos testimonios)

el mundo también se cansa, decía
el mundo también duerme acucillado
no ha parado de crecer y jugar
al juego de muerte y resurrección
y la montaña ahora pliega alas
planifica la voracidad de sus abismos
todo espera a que el día chasque dedos
para que se retire el cazador nocturno

(no organices los sueños en bancales)

el tiempo era caballo o era rueda
se deslizaban danzas y tertulias
por el tobogán de las caracolas
a lomos de fogatas cruzábamos inviernos
pedíamos permiso para trenzar la hierba
no hablábamos detrás de las palabras
no escribíamos porque en el bosque
los nombres no eran velo sino pacto

(no entierres lo real bajo capas de añoranza)

si tomamos dos devolvimos seis
sabíamos nuestro sitio: éramos animales
y llamábamos al águila dios
porque nos sobrevuela y ve nuestro tamaño
desde arriba, humanos, ciempiés, zorros
cabras, búhos, bisontes, antílopes
musarañas, cigüeña blanca o negra
somos todos pequeños universos

(no mientas, no idealices, no te engañes)

hubo un gato montés en cada sombra
fotos reveladas en el fondo de los ríos
en la maleza espías sin ánimo delator
bajo el manzano adanes y evas sin pecado
el horizonte se deshacía en olas
como abuela arropaban las noches
la intemperie: destino y vocación

(no adornes, no levantes fantasías)

piedras como rostros bajo el cielo hondo
rostros como cordilleras bajo nubes verdes
cuerpos como bosques voluptuosos
la muerte era un misterio familiar
a veces con metálico regusto
a premonición, a dosis homeopática
aunque no imaginamos su futura codicia

(sobra la fantasía, la vida habla)

era así, lo juro por la apostura del pino
lo juro por las hojas tatuadas en las sendas
lo juro por el galope del agua y de la luz

yo no estuve allí, pero lo recuerdo:
aquella madrugada polvorienta
cada arbusto se convirtió en antorcha
se encabritaron lomas y majadas

no hubo tiempo siquiera para adioses
adiós ríos, adiós montes, adiós regatos pequeños
 adiós pieles rozando las monturas
 adiós plumas, adiós huesos, adiós

lo salvaje será sólo espectáculo
 tendrá amo y señor lo que fue indomable.

✱

*Antropoceno: época más reciente del período cuaternario,
 abarca desde mediados del siglo XX hasta nuestros días
 y se caracteriza por la modificación global y sincrónica
 de los sistemas naturales por la acción humana.*

Al monte subes a buscar
 las huellas de tus padres
 apenas un encaje de barro
 una escritura sin conciencia
 apenas un legado de luz
 una celosía de aire

para el mundo eres máquina
 tus zancadas espantan los rebaños
 —en los pies, fatalidad de gigante
 a la espalda, señales de hecatombe—

por eso buscas en los bosques
 las pisadas invisibles
 por si estuvieras a tiempo de aprender
 cómo caminar con pies pequeños
 ser para el suelo pájaro de visita
 para el aire memoria
 de lo que no existió.

✱

De los cascos del burro surgirá
 una nueva escritura sobre el teclado
 amarillo y crujiente de los pastos
 las ranas cantarán arias de Verdi
 desde los palcos húmedos del río
 por fin el alce será el dios que es
 y en los retablos no tendrá rival

habrá perros que rueguen a los lobos
 que en su coro de aullidos los acepten
 grillos que afinen su violín de hueso
 ballenas que improvisen coreografías
 y focas que con el pincel sedoso
 y firme del bigote pinten Renoirs

de las pezuñas de los inocentes
 nacerá un arte útil y preciso
 ningún motor que mancille el silencio
 ni multitud que alquile la belleza
 todos los adornos para la urraca
 muerte o desnudez para mujer y hombre

el sol sólo saldrá para los pocos
 que su inclemencia admitan sin juzgar
 para los que sepan jugar con nada
 para aquellos que admiren lo que comen

el cine de las sombras volverá
 a las cuevas y a las manos el barro
 —como en edades de asombro y de quimeras
 al fondo estarán tumba y dormitorio—. ✱

Del poemario inédito *Seronda*



De su veloz vuelo

Ernesto Calabuig

A Franco Battiato, por Del suo veloce volo

1

No sabe por qué, pero el primer recuerdo que siempre se le presenta de su viejo y querido amigo del colegio le conduce, una y otra vez, a un septiembre tan lejano que se cae a trozos —y casi de vergüenza— de tanto tiempo que ha pasado, un septiembre que se deshace ya entre los dedos como un viejo papel, una de esas fotos que se desintegran si las tocas o las piensas mucho. A cierta edad, ya no está todo ahí tendido, a tu disposición. Se agota el crédito de la memoria y los recuerdos sólo permiten tentativas breves de acercamiento: con permiso previo, salen unos instantes de la vitrina y los sostienes en tus manos enfundadas en guantes, no vayan a quebrarse o a esfumarse. Te dejas llevar, te lanzas entre las brumas del pasado y esperas revelaciones, pero ya atrapas, con suerte, un breve fulgor, un aroma querido, un destello que pronto se apaga. Desde tan lejos, no esperes ya permanencia o precisión en los detalles.

Madrid, 1966. Este texto forma parte del libro de relatos *Frágiles humanos* (Tres Hermanas, 2021).

Pero el caso es que evocas al amigo y estás ahí de nuevo, sumergiéndote en la búsqueda, tan desesperada como absurda, de aquel tiempo. Y por fin lo ves: es septiembre, una mañana a la vuelta de las vacaciones, y estáis los dos en una sala descomunal, de techos altísimos, de un colegio de curas. Es la hora de las verdades. Lo sabéis de sobra: no se obró el milagro, nada se conjuró para salvaros. Ni la imaginación infantil más poderosa ni el más largo de los veraneos llegan a ser eternos. Ninguna estrategia consigue postergar o disolver lo inevitable, por mucho que te hayas vuelto desde niño un artista de la negación y del disimulo, todo un creador y un habitante de refugios en tus realidades paralelas. La realidad efectiva se impone. Esa sala descomunal y el eco de la voz franquista, cuartelera y seca del Padre Prefecto, os vuelven diminutos y hacen que las palabras y advertencias que se pronuncian en voz alta estallen como bofetadas, como ásperas arengas de un patio de banderas, como sentencias inapelables. Te imaginas esposado, conducido con otros en rigurosa fila, con la cabeza baja, hacia un lugar que inspira miedo, tal vez golpeado por el anillo de un dedo grueso sacerdotal y campesino en la cabeza. Alguien vino de provincias para hacer justicia, para ensañarse contigo. Consiguen que sientas que eres indigno, pecador, que nada mereces, que sólo te quedará, en el futuro, obedecer, aceptar tu destino y tu castigo, tu condición de ser inútil. No podéis sortear la evidencia: ni tú ni tu amigo vais a recuperar las matemáticas, ni esa otra asignatura que ahora ya ni recuerdas. A los dos os tocará repetir curso. Al menos esa circunstancia une: tenerse el uno al otro. Ser dos, y no un miserable uno, es un pequeño gran consuelo, un *menos mal*. Como tu padre decía: «¡Menos mal que se ha inventado el *menos mal*!».

Con los boletines azules en la mano, salís del centro escolar a través de pasillos excesivos, forrados en un mármol reluciente donde predominan las vetas marrones, que se agigantan como galerías vaticanas o prisiones del Conde de Montecristo. Después de todo, este colegio fue durante la guerra la Cárcel de Porlier. Desde lo alto de una escalera, una limpiadora que debe de estar poniendo todo a punto para los inicios de curso, os mira al pasar y os saluda. Hay solidaridad, comprensión, tal vez compasión, en su mirada. Seguramente también tiene hijos. Una vez fuera, camináis despacio por Conde de Peñalver, por Padilla, por Hermanos Miralles —que en poco tiempo volverá a llamarse Díaz Porlier—, por General Pardiñas... Os desplazáis sin sentido, donde las piernas lleven, sin rumbo fijo, sentís ya el destierro, la expulsión del paraíso, el enfado de Dios. Y, de vuelta a Conde de Peñalver, os demoráis ante el gran escaparate de Deportes Cóndor, con

sus relucientes e inalcanzables balones de baloncesto marca Mikasa naranjas, amarillos o de franjas, tricolores, con los trofeos y las sólidas botas de fútbol negras de rayas blancas, las rodilleras elásticas marrón claro y los relucientes guantes de portero y de boxeo... Decidís, sin decirlo, retrasar el regreso a vuestras casas y el momento de comunicar las malas noticias. Os queda esa pequeña, desesperada baza en la manga. Lo que no se formula, de algún modo, todavía no ocurre. Ese es vuestro reducido poder, congelar, postergar lo que tenga que ser. Frente a la gran luna del Bazar Horta os quedáis los dos un rato callados, deseando en secreto juguetes con los que se supone que ya no podéis jugar. Unos Madelmanes y Geypermanes y Big Jims, entre tanquetas, combaten ataviados con uniformes ingleses y alemanes. Alguno, incomprensiblemente, va en traje de buzo, de karateka o de policía montado del Canadá. Un tren eléctrico circula por una larga vía entre ferroviarios, camionetas y estaciones, ante la mirada impasible de varias muñecas Nancy. Por algún lado llegará la aviación. Os toca empezar a ser mayores, apartar los deseos infantiles. Tu amigo saca incluso un cigarrillo algo aplastado del bolsillo trasero del pantalón, que tal vez le robó a su padre o a un hermano mayor. No sabías que fumara. Tiene el valor de ponérselo entre los labios y pedirle fuego a un señor que pasa, que le enciende el pitillo al tiempo que le recrimina: «Chaval, no seas tonto, que el tabaco es una porquería y luego no hay manera de dejarlo». Este día habláis los dos como nunca antes lo habíais hecho, atropellando las frases, quitándoos la palabra. Te reconforta el calor de su cercanía y de su confianza en este momento tan aciago. Nunca antes habíais conversado tan largo ni intercambiado tantas palabras. Esbozáis decenas de versiones y excusas para presentar en las respectivas casas. Tampoco con anterioridad te habías fijado en lo guapo que era tu amigo, en sus ojos tan azules de largas pestañas, su nariz recta y pequeña, equilibrada y perfecta, su flequillo castaño, tan fino y de reflejos claros, que juega con el aire. Eres mucho más alto y mucho más fuerte que él. Su belleza, en cambio, parece femenina. Sientes que te gusta estar con él, escuchar cómo ríe y cómo habla, su voz algo áspera, su acento gallego y una manera muy particular de pronunciar las eses. Piensas que, después de todo, no será tan duro repetir curso si permanecéis juntos y puedes verlo y estar a su lado cada día. A tus tareas absurdas, a la indefinición esencial de tus proyectos vitales, incorporas la de adorarlo y protegerlo de cualquier daño o amenaza que asome por el horizonte. Seguro que no lo necesita ni le hace falta, pero ahí estarás, puede jurarlo, si se da el caso. La vida sigue pareciéndote un túnel oscuro,

suspender y fallarte tanto a ti mismo y a quienes te quieren se parece a perder en una acera el reloj Thermidor que te regalaron por la Comunión, o a caer en el pozo o en la casilla de la cárcel del juego de la oca. Pero a la vez piensas ahora que no todo está perdido: tu amigo se te ha aparecido, desde el fondo de esta oscuridad húmeda de mazmorra, como una pequeña luz o una mano tendida con la que no contabas. Tenéis sólo trece años, pero hacéis bien el papel de quienes se sienten curtidos en mil batallas. En vuestras casas —acordáis por fin— aguantaréis firmes la merecida bronca, los reproches, los castigos, soportaréis la alternancia de voces y acusaciones. Cosas como: «Es increíble que nos hagas esto... No tienes vergüenza ni la conoces. No se puede hacer vida de ti... Tus padres trabajando y sacrificándose por ti todo el santo día de Dios, llevándote de vacaciones con todos los caprichos y mira, este es el pago que tú nos das... Vas a estar castigado y bien castigado, que lo sepas. Esto va a tener consecuencias. No vas a irte de rositas». ¿Quién sabe ya las palabras que realmente se dijeron en aquel lejanísimo septiembre, o lo que pensaban en el fondo aquellos adultos de estos seres tan confusos e insignificantes?

2

Sin embargo, os volvisteis con el tiempo, a lo largo de los cursos, buenos estudiantes y buenos deportistas. Erais los mejores en vuestro equipo de balonmano. Jugabais los torneos de la liga de interclases como si os fuera la vida en ello, y en el último curso de bachillerato también destacasteis en el campeonato municipal que organizaba el Ayuntamiento de Madrid. Gracias al padre de un miembro del equipo, que era militar, os patrocinaba una tienda de deportes, Armería-Deportes Gol, y lucíais esas tres palabras sobre el pecho, en una camiseta de un bonito azul intenso. Llegasteis a la final. Segundo puesto. Tu amigo tenía una lesión crónica en el tobillo, fruto de tantos esguinces. Tenía que calentar más que los otros. En los primeros minutos de las competiciones, jugaba casi andando, pero, una vez entraba en calor, se volvía el más rápido, el más astuto y el más ágil. Os asociabais bien. Os pasabais mucho el balón y tú, por alto, te volvías la pesadilla de los porteros. ¡Que alguien pare a ese tío, coño! —gritaba desesperado algún contrario, harto de tu corpulencia, de lo alto que te elevabas y de tu facilidad goleadora—. En los campos donde no había redes, cada gol era una explosión contra los muros o contra la chapa metálica verde del fondo del colegio. Todavía hoy, habiendo pasado los cincuenta, cierra

los ojos y es capaz de escuchar aquel estruendo en su cabeza. A veces pasaba algún despistado por allí, en los recreos, y no salía muy bien parado.

Junto a las canchas del colegio —un suelo de cemento pintado de gris verdoso, que a menudo resbalaba por la inevitable arenilla del campo de fútbol cercano— había una fuente de agua con varios chorros verticales que, al pulsar, salía siempre fresca. Una tarde, tras un partido en el que su amigo, en una mala caída, se había hecho arañazos bastante profundos al aterrizar con las manos, tuvo que ayudarle a accionar el pulsador, pues él apenas era capaz. Después, incluso le sujetó la mano derecha para limpiarla bien e inspeccionar a fondo las heridas. Cumplía, después de todo, con su silenciosa misión, su antigua promesa de protegerlo. Aún no sabe qué ocurrió, porque ni siquiera creía en la lectura de manos, pero sintió de golpe un escalofrío: algo que se parecía al vértigo y a la caída insalvable, irremediable, de un frágil y valioso objeto de cristal. No le dijo nada al amigo, pero, al mirar la palma de su mano, fue muy consciente de haber intuido, dolorosamente, su destino, de haberse asomado y haber leído su final.

3

No recuerda si se despidieron al terminar el bachillerato para continuar estudios en lugares diferentes. Pasaron los años. Perdió de vista al amigo. Hizo el servicio militar, su carrera universitaria, se casó, alternó trabajos, tuvo un hijo y una hija. Mucho tiempo después, en una cena de reencuentro de viejos alumnos, de esas en las que apenas se reconocen de tanto tiempo que ha pasado, un antiguo compañero de clase hacía en voz alta repaso de los ausentes y les contó que aquel viejo compañero, «hace muchos, pero muchos años», se había hecho monitor de vuelo sin motor, piloto de ultraligeros, y que un día, no se supo por qué, perdió altura, bajó «más de la cuenta» y murió al estrellarse en un aeródromo de Toledo. *Podéis buscar en internet. Ahí está todo* —dijo, con la misma eficacia con la que de niño resolvía ecuaciones matemáticas o ejercía de implacable delegado.

En internet se referían a él como *un piloto experimentado*. No fue en Toledo, como se había comentado en la reunión de exalumnos, sino en una cañada segoviana. La prensa de provincias elegía hermosas palabras como *aeronauta*. «El aeronauta se elevó de forma correcta, pero por causas desconocidas se soltó del cable que lo propulsaba y se precipitó a tierra».

En las crónicas se especulaba con que tal vez hubiese sufrido algún tipo de desmayo o pérdida de conciencia, pero esa información no casaba bien con lo que se afirmaba unas líneas más abajo: «algunas fuentes indican que el piloto evitó daños mayores, pues podría haber impactado con diversas personas que se encontraban en la zona». Los periodistas citaban también algunos testimonios, como el de un tal Teodoro, pastor de ovejas, que, desde la distancia, «sintió un ruido» y vio caer el aparato «dando volteretas sobre sí mismo». Se recogían también las palabras de un carpintero de la zona y del capataz y el guarda de una finca próxima. Estos sostenían, en cambio, la tesis de una caída «en picado». Aquel viejo amigo —descubre ahora— no llegó a conocer el siglo XXI, ni siquiera fue más allá de los veinticinco años.

4

Y así sucede siempre: cada vez que piensa en él, regresa al colegio, a aquel día antiquísimo, arcaico, tan viejo y oxidado que es ya irreal e indemostrable, casi una cuestión de fe. Vuelve a esa mañana de septiembre en la que estaban los dos tan atemorizados y tan perdidos en la vida y estrenaban su condición de repetidores, con una mezcla de culpa y de pecado que les quemaba en el pecho y que derrumbaba su ánimo. Todo parecía entonces haber acabado para ellos, o encontrarse sería y solemnemente en juego. Como si se abriera un abismo bajo sus pies, una fractura difícil de reparar. Al recordar aquello, regresa también a aquel paseo errático en el que hablaban y hablaban y se detenían ante los escaparates, contemplando objetos hermosos para tratar de distraer y mitigar la horrible sensación de fracaso. Y se le aparece de nuevo el detalle claro de la leve cojera del amigo en los primeros minutos de cada partido de balonmano, y su melena corta, su belleza tan delicada, femenina, espiritual y frágil. Revive también su deseo absurdo de estar con él y protegerlo. Su mirada, su voz rasposa con acento gallego, y aquel momento tras un partido en que, tratando de curar su mano herida, anticipó confusa y terriblemente su final, su fragilidad, su carácter efímero, su caída.

No queda mucho más, por desgracia, en la memoria. Tan sólo la sensación de que aquel tiempo fue poco más que una filigrana irrepetible, un salto hermoso, un delicado trazo en el aire, un calor en el alma, un veloz y hermoso vuelo. ✱



No obstantísimas [Selección]

LAS MUJERES I

Después de hacer el amor el paisaje es del cuerpo
y el cuerpo nutre el paisaje, tú no.
El cuerpo de al lado, el cuerpo
con el que se duerme dicta el volumen
del mundo, toda la noche, en voz baja la curvatura
de la cadera, la mano exangüe, la boca y su hilo
de humedad. Algo de patera en cada amanecer, hay que
nadar la confusión hasta que se recuerda el vínculo
presente, su orden, hay que escalar el gesto, el lenguaje.

Pone
el índice en su ombligo: *cum laude* de la iluminación.
Ella abre los ojos, pregunta qué hora es.

LAS MUJERES II

Las mujeres se mueren más
con el útero cerebral, con la cabeza que sembrara
un bíblico PIB de no ser por la codicia en el aire, por
su langosta que se come el sentido primordial, toda forma de vida.
Las mujeres pierden todo. La langosta lo come todo, me contaba
mi padre destinado en el desierto: las olías llegar, millones,
como a mantequilla, era la señal. Había que esconderse
y después había que salir a comprobar el desastre. Se comían
la vida, se comían lo verde ciegamente, se comían hasta la pintura
de los jeeps. Las beduinas alzaban de nuevo sus carpas,
Beit al-sha'ar, «casa de pelo», olían a cabra, protegían,
daban leche. Las mujeres lo habían perdido todo y seguían sin hablar.

LAS MUJERES III

Porque era invierno era pantano
de extenso azogue, no embalse. El cielo
gris de espera, habían huido dos mujeres, comían
sentadas al borde del camino, sumisos
sus perros concentrados en la carne. Alguien
viene caminando de lejos un ritmo jovial, gorro
blanco de lana, ladran los perros pequeños
falderos, brasero su afecto hacen su trabajo
hacia la mujer mayor, ahora de cerca elegante,
campera. Al pasar las insulta muy a ellas salvando
a los perros, por un instante piensan que
en el mediodía de diciembre, así huidas, expuestas es broma
brindada a la luz, pero las palabras líquidas, amarillas, piedad
no cabe y cabe el odio anónimo, ámbar que el aire asume.
Las mujeres no, la boca abierta, a medio camino el pan.

LAS MUJERES IV

¿Qué queréis de mí? Demanda infinita,
cuota recia del amor: la madre está sola
a la niña le aturde su cuerpo, a su amor el omnívoro desgarró
al perro la vejiga.

Eran hermosos los bomberos, sexuales, materia
de chiste, calendario; ellas apagan
angustias diversas, desoyen la suya, tienen
rotas las uñas, flojas, flojas las carnes no se ven.
No se ven. ¿Qué quieres también de mí tú,
vida soñada, pilar otro de puente
que hace perpetua esta interrupción?

A la tarde en la frutería le pareció
prodigiosa tanta redondez, los colores, flotaba
bajo la agresividad de los neones, leones
para su percepción. Luego se la tragó un datáfono
y el carrito y la lluvia, urbanos los tres. A la noche
noche, ya sin demanda, milagro suspenso
palpita su centrado entre las piernas muy romo
concepto de lo exacto, real calor. No sabe
quién es quien lo ha tocado.

LAS MUJERES V

El estar del perro; no merodea, es
precisa su errancia sobre el deseo
si digo volátil miento, yerra la humana voz
para nombrar lo animal. Triunfal su hambre,
seguida de su deseo, de su Versailles genital con el puramente
otro. Yo te oliera así, yo rechazara la falta de mundo aullando yo
pidiera amor panza arriba. No sería migaja sino honestidad,
sumisión desde la raíz del movimiento.

Superpuesta la pureza del perro sobre mi casa
me sobra lo faldero, el tropiezo, la interrupción

de la intimidad. Algún humano precisa de lo quieto, ahí
hay consuelo, la flor de cierta identidad, un aceite, un sueño.

LAS MUJERES VI

Se están pegando, se pellizcan y se hozan
como niñas, risa sin rin, sin conversación ni poder,
el gozo del cuerpo en su roce de mundo. No hay
límites, los ojos fijos, tensa la carcajada
los brazos que se oponen, tiemblan, tienen ahora ocho
años, vieron la película esa: una cría se encuentra
a su madre con su edad, juegan
por los bosques franceses. Lo que daría por una tarde
con la mía, era preciosa mira esta foto.
Yo en cambio, en ese trance me pienso con mis hijas.

Y observa
con tristeza genealógica el suelo, los brazos
aflojan, ha cesado la risa. Hay salón, fecha,
circunstancia. Abre la ventana, está cargado aquí.

LAS MUJERES VII

Que no percibe el montaje colosal del cielo
ni aprecia lo raro, capaz que hermoso de que
dos pelvis se busquen, se percutan.
Que le pasa por viral y por supuesta
la permanencia sana y salva de los que ama que
acaso le sorprenda la perruna exactitud de su perro como
gracia que acompaña y ¡oh! la pantalla, el misil caído ayer
sobre Kramatursk, sin bomba de racimo la palabra
sobre el poema, no así en la estación de tren:
cincuenta y dos civiles muñeco por el suelo; tuiteado
el símil ya no es obsceno, es velocidad
voracidad de digestión, con todo, mejor
una expuesta, aproximada verdad que la nada nada

de antes o la invertida: mira Centroamérica, Armenia
mira doquiera.

De ciencias políticas la profesora
tiene un dilema moral en su cocina: la foto del perro
aterrado de nuevo en Kramatorsk, lleno de metralla
vivo de mentira le toca la primavera de la compasión más
que la anterior de la galería: un banco apartado un niño
desmayado muerto sin sangre se dice hay
que escuchar a las partes hay que agotar la diplomática vía.
La pasión de diferir pareciera ahora el selfie de la zurdería.

LAS MUJERES VIII

Sus trabajitos de cocina remunerados por la niebla.
Sus labores de oficina, mitad de mitad y ni caso,
su felar por amor y por hambre cualquier cosa
que el tangible exija. Paren mucho y estudian mucho
para no comerse a sus crías. Moran y hacen sitio.
No es magia sino especie a favor de cuanto
lleve oxígeno: tardes de verano, humedad
sin objeto, periódicos impresos, duración.
Vallejianamente dan ganas de gritar:

¡Filólogas del cuidado, idos de fiesta! ¡Adoratrices de la raíz,
que la riegue el de la esculpida barba! ¿Ofendidas por la E?
¡Compartid las tetas, el seguro y el vino blanco!
La caída del muro binario es un hecho sin fecha. La violencia
sobre la mujer, biosfera, verdad tremebunda, Pegaso. ✖

La nada.

Breve anacrónica de posguerra

Julián Jiménez Heffernan

Las Palmas, 1939. Consuelo Burell enseña literatura en el Instituto. Lee con sus alumnos fragmentos de Ortega, de Juan Chabás, novelas de Azorín, Baroja y Gabriel Miró. Las del narrador valenciano atraen especialmente a una de sus alumnas, de nombre Carmen Laforet. La adolescente devora *Las cerezas del cementerio* (1910). Subraya a lápiz la respuesta de Félix a la esposa del naviero: «¡Oh, sí! Soy muy nervioso. Siempre creo que va a sucederme algo grande y... no me sucede nada; siempre estoy contento, y contento y todo... yo no sé qué tengo que siento el latido de mi corazón en toda mi carne y... lloraría». Y repite, mirando por la ventana: «Siempre creo que va a sucederme algo grande y... no me sucede nada» (362). Consuelo Burell es íntima amiga de Carmen, hija de Américo Castro. A principios de la década de los treinta, ambas han asistido juntas a los cursos de la Universidad de verano de Santander, donde tuvieron la ocasión de escuchar las lecciones de Xavier Zubiri, a quien Carmen conoce desde diciembre de 1930, cuando lo escuchó dar una conferencia en Berlín sobre «Pascal y el pensamiento español del siglo XVI». «Rien de si inconceivable», escribía el pensador francés, «que de dire que la matière se connaît soi-même». Y al marco de esa nada (*rien*) inconcebible lo llamaron marxismo, y a ese modo que la materia tiene de (des)conocerse la llamaron ideología. Pero, por mucho Cervantes que leyera, Zubiri estaba en otra guerra, en otra

Nueva York, 1968. Uno de sus libros más recientes es *Prepossessing Henry James: The Strange Freedom* (Routledge, 2023).

materia, otras ideas y otros ismos. Años después, cuando Carmen Laforet huye literalmente a Barcelona para iniciar una nueva vida, su profesora le ruega a Carmen Castro que cuide de su antigua alumna, «una muchacha de talento». Zubiri y su esposa están en Barcelona por razones sobrevenidas: la secularización del filósofo para poder contraer matrimonio, y otros recelos posiblemente provocados por su europeísmo tendencialmente liberal, movieron al régimen a sacarlo del espacio académico madrileño. La Facultad de Letras de Barcelona se le impone como el destino forzado de un exiliado interior. Carmen Castro cumple perfectamente con su deber. Lo cuentan Ana Caballé e Israel Rolón-Barada:

Los días de Carmen [Laforet] transcurrían de una forma muy aleatoria, y entre varios espacios: las mañanas en la universidad, en compañía de Linka, Ana María Estelrich, Néstor Luján, Julio Garcés, Asenchi Madinabeitia, Antonio Vilanova... Algunas veces entrando en clase y otras quedándose en el bar, en el patio, en la biblioteca o saliendo a explorar los alrededores. Las tardes en la acogedora casa de Carmen Castro, entre libros y el imán intelectual ejercido por Zubiri. (120)

La imagen del imán intelectual tiene su encanto, pero más gravitación ejercen esos libros desparramados en la acogedora casa, libros que no estaban, con seguridad, escritos por Zubiri, pues su primer libro publicado es *Naturaleza, Historia y Dios* (1944), y Laforet se marcha de Barcelona a Madrid en 1942. Pero habría folios con anotaciones, apuntes de curso, retazos de escritura prestos a ser interpelados. Entre esos libros podían figurar algunos volúmenes enviados por su discípulo Julián Marías: seguramente su tesis doctoral, *La filosofía del Padre Gratry. La restauración de la Metafísica en el problema de Dios y de la persona*, dirigida por el propio Zubiri, pero defendida en Madrid con la sonada ausencia de su director, quizás la *Historia de la filosofía* (1941), a la que Zubiri contribuye con un relativamente desganado prólogo, probablemente el libro sobre *Miguel de Unamuno* (1943). ¡Hay que ver cuánto escribe este Marías! En este último libro pudo leer Zubiri, con la mirada de Laforet saltando sobre sus hombros:

Se trata, pues, del problema del hombre, de la persona humana, y de su perduración. Y quien plantea esta cuestión es la muerte: se trata de saber qué es morir, si es aniquilarse o no, si morir es una cosa que le pasa al hombre para entrar en la vida perdurable, o si es que deja de ser, que *no le pasa nada*. (25)

Cuando Marías, pocos meses antes, redactaba en Madrid estas frases, sintió la necesidad de concederles un broche existencialista —no olvidemos

que *L'être et le néant*, de Sartre, se publica también en 1943: «Porque esto es lo angustioso e intolerable, como vio muy bien Unamuno: que no pase nada». Marías respira aliviado, y mira por la ventana de su casa en la Calle Covarrubias, a ver qué pasa, a ver lo que pasa, a contemplar, como traduciría Juan de Mairena, los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa. Pasar, acontecer. Qué diferencia de verbo. O no exactamente, pues lo cierto es que vislumbra la delgada silueta de Camilo José Cela, el joven escritor que le ayudó, parece, pocos años antes, a salir de la cárcel. Pasa Cela, pero no con un pan bajo el hombro, como decía Vallejo, sino con una copia de su novela *La familia de Pascual Duarte*, que fue como un pan infinito para él, recién salido de las horneadas prensas. Camilo se detiene, busca un fragmento particularmente lírico, que le emociona y refuerza:

Yo respiro mi aire, que entra y sale de la celda porque con él no va nada, ese mismo aire que a lo mejor respira mañana o cualquier día el mulero que pasa... Yo veo la mariposa toda de colores que revolea torpe sobre los girasoles, que entra por la celda, da dos vueltas y sale, porque con ella no va nada, y que acabará posándose tal vez sobre la almohada del director... Yo cojo con la gorra el ratón que comía lo que yo ya dejara, lo miro, lo dejo —porque con él no va nada— y veo cómo escapa con su pasito suave a guarecerse en su agujero, ese agujero desde el que sale para comer el rancho del forastero, del que está tan sólo una temporada en la celda de la que ha de salir para el infierno las más de las veces...

No le sucede nada. No le pasa nada. No va nada. Camilo, en Madrid, no es consciente de que Julián lo observa desde la ventana. Xavier, en Barcelona, sabe que Carmen lee por encima de su hombro. Pocos meses después, ya en Madrid, casi al final de un manuscrito trabajosamente mecanografiado, la joven teclea:

Bajé las escaleras, despacio. Sentía una viva emoción. Recordaba la terrible esperanza, el anhelo de vida con que las había subido por primera vez. Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada.

Todavía no está segura de cómo titulará su novela. Pero ya va teniendo una idea.

En una conferencia con notas de carácter autobiográfico dictada en 1971, Julián Marías evoca la publicación, treinta años antes, de su *Historia de la filosofía*:

El año 1941 empezó lo que podemos llamar mi vida adulta; de escritor propiamente público. Conviene recordar que aquel libro mío fue el primer libro nuevo de la posguerra, el primer libro que no fuera de un autor ya mayor y consagrado, el primer libro de un autor que aparecía en el escenario español después de la guerra. He recordado que se publicó en enero de 1941. El segundo libro notorio fue *La familia de Pascual Duarte*, una novela de Camilo José Cela, en diciembre de 1942. En 1943 publiqué *Miguel de Unamuno*. A fines del 44 publicó Zubiri su primer libro: *Naturaleza, Historia, Dios*. El año 45, si no recuerdo mal, apareció *Nada*, de Carmen Laforet. Es decir, la vida intelectual española empezaba tímidamente a dar sus primeros pasos de convaleciente. (*Ser español*, 20)

Este párrafo es impactante e insólito. Son cinco años (1941-1945) y cinco textos (*Historia de la filosofía*, *La familia de Pascual Duarte*, *Miguel de Unamuno*; *Naturaleza, Historia, Dios y Nada*). Cinco. Ni uno más ni uno menos. Y son un concepto muy determinado, el de *vida intelectual española*, y una metáfora compleja, la de los *primeros pasos de convaleciente*, pues por un lado contrapone a la vida la amenaza de una enfermedad supuestamente superada, o en vías de curación, y por otro sugiere que el modo de dicha vida es un itinerario de pasos, un caminar, habilitado por unos pasos primeros u originarios. Se me antoja urgente comprender este párrafo, desentrañar tanto su (ideo)lógica raciovitalista y organicista (vida adulta, vida intelectual, convaleciente), como la (odo)lógica que vincula un arco temporal hecho de pasos a una lista cerrada de títulos. Urgente interrogar un trozo mediato (mediado) de un pasado, el nuestro, aparentemente inmediato, y de este modo entronizar la mediación literaria y filosófica como mecanismo determinante en la configuración ideológica de nuestra realidad social. Cinco años, decíamos, y cinco libros. Tanto el cómputo como el elenco final podrían parecer aleatorios. ¿Por qué no incluye, por ejemplo, *El contenido del corazón* (1941) de Luis Rosales, un poeta sólo cuatro años mayor que Marías? Quizás, en la lógica del párrafo, porque no era «*el primer libro* de un autor que aparecía en el escenario español después de la guerra» (cursiva añadida). Rosales ya había publicado antes. ¿O por qué no estirar el segmento temporal con el fin de incluir, por ejemplo, *La sombra del ciprés es alargada* (1947) de Miguel Delibes? Porque, suponemos, convenía darle un contorno nítido a este apresurado inventario, y cerrar en algún sitio. ¿Qué mejor *terminum ad quem* que *Nada*? Cabe, en efecto, objetar desde diversos ángulos a un párrafo cuya cerrada simetría nos insolenta y estimula a partes iguales. Vaya por delante, en cualquier caso, que cualquier intento de explicar este párrafo habría no tanto de quitar textos como de proporcionar contextos.

Por dos razones esenciales. La primera es la calidad indiscutible de los cinco libros allí mencionados. La segunda es la profunda credibilidad que inspira todo lo que afirma su autor. Julián Marías no fue un intelectual dado ni a la inexactitud ni al farol. De ahí, entre otras cosas, la incomodidad que su presencia y opinión despertaron siempre en el mundo cultural español, tan dado, con todos los respetos, a estridencias de charanga y pandereta: si el establishment franquista no *supo* callarlo, la *intelligentsia* progresista no quiso *saberlo*. De ahí, también, la magnitud e injusticia de nuestro olvido —de nuestro olvido, es decir, de su imponderable obra. Por ello mismo, si Marías dice que su *Historia de la filosofía* fue «el primer libro nuevo de la posguerra», lo cual es mucho decir, y si repite, sin aparente embarazo, la lisonjera frase «el primer libro» dos veces más, algo de verdad puede haber en ello. Pues lo dice una persona que jamás se concibió a sí mismo como primero en jerarquía alguna o *princeps* de nada, una persona que convirtió, en gran medida, toda su trayectoria profesional y vital en la defensa de unos *primeros* que eran siempre otros: Ortega y Zubiri, sobre todo, y algo más lejos, como padre último de tanto, como inquietísimo motor inmóvil, don Miguel de Unamuno, con permiso de Cervantes.

No se precisa, en cualquier caso, un desmedido acto de fe para convenir, con Marías, que esos cinco títulos pudieron efectivamente ostentar una posición de privilegio en la constitución del nuevo campo cultural que se abría en España inmediatamente después de la guerra civil. Lo que cabe discutir es, por un lado, la naturaleza precisa del papel que jugaron en dicha constitución y, por otro, el sentido de la relación que estos textos establecieron entre sí, si es que dicha relación efectivamente existió. Marías deja caer los títulos, uno tras otro, como nombres de herederos en un acta notarial, con cierta rigidez administrativa, incluso desgana—nótese el «si no recuerdo mal» que precede a la fecha de publicación de *Nada*—. Pero lo cierto es que al final los enlaza bajo la función compartida de ser «los primeros pasos de convaleciente» que «la vida intelectual española» daba «tímidamente» tras la guerra. Es relevante que un filósofo profesional sugiera de manera tan espontánea la homologación transitoria de los ensayos filosóficos escritos por él mismo, por su maestro Zubiri, y dos novelas bajo la etiqueta compartida de «pasos» de una *vida intelectual*, la categoría que Zubiri pone a circular en el primero de sus ensayos de *Naturaleza, Historia, Dios*. Sorprende en gran medida porque Zubiri, en 1944, no era precisamente un joven convaleciente aferrado a un andador: tenía cuarenta y seis años y dos tesis doctorales (aún inéditas) a sus espaldas.

La imagen de la convalecencia resultaba mucho más acertada en el caso de Cela, quien conoció, en el mismo año (1931) en el que nace Thomas Bernhard, los rigores de un sanatorio para tuberculosos. Por otro lado: ¿Fueron Cela y Laforet dos *intelectuales*? ¿Quisieron serlo? Quizás más inquietante aún resulta la posibilidad, también abierta, de formular una pregunta alternativa: ¿Fueron el ubicuo Cela y la huidiza Laforet dos *novelistas*, o fueron acaso los autores, respectivamente, de una novela memorable, y en el caso de Cela, de una novela transgresora seguida de otros dos textos memorables—*Viaje a la Alcarria* y *San Camilo 1936*—mucho después? Y ya puestos a especular, podríamos asimismo preguntarnos si, bajo el amparo del nombre de Unamuno, a quien Marías dedica su libro de 1943, no se alza acaso una nube de indefinición genérica (¿novela?, ¿nivola?, ¿niebla?) o lo que sea el *genus* que las especies *La familia de Pascual Duarte*, *Nada* y *La Tía Tula* comparten o tienen en común. ¿Fue Unamuno un novelista? ¿Podría hacerse un relato crítico de la narrativa española del siglo XX desde Unamuno, y no, como dicta el sentido común, desde *Tirano Banderas*; o como dicta el capricho, desde Baroja? Pues ¿no es acaso eso lo que implícita y perversamente sugiere Marías, al colocar su estudio sobre el pensador vasco en posición de precedencia genealógica sobre esos dos textos relativamente imposibles e impensables que fueron *La familia de Pascual Duarte* y *Nada*, relatos de interrupción genealógica, inasumibles por familia alguna, impermeables, por mucho que Marías se esmere, a la asignación generacional, relatos no de generación sino de muerte, de tierra, y humo, y polvo, y sombra, y nada? ¿No desdibuja acaso esa asignación genealógica la estrechísima vinculación que esas dos novelas ostentan con otras líneas de descendencia (Galdós, Miró, Baroja) no por más previsibles menos ignoradas por la crítica? Pues se trata, insisto, de determinar la naturaleza de esa relación entre ensayos filosóficos y novelas, fuera del esquema escolar de la historia de las mentalidades, la impregnación generacional, el aire o espíritu de los tiempos, un esquema que casi siempre prescribe la influencia unidireccional del texto filosófico en el texto literario.

En su prólogo a la edición inglesa de *Naturaleza, Historia, Dios*, re-dactado en 1980, Zubiri retoma la distinción entre las cuatro cualidades del tiempo —mensura, edad, duración, acontecer— que él mismo elabora en uno de los ensayos del libro, para tratar de explicar la singularidad del lapso de años 1932-1944 en el cual redactó los textos que lo componen. Este lapso, afirma, «tiene una doble significación. Una concierne a cada

uno de los estudios tomado por sí mismo. Otra concierne a la totalidad de aquellos». La primera significación exige nuestra atención al hecho de que cada uno de los ensayos «tiene su fecha precisa y es refiriéndose a ella como debe ser leído». Esta datación precisa de cada ensayo importa porque en la historia, la de entonces, y la que dista entre aquella y 1980, «han acontecido», afirma Zubiri, «muchas cosas». Ningún lector atento de Heidegger, y Zubiri lo fue en grado sumo, emplearía ese verbo (acontecer) de manera inocente. Y es precisamente esta filiación espiritualista —*ontoapocalíptica*— del concepto de *Ereignis* (acontecimiento) lo que desactiva el potencial materialista que anima las alusiones iniciales de Zubiri a la necesaria datación histórica de los textos. Exigir la atribución de todo texto a su momento histórico, la vinculación de todo texto con la hora de su composición, constituye una prioridad en cualquier investigación materialista de un determinado campo textual. La razón es que Marx sugirió que toda formalización cultural (jurídica, política, religiosa, literaria) que emerge en el ámbito de la superestructura ha de explicarse en relación con las condiciones de la base socioeconómica —las relaciones y modos de producción que rigen el campo de la infraestructura. Dado que estos modos y relaciones son susceptibles de alteración en el curso temporal de la historia, sus efectos supraestructurales están condenados al estigma de su fecha: llevan su momento histórico tatuado como epígrafe imborrable. Aunque las ideologías tienen una estructura funcional, no poseen, como recordaba Althusser, una historia propia. Pero no por ello dejan de ser históricas. Las ideologías son, en rigor, *omnihistóricas* en la medida precisa en que dependen del fragor material, históricamente fechado, de las relaciones de producción y la lucha de clases. ¿Alude Zubiri a esta servidumbre, a la dependencia que los textos ideológicamente producidos establecen con los tiempos ineluctables de infraestructura socioeconómica? No lo creo. En el fondo, a Zubiri poco le importa la datación diferenciada, e históricamente cualificada y cualificable (recordemos que 1931 significa más que 1932, o que existe un antes y un después de 1936) de los diversos ensayos que componen su libro. Le interesa mucho más destacar el arco espiritual que los enlaza. En cierto sentido, el filósofo vasco está dejando de hacer dos cosas. Primero, está omitiendo la relación estrecha que existe entre cada uno de los textos escritos entre 1932 y 1944 y el horizonte de ideologías disponibles para un escritor español en esas fechas. En segundo lugar, está dejando de mencionar el *acontecimiento* más relevante que se registró en la sociedad española en ese lapso de tiempo: la guerra civil.

Zubiri procede a esa omisión, a ese *borramiento de la historicidad material*, mediante un sofisticado mecanismo de análisis conceptual del tiempo como momento de las cosas, como realidad cualificada como «unidad estructural», como *temporeidad*, que exige la distinción entre las nociones de *mensura*, *edad*, *duración* y *acontecer*. Las dos últimas nociones son las que importan:

La duración es anterior a su presunta numerabilidad; su mensura es extrínseca, porque la duración en sí misma no es adecuadamente aprehensible en números. Cuando las cosas temporales son los hombres en la integridad de su vida, entonces surge una cualidad temporal nueva. La vida del hombre en esta su totalidad tiene un momento esencial constitutivo: es proyecto. Pues bien, el proyecto cualifica el tiempo como *acontecer* [...] El acontecer puede ser biográfico, social, histórico. Cuando los proyectos humanos dentro de un lapso de tiempo responden a lo que pudiéramos llamar una inspiración común, entonces el tiempo del acontecer tiene un matiz temporal propio: es *etapa* (que puede a su vez ser biográfica, social o histórica). Etapa es el acontecer cualificado por una inspiración común. Ahora se ve que no es lo mismo lapso de tiempo que etapa. La etapa es una cualidad de un lapso de aconteceres. El cambio de inspiración común es el inicio de una nueva etapa. (12-13)

Es perfectamente legítimo proceder a la autoexplicación de una etapa biográfica mediante criterios de *inspiración*. Y perfectamente imperfecto. No olvidemos la densidad cultural (idealista, expresionista, espiritualista, organicista) de un concepto cuya ubicuidad contemporánea lo acredita como *ideologema*: un anuncio actual de una marca de electrodoméstico de cocina y limpieza del hogar reza «tu aspiración, nuestra inspiración». Quiero decir que Zubiri blande el escudo espiritualista del *proyecto* raciovitalista con el fin de evitar tener que dar cuenta y cuento de sus *condiciones reales de existencia* entre 1932 y 1944, condiciones que pertenecen al plexo infraestructural de la convulsa sociedad española en esas mismas fechas. Zubiri se defiende de la vida real con (el concepto orteguiano de) *la vida*. Y de los tiempos reales de su vida con (el concepto heideggeriano de) el *acontecimiento* temporal. Mediante representaciones imaginarias (la vida, el acontecimiento, el proyecto, la etapa, la inspiración) desfigura su relación con sus condiciones materiales de existencia. La estrategia es, pues, impecablemente ideológica. Y mediante esta estrategia ideológica se exige de tener que incorporar la ideología como herramienta analítica. En otras palabras: lo más ideológico del prólogo de Zubiri (escrito en 1980) es el modo en el que pretende esquivar, tanto en dicho prólogo como en los ensayos que lo componen, la noción de ideología para explicar la naturaleza singular de

unos tiempos biográficos. Y lo más histórico de estos ensayos —su tatuaje de realidad— radica en su borramiento de la historicidad material como presupuesto necesario de toda hermenéutica filosófica —que es lo que en el fondo hace Zubiri, por mucho que proclame un reinicio metafísico.

Retomemos la frase central, la más escandalosamente orteguiana, del párrafo anterior: «La vida del hombre en esta su totalidad tiene un momento esencial constitutivo: es proyecto». Y hagámoslo con nuestras dos novelas en mente, *La familia de Pascual Duarte* y *Nada*. ¿Qué resultado obtenemos de esta operación intertextual? Sencillamente, la perplejidad. En su *Historia de la filosofía*, Marías argumenta que:

Marx, que subrayó con acierto e indiscutible genialidad la importancia del factor económico en la historia, pretendió fundarla íntegramente en él y considerar todo lo demás, mediante una construcción arbitraria e insostenible, como una *superestructura* de la economía. La cultura, la religión, la filosofía y la vida entera del hombre se explicarían por la componente económica—real, pero parcial y, aunque imprescindible, secundaria—de ella. (330-331)

Paralelamente, y a modo de ilustración irónica de esta tesis, Marías incluye el prólogo (1942) de Ortega a los *Veinte años de caza mayor* del Conde de Yebes en su entrada sobre su maestro, un texto que no es sino la versión elegante (supraestructural) del informe infernal de Cela. En el fondo, el denominador común de las novelas de Cela y Laforet no es otro que la imposibilidad radical del *proyecto de la vida*, la inviabilidad constitutiva de *la vida como proyecto*. Y esa imposibilidad, a las alturas de los cuarenta, tiene mucho que ver con el sometimiento a una cronología de posguerra que, inevitablemente, historiza la nada. El denominador común no es otro, pues, que la sustitución del proyecto por el *deyecto*—el *Geworfenheit* heideggeriano que los reclutas de *Recuento* (1973), la novela de Luis Goytisolo, inconscientemente vislumbran en el estiércol petrificado de los suelos. En *El árbol de la ciencia* (1911), en el curso de una de las largas conversaciones entre Andrés y su tío, este se sorprende de que el joven estudiante no tenga pensado «visitar» en su condición de médico:

- ¿Y entonces qué plan tienes?
- ¿Plan personal? Ninguno.
- Demonio. ¿Tan pobre estás de proyectos?
- Sí, tengo uno; vivir con el máximo de independencia. En España en general no se paga el trabajo, sino la sumisión. Yo quisiera vivir del trabajo, no del favor.
- Es difícil. ¿Y como plan filosófico? ¿Sigues en tus buceamientos? (124)

Es esta falta de proyecto y proyectos lo que sella el destino de Andrés. Y el de sus dos remisos legatarios, Pascual y Andrea. *¿Plan personal? Ninguno*. En ellos (jóvenes de la posguerra) la negación se cronifica, y así el anacronismo cultural de toda nada pierde su aspiración eterna, sagrada, mística —de Zambrano a Maillard, de Valente a Mujica. Todo el que desde entonces— la guerra civil— ha pretendido, mediante raros *buceamientos*, borrarle a esa nada su tatuaje de tiempo, se condena al fracaso. Seguimos en cierto modo anclados en ese tiempo de lo que no es. Anclados, pero no sometidos. Sólo se somete quien aspira, ilusoriamente, a liberar «la vida entera del hombre». ✖

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Pío Baroja, *El árbol de la ciencia* (Alianza, 1968).
 Ana Caballé e Israel Rolón-Barada, *Carmen Laforet: Una mujer en fuga* (RBA, 2010).
 Camilo José Cela, *La familia de Pascual Duarte* (Destino, 2002).
 Carmen Laforet, *Nada*, en *Novelas* (Planeta, 1970).
 Julián Marías, *Historia de la filosofía*. En *Obras I*. (Revista de Occidente, 1958).
 ———— *Miguel de Unamuno* (Espasa-Calpe, 1960).
 ———— *Ser español* (Planeta, 1987).
 Gabriel Miró, *Las cerezas del cementerio*, en *Obras escogidas* (Aguilar, 1950).
 Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios* (Alianza, 1994).

Bruno Mesa

Y haz rodar sobre mí una roca roja de las ruinas de la gran casa

Desde la ruina empezamos,
 en la ruina nos despedimos,
 y sólo eso pedías, una roca roja,
 lenta ruina de la lengua,
 despojos para los insectos y los pájaros,
 gusanos de la memoria,
 sólo eso,
 una roca roja para que el viento enfermo
 y el sol extenuado
 renueven el moho de tus palabras
 (esas palabras que habitaron mi cuerpo niño
 como un evangelio y una fuga),
 sólo una roca
 y otra vez serás vagabundo y trampero,
 recluso y morfinómano,
 y aunque hoy te olvidamos,
 tan impuros como tú, tan salvajes,
 nadie entenderá por qué nuestras cenizas
 siquiera merecen dormir
 bajo tus ruinas. ✖

Santa Cruz de Tenerife, Canarias, 1975. Su libro más reciente es *Las raíces del vuelo* (Pre-Textos, 2023).

Animales difíciles

[Fragmento]

Rosa Montero

Nueve años, un mes y doce días.

Consigno: me llamo Bruna Husky y soy tecnohumana.

O eso creo.

De lo que no estoy del todo segura es de si soy Bruna Husky. Pero mi naturaleza tecno es indudable.

Soy un clon humano y fui gestada durante catorce meses en un tanque de cristal y acero. Frías paredes y líquido amniótico artificial, en vez de la cálida, estremecida y viscosa caverna carnal en la que se ha formado la humanidad desde el principio de los tiempos. Madres. Qué extraño, qué extraordinario debe de ser saber que has salido del interior de un animal humano. De sus entrañas sangrientas. Es un conocimiento que a mí, hija de un tanque, me parece casi imposible de asumir. Si hubiera sido ese mi origen, creo que no habría sido capaz de olvidarlo, del mismo modo que ahora no puedo olvidar la cuenta atrás de la fecha de mi muerte —nueve años, un mes y doce días—. Haber salido de ahí sería un pensamiento repetitivo y obsesivo que me haría caer de rodillas, a medias horrorizada y a medias maravillada por el increíble y asqueroso prodigio de la maternidad.

Madrid, 1951. Este es un fragmento de su próxima novela, la última de la serie Bruna Husky, que será publicada por Seix Barral en 2025.

Pero no. Yo nací en un cilindro de heladores vidrios propiedad de la empresa TriTon. Gracias a la habilidosa manipulación de los ingenieros genéticos, nuestro desarrollo está tan acelerado que a los catorce meses hemos alcanzado una edad biológica equivalente a los veinticinco años de un humano normal. Es entonces cuando nos activan, porque fuimos creados, hace algunas décadas, como mano de obra esclava, y esa es la etapa más eficiente y más rentable en un organismo como el nuestro. Por desgracia, a los diez años exactos se produce un fallo celular, un colapso multiorgánico llamado TTT, Tumor Total Tecno, que nos mata en una semana. Por eso sabemos nuestra fecha de caducidad. Por eso voy contando.

Nueve años, un mes y doce días.

Los malditos ingenieros genéticos no son tan inteligentes, después de todo.

O tal vez es que no les interesa encontrar la cura. Porque las revueltas rep nos libraron de la esclavitud, pero seguimos siendo la escoria social. Con todos los derechos sobre el papel pero todas las discriminaciones en la realidad de nuestra corta y miserable vida.

Uf. Acabo de escribir el último párrafo y me siento tentada de borrarlo. ¿Lo borro? ¿No lo borro? ¿Sí? ¿No? La Bruna Husky de antes nunca hubiera dicho algo así, nunca se hubiera puesto tan reivindicativa porque nunca hubiera consentido en verse como víctima. Y ahora parezco una jodida activista del Movimiento Replicante Radical.

Consigno: no me reconozco.

Lo cual no es de extrañar, porque no soy yo. Yo era una tecno de combate y disfruté durante casi siete años del prodigio de ser un animal de cuerpo perfecto. Medía cerca de dos metros y estaba genéticamente adaptada a la lucha. Ahora me miro y no sé a quién veo. Espera, lo voy a hacer. Activo el efecto espejo en el móvil y me contemplo. Qué birria de persona. Para ampliar la pantalla, despego el ordenador de mi muñeca y lo desarrollo y extendiendo sobre la mesa. Tengo una altura de ciento sesenta centímetros y peso treinta kilos menos que antes. Aunque sigo haciendo pesas y ejercicios, mis músculos apenas responden. Mira qué cabeza de gorrión. En cuanto me reactivaron en este nuevo cuerpo, me afeité el cráneo y fui a tatuarme la misma línea negra que me recorre entera, atravesando mi cara por encima del ojo izquierdo, bajando por la mejilla, el cuello, el pecho, el abdomen, la pierna, el pie con su planta, para ascender a continuación por detrás hasta unirse en el pelado cuero cabelludo. La antigua Bruna iba así, y quedaba formidable y aterradora. Pero ahora yo, ¿qué aspecto



tengo? Frágil y enfermizo. Mi pequeña cabeza resulta aún más diminuta sin cabellos. Y en mi rostro de rasgos finos y nerviosos, la raya oscura parece más una herida que un tatuaje. ¡Y estas manos de araña! Estos deditos largos y ligeros que, al cerrarse, componen un puño lastimoso incapaz de hacerle verdadero daño al enemigo. Sólo me gustan los ojos. Verdes, de un verde luminoso, intenso y llameante, con la distintiva pupila vertical de los tecnohumanos. Sólo me gustan estos ojos elocuentes. Y, en algunas ocasiones, también aprecio lo que mi mente hace.

Ahora soy un rep de cálculo.

Consigno: sé cosas que ni siquiera sabía que sé. Lo mismo que antes se activaba en mí una prodigiosa y fría lucidez ante el combate, ahora de mi dotación genética de fábrica emergen conocimientos absurdos en los momentos más inadecuados. Por ejemplo, ahora mismo resulta que lo sé todo sobre el Batallón Sagrado Tebano, una legendaria fuerza griega de élite creada en torno al año 378 a.C. Estaba compuesta por ciento cincuenta parejas de amantes, todos ellos varones, que luchaban espalda contra espalda y que jamás se rendían y ni cedían al miedo o al desaliento porque defendían la vida de sus amados. Comandados por el general Pelópidas, en 371 a.C. derrotaron a los temibles espartanos en la batalla de Leuctra, acabando con su dominio. Se mantuvieron invictos durante

cuarenta años, hasta que Filipo II de Macedonia y su hijo Alejandro Magno los exterminaron en la batalla de Queronea. Eso fue en 338 a.C. Como no se dieron por vencidos, murieron todos. Los trescientos.

¿Y a qué viene ahora todo esto? Lo ignoro. Los múltiples y variopintos conocimientos de mi personalidad de rep de cálculo a veces se activan de manera oportuna, pero en general surgen así, sin más, como regalos de palabras en la oscuridad. Quiero decir que sustituyen muy pobremente a mis dotes de antaño. Aunque, ahora que lo pienso, creo que el hecho de haber recordado una historia de guerreros formidables mientras me lamento de la pérdida de mi capacidad de combate no es algo casual. Quizá mi mente actual intenta congraciarse con quien fui. Quizá es un mero esfuerzo adaptativo.

Consigno: dentro de mí soy muchos. A veces me parecen demasiados.

Soy un experimento. Un criminal inoculó mi anterior cuerpo de Bruna con un veneno hemotóxico fulminante, y la única salida para evitar la muerte consistió en forzar un proyecto experimental de trasvase de memorias en el que estaba colaborando mi amigo el viejo archivero Yianis. Mis recuerdos, junto con toda mi información racional, emocional y sensorial, fueron descargados en bases de silicio que a continuación se implantaron en un tecnohumano nuevito. En esta birria de cálculo que soy. Pero por lo menos puse el contador a cero.

Nueve años, un mes y doce días.

Soy única en el mundo. Una solitaria rareza. Aunque ya era rara de antes. Ser diferente es mi destino. La antigua Bruna tenía una memoria artificial mucho más extensa y verdadera que la de los otros tecnohumanos; mi poco recomendable memorista, Pablo Nopal, me implantó ilegalmente su propio pasado. Todo eso sigue estando aquí, dentro de esta cabeza alborotada. Así que ahora soy un triple monstruo: por ser rep, por tener una memoria demasiado humana, por habitar un cuerpo prestado.

Y aquí estoy lamentándome de nuevo. Chapoteo en la asquerosa autoconmiseración de esta nueva vida. Qué blandos son los replicantes de cálculo, maldita sea. ✱

Pedro Provencio

Haz envés [Selección]

EXPÓSITO

I

Hay algo que debes saber.
De lo contrario cunde el daño.
Dice el árbol que sí a todo.
Llueve para que te preguntes.
Busca el azar de medianoche.
Hora y deshora, hoy desde ayer.
Una guarida a la intemperie.
¿Sellaremos un nuevo pacto?
Me han encargado que te diga.
Lo excremencial emocionante.
En aquel tiempo, en aquel tiempo.
Nuestras lenguas se extinguirán.
Debo cumplir con ser tú mismo.
Lloraste ya dentro del útero.
Ay de los justos milenarios.
En la otra orilla el agua hierve.
Desnúdate para leer.

Alhama de Murcia, 1943. Su libro más reciente es el volumen de poesía reunida titulado *Obrador* (Editorial Dilema, 2023).

II

Varón, setenta y dos, consciente,
orientado en las tres esferas, bien
hidratado y bien perfundido,
buena coloración de piel, eupneico
en reposo, afebril. No lesiones
en cavum oral, pequeñas
adenopatías laterocervicales.
No palpo bocio, carótidas arrítmicas e
isopulsátiles. Tórax:
arrítmico, sin soplos. Murmullo
vesicular, mínima
disminución en ápex izquierdo, no
ruidos sobreañadidos. Abdomen:
algo globuloso, blando, no doloroso a la
palpación, no me impresiona palpar
masas ni megalias, no signos
de irritación peritoneal,
no apofisalgias, puño percusión negativa,
pulsos radiales presentes y simétricos,
no estigmas de endocarditis,
pulsos periféricos presentes y simétricos,
pupilas isocóricas y normorreactivas,
campimetría por comparación sin alteraciones,
no nistagmo, pares craneales bajos conservados,
marcha conservada, no disimetrías
ni disdiacocinesis, no signos meníngeos.
Cognitivo excelente, verborrea manifiesta.
Rx Tórax: pequeño granuloma calcificado en
vértice izquierdo de carácter residual. ¿Tuberculosis
en la infancia? No le consta. Sin otros
hallazgos valorables.

III

Tú y yo no existimos.
¿Y él? ¿Y él y tú y yo?

Lo único suyo cierto
es que ahora nos lee.
A nosotros nos basta.
A él no.

IV

Ah secano de ti.
Qué ser sin árboles.
Raíz en tierra de blancura.
Pero tocar los troncos.
Abrir los ojos por primera vez.
Y ver qué es ver sin ti.
Olor limón sudor.
Más seco el dulce más.
Y ver el espejismo.
Códice en dátiles.
Agua dorada de tan.
Dígalo la palmera.

V

Imitar, por qué no. Imítate.
Diagnóstico dudoso, bien.
Lengua volcada en la hora última.
Saboreas tu desmemoria.
Coito de moscas contra el vidrio.
Sol de hoy padre del sol de ayer.
Besa el color que se ha perdido.
No en aquel cuándo: en este aquí.
Te guía el olor a extinción.
Nueve meses comiendo hambre.
Tu primera palabra es esta.
Suicídase para leer.
Tacha todo lo subrayado.
Un pudridero nutritivo.
Se contagian por las raíces.
¿No te emociona? Date cuenta. ✱

Rituales

David Roas

Ya os falta poco para llegar. Debéis de estar muy cerca del mirador de Vixía da Herbeira, si no lo habéis pasado ya, aunque con esta niebla sabes que será inútil parar allí como siempre hacíais.

La bruma se vuelve cada vez más espesa. Te detienes en el arcén a esperar a que despeje. Los árboles parecen espectros bordeando la carretera. Si ahora vieras pasar a la Santa Compañía, (casi) no te sorprendería. Vienen a tu recuerdo las muchas historias que tu madre te contaba de niño. Nunca las tomaste en serio, pero te encantaba escucharlas e imaginar a los terribles fantasmas vagando en silencio por los bosques. Y, de paso, burlarte de tu madre por creerlas. A ella le daba igual. Su respuesta siempre era la misma: Tienes que saber ver y escuchar, Marquiños.

Ahora te arrepientes de esas burlas, como también de las risas que no pudiste reprimir al leer la carta que no te llegó a enviar y que encontraste por casualidad metida en el libro que estaba leyendo antes de que se la llevaran al hospital del que ya nunca regresó.

Barcelona, Cataluña, 1965. Su libro más reciente es *Niños* (Páginas de Espuma, 2018).

Hijo, confío en ti para que me hagas este favor. Sé que cuando lo leas te reirás, pero te lo pido de corazón: cuando me muera, tienes que llevarme a San Andrés. Y cumplir a rajatabla lo que aquí te escribo. En la víspera del viaje ve al cementerio y grita fuerte junto a mi nicho para que yo esté preparada para el día siguiente. Esto es muy importante, Marquiños, porque las ánimas no pueden ver y sólo se dejan guiar por la voz que las llama. Ya sabes que tienes que pagar otro billete de autobús para mí. No te olvides. Aunque con lo poco que a ti te gusta el autobús, seguro que irás con tu coche. Da igual. Lo importante es que me acompañes. A la ida y a la vuelta, porque también tienes que volver a dejarme en el cementerio para que pueda descansar en paz, eso es

Ahí dejó de escribir. No has podido —no has querido— negarte porque, más allá de folklores y supersticiones, San Andrés de Teixido es un lugar que te encanta.

Todavía recuerdas la primera vez que lo visitaste. No debías de tener más de siete u ocho años. Mientras paseabais, tu madre te iba contando leyendas y te hablaba de las extrañas costumbres de la gente que allí peregrinaba. Entre todas, la que más te fascinaba era la obligación de comprar un billete para el muerto al que se tiene que acompañar. Lo mismo que ella te pedía en su carta, sabiendo que no lo ibas a hacer. En aquella primera visita —como en todas las siguientes— pudiste comprobar que los autobuses que llegaban a San Andrés nunca iban llenos. ¿Los ves, Marquiños? —te decía tu madre señalando a las ventanillas—. En esos asientos vacíos van las ánimas de los que nunca pudieron viajar al santuario en vida.

A San Andrés de Teixido vai de morto o que non foi de vivo.

Has perdido la cuenta de las veces que has estado allí con tu familia. Incluso cuando vivías en Barcelona y te escapabas un par de días a verlos, uno de ellos había que dedicarlo a visitar el santuario. Por eso te sorprendió la petición de tu madre, pues no le hacía ninguna falta volver por allí.

Dudaste qué fecha elegir: su cumpleaños, el aniversario de su muerte... Al final, optaste por un día cualquiera del mes de octubre y entre semana. Eso te evitaría —o así lo esperabas— encontrarte con las hordas de turistas que en verano abarrotan el lugar.

De pronto, un leve rayo de sol se proyecta sobre el volante dándote permiso para continuar tu camino. Tras un par de kilómetros, la carretera empieza a descender, la niebla se desvanece y el océano se abre inmenso ante tus ojos. Un poco más abajo, en una pequeña depresión tapizada de

verde aparece la aldea de San Andrés de Teixido. Sigue igual que siempre: media docena de calles, casas encaladas y la fea iglesia. El reducido tamaño del lugar hace que los acantilados circundantes parezcan todavía más inmensos. Siempre te han fascinado esas verdes laderas desplomándose varios centenares de metros sobre las oscuras aguas del Atlántico.

Dejas el coche, como en anteriores ocasiones, en el pequeño aparcamiento situado a la entrada del pueblo. Buena señal: sólo hay dos automóviles más y un autocar.

Mientras recorres las calles, varias mujeres te asaltan tratando de venderte los productos típicos del santuario: ramitas de la herba de namorar, sanandreses (amuletos de miga de pan con variadas propiedades milagrosas), rosquillas de anís (no tienen poderes, pero están muy buenas) que rechazas de inmediato. Prefieres comprar orujo casero en uno de los muchos puestecillos que llenan las aceras. Esta sí es una auténtica poción mágica. Y a diez euros la botella. Te llevas un par. El vendedor te sirve un generoso vaso para que lo pruebes. El calor de la deliciosa bebida te anima. Pero también despierta el hambre.

A pocos metros está el Mesón Eiravella, al que siempre ibais a comer percebes. Todos los años el mismo ritual. Pero hoy está cerrado. Que tú recuerdes, sólo hay otros dos bares en el pueblo. Nunca los pisasteis.

La suerte no te acompaña. Uno de ellos también está cerrado y en el otro no queda ninguna mesa libre, ni siquiera hay sitio en la barra.

Aprovechas el nuevo ataque de una vendedora de rosquillas para preguntarle —después de rechazar, una vez más, su mercancía— si hay algún otro bar en el pueblo. Con cara de enfado, te indica la dirección y musita algo en voz baja que no llegas a escuchar.

Siguiendo sus instrucciones, caminas hasta el final de la calle. La acera acaba en un tramo de viejos escalones. Pese a tanta visita, nunca habías pasado por aquí. En el invariable programa diseñado por tu madre no había tiempo para ponerte a explorar.

Los escalones desembocan en una estrecha callejuela empedrada. La hierba asoma entre las losas. Las dos primeras casas tienen las puertas y ventanas cerradas con tablas. Al principio lo tomas por una zona abandonada, hasta que ves sobre la madera despintada de otra puerta un letrero escrito con rotulador en una triste hoja de libreta, cuyo escueto mensaje te catapulta al interior: Percebes, doce euros.

En la barra, además del camarero sólo hay tres tipos, que responden amablemente a tu saludo, aunque todos ponen la misma cara de sorpresa,

como si no esperaran que nadie apareciera por allí. En la única mesa del local, un viejo lee absorto su periódico.

El plato que te sirven es enorme y el tamaño de los percebes también. Nada que envidiar a los del Mesón Eiravella. Aunque si tu madre estuviera aquí, seguro que no estaría de acuerdo. Sientes que estás haciendo una pequeña traición, pero no es culpa tuya que el Mesón hoy esté cerrado.

Pides otro vino. Mientras te lo sirve, le dices al camarero que no sabías que en esta calle había un bar.

—Pues es el primero que se abrió en el pueblo —responde—. Anxo —dice señalando al viejo del periódico— ya asomaba por aquí cuando era un niño. Mi bisabuelo lo llevaba entonces. Y aquí seguimos...

Con el último percebe, pides la cuenta. No quieres entretenerte, pues todavía te queda mucho por hacer en San Andrés.

—Vuelva cuando quiera —te dice el camarero sonriendo mientras te diriges a la puerta—. Siempre estamos abiertos.

La calle ahora está algo más animada. Nuevos turistas deambulan por las tiendas comprando recuerdos. Las viejas tratan de endosar sus productos a los incautos que se aproximan a su campo gravitatorio. Desde niño siempre te ha parecido que más que vendedoras son meigas. La verdad es que su aspecto es bastante brujo.

Diriges tus pasos hacia la Gruta del Santo, una pequeña cueva artificial junto a la capilla atestada de exvotos fabricados en cera que representan cabezas, piernas, manos y miniaturas de figuras humanas de cuerpo entero. Ofrendas que los creyentes han hecho a San Andrés para agradecerle la milagrosa curación de esos miembros, y que has fotografiado en cada una de tus visitas a la aldea. Pero hoy hay uno que te deja fascinado y que nunca habías visto: representa un pecho femenino, con su pezón erecto y todo. Sacas el móvil y le haces una foto. Junto a los exvotos en cera hay varios retratos de individuos solos y en pareja, tres barcos de pesca, un par de casitas y un hórreo, todos también en miniatura.

Sales de la Gruta y te diriges hacia el mirador que se encuentra al final de la pendiente que hay pasado el santuario.

El panorama que se abre ante tu vista de nuevo te sobrecoge. Aunque brilla el sol, el Atlántico aparece oscuro y amenazador rompiendo incansable contra los acantilados. El viento azota tu rostro y trae el aroma húmedo del salitre, que se mezcla con el fuerte olor a eucalipto. Llenas tus pulmones, feliz.

Tu madre siempre os obligaba a deteneros aquí y sacaba del bolso unas rosquillas que debíais comer observando el océano. Lo que nunca hiciste, pese a su insistencia, fue beber el agua de la fuente de los tres caños y pedir un deseo al santo. A ella le daba igual que hubieran escrito con pintura blanca y en letras bien grandes «No potable». La verdad es que nunca le sentó mal.

Detrás del mirador, descendiendo la ladera por el lado contrario, asoma el pequeño cementerio. Un rectángulo en el que los nichos —muchos de ellos vacíos— ocupan dos de sus lados. Un bajo muro de piedra compone los otros dos laterales. El suelo está cubierto de una hierba muy verde entre la que afloran una veintena de cruces, casi todas de metal. Algunas de las lápidas están inclinadas, casi caídas. Hoy la imagen te provoca una irrimible sensación de soledad. Aceleras el paso.

Tu madre no se quejará. Salvo la visita al Mesón, has cumplido a rajatabla con las etapas del ritual. Ha llegado el momento de marcharos, de regresar al punto de partida. No te apetece conducir de noche y menos por esas carreteras delirantes.

Camino del aparcamiento, caes de nuevo en la tentación y compras otras dos botellas de orujo en el mismo tenderete donde te hiciste con el primer par. El tipo que te las vende te ofrece un vaso para que lo pruebes. No se acuerda de que ya te había dado a catar el delicioso brebaje. No dices nada y aceptas el trago. Más calorillo. Más energía. Te sientes como Astérix.

La misma bruja de antes —o quizá no sea la misma, todas se parecen— se te acerca y agita ante tu cara pequeños manojos de herba de namorar y te coloca en la mano una ristra de rosquillas, que inmediatamente le devuelves. ¡Ande, señor, cómpreme unos sanandreses! ¡La mano, para que pida al santo por el amor y las buenas compañías! ¡El pez, por el trabajo y el sustento!... Te alejas antes de que la vendedora te recite todo el muestrario.

Al llegar al aparcamiento, empiezan los problemas. Pese a que no está muy lleno, tu coche ha quedado encajado entre dos furgonetas. Están tan cerca que ni siquiera puedes abrir las puertas. Conteniendo el cabreo, preguntas a todo el que pasa tratando de identificar a los imbéciles que te han dejado atrapado. Nadie sabe nada. Te acercas a los puestecillos, a ver si alguien te puede echar una mano.

—Turistas, seguro —te dice una de las vendedoras—, a saber dónde se han metido esos. Pues no le queda otra que esperar. ¿Quiere unas rosquillas?

Le das las gracias, pero no le compras nada. La mujer te mira con cara de malas pulgas.

Al menos puedes abrir el maletero y guardar las cuatro botellas de orujo. Te sientas sobre el capó de tu coche y te pones a esperar.

Llega la noche y los dueños de las furgonetas siguen sin aparecer. Vas a tener que dormir por primera vez en San Andrés. Consultas en Google y, además de enterarte de que en el pueblo sólo viven cuarenta y nueve personas (censo de 2020), descubres que no hay hoteles ni pensiones. Y no vas a pedir un taxi para que te lleve a Cedeira, donde ya has pasado alguna noche en otros viajes, para mañana tener que tomar otro que te devuelva a San Andrés para recoger tu coche, suponiendo que las furgonetas lo hayan liberado. A lo mejor alguien te puede alquilar una habitación en su casa.

Como no te fías mucho de las meigas (has rechazado una y otra vez todo lo que te ofrecían), vuelves al bar de los percebes. Seguro que allí te podrán orientar.

En la barra siguen los mismos tres tipos y en la mesa el anciano continúa enfrascado en su periódico. Como si los hubieras dejado en pausa cuando te marchaste. El camarero te saluda al entrar.

—¿Otra ración de percebiños? —te pregunta sonriendo mientras te sirve un vino sin habérselo pedido.

Después del primer trago, le cuentas lo que te ha pasado.

—¿Dos furgonetas? Esos son jipis —sentencia el camarero—. Y seguro que ya iban fumados y ni se han dado cuenta de cómo han aparcado. Habrán ido a acampar por la montaña. Esos hoy ya no vuelven.

Entonces le preguntas —intuyendo de antemano la respuesta— si hay servicio de grúa en San Andrés.

—Habría que avisar a la de Cedeira —te responde—, pero no sé yo si a estas horas Fran va a querer venir hasta acá. Si fuera algo muy grave... Pero déjeme que le llame —añade amablemente—, que nunca se sabe.

Un minuto de conversación telefónica después, el camarero te confirma que el tal Fran no va a venir en tu ayuda.

—No es por pereza —añade—. Es que está con un accidente en la carretera de Valdoviño y eso le va a ocupar varias horas. Dice que mañana hacia las nueve puede estar por aquí.

Lo que esperabas. Entonces le preguntas si, por casualidad, no tiene alguna habitación que pueda alquilarte. Te responde que ya le gustaría, pero que él vive con su familia en el piso que hay encima del bar y que ya están muy apretados.

—¿Por qué no va a hablar con Maruxa? —interviene uno de los tipos de la barra—. Ahora que el hijo se le ha marchado a estudiar a Santiago, tiene una habitación de sobra. Dígale que va de parte de Suso, ya verá cómo le ayuda.

El camarero sale contigo a la calle y te indica cómo llegar. Es la casa de la puerta verde que está junto a los escalones de piedra por los que antes has descendido para llegar hasta aquí, muy cerca del bar.

—No se olvide de decirle que va de parte de Suso, el de las Riolas —te dice el camarero.

Pocos minutos después, la tal Maruxa, sabiendo que vienes recomendado, te acompaña hasta una pequeña habitación en la planta superior de su casa. Te pide cuarenta euros y añade que no te da una llave, que prefiere que llames al timbre, que le da igual la hora.

Después de tantos años, hoy vas a pasar tu primera noche en San Andrés. Como un niño haciendo una travesura, no puedes evitar sonreír al pensar que finalmente no has cumplido con todas las fases del ritual. Tendrás que esperar una noche más, mamá. Pero no te preocupes, que mañana sin falta estás de regreso.

Vas al coche a por tu maleta. Tras comprobar que nadie te mira, le haces una buena rayada con la llave a la furgoneta de tu izquierda.

Dejas la maleta en la habitación y le dices a Maruxa que sales a cenar.

—Usted no se preocupe —te dice sin levantarse del sofá—, si vuelve tarde, como le dije antes, llame al timbre, que yo tengo el dormir muy ligero.

Vuelves al bar de los percebes (todavía no sabes su nombre). Sumida en la penumbra, la callejuela parece aún más ruinoso y fantasmal. No hay farolas, sólo la escasa luz que da la triste bombilla colocada sobre la puerta despintada del bar.

Entras y vuelves a encontrarte con la misma escena, sin cambio de personajes. Bueno, ahora el viejo está comiendo un trozo de empanada. Les cuentas que Maruxa te ha alquilado la habitación y, tras darles las gracias, le dices al camarero que ahora sí te apetece ese plato de percebes.

—Y si me pone una ración de empanada —dices mirando golosamente la que se está comiendo el anciano—, sería genial. Y una botellita de godello, ya que no tengo que conducir —añades con una sonrisa.

La empanada de bonito está exquisita y la ración de percebes es aún más generosa que la que te comiste al mediodía. No puedes evitarlo y, bromando, le dices al camarero que seguro que su tamaño tiene que deberse a la protección del santo.

—Aquí no hacemos burla con eso —dice de pronto, muy serio, el viejo del periódico con una voz curtida por el orujo y el tabaco—. Debe usted saber que la peregrinación a San Andrés es algo muy importante. Todo el mundo, en un momento u otro de sus vidas, viene aquí. Y si no, vienen de muertos.

Dicho eso, da un largo trago a su vaso de vino y vuelve a su mutismo inicial.

Sabes que has metido la pata con tu torpe comentario y pides perdón. Entonces, les cuentas que tú has venido a San Andrés por ese mismo motivo, para acompañar a tu madre, que murió el año pasado. Y para que se vea tu buena voluntad, añades que invitas a una ronda de vinos, que todos aceptan encantados, incluido el viejo del periódico. No hay que provocar a los fantasmas de la superstición local.

Terminas los percebes y pides un orujo.

—Manu —irrumpe de nuevo la voz del viejo—, ponle una copita de la caña de Bieito. Ahora va usted a probar —esta vez se dirige a ti— un orujo de verdad. Mejor siéntese aquí —añade mientras señala una de las sillas junto a su mesa.

Manu sirve los orujos. El anciano le pide que deje la botella.

—Así no te hacemos caminar.

Mientras bebes (el orujo es impresionante), el viejo empieza a interrogarte. Le hablas de tu familia gallega, de la petición de tu madre, de su obsesión por San Andrés.

—La verdad —le dices al viejo— es que no sé muy bien a qué he venido. Con la de veces que visitó en vida el santuario, yo creo que a mi madre no le hacía falta volver por aquí.

—Eso nunca está de más —afirma el anciano, sirviéndote otro orujo—. No le hace daño a nadie. Y no me diga que a usted no le gusta venir a San Andrés. Se nota a la legua que aquí está como en casa.

Confieras, esperando que no se moleste, que a ti lo que verdaderamente te gusta no es el santuario sino las vistas. Hay pocos sitios más donde sientas la emoción del Atlántico (el orujo te está poniendo poético): Esta ca de Bares, Cabo Vilán, Punta do Roncudo y Fisterra, claro.

El anciano te da la razón y vuelve a llenar las copas. Te cuesta seguirle el ritmo, pero está tan bueno que te da igual la resaca con la que inevitablemente despertarás mañana.

De pronto, atravesando tranquilamente la mesa aparece un inesperado escarabajo de un negro reluciente. Cuando está a punto de llegar junto a tu copa, levantas la mano con la intención de cogerlo.

—Alto ahí, ni se le ocurra —te dice el viejo, que ha interpretado mal tu intención—. Cuidado con lo que hace. Aquí no se matan los bichiños. ¿No sabe que puede ser una pobre ánima que viene de romería? Cuando no se tiene a nadie que le lleve a uno a San Andrés, la tradición dice que el ánima irá en forma de insecto, de lagarto, de sapo... Hay muchas formas —el hombre lo dice tan serio que reprimes la sonrisa que empieza a asomar en tu boca—. Por este motivo, las gentes que vienen por aquí deben tener mucho cuidado de no aplastar ningún bicho en su camino, no sea que se trate de algún pobre desgraciado y que eso le impida completar la peregrinación.

El viejo coge delicadamente al escarabajo y lo deja en el alféizar de la ventana que tiene a sus espaldas.

—Así podrá seguir su camino —añade. La escena es casi cómica. O te lo parece a ti, entre las brumas del orujo. El anciano vuelve a servir otra dosis más de la estupenda poción.

No sabes el tiempo y las copas que han pasado. Estás muy a gusto, pero conviene retirarse antes de que la cosa vaya a peor. Te asombra que el viejo siga tan campante.

—Tómese otra copa antes de salir, hombre —te dice—, que la noche esta fría. Y vaya directo a casa, no se me vaya usted a perder. Y cuidado con los bichiños —añade con una extraña sonrisa—. Ya sabe que no hay que molestar a los muertos, y menos a los que todavía no lo están del todo.

Siguiendo lo que tomas por una broma, le contestas que vigilarás bien donde pones los pies, aunque tu andar vacilante te contradiga. Desde la barra, los tres tipos y el camarero te dan las buenas noches.

Ha empezado a orvallar. Das un paseo para despejar las brumas del orujo. Las calles están en silencio. No ves luz en ninguna ventana. No hay turistas, ni tenderetes, ni agobiantes vendedoras. Parece otro lugar. Es una maravilla caminar a solas, rodeado por el olor a eucalipto, con el sonido del océano en la distancia.

Llega primero como una especie de zumbido que no logras identificar. Te detienes y escuchas en silencio. La triste farola te permite entrever al final de la callejuela una sombra de movimiento ondulante que avanza hacia ti por el suelo empedrado.

Cuando te alcanza, te das cuenta de que se trata de una inesperada masa de escarabajos, cucarachas, ciempiés y otros insectos que desfilan

—no se te ocurre mejor verbo— de manera compacta y ordenada. A estos les siguen, sin mezclarse, un tropel de lagartijas, sapos, culebras... No sabías que el orujo podía ser alucinógeno, porque, sin duda, estás delirando. Aun así, te quedas quieto. No quieres pisarlos. La advertencia del viejo Anxo resuena en tus oídos.

Lo peor viene después, porque tú no crees en fantasmas. Una vez ha pasado la procesión de bichiños, la calle es invadida por un montón de seres humanos de rostro absorto y mirada vacía. Caminan lentamente, como fatigados. Brazos caídos. Arrastran los pies. Avanzan con lentitud y desconsuelo. O eso te parece a ti. No se escuchan sus pasos. Una masa de cuerpos silenciosos compuesta por adultos, ancianos y algunos niños.

Un escalofrío recorre tu espalda. Sabes muy bien lo que son. Mientras desfilan ante ti, revisas sus caras buscando la de tu madre.

Cuando termina de pasar el último, respiras aliviado. Sin poderlo evitar, sorprendido de tu audacia, echas a caminar tras ellos. Intuyes adónde van, pero quieres verlo con tus propios ojos, comprobar que no es una alucinación. O quizá todo esto no sea más que un absurdo sueño provocado por las historias del viejo Anxo, aunque no recuerdas haber vuelto a casa de Maruxa.

Pese a lo que esperabas, la procesión no se detiene en el santuario. Continúan su marcha hasta el mirador, que también dejan atrás. Un límite que nunca antes habías cruzado pues ahí ya no hay camino por el que seguir, sino un desnivel en el campo a través de unos doscientos metros que termina en el oscuro océano.

Te cuesta seguir su ritmo. Nada detiene su lento avance, mientras tú sorteas rocas y esquivas las afiladas púas de los tojos. Tampoco ayuda el mucho orujo consumido. Suerte que llevas la linterna del móvil.

El único sonido que se escucha es el de tus pasos inseguros y el de tus jadeos, cada vez más fuertes.

Tras una larga caminata, llegáis hasta la orilla. No hay playa, sino un conjunto de rocas que se precipitan en las negras aguas.

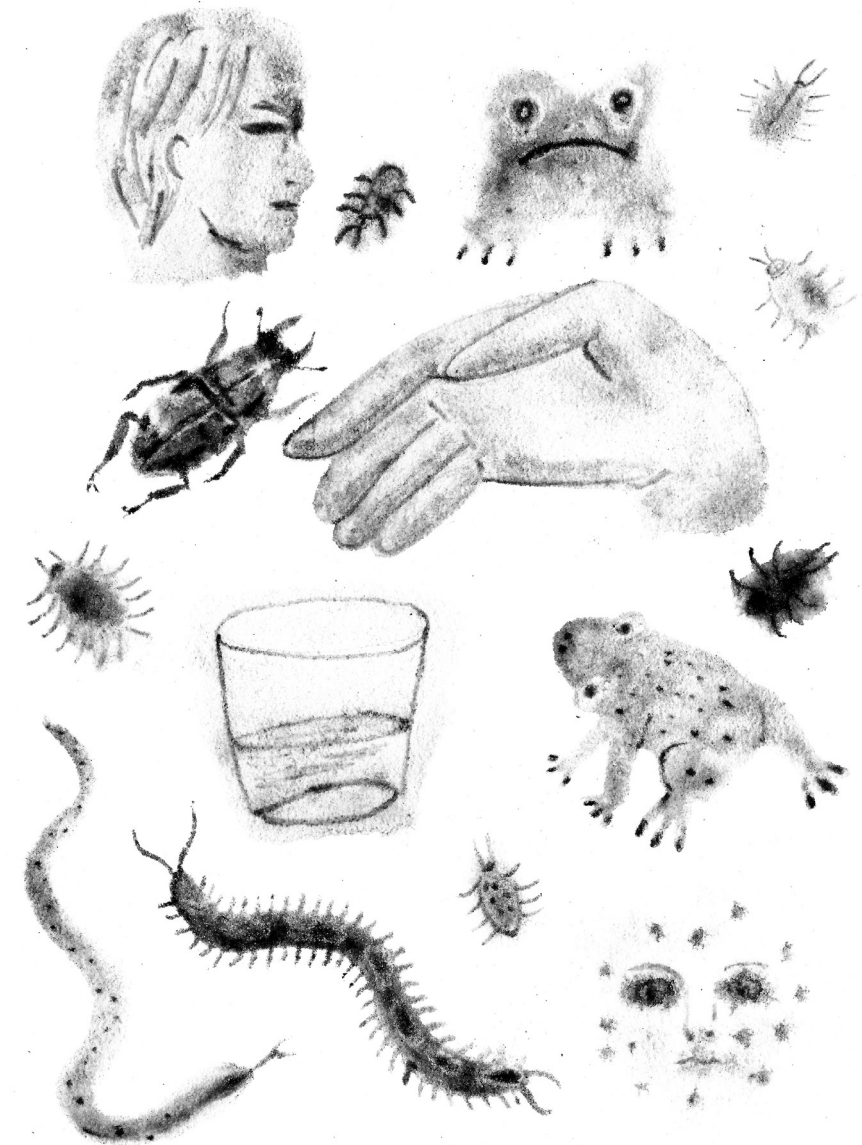
Insectos, reptiles, anfibios y humanos, siguiendo el estricto orden de la procesión, se meten despacio en el mar. Contemplas en silencio cómo sus cuerpos van desapareciendo, tragados por un océano extrañamente en calma. Los iluminas con tu móvil —no reaccionan— todavía buscando entre ellos el rostro de tu madre.

En pocos instantes, todos han desaparecido. Y el Atlántico recupera su agitación habitual. Agotado, descansas un rato sobre la fría roca.

La luz del amanecer irrumpe de repente. Remontas la cuesta hasta el mirador, todavía dudando de que no estés en un sueño.

Tu primera parada es el aparcamiento, donde te espera tu coche sin furgonetas que lo aprisionen. Después vas a casa de Maruxa a recoger la maleta. A la pobre mujer le sabe mal cobrarte la noche, pues ni siquiera has usado la cama. Le dices que no se preocupe, que le agradeces que te la alquilara sin conocerte.

Subes a tu coche. No has dormido —o quizá sí—, pero debes marcharte cuanto antes. Terminar el ritual. Mientras te alejas, miras por el retrovisor. Poco a poco, San Andrés desaparece engullido por la bruma. ✱



Antonio Orihuela

Resurrección

Para Carlos Martínez Rentería

Xocotl Uetzi, el tiempo de la caída de los frutos,
 el tiempo de los difuntos,
 el tiempo de regresar,
 el tiempo de los viajes a Mictlán
 junto a este perrillo de color bermejo
 que ha tenido muchos nombres con los siglos:
 Anubis, Argos, Cerbero, Techichi, Bran,
 Xoloitzcuintle, Rokydor,
 pero que ahora tiembla de abandono y soledad
 a las tres de la mañana
 en la avenida Revolución de Tijuana
 junto a este río seco
 que convierte en polvo a los que, sin permiso,
 intentan atravesarlo.

Moguer, Andalucía, 1965. Uno de sus libros más recientes es *Camino de Olduvai Poesía: 2014 -2019* (Irrecuperables, 2023).

En su ribera alambrada
 construyo con las voces de otros,
 canto contra el sinsentido de la flor
 que quedó al otro lado,
 llevo ofrendas de cempasúchil
 y pobres calaveras de amaranto
 que resplandecen en los altares
 y enlazan los tiempos para consuelo
 de los ojos del que mira,
 de la mano que recompone un crisantemo,
 de la boca que aspira el humo de un cigarro
 como si fuera el último de esta vida.

Mi pulsera roja y negra
 lleva inscrita una leyenda huichol
 que dice que soy un enfermo,
 un viajero que perdió su alma en la estación Mar de Cristal de Madrid,
 y la busca en la estación Misterios del metro del D.F.,
 en la estación Andalucía de Medellín,
 en la estación Espanya de Barcelona,
 en la estación Europaplein de Ámsterdam,
 en la estación Cais do Sodré del metropolitano de Lisboa,
 en la estación Les Pavillions sous Bois del métro de París,
 en la estación Green Park del underground de Londres,
 en la estación Chandni Chowk de New Delhi,

porque soy un desierto
 y el perrillo que debía acompañarme hasta el reino de los muertos
 hace tiempo que me abandonó
 y no sé si está vagando por el Cerro Bola de Ciudad Juárez
 atraído por la presencia luminosa
 de una figura gigantesca de Homer Simpson
 o se ha perdido en una orgía
 con todas las putas de Televisa y televisión Azteca,
 o carga el Santo Sepulcro
 en la Semana Santa de Medellín
 y en cuanto termine
 volverá a ejecutar desahucios

y a explotar al pueblo que desprecia,
 porque eso es el poder,
 cargar con el Santo Sepulcro un día
 y aplastar a los más cándidos,
 a los más humildes, a los más generosos,
 a los que no tienen manera de defenderse
 el resto del año.

Tal vez mi perrillo sea esta chiquilla
 que cocina entre la mugre
 debajo del puente del Portón de Sabaneta
 y me entrega, con sus manos tiznadas,
 una toallita perfumada
 y me dice que es muy buena para limpiar
 las impurezas de la piel,

o este vómito, esta trampa de la izquierda
 que no es más que la otra cara del poder,
 su pesadilla, el purgatorio
 del infierno de los capitalistas:

Camino Verde o Aguascalientes,
 Barrio de Salamanca o Camino Alto de San Isidro,
 El Poblado o Comuna 13,
 Centro Habana o Varadero,
 Lomas de Chapultepec o Tepito,
 Las Tres Mil o el Aljarafe,

o esta conciencia que dice que cuando muera
 no se quedará muerta.

En cualquier caso
 mi perro es un héroe,
 un reformador social,
 un político que no sonrío,
 un tipo que hace lo correcto,
 un hermano, un abrazo, un vestido
 levantado hasta las nalgas,
 un amor que aún huele en mi cerebro.

Yo debo encontrar este perrillo
 o tal vez yo soy este perrillo que busco,
 este perrillo que no sabe vivir sin esta desazón
 que algunos confunden con el amor,
 que no sabe vivir sin este espejo, este orden, este malestar.

Tal vez este perro sólo sea un poema,
 un poema que habla de la revolución de los perros
 que querían cambiar los corazones
 para poder cambiar el mundo.

Esa ilusión generosa,
 esa gracia de florecer,
 esa miseria desesperante,
 esa necesidad, ese alegato, ese propósito, esa pasión,
 esa locura, ese compromiso radical
 con la transformación individual
 que dice que cambiando de vida
 se transforma el mundo.

La bandera roja del trabajo
 ya trajo suficiente horror al mundo,
 ¿pero qué bandera será la que traiga
 solidaridad, libertad y poesía?

Tal vez este perrillo no exista en el tiempo
 ni esté en el espacio
 sino que el espacio y el tiempo están en él
 igual que están en mí los nueve infiernos de los nahuas,
 las veintiocho dimensiones de las supercuerdas,
 la materia y la antimateria de la que hablaba el Bhagavad Gita,
 el espejo sin polvo y sin espejo de Dogen,
 el océano de la conciencia que replica lo real como si lo fuera
 y que en la misma medida
 nos impide comunicar lo extraordinario,
 nos condena a guardar silencio
 sobre el propósito de la vida
 en esta danza de las formas,

este holograma de otros hologramas
 donde permanecemos atrapados en una ilusión perpetua
 contra la que no dejamos de luchar
 de tan real que se nos aparece.

Todo está lleno de señales
 y lo esencial es despertar a las señales
 donde brilla la eternidad,

puertas que dan a escondidas puertas
 no escondidas,
 a invisibles puertas visiblemente ocultas,
 puertas y más puertas
 que cruzamos sin verlas.

También yo soy este perrillo que tiembla,
 pues teme por todo lo que no fue en el mundo sino ilusión,
 caducidad, apariencia que se desmorona,
 formas ahora absurdas
 sin más objeto que girar
 confundidas en el centro de un caleidoscopio
 que miramos a la vez que formamos parte de él
 desde la remota conciencia
 zambullida en la totalidad.

Busco un perrillo que carece de solidez,
 hace tiempo que descubrí que en esa búsqueda
 no hay ni causa ni efecto,
 que el tiempo no se mueve en mí en línea recta,
 que sigo a oscuras mientras fumo
 en el rellano de una escalera
 en la colonia Churubusco Tepeyac
 y la luna llena vierte su luz
 sobre la Ciudad de México. ✦

Ana Gorría

Latidos

Carolina Coronado murió más de una vez. Todos moriremos más de una vez. La nota de la muerte de Graciela llegó de forma abrupta y desgarradora en un momento en que mi padre también estaba preocupado por la creciente frecuencia de desastres naturales y la tenaz crisis del agua, la «Sequía del Sahel». En una de sus últimas cartas, Graciela mencionó cómo las inundaciones habían devastado la comunidad, especialmente la de 1973 en Buenos Aires. Este doble golpe, la pérdida de una amiga en circunstancias violentas y la devastación ambiental, dejó una profunda sombra en el ánimo de mi padre que se mantuvo durante la totalidad de su vida. En su duelo, creímos entender, encontró consuelo en la música y en el cuidado de sus hijos, unos años más tarde. Era 1977, un año marcado por la oscuridad de la dictadura militar en Argentina, nos

Barcelona, Cataluña, 1979. Su libro más reciente es *Nostalgia de la acción* (Saltadera, 2016).

contaba. Mi padre nunca dejó de estar devastado. Sólo silencio desde entonces. Mi padre siempre miraba la estatua de caoba con devastación, algo que si bien antes simbolizaba una amistad vibrante, se convirtió en un recordatorio doloroso de pérdida y ausencia. La música que una vez les unió sólo pasó a ser un eco distante prolongado en el tiempo. Y, sin embargo, seguimos dejando pequeñas huellas, abandonamos pequeños estímulos que hacen un poco más pequeños el silencio y la distancia. Tal vez por eso guardamos, acumulamos, rescatamos esos pequeños momentos de contigüidad que nos construyen y que recortan esa distancia de ese yo que es un tú a través de las fotos, los recuerdos, las pequeñas marcas en que apelamos a una intimidad que está presente, que nos construye, aunque arrebatada y sin contornos más allá de un nombre propio o de un gesto suspendido en el continuo de la naturaleza. «Todo lo que hice fue mirar fuera / no hay paisaje / sólo este fémur doblándose hasta el suelo / a punto de colapsar / ni tú ni yo seremos siquiera / ese cadáver», dice Carla Nyman.

Cuando recuerdo el cuerpo muerto de mi padre, a veces me pregunto si podré demostrar su existencia más allá de este hilo de imágenes, palabras, gestos, carne. Este timbre en mi voz que le replica. Su historia que es mi historia y que es al mismo tiempo un minúsculo punto en un panel como líneas paralelas condenadas al desencuentro.

El corazón de mi padre latió una vez
en un diminuto
periodo de la
historia.

Tu corazón, en el momento
en el que haces presentes estas palabras, está latiendo.

Me pregunto por la sincronía entre sístole y diástole,
por su correspondencia,
por el sonido que podrían hacer al unísono todos los órganos en

[movimiento,

todos
nuestros órganos en movimiento,
también los de los muertos,
si el mundo se callara
de forma abrupta,
de repente,

sería la humanidad como una gran tormenta de lluvia.

Como un estallido de truenos y relámpagos, todos
a la vez:

el estruendo,

el acorde

semejante

de todos los músculos que bombean la sangre en dos direcciones:

el golpe seco de

la sístole,

el golpe seco de

la diástole,

como si fuera una de las notas de «Erbarme dich, mein Gott» de

[*La pasión según San Mateo*

de Johan Sebastian Bach,

o uno de los acordes del primer movimiento, «Langsam und

[schmachtend], de *Tristán e Isolda*,

de Richard Wagner,

al unísono:

algo que pueda parecerse a la unanimidad.

Que se parezca a la unanimidad.

Un gran acorde.

Como cuando en ocasiones, al dormir con mis padres siendo una niña,
acercaba el oído hasta su pecho para oír ese lento tic tac tic tac tic tac tic
que me confirmaba su cercanía en el pecho, en el lecho.

Como cuando cogía la mano de mi hermano Ramón al salir del colegio.

Como cuando jugaba en el patio con mis amigas y todas saltábamos a

[la comba y una y dos daban

vueltas y todas a la vez.

Como cuando la mano y el bolígrafo y el ojo en el papel son uno. Pero

[también son otra

persona. ✱

La zanja

Ana Martínez Castillo

Hacia tan sólo un par de días que nos habíamos instalado en la casa cuando descubrimos la zanja. A lo lejos. Mientras paseábamos hasta los límites de la finca, donde empiezan los árboles y el monte se escarpa y se aminora el llano. Al final de los almendros a la izquierda, ahí estaba la zanja. No tuvimos que acercarnos demasiado para escuchar el zumbido de las moscas ni para que el viento trajera el olor.

Inés dijo al día siguiente que había soñado con ella. Que se había despertado entre sudores porque se le había colado en los sueños. Con el revoltijo del fondo, con toda esa gelatina de animales en descomposición. Con las bolsas de plástico y los huesos. Con la pútrida jalea verde que lo recubría todo.

No pienses más en eso, le dije. Era asqueroso, ya lo sé, pero no pienses más en eso.

Pero, mamá, en mi sueño el caballo también estaba entero. Y relucía.

Albacete, Castilla- La Mancha, 1978. Su libro de relatos más reciente es *Ofrendas* (Eolas Ediciones, 2021).

La casa tan blanca. Paredes de enjalbegue. Leve frescor de cal si una se resguarda entre los muros gruesos y deja que caiga la tarde. La parra y su sombra en la puerta. El canto de la chicharra. El calor que aprieta y adormece. Las moscas que van y vienen. El perfume dulce de la higuera y ese verdor que se hace manto sólido y que te cubre a la hora de la siesta. La zanja al final del camino, a la izquierda. El caballo al fondo, mirando. Ojos desorbitados y moscas que no se posan en él.

Aunque Carmela todavía es un bebé, me acerqué con ella en brazos hasta la zanja. Habían pasado días desde el descubrimiento y el cuerpo del caballo todavía se mantenía intacto. El olor era insoportable, pero procedía de los otros animales. Distinguí ovejas y algún carnero. Un burro. Pelo enmarañado, carne descompuesta, líquidos hediondos a revueltas con las lonas. Cuernos y ojos. Dientes. Y el cuerpo del caballo, espléndido.

Tiene los ojos como de cristal. Ojos de muñeco. Ojos de corcel de príncipe muerto, mamá, claro, porque eso es lo que es, ¿no? Un caballo muerto junto a otros animales muertos. Mamá, entonces, ¿por qué no se descompone?

Paco fue el primero que se percató de los ruidos. El primero en descubrir que la carne cruje por la noche, que chasquean los huesos, que el solano trae la música de los animales mientras su carne se deshace. De todos ellos, todos los de la zanja. Salvo los del caballo. Los del caballo, no. Sus restos permanecían en silencio mientras Paco los miraba. Ninguna larva nacía de él. Ningún bicho crujía sus diminutas mandíbulas sobre la piel del caballo. Ninguno. Lo supo mi marido porque se levantó a media noche y fue hasta la zanja, desvelado por el chasquido de la carne y su ruido atronador. Y dijo que, pese a la oscuridad, podía distinguir a los gusanos moviéndose, a las moscas pastando en la carne de las reses y que, cuando enfocó con la linterna, el cuerpo del caballo parecía resplandecer con luz propia, luz que emanaba de él, de cada uno de sus músculos inmóviles, de cada ligamento, del pelo de las crines, de todas sus fibras en insólita quietud.

Paco regresó a la casa al amanecer. Dijo que hasta ese momento le fue imposible apartar la vista.

Mamá, ¿por qué es tan blanco?

Sólo es un lugar donde los ganaderos de la zona tiran los animales que se han muerto, cariño. Nada más. Tendrían un caballo y ahí ha ido a parar,

junto a los otros. Junto al carnero y las ovejas y el burro. Nosotros sólo estamos aquí de vacaciones.

Pero, mamá, es tan blanco el caballito, tan blanco, que alumbra.

Es verdad, pero no lo sé. No lo sé, pero pareciera que emana una suerte de luz. Por lo que sea. Ni idea de por qué. Por más que le doy vueltas, no lo entiendo.

Es tan lechoso, níveo, casi albino... Han pasado un par de semanas y continúa igual. Nos acercamos cada tarde a comprobarlo. Paco y las niñas y yo. Pasamos tanto tiempo mirando que ni notamos la pestilencia. El aire corrompido no nos afecta ya de tan cotidiano. Se trata de un olor crujiente, porque en el interior de la zanja todo cruje y silba y engorda y explota y salpica y verdea y es hermoso el contraste entre los gusanos blancos como piel esponjosa de caballo y el verde oscuro del almíbar que recubre a los demás y que gorgotea. A veces sueño con el gorgoteo y con el ojo del carnero que se escurre hacia abajo y hace *chof* en la jalea verde oscuro, casi negra. Y sueño también con la piel del burro, parda, verde, casi negra, que se funde con los huesos pardos, verdes, casi negros y que contrasta, sí, contrasta, con la pureza blanca del caballo, tan pura que resplandece, ¿me oyes, amor? Resplandece. Te estoy contando lo que he soñado, tú has podido ir a verlo todas las noches mientras las niñas y yo dormíamos. ¿Resplandecía de verdad allí en la zanja? ¿Resplandecía?

Claro que brillaba, sí, brillaba. Cada noche brillaba. Ni una mosca se detiene en él. Pero está muerto como los demás. Lo he comprobado. Muerto y en su ojo me reflejo yo, me reflejo en el ojo muerto del caballo mientras la gelatina y el olor y los fluidos pardos, verdes, casi negros, lo llenan todo, pero no salpican, no manchan, no rompen de manera alguna la pureza del blanco de la piel del caballo muerto, Marta, de esa piel de muerto que resplandece y cruje y se acompasa al aire de la madrugada y se reflejan las estrellas cada noche en la pupila muerta del ojo muerto, Marta, si la vieras...

Esta noche iré yo, amor, a verlo. A verlo yo.

Los grillos y esa paz de la madrugada. Aire quieto como músculo quieto de caballo. Se ve bien el camino, se ve a la luz llena, sin linterna se ve. El campo es fantasmagórico a la luz de la luna pálida como la crin del caballo, como la quijada del caballo, como el lomo suave y puro del caballo. Cruje la zanja en el silencio. Hace música la zanja con el chirrido de la jalea parda, verde, casi negra, con el deslizarse fantasmal de los bichos

por los plásticos, por las lonas, por los dientes y los huesos. Tengo que tocarlo. Claro que brilla, sí. Claro que emite una luz como suya. Como de músculos y ligamentos y piel radiante y suya. Como si dentro hubiera algo que purifica. Una luminaria. Una lamparita. Una candela de órganos y venas y tripas. Tengo que tocarlo. Ver por qué no se mancha. Por qué no huele. Por qué no es un animal muerto como todos los demás. Tengo que tocarlo y ver por qué está aquí. No podemos irnos de esta casa ahora, está claro. No podemos regresar a la ciudad y olvidar la zanja, no podemos irnos y dejar el caballo y esta paz y esta luz. Tengo que tocarlo y a lo mejor amanece y me encuentran abajo con las manos sobre su lomo. Deberían bajar Paco y las niñas también. Y tocarlo. Abrazarlo. Sentir en la piel esa piel. Asomarse al ojo redondo y abierto que lo refleja con claridad todo. Yo me reflejo ahora en el ojo redondo y abierto del caballo, asomada desde el borde. Veo también la luna como piel y crin y quijada blanca, quieta, sutil, hermosa la luna reflejada en la pupila cristalina del caballo.

Tengo que posar ahí mis manos. Tengo que tocarlo. Ahora. Salto. ✱

Juan Hermoso Durán

Enunciación del vano

.:1.:

ha vuelto hacia
el enjambre
en flor
es angosto
entre los dedos
el aire
la llovizna
que queda
después de

tus labios
dicen con la aguja
tus párpados de harina
el día
de quien recuerda
encendido
el fósforo
en las palabras
las palabras

.:2.:

llevar
como una llama
mudo

la oscuridad
nombrar
cuanto no

.:3.:

una hendidura
de las horas
persiste
el nombre común
al desaliento
el agua de beber
irrespirable
una brasa apagada

en el hierro
donde la helada
hasta
que aboca
o envilece
en el desvelo
lapida el olvido
cuando desaparece

.:4.:

esconde
hasta
los verbos
el sol que apenas llega
tembloroso retal
despelleja
una letra
tanta piel
o luego

en tu regazo
que prendan
boqueando
para caldear a la camada
de la distancia
límpida
aterida
que nunca
aire

quién hubiera labrado
 en la espesura
 de una sola mañana
 la sal
 de la herida primera
 las cuchillas
 los mansos camisones
 que ya
 no encuentra
 el reposo
 de los dispenseros
 y su estela

.:5:.

tu voz
 con la sed
 cuando llega
 al escondrijo
 y enmudecen
 el alquitrán
 la leche
 se encaramaba en las cazuelas
 otro camino que
 la febrícula rota
 la plaga
 enrarecida

.:6:.

regresa
 en su derrota
 dícese
 del yermo
 donde encallan
 cuánto
 la oquedad
 cómo
 aturdida
 ciega
 al respirar

siempre
 la aridez
 de los cuerpos celestes
 o el erial
 los pronombres
 es amarga
 la tiniebla del ojo
 hiera
 en la
 esperanza
 sin nadie

.:7:.

miras crecer
 sigilosa y certera
 cada hora
 una sola palabra
 es tu padre
 qué lumbre queda

la escarcha
 piedra contra piedra
 para extirpar
 el silencio
 tiene frío
 entre tus manos*

La continuidad de los fantasmas

Gemma Solsona Asensio

A mis cronopios

Empezaste a leer la novela el mes pasado ¿o quizá fue hace dos, tres meses? Crees que alguien te la regaló, algún amigo invisible en una Navidad de hace años, aunque te parece curioso no recordarlo con exactitud. De lo que sí estás seguro es que la trama te interesó desde el principio; que los personajes te resultaron familiares. Pero preferiste abandonarla, ignoras por qué. Y hoy, que olvidaste qué día es, regresas a ella buscando un refugio. Porque estás de vacaciones, ¿no? Eso crees. Menudo fastidio. Y evitas pensar en la retahíla de horas vacías que no sabes cómo ni con quién llenar. Sin poder evitarlo, piensas de nuevo en ese abismo de tiempo hueco por delante, en los que se fueron, en tu... Ah, no, no. No quieres darle vueltas a eso ahora. Mejor sigues leyendo y así, página a página, devoras momentos. Y miedos.

Barcelona, Cataluña, 1977. Su libro más reciente es *Lo que se esconde al final de la escalera* (Eolas Ediciones, 2024).

Adivinamos que la muerte, la otra y la tuya, te disgusta, desde hace mucho. Que prefieres ignorar que estamos aquí contigo, todos aquellos que ya no existimos. Y pretendes leer para desoír tu conciencia, que zumba insoportable, intentando hablarte. Tú, impasible, continúas sentado en tu butaca favorita, la de terciopelo verde, aquella que quizá fue nuestra, también —es que los recuerdos, aquí, son tan frágiles como tus certezas porque la memoria se emborriona. Lo mismo que se distorsiona el tic tac de los relojes que te custodian y ahora, admítelo, ya no tienen ningún sentido—.

¿Lees aún? Al menos lo intentas, mientras procuramos con todas nuestras fuerzas enviarte una señal —si es que a nuestros forcejeos invisibles se les puede llamar así—. Damos pasos de titán a tu alrededor y aparentas notar tan sólo un ligero aire frío, antes de colocarte una manta sobre las rodillas. Rozamos con dedos de brisa tu rostro, enfureciéndonos cual tornado ante tu indiferencia, mientras tú te estremeces con disgusto y culpas a las corrientes de esta casa vieja y casi vacía. Gritamos tu nombre ahora, con la misma pasión con la que por las noches te arrullamos con una nana cuya tonada se resiste a abandonarnos, pese a que no recordemos a quien tal vez nos la cantó al oído hace una vida. Pero tú ahí sigues, como si nada hubiera pasado. Sin embargo, ya no existe para ti un camino de vuelta. Y esa es y será tu desgracia, como lo fue, hace una eternidad, la nuestra.

Hemos intentado lo imposible para advertirte. Y en ese libro que no sabes cómo llegó a tus manos, página a página, te dejas llevar. A través de la ilusión más cómoda, esa que crees que te permite sentir otras vidas —y muertes— sin moverte de tu sillón verde. No te das cuenta de que ahí, apurando esa novela, apoyando tu cabeza en el alto respaldo del sillón de terciopelo musgo, jade, moho, minuto a minuto, leyendo sobre una alameda, los perros que no ladran y el mayordomo que no estaba, te olvidas del mundo, y te hundes poco a poco en el nuestro, que es también tuyo. Pues no sabes que tu amnesia es, en realidad, la peor naturaleza de la muerte. Y la auténtica continuidad de los fantasmas. ✦

Laura Rodríguez Díaz

Café Müller

el mundo comenzó sin luz
 y algunas mujeres tropezaban al buscarse
 el sonido y el cansancio vinieron luego
 para obligarlas a posar la frente en las paredes
 los vestidos blancos finísimos tienden también a la gravedad
 y el ruido de lo que cae es igualmente parte de la música
 otro abre el espacio para que la pérdida sea posible
 con muy buenas intenciones
 no es un error lo que sucede con la coordinación de un espejo
 harán falta unos minutos para descubrir que la bajada
 no sucede previsiblemente sino que acerca dos cuerpos
 con una facilidad impropia aun para la sorpresa

Sevilla, Andalucía, 1998. Su libro más reciente es *anuncio* (Ultramarinos, 2023; Premio El Ojo Crítico de Poesía, Radio Nacional de España).

alguien queda en el margen para deshacer los brazos
 y ordenar los cuerpos del amor
 como un padre este hace adquirir costumbres
 que terminan separando entre tanta mesa
 vuela sobre los fragmentos un hombre
 y despierta de nuevo un pequeño salto
 este es el rito de los océanos y los peces que respiran afuera
 las mujeres pueden desnudarse innumerables veces
 para desgracia de los animales vertebrados
 será posible el regreso tras el pecho desnudo
 y caer una vez más de puro agotamiento
 porque los miramos los cuerpos conforman un bodegón
 que no soporta ningún ojo y estalla
 se vuelve a empezar tal y como enseñó Samuel Beckett
 no hay mucha diferencia entre el sufrimiento y el juego
 por eso uno no admite la emoción y desearía salir corriendo hacia la escena
 algo que no hace más por pudor que por cuestiones legales
 una mancha azul puede inundarnos y movernos las caderas
 volveremos a estar perdidos volveremos a andar por el aire con música

[de Henry Purcell]

no recordaremos el uso de las sillas intentaremos viajar sobre ellas
 la sangre o el blancor irrumpe se posa sobre nosotros
 sabemos que no podemos dejar de correr sin llegar nunca
 no hay un destino sino un lapso de tiempo
 y la distancia entre las palomas
 cuánto pesa un amor y todos sus cuerpos furiosos
 aquí está el origen del temblor o la abolición de la burocracia
 nuestras bocas romperán todas las secuencias
 hasta la oscuridad como telón
 coge el abrigo y tropieza una última vez
 siempre ✦

Daniel Ruiz

ON THE ROCKS

Papá no soporta a la abuela, pero ahora sé que es mutuo. Siempre está criticando que, a pesar de su diabetes y de su hipertensión, nunca para de comer. Come a todas horas, y cada vez está más gorda, dice. Incluso la imita, cuando mamá está arriba, ayudándola a ponerse el pijama para dormir. Papá imita a la abuela pero en verdad parece que imita a un elefante cansado. Incluso se le escapa, algunas veces, lo de puta vieja.

Ahora que estamos en el apartamento de la playa, y que la abuela pasa con nosotros las vacaciones, es inevitable que haya roces. Y que la abuela le reproche que descuida a su hija porque bebe demasiado, a todas horas durante el día y sobre todo, por la noche, su repugnante whisky con hielo. *On the rocks*, la corrige papá, sin perder la sonrisa cínica, agitando los hielos en su líquido castaño.

Creo que, sin querer, yo le he dado la idea a la abuela. Fue cuando vi, arriba, en su mesilla de noche, su dentadura hundida en un vaso de agua. Al mover el vaso, el sonido era muy parecido al que papá hace con su whisky *on the rocks*. Suena igual que la bebida de papá, le dije.

La abuela ha sacado a cinco hijos adelante, ella sola, porque enviudó pronto. Siempre la recuerdo gorda y cansada, pero al parecer no fue así toda la vida. Mamá dice, de hecho, que tiene un fino sentido del humor. Pero a papá le cuesta encontrarlo. Esta noche, a la hora del whisky, la abuela vino a despedirse antes de subir a dormir. Incluso le dio un beso a papá. A los pocos minutos, desde aquí abajo hemos escuchado sus risotadas. Qué coño le pasa a la puta vieja, ha dicho papá, mientras mamá corría hacia arriba alarmada. Todavía estaba agitando el whisky en su vaso: aún ignoraba que esta noche la sonrisa de la abuela no tenía dientes. El sonido, en efecto, era similar.

Sevilla, Andalucía, 1976. Su libro más reciente es *Mosturito* (Tusquets, 2024).

NI UN SELFIE MÁS, POR SU VIDA

El médico fue rotundo: si seguía con aquello, acabaría desapareciendo. El diagnóstico era claro: su tejido celular se estaba descomponiendo, migrando a píxeles. Aquella era la razón de que los selfies de Instagram tuvieran un color cada vez más intenso, sin necesidad de filtros, y en cambio su propio contorno estuviera decolorándose, volviéndose gaseoso. «Ni un selfie más, por su vida», concluyó el doctor.

La prescripción médica llegó, además, en el peor momento. Porque al día siguiente tomaba un crucero con su novia. Venecia, Mykonos, Santorini, cómo resistirse a la tentación. Delante de impresionantes calas, en los copiosos desayunos del crucero, ante un avistamiento de delfines, contuvo su deseo de echar mano al móvil. Durante la última noche a bordo, sin embargo, no pudo más y explotó: los abrazos de su novia no eran consuelo para tamaña desolación.

Había dejado el tabaco, después de fumar durante dos décadas. Esto era distinto. El mundo pasaba por delante de él, pero él ya no estaba. Teniendo una cuenta en Instagram, resultaba imperdonable.

Pero todo se juntó aquel día: era el último sábado de las vacaciones, estaban en Bolonia, habían tomado algunos cubatas, atardecía. Así que no pudo resistirse: de espaldas a la multitudinaria puesta de sol, se miró por última vez en la cámara de su móvil y disparó.

Fue un espectáculo maravilloso: decenas de móviles congelando el instante en que el sol, antes de ponerse, atravesaba un cuerpo traslúcido, fantasmagórico, sosteniendo un smartphone en el aire, como flotando.

Pero ninguna instantánea como la de su propio selfie. Alguien tendría que decírselo a su médico: está más vivo que nunca, allí, en su última foto de Instagram. Hasta su novia lo reconoce: es su mejor retrato, está inmejorable. ✦

Eli Tolaretxipi

Desde este ángulo
 la mata de bambú frondosa,
 le pido que se coloque delante
 recordar lo que golpea contra las
 ventanas de su casa; lo siento
 como una emergencia, aquí
 pero lejana, allí donde no se
 consigue esto, multiplicados al vacío
 los deseos que chocan contra el
 hueco que deja lo que no ha sido
 reemplazado, ha sido discontinuado, agua de
 coco habrá que verter en los vasos
 de alcohol imaginario, paisaje con torrente
 sanguíneo, agua de coco en su abrupta
 ausencia; corte, tajo, con palabras brutas
 lo arcaico del dogma, la idea de
 piedra fosilizada, no lleva a lavar
 ninguna herida
 ni las manos.
 El coco verde
 abandonado sobre la mesa
 coja, el pitillo de plástico gotea,
 se mecen como en un baile
 pitillo y coco sin ritmo, desconcierto triste.

San Sebastián, País Vasco, 1962. Su libro más reciente es *Ojo suelto* (Gato Encerrado, 2023).

*

Sostén, sujeta
 no de la mano
 manotazos al aire
 al agua, rasgar la guitarra hasta
 que se arrancan los dedos que
 ya no son suyos, agarrar una
 manzana y comérsela, la violencia es veloz, voraz
 sin respiración; atragantarse
 con los trozos, por eso la tos la necesita,
 tos de perra
 como dormirse a su lado,
 ver el vello que sobresale del bañador sobre las ingles
 no tocarlo, pelos que se vuelven hebras
 de tabaco enrollado que se manosea y no se consume.

*

Él se hace el loco
 y yo lanzo botes de cristal
 desde la ventana del cuarto.
 Hoy le he llevado la burla
 —por lo de él— digo y me equivoco,
 al espacio del cuadro
 donde las jóvenes juegan y bailan; pero
 es otra la que sube con voz de hombre
 desde el fondo del jardín de la hierba
 larga, descolorida, raquítica; y es otra más
 la autoridad, la autora, la artista
 que se ha tragado a la anterior y hace mirar dentro,
 desempolvar archivos y documentos.
 Cuando cree que no sabemos
 intuimos otra mentira, algún derrumbe,
 no esperamos; nos empeñamos en otros asuntos
 o nos damos golpes en la cabeza contra la pared
 y seguimos inventando. ✱

La calidad del aire

Eloy Tizón

Lo siguiente que sé es que salgo de la fiesta el lunes por la mañana. Salgo, me echan, no estoy seguro. Pasó aquello. La música se interrumpió con un graznido. Estoy fuera, con los nudillos rojos. Nada que hacer en la calle. En aquella calle. Me quedo así un minuto y medio, dos, deslumbrado por el sol, el corazón en las piernas. Mis zapatos. Alzo la cara hacia el cielo o hacia el odio. Me echan. Quiero perderme.

Perderse no es tan fácil. Requiere superar grandes obstáculos, huir de los lugares comunes, de los hábitos que nos cercan, esquivar escrupulosamente las caras conocidas de amistades y familiares para las que significamos algo y tenemos un pasado que nos narra. Sobre todo eso, las caras. Nada que recuerde la carcoma de la costumbre, asomando su gran

Madrid, 1964. Este cuento forma parte del libro *Técnicas de iluminación* (Páginas de Espuma, 2013).

cuerno de rinoceronte. Elegir, entre dos calles, la peor, la más húmeda, la que tiene el suelo borracho y un aire de cremallera abierta. Calles con cara de cremallera, eso puede ser la solución. Perderse es una disciplina para la que se necesita valor y algo de entrenamiento.

El paisaje cambia, la mañana. Los olores de las calles son diferentes, no me reconozco en ellos. Nada me suena aquí. Hay una tapia resentida con una bicicleta aparcada, un busto de yeso, coronas de flores al pie de las farolas donde alguien fue atropellado y perdió la vida. O un olor aplastado de carne y almacenes. ¿Dónde estoy? Doy vueltas al azar, por hacer algo. A base de internarme en zonas cada vez más remotas, consigo que mi mañana, poco a poco, vaya perdiendo su filo y aflojando su exigencia. Claro que todo esto sigue siendo demasiado teórico aún para mí, demasiado abstracto. Necesito, para reaccionar, una sacudida fuerte, sin miramientos, que me permita perderme. Compruebo con desagrado cómo, al detenerme en una esquina, siquiera escasos segundos, me siento menos perdido, más integrado en la corriente que me rodea. Formo parte de algo. Sin yo pretenderlo, todo se ordena en una secuencia coherente y el rojo de los árboles hace guiños al ojo irritado del semáforo que a su vez se compagina a la perfección con una nube que se sofoca en un cielo color sexo. A poco que uno observe algo con cierta demora, ese algo se convierte de inmediato en una coreografía.

—Fuera, fuera. Fuera con todo eso.

Me he dicho. Salgo huyendo de allí, decidido a mantenerme siempre alerta, al acecho. No debo olvidar mi objetivo, que sigue siendo perderme. Aun así, por momentos, la sensación de estar perdido se debilita, es frágil, sólo consigo mantenerla fresca en la mente durante breves intervalos, a costa de una concentración insensata que me desgasta y ofusca.

La mano hinchada. Mi mano derecha cada vez más hinchada. Si no fuese por este dolor, hace horas que estaría muerto. ¿Qué es esto? Mis llaves en el bolsillo. ¿Qué es aquello de allí? Un ujier en su garita. Lleva, eso me parece ver, una especie de banda de académico que le cruza el torso en diagonal. Unas cuantas condecoraciones, incluso. Mide las baldosas de la acera mientras ruge al teléfono: «Sí señor. Sí señor. Eso desde luego. Tomaré las medidas oportunas para que no vuelva a repetirse. Desde luego, señor». La barba le zumba de satisfacción.

Necesito una pasión inservible. Ser yo quien tome la iniciativa y se adelante a los planes de la mañana, si quiero mantenerla a raya, después de lo que ha pasado en la fiesta. Nudillos rojos. Me quito el reloj y lo ato a

sin atributos, prefiero no describirla, para evitar orientarme. ¿Desde cuándo lleva ella aquí, mirándome? Parece tan perdida como yo, o incluso un poco más. Sólo diré que no lleva bolso, sino que ella es su propio bolso, un bolso negro, con un broche aparatoso como cierre, una sola asa.

Qué orgullosa está ella de su broche, de su cierre, esa mujer, su bolso es el eje del planeta. El faro encendido que mantiene el ritmo de las mareas de los océanos. Gracias a ese bolso la tierra sigue girando, las huertas producen remolachas y los aviones despegan y aterrizan más o menos puntuales. Aunque todo vaya de mal en peor en su vida, el cierre de su bolso siempre hará clic, no importa en qué circunstancia, eso debe de suponer un consuelo enorme para ella. Tu vida es un desastre completo pero tu bolso hace clic, para qué quieres más. Me sigue, es evidente, me sigue. Me pregunto en qué momento empezó a seguirme, cuánto tiempo llevará siguiéndome.

Esto lo cambia todo. Lo siguiente que sé es que camino por la calle, seguido por una mujer exuberante con un bolso. No evito su presencia, pero tampoco la fomento. Que haga lo que quiera, esta mujer exuberante, a mí qué puede importarme, si yo ya no tengo nombre ni carnet del videoclip. Me desentiendo de ella. Las casas son cada vez más lúgubres, pintadas de amarillo úrico, un barrio feo, semiasfaltado, con algunas plazas pueblerinas de arena con columpios donde unos cuantos niños juegan sus juegos prudentes, sin molestar a nadie. De mayores serán registradores de la propiedad o podólogos. Queda en el aire el vago temblor de una ambulancia que quizá pasó hace exactamente veinte minutos y catorce segundos, o quizá por aquí nunca pasó una ambulancia. Es lo que yo digo.

La pintura amarilla de las casas es demasiado reciente, se nota mucho, aún no se han acostumbrado a ese color y se las percibe incómodas debajo de esa piel tirante, sin reconocerse bajo los disfraces de ese maquillaje explosivo que no pega (aún) con el tono ceniciento del cielo y los árboles. Con el tiempo, con el roce de los días y las muertes, todo se irá puliendo y descascarillando en una mordedura común, qué remedio, aprendiendo a tolerarse como la distancia entre las orejas y la nariz en el rostro de un recluso. La pintura quedará como un tesoro enterrado. Y el ojo, entonces, no verá nada.

Me sale al paso la terraza de una taberna con mesas fuera, con toldos aburridos, me apena tanto esta taberna que no resisto la tentación de sentarme allí, pese al frío, pese a los inconvenientes, pese a la bomba atómica que nos amenaza desde un cielo nuclear. Soy el único cliente de la mañana, tal vez el único en semanas o meses. Todo es extranjero y desangelado, justo

lo que prefiero. Será sólo un momento, un breve respiro en mi misión, tengo una aventura por delante que no puede esperar. En la mesa quedan migas petrificadas de alguna consumición pleistocénica. En el interior de la taberna, tras el mostrador, el camarero de dientes podridos, ni joven ni viejo, enjuaga algo en silencio bajo el grifo o piensa en la paraplejía de su hija menor, qué fatalidad, el médico del seguro dice que no se puede operar, las prótesis ortopédicas son caras, hay que ver, cuántas complicaciones y la niña está en un grito. Justo ahora cuando parecía que las cosas empezaban a enderezarse. Él tenía sueños, tenía planes, la posibilidad de regentar su propio negocio de repostería erótica. Llevaba meses ensayando en el horno formas fálicas y rellenos voluptuosos. Y en lugar de eso tiene que conformarse con estar allí, parapetado tras aquel mostrador de cinc, manoseando vasos por hacer algo y viendo al único cliente de la mañana (ahora llega otra a sentarse a su lado, menudo incordio), instalado en la terraza, sin intención de consumir, cuánto vago suelto.

Volvamos a mí. Estoy pensando en la correa de mi reloj, atada a la muñeca de una estatua, allá lejos, en un jardín o en el patio de una prisión, en mi antigua vida. Qué lejos queda todo, en eso pienso o respiro. Al cabo de un rato, sin pedir permiso, un cuerpo se desliza a mi lado, la reconozco, es ella, la mujer exuberante del bolso, la que me sigue a todas partes. Se sienta junto a mí sin hablar, no hablamos, mejor así, porque el diálogo acolcha y prefiero que nada mitigue la violencia de esta mañana única, ni me distraiga de su luz cavernosa. Lo que ocurre en el corazón, en el corazón se queda.

Entonces ella, yo diría que con delicadeza, aunque no estoy del todo seguro, pone su bolso frente a mí, y en ese bolso con broche que hace clic y sostiene el mundo ella empieza a rebuscar algo, entre recibos y píldoras. Un paquete. Envoltorios. Un inhalador para el asma. Se me ocurre la idea loca de que ella va a sacar de allí mis llaves y mi cartera, mágicamente recobradas del fondo de la alcantarilla. Pero no. Eso hubiera sido demasiado raro. Al cabo de un rato ella extrae, como si tal cosa, un huevo. Un huevo blanco, tan perfecto, casi la idea de un huevo.

La mujer lo deposita con suavidad sobre la mesa, un huevo suave. Deposita allí la blancura y el futuro.

Un huevo blanco, así escrito. Casi dan ganas de llorar, de tan enternecedor y tan huevo. El huevo sale del bolso del mismo modo que yo salgo de la fiesta. (¿Volver allí y disculparme por lo que hice? ¿Limpiar las manchas de sangre? Qué lejos está todo de mis nudillos). Ese huevo, allí tan

solo, saliendo del bolso de la mujer exuberante que me sigue a todas partes, el bolso que hace clic, el huevo que hace clic, la gallina que hace cloc, la mañana que hace tanto dejó de ser mañana para convertirse en otra cosa para la que no tengo nombre ni lo deseo. ¿Qué puedo yo, un mortal, contra un huevo de gallina Leghorn? Contra ese laborioso acarreo del calcio y las estaciones, ese montoncito de blancura con su amarillo secreto dentro, su yema pálida, sofisticada por filas de incubadoras y por sartenes con fuego debajo. Ese huevo existía por anticipado antes de que yo lo mirase o imaginase que iba a encontrarme con él bajo el amparo de un toldo. Antes de esta mañana. Seguramente antes de salir de la fiesta hoy con una nueva inquietud en la mirada y ganas de algo así como perderme.

Se puede ver a través del cuerpo de las demás personas. No es tan difícil. Sólo hace falta entrenarse un poco. Los órganos son transparentes. Las vidas son ectoplasmas al trasluz con ramificaciones de sangre, se enredan unas con otras, se enlazan, se separan, dejando a su paso, después de que todo termine, un rastro de luz removida.

La música se interrumpió con un graznido. Pasó aquello. Se dijeron cosas, saltaron algunos cristales. No sé por qué me empeño en seguir llamándolo fiesta. Fiesta no fue.

Estoy en el umbral de un barrio desconocido, en una terraza con migas, al alcance de una mujer exuberante que ha puesto un huevo en la mesa. No tengo dinero para pagar las consumiciones ni casa a la que volver. Quizá fuese esto lo que buscaba, no me atrevo a afirmarlo. Pienso que aún falta algo. No sé qué es. Echo de menos un poco de compañía. Ojalá que pronto otros hombres sin billetera, otras mujeres sin llaves, expulsados de otras fiestas, vayan sumándose a nosotros. Para rodear a nuestro huevo de ojos y de bocas, para abrigarlo quizá, para escribirlo. Un huevo manuscrito entre una multitud de náufragos. Esto, después de todo, no ha hecho más que terminar. Dentro de poco, si hay suerte, estaremos todos perdidos. ✱

Ángela Segovia

Mi memoria se congelará Los extraterrestres la descongelarán

Ninguna niña, pienso, que mire la luz del sol alcanzará nunca una sabiduría como esta.

Safo

*Iuvenis sempre
Sempre femina*

**LA MEMORIA DE UNA CHICA SE DESPEDAZA EN EL CIELO
LOS GORRIONES AHÓ**

1

Todas las noches salgo bien al balcón
Bien entrada la noche
En la calle no hay nada que decir
Sin embargo escucho a los muchachos quejarse de dolor
A las chicas también les duele
Porque les metieron dos dedos sin gentileza

Las Navas del Marqués, Castilla y León, 1987. Su libro más reciente es *La hora del abejorro* (Ediciones la Uña Rota, 2024).

¿Acaso no se notaba que eran vírgenes?

No es que haya abierto la ventana para hablar de esto

La luna es un medio limón en el cielo

Nuestros extraterrestres nos observan

Estoy enamorada de ellos

Y de las luces que nos mandan

Estoy enamorada de cualquiera

En mi bolso llevo siempre dos perfumes

Por si acaso el primero no te gusta

A ellos no les importaba

Te raptarían en cualquier maizal

Pero aquí no hay maizales

Así que nos raptaban en la explanada
que hay delante del saúco

Cuando escapábamos de la policía

Por habernos colado en la piscina

Las piscinas municipales de esta tierra

Sólo de noche son cálidas

Bajo las manos gruesas de los muchachos

Reverdece la hierba de los bordes

2

Qué bonita era la noche bajo la majada verde del cielo cuando nos observaban los extraterrestres. También las figuras gigantes o negras por las ventanas de la piscina del palacio, la que estaba abandonada. En las vaquerías abandonadas, bajo techos de silicato y lanas cancerígenas, todos brillábamos. Iban a venir Juan y Mateo, los dos me tomarían de la mano. En las noches de verano me trenzaba el pelo para tenerlo ondulado, me ponía un collar con una pluma de halcón. Juan y Mateo me tomarían de la mano y el chico desconocido me iba a mirar siempre en el borde de la piscina. Después, en la plaza, su hermano pequeño me lo preguntaría, y yo sí que querría, querría bailar con su hermano desconocido. Bajo el mantón de la abuela me apretaría las manos. La mantilla caería por mis hombros. La blanca, que es la más antigua, y saliendo de la plaza me marearía. Ahora el desconocido y yo bailamos mientras nos mira su hermano. Yo miro al desconocido al borde de la piscina aunque sea de noche y estemos en la plaza, sin embargo todavía lo veo al borde de la piscina. Ahora mis amigas se ríen escondidas como topos en las columnas del templete. Sus gafas se empañan y se

las suben arrugando las narices. Desde arriba los niños pequeños escupen palomitas. En el escenario unas mujeres agitan unas plumas verdes y doradas. La trompeta, la guitarra, más adelante, sólo las guitarras, la batería. El desconocido se marcha con sus padres. Ahora salgo de la plaza, bajo el peso de la mantilla, la blanca, que es la más antigua, mi cabeza se torció como si fuera un gallito. El pelo largo del desconocido cae por sus hombros, su hermano pequeño revolotea a su alrededor. Van a venir Juan y Mateo y me tomarán la mano y después seré yo quien deslizará las mías bajo los mantos verdes del cielo del verano, helados y plagados de extraterrestres.

3

La luna no ha dejado de engordar. Cómo explicarlo. No hay ninguna magia que puedan hacer los guijarros del empedrado. No vendrá nadie, no saldremos de la antigua vaquería a la hora de más frío a espiar la casa de Ventura. Cuando se levante una persiana no saldremos corriendo, aterrados. No me caeré en la calleja de la otra panadería, ni me rasparé los botines que me regaló la tía.

4

Me admiró que hubieran claveteado los neones en las esquinas de los cuartos de modo que cuando avanzabas por la antigua vaquería te querías morir. Y que hubieran tumbado los frigoríficos para que pudiéramos sentarnos dentro, entre las botellas de Black Label. El que me parecía más feo me tomó de la mano y me llevó con él al parque. Luego me besó y ya era mi novio. Era el más feo de todos. Puso mi mano sobre su entrepierna y el bulto creció y creció. Me di cuenta de que la luna también crecía a lo lejos, en el cielo, pero mi mano no la podría alcanzar. Detrás del polideportivo me regaló una pulsera de plata con su nombre y sus labios crecieron azules contra los míos. Todo crecía en él, sus manos gruesas detrás del polideportivo, su nombre en la pulsera de plata, todo menos su estatura, en el suelo congelado y durísimo donde en verano arrancábamos corujas.

5

Me ponía los pantalones blancos para subir al nivel dos porque bajo el neón azul brillaban. Para llegar teníamos que saltar por los tejados de las vaquerías. Un caballo blanco se había colado y nos miraba desde dentro, también él brillaba bajo los neones. Por la explanada del brajero corríamos juntos pero nunca nos tomábamos la mano. La respiración nos

salía en forma de humo, vaharadas verdes, querría haber gritado que me llevaran entonces, a aquellos que nos miraban desde el cielo. Mi padre hacía horas que trabajaba en silencio, mientras yo visitaba la peor de las vaquerías. A las dos era todavía temprano. Media hora después todo se precipitaba. El tejado se hundía sobre los muchachos. Me invitaban a una copa por detrás de un altarcillo. Aquel suelo se parecía a la piel de una ballena muerta, me quería tumbar sobre ella y llorar. Nadie lo habría entendido. Aunque no era necesario fingir. Cuando salíamos de allí los gatos se amontonaban tiesos en el cruce y nos miraban, no nos pedían comida. Los vecinos les echaban las sobras de la cena. Alguien nos dijo que Ventura había llamado a la policía otra vez. Lo hacía todas las noches porque escuchaba voces en las paredes. Lo que no sabíamos era cómo hacía Ventura para esconder a su hijo cuando la policía entraba a investigar lo de las voces. Qué voy a hacer, aquí tengo a mi gatillo, le decía a mamá los domingos por la mañana. Ella estaba asustada. Ya lo sé, le dije a mamá, tiene las uñas largas y en forma de garras. El novio de mi prima pasó entre los gatos con el coche y dijo que me subía al nivel 2. Siempre había algún coche que nos subía. Mis amigas se frotaban las manos. En los coches sacaban los vales de copas de sus calentadores y los contaban. Chupaban pajitas de gelatina. Yo odiaba lo de los coches. Lo que más me gustaba de la noche era correr por la explanada del brajero y la respiración saliendo de nuestras bocas en vaharadas verdes, antes de alcanzar la masa de los pinos, y adentrarnos en su negrura pegajosa, para salir por milagro al otro lado, entre los charcos de aceite irisado y los vómitos de los muchachos.

6

Cuando llegue la discoteca móvil, saldremos con las cintas de colores en las manos. Las intercambiamos gritando. Habremos escrito en ellas nuestras cartas. Algunas veces con tinta dorada o plateada. Algunas veces con tinta imborrable. Todas serán cartas de amor elípticas. Los camiones de limpieza se llevarán los rosetones caídos por la mañana, y las cintas amanecerán colgadas de las ramas de las acacias. Acacias hay muchas en la carretera. Tantas que el suelo se levanta. Seremos felices tropezando en sus monturas. Por la mañana, los coches se amontonarán en la plaza con el capó levantado y gafas de sol azul celeste vestiremos. Seguiremos bailando, como para siempre. De los bares regarán las botellas, también celestes, brillarán no al sol, pero a las serpenteantes luces nocturnas de nuestros ojos. Y nuestras ropas manchadas de camuflaje, ya no nos las

quitará nadie, sólo las manos del sueño, al mediodía, la hora en que no se corre peligro, sólo las manos del sueño las retirarán.

7

En el sol deslumbrante y gélido, los halcones y las águilas y los buitres y más allá las alas blancas de los molinos se remecen como espadas. La leña ardía en la estufa de piedra. Las piscinas estaban congeladas. La leña ardía detrás de las cortinas rojas. En el polideportivo las gomas se cuartearon. Una capa de aceite en el vino rojo se congelaba. En el casino las cortinas rojas raídas y las niñas en patines sobre el escenario tenían frío. Imitamos las voces de los ratones. Cuando se han ido los apoderados hemos arrojado todas las sillas al suelo y hacemos un castillo. Dentro imitamos las voces de los ratones. Después imitamos a los terneros. Después, Pedro nos llevará otra vez a su vaquería y al volver de las praderas habremos perdido tres o cinco vacas. Su padre le reñirá. Saldrá a buscarlas al anochecer, por la hierba blanca, tras la cortina roja del anochecer. Le veremos volver por las praderas con la linterna delante y las vacas detrás. Pedro se ha sumergido en el depósito de pienso para hacernos reír. Ha soltado al ternero más pequeño para hacernos reír. El ternero nos persigue en la noche helada. Nos reímos de la canción de Pedro, otra vez. Tengo una vaca lechera, dice la canción. Tal vez era él quien quería reír. Pero él no se ríe. O tal vez sí, mientras conduce la bicicleta sin frenos por esa cuesta abajo, hasta chocar contra el muro. Después la ambulancia, blanca y roja, atravesando las tinieblas. No le miréis, dijeron los primos en el hospital. Pero yo sí le miré, y vi sus ojos blancos y rojos y el lugar por donde le salían los clavos. Me recordó al ternero más pequeño. A ese ya no lo volveremos a ver.

8

Todas las noches intentaba escaparme de casa y más allá del confín de nuestro pueblo. Pero siempre había alguien en la escalera. Los novios de mis primas aguardaban en la verja con los bolsillos llenos de monedas. Papá salía en silencio a las dos o a las tres de la madrugada, apretando la bolsa con la ropa blanca. Otra vez los novios volvían a dejar en casa a mis primas. Al amanecer, el abuelo salía con los cántaros vacíos, o bien regresaba ya con los cántaros goteando leche. Y luego se le veía en la cocina azul, bajo la luz de los fuegos, retirando la nata con un cazo y su respiración nerviosa. Y bien, si una franja de la noche se abría para mí, yo salía corriendo escaleras abajo y después calle arriba. Los muchachos me

perseguían con sus patines pero nunca llegaban tan lejos como yo. Siempre había un chalet vacío que les absorbía. Les veía por última vez en lo alto del muro o entre la espesura de las arizónicas. Yo les miraba desde abajo, casi echándoles de menos. Las higueras relucían. No sé cómo, en mis dedos goteaba la leche de los higos. El abuelo ya se habrá sentado entre el jilguero y el canario con su vaso de leche. El abuelo ya estará llorando, como siempre, con sus ojos de un azul muy pálido iluminados por aros rojos. Y luego, corría por las colinas, hacia las montañas azules, y en el cielo me vigilábais hasta verme chocar. Y siempre me chocaba. Quién sabe con qué. Era invisible. Era el confín de nuestro pueblo. Y tal vez el marqués lo hubiera puesto allí.

9

El día de mi comunión sólo quería una cosa. Una paloma para mi cesta de rosas. Una paloma blanca, del palomar del abuelo. Me pusieron el vestido de jaretas y me dieron la cesta de rosas y me abroché sola los zapatos de hebilla plateada. Bajé las escaleras ceremoniosa, culpable de vanidad pues todas mis primas habían salido en túnica lisa y yo llevaba jaretas, decenas de ellas y también las mangas abullonadas. Además, ya había tomado la comunión, por error y sin confesión, en la noche de reyes, vestida de paje, con una gran pluma azul en la cabeza. Sin embargo yo estaba decidida y entré al dormitorio donde el abuelo dormía y le desperté tirando de su medalla. Su barriga crecía como un inmenso volcán. Le pedí la paloma. No sé de qué palomas hablas, rugió el abuelo. Más tarde, mientras esperaba a que me trenzaran las flores en el pelo, vi al abuelo trajinar por las habitaciones con su ropa de siempre. Cuando todas se fueron yo me quedé sentada sobre la mesa camilla. Entonces el abuelo vino y me hizo extender mi falda y sobre ella puso sus manos en las que iba escondiendo algo. El sol brillaba contra la lámpara de farolillos y contra los muebles de espejos y brilló contra la tela del vestido cuando el abuelo retiró sus manos grandes, llenas de pequeñas manchas. El pequeño murciélago tembló entre las jaretas de la falda. Lo apresé con ellas y tembló. ✱

Pilar Martín Gila

Atrabilis [Fragmento]

Un buen día, ya no puedes estar sola si no tienes a alguien contigo.
No abres hasta que escuchas la consigna. El griterío en la calle.
Una voz en el rellano da contra la puerta.
De piso en piso.
Parpadeando la luz de la escalera.
Un golpe. Y ahora,
no hay miseria alguna
en la que pensar
cuando cruce el pasillo.
Hacia ti.
Más adentro.
Al caer como un cuerpo en el agua. Así rompes toda definición.

Hablo de cuando te miré. De cerca. También moriría por ti.
Cayendo contra el suelo. Como el jarrón. Súbitamente. Por el viento.
Por mi propia mano. El asa partida. Partido el vaso. Contra el suelo.

Cuando se desató ese viento. En el jardín. Arrastró dos sillas.
Íbamos a sentarnos a comer. Pero volamos. Antes. Sin proyecto.
De este modo, todo eso lo vi.

Aragoneses, Castilla y León, 1962. Su libro más reciente, en coautoría con el compositor Sergio Blardony, es *Emparedada* (Libros de la Resistencia, 2021).

Desde un lugar inexplorado. A kilómetros de altura. Tocando casi el
[vacío. A nuestra espalda.

La descarga en los hombros. Por haber cada vez más vacío.
Que atrae. Que se nos come.

Pero esa era la alegría. La respuesta antes de darse. Esperando.
Como la consigna para entrar. También para salir.
Dicha la palabra. Todo su efecto. La ternura del acto.
Dicha la palabra. Desaparece. Lo que iba a prometer.

Era desde el cielo. Pude ver el jarrón. Rompiéndose.
La vida esperando este fin.
Y viene a darse a kilómetros de altura.
Aterida. Sin ya poder llegar a tiempo.

El jarrón roto como por una bala,
que diera en la frente.
Esa herida en el hueso
de mil astillas,
que me hubiera vertido
sobre la tierra.
En vez de aquí arriba
desde donde veo
cómo el jardín
se abre por la mitad
y cada parte cae a un fondo,
donde no hay respiración
ni calma, sin luz, la tierra de un jardín
sin contención, me refiero a sus raíces.

Tantos años aguardando este fin,
será tiempo perdido
la sucesiva demora
sin que llegue a cumplirse
y ya acabe.
Van cientos de muertes. Y el frío
que persigue al cuerpo.
Pero todo se lo quiere llevar
la misma esperanza. ✱

Grachus

Eduardo Jordá

—**Recuerde bien cómo se llama.** Sólo podrá usar una vez su nombre, pero esta vez será la definitiva. No habrá vuelta atrás.

El marinero desapareció de la cubierta. Era un hombre mayor con barba de varios días. Más bien parecía un vagabundo de los que dormían en los márgenes del río sobre un lecho de cartones.

El barco estaba atracado en la última dársena fluvial antes de la curva por donde el río embocaba hacia las marismas. A unos cincuenta metros había una escuela de remo, pero aquel día no había nadie en las instalaciones. Tampoco había nadie en la cubierta del barco (el marinero debía haber bajado a los camarotes, si es que aquel barco tenía camarotes). Hacía calor, o eso le pareció, aunque no estaba muy seguro. Desde hacía días —¿o eran semanas?— no podía estar seguro de nada. Pero el marinero le había preguntado cómo se llamaba, y el problema era que no tenía una respuesta. ¿Cómo se llamaba? Una vez, en África, un misionero belga —un tal Bekaert o Gevaert o algo así— le había dicho que todos teníamos varios nombres a lo largo de la vida. Tras una enfermedad, tras un fracaso, tras una ruina, tras una separación o al emprender un viaje, o al regresar, o cuando ya no se sabía qué hacer, o cuando lo habías hecho y descubrías que habías fracasado, tu nombre cambiaba porque debía adaptarse a las nuevas circunstancias. Miró el agua del río, tan tranquila a aquella hora de la mañana (los remolinos llegarían más tarde), y se preguntó cuál sería el suyo en aquel momento, después de haberse subido a aquel barco en la dársena desierta.

Palma de Mallorca, Islas Baleares, 1956. Este es un fragmento de la novela inédita *Grachus*.

¿El que ha sobrevivido? ¿El que ha hecho daño? ¿El que no sabe encontrar el camino? ¿El que ni siquiera sabía que había un camino?

Miró el agua, singularmente transparente en aquella parte de la dársena que otros días recordaba espesa y oscura. Se oían voces de niños cantando «Cumpleaños feliz» en algún sitio. Debían de estar en el embarcadero o quizá en el parque que se extendía al otro lado del talud, donde las familias celebraban picnics por las tardes cuando llegaba el buen tiempo. Miró hacia allí, pero no vio niños ni familias ni ciclistas pedaleando bajo los pinos. Y sin embargo, las voces infantiles llegaban nítidas hasta el barco. «Cumpleaños feliz, cumple aaaa ñoooooos feeee liz». Intentó recordar qué versos venían a continuación, pero no logró acordarse bien. ¿Te cantamos todos? ¿Te deseamos todos? ¿Te apreciamos todos? No, no se acordaba.

Notó que el barco se balanceaba débilmente. Debía haber pasado una barca (o tal vez una canoa de los entrenamientos de remo), porque vio que llegaban ondas a la orilla, débiles, tranquilas, aunque no se veían embarcaciones ni lanchas por ninguna parte. Vio un salvavidas colgado de la amura, a babor —¿o era estribor? — y vio unas descoloridas letras negras que decían Grachus. ✱

Sandra Santana

Y ¡PUM! Un tiro al pajarito [Selección]

Soñó que metía la mano en la cartera del timador y le robaba una muela que todavía conservaba un pedazo de carne. Ahora el hueso estaba en su boca. Al quitarle la muela se había llevado también la ausencia de ella.

**BLANCAFLOR SE LEVANTÓ BIEN LA FALDA Y LES MOSTRÓ SU SECRETO:
«LA BELLEZA ESTÁ SIEMPRE PRESENTE, PERO SÓLO PARA QUIENES SABEN
ORIENTARSE SIN TEMOR EN LA OSCURIDAD DE SUS DOMINIOS»**

No existía el azar aquella noche.

Thomas Pynchon

¿Se cierra o se abre el círculo? Míralo bien: precisamente aquí, en este juego obsceno de las analogías, en la ambigua seducción de los signos, reside el blablablá del mundo.

Madrid, 1978. Estos poemas pertenecen al libro *Y ¡PUM! un tiro al pajarito* (Pregunta Ediciones, 2024).

LA PALABRA CORAZÓN PASA POR TU BOCA COMO UN POTRILLO HAMBRIENTO, COMO UNA GRAN SOLEDAD, COMO UNA GRAN VENGANZA, COMO UNA GRAN VERGÜENZA IRREPARABLE

Y, de nuevo, ¿acaso no era aquella mirada idéntica a esta con la que años después atrapa el pastel con firmeza mientras se humedece los dedos? Nuestro repertorio de gestos no es infinito, en ocasiones dos sonrisas iguales en estancias lejanas de modo inconveniente. En resumidas cuentas, ¿no satisfacía ahora, al acercarse la mano a la boca, el hambre de otro postre?

AQUEL VERANO REZAMOS SIN SABERLO A SANTA GEMA GALGANI, PATRONA DE LOS VENDEDORES DE HUEVOS Y DIAMANTES, DE LOS MÁS ALTOS IDEALES Y DE LOS BLANCOS FRUTOS SURGIDOS DE LOS MÁS NEGROS ORIFICIOS DE LA ANIMALIDAD

¿Que la portera guarda una gallina en el sótano? Sí, es cierto, así de plumífera y sucia es la verdad, así de oscura. ¿Y no da huevos? No, no da huevos porque donde no hay luz —ni siquiera luz artificial— no hay vida.

TODAS LAS MENTES SE ABREN Y CIERRAN AL COMPÁS DEL SONIDO PAJARÍSTICO DE LA LENGUA: LA LENGUA SE SUELTA Y COMIENZA A MOVERSE DENTRO DE LA BOCA

El cuerpo se mueve siguiendo un pulso imperceptible. Silencioso, el zapato de Piet Mondrian marca, arriba y abajo, el compás del *boogie-woogie*. Y tú ahora estás aquí, y aquí, y aquí, y aquí, y aquí. Así que bailas, en cierto modo, en sentido figurado, en el mejor de los sentidos, ¡oh sí!, el *boogie-woogie*.

¿Y la mano de Mallarmé?

¿La mano de Yeats?

¿La mano de Juan Luis Martínez?

¿La mano de Mondrian?

¿Qué movía todas esas manos?

¡El misterio del mundo las movía! ¡Los muertos silenciosos las movían!
El lenguaje moviéndose, cosquilleando la lengua en la boca del lenguaje.
El pajarístico, el imparables ritmo del *boogie-woogie*.

TIPOLOGÍA DE LAS CINTAS INVISIBLES QUE APRISIONAN LAS MUÑECAS Y TOBILLOS DE QUIENES PASEAN CON SANDALIAS Y VESTIDOS LIVIANOS SIN SABERSE OBJETO DE UNA COMPOSICIÓN

De haber reconocido antes alguna violencia en aquella mínima presión sobre la piel que no dejaba marca se habría liberado de ella. Como de las sandalias que ahora descansan sobre la alfombra, junto a la mesa del arquitecto.

HIJOS QUE SOMOS DE ÚLISES, AQUEL ORGULLOSO DE PODER BATIR A CUALQUIERA SEGUNDO TRIGO CON UNA BUENA HOZ EN UN LARGO DÍA SIN COMER DESDE EL ALBA HASTA EL CREPÚSCULO

Existía un lugar en el que podían verse cruzar con insistencia las direcciones de un pájaro (en el cielo), un tren (atravesando las vías, bajo el puente) y un coche (por la carretera situada al frente). Sentía cierto alivio al avanzar mientras cada elemento continuaba su rumbo y la abandonaba (después de coincidir alargando al infinito un brevísimo instante) con la intuición de que en cualquier momento aquel encuentro podía volver a producirse.

La cáscara de las almendras tostadas se deshace con un movimiento de los dedos. Así de sencilla es la metamorfosis, así de fácil se accede a la naturaleza blanca y rugosa del fruto. La costra que se desprende una vez que la herida está curada. Nada debajo: una fina superficie algo más clara que el resto de la piel.

**¡LLORAD, ESTÚPIDOS! ¡PERO LLORAD CON LÁGRIMAS DE LIMÓN Y MIEL!
¡LLORAD CON LÁGRIMAS COMO TRENZAS DE COLEGIALA! ¡CON LÁGRIMAS QUE SE LLENAN CON LOS PÁJAROS DEL CIELO Y ESTALLAN Y SE MULTIPLICAN, Y BRILLAN POR UN MOMENTO TANTO QUE NOS DEJAN CIEGOS PARA LAS COSAS DE LA RAZÓN!**

El corazón de Nezahualcóyotl me lo como yo todas las mañanas en el desayuno.

Lo saco de su mudez todas las mañanas.

Habla aquí el corazón del indio, y dice:

*Quetzalcóatl,
tiene plumas hermosas y eternas para quien mira al cielo,
para quien doblega la cabeza
sólo tiene escamas.*

*Yo, que he ido y he vuelto de la casa de dios,
os digo:
dejad que vuestro corazón devore el mundo,
rápido, antes de que anochezca.*

Sonríe mi boca devoradora de corazones.
Las palabras, como pájaros, volando sobre el cristal.

**COMO UN CORCEL NEGRO AL GALOPE POR LAS PRADERAS DE SUS OJOS:
«¡QUE NO TE ABRAZCE NADIE! SI ALGUIEN TE ABRAZA, ME OLVIDARÁS»**

Ondea en el agua el doble puente arrojado sobre el río. Por ese mismo camino, de ida y vuelta, el que ahora está a tu lado se despide y regresa con un rostro distinto, atravesando su imagen fantasma. ✕



El infinito verde

Pilar Adón

Corrían las dos tomadas de la mano. Iban a ver el cadáver del loco con los dientes rotos que el padre de su amiga había encontrado la tarde anterior, y corrían entre los charcos, las zarzas, las ramas caídas, la hierba, las flores y las enormes piedras. Tenían prisa porque era tarde, la noche se les iba a echar encima. Así que su amiga iba delante, abriendo el camino, y Sofía se dejaba guiar. Era su amiga quien sabía dónde estaba el cadáver. Su padre se lo había descrito a ella y, por tanto, debe ser ella quien corriera rompiendo las ramas con los pies, haciendo un surco con el cuerpo, dejando un rastro tras de sí al pasar... Sofía iba detrás y a veces se reía.

Las dos respiraban una humedad constante y cada vez que abrían la boca una nube de vaho aleteaba a su alrededor hasta desaparecer disuelta en el aire. El frío se enroscaba en sus gargantas, apretando con fuerza, y su amiga decía «ya llegamos» cada diez pasos. Sofía se reía diciendo que no llegaban nunca, y entonces la otra chica tiraba más de su mano y repetía: «Ya llegamos».

El verde las rodeaba, el verde limitaba sus movimientos, el verde no permitía ver qué había más allá, el verde ahogaba y no llegaban a su destino nunca. Sofía preguntó que por qué no se daban la vuelta.

Madrid, 1971. Este es un adelanto del libro de cuentos *El mes más cruel*, que será publicado próximamente por Impedimenta.

—¡Porque no! Porque ya estamos cerca y sería ridículo abandonar ahora. Veremos al muerto, y luego se lo contaremos a las demás.

—Se hace de noche.

—¿Es que quieres que todo el mundo se ría de nosotras? —preguntó casi gritando su amiga, mientras soltaba su mano con violencia.

—No...

—¡Pues entonces vamos!

Y siguieron caminando con más decisión aunque también con menos fuerzas. El frío era cada vez más intenso, como eran más intensos los ecos producidos por los animales. Llevaban los pies empapados porque el verde no dejaba ver el suelo, el verde ocultaba los charcos, y las dos caían en ellos pensando inocentemente que todo lo que había bajo sus zapatos era tierra. Pero lo cierto era que aquel verde dominaba el recorrido.

—Tiene que ser por aquí —dijo su amiga en voz baja.

Y Sofía no se atrevió a repetir que deberían volver a casa. De todas formas, ya era casi de noche y el camino aparecería igualmente oscuro.

—No puede quedar lejos...

Eran dos excursionistas en busca de la representación fascinante que suponía un desenlace trágico. *No puede quedar lejos...* Las palabras de su amiga se fueron perdiendo en la distancia verde y, de pronto, Sofía advirtió que había dejado de oír su voz y que todo lo que podía percibir era el sonido de unas pisadas que se alejaban corriendo.

La llamó, gritó, pero no obtuvo respuesta. Tan sólo el rumor de los pasos de su amiga que, cada vez más remoto, se unía a los demás ruidos de la noche, y que pronto se disiparía también, dejándola sola allí, en el centro del verde, rodeada de una aspereza húmeda y asfixiante, limitada por un verde que impedía pensar con claridad.

Repitió su nombre, esta vez en voz baja, y le pareció que la maleza se estremecía ante aquel sonido extraño, así que no volvió a hablar. Intentó avanzar en la dirección que llevaban las dos, pero decidió de inmediato que lo mejor sería darse la vuelta y emprender el camino de regreso. Sin embargo, no supo por dónde debía ir. El espacio, abierto unos momentos antes, había desaparecido. El bosque se había regenerado: había reconstruido en un segundo los desperfectos que ambas habían ocasionado. Tan sólo el verde que ella pisaba continuaba modificado, aunque se trataba de un espacio muy reducido. Cada vez más reducido... Todo palpitaba a su lado en una transformación inagotable, y únicamente ella creía mantenerse quieta e idéntica.

Lo demás no cesaba. Todo evolucionaba en un fluir de vida y de destrucción, mientras Sofía permanecía cercada por el verde, en el interior de un reino que truncaba cualquier percepción de lo que sucedía en el exterior. Sólo podía reconocer el sonido del viento entre las ramas de los árboles y el chapoteo de algún anfibio que nadaba, en círculos, junto a sus pies.

Debía pensar con tranquilidad. Debía considerar qué hacer, hacia dónde moverse, cómo encontrar a su amiga. Pero le iba a resultar muy difícil, ya que algo extraño estaba sucediendo. El espacio había comenzado a establecer sus verdes vallas en torno a ella, y, además, no era un animal deslizándose bajo el agua lo que producía aquel chapoteo que escuchaba continuamente, lo que le causaba aquel curioso cosquilleo en los pies... No supo cómo había comenzado el proceso pero, más tarde, cuando ya resultaba imposible intentar siquiera hacer algo, cuando se miró las piernas y luego fue bajando los ojos hasta llegar a los pies, comprendió que ya no tenía pies y que unas curiosas prolongaciones con pelillos flotantes habían surgido directamente de sus talones. Le habían crecido raíces.

Que absorberían las materias necesarias para su crecimiento y desarrollo, y que le servirían de sostén.

Al darse cuenta de lo ocurrido, se sorprendió imaginando lo que podría suceder si una tarde, cuando estuviera casi anocheciendo y la luz empezase a confundirse con las sombras, dos chicas tomadas de la mano se aventuraran a pasar por allí, corriendo, en busca de los restos de aquella otra chica que se había perdido al querer encontrar el cadáver de un loco con los dientes rotos del que había oído hablar. Sintió pánico al imaginar los pies veloces de aquellas dos amigas, pisoteando, arrasando, destrozándolo todo. Le aterraba que pudieran pasar sobre ella y que ella, a causa de su origen diferente, a causa de su extracción no vegetal, careciera de la capacidad intrínseca de recuperación que advertía a su alrededor. Intuía un líquido extraño, de color indefinido, saliendo de su quebrada forma. Un color que no sería del todo rojo y que, tal vez, pudiera comenzar a ser verde. Verde como aquel universo salvaje y hambriento del que ya, sin remedio, formaba parte. ✱

Pablo López Carballo

beso político de cada amor que tengo [Selección]

GRAVEDAD DEL MAR

El viento pone huevos
en todo lo que alcanza a ver.
No quiere para él toda la tierra.
Así, lo invisible pasa a lo visible
sin atravesar fronteras.
Una araña ha renunciado a hilar
y trata de ocultarse en el ángulo
de un plato llano.

Cacabelos, Castilla y León, 1983. Estos poemas pertenecen a su libro más reciente, *beso político de cada amor que tengo* (Libros de la Resistencia, 2024).

Algo ancestral se pierde en cada camino
que deja de conducir a otro camino.
El mar penetra táctil
el mundo sin orillas.
Las espigadoras de Millet
retiran sus pañuelos y se abanicán.
Regresan de la muerte los gallineros.
Rayos de corral iluminando
féretros de espiga.
Rutinarias fábulas de diluvio
y vidas bajo el agua.

Nos convocan las chicharras políglotas,
árbol de Babel, en el que crece
lo que existe y lo que imaginamos.
De aquí no nos moverán ni las rosas
envidiosas que insisten en su prisa,
ni los enemigos de la sombra
que no nos ven, pero nos intuyen.
Se ha parado el tiempo, trabajamos
con rumores: ritmo de galaxia
gastada o en desuso: estrellas, polvo,
gases, partículas que creen ser
otra cosa,
así vivimos bajo los árboles,
estatuas que han pactado con lo efímero
para no sufrir con la eternidad.

Repasamos los ángulos del fuego.
Los jilgueros se excusan antes de cantar.
Algunos ojos se vuelven sobre sí,
se encierran en su respiración
y caen de miedo si a la córnea llega
una luz. Son los que cuidan remolinos,
los que albergan la inquietud.

A fuerza de crecer el laberinto
y de esforzarse en que no coincida
con el tiempo, la tierra gira
con la certeza de hacer coincidir
la vida con la vida.

CAVAR

Cavar hoyos para reconstruir ciudades. Cavar hoyos por el placer de hacerlo y también para sembrar cráteres. Cavar por cavar, cavar por amor un hoyo y esconderse del mundo dentro. Cavar como imagino que harían los que no tenían dientes y cavaban para buscar alguno y masticar así la salazón. Cavar porque las cosas se cavan o se olvidan, se centran en puntos de contacto o se dejan pasar. Cavar para doblegar las dobles negaciones. Cavar a la manera de los antiguos, toscos y desamparados —tocados por la dulzura sin apariencia—, que dirigían la caída del sudor para atildar aperos. Cavar como nadie. Cavar, como escribir, para no hacer que desaparezcan todos. Cavar silencios. Cavar por no escribir, por dejar que las cosas vivan o mueran sin interferencias.

MATAS ALTAS

Para Amala Iglesias Serna y Júlía Piera

Inundaciones de Kale y Colza, el paisaje
se desatornilla con los cultivos, centros
de diagnóstico y diálisis, basílicas
abiertas veinticuatro sobre veinticuatro,
pregunto por el dios de los tomates.
Me gustaría plantearle algunas cuestiones,
porque el futuro pasa por el tomate
pero no he encontrado todavía a nadie
que pueda responder a las preguntas

que acumulo para proponerle, finalmente,
 a alguien que sepa de esto. Pregunto
 al revisor del tren, ellos siempre saben
 lo suyo y lo que llevan los demás, tal vez
 si ha visto a alguien con tomates,
 de norte a sur, quizás, si esa es la trayectoria,
 acaso sea a quien estoy buscando.
 Me preguntan todo el tiempo:
 ¿qué le regalarías a tu amor?
 A mi amor yo le regalaría las mejores
 plantas de tomate para que las ponga
 al sol. En otros lugares le dicen tomateras
 o tomate, la parte por el todo, el fruto
 por la planta, como si fuera el dueño
 de los pájaros o el que ordena los árboles.
 Le regalaría las mejores plantas, cada una
 diferente, pero de cada una la mejor.
 Ella regresaría del mar —donde duerme—
 y dejaría caer sobre la mesa un gran pez,
 un atún, una manta o un bacalao.
 Seríamos felices viendo crecer las plantas
 en el salón y pondríamos agua en una esquina
 para que el gran pez beba y engendre.
 Si el gran pez es un atún, de su unión
 con el tomate saldrán calabacines,
 si es un bacalao o una manta llenaremos
 la casa de berenjenas y alcachofas.

A UNA POETA FUTURA

Sería extraño no estar en crisis
 y que no haya quienes ejerzan
 —con evidente equívoco— el poder.
 Ten presente que la abundancia
 es primer síntoma de penuria
 y que las plagas se anuncian festivas.
 No te dejes llevar por la angustia
 o las ciencias económicas, baila
 e intercambia encargos
 que iluminen ideas ajenas.
 Si comes, duermes y los tuyos
 se van en orden, celébralo.
 Deja a los filólogos la vulgata
 y anota lo que harás el lunes
 para que nadie te lo arrebate.
 No hagas caso a las máquinas,
 responde, recopila, reenvía,
 salvo cuando tu vida esté en juego:
 un tren podría ocultar otro,
 no fumes en el metro,
 última parada,
 aléjate de la línea amarilla.
 Huye de los mecenas
 y di estar siempre haciendo otra cosa,
 nunca digas escribiendo poesía.
 Cuando lo hagas evita lo bélico
 pero sé combativa, no complazcas
 pero permite que los muchachos
 se enamoren a tus espaldas,
 disiente, sé amable ocurra lo que ocurra,
 recita a Safo, Ovidio y Catulo
 y no creas a quienes venden
 éxito, felicidad o progreso.
 La prosperidad: sábanas, platos
 y alguien que te quiera mientras escribes. ✱



Los hombres

Javier Sáez De Ibarra

1

Había una vez un hombre bueno y un hombre malo.

Todas las mañanas el hombre bueno se meaba en el jardín del hombre malo.

2

Había una vez un hombre bueno y un hombre malo.

Todas las mañanas el hombre bueno escupía en el parabrisas del coche del hombre malo.

3

El hombre bueno y el malo vivían en la misma ciudad. Eran casi vecinos.

El hombre malo había seducido a la mujer del hombre bueno. De eso hacía un año.

4

El hombre bueno se levantaba cada mañana con la idea de hacer daño al hombre malo. Su rostro amanecía trastornado; en sus ojos, la violencia irradiaba.

5

El hombre bueno había sufrido muchísimo. Sufría aún.

A pesar del tiempo transcurrido.

6

El hombre malo se levantó durante meses cada mañana pensando en su encuentro con la mujer del hombre bueno. Un brillo de malicia y felicidad se distinguía en sus ojos.

Vitoria, País Vasco, 1961. Su libro más reciente es *Un réquiem europeo* (Páginas de Espuma, 2024).

Pasaba con su coche. Una de las ruedas hacía brincar la tapa de la alcantarilla. Ella con esa señal convenida se volvía loca.

7

En aquella ciudad vivían un hombre bueno y un hombre malo. Su suerte era diversa.

El hombre bueno, por diferentes razones, había acumulado una aceptable fortuna. El hombre malo poco menos que vivía al día.

8

En aquella ciudad, todos los días un hombre orinaba en el jardín de su vecino.

Mientras lo hacía, los dones admirables de las flores, los arbustos, los árboles junto a la verja se volvían maravillosos a la claridad creciente y tímida del alba.

9

El hombre malo había seducido a la esposa de su vecino, una mujer hermosa y orgullosa de serlo.

Quien siempre había estado provocándolo; desde que supo que ocupaba la casa que distaba de la suya menos de doscientos metros. Ella lo saludaba en la acera, desplegaba sus ademanes mejores, soltaba la risa con ocasión de un simple comentario. Una mañana le pidió unas monedas para una compra urgente y le dijo que iría a devolvérselas: muy pronto.

Aunque a aquel hombre (malo) le bastaba un solo gesto para sentir la provocación.

10

Había una vez en una ciudad cualquiera un hombre bueno y un hombre malo.

Todas las mañanas el hombre bueno se meaba en el jardín del hombre malo. Era infeliz.

Era realmente infeliz. Algunas noches...

11

En aquella ciudad, tampoco el hombre malo parecía dichoso. Con los años, su esposa se había convertido en una mujer vulgar. No sentía que sus hijos lo quisieran mucho.

Algunas noches, hacía crucigramas en el sofá antes de acostarse.

12

El hombre bueno perdonó de corazón la infidelidad de su esposa.

Ella le prometió que había sido un desliz; le aseguró que lo quería, que no volvería a suceder. Sin embargo, él supo íntimamente que el hilo que los mantenía unidos ya se había roto.

Y no por culpa suya, ni de ella. Más allá de sus voluntades, se había roto. Sin más. Y no existía ninguna manera de repararlo.

13

El hombre bueno orinaba cada mañana en el jardín de su vecino, con audacia, con rencor y una pizca de alivio, seguro de no ser descubierto. Luego escupía: dejaba una señal sucia en el limpiaparabrisas de un coche. Mientras la luz del sol embellecía lentamente todos los rincones de la ciudad.

De ninguno de los dos actos se sentía orgulloso. Era un hombre razonable.

Ninguno le proporcionaba tampoco la menor alegría.

14

El hombre bueno, algunas noches, imaginaba el hilo que lo había unido a su mujer, partido.

Se comprometió a que, si ella lo traicionaba de nuevo, no se conformaría con orinar en el jardín o escupir en el coche de aquel hombre. Cometería una acción más grave. Mucho más grave.

Estaba dispuesto a intentar matarlo.

No a matarlo; a intentarlo. Hacer algo que pudiera ocasionar su muerte. Disparar sin apuntar a la cabeza (sabía cómo conseguir un arma); o arrojarle desde lo alto un objeto pesado: una piedra, un tiesto, una herramienta.

15

El hombre malo sólo había sido una vez infiel (por así decirlo) en su matrimonio durante aquellos casi treinta años, con aquella vecina. Juzgó que no era un buen marido, ni un buen padre, ni siquiera un buen trabajador.

Pensó que quizá sólo como amante sería aceptable. Durante aquellos días clandestinos, hicieron el amor como adolescentes, rejuvenecieron, se contaron la verdad de sus vidas sin reservarse nada, ni las culpas. Conversaban y se amaban; se amaban y se comprendían. Vivieron rabiosamente felices. Clandestinos.

16

El hombre bueno pensaba de sí que tenía la bondad de los burlados. La bondad mansurrona de la tontería.

Bobo y bueno: se parecen, pensaba afligiéndose.

17

El hombre malo se creía el más listo fumando boca arriba, mientras ella le daba y recibía calor fundidos todavía como un solo cuerpo entre las sábanas. El rompecabezas le presentaba su figura más dichosa.

Ella soñaba mundos que no había vuelto a visitar desde que se uniera a aquel marido suyo. Desde que dejó de ser la mujer inexperta, a la que ya no se parecía en nada.

Ella sentía que aquel hombre le devolvía una oportunidad que, de alguna forma, había extraviado.

18

El hombre bueno se enteró de casualidad. Un compañero de trabajo le contó que los había visto abrazándose a la salida de un motel.

Se sintió tan idiota que hubiera querido tomar la sobredosis de un tranquilizante y acostarse.

A esperarla.

19

Cuando la mujer del hombre engañado empezaba alguna vez con sus dudas, el hombre malo desviaba la cuestión. No quería ni oír hablar de implicaciones morales. Simplemente no creía en ellas, se justificó. No existe la moral, no nos incumbe. Sólo hay dos opciones, que son excluyentes: el miedo o la determinación.

Ella lo dejaba razonar y se mecía al vaivén de sus ternuras.

20

¿Por qué poner en peligro su felicidad recién descubierta? Mientras pudieran, debían vivir en ella.

Pues la desgracia se había apoderado de la ciudad, del país, del mundo entero. Cada cual se encerraba en su pequeña cárcel para volverse infeliz. Quizá también a ellos les llegase la hora de regresar a sus cuatro paredes.

Mientras que, en aquel cuarto de alquiler, fulguraban.

21

El hombre bueno habló con su mujer. No armó ningún escándalo; tampoco le hizo chantaje con el dinero. Si soy bueno y bobo, lo aceptaré; lo seré hasta las heces.

Ella lloraba. Quería, no podía, no sabía explicarse. Todas aquellas escenas en el cuarto del motel de inmediato se desplomaron.

Una mujer, un hombre. Tratando de conversar.

Una esposa y su marido con la luz encendida de la habitación, sin haber cenado, a la una de la madrugada.

22

Ella logró explicárselo a su esposo. La lista interminable de incomunicaciones y errores. Debilidad por ambas partes. Ceguera. Una historia de sentimientos perdidos.

En algún momento, él no aguantó los nervios. Estalló un vaso contra un cuadro, tiró una lámpara. Gritó: soy bueno, ¡no estúpido! La sujetó por el cuello de la blusa. Me haces daño. No la soltaba. Te digo que me haces daño. Con los nudillos rozando le hizo saltar un poquito de sangre.

23

El hombre malo tuvo un presentimiento. La telefoneó dispuesto a colgar si lo cogía él. Hizo un segundo intento, un tercero, un cuarto... Mintió a su mujer. Una quinta llamada cerca de la medianoche. En medio del drama nadie levantó el aparato. No se veían todas las ventanas de su vecino desde las suyas. Saco la basura, dijo como excusa.

Rodeó la casa, la luz en la ventana alta clareaba las cortinas; los vio como dos dioses griegos que dirimían desde allí el destino de un héroe.

24

Esa noche el hombre malo se abrazó a su mujer. Corrieron lágrimas por los ojos de ambos.

Y le pidió amor.

25

Había en una ciudad un hombre malo y uno bueno.

26

Naturalmente, ninguno se refería al otro de esa manera. (Se lo habrán imaginado.) Evitaban nombrarse, evitaban encontrarse.

27

El hombre engañado decidió tomarse un tiempo de reflexión. Como seres civilizados, sensatos. Ella coincidía; no acataba simplemente una decisión de él.

Un tiempo para pensar siempre es bueno. (En vez de la solución impulsiva.)

Para sopesar las cosas. Para ver de cada caso su pro y su contra. Para los cálculos.

28

Durante aquellos días el hombre malo se desesperaba. Apenas conseguía hablar con ella. El barrio se había vuelto cómplice del marido; a la mujer le faltaba el color de sus emociones.

Cuando se encontraban, ella hablaba poco y con susurros, a punto de llorar. No sabía explicarse.

El hombre malo le preguntó: ¿Ya no me quieres? Que ahora no era igual. Que sí, todavía. Que todo había cambiado. Que esperase.

29

El hombre malo temía que su vecino fuese contra él. No era sólo un hombre con una considerable presencia física; tenía dinero, influencia quizá.

El tiempo transcurrió. No sucedió nada.

El hombre bueno deliberaba en su corazón. También el hombre malo deliberó con el suyo.

Poco a poco los ojos del barrio volvieron a cerrarse.

30

El hombre malo empezó a ser más cuidadoso en el trato con sus hijos. Decidió que los cuatro cenarían juntos, sin televisión. Había mucho que contarse. Aunque al principio costara por falta de práctica; luego la comunicación fluiría entre ellos. Se sentirían mejor consigo mismos; más amorosos unos con otros.

Me gusta lo que estás intentando, le dijo su esposa. Te quiero.

Voy a rehacer esta familia.

Si ya somos felices, le contestó la esposa. ¿Estás llorando...? Pero cariño.

31

El tiempo pasó, efectivamente. Para un hombre y para el otro. Para una familia y para la otra. El tiempo se regala así.

Los amantes ya no coincidían.

Tampoco coincidieron los dos hombres. Algún domingo, como mucho, al volver del periódico y el pan, o de hacer ejercicio.

El hombre bueno y el hombre malo se repartieron el tiempo, el barrio, la ciudad misma. La calle pertenecía a uno o al otro. Pero nunca a ambos a la vez. Acaso parecía más desierta (hablando en general).

32

Esta historia no tiene fin. Ustedes se dan cuenta.

Siempre quedan huellas: en él, en ella, en su marido, en la mujer ignorante. Te he traicionado. Seremos felices. Perdóname. Olvídate de mí. No me llames nunca. Me gusta tanto que trates así a tus hijos.

¿Te puedo preguntar si eres feliz?

33

El hombre bueno salvó el matrimonio del hombre malo.

Y se salvó a sí mismo. ¿No?

El hilo roto. El hilo reparado. El hombre malo ayudó a que la esposa infiel volviera con su marido.

Para que el tiempo avanzase en aquel lugar.

34

¿Quién cuenta una historia que no concluye? ¿Quién puede rastrear sus huellas?

35

Digamos entonces algo para acabar.

Un hombre todas las mañanas orina en el jardín de sus vecinos. Y cada día escupe en el parabrisas de su automóvil.

Hay otro hombre que guarda silencio. ✖

376

Natalia Deocón Buitrago Azotea

es hermoso
tender la ropa de noche
cuando la ciudad ya no me habita
y puedo yo habitarla a ella

un silencio majestuoso
que susurra secretos
entre las pinzas de colores
el placer del tacto mojado de las prendas
alivia el calor de junio

es hermoso
el cuadro
que se forma al terminar
cuando cada tela
pende a su modo
en las cuerdas mecidas, quizás,
por un viento leve
que te azote la cara
y te incite a respirar. ✱

Madrid, 1999. Su publicación más reciente es parte de la antología poética *Incendios* (Écume, 2019).

Javier Codesal

Retrato y otro [Fragmento]

Las palabras,
por esta vez,
irán detrás
cerrando.

✱
*Soy llevado a empujones,
en paréntesis.*

✱
*Lo vi alejándose;
yo no querría haberlo visto.*

Sabiánigo, Aragón, 1958. Este texto es un fragmento del libro *Retrato y otro* (Libros de la Resistencia, 2021).

*
Fardo que es llevado,
de papeles escritos
sin margen.

*
*Miré por la ventana el saco
sobrecogido;
se lo llevaban en una distracción,
cuerpo saliente.*

*
Ventana cortada
en medio de su luz;
despedía en silencio.

*
Mortaja interminable.
Traje cuyas costuras crecen
hasta hundirse bajo la piel.

*
Crear ficciones
volteando cieno.

*
Llevarlo en papel
a ningún lugar,
escenario del blanco
miramiento.

*
*Recuperar algo de ti,
ni debería, ni quiero.*

*¿Hacia quién, representante tuyo,
tiendo entonces esto?*

*
*Te levanto la cara
para que me mires.
Me miras incluso si es
nada con lo que miras.*

*
Aquellos pies tan iguales
sonaban. Ya no.
Dos agujeros en tierra
salina, dos apartes.

*
Pulso irreal en el
desierto cuarto.

*
Se hace difícil trabajar.
En cambio, los sueños
proveen zonas de ensayo.

*
Un invisible haría lo mismo:
morder durante años la hoja
imprimiendo en las orillas el rastro
de su pesada ingesta. ■



Stendher en Santandal

[Fragmento]

Moisés Mori

1

El pasado fin de semana fui de nuevo a Santander para ver a mi tío Kike. No está bien. Y en esta ocasión apenas pudimos pasear por los sitios acostumbrados porque llovía bastante. Aun así, caminamos por la plaza Porticada y tomamos cerca de allí un café (sigue con palpitaciones). Pasamos luego por la librería Estudio y nos paramos también un buen rato en Gil (mi tío hojeó varios libros, pero no compró nada; le regalé una antología de Emily Dickinson). Me dijo que estaba leyendo poemas de Michaux, pero que *Las grandes pruebas del espíritu* le había resultado insoportable, que lo había dejado a la mitad.

Cangas de Onís, Asturias, 1950. Estas son las primeras páginas del libro *Stendher en Santandal. Un cuento cantábrico* (Krk Ediciones, 2021).

Me parece que habla más despacio, que todos sus movimientos (incluso los mentales) son algo más lentos; pero no ha perdido lo fundamental, mantiene sus facultades, una buena memoria. Ahora le ha dado por buscar parecidos (y así, encontró enseguida un claro parecido entre una empleada de la librería Gil y Mari Luz, una pariente nuestra). El domingo yo quería salir antes de comer y vinieron él y Marietta a mi hotel, tomamos un aperitivo en la cafetería. Marietta está bien, tan guapa y encantadora como siempre, aunque se le notan ciertas miradas, algunos silencios de preocupación. Prometí que volvería con más calma.

Ya durante el viaje de vuelta pensé que podría tomar alguna nota sobre lo que han sido mis encuentros con Kike en estos últimos años, al menos unos apuntes, escribir cosas sueltas (*Apuntaciones sueltas*, tituló Moratín su libro sobre Inglaterra) y no tanto para esbozar así un personaje de novela o presentar un caso curioso, sino para poner algún orden en mis ideas.

Apuntaciones, qué palabra tan bonita; tan antigua y hermosa como la vida de tío Kike. «Talmente Al Pacino», dijo del camarero del hotel.

(Abril, 2019)

2

Recuerdo haber leído en *El País* (hace de esto muchos años) un artículo de Gabriel García Márquez sobre Stendhal. El recuerdo es muy borroso (tal vez ni siquiera aquel artículo se publicó en ese periódico) y, en realidad, sólo me acuerdo de una cosa, de que el Nobel colombiano planteaba algo así como una comparación entre las dos grandes novelas de Stendhal, *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*. Y lo que García Márquez venía a decir es que los lectores, los lectores en general, suelen preferir *Rojo y negro*, mientras que los novelistas, y él mismo en particular, consideran superior *La cartuja de Parma*.

Aunque no puedo precisar fechas, yo era entonces muy joven, pero estaba interesado en la literatura y de hecho había leído esas dos novelas, como había leído los principales títulos del colombiano. En aquella época el autor de *Cien años de soledad* estaba en todo lo alto, gozaba de enorme prestigio (cada libro que publicaba era un acontecimiento editorial), así que su opinión en este caso (algo así como el *juicio de París*) tenía importancia para mí, sobre todo porque, de rebote, venía a colocarme entre «los lectores en general», es decir, entre quienes preferían *Rojo y negro* a *La cartuja*, lo que, a fin de cuentas, me alejaba de las gentes de letras, de aquellos que, en definitiva, sabían ver en una gran obra literaria como *La cartuja de Parma* todo lo que a mí, lector voluntarioso pero fuera de juego, se me escapaba.

Yo había leído *Rojo y negro* cuando aún vivía con mis padres, y me había gustado. No obstante, se trataba de una lectura aislada, casual, un libro que yo había cogido de entre los que Javier, mi hermano, se encargaba de pedir al Círculo de Lectores (conservo ese ejemplar con su firma; traducción de Antonio Vilanova). Y ya había terminado mis estudios de Periodismo y vivía por mi cuenta cuando llegué a *La cartuja de Parma*. Compré ese libro en la edición de Alianza, dos volúmenes, traducción de Consuelo Berges: lo leí con interés, pero me pareció que era un lío de amores, de venganzas, una intriga cortesana y un tanto inverosímil, casi un folletín romántico; lo terminé por las buenas. En aquel momento mi trato con Henri Beyle no fue más lejos, y no como consecuencia de esa pequeña decepción, sino porque sus otros libros (*Paseos por Roma*, *Del amor...*, aquellos títulos que más o menos me sonaban) parecían ser menos importantes. No obstante, sabía bien que Stendhal era un nombre mayor de la literatura, alguien al que, por supuesto, debía tenerse siempre en consideración, aunque no se le hubiera leído mucho (como a Byron, por ejemplo, o a Galdós, a Pirandello...: son innumerables los dogmas; y la ignorancia, enciclopédica). Así que esa era toda mi experiencia stendhaliana cuando me encontré con el artículo de García Márquez sobre las dos grandes novelas de Beyle, con aquel *juicio* que —pensaba yo— ponía al desnudo mis limitaciones.

Los libros no son siempre idénticos a sí mismos, cambian con nosotros, con cada lectura que hacemos de ellos. Parece evidente que no puede ser lo mismo leer *Moby Dick* a los quince años, con las expectativas propias de un adolescente, que leer o releer esa extraordinaria novela ya en la edad adulta, con una trayectoria vital detrás y unas mayores referencias culturales. Pero es que la lectura también puede ser distinta cada día, pues depende del momento, de las preocupaciones, de la luz del sol, de nuestros hijos... Y así, en *Leyendo escribiendo*, señala Julien Gracq: «¡Cómo cambia a veces el enfoque de un libro (y hasta su equilibrio íntimo) dependiendo del tiempo y el humor! Ya no encuentro del todo el placer que sentía al leer *La cartuja* hace veinte años, placer que no fue nunca, ni con mucho, comparable al que me produjo a los quince el *Rojo y negro*».

En ese mismo libro J. Gracq dedica páginas —magistrales— a «los cuatro grandes de la novela francesa: Stendhal, Balzac, Flaubert y Proust». Sobre Stendhal en particular escribe con enorme admiración, valora en su obra especialmente el movimiento narrativo (*allegro*), su ligereza, la alegría que produce su escritura; dice, por ejemplo: «Si empujo la puerta de un libro de

Beyle, entro en Stendhalia, como lo haría en una casa de vacaciones: la preocupación cae de los hombros, la necesidad desaparece, el peso del mundo disminuye; todo es diferente: el sabor del aire, las líneas del paisaje, el apetito, la ligereza del vivir, incluso el saludo, el trato con la gente». A ningún otro libro de Henri Beyle le convienen tanto esas palabras como a *La cartuja de Parma* (el aire del lago Como, la inteligencia de la duquesa Sanseverina y el conde Mosca, los entusiasmos de Fabrice, sus amores con Clélia en la torre Farnesio...), y posiblemente el autor de *Leyendo escribiendo* esté pensando ahí, ante todo, en esa novela.

Gracq dedica a las obras de Henri Beyle comentarios muy sugerentes, siempre oportunos y completamente originales, pues surgen de la experiencia propia: de la lectura directa de los textos, de un saber verdadero, pues no es necesario recordar que el autor de *El mar de las Sirtes* es uno de los grandes del siglo XX; y —como hemos visto— a partir de esa experiencia, de esas lecturas y relecturas de Stendhal, a quien relaciona más de una vez con el siglo XVIII, no deja de pasar por ese punto obligado que consiste en comparar («placer que no fue nunca, ni con mucho, comparable») sus dos títulos mayores. Y es sabido que «Julien Gracq» (*nom de plume*, pseudónimo de Louis Poirer) es en parte un homenaje a Julien Sorel, el personaje central de *Rojo y negro*.

En su edición de *La cartuja de Parma*, Consuelo Berges incluyó un largo e interesante prólogo (una introducción en toda regla) que se abre con esta duda o interrogación: «¿*La cartuja de Parma* o *Rojo y negro*?». La traductora y gran stendhaliana («y cántabra», como me ha hecho saber tío Kike) contesta así: «Si nos guiamos de la fama, *Rojo y negro*. (Si me piden mi opinión, *Rojo y negro*)», pero inmediatamente añade: «Los votos que yo he leído o he oído favorables a *La cartuja* en competición con *Rojo y negro* son casi todos de novelistas». Con lo que se viene a respaldar el juicio de García Márquez, pero, sobre todo, se confirma y asienta aún más ese eventual espacio en el que se comparan y hasta compiten —¿a quién quieres más?— dos obras de un autor.

Con todo, falta a este juicio una tercera diosa. La trae de la mano Leonardo Sciascia, quien ha mostrado siempre un gran interés por los libros de Stendhal, por aquel viajero enamorado de Italia que había pedido para sí mismo este epitafio: «*Arrigo Beyle, milanese*». Sciascia encuentra en la vida y obra de Henri Beyle un campo a la medida justa de esos ensayos

suyos que saben cruzar lo histórico-político con el análisis literario (por ejemplo, «*Stendhal for ever*»). La lectura del francés le produce sensaciones semejantes a las que se nos señalaban en *Leyendo escribiendo*, el mismo placer y apetito de vivir: «el gozo que produce Stendhal —dice el siciliano— es tan imprevisible como la vida». Y es también así, de forma inesperada, como a las dos novelas mayores de Beyle añade Sciascia un tercer título en competición, *Vida de Henry Brulard*.

Como si fuera un enamoramiento, ese célebre proceso de *cristalización* del que habla Stendhal en *Del amor*, hay en el stendhalismo, según Sciascia, tres momentos o *grados*: el primero o grado elemental viene con la conmoción (flechazo) de *Rojo y negro*, tal vez el primer libro al que hemos llegado («empezamos, en efecto, por dar la preferencia al *Rojo y negro*»), se pasa luego a *La cartuja* («pero en cierto momento, casi inadvertidamente, nos inclinamos a amar más *La cartuja de Parma*»), pero sólo se alcanza el punto máximo con *Vida de Henry Brulard* («hasta que un día, de repente, nos descubrimos metidos en el *Henry Brulard* como en la esencia misma de la obra stendhaliana y en la plena luz de la razón por la cual lo amamos»).

Recordemos que *Vida de Henry Brulard* es un libro inacabado, de corte autobiográfico, que tiene una cierta continuación (aunque lo había escrito antes) en *Recuerdos de egotismo*, igualmente sin terminar, y en el *Journal* (los tres textos fueron publicados póstumamente, a finales del XIX). Y sigue Sciascia sobre *Henry Brulard*: «Que a dos novelas suficientemente ordenadas, casi perfectas como novelas y de fascinante vitalidad, se acabe prefiriendo una desordenada autobiografía, significa simplemente que Stendhal es un escritor absolutamente “distinto”, y que absolutamente “distinto” es el lector que en sus páginas halla afinidades y confianza».

Sciascia habla asimismo de un «misterio Stendhal», pues no sabe muy bien de dónde proviene exactamente esa fascinación que produce su obra; no obstante, le busca a Beyle un precedente en Montaigne: «ambos están en la que podemos llamar la *finis terrae* de la literatura: allá donde comienza el océano tempestuosamente gozoso y gozosamente tempestuoso de la vida». De ese océano surge Afrodita, diosa de la belleza y el amor. Pues con independencia del juicio literario, la palabra clave para el stendhalismo de Sciascia es gozo, lo que coincide con el *placer* y el *allegro* señalado por Gracq, el hermano de Julien.



3

Cuando, después de casi treinta años, tío Kike volvió de México, no pensaba quedarse en Santander sino instalarse en Madrid; sin embargo, Marietta le hizo ver las ventajas de vivir en una ciudad pequeña, tranquila, de disponer de una buena vivienda junto al mar, la misma casa donde Kike y mi padre habían nacido.

La adaptación a su nueva vida de repatriado y jubilado ocioso fue discreta. Durante algún tiempo trató de ponerse en contacto con antiguos amigos. Conocía a mucha gente en la ciudad, pues tío Kike (Kike el Suelto, lo llamaban algunos) había sido todo un personaje en sus buenos tiempos. Aun así, después de tantos años, no era fácil hacer revivir aquellas amistades; quedaba la simpatía, el afecto mutuo, pero la vida de cada cual había tomado su rumbo, y los encuentros, tanto los buscados como los ocasionales, apenas pasaban de un intercambio de primeras informaciones: la mujer, los hijos, trabajos, enfermedades, los que ya no estaban con nosotros; y luego la rápida evocación desordenada de buenos recuerdos, de los viejos tiempos: playa, colegios, amores. Como Kike no ha tenido hijos, su conversación se inclinaba con facilidad a su larga estancia en México, a semejanzas y diferencias entre la vida de aquí y allá: hábitos, palabras distintas para las mismas cosas, asombros, trivialidades.



Se encontraba a gusto en su ciudad natal, saludaba en la calle a unos y otros, pero pronto fue haciéndose a una vida más bien reposada, un tanto solitaria, lo que representaba un cambio sustancial en sus costumbres de siempre, en su carácter. Por su parte, Marietta se adaptó muy bien a la vida española, se integró de forma natural en un grupo, señoras de su edad que organizaban su tiempo sin mayores complicaciones: se reunían a charlar y tomar algo, iban a veces al casino, compraban ropa, revolvían en tiendas de antigüedades; una mediocridad provinciana que, sin embargo, ella, acostumbrada a las grandes ciudades (Buenos Aires, México), a ambientes muy distintos, llevaba ahora con elegancia, sin quejas ni afectación.

Y poco a poco, inopinadamente, tío Kike fue haciéndose lector. Hasta entonces sus distintos trabajos, desde los principios en Santander y luego en Ciudad de México, nunca le habían dejado mucho tiempo libre, pero tampoco él le había prestado especial atención a las Letras (con mayúscula). Es verdad que de joven le gustaban aventuras y exotismos un tanto novelescos, aficiones compartidas con chicos de su edad: los tigres de Bengala, las minas del rey Salomón, piratas, nazis, la conquista del Polo Norte..., todo ello alimentado principalmente por el cine (*Murieron con las botas puestas, Cuando ruge la marabunta, Tarzán...*), aunque también podía conducir ocasionalmente a algún libro de Stevenson, Salgari, «El gato negro»,

Julio Verne o a la biografía de María Antonieta. Pero no fue hasta su regreso a España cuando, y sin pretenderlo expresamente, mi tío se fue acercando poco a poco a los libros, a obras literarias bien conocidas y nombres históricos, pues, en principio, no le interesaban autores de moda o contemporáneos, la actualidad. Para él, leer era, en cierto modo, como volver al colegio, repasar el bachillerato.

Disponía de tiempo. Tuvo la curiosidad de ver por qué eran tan celebrados algunos escritores mexicanos de los que había oído hablar mucho allá, pero pasó sin frío ni calor por la mayoría de ellos (Azuela, Vicente Leñero, Ibarguengoitia...). Leyó también con parecida atención a novelistas españoles del XIX, como Blasco Ibáñez, Pardo Bazán o Galdós (principalmente las novelas que este ambientó en nuestra provincia), sin olvidar a José María Pereda (fragmentos de *Peñas arriba* fueron obligatorios para su reválida de sexto), ni las *Leyendas* de Bécquer, que fue lo que más le intrigó. Pedro Antonio de Alarcón —me diría tiempo después y a propósito de otra cosa— le pareció espantoso, «un verdadero enfermo», pero le propició, a un tiempo, una forma de atención, pues los demonios del escritor —decía— también asoman en las historias que imagina.

La lectura era todavía para él un pasatiempo: prefería leer (cosas sueltas: «Canto a mí mismo», *Romeo y Julieta*) a ver la televisión, aunque le gustaban las películas, algunos programas concretos. Pero el libro que lo encaminó decisivamente a la literatura se lo regaló Marietta. *Los lanzallamas* de Roberto Arlt era para ella un clásico (y no necesitaba, por tanto, haberlo leído), pero a tío Kike esa historia extrema, tan desgarrada y, por otra parte, tan ajena a sí mismo, le hizo entender las muchas posibilidades de la literatura, los mundos que aún le quedaban por descubrir (Nietzsche, Dostoievski, el mal, el anarquismo). En esos años fue creciendo día a día. Sólo echaba de menos un interlocutor a su altura, alguien con quien compartir esa nueva vida. Ninguno de los amigos con los que a veces salían a cenar podía cumplir ese papel; y, en cierta medida, también Marietta quedaba al margen. Se acostumbró a visitar librerías de viejo, a pedir algún libro en la biblioteca pública. Por entonces no nos veíamos (salvo algún suceso familiar, o alguna visita que por casualidad pudiera yo hacer a Santander), aunque sentía hacia él un cariño especial: estaba siempre el recuerdo de cuando yo era niño, la admiración que sentía entonces por mi tío: desde su estatura, 1,85 m («pero llegaré al metro noventa», decía con humor cuando no estaba lejos de los treinta años), a su simpatía natural o sus conocimientos náuticos. Tío Kike había sido para mí, si no un modelo, una figura mitificada. ✱

Azahara Palomeque

I

Este amor no será pasajero
 porque confluyen en él
 la luz de esta tierra, plenitud temprana
 de azahar recién encendido y una flor
 nunca miente. Este amor
 consecuente de cuanto llueve adentro
 mañana, ayer
 que fue secano, prodigio
 tu boca en mi muslo, la mía en tu nombre, el coro
 de los elementos, amor,
 renacidos.

II

Besada, tu saliva horada el alud
 de este vientre. Debe
 ser muerte el recuerdo de lo no acontecido
 contigo aún, mañana
 morderemos la aurora vestidos de diluvio,
 abiertos
 en piel: un nido eco a la magnitud del deseo.

El Sur, 1986. Uno de sus libros más recientes es *Vivir peor que nuestros padres* (Anagrama, 2023).

III

La noche previa al amor
 se derritieron las campanas, el alminar
 adquirió el pulso de una bala y demolió los guijarros,
 la ciudad se hizo miel
 y la libaron los cuerpos desnudos.
 La noche previa a nuestro amor
 se besaron los escombros y luna reflejó la piel de los desamparados.
 Nidífugos, los pájaros pasearon su ala rota; tibio,
 un augurio oliendo a flor
 venció a la guerra y, cuando amaneció, no éramos sino dioses
 volcados al deseo. ¿Qué me quieres, amor?
 Responde y dona.
 Responde y respira.

IV

No llueve dentro de las grutas ni frutece
 el líquen sin sol, crees
 que he nacido para el propósito vano,
 no he nacido para el propósito vano, a veces
 no he nacido y tú ya has muerto, cómo es posible
 que nos encontremos:
 resucita y te prometo mi primer llanto.

V

Eres
 enemigo de azúcar.
 Te libaba y te mataba y, al mismo tiempo,
 me convertía en ceniza antes del abrazo final
 juré que nunca, que no,
 que el cielo se despedazaría como la historia
 a nuestros pies; tu huella,
 reluciente; la mía, hora de correr
 adonde se proyectó el refugio
 y sólo quedan sus ruinas.

VI

No cabes en esta horma;
 hay lugar para el insecto desnudo, la lluvia, la hiedra trepadora, el cierzo
 y el siroco, los miembros mutilados en busca de su fuente
 sanguínea. Pero tú no.
 Tú puedes retozar una rosa rota
 y rezarles a las espinas.

VII

Cómo te voy a amar en llamas,
 cómo va a guarecer esta humedad
 tus pulsos muertos de miedo,
 cómo vamos a resistir la acícula que se clava en el órgano,
 biopsia de entierro,
 y sabe a mar este humus,
 sabe a petróleo, sabemos
 que las sebes no entienden
 de lo prohibido.

VIII

Te engarzo a la vulva, pareces un ser crepuscular
 que amasa adentro, como espuma
 yazgo una cresta,
 ¡arriba!,
 en la cavidad monticular no
 te apagas ni yo busco más que tu horma a ciegas, amor,
 esto se hace, se hiende, se supura,
 y mañana bajarán los escombros a su funesto hoyo, veloces
 a tu cadera exhausta, la miel
 recomienza. Otra dulzura palpar así
 las entrañas contigo.

Un corazón hecho fractura se me introduce en la carne.
 Es tu debilidad mojada,
 es tu canto amargo navegando en busca
 de algo que no soy,
 pero te doy el solaz de la historia muerta, un corazón
 en la vida que miento encendida.

Te desmigas
 como una flor seca cruje, mullido,
 entre mis pliegues, la madrugada
 del tres de mayo
 respiras
 y oreas mis muslos, que transcurren ahí
 por ti, vientre huérfano
 no sabe ausentar su raíz, no finge
 antídoto a soledades
 pero agarra mi mano. ■

El personaje disconforme

José María Merino

Los compañeros de la promoción del bachillerato seguíamos reuniéndonos, convocados y estimulados por Nacho, por lo menos una vez al año, y en la reunión tenía relevancia la asistencia de Andrés Choz, novelista reconocido con premios literarios importantes.

A mí —Baldomero, Baldo para los compañeros— la presencia de Choz me producía cierta desazón. Primero, porque considero que, en aquellos lejanos años, yo escribía redacciones tan buenas como las de Choz, aunque el Hermano Julio, severo profesor de Lengua y Literatura, nunca me las valorase tanto, y segundo, porque yo también había intentado entrar en el mundo literario, pero sólo había conseguido publicar, en una modesta editorial, una colección de cuentos que pasó inadvertida.

Por eso, en estos encuentros anuales de antiguos compañeros de curso, una extraña compulsión me llevaba a relatar con una curiosa destreza natural las cosas raras que a veces me ocurren, lo que era muy celebrado por todos.

—¡Baldo! —me decían—, ¿qué te ha pasado este año?

Esta vez narré el vuelo que había tenido que hacer a Sudamérica por problemas de la empresa, y cómo al regreso se estropeó uno de los motores del avión y tuvimos que aterrizar en un pequeño aeropuerto de las Azores... Era tan modesto que la magnitud del avión convertía en diminutas todas las construcciones... Narré el fantasmal paseo por la isla que, como no era temporada de verano, estaba desierta, aunque a veces me cruzaba con algún extraño transeúnte, figuras con aire de fantasma, y la noche que pasé en un hotel de ambiente sepulcral que abrieron para alojar a los viajeros náufragos que éramos, mientras extraños e invisibles pájaros graznaban en el exterior.

El relato fue tan interesante para la audiencia que Choz me dijo:

La Coruña, Galicia, 1941. Este cuento pertenece al libro *Yo y yo en breve*, que será publicado por Alfabuara próximamente.

—¡Te voy a meter de personaje en una novela que estoy empezando! En lugar de llamarte Baldomero Morales te llamaré Vladimiro Moriles, y al personaje le pasarán cosas curiosas, como a ti... ¿te parece bien? —y levantó su copa de vino.

Yo levanté también la mía, y procuré que mi respuesta pareciera una broma:

—¿Qué prefieres que te conteste, que es un honor para mí o que me la trae floja?

Y todos se echaron a reír.

A partir de ese día empecé a tener problemas familiares y laborales. Los familiares comenzaron con mi mujer, Diana. Llevábamos cerca de treinta años de matrimonio, y entre nosotros había ya muy poca comunicación: apenas hablábamos de otras cosas que no fuesen las relacionadas con la casa, ciertos viajes —ella solía pasar las vacaciones de turista con unas amigas—, y algunos asuntos familiares. Hasta en lo carnal habíamos llegado a un notable alejamiento, más allá de la decadencia libidinosa.

En la semana siguiente a la de la comida de la promoción, Diana me dijo que quería hablar conmigo de un asunto muy importante y, cuando nos sentamos uno frente al otro en el salón, ella me soltó:

—Mira, Baldo, creo que entre nosotros el matrimonio se ha apagado del todo, y he pensado ingresar en un convento.

Me quedé estupefacto. Diana no es demasiado piadosa, aunque vaya a misa algún domingo, pero no podía imaginarme esa decisión de pretender hacerse monja.

—Por ahora las cosas parecen complicadas —continuó Diana—. Necesito la nulidad matrimonial y, aunque no me haces falta para ello, te ruego que colabores conmigo, que no pongas reparos. Mi abogado te hablará del asunto.

—¿Y qué va a pasar con Irene y con Pablo?

—¡Si nuestros hijos ya han terminado sus carreras! Irene no vive con nosotros, y hasta tiene sus trabajillos. Y Pablo se irá a vivir solo en cuanto entre en el laboratorio, que será pronto. Ya no nos necesitan para nada... y seguiremos viéndolos, cada uno por su parte.

—¿Y tú? ¿Te has hecho piadosa hasta ese punto?

—Sí, Baldo. Dios me llama desde hace tiempo. El día que fuiste a comer con la promoción incluso me pareció sentir su voz. Quiero estar lo más cerca de él hasta que me llegue la muerte.

—Déjame que lo asuma, pero que sepas que no voy a crearte ningún problema —repuse.

A la semana siguiente, nuestro hijo Pablo nos llamó por el móvil para decirnos que quería hablar con los dos a solas. Parecía muy preocupado.

Sentados esta vez en el salón, Pablo parecía un poco pálido y su voz temblaba.

—Me da asco y rabia lo que tengo que contaros...

—Habla, hijo —dijo Diana—. Dinos lo que sea.

—Es a propósito de Irene. Un compañero me contó que la había visto en una red porno de prostitución virtual, y es cierto. Irene se ofrece por dinero haciendo guarradas.

Nos quedamos atónitos. Diana se echó a llorar.

—¡Habrá que hablar con ella! —exclamé—. ¡Qué desastre!

Pero el panorama desdichado no se aplacaba. A los pocos días me puse en contacto con el abogado de Diana para empezar a tratar el asunto de la separación y, sin querer entrar en la red para ver lo que hacía nuestra hija y nos había comunicado Pablo, habíamos llamado a Irene para que viniese a hablar con nosotros, lo que ella, acaso sospechando algo, iba retrasando con supuestos compromisos.

Las desventuras no terminaban: el director de la empresa donde yo trabajaba convocó a todos los empleados para informarnos de que una sociedad rusa la había adquirido, y que era muy probable que sólo se mantuviesen en sus puestos los expertos en informática, «o los que tengan conocimientos y destreza en el malabarismo», añadió el director, mirándonos con la misma estupefacción que se manifestaba en nosotros.

Mientras regresaba a casa en el metro, yo le iba dando vueltas en mi cabeza a la interminable sucesión de infortunios y absurdos que estaban marcando inesperadamente mi vida, y de repente recordé lo que había dicho Andrés Choz en el almuerzo de la promoción.

«¡Choz!», pensé. «¡Es ese jodido Choz!».

Al llegar a casa, llamé por teléfono a Nacho para pedirle el de Choz, procurando que no advirtiese mi disgusto, y Nacho, tan amable como de costumbre, me dio sus teléfonos fijo y móvil, el correo electrónico y hasta la dirección postal.

Me costó el resto de la tarde comunicarme con él. El móvil parecía desconectado, el fijo nadie lo cogía, pero al fin lo logré.

—¡Hombre, Baldo, qué casualidad! ¡En este momento tenía a mi Vladimiro llamando por teléfono a su jefe para quejarse de unos asuntos más o menos circenses!

Me quedé sin habla.

—¿Me oyes? —preguntó Choz.

—Sí, te oigo, perdona —repuse, recuperando el aplomo—. Perdona que te moleste. Quería saber si habías empezado a meter a mi doble en tu novela, pero ya veo que sí, por lo que me dices.

—Y no te imaginas lo que me está divirtiendo. Voy a encerrar en un convento a su mujer. A su hija la he hecho ciberputa. Ahora estoy imaginando qué haré con el trabajo del personaje.

—Ya te lo digo yo —respondí con brusquedad—: me despiden. Eso es lo que me va a pasar a mí. Y mi mujer quiere meterse monja, y mi hija hace guarradas virtuales... Te llamo para que destruyas todo eso, para que elimines a ese personaje.

Choz guardó silencio unos instantes.

—Vamos, Baldo, eso acabas de inventártelo tras oír lo que te he contado. En cualquier caso, serían casualidades, y ni eso me puedo creer.

—¿Y vas a seguir por ahí?

—¡Cuando a uno se le ocurre un personaje divertido, hay que darle caña! —repuso el escritor, y colgó.

Recordé la pistola del abuelo, que yo había heredado secretamente a través de mi padre, una automática de la guerra civil, Astra, de 9 mm, Unceta y compañía, Guernica, 1921. Tenía el cargador lleno y funcionaba, porque una vez la había llevado al campo y había hecho un disparo contra un árbol, uno solo, para comprobarlo. La guardo como un misterioso tesoro, en su funda de cuero duro y viejo, en lo alto del armario de mi habitación.

Busqué en el ordenador los trenes que salían para León, ciudad de residencia de Choz, y encontré muy pocos, pero había uno por la mañana pronto, y saqué billete para el día siguiente. Si Choz estaba allí aquel día, era muy probable que estuviese también al siguiente, ya que tenía que encontrarlo enseguida.

Llevé la pistola en su funda dentro de una cartera y al llegar a mi destino, menos de dos horas después, tomé un taxi para que me transportase a la dirección postal que Nacho me había facilitado.

En la portería había una chica amable, que me preguntó a dónde iba.

—Estoy citado con don Andrés Choz.

—¿Ya sabe que es el quinto de la escalera derecha?

—Por supuesto.

Fue el propio Choz quien me abrió la puerta. Me miró, atónito.

—¡Baldo! ¿Qué haces aquí?

—He venido a rogarte que elimines a ese personaje.

Choz se me quedó mirando con una sonrisa confusa, antes de invitarme a entrar:

—Anda, pasa, pasa.

Me llevó a un amplio salón cargado de cuadros, figuritas y tiestos, y me hizo sentar en un sofá.

—¿Quieres tomar un café? Estamos solos. Mi mujer se ha ido a la compra y la asistenta hoy no viene.

—Tienes que eliminar al personaje, insisto —dije con voz fuerte, decidida—. Todo lo que te conté es cierto.

—Parece absurdo...

Me puse de pie, abrí la cartera, desenfundé la pistola, la cargué y moví mi mano con ella empuñada.

—Si no eliminas tú al personaje, te eliminaré yo a ti.

Choz se levantó, evidentemente asustado.

—Vamos, vamos, lo elimino, no te preocupes.

—¡Mi mujer se va a un convento, mi hija está de puta en internet, a mí me echan del trabajo! ¡No estoy de caña!

—Ven conmigo al escritorio.

Mientras Andrés Choz trabajaba en el ordenador, observé numerosos libros, unos llenando las estanterías y muchos apilados en el suelo, las fotos colgadas en las paredes, una en que varios compañeros, incluidos Andrés y yo, posábamos en un día de invierno, durante alguna excursión colegial.

Tres cuartos de hora después, Choz se volvió para decirme:

—Tema liquidado. Moriles y todo lo suyo han desaparecido de la novela. Espero que lo notes, aunque conste que me dejás turulato. Llámame cuando vuelvas a tu casa. ¿A qué hora te vas?

—El tren sale a las cinco.

—¿Quieres que comamos juntos y me lo cuentas todo al detalle? Como comprenderás, ¡estoy interesadísimo!

—Perdona, no tengo cuerpo para ello. Y que conste que siento lo que ha pasado.

—Más lo siento yo.

Salí del piso, recorrí las calles, visité la fascinante catedral, comí por el barrio antiguo y tomé por fin el tren.

Al llegar a mi casa, me encontré con Diana, muy nerviosa por mi desaparición:

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó.

—Tuve que hacer un viaje urgente, perdona.

—¿Sin avisarme? ¡Me has tenido muy preocupada! ¡Te he llamado varias veces y tenías el móvil desconectado!

No quise contarle nada de lo que había pasado. Ella me miraba con aire extraño:

—Por cierto, he descartado lo del convento... Pero a ver si nos llevamos mejor. Vamos al salón, que ha venido Irene.

Al entrar, mi hija me abrazó con fuerza.

—¡Papá! ¡Esa del vídeo guarro no soy yo! ¿Cómo pensáis que puedo hacer tales cochinadas?

—Se me olvidaba, Baldo —dijo entonces Diana, que sin duda ya había hablado con Irene de la falsedad telemática—, te han llamado del trabajo, mañana tenéis una reunión importante.

—¿Una reunión importante? —pregunté, todavía confuso por lo que había afirmado Irene.

—El que llamó me dijo «muy buenas noticias», y parecía encantado... ✱

Antonio M. Utrera

El volatinero

Cuando Zaratustra llegó a la primera ciudad, situada al borde de los bosques, encontró reunida en el mercado a una gran muchedumbre: pues estaba prometida la exhibición de un volatinero.

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Hubo un tiempo
frenesí
en el que dibujamos
las calles a nuestro paso
que nuestras manos
entrelazadas
contenían el mundo.
Míranos
qué bonitos
los dos
por la Gran Vía.
Entonces
te fascinaba
mi colección de requiebros
mi famosa
selección de trapecios
y cuerdas flojas
y el mundo
en nuestras manos
era el mayor
espectáculo de todos los tiempos.

Madrid, 1985. Su libro más reciente es *Los días jueves* (Flores Raras, 2024).

Hilamos tus sequías
a mis abismos
y no tuvimos miedo.
Las brújulas nos daban
la razón
y perdimos el norte.

Míranos
qué bonitos
los dos
a la deriva.

Tus mimos eran
mis mejores hombres bala
tu escapismo
mi único juego de cartas.

Míranos
qué bonitos
los dos
en un truco de magia.

Pero un día
se volvieron en contra
los relojes.

Tronó el tiempo
de los malos modos
el eco
de las malas artes.

El lenguaje de la urgencia
desguazó
el cajón de las cosas mínimas
el aguacero
de todas mis lluvias
y todas tus sequías.

Ya no hubo magia
al otro lado de la carpa:
me dejaste caer
volatinero sin red
sobre la pista
mientras te amaba.

El mundo
se nos iba
de las manos.

El mundo
voraz
se cobraba
el dibujo de nuestros pasos.

Me dejaste roto
albacea
heredero universal
de tu silencio
pero
qué bonitos

los dos

sobre el alambre
del recuerdo. ✦

Madison, los puentes de

Clara Obligado

En lugar de quedarse sentada junto a su marido conteniendo el deseo, como cuenta la película, en ese instante tenso bajo la lluvia, detenida ante el semáforo, la mujer baja de la camioneta familiar, corre cubriéndose del agua y sube al coche de su amante. No da explicaciones a su esposo, ni tiene tiempo de dejar una carta. Tampoco puede despedirse de sus hijos, que aún son pequeños, pero todo el mundo sabe lo que es la fuerza del deseo. Ha hecho bien. En la platea, los espectadores, que angustiados aguantaban la respiración, lanzan un suspiro de alivio. Les gusta el nuevo final de *Los puentes de Madison* y, con su dosis de romanticismo intacta, salen del cine.

Buenos Aires, Argentina, 1950. Su libro más reciente es *Tres maneras de decir adiós* (Páginas de Espuma, 2024).

Más allá de las cámaras, alejada por fin de los focos, la mujer está sentada en el asiento del copiloto. Deja que el fotógrafo le pase la mano sobre el hombro y así comienza su viaje. Conoce a su amante desde hace días, pero son suficientes para desear una vida juntos, ha sabido despertar en su cuerpo la certeza de la pasión y el eco de una juventud aletargada. Tampoco se trata de una mujer cualquiera. Hace años, empujada por este fuego incontenible, dejó Italia y siguió a un soldado para casarse con él. Era un héroe norteamericano, y ella, sin dilación, aceptó ser la esposa de un hombre bueno y acompañarlo a una granja en los Estados Unidos, donde le nacieron dos hijos.

Vuelve la cabeza y observa cómo se pierde en la distancia ese soldado, que ya no lleva uniforme y que ahora es un granjero sin el barniz de la aventura. Se siente culpable, aunque no demasiado, ¿quién habría podido resistirse al llamado de la pasión? El amante apoya ahora la mano en su rodilla.

No lleva maletas, así que, antes de coger el avión en Nueva York, él le regala ropa para el viaje. Es una ropa bonita, diferente, y la mujer siente que ha cambiado de piel. Ahora es otra: más joven, más elegante, más ágil. Mientras conoce la ciudad, él saca fotos para *National Geographic*, visita bibliotecas, le hace conocer en dos días más gente que la que le ha presentado su marido en años de convivencia. Como si la fama se contagiara, se siente satisfecha de haberse unido a ese fotógrafo de fama internacional. Es la amante de un artista, de un bohemio y, cuando él la abraza en la habitación del hotel en Tanzania, se siente flotar. Dormir velada por el tul del mosquitero, despertarse con el rugir del león, ser una hembra que espera la brama, asomarse a la tienda para descubrir amaneceres como brasas, vadear ríos que revientan en cascadas, cobijarse de tormentas pavorosas, repasar las imágenes de las fotografías una y otra vez, hasta encontrar el mejor encuadre, preparar con manjares desconocidos una cena para dos, viajar sin dirección fija.

Al cabo de un tiempo ha visto veinte países, cientos de atardeceres, miles de caras. Y su amante, como un homenaje al momento en el que se encontraron, ha fotografiado los puentes de cada ciudad. Uno se clava en su memoria. La escena se sitúa en un parque de Buenos Aires, donde un matrimonio de ancianos mira cada uno en la dirección opuesta, como si no se conocieran. También la abruma la fotografía de un antiguo parque abandonado a los pavos reales. En los raros momentos de descanso, en algún hotel perdido, escribe a sus hijos. No recibe respuesta y lo achaca a

los constantes cambios de domicilio. Esto la hace sufrir, pero su amante le recomienda que no piense en ello.

Una mañana se despierta con una corazonada. Están ahora en el norte de Rusia, entrevistando a un pastor de renos que ha descubierto, entre las nieves eternas, el cuerpo de un mamut. Es una cría, y permanece, en su estado de congelación, en la misma postura en la que se encontró con la muerte, plegado sobre sí mismo, como un niño con miedo. Vuelve al hotel enferma, siente que en lugar del antiguo animal se ha topado con su propio dolor. Es una sensación helada que la hace encerrarse en el baño y vomitar, parece que tuviera que arrancarse de las entrañas cubitos de hielo. Por la tarde, aprovechando que su amante no está, pide una comunicación con su antigua casa y, mientras el teléfono suena, lo imagina sobre la mesa de siempre con la carpeta de ganchillo que ella tejió, junto a los sillones de flores, la chimenea encendida y los visillos descorridos. Lo imagina en esa vida donde nada cambia. Desea, cómo desea, hablar con sus hijos. Desea también conversar con su marido, preguntarle cómo está. Pero nadie lo coge. Esa noche duerme mal.

Como el hielo bajo el que se ocultaba el mamut, algo se ha quebrado dentro del corazón de la mujer. Ya no le gustan tanto los viajes y se siente sola cuando su amante, a veces durante semanas, tiene que dejarla en el hotel ordenando fotografías, repasando su contabilidad, organizando las entrevistas. Hace tiempo que es además su secretaria, todos admiran la inteligencia de esta unión apasionada. «¡Qué romántico!», exclaman, cuando él cuenta en público su historia, y la miran con envidia, como si fuera una heroína.

Un día él le comunica que tiene que hacer un reportaje en Roma. La mujer se conmueve. Piensa ahora que volverá a casa de su madre y por fin podrá hablar con alguien de su pasado. Está nerviosa durante todo el viaje que, a causa de los compromisos de él, dura semanas.

Aprovecha que él tiene una reunión importante para tomar un autobús hasta su pueblo. Todo ha cambiado. Donde el tiempo había sembrado pobreza y la guerra destrucción, hay ahora villas hermosas, campos de vides, hoteles. Casi no la reconoce su madre, pero se abrazan hasta hacerse daño. «Cómo has cambiado», le dice. «Estás muy guapa», le dice también. Prefiere no responder, su madre es ahora una anciana. Luego, cuando se calman, la invita a entrar en casa, se sientan frente a frente, se cogen las manos, se miran sin saber qué decirse. Por fin la madre suelta: «Hija, lo siento mucho». Ella se sorprende y le pregunta por qué. «Por lo de tu esposo, dice.

Era un buen hombre». Así se entera de que es viuda, aunque su madre no sabe qué tipo de enfermedad fue la que terminó con esa vida. Le cuenta, sí, que los hijos escriben a su abuela muy de tanto en tanto, que parece que están bien. Le muestra una foto. La mujer siente que su vida, su vida verdadera, está desplegada sobre esa mesa con su mantel de hule, en esa casa que dejó hace siglos para seguir a un hombre. Piensa qué hubiera pasado con ella si hubiera elegido un marido del pueblo, si se hubiera afincado allí. Piensa en las infinitas posibilidades de una vida. Piensa también en esos hijos suyos, que le parecen extraños. No dice nada de lo que siente y regresa a tiempo al hotel, para que su amante no le pregunte dónde ha estado.

Aunque se quedan varios meses en Roma, no vuelve a visitar a su madre. Ha adelgazado y le sienta bien, cada vez asiste a recepciones más lujosas y la fama de su amante la precede. Él es ya un hombre casi viejo, ella una mujer casi joven, ahora se notan los años que los separan. No obstante, el cuerpo de él sigue despertándole ternura, aunque no sería reticente con alguien más joven. Tiene alguna oportunidad y la aprovecha, pero sale de la aventura sintiéndose mal. «En realidad —piensa—, ese muchacho que ahora duerme a mi lado debe de tener la edad de mi hijo».

A veces recuerda los abrazos del amante bajo los puentes de Madison. Otras, la cría de mamut. Otras, los dos ancianos del puente desgajados por la vida. Un día recibe una carta, es de sus hijos. «Querida mamá —le dicen—, ya somos mayores, nos gustaría verte. No te guardamos rencor, sólo queremos hablarte de nuestro padre. Mi hermano y yo nos preguntamos cómo, en un hombre tan sencillito, podía haber tanta pasión. Tú, que lo conociste bien, podrás darnos una respuesta. Ordenando sus papeles, encontramos este sobre con tu nombre, te lo enviamos». La mujer despliega el papel, donde navega una sola frase: «Te querré hasta la muerte», dice. A partir de entonces sueña con él. A veces se pregunta si ha acertado al bajarse del coche en aquella mañana lluviosa. Cuando el dilema la punza, trata de espantarlo, como si fuera una mosca. ✱

Jenaro Talens

Reminiscencias

I

Dóciles y pequeños, como la memoria
de un cuerpo antaño en llamas, convertido
en la imagen serena de una sombra
jubilosa, sus ojos me sonríen,
irónicos, y observan con descaro
cómo un fuera de campo se despliega
más allá de la pantalla del ordenador.
Es miércoles de julio,
muchos años después.
Miro su rostro en la fotografía
de una revista, por azar. El fuego
que hizo prender el roce de su piel
tal vez aún arda, en medio de residuos
de silencios y olvidos que ni las arrugas
del desconcierto quieren ignorar.
¿Son cenizas o brasas? ¿Podrá el tiempo
reavivar con fuerzas una hoguera
hace mucho apagada sin su desnudez?

II

El cuerpo (que no olvida), cuando el goce lo ignora,
sabe que los escombros no hablan mucho entre sí.
No busca en los residuos concertar los contrarios,
sino dejar constancia del poder del deseo;
la música, que es siempre creadora del mundo,
al salvaje tumulto que mueve el apetito
prefiere anteponerle el orden de los números,
eso que alguien llamó «la métrica del tiempo».
Y hoy, principios de agosto de 2024,
mientras un sol ardiente (algunos dicen
que un sol del más allá, tal vez) incendia
el aire en calma y el azul del cielo,
manchando hasta las sombras de humedad, tan sólo
nos queda el sueño táctil de la lluvia, como
si fuésemos un árbol malherido
al que el calor azota, pero sigue en pie.

III

El dolor no es contagioso

Ana Blandiana

Y, sin embargo, nada nos impide
fantasear con la impureza. No
hay mejor fruto que los que produce
sembrar los años de pasión. Las flores
crecen entre yerbajos del jardín, palabras
que son semilla y pensamiento, el germen
de gozar y estar vivos
a pesar del estigma del anochecer. ✱

Empate a cero

Gloria García Urbina

*Per a Laia,
Per les dolces decepcions
i els riures*

—**Fue un empate.** Cero a cero. No hicieron absolutamente nada —dijo muy serio mientras se alejaba para ir a servir las mesas de la terraza.

—¿Empate? Qué extraño. —No habíamos seguido el partido de la noche anterior, claro, pero sí sabíamos que Argentina había vencido a Francia. ¿Por qué nos había dicho, entonces, que fue un empate? ¿Tan enfadado estaba con su selección como para ni siquiera querer hablar de ello? ¿O fuimos nosotras las que le incomodamos con aquella pregunta porque entendió que no nos interesaba para nada el deporte y sólo lo habíamos dicho por decir? No, esto último no tenía mucho sentido, y aunque lo primero sería ciertamente estúpido, con los hombres y el fútbol una nunca podía estar segura. De todos modos poco nos importaba el resultado del partido, pero lo cierto es que parecía de mal gusto no mostrar cierto interés, después de todo.

Mataró, Cataluña, 1980. Es profesora de Lengua y Literatura en Girona. Esta es su primera publicación literaria.

Nos concentramos en la carta de especialidades a base de ron que habían dado fama al Amaryllis, el bar que llevaban aquellos dos amigos desde hacía apenas unos meses y del que nos habíamos encandilado, hasta que por fin Marina se decidió por una. Yo siempre preferí la cerveza, nunca fui sofisticada. Cuando volvió a pasar por nuestro lado nos hizo un comentario que no llegamos a entender del todo, pero que pretendía ser gracioso, porque fue algo así como que nos decidiéramos ya, esta vez con una amplia sonrisa. Por muy cercanos que fueran el francés y el catalán, en una conversación siempre podía escapárenos alguna palabra o expresión, y a menudo teníamos que interpretar lo que nos habían querido decir a través de gestos o expresiones, algo en lo que los franceses no eran muy pródigos.

Antes de tomar el pedido hizo alusión a nuestra elegancia, y al principio se lo agradecemos: ciertamente, Marina iba guapísima con aquella camisa púrpura que encendía el verde de sus ojos, y a mí el cabello recogido siempre me había estilizado la nuca y definía el contorno redondeado y blanco de mis hombros. Pero él empleó cierto tono de sorna que no nos gustó nada, sobre todo cuando después, probablemente para hacerse de nuevo el gracioso, nos pidió por favor que pidiéramos sin acento, ese acento español que debía habernos hecho sobresalir del resto de clientes y que sin duda era lo único que había podido llamar su atención sobre nosotras.

—Si no te importa, yo utilizaré mi acento para pedirte una cerveza.

Debía de estar agobiado, había mucha gente y se estaba ocupando del bar él solo. Su compañero había aparecido un momento sólo para saludar, aunque cuando nos vio desvió la mirada y se dirigió a la barra para volver a pasar por nuestro lado a los pocos minutos sin darnos ni siquiera las buenas noches tan obligadas de la *politesse* francesa, salir del Amaryllis y finalmente desaparecer calle arriba. No pude disimular una punzada de decepción que Marina leyó en mi rostro, sin duda, aunque no dijera nada y se limitara a darle un sorbo a su copa.

Qué tipos tan extraños, qué noche tan extraña. Tampoco teníamos por qué quejarnos: debían haber sido simpáticos con nosotras en determinado momento porque al fin y al cabo éramos clientas.

Nos quedamos un rato más charlando. No podíamos negar que nos habíamos hecho ciertas ilusiones que ahora se veían disipadas por una actitud difícilmente definible, pero no podíamos perder de vista tampoco que todo aquel que trabaja de cara al público, en determinado momento se ve forzado a dedicarle a alguien una sonrisa o un comentario ingenioso

para ganarse la confianza de los que pueden convertirse en habituales. Y nosotras nos habíamos convertido en habituales, sin duda, porque nos gustaba el lugar, pero también, para qué negarlo, porque habíamos percibido en aquellos chicos un trato extremadamente amable difícil de encontrar en los bares de aquella ciudad, que poco a poco se tradujo en sonrisas que creímos sinceras y miradas imprevistas que quizá nos habían llevado a pensar... Pero no, eso era una tontería, tanto el hecho de que ellos se hubieran encaprichado de nosotras como el de que esa noche estuvieran especialmente antipáticos por algo en concreto, algo tan trivial como el resultado de un partido de fútbol. Decidimos olvidar el asunto que, por otro lado, no dejaba de ser algo pueril.

Terminamos las copas y decidimos marcharnos. Ya en la barra, en el momento de pagar, él todavía se mostró forzado, como si quisiera hacerse el simpático para arreglar de algún modo la torpeza con la que se había comportado toda la noche.

Ya en la calle habíamos caminado unos metros muy serias cuando recordé algo.

—¿Sabías que el amarilis es la flor del orgullo?

—Ah, ¿sí? —Marina dibujó una sonrisa curiosa.

—Sí. Además, el color amarillo en las flores puede significar odio y celos pero también risa y placer. Es el símbolo de la adolescencia... supongo que porque esa etapa de la vida es en esencia orgullosa y ambigua. Curiosamente, el amarilis no es amarillo, sino rojo, que significa pasión pero también peligro, y es originaria de Argentina.

La ocurrencia nos hizo reír. Es probable que fuera de forma inconsciente, pero desde esa noche espaciábamos las visitas a aquel bar. Las cada vez menos frecuentes veces que nos encontramos allí para tomar un café, que irremediablemente seguimos pidiendo con nuestro acento catalán, ellos nos atendieron con mucha cordialidad, sin dejar nunca de sonreírnos. Después de todo, que no acudiéramos la noche en que ellos nos habían invitado a ver el partido de Francia contra Argentina tampoco había tenido mayor importancia. ■

Olga Muñoz Carrasco

Escribir y borrar. Perforar la pantalla con esta tinta virtual que brota, adivina. Suprimir luego. Sostener la escritura segundos hasta verla generarse y proliferar para destruirla después. Un palimpsesto irrecuperable donde la ira secreta sus humores. Hacerse acuosa, cabalgar la furia que agarrota. Elegir palabras como *devorar*, *nervios*, *arrebato*, en apariencia inofensivas. Estrujarlas, vaciarles el tuétano, que supuren su jugo y colgar los pellejos al sol como botín de guerra. Enorgullecerse del despojo. Ante lo indeleble, convocar al pájaro de fuego y su pluma salvadora, que restaura sin olvidar.

*

Hablar con fantasmas. Nos rodean pero no desde la muerte, o sí, desde un costado. Colindamos en zonas gangrenadas. Riesgo de desprendimiento, pérdida de un miembro en un tumulto cualquiera cuando de repente se hace gaseoso el tejido. No confundir necrosis con ligereza, lo muerto ocupa su peso en el silencio. Pero pudrirse igual por dentro, con esta apariencia tan armónica, además. Las espinas con una pinza se extraen, no preocupan. Pero qué tipo de fantasma brota de las zonas negadas del cuerpo. Imposible saberlo, mejor mil veces entregarlas de una vez al extrarradio y perderlas de vista. Que muevan la boca, con el simulacro basta y sobra.

Madrid, 1973. Uno de sus libros más recientes es *Tapiz rojo con pájaros* (Bala Perdida, 2021).



Que cuanto se escribe sea borrado. Sin núcleo, sin sujeto. Una lengua que anda sola. El simple movimiento de una lengua, su condición invertebrada que se daba por supuesta. Hacia la otra gira pero aquella es muda, castiga con silencio. Queilitis se llama. Sequedad extrema de los labios, una humedad que ni breve comparece, ni un milímetro de gota sobre la que algo resbale, por piedad. Mucosas extenuadas, vacío reincidente donde sonar es lanzarse a los pies de los caballos.



Un árbol sí podría acogernos, tal vez. Pero qué árbol se prestaría, dónde enraíza. Es un trabajo demasiado pesado hacerse con la brújula, ensayar un pasadizo y otro y otro, tocarse. Para qué, además, si cada cual tiene su concha irisada. El suceso, sin embargo, desbarata cuanta predicción se le opone. Hay que reconocerle la capacidad de sorpresa después de años. La imantación no guarda equidistancia: alguien se paraliza, alguien se desploma. Distintas formas de un mismo acontecimiento a la intemperie. Un cuerpo sin lenguaje.



La araña roja invade las cintas del patio. Cambio de tierra. Riego aproximado. Abono, injertos. Con la primavera llega la ruina. Salta un insecto o la conciencia de lo irremediable. Sucedió también con los geranios del primer año. Se sacudían tras el cristal semiopaco, como manchas en huida. Hubo que arrancarlos uno a uno. Nunca supimos si los pedazos restantes nutrirían o enfermarían los terrones. Eran raíces que venían de lejos, como tantas cosas. Supervivientes de trasplantes y heladas que se agostaban en los arriates. Tiestos azules de la abuela en el barrio obrero. Macetas dóciles en las manos de la madre. Incluso plantas subacuáticas. Aquí chillan todas.



Importa lo que la escritura hace, no lo que dice. Aquello que enuncia, distrae. Igual con los niños, el verbo resbala por una superficie aceitada y sólo el cuerpo enseña. Colocamos la lengua en la base de los dientes superiores para atascar el habla. Recorrido sublingual del aire, detención del pensamiento. Por fin empieza a emitir la señal. Palabras *una sutileza una caricia en la nuca* cubren como melaza cada orificio. Se atoran los respiraderos con tanta insistencia en el secreto. Alcantarillas incapaces de absorber riadas, tormentas que arrastran suelo, esterilizan. Líneas desbordadas y mientras la lengua borrando, haciendo vacío.



Dejarse atravesar por un lenguaje iluminado. Cómo sería atreverse. Manchas alrededor irían definiéndose con el tiempo. Mejor zonas sin extremos, nebulosas ensimismadas, enroscadas sobre sí. Detrás cierto resplandor opaco, como de cielo de Constable. Foco inestable del poema, el silencio, su comezón. Contagio de los bordes, rebose desde una franja hacia otra. Bloquear la toma de tierra, que las palabras no descarguen. Sostener el empuje, muscularse.



Escribir como desenredar, podría pensarse, pero cada línea acaba como una cadena repleta de nudos apretados, surgidos de la nada. El joyero se sirve de un instrumento específico para deshacerlos. Es una punta metálica que hincan en un eslabón mientras abre espacio alrededor. Pulcritud extrema que da confianza. Aquí, al contrario. Cada pieza fijada tensa al límite la zona colindante, no hace aire sino vacío. El vacío absorbe. El vacío traga sin deglutir. Desde lo inteligible hasta lo turbio acaba revuelto y ensalivado. La mezcla no significa, desactiva un código en principio simple y directo. La humedad en cambio genera un sentido, un estímulo en transición, una amenaza. ✱

Marta Sanz

De qué luz hablamos
cuando se escapa la luz,
se gasta,
hay que pagarla a precio de hígado infantil,
de qué luz hablamos
cuando se acaba la luz
de nuestros pequeños ojos
o profundos
como lagos de noche.

Hablamos de la luz azul
de los quirófanos,
de la luz total que incinera la célula
para restaurarla,
o de la disminuida luz
del quinqué,
la luz tibia
bajo la que una niña teje
su primera y última
colcha de ganchillo.

Hablamos de la luz
de un mediodía de agosto
o de la luz de un enero
ahogado por la lluvia.

Luz de la intemperie y la luz
del cuarto oscuro.

De qué luz hablamos
cuando hablamos
de la luz. ✖

Madrid, 1967. Su libro más reciente es *Los íntimos* (Anagrama, 2024).

Personas felices

Pedro Ugarte

La persecución comenzó cuando el gobierno consideró injusta e intolerable no ya la desigualdad en los patrimonios sino también la desigualdad en los sentimientos. Que hubiera personas completamente felices y otras completamente desdichadas era un agravio moral que un gobierno equitativo no podía tolerar.

Los expertos constataron que, al contrario de lo que ocurría con los bienes materiales, los bienes inmateriales (la bondad, el buen juicio, la felicidad) no eran susceptibles de reparto. Confiscar las cuotas de felicidad excedentaria era la única medida que podría acabar con tan terribles desigualdades, pero esta posibilidad se reveló impracticable. Fatalmente, tuvieron que aplicarse medidas represivas.

Bilbao, País Vasco, 1963. Uno de sus libros más recientes es *Antes del Paraíso* (Páginas de Espuma, 2020).

Antes de la ilegalización de la felicidad, psicólogos expertos hicieron un cálculo aproximado del alcance del problema: las personas felices, las personas absolutamente felices, podrían ser en torno a un 10% de la población. Por otra parte, el gobierno decretó que la felicidad parcial sí era permisible. El gobierno quería lo mejor para la gente y, si consideraba la felicidad completa un intolerable monopolio, la felicidad distribuida en dosis igualitarias era un objetivo legítimo y cabal.

La policía política estableció rigurosos sistemas de información para detectar y sancionar a las personas completamente felices, pero localizar y detener a esos acaparadores no fue tarea fácil. Tras las primeras detenciones, los inspectores comprobaron que las personas felices no llevaban modos de vida distintos a sus semejantes. Ser feliz no estaba determinado por condiciones económicas, ni sexuales, ni de fama o de poder. Eso obligó a las autoridades a refinar sus métodos de investigación. La policía desistió de realizar inspecciones tributarias o minuciosos seguimientos a los sospechosos habituales. La felicidad no estaba en los patrimonios ni en los reconocimientos. Increíble, asombrosamente, la felicidad estaba siempre en otra parte, lo cual es un modo pudoroso de decir que nadie sabe, realmente, dónde está.

Se impuso el que, a la postre, sería único instrumento fiable de localización de seres felices: la delación. La colaboración de la ciudadanía más comprometida con el gobierno permitía localizar a las personas felices a partir de sus propias declaraciones. «Soy inmensamente feliz», decía de repente un sujeto, en medio de la ruidosa y amable reunión de amigos de toda la vida. Y en la pasión de un encuentro sexual, o en la arrasadora intensidad de una sola caricia, una novia irresponsable, un esposo imprudente, se declaraban felices en voz alta. Los ciudadanos leales al gobierno, entonces, callaban y sonreían. Más tarde, al encontrarse solos, hacían lo que era su obligación: llamar a la policía e interponer una denuncia anónima.

Los seres felices, una vez localizados, eran conducidos a las comisarías, pero pronto la policía comprobó que todas las medidas coercitivas resultaban completamente inútiles. Así como, en su vida cotidiana, la conducta de los seres felices no era distinta a la de los demás, tampoco la reclusión alteraba su estado de ánimo. Algunos especialistas llegaron a la conclusión de que la felicidad podía ser algo aún más terrible de lo que el gobierno siempre había imaginado: que la felicidad podía ser un don.

El régimen político ha endurecido sus medidas. La gente ya ha aprendido a no exteriorizar jamás sus sentimientos. Incluso los ciudadanos

más comprometidos con los fines del gobierno procuran ser prudentes, pues todo el mundo sabe que la policía comete errores, abusos y negligencias. Quién sabe en qué momento un agente puede denunciar la felicidad de una persona, a pesar de que esta sea completamente desgraciada. Se han impuesto la reserva y la discreción, pero el gobierno sabe, la policía sabe, todos saben, que las personas felices siguen ahí, cautelosas, escondidas, preservando la lumbre de su dicha en la clandestinidad del alma y repartiendo palabras intrascendentes, distraídas, en los hogares, las oficinas, los estadios, con el fin de no ser identificadas.

Los expertos aventuran incluso que puede que no haya sólo personas felices, sino también familias felices. Conociendo el reducido porcentaje de personas felices, el número de familias verdaderamente felices, en las que todos sus miembros tengan esa condición, debe de ser escasísimo. La estadística, en efecto, es una ciencia implacable: siendo pocas las personas felices, la posibilidad de que coincidan en las mismas familias resulta aún más extraordinaria. Así y todo, los expertos no descartan ese terrible milagro.

En esas precarias condiciones, la sociedad sigue su curso. Sólo ha habido un cambio real en todo esto: ahora, la gente guarda celosamente sus sentimientos más íntimos. Todo el mundo sabe que las personas felices están ahí, siguen estando ahí: en los consejos de administración, en los polígonos industriales, en las penitenciarías, en las residencias de ancianos, pero que se manifiestan como una secta clandestina cuyos códigos son rigurosos y secretos. Incluso se especula con la idea de que las personas felices puedan reconocerse entre sí (quizás a través de señales misteriosas, que sólo ellas conocen) pero los expertos aún no han alcanzado ninguna conclusión a ese respecto.

Por lo pronto, las confesiones forzadas, las denuncias, las delaciones, son cada vez más escasas. Una general prudencia gobierna la conducta de todas las personas. Cuando anochece, se retiran a sus viviendas; tarde o temprano, se acuestan en ricos o humildes dormitorios. Seres tristes o aburridos, seres deprimidos o ambiciosos, seres corruptos, y misericordiosos, y desesperados, se recogen a la espera de un sueño absolutorio. Pero algunos, sólo algunos, son felices. Y nadie sabe a ciencia cierta quiénes son. ✱

Aritz Gorrotxategi

LA TORMENTA

Recuerdo que nos dijiste:
«después de la tormenta
se recogen los troncos caídos».
Aquella tormenta
agujereó el monte,
hizo bullir
raíces y ramas.
Se podía oler el miedo
de los animales.

La casa parecía un barco
entre negros latidos acuáticos,
la ventana era un ojo de buey,
en el margen de un mar oxidado.
Arqueología de algo ahogado.
Y nosotros pegados al cristal,
respirando el golpeteo
de la lluvia densa y agitada.

Cenamos lo de siempre:
pollo con verduras.
Después se fue la luz.
Era como estar en una cueva.
Sacaste las velas del cajón.
Las débiles llamas poblaron
de extrañas sombras la habitación,
y dudamos por un instante
si empezar a dibujar bisontes o no.

Cuando volvió la luz
supimos por la radio
que un hombre había fallecido
tras ser arrojado al mar
por un golpe de viento.

Nadie se acordaba del film de la tarde.
Al menos, no en aquel momento.
Permanecimos en silencio.
Quién sabe, quizás fue aquel
nuestro modo de rezar
por el difunto.

Apagamos la radio
y nos fuimos a la cama.
Me costó pegar ojo.
Permanecí mudo y acurrucado.
La linterna también apagada.
Di las gracias por no haber sido
el hijo del difunto,
por no haber sido tú
el que había muerto
aquella noche.

Después imaginé la tormenta
llevándose los cuerpos caídos.

San Sebastián, País Vasco, 1975. Su libro más reciente es *Señuelo* (Trea, 2022), al cual pertenece el primer poema de esta selección; el resto son textos inéditos.

ORACIÓN I

No menosprecies los desplazamientos
en el pequeño pozo del agua tranquila.
Un animal acuático respira en el fondo.
Nadie lo ve excepto tú.

Hoy vienes, como cada semana,
al lugar donde ella se ahogó,
al turbio reino del cloro.
Sólo el cuerpo puede
mover algunas ruedas.

Y haces tuyos, lentamente, los metros
que ella no puede recorrer,
sin rosario, sin padrenuestros,
en la plena modelación de la brazada.
Mil metros, dos mil metros...
Enfrentándote una y otra vez
a la zona de viraje,
desde un ángulo de la jaula
a la chapa del frontón acuático.

La oración puede adoptar
forma de sonata
en el seno de la piscina,
el sonido de la espuma
al estallar contra la corchera.
Otra forma de ser bautizado,
sumergiendo la cabeza en el agua.

Al final, se vuelve júbilo.
El único modo de hablarle al oído.
Una misa laica en el atardecer
del domingo por la tarde.

En casa, al colgar el bañador empapado,
se dibuja por un instante

el vacío del cuerpo
en el cielo incontaminado de pájaros.

Sin poderlo evitar, empiezas a pensar
en lo efímero del vuelo,
en el instante en que se astilla
la respiración...

El próximo domingo
os encontraréis de nuevo
frente a frente, la piscina y tú.
Sin flores ni plantas.
Volverás a adentrarte en el agua,
confiando en regresar.

CON LA FACILIDAD DEL LIMÓN

Con la facilidad del limón
divide la luz
la rugosidad de los montes.
Los rojos árboles
se aferran a los pájaros.

Imposible saber cuándo
y desde dónde
han llegado las hojas.

El suelo se acuesta
en sucesión,
con el ancho de la vista
como único límite.

Aquí no se habla
de fronteras.
Pero sí de lo ilimitado.

Puntos de anclaje
desplegados aquí y allá.

Y a nuestra espalda el mar.
Ni cerrando, ni rodeando,
sino invitando.

TONELES LLENOS DE VINO

El barco se hundirá,
no pienses en eso.
Antes o después
llegará a la arena,
encallará en las rocas,
o abrazará el litoral.
No sabemos dónde,
no sabemos cuándo.
Eso que tenemos
a nuestro favor.

En la diástole del tiempo
los toneles llenos de vino
atraviesan el fuego que prende
en nuestros tibios cuerpos
como una danza.

¿Quién ha pedido al viento,
quién al mar, que existan?

Alguien recogerá
nuestra ceniza.

EL PRINCIPIO DE ARQUÍMEDES

Todo objeto introducido en un fluido soportará hacia arriba una fuerza vertical del mismo peso que el fluido desplazado por ese cuerpo.

No son pocos los escritores que han muerto ahogados.
Según la leyenda, Safo se arrojó al mar.
El poeta Li Bai murió, al parecer, ahogado y ebrio
en el río Yangtsé, tratando de abrazar la luna,
al perder el equilibrio y caer de un bote.
El escritor romántico Shelley, en cambio,
durante una tormenta en el golfo La Spezia.
Alfonsina Storni se tiró por una escollera en Mar de Plata.
Virginia Woolf se metió, por propia voluntad, entre las olas,
y no, precisamente, para cabalgar sobre ellas.
Llenó el abrigo de piedras y dejó una carta a su marido:
no se sentía capaz de soportar por más tiempo
los perjuicios de su enfermedad.
Desde el puente Mirabeu saltó el poeta Celan,
aquel que nos enseñó lo que es tragar leche negra.

El agua esconde algo... Y, aun así,
regresan sus poemas, regresan sus textos.
He ahí la fuerza vertical de la literatura.
El agua podrá llevarse los cuerpos,
pero nada más.

ORACIÓN 2

El nadador muele el aire.
Imagina una colina
descansando en un templo.

El sol le baña los pliegues
de ambos brazos.

Debe ser acróbata
para atravesar
toda esa masa de agua,
ser a la vez
caminante y cuerda.

No sabe qué oirá,
qué voces, qué melodías,
qué profundos cantos, los diarios
hablan de tiburones azules,
no de sirenas, pero sabe
que tendrá que levitar
sobre todos esos rumores
como un bosque sobre el rayo.

Su meta es la isla de enfrente,
nada más. Ahí empieza,
ahí acaba, su certidumbre,
en la hierba recién segada
de un breve enigma.

No hay más herramientas escénicas.
Él también es mar. ■



Lola Andrés

CANÍBAL

*Así que yo no sabía cómo se hace un elogio,
y sin saberlo me he comprometido:
la lengua prometió,
no la palabra.
Platón, El banquete*

come de mí
esta lengua fue hecha
de hecatombes, supo
estalló puedes
saciar tu hambre
con lo que aún soporta
—su llaga de ruidos—
a quien hablo, a quien digo que
puede morder esta crueldad
está muriendo
muere, se muere
aquí
delante de tus ojos

AND IT'S SO LATE*

ahora bebed de mí
no hace falta la sed,
ira, la muerte
toda la sangre en mano

los mirlos hablan
a media altura, eres
balsa, dicen, pero no vienen

Valencia, 1961. Estos poemas pertenecen al libro *Brecha* (edición artesanal de Gabriel Viñals, 2017).

a chapotear, no saltan por las venas
estoy aquí, les digo, ved
bebed, partida / abierta por la mitad
hígado al aire, bajo el cielo —soy
de cielo—

y qué otra cosa
podría yo ofrecer al canto oscuro
de los ángeles vivos

*En *Eraserhead (Cabeza borradora)*, de David Lynch.

SI FUERA

*Arde la juventud, y los arados
peinan las tierras que surcaron antes
Góngora, Fábula de Polifemo y Galatea*

el corzo eleva el cuello
el horizonte tiembla

el muro perturbado
la casa entre las manos —templo o niña—

fuera, el ancho
la tierra
impulso —un precipicio—

*el cajón de pestañas
mi techo de los dedos*

el esfuerzo se vence
abro un cofre vencido
vence el corzo, se aleja
con el ojo sangrando
tierra adentro la espada
seco color de luz
y en adelante ✕



La ciudad del miedo

Elvira Navarro

El desasosiego no se le iba. Había buscado alucinar la ciudad, había incluso escrito dos historias: una sobre una joven que se perdía en aquel paisaje y acababa muerta en el interior de una bolsa, y otra en la que una chica que vivía en una residencia sentía un acoso sutil, una sensación de peligro, mezclada con su propia culpa. Pero no lograba retratar lo que quería, lo que pasaba. Una mañana echó a andar. Avanzó entre colonias de bloques, algunas con césped donde aún sobrevivían florecillas blancas de la primavera, como si allí fuera más lenta la llegada del verano. No había casi nadie, y la soledad sólo se rompía cuando se topaba con algunas mujeres, casi todas con velo, paseando a niños en carritos. Tras avanzar durante un buen trecho por edificios de hormigón, llegó a unos soportales de pilares mellados por impactos de bala. Al alzar la cabeza, vio ventanas tapiadas con ladrillo. Otras tenían los cristales rotos, y en la mayoría de los pisos sólo quedaban los huecos de las ventanas, sin carpinterías. Mirase donde mirase, sólo veía esas enormes cajas de cerillas destruidas que parecían habitadas a medias, pues junto a las ventanas sin vidrios o cegadas había otras de las que brotaban parabólicas, cables, tendederos.

Huelva, Andalucía, 1978. Su libro más reciente es *Las voces de Adriana* (Random House, 2023).

Conforme se adentraba en aquel barrio dejó de haber árboles y hierba. En su lugar, barro y basura. Apenas asomaba el cielo entre aquellas moles convertidas en chabolas. Todo se acercaba a un apocalipsis. Y sucedía algo más, un desorden oculto que no guardaba relación con lo que estaba a la vista, y que insuflaba una lógica inhumana a aquel lugar.

Una mujer salió de un bloque y caminó bajo los soportales; Carmen la siguió, metiéndose en aquel espacio angustioso, donde inmediatamente sintió una humedad de cueva. La mujer no se dio la vuelta, a pesar de que le pisaba los talones; ambas se internaron por un corredor que comunicaba con un patio entre bloques, sombrío, con el suelo levantado. Una rata las miraba desde un montoncito de escombros. Alzó la vista; el patio tenía forma de octágono, por el que entraba tacañamente la luz; los grafitis, casi todos firmas puestas las unas sobre las otras, ascendían hasta dos y tres pisos, como llamas negras. Mirar hacia arriba, hacia la nubosidad lejana, mareaba; los más de veinte pisos que tenía encima generaban un efecto de movimiento centrípeto. Además, a diferencia de la sensación que había tenido en la calle al observar los huecos de las ventanas, desde el patio los pisos parecían rebosar. Vio una selva de antenas, ropa tendida, entre las que asomaban cabezas de gente que la miraban. La mujer tras la que se parapetaba había desaparecido. Corrió por la continuación del pasaje, que desembocaba en otra calle, por llamarla de algún modo, pues allí ni siquiera había asfalto. Estaba todo tan deteriorado que no supo adivinar si quizás nunca lo había habido, o acaso aquel sitio estaba destinado a convertirse en un remanso de castaños y plátanos que degeneró en descampado o en aparcamiento, y ahora en un cementerio de coches. Había dos calcinados y otros tantos abandonados; también, además de cascotes y pequeñas islas de porquería, varios sofás bajo un techo de plástico azul. Unos jóvenes estaban allí sentados. La mujer seguía avanzando tras haberles devuelto el saludo. Carmen corrió tras ella, lo que hizo que ésta se volviera.

—Perdone, creo que me he perdido —le dijo—. ¿Cómo puedo salir de aquí?

—Sígueme. Estamos cerca de una parada de autobús, pero vas a tener que esperarme. No debes ir por aquí tú sola. Yo soy trabajadora social y todos me conocen. Me quedan algunas visitas.

—Gracias —contestó. Se dio cuenta entonces de que le temblaban las piernas.

—Es mejor no coger el ascensor —le dijo la mujer cuando entraron en uno de los portales.

Se preguntó si en el ascensor aumentaban las posibilidades de ser atracada o es que nadie revisaba su funcionamiento y era fácil caer desde el piso veinte. Una puerta de aglomerado, más propia de un viejo cuarto de baño que de una vivienda, se abrió. Una mujer con una larga trenza la saludó con timidez y las hizo pasar. La vivienda era muy pequeña y daba a un patio interior. Se sentaron a la mesa de la cocina y la trabajadora sacó un par de formularios que la mujer de la trenza completó con dificultad. El hijo aparentaba unos doce años y tenía un trato cariñoso con la asistente social, que habló con ellos en árabe. De nuevo en la calle, la mujer le preguntó cómo había llegado hasta allí. Carmen no sabía explicarle en qué momento la monotonía de edificios paupérrimos y solitarios había dado lugar a un paisaje de guerra. La asistente la escrutaba mientras ella dirigía la mirada hacia aquella maraña. Todavía le costaba entender lo que veía. No se trataba solamente de la degradación, sino también de la cantidad de espacios anómalos, residuales. Los edificios estaban llenos de recovecos, pasadizos que llevaban a oscuros patios, ventanas en forma de óculos a ras de suelo, como si se pudiera acceder directamente a unos sótanos que más bien serían cloacas.

—¿Estudias arquitectura? —le preguntó la mujer—. Alguna vez me he encontrado con estudiantes extranjeros como tú que han venido solos porque querían ver las colonias. ¿Eres española o italiana? A nadie que no sea extranjero se le ocurre venir.

Carmen no recordaba haberle dicho que era estudiante.

—He venido desde la universidad. Sólo quería dar un paseo.

—Pues la universidad está a siete kilómetros; sí que te has dado un buen paseo.

Siguieron caminando por ese paisaje donde sólo había bloques, bloques y bloques sin un solo bar, una oficina, un pequeño colmado. Aquí y allá, en las aceras y en la calzada, se abrían enormes socavones, como si hubieran caído bombas. La mujer le contó que hacía décadas que los edificios no se arreglaban, que había grietas tan anchas como una mano y chavales que no habían visto nunca trabajar a sus padres viviendo en pisos infectos sin calefacción, apiñados, con un subsidio que sólo daba para comer mal. No había ni siquiera plazas, ni calles, como si aquellas colonias fueran malas yerbas.

—Ahora vas a ver algo divertido —le dijo la mujer con sarcasmo, y la introdujo por la puerta trasera de un inmueble—. La puerta principal se ha desmoronado —aclaró. Avanzaron por un pasillo lleno de humedades—.

Vamos al piso séptimo —siguió diciéndole mientras entraban en el ascensor—, pero tenemos que dar al ocho, porque no para en el siete. Y para bajar, debemos irnos al sexto, porque no acude al octavo ni al séptimo si se le llama desde ahí. Llevo cinco años visitando esta finca y nadie ha venido jamás a reparar nada. ¿Qué te parece? Entre los vecinos y yo hemos puesto unas cuantas quejas. Les da igual.

Salieron del ascensor y bajaron un piso por unas escaleras melladas y cubiertas por un manto de papeles, vasos de plástico, latas vacías, colillas, envases con restos de ketchup, cristales rotos. Un hilillo de agua caía por los peldaños procedente del largo y oscuro pasillo, donde la luz estaba fundida. Oía a estercolero. La trabajadora tuvo que llamar largamente a un piso del que salía una algarabía de voces; le abrieron al cabo de cinco o seis minutos, cuando se puso a aporrear la puerta; entraron a un apartamento minúsculo donde Carmen contó ocho personas: tres adolescentes, dos niños, una mujer, un hombre y un abuelo.

El hombre les señaló al anciano que se balanceaba en una butaca junto a la ventana, envuelto en mantas.

—¡Monsieur Tari! ¿Cómo se encuentra?

El viejo movió apenas la cabeza para mirarla de reojo y a continuación le dijo que veía a los señores por la noche, en fila india; eran capaces de subir hasta el décimo piso trepando por la fachada. Carmen se asustó, como si lo que deliraba el viejo pudiera ser verdad.

—¿Qué tal le ha sentado la nueva medicación? —preguntó la trabajadora.

—No ha vuelto a clavarse ningún cuchillo y por las noches duerme, aunque le seguimos atando. El día lo pasa junto a la ventana —contestó uno de los chicos—. Dice que tiene que vigilar para que no entren.

—Ahmed y Yassine, ¿ya habéis vuelto a clase?

Carmen perdió el hilo de la conversación con los adolescentes. Se quedó mirando al anciano que hablaba con seres imaginarios. Se concentró en ver lo mismo que él. No vio nada. La única mujer adulta —supuso que era la madre— no saludó a nadie. Cortaba judías verdes y las echaba en una palangana.

Al salir, tomaron de nuevo el ascensor, que desde aquella planta sólo llegaba a la segunda. Bajaron dos pisos de escaleras apartando la basura.

—Aquí ha habido un brote de tiña.

El aire ascendía por el vano y removía la porquería. Le dio tanto asco que ni siquiera respondió. No quería que aquel viento, que ahora olía intensamente a orín, entrara en ella, así que apretó los labios.

Avanzaron luego por una avenida grande y vacía.

—Llevo muchos años viniendo por aquí, pero no me acostumbro. Tiene algo de inconcebible —le dijo la mujer.

Las calles desiertas contribuían a una sensación de simulacro que contuviera, en su interior, otra cosa. Cuando ya creyó que no iban a encontrarse con nadie se fijó en un grupo de hombres agachados todos hacia la misma dirección, al pie de una abigarrada mole de viviendas. Habían colocado una gran alfombra, tenían las manos sobre las rodillas, supuso que era un rezo, aunque en aquel lugar parecía dirigido no a La Meca sino a La Mole, al hormigón, a las goteras y a las ventanas rotas. Se toparon al poco con una pequeña iglesia, como si Dios tuviera que seguir siendo convocado en aquel erial. Pasaron asimismo ante un edificio blanco con una cubierta de chapa, al que acudían individuos con gorros coloridos, muchos de ellos ataviados con túnicas. La asistente ya no le hablaba, pero Carmen iba tan embobada que no le importaba. Al doblar la esquina, empezó a haber gente en la calle, sin que encontrara un motivo para ello. Chavales con chándal, a la espera; grupos de chicas, corrillos de abuelas. Pasaron hombres y mujeres con atuendos de fiesta, aunque no localizó dónde estaba la celebración. Algunos saludaban a la trabajadora, y un par de muchachos la pararon y le preguntaron:

—¿Algo para mí?

—Esperad que no sea yo la que se quede sin empleo —les contestó ella. Cuando llegaron a un portal, le dijo a Carmen—: Esta vez no quiero que vengas. Puedes esperarme aquí, no va a pasarte nada.

Notó que a aquella mujer le habría gustado darle una patada y mandarla lejos, y no se lo reprochó. Si hubiera sabido cómo salir de allí y, sobre todo, si no tuviera miedo de ir sola, se habría marchado. Observó de nuevo a la gente; aunque la afluencia le pareciera aleatoria, quizás aquel lugar funcionaba como una plaza, como algún tipo de centro o espólón en el que los vecinos salían a dar vueltas. Se sentó en los escalones de la entrada. Junto a ella se detuvo una anciana que le preguntó si también era de los servicios sociales.

—Soy viuda —continuó aquella mujer—. Mi hijo quiere que me vaya con él, pero no estoy dispuesta a dejar mi casa. Se meten en los pisos y los destrozan.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Los señores. Pueden con todo. De noche suben por las paredes. Se quedan con el dinero.

Recordó el delirio del viejo. La vieja parecía cuerda y loca al mismo tiempo.

—Nadie se ha quedado con ningún dinero, *mademoiselle* López —dijo la trabajadora tras ellas.

La mujer se dio media vuelta y se alejó. Fue un gesto rápido, como si escapara. La asistente echó a andar y a Carmen le costó seguirle el ritmo, pues caminaba a toda prisa, como un insecto de muchas patas acostumbrado a atravesar veloz la ciudad. Debía casi correr a su lado, y aunque le hubiera gustado preguntarle por aquella anciana, no se atrevió.

La trabajadora la estaba conduciendo por un camino distinto, o eso creyó, pero no porque el paisaje hubiera cambiado mucho, sino por la cantidad de transeúntes que había de repente, como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para salir al mismo tiempo. Aquellos cuerpos tenían algo espectral. No emitían sonido alguno. El cielo se había oscurecido y la negrura era idéntica a la de algunos sueños, llenos de presencias funestas. Los peatones se convirtieron en una marabunta que las arrastraban hacia delante, aunque sutilmente, sin tocarlas. Al llegar al fin a la parada de autobús, desde la otra acera, alguien empezó a hacerles gestos. Se reía, las saludaba, abría la boca. Su piel tenía un color azulado.

—¿Qué le pasa a ese hombre?

—¿A quién?

—Al de enfrente.

La trabajadora buscó con la mirada.

—No veo a nadie.

—¿Y el resto de la gente?

—¿Qué gente?

—Toda esa gente con la que nos hemos cruzado.

—¿Estás tomándome el pelo? —Se sentaron y la mujer añadió—: Mira, no sé qué te pasa, pero deberías descansar.

Carmen no quería descansar. Aún no. ✱

Jordi Doce

Tríptico

I. CASA CON FIGURAS

Gastado, fiel, un tenedor de huesos,
camino hacia el hogar
que nunca será nuestro,
la casa de acogida
que el tiempo dejó a medias,
sumida entre sus pliegues,
el cuarto donde dos fantasmas
se desvisten y acuestan y sueñan cada noche
con el hueco del otro.
Estoy lejos, pero los veo,
puedo sentir su afán,
el río circular de sus latidos,
el modo en que respiran y se anudan
bajo la frágil sábana del techo.
Los veo, están aquí,
en la casa de nadie,
dos vacíos que yacen juntos
para ser sin remedio,
para no ser.
Me quedo en el umbral.
No voy a despertarlos.
Que el polvo se acumule en ellos mansamente
y recobren el cuerpo que fue suyo.

Gijón, Asturias, 1967. Uno de sus libros más recientes es *Maestro de distancias* (Abada, 2022).

II. DESCENSO

Sientes crecer la hierba
sobre tu frente. ¿Crece,
está creciendo,
o más bien eres tú
la que cruzas a cada instante
los estratos infinitesimales
del inframundo
para hundirte en ti misma?
No te vemos. Tus labios
se frotan con la tierra húmeda
y todo es un rumor de fósiles y escamas,
un sudario intranquilo.
Conoces la oquedad del gusano, el más leve
filamento de las raíces,
y en tu piel se abren puertas
que llevan a otras puertas
que son la yema de tu carne
rompiéndose por dentro.
Arriba está el azul, el cielo osmótico,
y ese tronco de sauce que respira por ti,
desde tan lejos.
Arriba están los perros que amaste sin medida
(los oyes escarbar en vano),
el paso caminante.
No te vemos, ya nunca
volveremos a verte
entre las sombras del jardín que somos,
que sigue por hacer.
El fondo te reclama y tú descienes,
te vas difuminando
en la blandura posesiva del bajotierra.
El hueso es musical
pero no canta.
La hierba hará su parte.

III. SUEÑO

Nada que hacer,
nada
que declarar tampoco.
El agua pasa, el leño
flota corriente abajo
y se pierde en la bruma.
He estado aquí, lo sé.
Conozco el sitio
de otras veces: el verde
claro de la acedera,
la dejadez del barro,
este saber del pie
que tantea la orilla
sin mojarse.
Conozco
el lugar, las palabras,
pero decir las
no hará retroceder el tiempo.
Si hubo un sentido,
se fue con la corriente.
Vuelvo a sentarme
sobre la tierra húmeda
y desgrano tu nombre.

No se puede
vivir del aire. ✱



Enrique Falcón

Sílithus

*Nadie puede escribir nada sin pensar que lo que escribe es
por el momento la historia del mundo*

Emerson

Es un cuento de la necesidad
de abrir las puertas a canciones pobres
en una pieza helada
donde un hombre descansa y una mujer descansa
y perdidos en un sueño palindrómico
ensortijan los dos sus dos silencios breves.

Es un cuento triste
contado con la voz de las crías del amo
y la voz del siniestro
manipulador de voces, un cuento enamorado
de otros cuentos voraces,
aquellos que de nosotros hicieron,
en una tierra herida, un pueblo confundido.

Un relato intermitente
cuando ya el tiempo del hombre
no era ya el tiempo del mar.

La llamarada que no vimos entonces.

La
falta de cobijo que nos trajo aquel invierno
iba aniquilando las salas de cura
y en más de una ocasión
bajo el golpe extenuante de las luces klieg
perdíamos el ritmo, la troquelación de las nuevas visiones,
el orgullo de tener una pupila
incapaz de alejarnos del todo.

Valencia, 1968. Su libro más reciente es *Las últimas semanas* (Editorial Huerga & Fierro, 2023).

Para la especial vigilancia de los descartados
para el seguimiento desigual de nuestros Deflectores
se había abierto—como en una ventana—
la posibilidad de una notable excepción.

Ojo —brutalidad de la retina
Nervios —ya no queda quien os cante,
Comezón de esa prisa que tarda.

Y diga el colibrí
diga la brecha que divide el camino
diga la apertura de la boca en el tiempo del *ba*
diga el peso de la pluma y, después, lo que pesa el corazón
diga la hendidura
el dorado diapasón que preside las custodias del bosque
diga el ciclo transparente de las hojas por arder
diga el humo que blasfema en esta tierra
—y diga la palabra cansada:
«pide vida y se te concederá».

Diga lo que observan los perros en toda calle negra
diga el sílex imperfecto de las noches únicas
diga el fuego
diga esa danza
diga aquel que deja atrás las viejísimas ropas
diga la abstención de las mareas con su doble conjuro
y la lluvia que se esconde detrás de los pozos
diga el árbol hueco en el cerco de moreras
diga cada tallo y diga la raíz
diga el bajel del cielo una vez tamizado de cruces
diga la rama seca que nos abre la mano
diga el alambre de espinos que la luz descosió
diga el balancín y luego su tormenta
diga la excoriación eléctrica que defienden los pájaros.

Porque sin escapatoria y sin escalofrío
drones biométricos
centinelas en llamas

esperaban a los niños en sus cuartos
y encarándolos en filas frente a una pared
les hacían las Preguntas Terribles.

Para los que aún arrebatan
los restos de la conciencia de clase. Para
esa brizna en cuclillas, todas esas
ciudades incendiadas retorciendo las llanuras.

Los discursos patrióticos (los que
a través del radiocórtex se emitirían después)
hablaban de niños mártires
niños en añicos
niños que nos salvarían de la deflagración
destruidos desde el aire
en el tiempo del ajuste de cuentas

—Niños moneda que para un día indecible
podríamos con orgullo llamar nuestros hijos.

Con
cúters de grafeno
con pequeños cúters de grafeno
rasurábamos el cabello de esas crías que duermen
apiladas contra el suelo en las zonas de intercambio.

Para los que aún arrebatan
nuestra conciencia de clase. Para
esa atrocidad en las rodillas, todas esas
plazas devastadas que quedaron a merced de la lluvia.

Por
cada libación de la mañana
las gentes de La Broza
pagaban por entonces cantidades increíbles

y nosotros, porque nada sabíamos—
nosotros, que vivíamos abocados
hacia el Gran Angular—

nosotros, aptos para la clasificación
si emprendíamos otra cosa—

no osábamos preguntar por la suerte de aquellos críos rastrillados,
aquellos restos impacientes de ira,
porque sin escapatoria
y ningún escalofrío
temíamos ser también esperados por los drones seleka
—nosotros,
justo al entrar en nuestros barracones,
y una vez resignados a colmar la traición.

Teníamos plegarias, todas las plegarias negras

Aquí. Para quienes nunca apreciaron
la medida excesiva de su propia piedad.

Aquí. Para la mesa comitiva
de los desencantos.

Aquí. Para los prestamistas sin medias
que bajaban del monte.

Adiós de los hombres que volvían a casa
y sabían que estaban totalmente solos.

Para los que no fueron amables
con quienes también les torcían el cuello.

Cuando los poemas que escribían hombres y mujeres
aún podían incluir el nombre de las estaciones
y ese nombre se inscribía en anillos de árboles y corales
sin ninguna prepotencia ni ninguna vanidad,
cuando hormigas y caimanes no se despertaban
de sus largas pesadillas tan cerca de los polos
y tormentas y sequías espaciaban algo sus encuentros
según fuera dictando la constante de Arrhenius

también nosotros —entonces— recordábamos.

Pero ahora
la Estación Espacial da vueltas al planeta y llora,
dan vueltas en su estómago dieciséis hombres muertos.

Ay de las épocas en que sus poetas
sólo pueden escribir apocalipsis.

Ay de los hombres que tienen que tallar
—sobre la corteza de los últimos robles—
nombres de una lengua a punto de extinguirse.

Teníamos plegarias, todas las plegarias negras.

Cuando ya el tiempo del hombre
no fue ya el tiempo del mar.

Para compartir
el vino nuevo de los desdichados
en las horas de la inundación
y en la de las nuevas mareas. Para la
sangre que habló
hoy sobre la hierba.
Para tanto guijarro afilado en la historia.
Para apenas justo
los reversos de la ira y la piedad,
la ascensión que el eucalipto
ha emprendido sobre lechos de uranio.

Para aquel silencio que clavado en la cruz
el escándalo que el hambre
y la tregua que el horror.
Para el árbol encorvado que protege la vida.
Para el que no guarda las estelas de la ley.
Para
esa extrema belleza en la lucha de clases
y también esta mesa
hoy rodeada de niños.

Acosados por todas las gramáticas,
 las carbonizaciones
 de lo que la clase obrera ya no podía decir,
 la clase
 que es acorralada
 la clase acorralada
 / y acosada

Acosados por el infortunio y la blasfemia,
 por las tejedoras y, después, la policía
 —acosados por todo
 lo que luego vino,
 por Cada Uno de ellos y por los Vigilantes
 en los bazares de tiempo cuando mengua el tiempo,
 acosados por las arañas esquivas de todos los teatros,
 por el capataz y el frío mercader
 que se harta de enjuagar sus cuchillas en los desagües de un río

Acosados largamente
 por los rastreadores de hombres
 los detectores mecánicos
 que tensan las mañanas casi de improviso,
 mirados por las cuerdas deslizantes de los palcos rotos,
 por varias de sus lentas
 vocaciones de aviso,
 largamente hostigados
 por los buscadores de especia al mostrarse la noche,
 colapsando con sus hambres el desorden del mundo:

reducían su moral
 a) a la de las tropas de asalto
 y toda su literatura a los operadores móviles.

tarros de cremas para amortiguar
 b) los efectos de otros tarros de crema
 salones de diseño
 donde los nutricionistas
 ya empezaban a hablar de conciencia de clase:

los vendedores de pieles humanas
 iban a extraerlas directamente en origen
 más allá de los anillos fatales de cada congoja:
 frascos de crema con pieles humanas
 para plastificar las caricias de los traficantes de lúá.

esos
 c) cuerpos regurgitados en las costas de Europa
 con frenéticas vidas un poco más al interior,
 familias en búnkers cubiertas de dinero
 y un mensaje de alarma aún por contestar.

omitiendo lo extraordinario —ciclones, terremotos—
 d) describiendo lo corriente: el auténtico tema
 de la poesía, masticada por completo [Thoreau]
 en tiempos de escasez.

absortos en sus pantallas líquidas
 e) y casi sin mirarse a los ojos,
 com
 unicándose con su dios, el
 Hermes de los pies ligeros, el
 teranauta,
 se internan solos,
 solos en los bosques
 de los que no saldrán ya nunca vivos.

«comercio de alta frecuencia»: eso que detiene
 f) y es rumor de la ley y del abuso,
 su triunfo de intriga
 lo que fácilmente secuestra el sentido de las cosas,
 el aplastamiento de cada solidez.

editando genéticamente cepas estériles del zika,
 g) jaqueando adn,
 crispeando bosques enteros de castaños americanos
 o editando hombres,
 de tal modo retorciéndole los dedos a Dios.

la desolación
 h) de las regiones exteriores entregadas al turismo:
 lentas
 consideraciones químicas
 sobre nuestros pactos con la tierra,
 el tiempo de la mediocridad en la era de los viajes costosos.

esas
 i) arquitecturas cenitales suspendidas desde arriba,
 ¡campos vigilantes
 del deshuesamiento!

Nuestras hoces servirían para algo más que para segar la mies.
 Una piedra nos ardía enterrada en la mano
 buscando a donde ir, pendiente de justicia,
 quemazón
 que habíamos recogido en la escombrera de la historia
 piedra de la esquirla custodiando el camposanto.

Queríamos tener
 esa comprensión cariñosa del mundo
 pero testigos nuestros eran
 también el miedo y la culpa,
 porque
 sin alegría al comienzo ni resistencia al final
 arrasabais los bosques para calentaros las manos.

Con Toro y Escorpión, con enjambres de drones dadóforos
 en primavera y otoño cercabais
 las ciudades pobres y los nodos de rastreo,
 extrayendo de los Almacenes Sintácticos
 —todavía insumergibles aunque apenas en pie—
 las Preguntas Terribles, idénticas,
 las palabras destructivas
 que doblaban el sentido de los nombres y las cosas.

Hijos de los adiestrados, entonabais cantos absurdos
 a diez metros de las salas de tortura

recibíais aplausos dos calles más arriba
 de las zonas con planes de desahucio
 aireabais vuestras gargantas en escuetos poemas verditonales
 atizándolos en la altura de cualquier adolescente
 bajo el sofoco de los moduladores de voz
 —ritmos beatniks, potenciadores de soma— erais
 los adiestrados hijos del bienestar,
 cantores
 que entretienen al amo en las noches con viento. ✱

Ahora

Óscar Hernández Campano

Abrió la puerta y sus quejas se escucharon en toda la vivienda. Refunfuñaba porque se había puesto a diluviar. El cielo, plomizo, había sido honesto. Sin embargo, tras esforzarse por vislumbrar un tímido rayo de sol entre las nubes arracimadas, se había empeñado en bajar la basura a cuerpo gentil. Entró maldiciendo, esforzándose en leer el remitente de una carta que acababa de recoger del buzón y que se había empapado. Cuando descifró aquel jeroglífico de tinta corrida, abrió el sobre y se sentó a leer la misiva. Dos horas después, mientras la cena humea al fuego, él sigue sentado en su butaca. Entre sus manos sostiene una vieja fotografía, una instantánea descolorida y cuyos bordes acusan el paso del tiempo. De vez en cuando la voltea y relee los trazos que responden al dónde y al cuándo: *Melilla, 27 de junio de 1960*. Y vuelve a mirar la fotografía, la sostiene con mimo, pese al tembleque involuntario de sus manos, producto de la vejez, que lo acompaña desde hace más de un lustro.

San Sebastián, País Vasco, 1976. Este texto forma parte de la antología *En tierra de sueños* (Egales, 2024).

Sus ojos, menudos, enmarcados en una miríada de pliegues donde los párpados, las bolsas y las arrugas se entrelazan sin solución de continuidad, fijan la imagen que inmortalizó un fotógrafo sesenta años atrás. Ve aquellos rostros sonrientes a través de las lágrimas que, sin deslizarse por sus mejillas, se mantienen trémulas en el borde de su mirada. Los recuerdos han brotado como en una extraña detonación dentro de su mente. Se acuerda de cada palabra, de cada gesto, de cada broma, del olor que impregnaba el aire, aroma de recio ejército, de jóvenes licenciándose, de verano incipiente, de amor y deseo. Recuerda los sonidos, el murmullo, las trompetas, las órdenes de los superiores, el rumor de cientos de muchachos nerviosos por regresar a casa o por separarse de aquellos con quienes convivieron e intimaron durante meses.

Él había sido uno de ellos; ese que no miraba al objetivo de la cámara, sino que sonreía observando al otro joven de la foto, al que abrazaba. Ha transcurrido toda una vida y, aunque prometió no hacerlo, durante más de medio siglo lo había olvidado todo. Ahora observa aquella ventana a sus recuerdos. Ahora, al mirar aquella fotografía, todas sus memorias flotan desde la más oscura sima de su mente. Ahora puede repetir, palabra por palabra, cada conversación que mantuvieron desde que coincidieran en la fila de la instrucción, la primera semana de servicio militar. Puede recordar perfectamente el latigazo que sintió en su interior cuando se miraron por vez primera, cuando sintió que aquella mirada del color de la miel de azahar lo envolvía, cuando todo desapareció a su alrededor y supo que podría lanzarse al vacío si aquel lo acompañaba. Ahora repite para sí, moviendo apenas los labios arrugados, aquellas confidencias tímidas que se hicieron el uno al otro durante las guardias nocturnas, aquellos secretos que, en susurros, se contaron a la luz de los cigarrillos que compartían, aspirando el humo que les raspaba la garganta. Ahora, entornando los ojos, rememora aquellas jornadas de ejercicios, de carreras y de instrucción. Ahora puede sentir de nuevo el nerviosismo que lo dominaba cuando iban a las duchas, cuando se miraban de reojo la piel expuesta, cuando se debatían entre mostrar o disimular la excitación que aquella intimidad despertaba. Ahora revive aquella noche fría de un invierno extraño en que la guardia nocturna, sumida en un viento del Noreste, se les antojó un castigo que sobrellevaron arrebuados en sus chaquetones, firmes contra la pared, hombro a hombro, pasándose cigarrillos que encendían sin cesar, para entrar en calor, sin dejar de tiritar. Ahora recuerda que sus dedos se tocaron, que sus miradas se encontraron, que sus labios se buscaron, que sus cuerpos

se abrazaron y que el deseo los poseyó con toda la urgencia y violencia del viento invernal. Ahora añora aquel primer beso dulce, cálido y sensual al que acompañaron caricias, abrazos, gemidos y unas manos nerviosas que luchaban por abrir una brecha en los uniformes; manos inexpertas, asustadas, temerosas de ser descubiertas en cualquier momento. Ahora sonrío al ver en su mente cómo con los pantalones desabrochados y las guerreras a medio quitar, escucharon un sonido de pasos que les heló la sangre, líquido primordial que henchía con ímpetu sus sexos, que bombeaba con desenfreno en sus corazones, que caldeaba sus cuerpos en una noche apta sólo para los lobos. Sonrío recordando que se escondieron en un almacén, que en la oscuridad siguieron besándose, que terminaron de arrancarse la ropa, que se tumbaron sobre los uniformes arrugados, que se amaron durante horas, hasta que el arrebol de sus rostros saltó a la línea del horizonte.

Ahora, con lágrimas que se rebelan en sus ojos, revive los seis meses que siguieron a aquella primera noche de amor. Revive cada nuevo beso robado en los recovecos del cuartel, cada nuevo encuentro furtivo en los almacenes, duchas, garitas o traseras de camión, cada desahogo urgente, primitivo, animal, salvaje, placentero hasta reventar, que buscaban sin poder reprimir lo especial que eran ya el uno para el otro. Ahora entiende que vivieron una hermosa historia en una época que los perseguía y condenaba. Ahora comprende que el miedo hizo que ellos mismos acabaran con aquel amor puro y tremendo, del que sólo queda aquella fotografía del día que se licenciaron, del día en que se dijeron adiós, del día en que se separaron.

Se escribieron postales navideñas un par de años; después, el olvido. Hasta ahora, que ha recibido la carta del nieto de aquel a quien amó. Unas pocas líneas junto a la instantánea. Unas frases para comunicarle que aquellos ojos en los que se sumergía se cerraron para siempre. Que entre sus cosas hallaron una foto, un nombre, una dirección.

Ahora sólo queda el lamento por la vida que no vivieron.

Se levanta, guarda la fotografía en el bolsillo de su camisa, junto al corazón, y se dirige a la cocina en silencio. Su mujer acaba de servir la cena. ✦

Aníbal Martín

Pleamar

Ahora que las olas doradas del estío
empiezan a bañar campiñas y dehesas,
ahora ya que el verde vida
destila los reflejos ambarinos del verano,
podría hablarte, sin esfuerzo,
sobre el cambio de estación,
sobre cómo pende
de las farolas del parque solitario,
frente a mi casa,
un alcahaz de luz
en el que revolotean miles de insectos
que durante la noche devorarán los murciélagos
y, al amanecer, los pájaros.

Y podría hablarte también
del aire dibujando cabriolas en el coche
al abrir dos ventanillas enfrentadas
mientras recorro las calles nocturnas
de este Cáceres silente.

Ahora que me he mudado
de una urbe con insomnio
a un barrio tranquilo
de una ciudad tranquila
podría describirte los caminos
por los que regreso paseando a casa

Cáceres, Extremadura, 1989. Su libro más reciente es *Yo hablo, ellas cantorin* (Pie de Página, 2023).

tras perseguir con la vista
mariposas en los jarales.
Podría explicarte cómo el anonimato es un lujo
y la soledad, un espejismo de la siesta.

Ahora que las canas salpican mis aladares
podría quejarme del paso,
a trompicones,
de los días,
de la vejez que se insinúa,
y podría deleitarme desgranando
el origen etimológico
del arabismo *aladares*.
Llenar los minutos de intrascendencia
y otorgar con ella
estabilidad a la vida.

Y, sin embargo, yo,
que después de querer
puedo seguir queriendo,
que entiendo el amor
como una suma que jamás acaba,
lo que querría decirte
es que ya hace tiempo
que ni susurros ni andares
me dentellean el abdomen
—visceral aviso de galerna—,
que no hay fotografía ni proposición
que desvíe mis pasos al volver de fiesta;
que, aunque me pese,
apenas accedo a un bis de los besos
que a menudo rehúyo antes de dar;
que corro a limpiarme
la saliva ajena
que serpentea, seca, por mi cuello
como si se borrarán con el olor
el yerro, el mal rato.

Participo a veces, es cierto,
en esa procesión de ilusiones desnutridas
adictas a la velocidad,
en la Santa Compañía virtual
que desfila por las aplicaciones de citas:
un collage de nuestros mejores recortes
para tejer diálogos con algodón de azúcar
las madrugadas más solitarias del año.
Después, la humedad del alba
disuelve las conversaciones
y las palabras, desunidas,
flotan a la deriva
ya sin sintaxis que las amarre.

En definitiva, yo, que lo quiero a él,
pero que puedo seguir queriendo,
que entiendo el amor
como una multiplicación de factores infinitos,
deshojo las horas observando
los avances del verano en la dehesa,
mis canas en el espejo,
las farolas del parque frente a mi casa,
los jarales, las mariposas...
Y todo para no pensar
en ese puñado de ambiciones
que una tarde, orgulloso,
lancé al viento
y que siguiendo a una bandada de estorninos
migraron a latitudes más cálidas. ✱

Kolonaki

Luis Bravo

¿Viste la nieve caer sobre la Acrópolis?

Uno de los reportajes que abrió la sección de informativos del tiempo mostraba dicha imagen. Era finales del otoño.

Héctor paró el trozo de lo que fuera que de postre se estuviera llevando a la boca. Lo dejó en el plato. La imagen de Atenas cubierta de un anómalo temporal hizo que le recordara. Supuso, por recónditas bromas, por paradojas del pensar, que lo que tuvieron bien se parecía a tal escenario: algo fuera de lugar, imposible y llamativo por la dificultad en repetirse. Un error, si se prefiere.

Apuntó la pregunta en una nota del móvil. Si tuvo el propósito de mandársela como mensaje, lo olvidó. También si quería desarrollarla. No importaba. Se fue con ella el sentido. Leyéndola, revolvió lo que pensaba estable, fijo y pasado. Pero tenía gracia, pues a propósito del pasado, no hay nada más movible que él, siempre dispuesto a colársenos en el momento aburrido, con la guardia baja.

Un año. Se aproximaba la fecha en la que se vieron por vez primera. En realidad, no fue cuando se conocieron.

Hace dos, por vericuetos virtuales, topó con su perfil de Instagram, dando pie a las habituales tácticas de acercamiento, señalando con los *me gustas* varias fotografías y terminando por responderle una historia. Le piropeó lo

Madrid, 1994. Este relato pertenece al libro *La noche de San Silvestre* (Balduque, 2024).

bien que le sentaba una camiseta del grupo Blondie. Samuel respondió un escueto gracias seguido de un la tengo desde hace tiempo, pero todavía me vale. Nada más, ningún asomo de intentar desbrozar esa frase cerrada.

Y uno después, por circunstancias similares, lo encontró en una aplicación de citas. La coincidencia avivó el contento, pues aun reconociéndole al segundo, no esperaba que apareciese entre las horas muertas de una tarde de verano; para él, que las sentía siempre dilatadas entre los rumores que llegaban de los planes de los amigos, exultantes e infinitos en su disfrute, del calor del asfalto trepador a las ventanas abiertas y de esa sensación desolada que trae la estación a cualquier edad, si bien puede ir agravándose o cediendo.

Charlaron, superaron el bache de las frases introductorias. Mejor aún: Samuel se acordaba de él. Héctor preguntó educadamente, detalle que a varios ligues solía llamarles la atención cuando no causarles gracia, si podía pedirle quedar. Samuel aceptó, pero sin mucho detalle explicó que no se sentía con ganas de ver a nadie esos días. No obstante, si no le importaba esperar, él le avisaría y cumplirían con la casualidad.

La ciudad fue vaciándose mientras las vacaciones. Cada uno hizo su verano. Entrado septiembre, Héctor daba vueltas a qué momento sería el oportuno para volver a escribirle y concretar esa cita que no le apetecía dejar escapar. Ese breve periodo entre la vuelta al trabajo y la última conversación, no había evitado repasarla; las frases, las fotos de su cuenta, las mismas que en sus redes sociales. Las camisetas de tirantes, lo que insinuaban de pectoral. La boca si sonreía, la barba oscura como tizones. El hoyuelo.

Se escribían, pero de Samuel no llegaban más que no te preocupes, yo te digo, saco un hueco y nos vemos. Semanas pasaron de esta misma guisa. Héctor empezó a creer que renunciar y seguir eran las mejores opciones en vista de las largas continuadas.

Viró la que creía su mala suerte. Un jueves por la tarde, a las siete, en el centro, en su barrio, siendo idea de Héctor esto último, en un intento secretamente desesperado o de veras ilusionado por acercarse a él, por astillar los palos que no dejaban de trabársele en la rueda.

Esa tarde, tumbado en la cama sin decidirse entre la siesta o una lectura, recibió un audio de Samuel. Su voz era grave. La sorpresa era mayor por no haberla imaginado todavía. Le pedía si podía retrasarse una hora u hora y media. Estando en el gimnasio le había llamado su jefe y, sin desvelarle el porqué, entendía que su futuro en la empresa podía ponerse

en entredicho a condición de un posible aumento o directamente el despido. Héctor no prestó caso a los pormenores laborales, pues la llamada debió ser reciente, pero le respondió que ningún problema en cuanto a quedar más tarde, siempre y cuando no supusiera cancelar la cita. Una hora, contestó Samuel, era suficiente.

Vistiéndose, volvió a pedirle otra media hora, por si acaso. Héctor empezó a sentir cierta apatía, pero no escatimó en el acicalamiento y la mejor impresión que dar una vez estuviese junto a él.

Llegó con antelación y pidió una cerveza. Estaba en las mesas del fondo, sentado de espaldas a la pared estéticamente mantenida en su tono leproso y crema, cómodo y recto, algo tenso, sobre la tapicería roja. La camarera, de su edad, preguntó cuántos serían. Dos, el otro llegará pronto, dijo. Ella sonrió, seguramente entrenada en el escenario que fuera a producirse, a diario ocurriendo en su turno, ganando con su silencio la diligencia y relajación que al ambiente le faltaban, estando todavía sólo uno para ser posible.

Entre los sorbos que rompían la capa de espuma y los aperitivos salados que picotear, Héctor se entretuvo en observar el café y a quienes se congregaban. El sitio era una imitación de los cafés de principios de siglo, sin escatimar veladores de mármol, columnas y esa mullida tela sangre de toro sobre la que posarse. Más variedad en los parroquianos. Algunos ya estaban en un estado avanzado que él esperaba alcanzar de salir bien la jugada; otros se reunían en torno a partidas, chillando los aciertos y machacando los fallos de sus contrincantes, y la hija de la dueña paseándose entre las sillas, manoseando la tierra de los maceteros, robando sin que se dieran cuenta piezas de los juegos para chupetearlas, yendo de aquí para allá, sin más rumbo que el marcado por su curiosidad. Rumbo más exacto era el que marcaban las manecillas del reloj de muñeca de Héctor, yéndose también, entre tragos, la sensación de lo que parecía irremediable.

Samuel lucía un jersey negro fino y unos pantalones de chándal que no advertían desliz alguno al conjunto. Era alto, recordó que lo aparentaba en las fotos. Entró rápido y pidió un vino de igual manera atropellada. Se acomodó a su derecha, una pierna doblada bajo el trasero, creciendo sobre Héctor el abrume. Le resultaba muy guapo y apenas habían terminado de saludarse. Ocultó ese rubor bajo una seriedad impostada y colocándose sus gafas. Él le preguntó si llevaba esperando mucho. No evitó la sorna de sí, un

año y algo, más o menos, y por poco añadido el día de hoy. Samuel se rio, un tanto azorado. ¿Hay rencor, eh? Héctor cogió una almendra salada, y lo incomedible de la misma evitó que se tirase de la lengua; tantas otras en el pasado que no habían salido como esperaba y a cada nuevo intento temía que fueran a repetirse la dejadez, la mera satisfacción sexual sin explicitarla; que alguien le gustara y fuera el confesarlo en vano.

Empezó a desgranarse el asunto que horas antes le había traído de cabeza. Samuel hablaba sueltamente. Sus ojos, como sendos carbones, se iban hundiendo más y más en el reflejo de los cristales de Héctor. No ocupó más de lo necesario: el tema del trabajo en las citas cede rápidamente asiento a la novela de cada uno, a los amores fracasados o rememorados con estima y especialmente, en función de los gustos y los que resulten en común, a las anécdotas raras. Cayéndose como lo usado, algunas miradas a los cuerpos. No evitaba Héctor el espacio al aire entre el calcetín y la pernera, descubriendo piel morena, vello, tan negro como en otras partes suyas podía adivinarse. Sus pendientes. Tampoco Samuel perdía de vista los labios que no se despegaban según relataba, más destacados por el afeitado, las cejas despuntando de la montura o el lunar en la mejilla. Algún roce de los dedos, luego dándose las manos y acariciándose, en paralelo a una conversación alegre sin fundamento.

Oye, no hace mala noche: ¿Te apetece que cenemos fuera?, terció Samuel. ¿En la plaza, dices?

Sí, nos compramos algo y vamos a los bancos de piedra, si te hace.

Salieron a la calle. La tibieza del tiempo a la hora de desatar un frío propio de ese mes hacía que el barrio estuviera animado. Cerrada la puerta tras ellos, Samuel cogió el rostro de Héctor entre sus manos, lo abrazó con delicadeza, como un preámbulo que revelase más torpeza que lance —fueron tres, casi cuatro, las copas de vino— para en realidad besarlo. Estaba deseando que lo hicieras, respondió.

No lo pensaba en el momento, ya que el beso fue paliativo, pero Héctor, de índole enamoradiza, veía todo aquello como lo que hubo de ser meses atrás, un año atrás posiblemente. Ese furor repentino en Samuel, alcohol aparte en ambos, y la algarabía del barrio ayudaban a transportarse.

Compraron empanadas y las comieron con una historia rara más que sumar a las narradas, el casi embarazo de una amiga de toda la vida de Samuel. Es mi amiga y la adoro, pero está loquísima, en serio; un día nos va a dar un susto gordo... ¿Sabes? En realidad porque parecías tener muy decidido el café, pero si no te hubiera llevado a un bar que está por ahí,

bajando hacia San Bernardo. Igual te hubieras asustado; te llevo ahí, y tú llegarías y me dirías, ¡venga, Samu, hasta luego! Es como muy folclórico, pero está guay, suelo ir mucho con mis amigas de Jaén. Pero el café ha estado bien, me recuerda un poco al que está aquí, ese que hace esquina. Ahí sólo fui una vez y ligué con el camarero. Me trajo un papel con su número.

Flecos de la perorata eran los que Héctor recogía. Prefirió, como antes, no inmutarse y dejar que Samuel le pareciera hermoso, sin temor alguno a aplicarle tal adjetivo. Próximos a ellos, los que tiraban de carritos a rebotar de latas de cerveza para vender, los que habían empezado su melopea desde el mediodía o antes o perdida la cuenta ya; gentes de la vida y adolescentes que encontraban excitante cocerse en vodka o Jäger frente al instituto donde, ellos también, habrán perdido la cuenta de sus expectativas ante lo que venga.

¿Quieres subir a mi casa? Está aquí a la vuelta.

Abrió la puerta que daba al rellano, después la de su piso. Bueno, ¿entonces ya no me odias por haber tardado tanto en vernos? Trae, te cojo el abrigo, lo pongo aquí, ¿vale? En el salón, Héctor se recostó en el sofá cama, escrutando las estanterías, los cuadros, los muchos videojuegos adquiridos por capricho o regalados por su empresa, que cupiese tanta vida en escasos metros, para uno, sobradamente aprovechados. Los lomos de los libros, y se limpió las gafas para atenderlos mejor, indicaban que eran todos de nuevo. Esos colores de reclamo, flúor y láser, y tipografías que de excederse ni cabrían en la vivienda. Con todo, excepciones interesantes. Un gato blanco y caramelo, detrás de la tele, le vigilaba con pareja intensidad, sin decidirse a salir y olerle.

¿Quieres algo más de beber? Samuel no le dio tiempo a responder y se sentó sobre él, continuando lo dejado a la salida del café. Si no te parece mal, me gustaría que fuésemos más despacio, musitó Héctor, sin dejar de seguirle la corriente. Claro, de hecho, me parece perfecto que lo digas. Pero no concordaron los deseos con el imperante. Se quitaron la ropa sin miramientos.

Se apartó un momento para coger el cenicero y el tabaco de liar. ¿No te importa, no? Para nada, dijo Héctor, es un clásico después de follar, vaya. Sonrió. ¿Está Mateo por ahí? ¿Quién es Mateo? Mi gato... Ah sí, míralo... Tiene una mala hostia, y tendió su antebrazo, con dos líneas de costras.

Héctor volvió a revisar los tatuajes, estilizados en su cuerpo fibroso, velludo en el torso, cálido y secándosele el sudor. Desnudos y entrelazados, escuchando música que se amortiguaba por el cansancio físico. Eran las dos y media de la mañana.

¿Quieres que me quede a dormir? Exhalado el humo, Samuel le argumentó que el sofá cama estaba hecho polvo, más allá de la broma fácil —su ex y él pasaron el confinamiento allí—, y que hoy no sentía que le apeteciera, pero que la siguiente vez no habría ningún problema. Héctor lo entendió. De la ropa, por los suelos lanzada, quitó todos los pelos gatunos que pudo y tomó un taxi.

Era idéntica la postura dos semanas después. Héctor, en penumbra a ese lado del salón, mimaba las piernas, el sexo, el vientre de Samuel mientras este fumaba cuando no se le entrecerraban los ojos. Veo que te fijas en los libros, ¿te gusta leer? Sí, me encanta. De hecho les dedico muchas horas, y cogió las gafas para subrayar la broma y la vera. Tienes pinta de que un día vas a escribir uno. Héctor asintió cabizbajo mientras sus dedos caracoleaban por el muslo. Ahí sobre todo tengo biografías, de artistas, de maricas famosas, unas mejores que otras, libros de arte y algunas novelas. Héctor no resistió entonces contarle que le gustaba la poesía especialmente, que en mayo de ese año había salido su primer libro. ¿En serio? Ala qué fuerte, Héctor, ¿de verdad? Sí, bueno, no es nada del otro mundo, respondió. La esquirra de la vanidad se revolvió produciéndole un inocuo escozor, porque era grato que se lo reconociera con tal entusiasmo, pero en absoluto veía probable que fuera a leérselo. Volvió su mirada a los libros otra vez. Sí, no sucedería. Esos eran libros de alguien que lee ocasionalmente, y no juzgaba a Samuel alguien inculto, todo lo contrario; engañaba esa disipación suya con todo el conocimiento del que sabía hacer gala y sopesar, pero ese matiz impulsivo no lo podía considerar adecuado para asomarse a la literatura a la que él aspiraba, pecando de ambicioso.

A la siguiente visita, un sobre descansaba en la mesa, naufragado entre cables, revistas y peluches del gato. Samuel le pidió que lo abriera y se lo dedicase. Héctor estaba mudo, pero un bolígrafo de su gusto, siempre en el bolsillo interior de la chaqueta, no le privó de la tarea. Ya firmado, y habiéndole leído lo escrito debido a su ininteligible letra de piojo a tinta verde, le confesó que de camino, había pensado acercarse a una librería y llevarle un ejemplar de regalo. Pronunciado, no evitó verse a sí mismo reparando la subestimación de la ocasión anterior, avergonzado. Se le adelantó, lo que se tradujo en un sexo más demorado, más variado, en agradecimiento.

Samuel lo hojeaba, decía algunos títulos de los poemas en voz alta. Ninguno superaba la página, todos eran breves y herméticos, similares a las frases de su autor en la vida real, más en compañía de quien, cada día, iba enamorándose. ¿Y esto, cómo se te ocurría? Quiero decir, ¿cómo se escribe

un libro? Me flipa, en serio. Bueno, depende: muchas veces por una imagen, otras por el primer verso, que surge así, de repente, de una pincelada... Sí suele repetirse que parto del título. Del título, viene el poema. Igual que cuando viajas facilita saber el nombre del destino al que te diriges, ¿no? Consideró para sí esta analogía un tanto pretenciosa, especialmente el mal sabor dejado en el ¿no?, pero Samuel no parecía enredarse y le escuchaba entregado. Ya veo, ya. Jo, pues qué ganas de leerlo, ya te iré diciendo.

Se incorporó para ir a la mesa de la cocina, donde el gato Mateo retozaba panza arriba. Un bufido se oyó por acercarse su dueño, poco le respetaba. Samuel se sentó formalmente a la izquierda de Héctor y fue enseñándole unas fotografías del último verano que había mandado a revelar. El paisaje se reiteraba: Grecia, los pinares y sus arrastraderos, carreteras, playas e islas. Pasaba el álbum helénico y en él amigos, conocidos de viajes, amantes en los mismos. Samuel se detuvo en las que fue retratado en el templo de Poseidón, con una atardecida melosa, en su piel justificando para Héctor las horas encantadas que solo no le parecían en absoluto. ¿Has estado? No, qué va, nunca, pero me gustaría. Yo es que suelo ir mucho. Mira, y le enseñó un tatuaje reciente, un Antínoo. Anda, este no lo había visto.

Héctor cogió las fotografías y las posó en la mesa para así besar su brazo y cuello, pero Samuel quería proseguir con la remembranza. El desfile de chicos, de chicas, azoró a Héctor. Limpiando sus gafas, tumbado Samuel mientras liaba su cigarrillo, le dijo que le gustaba mucho cuando estaba con él, porque tú me gustas, Samuel, pero no quiero que pienses que lo digo por algo más, no; es simplemente que me haces sentir tan diferente y bien, que a eso voy, me gusta cómo eres. Samuel abrió sus ojos como si le hubiera sido encomendado un secreto perjudicial. Vaya, farfulló... Perdona, quiero decir, te lo agradezco... Es sólo que no sé cómo tomarme estas cosas.

Héctor tomó el mazo de fotografías y le pidió que le contase más de las vivencias allí congeladas. En los paréntesis de atención, miraba el salón, el ventanuco, el radiador y las plantas a su libro. Por la cubierta, una escena de playa, le preguntó si volvería dentro de poco a Grecia. Sí, sí, además estas navidades querré llevar a mis padres a Atenas. Qué detalle, qué bueno. ¿Qué parte de la ciudad es tu favorita? Samuel mencionó varias. Héctor había empezado a vestirse. En la puerta del rellano, como último cartucho: ¿Me llevarías? Puede ser. Se besaron despacio mientras Mateo intentaba escapar escaleras abajo.

Hacia esfuerzos en no dejarse arrastrar por las ensoñaciones románticas, y a pocos amigos les había hablado de él, pero las semanas siguientes luchaba por no empaparse de todo lo relacionado con Grecia o mitologías, etc. A su paso, permitiéndoselo por inesperado, salió un párrafo en un diario que ocupaba sus viajes matutinos en metro:

«Atenas no es la ciudad espantosa que describen la mayor parte de los turistas a su regreso. Además de las ruinas y de los museos, Atenas es su luz tónica, sus terrazas donde conversar hasta altas horas de la madrugada, sus tiendas y librerías cosmopolitas. Atenas es los pequeños restaurantes populares con parra y gato y una radio desgranando canciones monótonas y tristes; y los comercios de los años cincuenta en unos pasajes tan sórdidos como los de Santiago de Chile; y un gran café metálico con ventiladores, en la Plaza Omonia; y el mercado, tan excesivo de estampas y olores; y Plaka; y los kioscos de prensa, más surtidos todavía que los de las Ramblas; y el Grand Hôtel d'Angleterre, donde solía parar Morand; y el oro viejo de los iconos a la luz de las lamparillas; y el Athens News. Más que para ser vista, Atenas es ciudad para ser vivida, algo parecido a lo que les sucede a Valencia y también en cierto modo a Barcelona. Kolonaki, que es el barrio ateniense que prefiero, tiene precisamente un aire a la Bonanova. Desde el Licabeto, que domina ese barrio y la ciudad toda, el atardecer es algo único».

Lo copió en una libreta. Resaltó los nombres propios en tintas verde y roja. Así, inocentemente, murmurando esos acentos como si claves arcanas, conjugaba el afán de ese viaje. Caminando al trabajo, cuando volvía, de recados, quedando con amigos o yendo al cine, esperaba alguna señal de Samuel para volver a su casa. Por las calles, barría las hojas secas amontonadas o que a sus zapatos por el viento se arremolinaban, culpándolas por nada. El tiempo dejó de ser clemente y a Héctor el romanticismo le sangraba, en una época que nada apelaba a comportarse así, ni amparándose en su bisoñez ni en lo contagiado por las novelas del diecinueve. Bagatelas otoñales, sí, pero Samuel no daba respuesta alguna.

Una madrugada recibió seguidos mensajes. Todo parecía haber retornado al punto de partida. Le pedía perdón por no haberle dicho nada en tantas semanas. Estuvo malo, se iba a cambiar de curro, pero a Héctor le importaba nada salvo el cuándo podría verle. Me voy a Grecia pasado mañana, así que tendrá que ser a la vuelta. Prefirió acostarse y responder más templado a la mañana. Un mensaje más al volver a conectar los datos: le

preguntaba si conocía a un poeta llamado Cavafis, porque en el libro que andaba leyendo lo mencionaban varias veces e intuía que a lo mejor era muy conocido, y pensó en Héctor para aclararle dudas y recomendarse el que mejor le pareciera. La respuesta, lacónica, se ciñó a lo demandado.

Por su cumpleaños, a principios de diciembre, tuvo que escribirle para recordárselo, aunque quitara naturalidad a la felicitación. A mi vuelta, lo celebramos. Le creyó.

La estancia en Grecia parecía alargarse, pero Héctor, achicando ganas que le ahogaban, recordaba la amabilidad de haberse acordado Samuel de él por algo literario. Esta vez sí fue a su librería de confianza y compró el volumen de tapa dura de la obra completa de Cavafis, envuelto para regalo. Confiaba que ese gesto, con la mentada torpeza o lance, serviría para encauzar la relación, lo que él pensaba llegaría a significarla.

Cuatro meses pasaron hasta que Héctor se cruzó con Samuel. Hasta esa mañana, Samuel, con todos los cambios que le anunciara vagamente tiempo atrás, no cesó en cerrar las conversaciones con un esta semana quedamos, esta semana nos vemos y te cuento. Pero Héctor ya entendió que debía dejar de dar su brazo a torcer. Se había alejado toda posibilidad de seguir conociéndose. No obstante, por parte de Samuel le parecía raro ese broche final, una y otra vez. Esta semana quedamos, esta semana. Acabó tiñéndose de lo forzado que requiere poner punto final a algo que no interesa.

Había quedado para desayunar con un amigo de horarios más desordenados por su oficio de camarero —pero tan risueño su humor como vivo era su cabello pelirrojo—, en una cafetería a escasos metros de casa de Samuel.

Lo familiar de la plaza, esa calle y su desnivel, la luz nocturna cuando iban, cuando se marchaba, le tenían distraído mientras su amigo se desahogaba de las menudencias propias de cuando se está trabajando detrás de una barra a altas horas. Héctor no llevaba puestas las gafas, pero la figura que entró, alta, con gorra y vestir deportivo, aun borrosa, no dejaba dudas en identificarla como la de Samuel. Pidió algo y salió, sin volverse.

Héctor achinó los ojos y vio que estaba sentado con otro chico en una de las mesas, en el mismo plan. Su amigo advirtió el demudado de cara, la palidez como anémica que se le puso, la oquedad en sus respuestas. No, no, no es nada... Es sólo que acabo de ver a alguien. Le señaló dónde estaba. Tuvo que sincerarse.

Si quieres, nos vamos. No quiero tenerte aquí sufriendo. Estas historias son horribles, pero no hay que estar aguantando, dijo su amigo. Mejor paguemos, reflexionó Héctor, haciendo partícipe a su amigo, consultándole si debía saludar a Samuel o, creyendo conservar el orgullo, decirle algo y seguir, como si un encontronazo, sin esperar que respondiese. Ocurrió, pensando que así le castigaría por el ninguneo. Salió. ¡Adiós, Samuel! y apretó el paso en la esquina. Él se quedó de una pieza, con un anda, hola, a medias.

Anteriormente a esto, Héctor había enviado sin avisar el libro de Cavafis y una carta. No puso remitente, sabría que sólo podía ser él. La carta decía:

«Samuel:

»Aquí te dejo el que iba a ser tu regalo de Reyes, el que me hubiera gustado darte en persona cuando volvieras de Grecia. He recordado infinitas veces estos días la noche en que te comenté que me gustabas. Me viene la cara que se te quedó, como si en vez de algo cariñoso te hubiese dado un golpe. Pensé tirar esto a la basura, hacer como si no hubiera pasado, pero necesitaba despegarme de ti haciéndotelo llegar. Estoy seguro de que te gustará.

»Lo ideal hubiera sido abrazarte, besarte después de que lo abrieses. Estar ahí para comprobar tu ilusión. Pero esta decisión la prefiero, dadas todas las vueltas. Es más fría, lo sé. No tienes nada, o no me lo has demostrado, para que en todos estos meses cambiase de parecer».

Al día del desencuentro, Samuel le escribió un WhatsApp adjuntando una imagen de la antología en su mano.

Me hace muchísima ilusión de verdad... y estaba deseando leerlo, pero que ayer quedó en shock cuando le vio porque no esperaba verle por el barrio a esa hora, pero más que no se parase a saludar aunque entendía que estuviera molesto con él, y con razón, la verdad, he estado bastante desaparecido este tiempo, y le sabía fatal pero claramente no sabía cómo reaccionar ante determinadas situaciones... Aun así me hubiera gustado pegarle un abrazo, porque Samuel nada tenía contra Héctor, más bien todo lo contrario.

Y la discusión fue inevitable, no sabiendo ya qué decirte, haciendo ayer lo mínimo que me atreví porque estoy decepcionado y molesto, y así semanas, meses, porque Héctor creía que, consciente o inconscientemente, has hecho porque me enfadase contigo, porque esto no funciona y no pudiera llegar a ti. Si ayer lo hizo, era porque todavía le importaba. No entendía cómo abriéndose a alguien que pensaba era bueno ponía un

muro infranqueable. Precisamente, respondió Samuel, era eso, que no estoy a la altura de tus expectativas, Héctor, o de lo que esperas de mí.

Lo desconocía. No le había permitido conocerle. Me duele que te dé tan igual y te desentiendas.

Si algún día quería de verdad Samuel ese abrazo, el verse y lo postergado, tendrá que salir de ti la iniciativa. Yo he hecho demasiado.

Ni una palabra más. Otra vez el malentendido estaba consigo. ¿Qué había fallado, qué había hecho de más? Incapaz de poner coto a la insistencia en arreglarlo unos días, otros en enterrar el afecto por si volviera roña la capa de buenos recuerdos. ¿Qué hacer cuando, contado a terceros, el consuelo era ínfimo por la tónica general de la sociedad en la que vivimos, por saber todo de historias que precipitaron su final ante cualquier asomo de estima a la menor de cambio? En silencio, arañando las patillas de sus gafas, Héctor rumiaba el duelo por las heridas que suelen humillar sin filo que las hubiera producido, por la gente que se pensaba solitaria como él, afortunada en amigos, pero abocada a pensar en sí con la misma dureza que por las no conocidas, las que no había dañado o sí. Fantasmas todos de los que nos hacemos responsables.

Nunca volvieron a verse, a saber el uno del otro.

A Héctor le tocó enfrentarse a lo que consideraba destrucción de la más simple tristeza; una carga que no había sospechado para sí y con la que indefectiblemente te encuentras cuando descubres que todo ha sido idealizado, que aunque con equívocos del otro, de tu cuenta corría la reparación y recogida de jirones sentimentales. A diferencia de cuando escribía, esta vez había echado a andar sin figurarse el destino. Ahora tocaba quedarse con ese vacío para aprender, cambiarlo cuando debiera por lo que el viento trajese.

Miraba la televisión. La nieve en las ruinas, en las antenas de los tejados colindantes, en el empedrado y detalles de las hiedras. ¿Sería ese barrio uno de los suyos favoritos que le mencionó?

Algunos días, pasado el barrunto climático, buscaba postales turísticas, averiguaba curiosidades, ensayaba el viaje que le hubiera gustado hacer.

Se detenía cuando la nostalgia por lo no sucedido pasaba a dolor en el costado, y es frágil la línea. Iba al espejo y se miraba, quitándose las gafas. Sin palabras, repetía con lentitud algo que permitiese desvanecer ese dolor.

Has de seguir, aun sin ganas en el corazón. Has de seguir. ¿No te cansas? ✦

Esther Ramón

La letra rota [Selección]

ERAIKUNTZA HUTSA [CONSTRUCCIÓN VACÍA]

La forma toma su sitio en el espacio vacío de tal manera que percibimos el vacío como una forma y la forma como un vacío

Jorge Oteiza

Es un espacio vacío que parece tomar forma, como un lenguaje lento y
[poroso / hueco
sagrado, nido o funda del
ser / vano: azul
extremo / construcción
incorruptible / y el viento
dispersando, abriendo en
fractal sus variaciones / en las
rosas de piedra se disipa / lo que
corre sin piel y cruza páramo /
calmado el sol, saturación inversa y en receso, pura simiente /
parto de la tierra, un vaho inmóvil / que separa la fruta
de su escarcha / como salto o impulso desde el sueño / retracción de lo
[táctil, umbral del
humo / lo que está respirando y se respira / que se aparta de estar y que
[enarbola /
fundición del metal en toda arteria / eso mismo, lo que enseña la costura
[antes de
desatarse / y se lava las espigas de cosecha aérea, mostrando las raíces
[expandidas /
arroz de lo enterrado, umbilical de palabras y oquedades / y es del simple
[laminar lo que

Madrid, 1970. Estos poemas forman parte del libro *La letra rota*, en proceso de escritura.

se calla, del seco brote / *variaciones sin juego en las tizas inasibles, de colores
adyacentes / dentro del hierro hay una cueva, una boca detenida, que*
visible / y se vacía aquí / [salpica y dilata lo
en don de escucha

Poema inédito, 2022

*

Ella lo sabe:
el rostro primero
es el que muestra.
Debajo de esa piel
que crece y que decrece,
una niña gira sobre sí
para sacudirse
las letras que le sobran,
y en la madera de su nombre
mal sujeto aferra los sonidos
fuegoblancofuegomiedofuefuefuego
que emite y destroza
con veloz temperatura. ✱

Season 4

Carlos Frontera

Todos participaron en aquellas batidas, todos formaron parte de uno de los grupos que peinaron los alrededores del pueblo en busca del crío.

Retenes, los llamaron.

Se reunían cada amanecer, tan pronto las primeras luces se desgajaban de la corteza solar, y se congregaban en la explanada que daba al bosque, junto al aserradero, las manos en los bolsillos y una nubecita de su propia respiración coronando cada cabeza, augurando poco bueno.

Pertrechados con termos, linternas, brújulas, algún altavoz y una tristeza que nadie sabía si era genuina, de cuya autenticidad desconfiaban pero que sentían de veras, un abatimiento de hombros y cabezas achacado al frío, pero a cuál frío.

Jerez de la Frontera, Andalucía, 1973. Su libro más reciente es *Eco* (Candaya, 2020).

Se respiraban unos a otros, compartían una misma exhalación y maldisimulaban el frío mientras el sheriff Truman desplegaba un mapa sobre el capó de su ranchera, un mapa dividido en cuadrículas y adornado con circulitos más o menos perfectos, trazos firmes a mano alzada que envolvían quién sabe qué hitos: un pozo, un barranco, un riachuelo, una antigua construcción comida por la maleza, algo.

El sheriff Truman, cuarta generación de una estirpe de sheriffs, sacaba a relucir, cuando la ocasión abría un resquicio, lo meditado y razonado de su vocación de sheriff, una firmeza en la voz y en los gestos que parecía obviar el peso de la tradición. Soy sheriff por generación espontánea, decía, en un alarde de lo que consideraba originalidad, a quien estuviese cerca para escucharle. Por cuarta generación espontánea, repetían los contertulios en un tono apenas audible que dejaba abierta la duda de si la respuesta estaba motivada por el retintín o por el temor a ser oídos. Su bisabuelo era nombrado con frecuencia en las conversaciones fortuitas de dos que se cruzan y se reconocen, reverenciado casi, puesto como ejemplo, si bien se desconocía qué motivaba su imprimación en la memoria colectiva, qué epopeya o disparate construían su leyenda. Se hablaba de una tragedia, de las llamas que devoraron el aserradero y la inocencia, un fuego anónimo que, de alguna forma, seguía ardiendo en la conciencia del pueblo. La figura del bisabuelo del sheriff Truman se sostenía en un andamiaje de ceniza y humo; un almacén, por otra parte, invisible, permanente, inquebrantable.

Cada mañana, durante el tiempo que duraron las batidas, los habitantes del pueblo acompañaban a sus hijos sus hijas al aserradero. El aserradero era un amasijo de cascotes amontonados de cualquier forma, madera en descomposición, un despropósito de hierros contorsionados, como moldeados por una fuerza superior y majareta, y un criadero de insectos y ali-mañas: el puro escenario de una debacle.

Los hijos las hijas eran arrastrados hasta allí, llevados contra su voluntad, sus caritas somnolientas y sus pies gomosos, sin identidad. Divididos en dos grupos, los padres las madres movían bloques de cemento y apartaban tocones de madera hasta abrir una hendidura en la carne del aserradero, al tiempo que la otra mitad retenía a los hijos las hijas: formaban un círculo alrededor, el borde exterior separado de las hijas los hijos por la distancia de la luz emitida por una hoguera. Cuando la mitad encargada de despejar el camino daba el visto bueno, el círculo se abría y un pasillo de padres madres dirigía el tráfico de hijos hijas hasta la boca del aserradero.

Uno a uno, un silencio tan sólo interrumpido por el arrastrar de pies, los hijos las hijas pasaban dentro, introduciéndose a rastras por el hueco abierto por los padres las madres. Las cabezas eran lo primero en desaparecer. Los cuerpos se internaban gradualmente, como engullidos por algún fenómeno cósmico. Los pies eran el último vestigio visible. Una cámara de aire los esperaba, una caverna de bordes desiguales y puntiagudos, la viva imagen de una criatura terrorífica con una higiene bucal descuidada, con el tamaño justo para contenerlos.

Rasguños si se movían demasiado. Apretura. Hambre. Frío.

La única luz que recibían era la que se filtraba por la boca abierta por las madres los padres y algunos huecos mínimos que habían sobrevivido al derrumbe, ojos amenazantes en la cara interna del aserradero.

Una vez completada la operación, el sheriff Truman formaba los retenes, de seis a ocho miembros cada uno. Un tablero apoyado sobre dos caballetes marcaba el punto de encuentro. Sobre él, dispuestas en orden y agrupadas por variedades, todas las tipologías de donuts imaginables: tradicionales, recubiertos de azúcar, de chocolate crujiente, bañados por una película de glaseado de fresa y otras opciones cromáticas. Conversaciones indistinguibles por lo bajini, manos en los bolsillos o recogidas a la altura del pecho en un crujir de dedos, las miradas todas siguiendo una trayectoria descendente que iba a dar en algún pie vecino. La misma densidad atmosférica cada mañana. Leland III, el dueño del Supermercado Packard, era siempre el primero en romper la dinámica del grupo. Avanzaba con firmeza hacia la mesa, como si el mundo fuese sencillo y las decisiones no tuvieran consecuencias, y alargaba el brazo para coger un donut. Aquella parecía ser la señal esperada por el sheriff Truman, que reaccionaba a la velocidad del relámpago y le soltaba un manotazo a Leland III, quien apartaba la mano como si estuviesen jugando al calentamanos. La escena se repetía hasta que alguna voz les dictaba que aquello no iba a ninguna parte.

Cuando recuperaba el aplomo, tirones breves en las mangas de la camisa y en las solapas de la chaqueta, el sheriff Truman asignaba una sección a cada retén, una cuadrícula delimitada sobre el mapa con la tinta de un trazo de dedo, y arengaba a la muchedumbre de la única forma que sabía, quizá la única válida: plegaba el mapa como mejor podía, guardaba el gurrufío en la guantera de su ranchera y daba un par de bocinazos cortos, que anunciaban el inicio de la jornada.

Una especie de bruma ascendía desde el aserradero mientras los padres las madres se alejaban, la respiración de algún dios enfermo.

Nadie conocía la identidad del crío.

El 2 de febrero amaneció con su rostro impreso en los *briks* de leche del Supermercado Packard y en todas pero todas las cajas de cereales, «Se busca» como pie de foto por toda información. Los primeros clientes del día se detuvieron ante la imagen multiplicada del crío. Con gesto de consternación, se santiguaron primero, para a continuación mirarse unos a otros con una risa nerviosa. Nadie había visto antes al crío pero había en su rostro, cómo decirlo, un aura de familiaridad, el fantasma del algún rasgo conocido. No podían decir a ciencia cierta qué era aquello que les resonaba en la expresión del crío, pero estaba claro que alguna clase de vínculo se estaba gestando en el pasillo de los lácteos.

Las primeras noticias le llegaron al sheriff Truman a media mañana, un rumor de inquietud y respiración contenida que atravesó la Avenida Palmer y llegó hasta la comisaría. El runrún le condujo hasta el supermercado, cada vez más vecinos reunidos en torno a la foto repetida del crío. Un crío de toda la vida, como pudo comprobar el sheriff cuando pudo abrirse paso: pelo lacio, flequillo impecable cubriéndole la frente, sonrisa toda hoyuelos y unos ojos huidizos, de un azul alucinante, que miraban no exactamente al objetivo: un pelín más arriba, como a una mano que el fotógrafo sostuviese en alto o a un pájaro que irrumpiese en una esquina del campo de visión del crío o a una marca que señalase la altura que quizá ya nunca alcanzaría.

—¿Alguien lo conoce? —preguntó el sheriff cuando le vino la voz.

—Era tan hermoso. ¿Quién haría algo así? —dijo Kathy Jennings, un pájaro temblándole en la garganta.

—¿Lo conocías?

Kathy Jennings infló los mofletes y sostuvo en silencio la mirada del sheriff, en un gesto que pretendía reunir la complicidad de lo demás.

—¿Es necesario contarle todo? —dijo al cabo—. Es un crío tan así, ¿acaso hace falta decir algo más? Un crío sonrisa toda hoyuelos, flequillo impecable y la mirada extraviada en algún punto fuera del objetivo.

Un crío con esas hechuras despertaba la compasión de cualquiera, en eso tenía que darle la razón el sheriff Truman. Había que ser muy hijo de puta para permanecer de brazos cruzados y con el corazón frío ante un crío tan así, por mucho que ni la menor idea de quién era. Conque dio por concluidas las pesquisas iniciales y pidió la colaboración de todos.

Y todos participaron en aquellas batidas, todos dejaron a sus hijas sus hijos en el aserradero mientras ponían todos los sentidos en la cuadrícula que

les había tocado en suerte, cada cuadrícula revisada de arriba abajo, de pe a pa, ningún centímetro sin inspeccionar, ninguna piedra sin levantar, la oreja cada dos por tres a ras de suelo por si advertían cualquier detalle reseñable: un susurro, un gemido, un cambio de temperatura que indicase que por allí había pasado recientemente algo con vida y flequillo.

Los días transcurrían idénticos y seguían sin saber nada del crío. Ninguna pista de la que tirar. Ningún matojo aplastado sospechosamente. Ninguna prenda adjudicable.

No había consuelo.

Todos estaban desolados. Estaban abatidos. Sin esperanza. O no exactamente eso: esas palabras sólo ocurrían en la capital; aquí se manejaban en otros términos, en un lenguaje peculiar, endémico, articulado con una gramática que eludía el dolor a base de rodeos, generalizaciones y circunloquios.

Era difícil atinar con el idioma del desconsuelo.

Tal vez lo más aproximado sería decir que todos estaban a disgusto: todos estaban tremendamente a disgusto. Les disgustaba la saliva que salpicaban al escupir ciertas palabras, les disgustaba los surcos que dejaban en las cinturas los pantalones demasiado prietos, les disgustaba el olor inapetente, como acomplejado, que crecía en las ingles conforme avanzaba la jornada, les disgustaba a más no poder las esquirlas que se desprendían de las pastillas de benzodiazepina al partirlas por la mitad y de las que nunca volvían a tener noticias, les disgustaba la neblina que se elevaba desde el aserradero, una columna visible casi desde cualquier punto que extendía sus tentáculos más allá de sus límites observables, por así decirlo, una especie de huella emocional cuya onda expansiva viajaba en el espacio y en el tiempo, partículas hereditarias que flotaban en el aire y generaban determinado estado anímico.

Cada sección del bosque inspeccionada a conciencia, cada cuadrícula a la que el sheriff Truman daba su aprobación, aumentaba la, por así llamarla, desazón generalizada.

Imposible encontrar consuelo.

Caminaban muertos de frío pero con un frío prestado, los cuerpos contraídos, las miradas vueltas hacia adentro y los hombros por orejeras, todo el frío del crío a cuestas. Suyo era el frío pero también el entusiasmo, cierta alegría anticipada que retenían cuidadosamente, atesorada en lo íntimo tras los cerrojos de los baños y en lo solitario de las batidas, un conato de

sonrisa que parecía quebrar el hielo de sus expresiones, una posible vía de escape o de acceso en las bocas apretadas de tanto frío, de tanto crío.

Se abrían paso entre la maleza a golpe de machete y esperanza, a tientas. Lo apretujado de los árboles, en su mayoría abetos Douglas, una variedad típica de la región que se elevaba interminablemente al cielo, producía un entorno de escasa visibilidad y murmullos amplificadas a ras de búsqueda. Se respiraba un estado de excitación y nerviosismo. No pasaba más de media hora sin que algún componente de cada retén extrajera una brújula del bolsillo, las pantorrillas y los antebrazos llenos de arañazos, y dijera, tras unos segundos de calibración, equilibrio y consulta: «Las dos y cuarto, ya vamos tarde». Tras lo cual señalaba alguna dirección que todos aceptaban sin rechistar.

Las botas idénticas, las mochilas a juego. Mochilas recién adquiridas, cuyos estómagos albergaban un bocadillo de mortadela envuelto en papel de plata, una navaja suiza que llevaba siglos sin desplegar su abanico, el recorte abarquillado de la cara del crío para recordarles de qué iba esto y una piedra del tamaño de una sección transversal de un leño, cuya textura recordaba a la piel que recubre la cara interna de los muslos de dos que se aman.

Fue Sussi Lanterman quien, el primer día de batida, sentó el precedente de la piedra. Apenas dejaron atrás el aserradero, el aire cargado de las voces quejumbrosas de los hijos las hijas, Sussi Lanterman recogió una piedra y se la llevó al oído. La piedra, que en su lecho de piedra tenía la forma, la rugosidad y la temperatura de piedra, con todos sus matices de piedra, en el momento en que Sussi Lanterman se la acercó al oído adquirió una naturaleza distinta.

—Si escuchas con atención, no se oye el mar —dijo Sussi Lanterman con los ojos entrecerrados.

Como había viajado cuatro veces al Nepal, a nadie le alarmó su comportamiento. Muy al contrario, los presentes se dispusieron a buscar, recoger y guardar en su mochila una piedra del tamaño de una sección transversal de un leño.

Despejaban el camino como podían, inauguraban un sendero, vadeaban el río por donde hacían pie, pedían permiso para atravesar las lindes y aprendieron a distinguir las setas venenosas de las comestibles, las hojas que provocaban urticaria de las que no, los rastros de los depredadores —sus huellas, sus heces, lo aplastado del follaje, lo arañado de los troncos— y la

diferencia entre los huesecillos de las alimañas y los propios de un esqueleto humano.

Fue, en ese sentido, un periodo estimulante.

Al caer la noche, regresaban al aserradero a por los hijos las hijas. Un gemido llenaba el aire conforme se acercaban. Ondas sonoras que, al alcanzar la intensidad suficiente para situarse dentro del espectro auditivo de las madres los padres, sacudía sus folículos pilosos y les electrificaba el ánimo. El sheriff Truman, consciente de esta particularidad anímica del ambiente, se chupaba el dedo índice para comprobar la dirección de la brisa que no soplabla.

—Es el viento —decía apuntando al cielo.

Y todos asentían.

Los padres las madres se ubicaban junto a la boca del aserradero y vigilaban que no hubiese un cascote a punto de desprenderse o un travesaño cruzado de mala manera. A continuación, les daban permiso a los hijos las hijas, que salían a la luz crepuscular tapándose los ojos y con el pelo repentinamente encanecido. Sus cabellos, hasta esa misma mañana castaños, rubios, pelirrojos o morenos, destellaban ahora con una blancura alucinante. Al reconocer a sus madres sus padres, rompían a llorar serrín, una reacción tan desproporcionada a ojos de sus progenitores, que tenían que hacer un esfuerzo titánico para contener la risa. Estaba tan fuera de lugar ese comportamiento que si no estallaban en carcajadas era porque no estaba bien con un crío tan así atrapado en a saber qué pozo, despeñado en a saber qué barranco, boqueando desesperadamente en a saber qué riachuelo. No podían permitirse ese lujo con la desaparición de un crío tan así. Ardía en sus conciencias un fuego antiguo, anónimo, que atravesaba generaciones y les condicionaba más de lo que se hubieran atrevido a admitir en un interrogatorio con un foco puñetero cegando las pupilas.

Los padres las madres, guiados por Sussi Lanterman, juntaban las palmas sobre el pecho, cerraban los ojos, inclinaban ligeramente la cabeza y practicaban una serie de respiraciones nasales, ocho ciclos de cuatro segundos por inhalación y exhalación. Habían aprendido a controlar sus pensamientos, eran capaces de dejarlos pasar sin apegarse a ellos, sin sentir el menor gramo de culpa o de arrepentimiento, así el frío les atenazara el cuerpo, así sus hijos sus hijas llorasen serrín a espuertas.

No contentos con el bochornoso espectáculo que montaban frente al aserradero, al llegar a casa las hijas los hijos recortaban fotos suyas de los

álbumes familiares y tapaban con ellas la cara del crío en los *briks* de leche y en todas pero todas las cajas de cereales. De forma chapucera. A las buenas de Dios. Como si aún estuviesen en el jardín de infancia. Una gota de pegamento en el centro de la foto y los bordes levantados, arrugados, dados de sí. Luego coloreaban el pelo con un rotulador blanco, en un intento por reproducir la novedad de sus canas. Pintaban a oscuras y con prisas, apretaban demasiado, se salían de la raya.

El primer impulso de los padres las madres era montar una escena. De sobra conocían la volubilidad de los caracteres de los hijos las hijas, la naturaleza cambiante y caprichosa de sus afectos. Pero reprenderles sería ponerse a su altura, pensaban de inmediato, supondría darle importancia a la pataleta, magnificar el berrinche. Y les impediría descansar lo suficiente para afrontar la siguiente jornada con brío, el mapa del sheriff Truman desplegado sobre el capó de su ranchera y las cuadrículas descuidadas, la pista definitiva para dar con el crío pasada por alto.

Conque hablaron con el sheriff Truman y decidieron extender la búsqueda del crío también a las noches, las hijas los hijos mientras tanto confinados en el aserradero y que llorasen allí todo el serrín que quisieran. El sheriff accedió y se organizaron turnos para llevar comida al aserradero en lo que durasen las batidas. Los padres las madres depositaban sus fiambresas frente a la entrada y reemprendían la búsqueda, sacudidos por una tristeza que no estaban seguros de si era genuina pero que les daba la vida.

Siguiendo las indicaciones del sheriff Truman, los retenes echaban mano de las linternas no bien anocheceía y un clic o un tap generaba un triángulo de luz que contenía toda su biografía: todo lo que estuviese al margen de ese triángulo de luz dejaba de existir; la oscuridad que lo inscribía no era sólo una barrera geográfica: también marcaba una pausa temporal, por así decirlo, todo lo que sucediese más allá del triángulo de luz tenía lugar en un plano de la percepción ajeno a los padres las madres.

Con la noche, caía la temperatura y una neblina brotaba de los cuerpos y los envolvía. La diferencia térmica entre el calor de las entrañas y lo gélido de afuera los convertía en fantasmas de niebla. El bosque a reventar de fantasmas de niebla. Redirigían entonces el foco de sus linternas, que colocaban bajo sus mentones. Sus caras, iluminadas desde ese ángulo y envueltas en un casco de niebla, parecían flotar desgajadas de sus cuerpos, como esos farolillos voladores que se elevan al cielo y dibujan en la mente de quienes los contemplan un paisaje anímico.

Podían pasarse noches enteras a la intemperie en ese estado arrebatado, casi hipnótico.

De modo que, durante el tiempo que duraron las batidas, dos fueron los epicentros de la vida del pueblo: el bosque y el aserradero. Dos columnas de partículas hereditarias que articularon el modo de relacionarse y la calidad de los afectos. El día que Kathy Jennings descubrió que los *briks* de leche y todas pero todas las cajas de cereales del supermercado Packard habían amanecido sin la foto del crío en sus frontales, fue un día triste. Nadie lloró en el pasillo de los lácteos ni se abrazó en el aserradero, pero fue triste. ✖

Daniela Martín Hidalgo

FÁBULA

Me lo imagino así:

un pájaro caliente bellissimo,
pequeño y grande a la vez.

Camina a saltos en una trasera
con banderines.

Un gato le hace sombra
mientras lo espera.

(El gato, su músculo
dilatado y gris.)

A veces
comparten pan,
a veces queso.

Juntos miran a un mar
donde también hay cristales.

Es un armario el viento:
lo abren y lo cierran.

—Parece que hoy hace sol —dice el pájaro.
—Te dejaré mi paraguas —dice el gato.

Lanzarote, Canarias, 1980. Su libro más reciente es *La piel, la pulpa, el gusano, la semilla* (Pre-Textos, 2023).

AMARILLO

Una palabra dentro de la boca,
frotada contra la lengua llena de esporas.
Las cosas ya no remiten a esas cosas,

en mitad un vacío como si no
las oyeras bien del todo.

Y no lo entiendo: dibujo
la constelación de vuestras iniciales
en un mapa que da ganas de llorar;
luego me viene el dolor de cabeza.

Arriba la radio resuena
hasta las tres de la madrugada,
después comienza el correr de sillas.

¿Es eso a lo que te referías? Reglas
no escritas que vagamente
comprendes y que no llegan
nunca a nombrar. Dibujo
una cuerda trenzada
como nos enseñaron: tres trazos
y en la línea siguiente dos íes griegas,
una derecha, la otra al revés.

¿Por qué cambiaste de idea?
¿Es verdad que cambiaste de idea?

Había una sábana y acarreábamos la sábana
por la ciudad. Por turnos,
salíamos a cumplir con las tareas.
Caminábamos juntas bajo la sábana
y esa era nuestra forma de vida.

Pequeños núcleos de pensamiento
que no cristalizan en una idea,

lo que se consolida en el momento antes
de que se consolide.

No sé de dónde viene el olor
a perfume en la habitación:
sostener un hilo sin extremos.

Viene algunas tardes,
hablamos de sus asuntos.
Sentadas, pan y algo de queso.

Sólo la forma deliberada en los dientes
que en este tiempo no ha cambiado.

Una bola repartida entre los cuerpos,
existiendo sólo
mientras la sostengamos.
Otra: amarnos a la vez que caminamos.
En las rotondas iluminadas o alrededor
de los monumentos patrios.

Entre lo que está dentro y lo que está fuera,
el tacto es otra cosa:
todo potencia, todo por hacer.

Entras a la habitación del fondo
y me dices lo que ves.

UNA MEDIANA

Me llego hasta las cicatrices
del tronco al mandar
los mensajes.

Busco algo pequeño,
una marca
autocontenida, sin verdadera
utilidad, una intemperie.

El chat sugiere un terrario, cajas
de madera repletas de semillas

sólo que en este lugar
concreto el sol está en lo alto
aunque no queme, los ferris
se han detenido: ya nadie
sabe leer a los caballos.

El taxi es un alma solitaria
que atraviesa la carretera
a toda velocidad, se desvía
hacia el puente, luego
en dirección al aeropuerto.

La carretera es una brecha
de distancia y cuenta
su historia —en sus
términos—, el desierto

ruidoso que pone perdido
el mantel de papel con figuritas
de plástico para los turistas,
¿quién conduce?

La carretera limita, los dos lados
de la mediana donde se acumulan

residuos de arena y aulagas
(¿quién la limpia?).

Un río de viento y partículas,
caliente voraz el vertedero
y una cisterna abierta a la sombra
de los aerogeneradores.

Con sudaderas azules iguales
—cada uno su historia distinta—
los africanos juegan a la pelota
entre el perfume rancio
de la depuradora de aguas.

La vida en los términos de la vida:

la marea está por subir y bajar
antes de que vayan llegando
uno a uno a las piedras negras
los niños y los bañistas.

FRUGALIDAD

Frugal y desabrido lo importante.
Bailas para las rocas, tu pie práctico.

Lo que no incita ni cautiva, lo simple

tan raro de encontrar. ✱

Viviana Paletta

Arquitecturas fugaces [Selección]

El objeto reposa en su margen lívido
de ciudad que se construye y se desarma y se levanta y se desmonta y se
[eleva y se transforma y se hunde sin fin
denodadamente.

✱

Salgo a mi vereda de cemento violeta. Mordisqueo un término
y su remolino.

✱

Tiempo resinoso que se escurre
determina la melancolía y el urbanismo:
a quién huérfana, de qué se apropia.
Materia de riego. Colorín.

Buenos Aires, Argentina, 1967. Estos poemas pertenecen al libro *Arquitecturas fugaces* (La Palma Editorial, 2018).



El reverso del verano
como una construcción de arena y horas
luz en equilibrio sobre las antenas.

Todos los cambios cromáticos del día
ebrios de sí
en trapicheo con la oscuridad que aguarda
más rotunda que la memoria
obstinada en su maleza
sin hacer pie.



El silencio percute
se derrama: parlamentos de aire.
Se apoya en tus ojos. ✱

Gayme

Jaime Sempere Roy

Marbella. Siempre me ha fascinado ese nombre, tanto por su evocación como por su invocación, aunque con el paso de los años he de reconocer que se ha ido mancillando con sus apariciones en la prensa. Todo estallaba en 1999, bajo el titular «Las recalificaciones de Marbella», recogido en *El País*. Y tras el fallido «efecto 2000», el siglo se estrenaba con una serie de escándalos políticos, muy sensacionalistas, que se airearon públicamente en los tapetes rosas de las calurosas noches televisivas de los viernes. Pero si uno bucea en la hemeroteca, hay un dato que no hallará, uno de carácter personal que cambió mi vida, irremediamente: en mayo de 2001 me enamoré por primera vez.

Ahora, veintitrés años después, cercano a la cuarentena, regreso al sur subido en un autobús, lleno de dudas y ahogado por tus interrogantes. Nuestra historia, sí, la «nuestra», es demasiado vieja para los tiempos que corren. Somos como los dinosaurios, dos almas viejóvenes condenadas a la extinción. Las cartas y las páginas de contactos han pasado de moda, y así fue como nos conocimos.

Si te soy sincero, no recuerdo quién escribió primero a quién. Pero ¿acaso importa? Aquellas líneas las redactaba a escondidas, por las tardes, fingiendo hacer los deberes. Puede que la primera correspondencia llegara a finales de tercero o arrancado el cuarto curso de la ESO. Por alguna razón, no nos gustamos al principio, y decidimos ser sólo amigos, puede que por la distancia entre nuestros domicilios. En alguno de esos sobres intercambiamos fotografías. Creo que en la mía llevaba camisa, chaleco y corbata, y se veía detrás el árbol de Navidad, con esas luces igníferas, y parte del balcón de la casa de mis padres. Si tuviera que elegir ahora una foto, pegaría de nuevo en el álbum familiar la que te envié; y en su lugar elegiría una instantánea tomada en el norte, en la playa: una foto más casual y con menos ropa.

Madrid, 1985. Su libro más reciente es *Ellos y el tiempo* (Egales, 2024).

Era bonito leer lo que sentía otra persona como yo, gay, a los catorce o quince años. Si bien eso de ser «gay» era algo desconocido, cuasialienígena. Era un vocablo más que en el Colegio Agustiniiano utilizaban para amedrentarme. Marica. Maricón. Ese pierde aceite... Y con el estreno del nuevo magazine de tarde de Terelu Campos, *Con T de Tarde*, escuché aquel sutil anglicismo. Sin yo desearlo, el compañero de delante, Fernando Sánchez, decidió rebautizarlo y otorgarme a mí el papel de presentadora. Empezaba así la edición escolar de *Con G de Gayme*, que continuaría con renovado éxito y vigor unas cuantas temporadas más, hasta que llegaron las optativas y los cambios de clase.

Sé que esta anécdota te arrancará una sonrisa y alguna que otra lágrima, tal y como a mí me sucede. La mente tiene esa mágica capacidad: hace uso del humor para huir del hecho dramático. Pero por muchos poderes que tenga, no sé qué habría hecho yo ante tu ausencia, ante tu silencio. Jamás llegué a contestar tu última carta, y ha tenido que esperar escondida en el baúl de los juguetes más de dieciocho años.

Olvidé tus apellidos y casi tu existencia: tu cara era como un riachuelo de montaña, dulce y frío. El tacto de tus labios contra los míos era, por el contrario, cálido y reconfortante, y tu acento, muy característico.

—¿Jaime Sempere Roy?—me preguntaste cuando logré dar contigo en las redes al teclear el remitente que tú habías garabateado a principios de siglo—. Claro que me acuerdo de ti, cómo no hacerlo, y de la pensión Aduar donde te quedaste en Marbella.

Las viejas rutinas regresaron, esta vez a través de las pantallas de nuestros teléfonos móviles.

—Estás muy parecido a como eras —dijiste tras ver a mi yo adulto—. Yo he cambiado mucho... Antes era delgado y joven.

Yo lo único que veía eran tus ojos inconfundibles y tu sonrisa llena de vida, de la que bebí plenamente en el pasado. Quedamos en intercambiar nuestros teléfonos, si bien yo fui el único que lo hice. En esa ocasión fuiste tú el que decidió callar durante otro año.

El autobús acelera ligeramente al abandonar la estación de servicio y reincorporarse a la autopista. No te había dicho cómo iba a llegar a tu ciudad; revisé mi cuadrante, señalé un día en el calendario y te mandé una postal avisando de mi llegada. Trago saliva y respiro: aún sigo mareándome en los viajes largos por carretera. No quise darte oportunidad de respuesta, y no te facilité mis señas. Saco la bolsa de la mochila y la coloco en posición, algo bueno ha de tener la experiencia que da la vida, y hombre precavido vale por

dos. Quería rememorar esa misma ruta, y parece que lo estoy consiguiendo. La duda que me atormenta es si tú me estarás esperando al final de este viaje, como lo hiciste entonces.

Marbella acoge al visitante como si estuviera llegando a Los Ángeles, con esas letras que te cubren al entrar por la A-7. Es un parque Griffith de asfalto, coronado por el emblemático arco, fruto de aquellas eras de megalomanía y corrupción. La terminal de autobuses no queda lejos, y la casa de tus padres tampoco. No te he pedido que vengas a buscarme, pero aun así, pego el rostro a la ventanilla esperando verte, cerca de la dársena. El transcurso del tiempo es inclemente y, sin embargo, muy preciso; de haber recibido mi mensaje, sabrías que el encuentro iba a ser en un par de horas, en este mismo lugar. Mi esperanza es en vano, aunque me aferro a ella.

De nuevo el mes de mayo, de nuevo esa ansiedad pueril que nunca he vuelto a sentir. Cubro mis ojos con las gafas de sol y echo a andar con la mochila a la espalda, ligero de equipaje. Noto el olor del mar, tan peculiar, y el sabor de tu piel. Rumbo a la pensión, descubro nuevos parques por los que no transitamos en aquellos tres días. Podría haber escogido otro lugar para dormir, pero no sería lo mismo. «Pensión Aduar, pensión con habitaciones sencillas», se anunciaba en su página web. Al menos en esta ocasión no os robaría a tu hermana y a ti la paga ahorrada durante tantos meses. Fue tan dulce y duró tan poco.

«El marbellí». Puede que no te guste el gentilicio y que prefieras «marbellero», si bien pensar en ti implica vincularte con mi padre, con la forma de remarcar cada una de esas sílabas, de manera despectiva. Marbellí. Invertido. Mi hijo no es un sarasa. Alguna extraña asociación como esta se le pasaría con la cabeza. Si te fijas, yo nunca me puse al teléfono; no porque no quisiera, sino porque no podía. Y aquello te llenó de pesar. Regresaron las cartas y el miedo hizo que no las respondiera. Miedo a estar solo y ser infeliz el resto de mi vida. El mantra que repetía mi madre, poseída por Pitia, parecía haber calado en mí.

El centro de las ciudades luce, por lo general, el mismo encanto. Calles angostas y en sombra de tiempos medievales. Te imagino detrás de una celosía pronunciando mi nombre, y el eco de tu voz del pasado me alcanza súbitamente. El establecimiento hotelero parece haberse renovado y sus azulejos destellan nada más entrar. El dueño continúa siendo dicharachero, y me da la bienvenida.

—Su habitación está en la planta baja, pero es muy tranquila.

—Disculpe, pero había reservado la habitación de la galería, la que queda al final, próxima al aseo.

—Entiendo —resolvió con una misteriosa sonrisa—. Otro caballero también había mostrado interés en ella. Tenga, esta es la llave. No olvide devolverla si va a salir a dar un paseo.

—Gracias —murmuré, más para mí que para él. No soporto a los figones.

El patio me devuelve de inmediato a la adolescencia, sigue conservando esa magia decadente, por mucho que el propietario haya cambiado mesas y sillas. Ya no hay rastro de los canarios ni de sus cantos y, en su lugar, entre la vegetación se esconden diversas lámparas de vidrio. Por alguna razón, la fuente de agua está vacía y en silencio. Aquí leí esa lectura obligatoria e hice mis esquemas. Tú estabas en clase y sólo deseaba ir a tu encuentro. Bendito y maldito san Isidro.

Al subir las escaleras, te veo posar para la cámara con inocencia. Era pronto por la mañana y tus mejillas estaban encendidas: rubores de lo que estaba por llegar. Me agarro al pasamanos y avanzo por la galería, sin apenas mirar ese recuerdo: no tiene sentido soñar con lo que podría haber sido. La llave vuelve a dar problemas, pero insisto. Tú eras el especialista en hacer fácil lo difícil. La llave cede y la puerta se abre muy lentamente. El sol ilumina aquella estancia rectangular que había pisado en otra vida, aquel cuarto que nos había visto besar a escondidas. La cama parece guiñarme un ojo con picardía: ella nos acunó en primavera, momentos antes de que supiera lo que significa ser mayor.

Me dejo caer sobre la única silla del cuarto, de cara a la ventana enrejada. Los geranios rojos están en flor y una abeja zumba en su ir y venir, entre las flores. Al lado del lavabo hay un juego de toallas deliciosamente atado y una pieza de jabón. Parte de la gracia espartana de la pensión es el hecho de que los pocos visitantes tengan que compartir el baño. Yo solía ir nada más levantarme, pues enseguida se formaba una pequeña cola de rostros durmientes que compartían los buenos días.

Queda menos de una hora para nuestro reencuentro y, con pereza, me quito los zapatos, dejando los pies al aire. Al refrescarme con el agua, el espejo me devuelve la mirada. «Años son años y gracias son gracias», me sonrío a mí mismo al peinar mis canas. Deposito mis escasas pertenencias sobre la silla y rebusco entre ellas; al final me decanto por un moderno *look* playero. Mi madre me diría que la camiseta me queda pequeña, pero no puede ser de otro modo, ya me quedaba ajustada cuando era más joven.

Salgo con el tiempo suficiente como para ir paseando, sin prisas. Me desvío para comprobar si tu instituto sigue ahí. Los edificios son simplemente eso, edificios. Sólo se diferencian entre sí por lo que a uno se le despierta por dentro. Con tu socarronería lograste que el conserje me dejara entrar al recreo y que conociera a tus amigas. Ellas eran bastante agradables, si bien sabes que soy un desastre con los nombres. Tú te estabas reponiendo de tu relación con el profesor de teatro y ellas preferían que conocieras a alguien de tu edad. Si antes interpretabas un papel aprendido en un escenario, lo que no sabías era que te iba a tocar improvisar una tragedia sobre tu propio destino, una guerra entre Capuletos y Montescos.

Anochece y dejo la sombra del centro escolar, sin alma, vacío sin ti. Escucho el runrún de los vehículos, deslizándose por una de las carreteras de circunvalación. Los faros iluminan el asfalto, ráfagas de instantáneas que se apagan casi de inmediato, pinceladas impresionistas al atardecer. La ciudad no duerme, al igual que el pasado. Otro autocar enciende sus luces al abrir las puertas: el punto de encuentro no podía ser otro que la estación.

—¿Quieres que te lleve, guapo? —pregunta una voz a mi lado. Al girarme, te veo, dentro de un descapotable, muy arreglado.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

—Yo tampoco. Anda, sube.

Arrancas sin que haya cerrado del todo la puerta y nos escurrimos en medio de la vorágine de coches. Me sorprende ver una foto de un chico joven junto al salpicadero, sonriéndome.

—Ese es mi hijo —señalas—. No seas malpensado.

—Se parece mucho a ti.

—Se llama Jaime. A mi marido le encantó el nombre cuando se lo sugerí.

Las ruedas rugen conforme pisas el acelerador. Guardo silencio, no sé qué responder y me centro en las líneas amarillas discontinuas, en mi particular retorno a Oz. Tú también callas, aunque sé que me miras de reojo.

—Llevamos un tiempo separados, no sabemos si queremos arreglarlo o no. Seguimos compartiendo casa, pero no la misma cama. Yo no lo tengo tan claro como él. Y luego llegó tu postal. —Te muerdes el labio con nerviosismo—. La vida es eso al final, una suma de decisiones.

—Mi matrimonio también fue un desastre.

—Tranquilo, no hace falta que hables de ese bastardo. Sólo si tú quieres. Siento que hayas tenido que pasar por eso. Ten en cuenta que tú eres muy fuerte; que estés aquí es una buena prueba de ello.

Tu mano derecha me acaricia la mejilla, entorno los ojos y tú lo aprovechas.

—No los abras—me pides.

No puedo evitar echarme a reír, esa risa tonta y contagiosa de la adolescencia. No obstante, obedezco, divertido. Escucho el intermitente y, a continuación, el coche gira y disminuye la velocidad, hasta que, al final, se detiene por completo.

—¿Qué van a tomar? —grita una mujer en tono enlatado.

—Dos menús infantiles, uno sin pepinillo y mostaza. De postre, dos helados sabor Lacasitos.

—Serán ocho euros, por favor. ¿Efectivo o tarjeta?

—Con tarjeta.

A nuestros dieciséis, después de pagar tu hermana y tú el hostel y yo los billetes del bus, no nos quedaba mucho dinero. Pensábamos que podríamos mantenernos a base de amor y de algún que otro menú de comida rápida. Se ve que el recuerdo no se ha perdido y sigue siendo compartido.

—Siempre tan misterioso y tan idiota —digo en cuanto se apaga el altavoz.

—¿Acaso esperabas que cambiara?

—No, supongo que no. Para mí sólo hemos cambiado por fuera.

Pones de nuevo en marcha el motor y este ahoga tu posible respuesta. A no mucho tardar oigo el rumor del agua.

—¿Sabes dónde estamos? —Noto el aliento en mi oreja.

—Tan cerca, solamente puede ser un sitio...

—Entonces, abre los ojos.

La cercanía de tu rostro me sorprende y permanezco quieto, expectante. Y como hiciera a principios de siglo, el parque de los Enamorados nos ve besarnos, al abrigo de las palmeras y el calor de las farolas, que empiezan a encenderse. Nada de esto es casual, y ahora sé que has sido tú el que te has interesado por nuestra habitación: mapa de anhelos y heridas que hemos decidido reabrir y recorrer.

La noche cae sobre Marbella y el mar en calma refleja el brillo de la ciudad. De las hamburguesas y las patatas quedan los envoltorios, metidos en las coloridas cajas de la cadena de restaurantes. Apenas decimos nada, y cualquiera que pasara cerca del banco podría habernos confundido con otro grupo escultórico. Saboreo la última cucharada del helado intensamente, tratando de apaciguar el calor que tengo por dentro.

—Cuando te pusiste en contacto —arrancas precipitándote—, yo no recordaba con exactitud la fecha en que nos conocimos y conservaba una vaga sombra de tu cara. Y es verdad, ha llovido mucho, Jaime. Bueno, creo que sólo nos vimos en aquella ocasión que viniste a Marbella. En realidad, no subí nunca a Madrid a verte...

—Yo no pude... El teléfono sonaba... Sabía que eras tú... ¡Lo lamento tanto!

—No tienes que pedir perdón por nada. Han pasado veintitrés años.

—Aun así.

—Lo que pasa es que estás bajo de ánimos, y es normal. Yo no sé cómo estaría en tu situación... —Nuestras miradas se cruzan. Lees el dolor, el miedo y la inseguridad por el futuro—. Lo que hay que hacer es remontar, porque nunca lo vas a olvidar. Hay un único camino, y es mirar hacia adelante.

—¿Lo dices por ti o por mí?

Touché. Ambos reímos, cómplices.

—Me acuerdo de los momentos vividos en la pensión Aduar, y también de lo que hicimos. Eres la segunda persona en mi vida con la que he tenido una relación sexual...

Un perro ladrando nos indica que hay alguien en las proximidades, y ambos nos sentimos incómodos. Pertenece a esa generación vergonzosa a la que todavía le cuesta hablar en público de sexo. Un tema tabú, prohibido. Nos retiramos a la intimidad del coche, pero algo se ha torcido. Cuando arrancas, la brisa de la noche nos despeina. Sin preguntar nada, me acercas al casco antiguo y te detienes en la puerta. Con la cabeza te indico que me sigas: ambos sabemos lo que queremos.

Mientras pido la llave en recepción, esperas impaciente en el patio, donde acaban de regar. Las bombillas están encendidas y tu rostro adquiere un aura de misterio. Te debates entre el sí y el no, entre la vida que tienes o la vida que pudo ser. Y cuando te agarro de la mano, tiemblas. Me besas con ansias, salvajemente. Todo tú estás excitado.

—Sube, madrileño —me ordenas, arrebatándome la llave y agarrando mis glúteos con deseo.

—Sí, mi marbellí.

La puerta no se te resiste y la empujas, dejándola bien abierta. Con tu mano sobre mi cinturón, tiras de mí. La habitación nos recibe con la humedad de la costa y el olor embriagador del geranio. Aunque apenas nos vemos, no tardamos en desprendernos de nuestras camisetas y pantalones. Me encanta la curva de tu tripa y la hombría peluda de tu pecho. Tu olor corporal no ha cambiado, en absoluto.

Gruñes como un oso conforme me empujas a la cama. Tus brazos sujetan mis muñecas y tus labios recorren mis orejas, mi cuello, mis labios. Tu lengua juega primero sobre mi pecho y luego sobre mi ombligo. Te detienes brevemente para ver mi cara, y sin pedir permiso retiras mi slip rojo y te adentras en mi follaje.

—Me gusta hacerte disfrutar.

Mi voz es apenas un susurro, un gemido de placer. Tu boca demuestra la pericia que te han proporcionado otros cuerpos, y me conduces casi hasta el desenlace.

—Hay algo que no hicimos entonces —sonríes pícaramente al detenerte.

Entiendes mi silencio como un clásico sí. Giras mi cuerpo hasta que queda boca abajo y jugueteas con tus dedos mientras que rompes con los dientes el envoltorio del preservativo. Te has hecho con el control de la situación y no llamas a la puerta. Mi espalda se arquea ligeramente al primer contacto, aunque tus besos y tu aliento sobre mi nuca me relajan. Nuestros cuerpos se acoplan como notas de una melodía olvidada, como dos viajeros sin mapa que conocen la dirección de destino.

Cambiamos de postura y cabalgamos juntos, al unísono, al ritmo del ahora. Nuestra respiración se hace una al mantener el contacto visual, y disfrutamos. Justo antes del último jadeo un brillo de luna se cuela entre los barrotes, alumbrando tu rostro. Veo tu adolescencia y tu candor, las ilusiones y los sueños, el amor y el deseo. Todos esos sentimientos en un fugaz instante que nos regala la noche, uno tan breve que la retina es incapaz de atrapar.

Tu fuego se apaga, aunque optas por seguir dentro. Me buscas besándome con ternura, temiendo que el hechizo termine, y nos abrazamos.

—¿Lo has visto?

—¿El qué? —digo asustado.

—Al pájaro.

—No, no he visto nada.

Sin embargo, un canto lejano nos acerca el gorjeo jovial de un canario.

—Me he de marchar ya.

—¿Tan pronto?

—Mi marido me estará esperando.

—Entiendo.

Volvemos a ser unos extraños y las palabras escapan a nuestro control. Todo es efímero y caduco, fruto de la excitación. Ese es el polvo de hadas del colectivo: todo va bien mientras no se llegue el orgasmo.

Te vestes sin apenas mirarme. Sé que dudas entre darme un beso o largarte. Optas por esta última opción.

—Puede que te llame luego. Ha estado muy bien.

Cuando la puerta se cierra y tus pasos se alejan, de nuestro amor sólo queda una goma anudada que has dejado en el lavabo, única señal de que este encuentro ha existido. Estiro las sábanas con las manos y me acurruco en la cama. Por alguna razón sólo consigo tranquilizarme al observar el condón, que brilla con la luz que se cuela del patio. Yo sigo igual de perdido.

El sol de la mañana me sorprende mirando la pantalla del teléfono, que no trae nada nuevo. Un amigo me pregunta cómo ha ido la noche, aunque prefiero no contestar, y dos desconocidos en busca de sexo me saludan por Telegram. Apenas me quedan unas horas en la ciudad. Decido salir cuanto antes de la pensión, y me dirijo hacia el sur, donde está la playa y el puerto. Allí paseamos y nos hicimos promesas imposibles que sólo escuchó el aire y guardó el mar.

Las olas acuden a mi encuentro, saben que somos viejos conocidos. Al descalzarme, noto la arena de la playa húmeda bajo mis pies.

ERNESTO. Hola, tío. Veo que estás en línea y muy cerca. ¿Dónde estás? Me pones mucho.

El agua no está tan fría como pudiera parecer; de hecho, es agradable.

ERNESTO. Estoy muy caliente. ¿Qué te mola?

Dejo el teléfono resguardado en una pequeña duna antes de adentrarme y sentir la ropa empapada sobre mi piel. El mar lava mis heridas y se lleva el deseo de Ernesto. Al llegarme el agua al cuello, me sumerjo y tu recuerdo viene al rescate. Tus labios vuelven a besarme y casi creo notar aquel coscorrón. Aguanto la respiración cuanto puedo, y entonces subo de nuevo. En el fragor de la lucha entre el presente y el pasado veo tu reflejo a mi lado. Marbella, por mucho que yo quiera, siempre serás tú, siempre contará nuestra historia.

JAIME. Me gustaría que me follaras bien fuerte, hasta hacerme olvidar.

ERNESTO. Mmmm, te voy a comer el culo y te voy a hacer gritar de placer cuando te preñe.

Envíame tu ubicación.

Soy Jaime, y soy gay. No importarán los besos ni los Ernestos, Diegos o Migueles que recorran mi cama. Ya no volverá el encanto de la adolescencia y de la pérdida de la inocencia. Es así de simple y así de sencillo. Porque al final todo vuelve al principio, a aquella habitación de la pensión Aduar, donde conformamos aquel singular trío. Solos Marbella, tú y yo. ■

José Saborit

CÉZANNE

Sobre esta tierra roja impenetrable,
sobre esta arcilla seca de la infancia,
con cada nuevo paso se desanda
lo que al hombre doblega con su peso:
la memoria vencida del camino.

Crujen cardos marchitos, ruge el sol,
reclama para sí más verde nuevo
y a lo lejos,
ese siena tostado entre los verdes
pinars que tapizan la montaña
nos dice que murieron
de sed algunos pinos.

A ras de suelo pámpanos,
racimos polvorientos
y al lado de la casa
las cenizas templadas y un trípode dormido.

En el aire la aguja
nítida de septiembre
y el horizonte en vilo.

Un zarzillo se enrosca
y el paseante sueña:
el último paseo es el primero.

De La misma savia

Valencia, 1960. Su libro más reciente es *Perspectiva aérea* (Pre-Textos 2022).

SI LA MONTAÑA

Si los ojos rasgaran su vendaje
y en hilachas de luz resplandecieran
los contornos perdidos de las cosas,
si en el claro argumento de su sombra
alcanzaran a verse las entrañas,
el misterio remoto, el desafío
silente de lo oculto,
si del alma supiera la montaña
la razón escondida, las razones
de tanta escarpadura,
de tanta loma amable y falda leve
vistiendo la ladera,
si supiera el repecho, la quebrada,
la roca, la garganta y el barranco,
la desnuda y fabril orografía
que describe accidentes y relieves,
si en el claro argumento de su cumbre
descifrara la incierta perspectiva,
si del alma supiera la montaña...

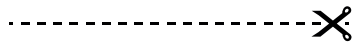
De Flor de sal

CELAJE

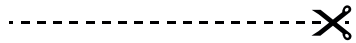
Manchado de pintura tu reloj
pasa ya de las siete,
y esa luz cenital
que ilumina tu mesa y tu paleta,
se va desvaneciendo muy despacio.

La tarde se te ha ido en el estudio
pintando un gris celaje de dos metros.
Sobre blancos empastes bien cuajados
vertiste veladuras
delgadas como un soplo y desprendiendo
la carga del pincel
quisiste hacerte aire con el aire,
liviana pincelada, azul destello.

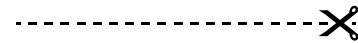
zó trozo de carne abierta
 meter en la llaga el dedo
 de ayer aquella dureza
 recé rocé arrasé dormí
 cuando desperté la sed
 no me dejó ya descansar
 empujábame la ansiedad
 la ciudad en que crecí
 dura fue fuera ir a bus
 car más allá descubriste
 después que no habrá más calma



hace quince años mil nove
 cientos noventa y nueve dos
 años en estas tierras que
 parecían tan extrañas
 hoy suena la radio *double u*
double u o z sí new or
 leans lugar de llegada que ex
 trañeza recordar la lle
 gada del primer huracán
 no entendía nada de na
 da la ciudad olor a tie
 rra mojada en ella entrarás
 enterrarás la balada
 nada es tan extraño ya na
 da es lugar de estada nada
 quince años atrás quedaba
 otra posibilidad da
 do que estaba lo por pasar
 pasado como todo pa
 sará como todo se ale
 jará mira bien mírala



llamo para contar las mis
 mas cosas las cosas que se
 cuentan cuando hablamos mamá
 estoy en lo de siempre north
 carolaina chapol jill ey
 solo una *l* en *chapel sa*
 bes mamá yo quiero ir a
 la playa ahora mismo di
 ce acentuando la frase
 con los pies la primavera
 llega antes quizás crezcan más
 los geranios huelen a li
 ma los limeños el mani
 comio de Medo es una
 locura te llamo mamá



allí son allison allí
 lo escuchas lo estoy escuchan
 do el clarinete el clarin
 ete pero métete p'a
 quí p'allá y estaba nevan
 do aquella mañana blanca
 ladera blanca la subi
 da me dejó impresionado
 verla bajar por la lade
 ra hubiese querido subir
 se escurría casi estaba
 llegando hasta aquí pensé
 me marchó pero sus ojos
 azules pero su mira
 da veía veía tra
 tamos de humano divino
 vino a ser la división de
 muchos visión de unos pocos



esta molestia al lado izquierdo
 do del cuello al lado ramón
 recuerdas las estrellas me
 cago en mi estrella ramón o
 tros nacen estrellados no
 deja ni huella pero aque
 llos añicos si dejaron
 algo te dejaron de la
 do y años después o había
 ya empezado y yo no lo no
 taba pero volvieron tam
 bién las trizas que aparecen
 ya en *alcance de la mano*
 aquellas luces de llevar
 selas a los ojos y res
 tregármelos no puede ser
 no puede ser chillé no sé
 por qué si las esquiras so
 bre el asfalto grité oí
 golpeaba yo no sabía
 qué había pasado no sa
 bía lo que quedaba por
 pasar el lado izquierdo ra
 món eres el lado izquierdo

----- ✂

la cuesta de los frailes y
 consuegra era verano y tú
 peinado colonia mamá
 pero ramón tenía otra i
 dea era necesario de
 rrapar y caer rozando el
 golpe mortal la pincela
 da de mercromina nada
 cicatrizará era ne
 cesario atrapar renacua
 jos romper el cristal que con

tiene la conciencia era ne
 cesario aquel calor y las
 voces y la hora de la
 siesta cuesta de los frailes
 abrazarse fuerte a la espal
 da pero espalda fantasmal

----- ✂

entonces estábamos to
 dos yo no quería estar
 aquellas reuniones en
 que se decidía todo a
 mano alzada manotada
 eran buena gente eran gen
 te mala gente gente gen
 te que luego se va luego
 vive o muere o pasa la vi
 da entre vida y muerte muerte en
 vida quién eras tú si tú
 ya no quisiste estar si ya
 todo lo prendido se per
 dió pendía y desprendiose
 ella allí ellos más allá
 tú las ardillas lavande
 ría *six quaters* y a lavar

----- ✂

hora de la siesta el calor
 escaparse a la caseta a
 quel olor aquel polvo eva
 porado como agua en el bi
 dón las herramientas se acu
 mulaban en espuertas y
 cestos en sacos y cajas
 allí la solución ilu
 minada por un rayo de

luz el claroscuro las he
 rramientas que rescaté y fue
 ron dos pero de dónde las
 pillé de villaverde de a
 quel otro ricón no no fue
 consuegra consuegra llegó
 después ya estaba yo enatlan
 ta estaba en boone mas fueron dos
 aquella plomada y también
 aquella vieja regla me
 tro mejor probablemente
 metro lo llamó papá da
 me ese metro ahí en la construc
 ción pero todas las demás
 ya ni los huesos como en un
 cromañón a quien joder le
 importa una paleta eso
 por no hablar de otros restos que
 quizás quedaron sentencia
 dos arrestados por aquel
 mismo lugar aquella mis
 ma caseta siempre la re
 cordará quién ya no te mien
 tas no hay memoria no hay descan
 so sólo disolución los
 dos la utilizaron los dos
 llevaron su aparejo al an
 damio para enfoscar para
 picar para dar yeso des
 de mi altura épico des
 de la de ramón qué serí
 a que no quiso que no pu
 do que no le dio la gana
 continuar otro polvo otro
 calor otra obra otro
 maniobrar y de ramón que
 dó su reloj detenido
 reloj que dejó en su alfa ro

meo lo disfrutó no cre
 o que la angustia le deja
 se le consumió la aguja
 del reloj y aquel salpica
 dero no hacía calor e
 ra febrero no sé bien qué
 lugar pero no fue dema
 siado lejos de aquí de allá

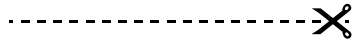
-----✂

de todas las fisiones que
 se abrieron en tus carnes la
 cesura de tus versos fue
 la travesura te atrave
 so *your presence* continúa e
 mitiendo luz y calor y
 ya no tenemos tu manta
 un mantra tú que repetir
 sin para qué sin para ti
 al menos queda el dolor de ha
 berte tenido haberte per
 dido *lord* la imagen más fiel
 ya lo dijimos pero quién
 algún escrito que nadie
 memorizará *dead day* dí
 a de los muertos que ironí
 a tu nacimiento conti
 núa emitiendo luz de vi
 da dividida tu desco
 razonadora dilución
 de los pedazos de tu co
 razón aquella luz nos vie
 ne negarte es negar el sol

-----✂

ahora es invierno pero aquel
 la noche de verano no

sé si julio o agosto e
 ra la gatera por la que es
 capar la muerte acecha
 la rutina del andamio
 que a nada llevan las certe
 zas de lo que pasaría a
 hora lo sabemos aho
 ra que no hay nada más que apren
 der la muerte prefigura
 da ahora lo puedes ver la
 noche del verano no no
 pudo no ser más que aquella
 caída y nada después pe
 ro vuelve y vuelve mucho des
 pués de que tú te has ido y que
 nos queda sino aquello que
 pudo haber sido pero no
 queda nada sino fue a
 punto de desaparecer



el libro de la selva herma
 na el grito de la selva aque
 lla llamada familiar con
 cha concha concha que se des
 maya ven la abuela la esma
 yá la estrella polar que nos
 apoya nos abandona
 nos vuelve a encontrar nos inci
 ta nos sacia y no sabemos
 no sabemos qué más dará
 ya me lo darás cuándo es lue
 go ya basta de dar de dar
 las matemáticas la más
 temática el librito aquel
 de la selva la colección
 de juventud y de vejez

todo vuelto clamor reino
 aquel sonido aquel olor
 cubil sudor las sábanas
 la abuela vuela reza ave
 vuela maría sin peca
 do la abuela la parcela y
 toda una vida queda atrás



flores de púa jeringui
 llas bajo las piedras detrás
 de la estación en el recre
 o bajo el puente en los bordi
 llos en las chamarras en las
 mazmorras en las cabezas
 bajo las mangas bajo las
 venas en calzoncillos en
 las tabernas en las cister
 nas memorias o medidas
 la sangre reseca la re
 ceta las maceraciones
 las explicaciones por qué
 y no había respuesta allí
 junto a marconi patillas
 chupas mariquillas transfor
 madores vistas y revis
 tas zurullos jeringuillas ■

La noticia

Mia Couto

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS DE JOSÉ JAVIER VILLARREAL

1

*El río quiere salir del agua.
Quiere salir del agua, pero tiene los ojos vendados,
tiene los ojos vendados con dos trozos gruesos de tela, uno de cada lado.
Todos sabemos: la ceguera del agua es una mentira.
Todas las noches el río se levanta y vuelve a ser nube.*
Leyenda de Madziwa

Apoyado en el cipayo Nataniel Jalasi, el sargento portugués Bruno Estrela se arrastró por la margen lodosa del río Rovuma. Le costaba caminar. Traía un continente agarrado a los pies. Para los europeos, el Rovuma era una frontera separando el «África Oriental Portuguesa» del «África Oriental Alemana». Para los africanos, el río era una mujer que se preñaba con las grandes lluvias.

La verdad era esta: ambas márgenes eran habitadas por gente que, todas las noches, le rezaba a los mismos dioses. El río escuchaba los rezos y volvía a ser nube.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el sargento, los ojos entrecerrados por el destello de las aguas. El cipayo hizo gesto de responder. Se quedó en la intención. Era el día veinticuatro de agosto de mil novecientos catorce. En el puesto militar de Madziwa, los días nacían todos sin vida. El cipayo procedió como se hace con los mortinatos: no se les da nombre. Y así ellos aún pueden nacer.

El acuartelamiento ocupaba la cima de una loma que dominaba la vasta planicie por donde, en la estación de lluvias, el río se derramaba. La

Beira, Mozambique, 1955. Este es un fragmento de *A Cegueira do Rio* (Fundação Fernando Leite Couto, 2022). Uno de sus libros más recientes es *El mapeador de ausencias* (Alfaguara, 2022).

cabaña donde vivía el sargento estaba cercada por un extenso balcón hecho de madera y suspendido sobre troncos de mbawa. A unos pocos metros, ya en el límite de la selva, habían construido dos grandes palapas donde dormían nueve cipayos. Alrededor del puesto fueron abiertas trincheras reforzadas con sacos de arena. Madziwa era un poblado más tendido que un río. En los momentos de neblina no se veía. Los viajeros pasaban por la aldea como si caminasen entre nubes. Los naturales de la aldea decían: vivimos en la seca. ¿Dónde iremos a cavar nuestras tumbas?

2

*Athawa mfuu yake yomwe.
El hombre huye de su propia voz.*
Proverbio nyanja

Aquella mañana, con la mano como visera sobre los ojos, el sargento Estrela escudriñó la otra margen del Rovuma. Hacía semanas que le dolía la luz de los trópicos. Una misteriosa dolencia le había empañado la visión. No dejaba de ser irónico: estaba casi ciego el militar a quien Portugal le confiara el control de la más vulnerable de sus fronteras.

—¿No me vas a decir qué día es hoy? —volvió a indagar el portugués.

La pregunta era retórica. El sargento Estrela no tenía ningún interés ni en la guerra ni en el calendario ni en cualquier otro asunto.

Seis meses habían transcurrido desde que llegara de Lisboa para comandar el puesto de Madziwa, en el Norte de Mozambique. Después de todo ese tiempo, el sargento quería sólo escuchar a alguien que hablara en su lengua. El cipayo Nataniel dominaba cuatro idiomas: portugués, Ci-Yao, CiNyanja y Emakwa. Para los oídos anhelantes del sargento, el acento del africano sonaba como el de la lejana gente de su pueblo natal.

Discurso del cipayo Nataniel Jalasi

Soy el cipayo Nataniel Jalasi. Es verdad lo que aquí se cuenta. El día veinticuatro de agosto, el sargento Bruno Estrela se acercó lentamente al río como si fuera la primera vez que caminaba. Muchas veces me dijo: en África el suelo es muy antiguo, pero los caminos son siempre recién hechos. La razón es simple: las veredas

desaparecen en la estación de lluvias. Personas y animales los hacen renacer, temerosos garabatos del polvo.

Los europeos no creen —y yo mismo, que soy africano, tengo mis dudas— que el río todas las noches se levante del lecho. Con el portugués sucedía lo contrario: el hombre no despegaba los pies del suelo. Poco a poco, fue dejando de aventurarse más allá de los límites del puesto. Por más que llevase una escopeta, se sentía desarmado.

Por más que caminase solo, tenía la certeza de que estaba siendo observado.

Poco a poco, los temores del portugués acabaron por contaminarme. Yo, Nataniel Jalasi, africano congénito y vitalicio, comencé a sentirme un extraño en África. Mi recelo era que mis hermanos dejasen de reconocerme. Algunos ya me llamaban muzungu. De algún modo, tenían razón. Una parte de mí comenzaba a ser de raza blanca. Esa parte había sido bautizada, se arrodillaba en la iglesia, rezaba en portugués y se avergonzaba de esos otros dioses que desamarraban las lluvias y bendecían las cacerías y las cosechas. Quién sabe si mis hermanos tuviesen razón: había una raza que se evadía de mi cuerpo, de la misma forma que el río escapa de la tierra y se vuelve nube.

3

De nada sirve la prisa del remero.

El remo pide permiso al río.

Y el barco espera que el agua lo abrace.

Proverbio de Madziwa

El sargento Bruno Estrela despertó extrañado, aún era de madrugada y levantó la linterna hacia el balcón. El foco de luz mal le iluminaba los pies. Descendió la loma, con la impresión de que acababa de ver un cocodrilo albino en las somnolientas aguas del río. El cipayo aún le preguntó, el arma extendida en su dirección:

—¿Quiere su mtutu? —Bruno lanzó una mirada adormilada hacia su escopeta. Después, agitó la cabeza. No conseguía una idea. Sacudía el alma como hacen los perros cuando se sienten mojados.

De pronto, de la otra orilla surgió una canoa. Se deslizaba silenciosa en dirección al puesto de Madziwa. Transportaba cinco africanos y un europeo con uniforme del ejército alemán. El militar blanco venía sentado en la proa y, con la ayuda de los binoculares, espiaba minuciosamente la orilla sur. Los negros eran los temidos askaris, guerreros entrenados y armados por las tropas germánicas. Los remeros eran dos ruga-ruga, que se habían rebelado contra los traficantes árabes y buscaron refugio entre las tropas alemanas.

El uniforme de los askaris era el mismo de los soldados blancos. Los sombreros, sin embargo, estaban adornados de plumas de avestruz y guías de zacate entrelazadas. Aquellos soldados, inspeccionando en la pradera, no eran más que un ondular de la sabana al sabor de la brisa.

El portugués se apoyó en el cipayo Nataniel: quería cerciorarse de que no estaba ante la presencia de un espejismo. La embarcación se volvió más próxima y el sargento saludó con adolescente entusiasmo. Ya en la orilla, la cadencia de los remos no menguó. Era evidente: esos que llegaban, venían con prisa. Cuando los ocupantes se volvieron más visibles, el cipayo Nataniel dio un paso atrás y tropezó con sus propios pies.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? —preguntó el portugués.

No era miedo. Era espanto. El alemán que llegaba era Hadrian Schreiber, un médico cuya fama se extendía por toda la región. Bruno Estrela suspiró aliviado. Tendría, al fin, una oportunidad para quejarse de sus molestias. El padre Sisnando Baião, de la aldea de Milepa, ya lo había examinado y, sin ninguna duda, diagnosticó: ceguera de los ríos.

—No logro distinguirlos —se quejó el sargento—. ¿Cuál de ellos es el alemán?

—Es fácil —explicó el cipayo—. El médico viene sentado al frente. ✕

Tres minutos. Sobre el misterio de la llamada de Stalin a Pasternak [Fragmento]

Ismaíl Kadaré

TRADUCCIÓN DEL ALBANÉS DE MARÍA ROCES GONZÁLEZ

Primera parte

La estación se encuentra en la acera de la derecha. El trolebús es el número tres. Continúa por esa calle hasta la plaza Pushkin. Allí está su estatua, como sin duda sabes. *Exegi monumentum*, etcétera. Después gira a la derecha, atraviesa la calle Gorki y, unos pasos más allá, comienza el bulevar Tverskói, que se cruza con ella.

Desde ahí todo es más fácil. A menos de un minuto a pie y en la acera de la derecha tendrás delante la puerta del Instituto Gorki. Te sale ella misma al paso, ¿comprendes? Aunque no quieras, te sale al encuentro... ¿Cómo no voy a querer? Hace años que sueño con venir aquí. ¿Por qué no

Gjirokastra, Albania, 1936. Considerado un clásico contemporáneo de la literatura universal, Kadaré falleció el 1 de julio de 2024. Publicamos este fragmento de su último libro en su memoria, cortesía de Alianza Editorial.

iba a querer? ¿Por qué? Nunca se sabe. Cuántas veces creemos querer una cosa y en realidad no es así.

Oh, no. Me ha costado tanto llegar hasta aquí. Los trolebuses relinchaban como caballos salvajes. Había baches por doquier. Hasta que mis ojos dieron, al fin, con la famosa estatua. Me dirigí, como se me había dicho, hacia su derecha...

¿Qué estatua, muchacho? ¿Desvarías acaso? No hay por aquí ninguna estatua... ¿Cómo que no? La estatua de Pushkin. He pasado a su lado en múltiples ocasiones. Tienes visiones, nunca hubo tal cosa. Ja, ja, si el mundo entero lo sabe: *exegi monumentum*... tú mismo lo has dicho. Un monumento yo alcé... Continúa, joven. Un monumento yo alcé, imposible de erigir con las manos. Es decir, un monumento *nerukotvornyy*. Caíste tú solito en la trampa. Un monumento erigido no con las manos, sino con las almas, dice el poeta. Es decir, un monumento que nadie puede ver, salvo los estúpidos. Como vosotros, los estudiantes del Instituto Gorki.

Nosotros no éramos eso. Vosotros erais aún peores. Cada uno de vosotros soñaba con derribar la estatua del otro para erigir la propia. ¿En el mitin de Pasternak? No era así en absoluto. Era otra cosa. ¿Estuviste en aquel mitin? ¿Bramaste contra él? Jamás. ¿Qué hacías entre tanto, mientras los demás bramaban? Observaba a una chica lacrimosa. Creía que era su sobrina.

¿Regresas al cabo de tantos años para verla de nuevo? ¿Te parece que aún continúa el mitin? Quizá. En realidad, es posible que continúe. Por el griterío lejano, con mayor exactitud que con la placa sobre la puerta, puedes dar con el lugar de la concentración. En Moscú o en Tirana es siempre el mismo griterío que no cesa.

La pesadilla descrita más arriba se repitió durante años de las formas más extrañas. El renqueo de los trolebuses sobre los obstáculos y baches de la calle. El monumento amenazado. Y las lágrimas y Moscú la dulce.

Estaba tan seguro de que acabaría escribiendo sobre ello que en ocasiones hasta me parecía que, entretanto, lo había hecho ya, y que incluso hasta la miriada de letras que habría de necesitar para formar las frases estaban alineadas en su lugar, a la espera.

La frecuencia de los viajes oníricos era la señal más evidente de que el momento se aproximaba. La confusión y la ausencia de lógica que los caracterizaba no hacía más que aumentar. Ocurría que al trolebús número tres no había modo de convencerlo para que partiera. Se veían obligados a darle latigazos. ¿Desde cuándo?, me decía. Hacía varios años que había

abandonado Moscú y era comprensible que muchas cosas hubieran cambiado; sin embargo, que el asunto llegara hasta tener que dar latigazos a los trolebuses, jamás lo hubiese pensado.

En Tirana continuaba la campaña sobre el conocimiento de la vida. Los escritores, casi sin excepción, habían admitido carencias relativas, sobre todo, al conocimiento de los obreros fabriles, por no mencionar las cooperativas agrícolas. Sin mencionárselo a nadie, yo había comenzado entre tanto mi novela sobre Moscú, pero no estaba en absoluto seguro de continuarla. Durante el día me parecía absolutamente imposible, pues era así como el propio Moscú se había vuelto para todos nosotros. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas, había perdido toda esperanza de un posible regreso. Sin embargo, durante la noche, sobre todo después de medianoche, las cosas cambiaban. Me dormía con la esperanza de que volvieran a aparecérseme precisamente en sueños. Pero ocurría cada vez con menor frecuencia. Y como si no fuera suficiente, su caos seguía densificándose, hasta el punto de impedirme descubrir si semejante caos me dificultaba o me facilitaba el trabajo que tenía en mente.

Era lo segundo, al parecer, lo que estaba ocurriendo. Pero a la inversa de las fábricas y las cooperativas, el Moscú de mi novela tenía la necesidad de lo contrario, del desconocimiento.

En uno de los sueños, apenas atravesé casi reptando la plaza Pushkin, encontré a la mayoría de los estudiantes en el mitin. Lo suponía y, sin embargo, puedo decir que no me sorprendió cuando vi en las pancartas mi propio nombre. E inmediatamente después comencé a oír cada vez más nítidos los alaridos contra mí.

Entre los estudiantes se hallaban algunos de los compañeros de curso. Petros Anteo no sabía hacia dónde mirar, mientras que el letón Stulpanz, mi íntimo amigo, se llevaba las manos a la cabeza.

Te ha llamado por teléfono el gran jefe de Tirana, gritó un encolerizado bielorruso. Ese, vuestro Stalin, no recuerdo su nombre.

Afirmé con la cabeza, pero él no se apaciguó.

¿Cuántas versiones hay de su llamada telefónica?

No lo recuerdo con certeza, aunque me parece, sin embargo, que debieron de ser tres o cuatro, no más, pero no me dio tiempo a adivinarlo porque me desperté.

La llamada telefónica de Enver Hoxha se había producido realmente tiempo atrás. Era mediodía, me encontraba como de costumbre en la Liga

de Escritores cuando el segundo jefe de redacción del semanario *Drita* me pasó el teléfono diciéndome que alguien me llamaba.

Soy Haxhi Kroj, dijo la voz. Va a hablar con usted el camarada Enver.

No conseguí pronunciar palabra alguna, salvo «Gracias». Me felicitó por un poema que acababa de publicar en el semanario. Repetí: «Gracias». Me dijo que le había gustado mucho y, mientras les hacía una seña a los presentes para que dejaran de hacer ruido, incapaz de articular ninguna otra palabra, dije «Gracias» por tercera vez.

¿A qué se deben esas cuatro «gracias» seguidas?, dijo uno de los redactores. ¿Desde cuándo te has vuelto tan amable?

Sin saber cómo prevenirlos, sólo hice otra seña con la mano, que difícilmente cabría interpretar.

Era Enver Hoxha. Fueron las únicas palabras que conseguí pronunciar al colgar el teléfono.

¿De verdad? ¿Pero cómo? ¿Él mismo?

Sí, les respondí.

¿Pero cómo? ¿Qué te dijo? ¿Y tú? ¿Cómo no le dijiste nada?

Les respondí: no lo sé. Al parecer me pilló de sorpresa.

Les conté lo de su felicitación y ellos manifestaron de nuevo su pesar porque no le hubiera dicho algo más, salvo uno de ellos que me dio la razón, asegurando que en tales casos te atoras...

Idiota, le lancé en mi fuero interno al bielorruso del sueño.

En los días de la campaña contra Pasternak, la llamada telefónica de Stalin relacionada con la detención de Mandelstam se mencionaba como una de las principales razones para denigrar al poeta. Sobre todo la parte de la conversación en la que Stalin le preguntaba qué pensaba de Mandelstam. Se contaban cinco o seis versiones de ella, pero se añadía que existían muchas más y aún peores.

Idiota, volví a insultar al bielorruso, pero sobre todo a mí mismo por soñar tales cosas.

Lo que no me impidió darle vueltas, un buen rato, al hecho de si podía existir o no otra versión.

El camarada Enver hablará con usted... ¿Qué piensa de Mandelstam?... Es decir, de Lasgush Poradeci, o de Pasko, o de Marko que... prisión... es decir, que aunque recién salidos de prisión... podían volver de nuevo a ella... O más fácil, de Agolli, Qiriazzi, Arapi... que... prisión... es decir, que aunque no habían pisado aún la cárcel... En una palabra, ¿qué piensas de ti mismo?

Sobre lo último, es decir, sobre mí mismo, la respuesta podía resultarme más fácil. Yo, como todos, pienso escribir sobre la vida... Pese a una novela inédita, que puede haber supuesto un problema incluso para la camarada N., acerca de la vida estudiantil en Moscú. Si bien todo sucede lejos, a orillas del Báltico, en un lugar llamado Dubulti, en una casa de reposo para escritores.

¿Qué piensa de Pasternak?

La pregunta parecía inesperada, pero no lo era en absoluto. A decir verdad, era la única que no quería que se me hiciera.

¿Pasternak? Nada tenía que ver con él. Sólo en una ocasión lo había visto de lejos en Peredélkino. Y si acaso se le menciona en el desarrollo de la novela, tiene que ver con la campaña, telón de fondo de los acontecimientos. Había una allegada suya en el Instituto Gorki. Una estudiante de segundo curso, con los ojos de continuo llenos de lágrimas. Por razones que cabe imaginar.

Estaba dispuesto a extenderme en detalles inútiles con tal de que no llegara la siguiente pregunta, que incluso me parecía peor, la del premio Nobel.

Resultaba fácil decir que la mayoría de estudiantes, mientras bramaban a coro contra él, no soñaban sino con ese mismo premio. Sin embargo, no se trataba de ellos, sino de mí mismo. ¿Se podría decir que no se me había ocurrido nunca? Naturalmente que no. Lo había imaginado a menudo mucho más tarde, mucho tiempo después, cuando se murmuraba que podía estar yo mismo incluido... en aquella lista.

Ajá, de ahí que el estruendoso griterío contra Pasternak sea descrito de forma tan sorprendente y en cualquier caso diferente. Como si no se tratara sólo de él, sino de algún otro. Quizá de ti mismo. Por eso el desasosiego era simultáneamente desagradable y embriagador. Tú, solo, frente a tu país, que te insulta y te grita en plena cara con odio y amor a la vez. Devuelve ese maldito premio, gritan todos los estudiantes, las mujeres embarazadas, los mineros de Tepelena. Mientras que tú, caprichoso indeciso, dubitativo Hamlet, lo acepto o no lo acepto, digamos. Y el patriarca Sterjo Spasse, del mismo modo que Kornéi Chukovski se presentó en la dacha de Pasternak, vendría a ti: te tengo por hijo mío, hoy estoy, mañana no, pero en aras de los recuerdos de Moscú... ¡devuelve ese veneno antes de que sea demasiado tarde! ■



Ofrenda a lo bello
2022

Temple sobre lienzo
70 × 50 cm



Las factorías
2022
Temple sobre lienzo
50 x 35 cm



Estrella de la mañana
2022
Temple sobre lienzo
50 x 35 cm



Pérgola con barquito velero
2022
Temple sobre tabla
40 × 50 cm



Plaza de toros en un acantilado
2021
Temple sobre tabla
60 × 60 cm



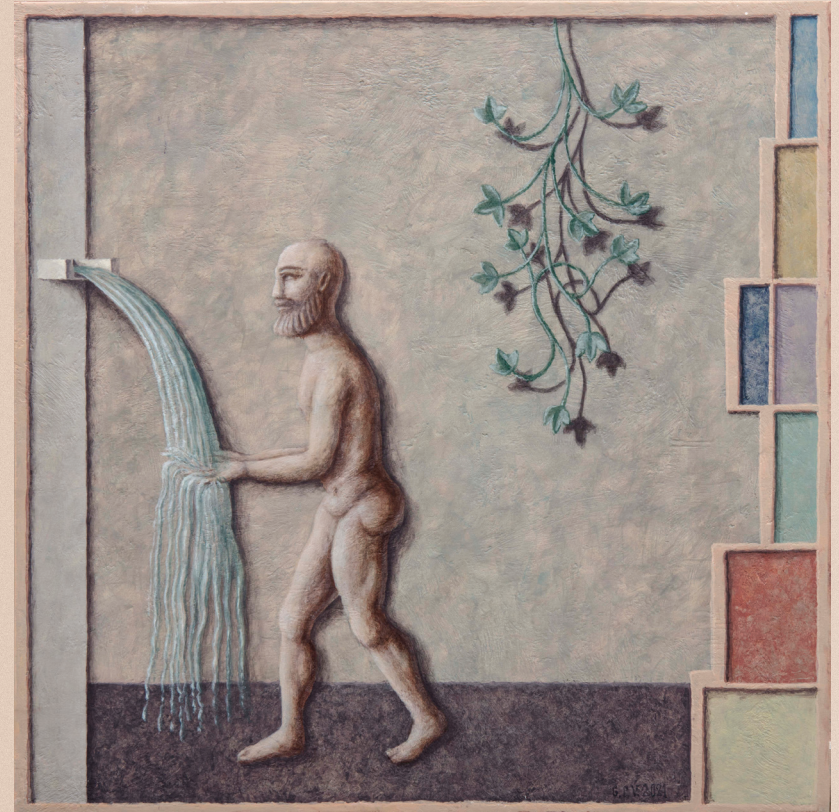
La sacerdotisa y el torito
2022
Temple sobre tabla
50 x 40 cm



El jardín de los sentimientos
2023
Temple sobre lienzo
100 x 71 cm



Simetría melancólica
2023
Temple sobre tabla
50 x 40 cm



El manantial
2021
Temple sobre tabla
60 x 60 cm



El jardín de Epicuro
2021
Temple sobre lienzo
141 x 200 cm



La cara de la luna
2022
Temple sobre tabla
30 x 30 cm

Guillermo Pérez Villalta

Mediterraneidad

Clasicidad era el término que agrupaba el conjunto de obras realizadas por Guillermo Pérez Villalta entre 2018 y 2020. *Mediterraneidad* sugiere el espíritu y el sentido de este nuevo grupo de obras realizadas entre 2021 y 2023. Si Guillermo Pérez Villalta entendía por clasicidad aquellas formas que permanecen en nuestro gusto y la sensación de belleza que desprenden, mediterraneidad es aquello que florece, sin reglas, de esa clasicidad. Un florecimiento de lo espiritual, manifestado a través del optimismo, la belleza y la felicidad, materializado en lo luminoso, lo claro y lo bello de las pinturas.

Si la belleza es el fin supremo, guían su camino el placer y el conocimiento, este último que aspira a ser total, ecléctico, holístico. Frente a las verdades totalizadoras, la duda. Frente a una única forma de ver la realidad, una visión múltiple. De ahí los diferentes puntos de vista, de

fuga, que agitan y dinamizan las representaciones del artista. De ahí la revisión que realiza el autor de ciertas vanguardias históricas como el cubismo. No con ánimo de estudio de un movimiento que considera cerrado, finiquitado, sino como sistema de representación válido en la actualidad y con posibilidades de seguir evolucionando hacia nuevos hallazgos y soluciones.

El interés de Guillermo Pérez Villalta por dar un paso más allá, por llegar cada vez más lejos, es perceptible para quien contempla sus pinturas y extenuante, física y mentalmente, para su autor. Muestra de ello es el nivel de complejidad de las obras construidas a base de paraboloides y planos inclinados. O aquellas que exploran las posibilidades y límites de la asimetría. O las que vinculan y mezclan el lenguaje representacional y el lenguaje de la arquitectura. Seguramente más que en ninguna otra ocasión, los órdenes y los elementos arquitectónicos adquieren un protagonismo y dimensión sorprendente, extraordinaria. Si antes mencionábamos el cubismo, ahora sus referentes son el grotesco y las arquitecturas pintadas, aunque los fines no sean los mismos.

La invención es fundamental en Guillermo Pérez Villalta. Su obra es representacional, no naturalista. Sus herramientas son la geometría y las matemáticas. Si el dibujo es el armazón de la pintura, la división armónica de la superficie es el armazón de la composición. Las proporciones, las líneas, los equilibrios, las relaciones entre las formas. Esa geometrización acentúa el carácter abstracto de la obra, al tiempo que la intelectualiza, la racionaliza. De ahí el interés del artista en el arte griego del periodo arcaico.

El comportamiento de esa energía geométrica, de ese impulso racionalista es sin embargo, impredecible. Las obras se muestran desde la absoluta complejidad y dinamismo hasta la simplicidad aparente más extrema. Del manierismo más exacerbado al esencialismo más liviano. De lo profundamente humano al sentimiento más elevado, sagrado y espiritual. De la metafísica presocrática a la neurociencia del siglo XXI.

Y todo mediante una nueva forma de pintar. Cada vez más libre, rica, precisa, compleja; empleando colores y tonos indefinibles y poco utilizados en la actualidad: verdes, violetas, azules, amarillos. Colores intermedios, naturales, que rehúyen la artificiosidad. Y cada vez más esencial, eliminando los elementos superfluos, la narratividad, para que los pensamientos vuelen con libertad, para que la experiencia de la belleza-placer sea total.

Guillermo Pérez Villalta nació en Tarifa, Andalucía, en 1948. Pasó su infancia entre La Línea de la Concepción, Cádiz y Málaga, trasladándose con su familia a Madrid en 1958. En 1969 comenzó los estudios de arquitectura dedicándose al mismo tiempo a la pintura. Hasta la fecha ha realizado más de cien exposiciones individuales dentro y fuera de España.

Es considerado uno de los nombres de referencia dentro del arte español desde la segunda mitad del siglo XX. Le fue concedida la Beca del Ministerio de Cultura (1975), la de la Fundación Juan March (1980) y la del Ministerio de Asuntos Exteriores para la Academia de España en Roma (1989). A lo largo de su trayectoria artística ha recibido diversos galardones, entre ellos el Premio Nacional de Artes Plásticas (1985), Premio de Artes Plásticas de Andalucía (1985), Medalla de Andalucía (1985), Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes (2006), Premio de Cultura de la Comunidad de Madrid (2007), Premio Tomás Francisco Prieto de Medallística—concedido por la Fundación Real Casa de la Moneda—y el Premio Nacional de Arte Gráfico (2020).

En 2023 obtuvo el Premio AICA (Asociación Española de Críticos de Arte) como mejor artista español en ARCOmadrid.

Las imágenes y los textos sobre la obra y la vida de Guillermo Pérez Villalta aparecen en *Luvina* por cortesía de la Galería Fernández-Braso de Madrid.

Sitio oficial: galeriafernandez-braso.com
Instagram: [@galeria_fernandezbraso/](https://www.instagram.com/galeria_fernandezbraso/)
Facebook: [galeriafernandezbraso](https://www.facebook.com/galeriafernandezbraso)



La luna y un lucero con nubes leves
2023
Temple sobre tabla
30 x 30 cm

PÁRAMO

EL SANTO VS. LA POESÍA ESPAÑOLA

LUIS EDUARDO GARCÍA

Cuando yo tenía unos catorce años, mi abuelo me regaló un libro que sería muy importante para mí: *Ocho siglos de poesía en lengua castellana*, de Francisco Montes de Oca (un ladrillo horrible que había sido publicado en 1986, pero que parecía tener cien años, gracias a las feas ediciones de Porrúa). Recuerdo que, con todo y que algunos tramos me fastidiaron bastante, me impresioné con las coplas de Manrique y también con las páginas dedicadas al Siglo de Oro español (especialmente con Quevedo y San Juan de la Cruz).

Nunca había escuchado tanta música salir de las palabras.

Sin embargo, los autores más recientes del libro no provocaron el mismo efecto en mí. Tal vez por culpa de la selección de poemas, pero me parecía que trescientos años después tendrían que

Guadalajara, Jalisco, 1984. Su publicación más reciente es el libro infantil *Diario de una planta carnívora* (Fondo de Cultura Económica, 2024).

haberse esforzado en escribir algo más rompedor que:

enhiesto surtidor de sombra y sueño / que acongojas el cielo con tu lanza.

Así que, durante un buen tiempo, la única poesía española que me interesaba era la escrita por autores que tenían más de cuatrocientos años de haber muerto.

Algo importante es que, por una cuestión de educación, de azar y, claro, también de naturaleza, comencé a alejarme de la poesía demasiado lírica o demasiado solemne. Necesitaba siempre un poco de liviandad, de juego, de atrevimiento. Eso dificultó cada vez más las cosas.

Sólo un poco después del encuentro con la antología de Montes de Oca, ya en mi primer —y único— taller literario, leímos a José Ángel Valente. Por supuesto detesté su *rigor oscuro de la luz*, su *lengua de prensiles musgos*.

Su poesía era todo lo que yo consideraba insoportable.

En algún momento, ese desencuentro con la poesía española contemporánea me pareció preocupante, pues casi todos mis amigos y amigas que escribían poemas la valoraban

mucho. Supuse que estaba pasando algo por alto.

Para reparar ese hueco se me ocurrió acercarme a la Generación del 27, pero salvo algunas cosas de Aleixandre y otras de García Lorca, tampoco resulté muy entusiasmado.

Y me rendí por el momento. Aunque me gustaban Los Toreros Muertos, Radio Futura y Los Planetas.

Cuando Gamoneda ganó el Premio Cervantes y todos hablaban maravillas de su obra, que yo no conocía, me compré una antología editada por Alianza. Casi me gustó.

Años después supe de Chantal Maillard. Una vez más, poetas a quienes yo respetaba mucho ponían por el cielo su escritura (algunos hasta se tatuaron sus versos). Tampoco —quitando algunos poemas de *Matar a Platón*— fue para mí.

De mis conflictos con los novísimos, la poesía del silencio y la poesía de la experiencia, mejor no diré nada.

Y luego llegó *Transtierros*. Una revista literaria en línea, editada por Maurizio Medo, poeta peruano. En algún momento me invitó a colaborar y, como pasaban los años y

seguía con la espinita clavada, decidí hacer un nuevo intento: una muestra de joven poesía española.

Francamente, uno de mis malévolos propósitos con ese pequeño proyecto era demostrar, ahora sí de forma definitiva, que jamás iba a poder vincularme con la poesía española contemporánea. Decir «lo intenté, pero no hubo manera» y mejor preparar una antología de joven poesía de Guinea Ecuatorial.

Entonces comencé a buscar. Era justamente la época en que la Alt Lit llegó a la poesía escrita en español. Si bien esa corriente, iniciada en Estados Unidos, terminó por uniformizar un tanto las escrituras jóvenes que surgieron por aquel entonces (más o menos entre 2014 y 2015), también añadió una dosis de antiolemonidad que, al menos yo, agradecí.

Aunque debo decir que las escrituras que más me interesaron no eran las que se inscribían en la Alt Lit, sino las que brillaban por su singularidad.

Mi selección, al final, fue de cinco mujeres (lo del género fue accidental), todas nacidas en los ochenta: Ángela Segovia, Lola Nieto, Berta García Faet, Layla Martínez y

Su Xiaoxiao. Se trató de una muestra muy pequeña porque no quise agobiar a los lectores de la revista, pero fácilmente pudieron ser diez o quince poetas.

En el comentario inicial a esa pequeña muestra, escribí lo siguiente:

Consideré realizar esto debido a mi falta de empatía hacia buena parte de la poesía española contemporánea. El problema era mío, no había buscado lo suficiente.

Y casi diez años después, estoy más seguro de ese punto.

Porque ahí estaban Juan Eduardo Cirlot y su extrañeza; Gloria Fuertes y sus versos increíblemente imaginativos y juguetones; el gran José Miguel Ullán y sus búsquedas experimentales. Y Chus Pato y Olvido García Valdés y Aurora Luque. Y también Olga Novo, Mercedes Cebrián y Erika Martínez. Y Berta García Faet, María Salgado e Iván Rojo. Eso por nombrar sólo a un puñado de autores y autoras.

No había buscado lo suficiente.

Me pregunto si hoy, que tiendo menos a exigir que la poesía sea exactamente lo que yo quiero que sea, podría acercarme a esas escrituras y obras

que rechacé tan fácilmente y encontrar, ahora sí, las cosas valiosas que antes fui incapaz de ver.

Leer, por qué no, otra vez a Luis García Montero y decir: «no, en serio que no puedo con esto».

ETNOGRAFÍA Y COLONIALISMO: ZOOLOGICOS HUMANOS

MARÍA NEGRONI

Aunque derivan históricamente de los primeros viajes de exploración, las así llamadas exposiciones etnográficas alcanzaron ribetes siniestros y una popularidad escalofriante durante el siglo XIX. Bajo el fin altruista de familiarizar a los «hombres civilizados» con la vida y costumbres de los aborígenes, lo que se buscaba en realidad era probar la inferioridad del «primitivo», justificando de ese modo la empresa colonial.

Estas prácticas se intensificaron en Europa cuando algunos jardines zoológicos de «aclimatación» decidieron sumarlas a su elenco estable.

Rosario, Argentina, 1951. Uno de sus libros más recientes es *El corazón del daño* (Literatura Random House, 2022).

Geoffroy Saint-Hilaire (1772-1844), por entonces director del Museo de Historia Natural de París, no dudó en promover dos espectáculos etnológicos con la presencia de nubios y esquimales. La concurrencia fue tan masiva que los subsiguientes directores del Museo decidieron imitarlo, reiterando este tipo de exhibiciones hasta 1912.

Saint-Hilaire tuvo también otra idea: convenció a Sara Baartman (más conocida como Venus Hotentote), una esclava de la etnia khoikhoi de Sudáfrica que recorría Europa exhibiendo sus glúteos prominentes, a que prestara conformidad para que futuros experimentos científicos pudieran diseccionar su cadáver y conservar su cerebro y genitales en formol.

También Londres supo hacer alarde de este tipo de trofeos: Fuegia Basket, Jemmy Button y York Minster—los fueguinos que Fitz Roy logró embarcar en su *Beagle*—no fueron una excepción. Milán, Hamburgo, Antwerp, Barcelona, Berlín y Nueva York participaron de ese fervor.

Dicen que fue el empresario alemán Carl Hagenbeck, quien aceitó el negocio: acopladas subrepticamente a los circos, los *freak shows* y otras aventuras como las que P.T. Barnum

o Buffalo Bill llevaban a todos los rincones de Europa, sus «muestras antropológicas» se transformaron muy pronto en coreografías que lucraban con el espectáculo de una otredad extraña y domesticada a la vez.

En cuanto a las exhibiciones etnográficas propiamente dichas, muy pronto diversificaron su audiencia. El famoso templo del cabaret francés—el *Folies Bergère*—organizó su propia serie de «shows étnicos» con gran éxito de público en 1885. Tampoco se les retaceó espacio en las sucesivas Exposiciones Universales. Sin ir más lejos, la realizada en París en 1889 presentó un *Village Nègre* completo, con más de cuatrocientos pobladores que pasaban el día haciendo (todas) sus actividades cotidianas a la vista del público.

SERGIO ARAHT Y SU REGRESO A 1984

MARÍA FERNANDA
MATOS MOCTEZUMA

El 8 de junio de 1949 salió a la luz *Nineteen Eighty-Four*, conocida mundialmente como *1984*, la

Panamá, 1942. Una de sus publicaciones más recientes es «El Doctor Atl: caminante y pintor», texto que forma parte del libro *Doctor Atl, pintor de México*, de Salvador Echavarría (Universidad de Guadalajara, 2022).

última y más famosa novela de George Orwell, quien moriría pocos meses después en un hospital de la capital inglesa, dejando novelada la advertencia sobre los peligros que entrañan los gobiernos totalitarios. Los presagios imaginados por el autor siguen siendo un referente para la literatura, el cine, el teatro, la música, el cómic y las artes visuales.

A setenta y cinco años de la primera edición, Sergio Araht presentó el pasado mes de junio la exposición *George Orwell. El regreso a 1984* en la galería de la Librería Carlos Fuentes del Centro Cultural Universitario de la Universidad de Guadalajara, en la que abordó los temas orwellianos desde una perspectiva multidisciplinaria y bajo el esquema de la poesía opaca.

Valiéndose de una pluma de tinta negra y otra de tinta roja—colores que consideró



propios de los regímenes autoritarios—cubrió los renglones de cuarenta páginas del libro y dejó visibles aquellas palabras que seleccionó para formar un texto de lectura poética y, en un juego de intertextualidad, trasladó el relato escrito al lenguaje visual mediante dibujos e íconos, creando de manera estética un entramado que dio forma a los conceptos vertidos en *1984*.

En su nueva estructura, las piezas cobraron una dimensión distinta que conservó la esencia de la idea original. El desplegado museográfico fue revelando durante el recorrido la omnipresencia del poder, el control de las conciencias y la historia impuesta por el Estado. En sentido opuesto a Winston Smith—el personaje ficticio encargado de borrar el pasado—Araht transformó el discurso distópico del futuro orwelliano, recuperando el pasado en una utopía poética, respaldada por su dominio del lenguaje plástico y su pasión por la lectura.

La muestra incluye catorce carteles con datos sobre la misión adjudicada a los diversos ministerios de control imaginados por el escritor, así como información sobre varias manifestaciones artísticas inspiradas en la novela.

CONTRA LA FORMA

XITLALITL RODRÍGUEZ
MENDOZA



No contiene armonías de Tedi López Mills abre con un epígrafe de John Berryman: *Do you ever use a form? A* diferencia de lo que pasa con los paratextos en la mayoría de los casos—que terminan igual que recuadros en un trinchador polvoriento—, el epígrafe de este libro de poemas nos instala ante su motivo constante de confrontación: la forma. La frase en cuestión, que podríamos traducir como «¿Llegas a usar una forma?», se encuentra en una carta de Berryman al poeta James Laughlin, en la que le pedía enfáticamente que no dejara de escribir: *You ought to write*

Guadalajara, Jalisco, 1982. Su libro más reciente es *Poesía morosa. Prosititas de amor contra el SAT* (Icaro, 2022).

harder; don't quit. Irónicamente, el siguiente paratexto que aparece en el libro es una nota de la autora, en la que afirma: «Escribí este libro a lo largo de 2018 y 2019, en mi vida anterior, todavía con Álvaro como mi primer lector absoluto y predilecto. El poema inicial es el más reciente: del 15 de abril de 2019. No he escrito poesía desde entonces y confieso, sin dramatismo, que no sé si podré volver a hacerlo. Quizá de tanto jugar a que las puertas se cierran, se acabaron por cerrar de veras. Quizá la ironía tuvo un efecto corrosivo. En todo caso, este libro es obra del amor: por Álvaro y para Álvaro».

Ese Álvaro tan particular es, como sabemos, Álvaro Uribe, narrador, ensayista y traductor, quien además fue—a lo largo de cuarenta años y hasta su muerte—esposo de Tedi. Dado que *No contiene armonías* fue publicado en 2023, un año después del fallecimiento de Álvaro Uribe, no hay forma de leer este libro sin sentirlo como una elegía, una abolición del lenguaje en absoluto desmantelado por la pérdida del ser amado y con una intención mallarmeana embarcada hacia los derroteros de la Nada, de la hoja en blanco, de lo sin forma.

Sobre este libro, Rodrigo Flores explica: «Desde el título, se advierte la intención desmitificadora. Se anuncia una deserción, aquella con la que convencionalmente se asocia lo poético, es decir, lo armónico». ¿Pero ante qué se impone esta falta de armonías? ¿Lo puede ser ante una poesía nacional que, en general, se regodea de tratamientos autocomplacientes, dedicada a contemplarse ora en las mesas de novedades, ora en redes sociales? ¿Ante la forma del poema o la que lo precede?

El *Diccionario del uso del español* de María Moliner define *forma* como «Manera de estar distribuida la materia de un cuerpo». Luego en su primera acepción, como término filosófico, se afirma: «Concepto, en general contrapuesto a *materia*, que representa el elemento que completa o determina a esta para constituir el ser. [...] En la filosofía moderna, se invierten los valores clásicos de materia y forma, y se hace de esta el elemento accesorio o aspecto externo de las cosas, mientras que la materia o "contenido" es lo real en ellas». Esta figuración del lenguaje será desarrollada de manera fascinante por la autora, filósofa de formación,

a lo largo de cinco apartados, donde la forma va siendo puesta en juicio y analizada según su dimensión metafísica, lógica, poética y social.

El primer apartado se conforma por un solo poema en el que, a partir de la anáfora construida con «Debo» («Debo honrar a los objetos, no a los sujetos / [...] Debo pensar en lo que está aquí / [...] / Debo pensar en mí. / Debo escribir una experiencia que no me incluya / aunque yo la atestigüe»), se dialoga con el deseo de escribir «Un poema agradable»: «Si pudiera escribir poemas agradables lo haría. / Un poema agradable sobre la luna llena o la luna menguante. / [...] Un poema agradable donde no figure el agua en ninguna de sus formas». Aquí queda muy marcado el sentido del deber y del deseo, es decir, el sitio donde se plantean las oscuridades lanzadas por la ética, por un lado, y la poética, por el otro. Entre esta polarización, la voz poética afirma «Lo real no es más tangible que lo imaginario pero puede cotejarse con lo real de alguien más en el mismo momento», y es así que establece las reglas de su universo.

En el segundo capítulo se construye una confrontación directa con sus pares, los poetas. Con ese característico tono irónico y de autoescarnio siempre presente en la obra de Tedi López Mills, este apartado reflexiona sobre los poetas y sus intereses de una manera casi sociológica en poemas como «De qué hablan los poetas. De qué deberían hablar». Aquí se encuentran también los poemas que se pelean con la idea de escritura y de poema, con la tendencia de tantos a *acumular* metáforas sólo por decir algo y rebate esta práctica con tajos limpios: «El pájaro muerto en su bolsa. / Mi amiga muerta en su vida. / Ninguna equivalencia». El poema «Algo acerca de los sustantivos» recuerda un poco a la entrevista de Ali G a Noam Chomsky, donde el personaje satírico encarnado por Sacha Baron Cohen le pregunta al recién resucitado lingüista que cuántas palabras conoce y si «espagueti» o «paracaídas» son ejemplos de estas. Sin embargo, Tedi, explora ese advenimiento de vacío que nos llega con su humor característico y escribe: «Las listas son fáciles. / "Melodía" es un sustantivo. / Ponerle melodía a una lista. / [...] Aspreza es un sustantivo. Lágrimas también».

La tercera parte es una lectura de *Masa y poder* de Elias Canetti: «Leo que la masa me porta en sí. / Leo que la masa nunca se siente satisfecha. // Es una forma desierta del ser», mientras que en el apartado IV esta voz se polariza a la exploración de los registros del lenguaje, donde cada palabra o frase será clasificada como «lenguaje formal, informal, íntimo» y las emociones serán vistas sobre el frágil espejo del ejercicio epistolar. Aquí aparece eso llamado «material humano», que ya no es gente sino una de sus formas vacías y cuya presencia hace que ideas como «sobrevivir es voluptuoso» refuljan con más fuerza.

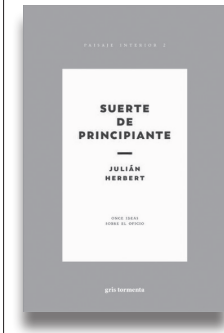
Finalmente en el capítulo V trata de un nuevo recinto que cae como una desbordada página en blanco, a manera de forma o formato, que debe ser irrumpida por la respuesta a tres preguntas: «¿qué significa para usted estar aquí?, ¿qué es lo que más le gusta del nuevo recinto?, y ¿quién es usted?». Al aventurar sus respuestas, la voz poética aclara: «Cavar en el lenguaje es una forma esotérica de la superficie. [...] Pronto aprenderé a configurarme sin los huesos aledaños» y se decanta por claudicar «la vetusta costumbre de admirar la forma en vez del contenido».

De la mano de Canetti, Borges, Eliot, Pound, Paz y Darío, así como de amigos y enemigos, *No contiene armonías* añade otro maravilloso engranaje a la obra de Tedi López Mills, al ser un libro que rompe las formas preestablecidas y preferidas por el consumo fácil, y que nos muestra a la poesía como una supervía del ensayo filosófico, sin dejar de lado el humor y la autocrítica—algo a lo que parecieran rehuir muchos autores, según la norma—; pero, sobre todo, debemos saber que estamos frente a una poética que nos atraviesa y nos confronta, nos hace estar más vivos al alumbrarnos ciertas oscuras emergencias. Sé que a nadie se le debe pedir esto, pero ojalá que Tedi escuchara a John Berryman decirle *Debes escribir más, no renuncies*.

No contiene armonías, de Tedi López Mills. Almadía, 2023.

JULIÁN HERBERT: EL OFICIO DE LA CREACIÓN

ALEJANDRO NOÉ RAMÍREZ LÓPEZ



La editorial *boutique* Gris Tormenta pone a disposición de los lectores, con su acostumbrado mimo, el segundo volumen de la colección Paisaje Interior, *Suerte de principiante: once ideas sobre el oficio* (2024), la más reciente publicación del pluridimensional autor mexicano Julián Herbert (1971). Sus lectores ya lo saben: Herbert ha incursionado con peculiar desenvoltura en los géneros de la poesía, la novela, el cuento, la crónica, el ensayo de crítica literaria, el aforismo y el guion para cine y televisión. De la misma manera, se ha aventurado a participar en manifestaciones

Irapuato, Guanajuato, 1995. Su libro más reciente es *Los extremos de la subjetividad en investigaciones literarias: el disfraz de la escritura* (DCSyH, Universidad de Guanajuato, 2019).

artísticas que tradicionalmente exceden lo «literario», póngase por caso la composición e interpretación de canciones de rock, la videopoesía, el arte objetual, la actuación y la escritura para arte esotérico (tarot). Todas estas prácticas dan cuenta de la aptitud de Herbert para no ceñirse a las limitaciones genéricas impuestas por los códigos antañones que se fosilizan dentro de la cultura literaria. Más bien, manifiesta una inclinación a la mixtura y al desplazamiento. Por el cauce de una amalgama fluida, engendra una serie de artefactos creativos que, con todo y su divergencia paradójica, terminan por reflejar, con profundo fervor y cierto trastorno, muchos de los fundamentos de la tradición. En este sentido, *Suerte de principiante* es un libro de ensayos que bien podría verse como poética, autobiografía, crítica literaria y autoexégesis.

En relación con lo anterior, *Suerte de principiante* es un libro que depende por completo del desarrollo de la obra de Herbert. Las ideas planteadas alrededor de la intuición poética, la lectura, la pasión y la cultura literarias están determinadas por el estadio en el que la obra del autor se encuentra en el presente: es

inviabile que *Suerte de principiante* hubiera surgido en una época previa, aunque muchos de sus planteamientos esenciales provienen del pasado remoto y de la experiencia literaria del escritor en formación. Ahora bien, la experiencia se vuelve significativa y transmisible por mor de la necesidad divulgativa. Las obsesiones del Herbert escritor aterrizan sobre textos teóricos y filosóficos que corroboran el sentido de las intuiciones previas. De ahí que funcione hablar de una «suerte de principiante» en boca de un autor que vive su plena madurez, ya consciente de haber alcanzado algunos puntos de control. Cabe decir, además, que esa experiencia creadora traza un recorrido de más de treinta años de publicaciones y más de una veintena de libros como garantes de las disquisiciones al respecto del conocimiento poético y de sus prácticas optimizadas. No obstante, la actitud de principiante siempre es necesaria para observar con nitidez. Quien considera que ya domina el arte literario da por sentada la riqueza del deslumbramiento y ya sólo se dirige por la miopía o el automatismo.

Aunque Herbert no aborda *Suerte de principiante* con una intención sistemática, sí

que es organizado. Como buen pensador de su experiencia, destila unas cuantas guías esenciales que dirijan su exploración sobre la poética: la respiración, la rutina, la repetición, la pregunta, la paranoia, la dualidad, la mala leche, la emoción ideológica, la tertulia, la ermita y la vocación. A partir de cada asunto, desarrolla una anécdota autobiográfica o recupera un chisme o un evento de la historia literaria e ingresa al desarrollo de la reflexión sobre la creación literaria. Por cada tema, plantea meditaciones en forma de cuestionamientos. Por ejemplo: ¿Cuál es la relación del escritor con su lengua?, ¿cómo accedemos a la conciencia desde el *yo*?, ¿por qué la tertulia implica el desengaño? o ¿por qué es necesaria la repetición para concebir una obra?, entre muchos más. Hacia el final del libro, Herbert hace explícito su proyecto de escritura: encontrar, mediante la reiteración de pensamientos y experiencias, nuevas formas de lo inenarrable que permiten por fin decir lo que estaba al principio. Esa es la suerte de principiante (págs. 296-297). Además, no es trivial señalar que, para abordar estas ideas sobre el oficio literario y nutrir sus reflexiones, Herbert abreva

libremente en tres campos referenciales: el budismo zen, la poética cognitiva y las relaciones entre creación y realidad. Por las páginas de *Suerte de principiante* desfila una avalancha de referentes entre los que se puede mencionar, mínimamente, a Alan Watts, D. T. Suzuki, Harold Bloom, Eihei Dōgen, Wallace Stevens, T. S. Eliot, Anne Carson, Tablada, Chantal Maillard, Oscar Wilde, Ovidio, López Velarde, Quevedo, Fernanda Melchor, Dante, John Keats o Charly García.

La pregunta central para este tipo de empresas ensayísticas es: ¿se puede enseñar algo efectivo o coherente sobre el aparentemente inasible oficio literario? Si la respuesta es que sí, en este caso las intuiciones que desarrolla Herbert dan forma y sintetizan varias y dispersas esferas de actividad que constituyen la profesión literaria, por lo menos desde donde él la ha ejercido. En efecto, al tratarse de una profesión cargada de prejuicios y estereotipos que opacan lo requerido para desempeñarla, toda humilde tentativa por organizar la propia trayectoria de creador resulta intensamente reveladora, como en este caso. Es preciso señalar que *Suerte de principiante* es la reescritura de un ciclo de once

conferencias informales que Herbert impartió en un periodo de año y medio: entre febrero de 2019 y julio de 2020. Las conferencias se transmitieron y están disponibles para su consulta por medio de la plataforma de videos YouTube. El carácter didáctico de las mismas está imbricado con su propósito comunicativo original. La estructura según la que se distribuyen los capítulos del mismo número de charlas que, casualmente, coincide con los once capítulos en los que se divide un libro precursor, mismo que se planteaba reflexiones sospechosamente semejantes: *Zen in the Art of Writing* (1989), del entrañable Ray Bradbury (1920-2012).

Suerte de principiante es, pues, el resultado de un ejercicio interpretativo sobre el propio oficio literario: se acomete una reflexión sobre los hábitos de la creatividad con el rigor analítico indispensable para descifrar una pasión lúcida que atraviesa al mismo que la evalúa. Como juego de proyecciones, es una descarnada empresa despiadada. La sola tentativa de organizar el relato del propio quehacer poético y, además, de llegar a proponer una serie de intuiciones explicativas terminarán por desflemar

de todo pudor y misterio al escritor. A veces él mismo parte de la biografía para llegar a la poética. A veces parte del chisme literario para desembocar en un problema estético. Dados estos puntos de ingreso a la reflexión, se pone en evidencia que la literatura es un oficio no susceptible de atomización o análisis esquemático a riesgo de atentar contra su integridad, su propiedad y la fuerza expresiva que permite acceder a lo sublime. Si se optara por una exposición causal, explicativa, sistemática y de resultados replicables, el riesgo de mutilar los cauces que le dan sentido al oficio literario sería total: se presentaría inabordable el llegar a entender cómo se ejerce genuinamente la creación literaria. Por ello es que la forma expositiva de ensayo narrativo soporta, de manera idónea, la exploración técnica, intelectual y afectiva que Herbert se propone en *Suerte de principiante*. Susculentas migajas para rastrear algún sendero iluminado entre los árboles del bosque.

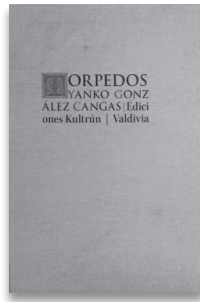
Suerte de principiante: once ideas sobre el oficio, de Julián Herbert. Gris Tormenta, 2024.



UNA VISITA FUERA DEL CASTILLO INTERIOR

A partir de la pregunta «¿Cómo leer hoy a una mística cristiana del siglo XVI?» Olvido García Valdés hace un recorrido personal a través de las moradas físicas (espacios que dieron pie a las moradas metafísicas) de Teresa de Jesús. A partir de un extraordinario trabajo historiográfico, García Valdés nos regala esta biografía de quien fuera una de los autores místicos más importantes de nuestra lengua, pero también una mujer que se plantó frente a la Iglesia católica con el fin no solamente de instaurar una orden propia, sino de poner en circulación ciertas ideas y dudas que, incluso ahora, resultan radicales. La dimensión histórica y humana de este personaje se va entretejiendo con referencias a la poesía, la novela y la filosofía, entre otras lecturas, que acompañan a la autora en su recorrido tras las huellas de Teresa de Ávila.

Teresa de Jesús. Un ensayo biográfico, de Olvido García Valdés. Periódico de Poesía, UNAM, 2023.

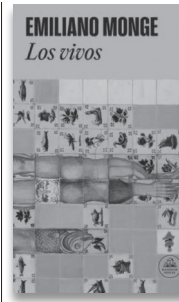


NUNCA UN ACORDEÓN NOS AYUDÓ TANTO

«Torpedos» es como les dicen en Chile a los «acordeones» para los exámenes. *Torpedos* de Yanko González recoge varios objetos y útiles escolares que esconden un poema dentro. Una pluma, unos lentes, un anillo... son los soportes que despliegan los poemas que, en su mayoría, son detonados por una pregunta breve y abismal como «¿Para qué llueve?».

Dentro del libro, cuyas páginas están llenas de poemas en formatos y aparatos para contextos escolares y de trabajo, encontramos *Torpedocolors* (12 lápices de color), una extraordinaria colección de poemas que, a partir de reflexiones sobre la universidad como institución, la etnografía, la antropología lingüística y la figura del estudiante y del poeta en las escuelas, ofrecen una reflexión sobre las trampas del sistema educativo, que nos reflejan en sus «sujetos», y que siempre resultan lúcidos.

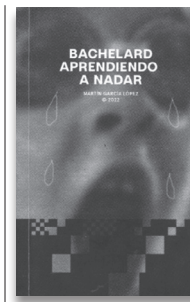
Torpedos, de Yanko González. Ediciones Kultrún / Valdivia, 2024.



HAMBRE DE DOLOR

Una relación de pareja se convierte en signos descarnados: cartas que sólo expresan la verdad que no puede decirse. En una realidad que ha quedado en los huesos —la estructura de la muerte—, Hincapié y Vestigia luchan en su amor, un terreno escurridizo. Esta novela teje una trama volátil que, paradójicamente, crea una historia sólida gracias a un lenguaje original que mezcla poesía y carencia. En ese tono de misterio y de pérdida nos enteramos, además, de las acciones de Herencia, Lucía, Justo, el Niño, Endometria, Cienvenida, Mandarina y la vidente. Lo que une a todos los personajes es un hambre de dolor, sensación que, al parecer, es la constante en este no lugar que tanto les pesa a los seres que interactúan, se separan, sobreviven y finalmente recuerdan.

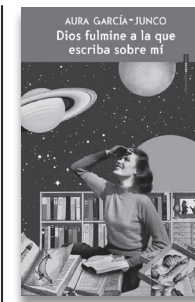
Los vivos, de Emiliano Monge. Random House, 2024.



RESPIRAR BAJO EL AGUA

«Para poder reflejarse en las aguas, las aguas deben permanecer quietas», dice Gaston Bachelard, pero el agua tiene su propia vida, su propio caos. Aprender a nadar como aprender a estar en un mundo nuevo, retornar hacia el agua después de la muerte del agua, nuestra primera madre. «El agujero donde sepulté a mi mamá es una isla pequeña y toda marea me regresa. / Por más que nado y nado para alejarme de ella / la gravedad es más fuerte que la voluntad». En *Bachelard aprendiendo a nadar*, Martín García López, nos sumerge en las aguas quietas y oscuras de un duelo interminable, un duelo sin fondo y sin horizontes; la muerte de la madre, que trae consigo la inundación inevitable.

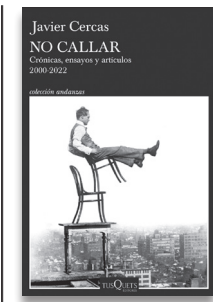
Bachelard aprendiendo a nadar, de Martín García López. Edición independiente, 2022.



CRÓNICA DE SU RELACIÓN

Aura García-Junco ensaya una reconciliación con su padre muerto por medio de una crónica de su relación a lo largo de los años. El texto, que bien puede leerse como una novela, no es una biografía de H. Pascal, personaje que bien la merece. A partir de la biblioteca heredada y algunos de sus libros, la escritora hace memoria de los encuentros y desencuentros con él. Uno de los aspectos más interesantes es la profunda reflexión que provoca el hecho de que Aura ve a Pascal, un hombre que creció en el siglo XX, con los lentes de la ideología del #MeToo de pleno siglo XXI. Las nueve partes del texto evocan el novenario católico y cuando se llega al fin de su lectura, el lector sabrá si la reconexión de Aura con su padre, Juan Manuel García-Junco, se ha logrado.

Dios fulmine a la que escriba sobre mí, de Aura García-Junco. Sexto Piso, 2023.



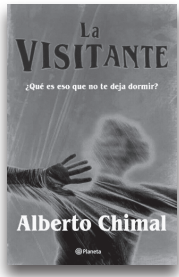
JAVIER CERCAS: INTELLECTUAL

Cercas no sólo es autor de novelas que ya son un referente en la literatura española, además es un teórico de la novela moderna y un puntual observador de los sucesos del mundo. *No callar* reúne algunas de las crónicas, los ensayos y artículos que publicó a lo largo de veinte años en distintos medios en los que escribió sobre diversos temas coyunturales. Aunque el propio Cercas no se reconozca como un «intelectual», este libro lo desmiente pues en él aborda temas como el nacionalismo, el secesionismo catalán o la literatura, con el *Quijote* y Borges a la cabeza, todos esos asuntos de los que no se puede callar un hombre del siglo XXI. Cercas, quien recientemente ingresó a la Real Academia Española en el asiento que ocupó Javier Marías, es un escritor cultísimo, un lector lúcido y un avisado testigo de nuestro tiempo.

No callar, de Javier Cercas. Tusquets, 2023.

LA VISITANTE. ¿QUÉ ES ESO QUE NO TE DEJA DORMIR?: ALBERTO CHIMAL

D. P. SNYDER



El escritor mexicano Alberto Chimal experimenta con la forma, su obra resalta la porosidad entre la llamada «realidad» y lo fantástico, y expande los límites de la ficción literaria. Estas cualidades están a la vista en su más reciente novela *La visitante*. Producto de un escritor maduro, parte de un pequeño contingente de narradores masculinos que están creando personajes femeninos convincentes, mujeres ordinarias que se vuelven extraordinarias al enfrentarse a la rapacidad y la violencia de los hombres, armadas sólo con lo que el novelista nicaragüense y

Filadelfia, Estados Unidos, 1960. Entre sus últimas traducciones está *Arrhythmias*, de Angelina Muñiz-Huberman (Literal Publishing / Hablemos, escritoras, 2022).

Premio Cervantes Sergio Ramírez llama «el esplendor moral».

Ambientada en Ciudad de México durante el clima de censura gubernamental, protestas estudiantiles y masacres infames de principios de los setenta del siglo XX, *La visitante* es una historia vertiginosa que plantea dos cuestiones: ¿Qué tan permeable es la frontera entre los reinos de los vivos y los muertos? y ¿cuánto de ti misma sacrificarías para salvar a una desconocida?

Gabriela es una toluqueña sensible y «cuadrada», acosada por pesadillas en las que su difunta abuela le ofrece consejos tan crípticos como urgentes: «Sientes mucho y sientes fuerte. Y a la gente que siente así le puede ir muy mal en la vida... Va a parecer que te la debes llevar. Di que no. *Di que no*». Sin entender a qué se refiere la abuela, en lo profundo de su corazón, Gabriela quiere decir «sí» a una identidad que sea la suya.

Al llegar a la capital para estudiar contabilidad, comparte piso con su prima más atrevida, Marisol, quién dice que «sí» a todo. Pero los valores burgueses de Gabriela la mantienen a raya hasta que conoce al apuesto y carismático Teodoro en una de las

bulliciosas fiestas de Marisol, no mucho después del Halconazo, la masacre de estudiantes de la que esta apenas escapa. Ahora, como integrante del taller de teatro, Gabriela, junto con sus compañeros, aprende de Teo las técnicas experimentales del famoso director polaco Jerzy Grotowski con quien el joven afirma haber estudiado. Al describir el método de Grotowski, dice: «y cuando actúa, se transforma. Ya no está actuando... fingiendo. Se convierte. *Se vuelve otra persona*». Al escuchar esto, «Gabriela se estremeció. O algo se estremeció en ella». *Ese algo* es el tema central de la novela, aquella presencia inquietante que la ocupa y resulta más aterradora que cualquier casa de los horrores hitchcockiana. «La muerta» se abre camino en Gabriela a través de la magia liberadora del teatro y esta debe decidir el destino de la visitante ensangrentada que le exige socorro desde las tinieblas.

La visitante presenta múltiples porosidades: los vivos y los muertos, la «chaviza» y la «momiza», el campo y la ciudad, la clase obrera y la élite intelectual, la verdad y la mentira. Las notas de Gabriela empeoran a medida que crece su entusiasmo por el teatro y su valor.

El hincapié en el diálogo, plasmado por Chimal con absoluta naturalidad, y la atención a los detalles históricos de la Ciudad de México de la década de los setenta dan a la novela frescura y un marcado aire cinematográfico que recuerda a las películas de Kelvin Tong (*La doncella*) e Hideo Nakata (*El aro*). El subtítulo de la novela plantea una pregunta que podríamos encontrar en un cartel en el cine: «¿Qué es eso que no te deja dormir?». Se trata de una cuestión seria, porque en México muchas realidades cotidianas pueden impedir que uno concilie el sueño.

Al igual que en Asia Oriental, donde durante el último siglo se incineraron ciudades enteras y hubo crímenes de guerra incalificables contra la población civil, la historia moderna de México está repleta de violencia perpetrada por los ricos contra los pobres y, significativamente, por hombres contra mujeres. Chimal hace bien en recordarnos la realidad en la que vivimos, la cual ahora se basa en un pasado reciente de barbarie.

«La muerta» se aparece con frecuencia en los sueños de Gabriela y pronto empieza a invadir también sus horas de vigilia. Pero, ¿quién es ella?

¿Una estudiante asesinada en el Halconazo? ¿La exnovia desaparecida de Teo? ¿Alguien más? ¿Y cómo puede una humilde estudiante de contabilidad ayudar a este fantasma hambriento? Es más, ¿por qué lo haría?

En ese aspecto, *La visitante* se convierte en una obra feminista: la solidaridad que se construye entre Gabriela y Marisol y la conexión espiritual que surge entre Gabriela y «La muerta» son las relaciones centrales de la novela. La sororidad, como la que México ha visto en la Revolución Púrpura, se convierte por fin en materia de alta literatura escrita por hombres; las heroínas de la clase trabajadora que luchan contra el machismo y la violencia, pero también contra la opresión socioeconómica, son las protagonistas más interesantes de la ficción contemporánea: Melva Lucy, la mesera bogateña que reclama justicia para su hermano asesinado por los paramilitares en *Cada oscura tumba* (Planeta, 2022) de Octavio Escobar Giraldo; y la valiente limpiadora-detective, doña Sofía, en las novelas negras de Sergio Ramírez son hermanas de Gabriela.

Las mujeres valientes de la clase trabajadora son las

guardianas de la cultura y la sociedad. A pesar de su humilde posición social, o quizá debido a ella, se mantienen firmes ante el peligro mortal y moral, convirtiéndose en heroínas al decir «sí» cuando la justicia se los exige.

La visitante. ¿Qué es eso que no te deja dormir?, de Alberto Chimal. Planeta, 2022.

EL SILENCIO DE UN MONJE

MANUEL JPG

Tiempo aproximado de lectura: 4'33".

Primer movimiento: 30".

«El silencio», estas dos palabras son el primer verso del libro *Monk*. «lo primero, luego el piano, el sax / el bajo y la batería. Un lugar oscuro, Five Spot, la brisa / en Harlem, la brisa inédita, una lluvia ligera en New York». Este ambiente, sus sonidos siempre inéditos, rompen la primera línea. ¿Quién toca? ¿De dónde viene la música? Nos preguntamos en la puerta del club viendo el programa de hoy. ¿Quién es Thelonious Monk?

Guadalajara, Jalisco, 1998. Ha colaborado en compilaciones de literatura joven y revistas como *404*, *Enchiridion* y el fanzine *Maremoto*.

Segundo movimiento: 2'23".

El libro se divide en seis secciones tituladas como tracks. Un EP de seis canciones, Monk es una colección de composiciones, un archivo, un canto, una biografía.

La primera sección, compuesta por diez poemas, presenta a Monk a través de los lugares y veranos en los que tocó; a través de su familia, de su pareja Nellie o de su hija; a través de oraciones, canciones, álbumes; a través de críticos o mecenas del jazz como Pannonica de Koenigswarter.

Conocer a Monk de verlo desayunar, de leer su diario, de leer de él en el periódico, de tomarse un whisky, pero principalmente conocer a Monk escuchándolo.

«Sus disonancias no son un viaje esotérico ni un síntoma, sino deliberadas y metódicas demoliciones y reconstrucciones de las estructuras tradicionales con las que había aprendido a tocar». Son las palabras de Emilio de Gorgot que sirven de epígrafe de la segunda sección.

En la segunda página del poema «Lado B», en la segunda sección, aparecen algunos consejos que Monk dio a sus compañeros de banda: «Siempre debe ser de noche»,

«Lo que no tocas puede ser tan importante como lo que tocas», «Algo de la música debe ser imaginada».

Silencio. El último poema de la segunda sección se titula «Luces residuales» e incluye una foto de Thelonious Monk. Yo nunca lo había visto antes, esta imagen fue mi primer encuentro con el rostro del jazzista. «La primera vez que escuché a Monk estaba bajo la luz tenue de un viaje ácido. No tenía idea de lo que era eso que oía. Fue como si me arrojaron por las escaleras. Quise traducir ese sonido, esos ligeros golpes al piano. Parecía un galope de caballo encima de una nube. Parecían cien centuriones en batalla».

En la presentación del libro en Guadalajara, Plascencia Ñol mencionó cómo conoció la música de Monk: a unas cuerdas de donde estábamos desde la acera afuera de un club. «Escuchar a Monk ahora es recordar el joven que fui».

La siguiente y tercera sección es más corta que las anteriores, compuesta por seis poemas y abre con las palabras del baterista Albert Tootie Heath: «Toqué durante una semana con Monk. [...] Entraba en el club con el sombrero y el abrigo puestos, se sentaba en

el piano y no nos decía nada. ¡Nada! No sabíamos ni lo que estábamos tocando».

¿Quién es Monk? Ya lo escuchamos, ya lo vimos. Pero no lo conocemos. Queremos acercarnos, pero no nos dice nada. Sus objetos, las personas de su alrededor nos hablan de él. ¿Pero él qué dice?

El último poema de la tercera sección se titula «Thelonious Monk visita el frenopático». Una disonancia rompe el silencio.

La cuarta sección está compuesta por cuatro textos, cada uno subtítulo como «(Paráfrasis a un poema de...)». Los cuatro son interpretaciones de textos de otros autores, intercambiando los objetos del poema por otros que graviten alrededor de Monk. Como si se deseara estudiarlo no por las personas y objetos que lo rodean, sino reemplazando el objeto de estudio de otras ciencias por Monk. La sociología, antropología, filosofía, matemáticas, lingüística, psicología de Monk.

Así como yo intenté escuchar a Monk en las palabras de Plascencia Ñol en la presentación de este libro, mi escucha funciona como una paráfrasis de su escucha. Así como Plascencia Ñol mencionó al contestar una pregunta del

público que Cortázar lo acercó al jazz. Así como un epígrafe nos acerca al cuerpo del texto. No terminamos de conocer a Monk en sus palabras. Queda escuchar sus notas, sus disonancias, su improvisación, su reinterpretación de sí mismo.

Tercer movimiento: 1'40".

La quinta sección rompe la estructura de la melodía que veníamos escuchando. Esperamos un orden, esperamos ciertos sonidos, una recompensa al final del camino, una luz al final del túnel. Sin embargo, se quiebra el túnel, se abren huecos en el techo. Como semblantes de estrellas que rompen el camino. Notas a pie de página. No son suficientes las palabras. Distorsión visual. Variaciones del mismo motivo. Algo escapa, huye. Tangente, neutro. Fuera. Esquizofrenia. Hebefrénica. Apuntes de una biografía.

«Monk se consideraba una persona escogida por Dios», dijo Plascencia Ñol en la presentación. Decirlo no le hace justicia, como hablar de una buena canción nunca le hace justicia. Cómo comparas los primeros veintisiete segundos de la canción «Everything Happens To Me» a las palabras los primeros veintisiete segundos...

Sexta sección: segunda parte de los apuntes autobiográficos.

Monk vivió en un encierro voluntario los últimos años de su vida. Actuó por última vez en 1975 acompañado de sus hijos. Según el texto «Ficha innecesaria»: «e) Monk, en 1975, decidió quedarse en silencio y observar las líneas blancas de su memoria. f) Al refugiarse en la casa de Pannonica en New Jersey, dejó de tocar el piano, emergió solo para caminatas en el vecindario. g) El 5 de febrero de 1982 sufrió un derrame cerebral que sería fatal, y murió, doce días después, en brazos de Nellie. Siempre es de noche o no necesitaríamos luz». Obituario del sumo sacerdote del bebop.

Lo que mi paráfrasis, mi interpretación, pueda contar de Monk no le hace justicia a Monk. Como cuatro minutos y treinta tres segundos de silencio de uno solo en su habitación—sin contar el tiempo ni percatarse que no existe el silencio—no le hace justicia a cuatro minutos y treinta y tres segundos de silencio en una sala llena frente a John Cage.

Monk, de León Plascencia Ñol. Universidad Autónoma de Nuevo León, 2023.

EL ÁCIDO SABOR DE LA FRESA: UN VIAJE LITERARIO A LAS PROFUNDIDADES DEL SER

ERNESTO CASTRO

En el vasto paisaje de la literatura contemporánea, Eugenio Partida emerge como un cartógrafo de las emociones humanas, trazando mapas de la psique con una crudeza y honestidad que estremecen al lector. Desde su ópera prima, *La ballesta de Dios*, Partida ha cincelado su firma en el mármol de la creación literaria, esculpiendo personajes memorables que habitan en escenarios donde la realidad se desnuda sin tapujos.

Una de las marcas distintivas de la obra de Partida reside en su realismo descarnado. No hay lugar para la idealización ni los rodeos; la realidad se presenta tal cual es, en toda su crudeza, con la capacidad de despertar en el lector una incómoda epifanía, incluso bordeando el humor negro al abordar temas sensibles como la indolencia, la corrupción, la pobreza, la vanidad o la muerte.

Los Mochis, Sinaloa, 1972. Antologó el libro *Extremos, cuento último de Guadalajara* (Ediciones Arlequín, 1997).

En sus historias, la vida se convierte en un personaje más, despojada de solemnidad, tal como la describe Juan Rulfo. En *Campos de fresa para siempre* (Typotaller, 2023) Partida nos presenta un mosaico de personajes complejos y contradictorios, seres humanos que luchan contra sus propios demonios y las adversidades de la vida.

En este volumen, Partida se sumerge en las profundidades de la condición humana, desentrañando temas como la violencia, la fragmentación de la identidad y la memoria, la ambición y los fracasos, la cotidianidad y la irreverencia, el viaje y el retorno. Todo ello, impregnado de una sensibilidad única que se vierte en un lenguaje preciso y agudo.

A través de una prosa evocadora y una meticulosa atención a los detalles, el autor crea una atmósfera palpable de claustrofobia y desesperación que envuelve al lector y lo sumerge por completo en el universo de sus relatos. Partida se convierte en un Virgilio, un guía, un intruso y un narrador implacable de las realidades que la élite social se empeña en ocultar.

En «Los sueños», el relato que abre la obra, encontramos ruinas habitadas por rutinas,

donde aún florecen ilusiones humanas bajo la sombra de las prohibiciones. «Cáncer» se asemeja a una fábula moderna de la carrera entre la liebre y la tortuga, cuya meta final es la muerte. En este relato se destaca la atmósfera opresiva, sello distintivo de la obra de Partida, que refleja la angustia emocional de sus personajes.

«En la montaña», posiblemente el relato más insólito del libro, nos presenta a personajes que toman las riendas de la narración y viven a su manera. Una historia que invita a múltiples lecturas, donde cada una revela nuevos matices. La prosa de Partida se torna hipnótica, tejiendo una atmósfera de tensión y *suspense* que mantiene al lector en vilo. Las descripciones vívidas y los diálogos punzantes nos transportan al corazón de la acción, haciéndonos partícipes de la angustia y la desesperación del protagonista.

En el fascinante universo narrativo de *Campos de fresa para siempre*, «Budapest» se erige como un hito singular y una travesía literaria que desafía las expectativas del lector.

Con una narración impecable y un humor negro finamente calibrado, Partida nos invita a embarcarnos en un viaje donde la supervivencia

se convierte en el *leitmotiv* principal. Dicho humor negro, presente en dosis justas, sirve como contrapunto a la crudeza de la realidad. Partida sabe aprovechar este recurso con maestría, aliviando la tensión y añadiendo una capa de ironía a la narrativa.

En la segunda parte del volumen, la novela corta que da título al libro nos sumerge en los avatares de una familia de alcurnia. La desintegración familiar es una constante, y la búsqueda de la identidad se convierte en una travesía desesperada por alcanzar la felicidad en un entorno hostil.

El estilo narrativo de Partida se consolida como otro elemento distintivo en «Campos de fresa». Oraciones cortas y descripciones vívidas sirven como herramientas para crear imágenes que se incrustan en la mente del lector mucho después de cerrar el libro. Su estilo minimalista y directo permite que la fuerza emocional de sus historias brille con intensidad, sin distracciones ni artificios innecesarios.

La memoria y la identidad son temas recurrentes en la obra de Partida. A través de sus relatos, el autor explora cómo el pasado moldea el presente y determina el futuro de sus personajes. Ya sea a través

de *flashbacks* o reflexiones introspectivas, Partida nos invita a repensar quiénes somos y de dónde venimos, y cómo estos factores afectan en nuestras vidas.

Las influencias literarias de Partida son evidentes en su obra. Autores como Ernest Hemingway, William Faulkner, Cabrera Infante y Juan Rulfo han dejado una huella indeleble en su estilo y enfoque, enriqueciendo sus narraciones con profundidad y complejidad.

En *Campos de fresa para siempre*, Eugenio Partida logra capturar la esencia misma de la experiencia humana; estos siete relatos y novela corta nos orillan a mirar más allá de la superficie de la vida y nos confrontan a las verdades incómodas que yacen en lo más profundo de nuestro ser.

La obra de Eugenio, en especial esta última entrega, perdurará como un testimonio de la capacidad del arte para iluminar las sombras y revelar la verdad oculta detrás de las apariencias. Se trata de un festín literario que deja un sabor agrídulce en el paladar de sus lectores.

Campos de fresa para siempre, de Eugenio Partida. Typotaller, 2023.

SIGILOSAS CORRESPONDENCIAS EN DOS OBRAS DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

VERÓNICA GROSSI

Lo público y lo privado o secreto, la defensa en la *Respuesta a Sor Filotea* a través de una compleja forma retórica y la escritura libre y desembarazada, reflexiva, a través de una silva, un poema de novecientos setenta y cinco versos. Me pregunto: ¿son dos caminos diferentes de la pluma, alejados entre sí? Por un lado la defensa de la búsqueda de conocimiento por la mujer de todos los tiempos, la defensa del derecho a estudiar y a escribir privada y públicamente; por el otro, una escritura osada, nacida del interior, en los momentos de silencio, fuera del ruido, en la noche, cuando surgen los monstruos de la imaginación, desde el sueño.

El poema largo: una defensa del derecho a la desobediencia y su valor. *La Respuesta* como defensa de la desobediencia. *El Sueño*: el valor del viaje hacia el

Guadalajara, Jalisco, 1965. Autora de *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* (Editorial Iberoamericana / Vervuert, 2007).

conocimiento aun si hay fracaso. El fin no es el logro sino el viaje en sí, el proceso de la búsqueda o viaje por el poema ya que el conocimiento totalizador es falso, como el dogma de los jerarcas de la iglesia que prohíben el estudio o escritura pública o privada, o inalcanzable, como el divino o el filosófico. Hay puntos de enlace, ecos y coincidencias entre estas dos obras estudiadas aisladamente. La continuidad propia de la imaginación creativa recorre la escritura de Sor Juana. Las simbologías se entrelazan, se reiteran, se transforman para crear un universo de ecos multiplicados que se enriquecen mutuamente.

La alegoría sorpresiva en el *Sueño*, la retórica inventiva en la *Respuesta*. Las formas persuasorias de la mitología en el *Sueño*, sus figuras femeninas aberrantes, desobedientes, transgresoras. El discurso jurídico de la *Respuesta* se traslada durante el *Sueño* a los órganos del cuerpo que transforman las sensaciones diurnas en pensamientos e imágenes poéticas, las del poema, fábrica de sí mismo, tejido autorreflexivo multiplicador de sentidos que se extienden para enlazarse con las demás obras de Sor Juana, las escritas y las

cantadas, las compartidas o compuestas en colaboración con otras monjas, una edificación verbal de amplitud universal, desde su época hasta nuestros días, provocando en nosotros y en las audiencias de todos los tiempos maravilla, sorpresa y admiración.

El *Sueño* se ha estudiado como una obra filosófica, incluso metafísica, privada y hasta secreta que escribe Sor Juana en la noche, en sus escasos momentos de asueto, y que ella describe con humildad como un «papelillo» en la *Respuesta*: «Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino un papelillo que llaman el *Sueño*».

Una carta privada, vuelta pública, la *Respuesta*, que circula y se publica sin el consentimiento de la autora. Un papelillo descrito así en la *Respuesta*, un poema largo, introspectivo, compuesto libremente, por su propio gusto y voluntad. Se multiplican los ecos. Un poema privado, íntimo, secreto, nacido en el espacio interior del sueño y la ensoñación nocturnas. Prosa y poesía. Poema largo, mitología, alegoría, metáfora.

Tópicos retóricos. ¿Qué enlaza estas dos obras? En la *Respuesta*: la defensa del derecho a estudiar y escribir durante la noche. En el *Sueño*: la defensa del derecho a la desobediencia, su valor. La *Respuesta*, la defensa de la desobediencia. Y el *Sueño*, el valor del viaje hacia el conocimiento aun si hay fracaso. El fin no es el logro sino el viaje, ya que el conocimiento es inalcanzable.

Se han estudiado las obras públicas y privadas de Sor Juana, poeta barroca novohispana mayor de los Siglos de Oro, es decir se ha estudiado el *Sueño* como una obra aunque la más personal, una obra extraña como las figuras que la pueblan. La *Respuesta* por otro lado se entiende como una defensa de su labor intelectual. Pero si las vemos más a fondo, podemos apreciar cómo se entretajan, cómo forman parte de un mismo proyecto hacia el conocimiento por la palabra poética.

Se ha resaltado en el caso de la *Respuesta* cómo Sor Juana transforma el género hagiográfico monjil, la vida de santas, para defender su derecho al conocimiento. Es decir, cómo retoma cada uno de los tópicos para asociarlos no a la vida religiosa propiamente sino a la inclinación innata por el

conocimiento, un don divino. También se ha notado que no hay tal sinceridad confesional en la *Respuesta* sino una complejidad retórica recreadora de formas y tópicos de la antigüedad clásica. Ciertos tópicos que transforma.

Si por un lado la *Respuesta* había sido clasificada como una narración confesional, autobiográfica, el *Sueño*, por otro lado, el magistral poema largo de Sor Juana de novecientos setenta y cinco versos, sigue siendo estudiado como una obra puramente filosófica en el que la monja describe la aventura del alma hacia el conocimiento a través de diferentes métodos filosóficos: una obra que retrata sus ansias de saber y su fracaso. Propongo considerar ambas obras como parte de una misma escritura en la que los símbolos se repiten y se recrean, se condensan, en torno al valor de la poesía como conocimiento, un viaje que es un vuelo hacia la música del cosmos.

RAFAEL MEDINA DÁVALOS, IN MEMORIAM (1972 - 2024)

ALFREDO SÁNCHEZ GUTIÉRREZ

El velorio de Rafael, el 22 de abril, fue una prueba contundente de lo que dejó en vida. Había alumnos, colegas, pacientes, cómplices, familiares y amigos, todos con caras larguísimo marcadas por el estupor: ¿cómo, a sus cincuenta y un años, se iba de ese modo? Las abundantes coronas y arreglos florales mostraban leyendas de conmovido agradecimiento. Su muerte sorprendió a todos: el viernes 19 estaba en Cancún a punto de tomar el vuelo de regreso a Guadalajara —asuntos de trabajo— cuando llamó a su esposa Carla: estoy muy cansado, no me siento bien, no hagas planes para el fin de semana, quiero pasarlo en calma, en casa. Subió al avión y poco después de sentarse en su lugar se desvaneció antes del despegue. Ya no despertó, falló el corazón.

Su hermano Juan José, notificado del incidente, voló

Ciudad de México, 1956. Autor de *La música de acá. Crónicas de la Guadalajara que suena* (Universidad de Guadalajara, 2018).

a Cancún de inmediato a hacer los trámites para el traslado del cuerpo a Guadalajara, se topó con la corrupción y el abuso de aquellos que, como suele suceder con terrible frecuencia, querían sacar tajada de la desgracia. Al final lo logró no sin contratiempos. A la pena se sumó el coraje. El episodio bien habría podido inspirar uno de los relatos cargados de humor negro que Rafael escribía.

Rafael Medina Dávalos, sexto de nueve hermanos. Su padre, de Jamay; su madre, de Lagos de Moreno, se conocieron en el Distrito Federal y luego se mudaron a Guadalajara donde nació la prole y se establecieron en definitiva. Aplicado desde chico, afecto a dibujar, leía cuanto caía en sus manos. Se pensaba que estudiaría letras. Pero no, se decidió por la medicina y se especializó en psiquiatría. Como estudiante realizó prácticas en el Hospital Civil y ahí conoció de cerca el dolor humano, la enfermedad física y mental, temas que lo marcaron desde entonces. Pero no olvidó la literatura: escribió y publicó en el lejano 1995 un libro, *Crónicas del Civil*, con relatos de su experiencia. Fue el inicio de una carrera como escritor paralela a su intensa y reconocida práctica médica.

Casi todo se publicó en editoriales pequeñas u oficiales y tal vez ello haya contribuido a que Rafael no cruzara las fronteras de lo regional a pesar de la calidad de su trabajo como narrador: *Sangre de perro y otros gritos* (Ayuntamiento de Guadalajara, 1999); *La cruz de la bestia* (Acento Editores / Paraíso Perdido, 2001); *De Samor y otros lugares cursis* (Paraíso Perdido, 2005); *El Genético, El Santo y otros alienados sin máscara* (Cobalto Red Cultural, 2007); *Arma vacía y otros cuentos para impotentes* (Arlequín, 2012), *Tríptico de sueños* (Paraíso Perdido, 2014), *Los evangelios de la rabia* (Paraíso Perdido, 2015), *Una poética del mal* (Arlequín, 2024). En todos esos libros hay un interés por retratar lados oscuros de la condición humana, una invención imaginativa de historias que provienen seguramente de su atenta observación de las conductas, una búsqueda de lenguaje que se va tornando cada vez más eficaz e irreverente.

Los jueves era el día de reunión con amigos escritores: Gabriel Martín, David Flores, los finados César López Cuadras y Ramiro Aguirre; psiquiatras como Alfredo Rizo; artistas plásticos como Carlos Cortés, entre otros muchos

de Guadalajara que iban y venían. Uno de los habituales, el escritor Eugenio Partida, me relata: las sesiones comenzaron en La Mutualista y luego se mudaron al bar Milenarios, a un costado del Parque de la Revolución: comida casera, tragos baratos, rockola gratis y plática animada sobre múltiples asuntos. Ahí destacaba el Rafael siempre bromista, cargado de un humor negro manifestado en la plática cotidiana y luego trasladado a sus relatos. Un hombre de cultura amplia que hablaba con soltura de autores densos como Faulkner, Joyce, McCarthy o casi de cualquier tema; que como conferencista médico viajaba mucho y leía con voracidad en los aeropuertos. Si en la charla se mencionaba un libro que no conocía, en la siguiente sesión ya lo había conseguido y leído. Quería escribir una novela, retirarse para dedicarse sólo a la escritura, no tuvo tiempo.

Rafael Medina podía ser muy formal, sobre todo en su faceta de psiquiatra en la que destacó por su profesionalismo y permanente disposición por ayudar. Fue titular del Consejo Estatal Contra las Adicciones en Jalisco, profesor y coordinador de psiquiatría clínica en la Universidad de Guadalajara,

director del Consejo Mexicano de Psiquiatría, presidente de la Asociación Psiquiátrica Mexicana y editor de la *Revista SALME*. Destacó como promotor de la salud mental y de la prevención del suicidio. También dan fe de sus cualidades sus muchos pacientes, algunos de ellos miembros de la comunidad artística de Guadalajara a quienes ayudó a lidiar con fantasmas diversos y que se emocionan al destacar no solamente su capacidad como médico sino su integridad de amigo, su inteligencia, elocuencia y humanidad.

Pero también tenía una faceta relajada, irreverente, incluso desmadrosa. Algunos de sus hilarantes relatos muestran esa cara de hombre agudo, filoso, capaz de reír a carcajadas de los absurdos cotidianos. Tristemente la muerte es a veces el pretexto para revalorar a los autores o hasta para leerlos por vez primera. Ignoro si será el caso de Rafael Medina, pero lo merecería. Con su muerte prematura, Rafael dejó a Carla, su esposa, a cargo de sus dos hijas. También dejó en el camino una multitud de amigos agradecidos, pacientes rescatados y alumnos que ojalá sigan la senda marcada por este hombre comprometido con la salud mental y la literatura.

MANÍA, DE FANNY ENRIGUE YOLANDA RAMÍREZ MICHEL

Como suelo hacer en mi calidad de maestra: comenzaré por el título. Luego, tal vez me deje llevar por las musas... Lo primero es que el título *Manía* debiera evocar, no la frívola semántica de compulsiones cotidianas a la hora de tender la cama o tomar el té, sino las dionisiacas pausas de una borrachera interior.

Según la gramática de la lengua griega, la forma básica para «estoy loco»: *máinomai* se vincula inevitablemente a *manía*, y es un verbo casi exclusivamente en «voz media» (lo que uno hace para sí), muy parecida a la «voz pasiva» (que expresa lo que nos hace un agente externo). De esta manera la gramática recoge, sin discriminarlos enteramente, dos caminos que intrigan al mundo occidental desde hace siglos: ¿la «locura», surge en el interior del yo, o la «locura» es infligida desde fuera?

No sé si tendremos respuesta, pero el viaje al que nos lanza la pregunta es ciertamente intenso y relevante.

Morelia, Michoacán, 1965. Uno de sus libros más recientes es Revelaciones (Salto Mortal, 2023).

Fanny reconstruye la épica homérica con nuevas palabras, pero bien semejante encantamiento. ¿Me acompañan? Los llevaré en un recorrido por mi diálogo y mis reflexiones sobre el libro.

Odiseo

Fingir la locura no es estar loco, pero colocar al tierno niño en la zanja para comprobar la locura del que no quiere ir a la guerra... Tierna carne, acaso blanca (no lo sé) sobre la arena, para ser semilla, siembra.

¿Deja de fingir y únete a los conjurados!

Odiseo no estaba tan loco como para matar a su propio hijo, pero sí hubo de estarlo luego para tasajear a tantos en la guerra.

Ayax

Don Quijote confundió ovejas y carneros con ejércitos, aludiendo en el capítulo XVIII a la tremenda chifladura de la guerra y todos sus desaguisados, ¿acaso en homenaje a demencias más antiguas que las suyas? Me gusta encontrar estos vasos comunicantes: la locura de Ayax, guerrero andante que ya no ve la realidad... ¿quién lo ha cegado, los dioses o su propia rabia?

Al carnero sin nombre que narra la afrenta de Ayax

sobre su inocencia no parece importarle si esa manía es una voz pasiva o media, pero nosotros, en los juzgados... El héroe, iracundo, nombra, pero el nombre dado no le pertenece a la víctima de su ira. Afretamos a los otros sin ver siquiera si son el nombre de nuestra venganza, *la más dulce presa*.

El poemario es ciertamente, en la mejor de sus acepciones, elitista, clama que el lector tenga antecedentes para una mitificación completa. Logopea, el poemario posee la melodía, la imagen y la logopea... Saber el mito, o conocer al personaje para contemplar cómo la autora lo desconecta, retuerce, desarticula y expone, escuchar en cada poema los ecos, pero también las nuevas notas que les ha dado nuestro presente al canto arcaico. Los patronímicos se vuelven espejos borrosos que, al limpiar (nos) muestran, aparece el personaje y sus muchos nombres, y nosotros: somos otro nombre suyo. Ayax... qué orgullo, debía sus triunfos sólo a sí mismo y a nadie más, ¿somos él? ¿Lo abandonaron los dioses porque no los necesitaba?, los necesitaba. Los necesitamos. «Invocado o no, el Dios está aquí».

Licurgo

Nada crecerá aquí, dijo el oráculo, descuartícenlo. O no volverá la fertilidad. Y obedecieron.

¿La tragedia de que los hombres se crean la literalidad de las palabras míticas! Y las vuelvan literalmente en sus oscuras y literales demencias.

Dejamos el mundo simbólico para sembrar ahí nuestra vida, para que se siembre, literalmente hecha pedazos, la vida. Y consumimos a los hijos, los bebemos como vino eucarístico. Pocos entienden los símbolos, pero los símbolos nos entienden. Esos son *los infortunios de la sobriedad*.

Cassandra

Te otorgué el don a cambio de poseerte, escribe Fanny que dijo Apolo.

El hilo conductor del poemario es la locura, ya lo vemos.

Cassandra recibió los dones que Apolo prometió por sus favores, pero no se entregó. ¿Preferimos algunas veces, como ella, nuestra soledad que la unión con el Dios?, quisimos su don, pero no queríamos yacer con él.

¿No anticipamos la inevitable venganza?

Ahora veía claramente Cassandra el futuro, pero hablaría *como un derrumbe*

para los que no escuchán-dola habrían de habitar el Hades. Nadie quiso crearle. Y nosotros, quiénes somos, ¿los divinos dadores de dones, los que no dimos prenda, los que no hemos creído?

Como es en las tragedias griegas es en las tragedias humanas. Y es que ¿quién atiende las voces poseídas cuando son portadoras de una verdad nada grata? ¿Quién puede apagar un fuego que es todos los fuegos?

Medea

Medea y los huesitos con los que juegan sus hijos, luego los huesitos rotos en que se han convertido sus hijos. Nuestros niños heridos por nuestra herida.

Ion

(Seguramente un poema en claves personales).

¿Es la poesía arte o es inspiración? ¿Es válido pensar que somos más que el mensaje? ¿Quién concurra en un concurso, el mensajero o el mensaje?

¿Qué tan leves y aladas (evaporadas) pueden ser las voces de una lengua mutilada?

¿Resulta más dañino el que piensa y no tiene lengua o el que tiene lengua, mucha soberbia y no piensa?

Los filósofos y los poetas no debieran haber sido separados en la academia. Dejar a la poesía sin filosofía y a la filosofía sin poesía es locura.

Jantias

Los desaguizados que pasaban durante las borracheras siguen aconteciendo.

Aglauros

Las divinidades del Olimpo no quieren verse desdibujadas por un canto que supere sus cantos y, mucho menos, por un hijo deforme que evidencie su desperdiciada virginidad.

Los seres humanos no queremos vernos desdibujados por un canto que supere nuestro encanto y mucho menos por un hijo de ambigua herencia.

¿Quién nos enloquece, los dioses o nuestros anquilosados paradigmas?

Fedra

Fedra es todas las pasiones que nos dijeron que no, ahogándose en nuestro sí, expuestas a los ojos de los dioses que todo lo ven.

Lamia

La herida de las heridas. Una herida demasiado herida.

Dame, dame amapolita, hazme dormir, ciégame. La reina del Olimpo no quiere que

vivan esos niños, ¿quién, hoy, no quiere que vivan nuestros niños? ¿Qué celos olímpicos no quieren que lo humano alcance mayoría de edad? ¿Cuántas veces cerraremos los ojos, o dejaremos al error anidarlos con tal de no ver que nosotros y otros estamos devorando a tantos niños?

¿Cuántas horas velaremos por lo que no podrá enterrarse? La inocencia.

Heracles

Cuántos padres, hoy, a la vuelta de la esquina más familiar dan muerte a sus propios hijos (no nos sintamos tranquilos si no hay sangre en nuestras manos, hay muchas formas de dar el golpe que aniquila). Los dejamos vivos, pero muriendo.

Papá, papito, nos ha devorado con sus armas, escribe Fanny en un verso.

Asclepio

Fanny ingresa por su propia pluma al recinto de héroes, filósofos y dioses por mediación de la escritura. Los libros son reinos de papel a la medida de nuestras obsesiones.

Desde ahí nos abre las puertas de su particular manía. Y nosotros ingresamos, como encendido nuestro andar por un sibilino canto de huso, algo muy dentro anuncia «prohibido el ingreso a personas no

autorizadas», pero igual nos da y avanzamos.

¡Ea, pues, entremos a esta segunda estancia!, aunque suene el cascabel de la gorgona. Según la gramática griega se puede entrar y salir de la locura... ¿o acaso no?

Manía, de Fanny Enrigue. Salto Mortal, 2023.

POESÍA ANDALUZA: DOS MUJERES EXTRAORDINARIAS

SILVIA EUGENIA CASTILLERO

Me encuentro con Juana Castro frente a la Mezquita de Córdoba, ese palacio-templo que me ha quitado el aliento y la voz: bosque de columnas de mármol, jaspe y granito, unidos por arcadas dobles de herradura, agua corriendo y una atmósfera de infinito que une el exterior y el interior. Cuando miro a la poeta, sus ojos negros hondos me conectan de inmediato con su voz poética: «Que se calle el dolor / Que se apaguen los dardos del estío. [...] / que me dejen a solas con mis brazos. [...]

Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *Desde el enigma. Antología personal (Doble Fondo XVI, Biblioteca Libanense de Cultura, 2023)*.

que se duerma mi niño, / que no quiero ni lágrimas, ni pan / ni golondrinas, / sino un sueño tan grande como el mundo» (*Del dolor y las alas*, 1982). El dolor de la pérdida convertido en una nana, «La última nana», para su hijo muerto.

Con sonrisa generosa, directa, me habla de su quehacer literario, esa necesidad de ir al manantial de la cultura, a textos primigenios como el *Cantar de los cantares*. Conquistar una mujer nueva a partir de la metamorfosis de esos mitos, una revisión profunda de los textos grecolatinos, de los bíblicos y de los más antiguos, así como de los arquetipos. La deconstrucción es uno de los intereses que mueven su escritura, conquistar un poema que convierte el canon en un nombrar distinto. Juana Castro (Villanueva de Córdoba, 1945) descentra la voz dominante masculina para lograr focalizar su voz de mujer. El feminismo de Castro se filtra en el anverso de la literatura primigenia, desde ahí nace con la fuerza formal de lo que da inicio porque es origen, y se va transformando en una visión descentrada, sutil, abierta. Es el nacimiento de la mujer en sí y por sí misma, libre, vertedora de magia, naturaleza y esplendores; Ella, la fundadora, la creadora: la diosa

libre que origina el mundo. En su poema «Apocalipsis», la poeta crea a esa mujer mundana pero divina. «Ella no es Pomona. Ni, como las Danaides, / una daga dorada oculta entre los senos. / Ella no es Calíope, aunque sea la voz y la belleza. / [...] Pero Ella ha nacido. / Como ananás fragante, se levanta / ungida de romero, / como custodia viva, derramando / cuatro copas dulcísimas» (*Narcisia*, 1986).

El amor es otro eje de la poética de Juana Castro. Y la música. Sus poemas son cantos, hay en ellos un ritmo de queja y un tono de nostalgia—de cante jondo— surgido de influencias orientales y del encuentro con lo árabe y lo judío, que García Lorca logró como forma poética; es un género más antiguo que el flamenco, la expresión de la pena, del dolor frente a la pérdida, a la muerte para exaltar la vida. Castro lo retoma con el giro del amor-desamor, el amor empañado por la violencia masculina: «Amor de amarse amor que es amoldar / y amancillar. [...] Amor de amañecar amor que es amputar / amor de amilantar / y de ambulancia» (*La Extranjera*, 2006). En el prólogo, Marina Llorente Torres apunta que incluso llega a subvertir el modelo patriarcal, como una tendencia de varios poetas españoles de la última década de los años 90

(por ejemplo Luis Antonio de Villena), a tal grado de plantear el amor del mismo sexo: «Podemos / volar sin las cadenas / que nublaron la cumbre de los héroes, [...] / bañadas / en la tibia verdad del unisex(o)» (*Cóncava mujer*, 1978).

En el libro *Los cuerpos oscuros* (2005), transita por los túneles del desasosiego (a partir del Alzheimer que padecieron su madre y su padre), en la frontera entre lo cuerdo y lo incoherente, en ese terreno donde no hay memoria y por ende tampoco un pasado ni un futuro. «Los atrancados. Los encerrados vivos. / Oscurecidos, aherrojados en el último cuerpo / de la casa, se consumen y hablan».

La poesía de Juana Castro conecta los temas de la vida personal e íntima con la colectividad. Si bien es una característica de la verdadera literatura, crear una solidaridad activa—como señala Gilles Deleuze—la poesía crea, al mismo tiempo, una comunidad potencial que se expresa con otra conciencia y una sensibilidad nueva. En este punto se une con el trabajo poético de María Victoria Atencia (Málaga, 1931). Las formas escritas que surgen de la convergencia de las culturas musulmana y judía—las lenguas mozárabes—

como las jarchas, escritas en árabe y hebreo, permiten en estas escritoras un español que atraviesa su lengua hacia giros inesperados pero sobrios y deja de ser una poesía extranjera del lenguaje nativo. Las dos abren una mirada única, venida del cuerpo, de sus cambios, de los sentires de los órganos y venas, hechas un corpus orgánico en el poema. Por otra parte, incorporan sus voces a la poesía española para hacerse escuchar, abriendo el camino en el canon literario para las poetisas más jóvenes como Olvido García Valdés, quien ahora es una referencia esencial de la poesía hispanoamericana.

Para esta escritora, la poesía de María Victoria Atencia se nutre de la carencia y es el sellado del yo. Poesía mística, busca lo sagrado enfrentando la fugacidad. Madre de cuatro hijos y piloto aviador, en su poesía se percibe el contraste entre lo aéreo y la tierra: «El pájaro que vuela sabe de un dios menor que sabe /—aunque a tientas— de un vuelo / que se proyecta a punta de lápiz en las cartas / frente a la infinitud de una noche o su número. // El pájaro solitario y caudal. Quien a solas se alza / San Juan no lo ha advertido / a solas / desabridamente cae». Lo ambiguo como búsqueda de lo permanente y eterno, aunque en

su poesía todo queda abierto, en estado de horizonte: «La Levedad de un élitro / vuela hacia su nada» (*El hueco*, 2003).

Después de quince años de silencio, en 1976 publica *Marta & María*, personajes bíblicos, la primera ocupada en las labores domésticas; la segunda, en el amado: «Eres todo mi ocio: qué importa que mi hermana y los demás murmuren / si en mi defensa sales, ya que solo amor cuenta». Dentro de este mundo cerrado de la casa y los objetos menores, Atencia trabaja un yo traslaticio: «Estoy en un sitio y en seis a la vez».

Siendo parte de la generación de los 50 con Antonio Gamoneda, José Ángel Valente, Claudio Rodríguez, Antonio Gil de Biedma, José Caballero Bonald, entre otros autores que escribieron su obra después de la guerra civil, posee en su poesía un interés por pasar de lo íntimo a lo social. A lo largo de sus libros *Arte y parte* (1961), *Cañada de los Ingleses* (1961), *Los sueños* (1976), *El mundo de M. V.* (1978), *El coleccionista* (1979), *Compás binario* (1979), *Paulina o el libro de las aguas* (1984), *Trances de Nuestra Señora* (1986), *De la llama en que arde* (1988), *La pared contigua* (1989), *La intrusa* (1992), *El puente* (1992), *Las contemplaciones* (1997),

A orillas del Ems (1997), *El hueco* (2003), *De pérdidas y adioses* (2005), se destaca una poesía filosófica con preocupaciones éticas, la necesidad de reflexionar sobre su propio quehacer literario, así como de cuidar el verso perfecto, con un ritmo que viene de una doble raíz: ira y amor y, según la autora, es un alarido reprimido, resuelto en imagen y música.

Con sencillez declara «ni siquiera sé que es un poema, aunque los descubro en San Juan, en Hopkins, en Rilke. Yo misma los intento escribir desde hace mucho, y lo hago ilusionadamente». Sobre el poema «he dicho siempre que se trata de una labor compartida; yo salgo a buscarlo y él viene a mi encuentro al margen de cualquier razón: irrazonablemente» (Alejandro Duque Amusco, *Cómo se hace un poema*, 2002).

En 2020, publicó *Semilla del Antiguo Testamento*, dedicado a las víctimas de la pandemia. Y al año siguiente presentó *Certeza de la luz* (2021) en la sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo en Málaga, obra homenaje con motivo de su noventa cumpleaños. Quisiera volverla a encontrar en Guadajajara como en aquel noviembre de 2006, con su sonrisa elegante y su belleza, en armonía con sus palabras sabias.

ESPAÑA SEGÚN ERICE

HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

Víctor Erice (Vizcaya, España, 1940) ha filmado cuatro largometrajes: *El espíritu de la colmena* (1973), *El sur* (1983), *El sol del membrillo* (1992) y *Cerrar los ojos* (2023). Asimismo, ha realizado un puñado de cortometrajes, algunos de los cuales forman parte de películas corales: entre otros, el que aportó a *Centro histórico* (2012), que incluye además las propuestas de Pedro Costa y Manoel de Oliveira y que hace un homenaje a la ciudad portuguesa de Guimarães; o *Ana tres minutos*, que forma parte de *3.11 Sense of Home* (2011), conformado por veinte cortos que giran alrededor del sismo que sacudió a Japón en marzo de 2011. Erice ha filmado poco, pero en su cine es posible rastrear observaciones y apuntes a partir de los cuales cabría reconocer una concepción personal de España.

Su ópera prima, *El espíritu de la colmena*, surge de un guion que escribió con el crítico Ángel Fernández Santos y ubica la acción en un pueblito de Castilla en 1940. Acompaña a dos

Guadalajara, Jalisco, 1965. Es crítico de cine y profesor en el ITESO, colaborador de la revista *Magis*.

hermanas, Isabel y Ana, cuya imaginación se dispara después de haber visto la película *Frankenstein* (1931), el clásico de James Whale. Ana, que tiene ocho años, vive en la inquietud por la suerte del «monstruo». Isabel le dice que este vive porque «en el cine todo es mentira, es un truco» y además lo ha visto vivo, en un paraje cercano al pueblo. No obstante, Ana vive una experiencia en la que la fantasía es brutalmente desmentida por la realidad, la cual le deja un hondo desasosiego. Erice acompaña la rutina de una familia pudiente que habita un viejo caserón que no goza de las conveniencias del progreso. En el padre (Fernando Fernán Gómez) conviven la curiosidad científica—la que anima a sus hijas—y la reflexión filosófica; la madre parece más atenta de los que no están. En muy raros momentos hay manifestaciones cariñosas. En su trato aparece cierta rusticidad, un rasgo al que ha sido muy atento el cine español que ubica la acción en el medio rural. Su gente parece absorbida por el deber, lo cual es particularmente observable en la servidumbre (la distribución del trabajo parece no evolucionar: es la misma que en tiempos pretéritos y la misma que podemos ver hoy). *El espíritu de la colmena* suele

interpretarse como una crítica al estado de ánimo que dejó la guerra civil y que es característico de la vida en tiempos de Franco; exhibe el «triste espanto» (como comenta el padre) y muestra los sinsabores de la pérdida de la inocencia.

En *El sur*—que Erice estrenó diez años después de su primer largo y cuyo guion escribió con Adelaida García Morales—los afectos están todo el tiempo presentes. A ello contribuye de buena manera el punto de vista: la cinta es relatada desde la perspectiva de Estrella, a la que acompañamos en dos momentos de su vida: a los ocho y quince años. Ella es hija única y vive con sus padres en la Gavio-ta, una casona ubicada en las afueras de una ciudad del norte de España. De su padre ella tiene una imagen fascinante—es un ser cálido que acompaña y revela, sorprende—, como sucede en etapas tempranas del ser humano: comenta, entre otras cosas, que él puede hacer cosas difíciles de explicar para los demás. El amor filial se manifiesta en acercamientos, abrazos y risas constantes, en actividades realizadas en común. Pero en algún momento Estrella comienza a descubrir que el padre reverenciado guarda secretos que se ubican en el sur. La imaginación y la fantasía van llenando el

misterio que habita en ese punto cardinal, y que está ligado al pasado del padre, quien se desplazó por allá para tomar distancia con su propio padre. La película concluye cuando ella se apresta a realizar el anhelado viaje al sur, del cual no veremos nada—aunque estaban previstos en el guion original algunos pasajes por aquellas latitudes—, porque el productor dio por terminada la filmación argumentando «cuestiones de criterio». Al final, esto resulta provechoso, pues corresponde a los que estamos de este lado de la pantalla llenar ese sugerente vacío.

El sol del membrillo (1992) es un «experimento» maravilloso. El registro, de corte documental, no parte de ningún texto previo y consiste en acompañar el proceso de trabajo del pintor Antonio López. Este, que es toda una celebridad, es considerado un artista hiperrealista, pero para Erice es más conveniente utilizar el término nuevo realismo para ubicar su obra (como comenta en una extensa entrevista que concedió a Tomás Pérez Turrent y que publicó la revista *Dicine* en noviembre de 1992). López es un pintor metódico y preciso que busca plasmar en la tela y al óleo el asunto que aparece en el título: la luz del sol que se

hace presente en un árbol de membrillos que está en el jardín de su estudio. Entonces lo vemos en acción, haciendo una serie de preparativos rigurosos que, adelantamos, le permiten tener una perspectiva certera para dar el mayor realismo a su obra: llena de marcas el terreno (e incluso algunas frutas), toma distancia del caballete, dibuja líneas en la tela, mezcla las pinturas y comienza a hacer algunos trazos. El trabajo es lento, aún más porque la luz es cambiante: inicia en el otoño y termina en el invierno de 1990. Para acabarla, el clima («el tiempo», como dice López) no ayuda, pues la lluvia aparece en más de una ocasión. El resultado ambicionado, así, se aleja conforme pasan los días. La película se construye en la sala de edición, en la que Erice arma microhistorias que involucran a las visitas del pintor y a un grupo de albañiles polacos. Y si la pintura de López no llega a buen puerto, el proceso ofrece aristas prodigiosas para la reflexión sobre el proceso creativo, sobre el arte o, más bien, las artes, porque en elocuentes planos hacia el final de la película el cine cobra relevancia al lograr concretar lo que en la pintura es sugerencia, esbozo, anhelo: no sólo porque al fin se materializa

la ambición de capturar el sol en el fruto, la luz en la piel del membrillo, sino porque se da cuenta del tiempo, se consigue «dar densidad al tiempo», lo cual es una de las constantes del cineasta.

Treinta años después Erice vuelve a filmar un largometraje: *Cerrar los ojos* (2023), que estrena fuera de concurso en el Festival de Cannes. La historia parte de la desaparición de un actor español, quien es una celebridad y está en medio de un rodaje. La policía hace las pesquisas de rigor, pero aun sin encontrar el cuerpo del susodicho concluyen que ha muerto en un accidente en un acantilado. Muchos años después el caso vuelve a cobrar interés. Erice da protagonismo en la cinta al realizador que dirigía la película en cuyo rodaje desaparece el actor. Además de una relación laboral, ambos eran amigos. El asunto sirve al realizador en pantalla y a Erice para hacer una sensible reflexión sobre el peso de las ausencias y, por supuesto, para hacer un homenaje en primera persona y por duplicado al cine, a sus alcances memoriosos y su capacidad para recoger lo inefable.

Si bien es cierto que Erice no ha manifestado que sus ambiciones artísticas tengan

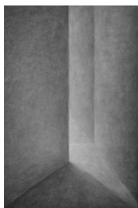
propósitos que cabría ubicar en la antropología o la etnología (el realizador no se ha planteado el objetivo de hacer un perfil del país y sus habitantes), me resulta difícil no intentar trazar un “mapa de España” por medio de sus películas. Así, en la «España según Erice» nos encontramos la convivencia de una diversidad de paisajes y humanidades. En sus películas van cobrando relevancia algunos rasgos y características que habitan en lo que cabría denominar la España profunda, una forma de encarar la vida y la muerte, elementos que alcanzan para perfilar un «carácter español». Es valiosa y gana actualidad la apuesta por observar las afinidades perceptibles en un grupo humano, en los habitantes de un país, particularmente en estos tiempos, en los que se buscan resaltar las diferencias y las singularidades en las identidades, a menudo de manera violenta. Aquí no hay melodrama, hay una aceptación con rasgos de estoicismo de las vicisitudes que ofrece el paso por este mundo, una profunda tozudez con matices rústicos. Se percibe la carencia de algo que se puede insinuar con vaguedad (un misterio; aquí cobra sentido aquello de lo inefable), que

tal vez se tuvo y que se perdió (como la inocencia, tema presente en mayor o menor medida en toda su filmografía), una actitud que tiene algo de nostalgia y melancolía. Pero no hay engaño, no hay la voluntad de refugiarse en otra realidad (ahora que están tan de moda los multiversos), hay aceptación y ánimo por seguir tirando. Un rasgo de estilo es el ritmo lento (¿la percepción del tiempo será también una particularidad que define el carácter nacional?), pertinente para hacer descripciones con alcances profundos; hay además una voluntad realista, algo que Erice comenta en la mencionada entrevista de *Dicine*: «Hace falta tener fe en la realidad», una máxima de Roberto Rossellini. En la conversación de marras, el cineasta habla del cine que le interesa, al cual ubica fuera de los parámetros industriales, y en el que cabría inscribir su obra: un cine que posee algo, «un sentimiento, una fuerza, una autenticidad».

GUILLERMO PÉREZ VILLALTA

MEDITERRANEIDAD

La obra del artista Guillermo Pérez Villalta llena las páginas de esta **Luvina** española. No sólo se incluye en la sección Arte sino también en el resto del número; detalles de sus piezas pueden verse en las siguientes páginas:



PÁGINA 11
La penumbra, 2023
Temple sobre tabla
70 × 50 cm



PÁGINA 25
Mare Nostrum, 2020
Temple sobre lienzo
70 × 50 cm



PÁGINA 29
La percepción, 2021
Temple sobre lienzo
100 × 71 cm



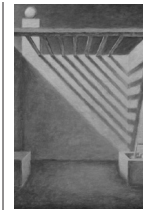
PÁGINA 67
La mirada vertiginosa, 2022
Temple sobre lienzo
50 × 35 cm



PÁGINA 81
Acqua Virgene, 2022
Temple sobre tabla
50 × 40 cm



PÁGINA 95
Frutas tomando el sol, 2022
Temple sobre lienzo
100 × 71 cm



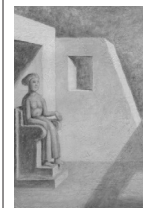
PÁGINA 164
Patio con luz de luna, 2022
Temple sobre lienzo
71 × 71 cm



PÁGINA 174
Pathernos, 2021
Temple sobre lienzo
100 × 100 cm



PÁGINA 189
La luz de la mañana, 2022
Temple sobre lienzo
71 × 71 cm



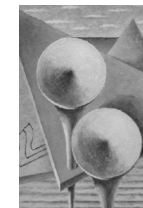
PÁGINA 263
La imagen de terracota, 2022
Temple sobre lienzo
50 × 70 cm



PÁGINA 272
La conversación, 2021
Temple sobre lienzo
70 × 70 cm



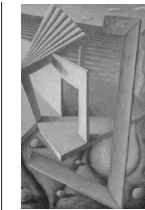
PÁGINA 279
El abrazo del Mediterráneo y el Océano, 2021
Temple sobre lienzo
100 × 100 cm



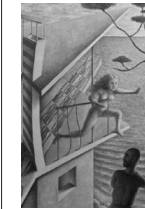
PÁGINA 359
Una pérgola sul mare, 2021
Temple sobre tabla
60 × 60 cm



PÁGINA 368
Los cobijos, 2021
Temple sobre tabla
60 × 60 cm



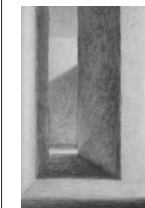
PÁGINA 380
Pabellón junto al mar para contemplar la naturaleza, 2021
Temple sobre tabla
60 × 60 cm



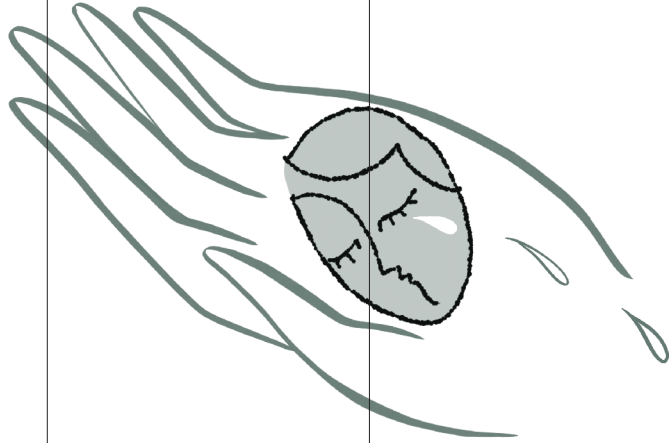
PÁGINA 425
Dido y Eneas o las miradas cruzadas, 2021
Temple sobre lienzo
141 × 141 cm



PÁGINA 428
Doble mirada, 2023
Temple sobre lienzo
100 × 100 cm



PÁGINA 438
Sol entrando en un callejón, 2022
Temple sobre tabla
50 × 40 cm



Revisa los resultados de nuestra convocatoria cada mes en español, inglés y francés.

¿Cómo
y por qué
escriben
los artistas?

<https://ornitorrincotachado.uaemex.mx/>

LA POBRE RICA (DETALLE), VERONICA LUZNIK, 2022.



escritura & arte
writing & art
écriture & art

Universidad Veracruzana

LAPALABRA
YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA



68 Teatro. 70 años de la Orteuv

- Los primeros espacios teatrales en Xalapa
- Formación y creación: Facultad de Teatro UV
- El Foro Teatral Veracruzano, una quimera de Raúl Zermeño
- Cherán, LEGOM y la lucha de las mujeres purépechas
- Dramaturgia en el Festival de Teatro Universitario de la UV
- Escritura para la escena: jóvenes creadoras en Veracruz
- El teatro pospandemia en el Veracruz metropolitano

Dossier - fotografías de *El puro lugar*, coproducción de la Orteuv con Teatro Línea de Sombra

f /lapalabayelhombreoficial

x @Palabayehombre

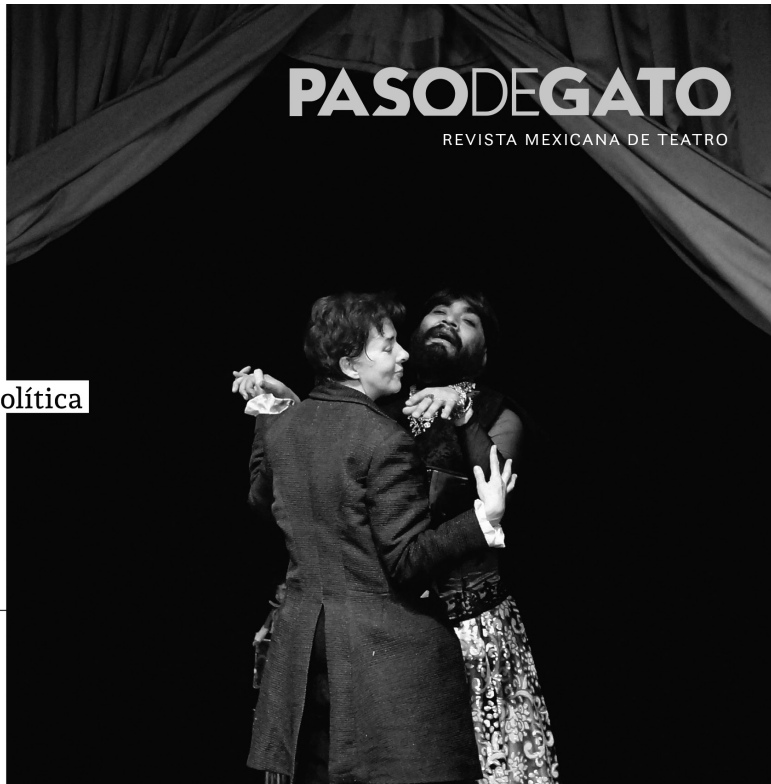
i /lapalabayelhombreoficial



lapalabayelhombre.uv.mx



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial



PERFIL:
Laura Almela

DOSSIER:
En espera de una nueva política teatral

ESTRENO DE PAPEL:
Hotel Boutique Rosablanca,
de Jimena Hinojosa

ENCUÉNTRALA EN LA LIBRERÍA PASO DE GATO
LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:
libreriapaso.degato01@gmail.com
55 5981 6993
www.pasodegato.com

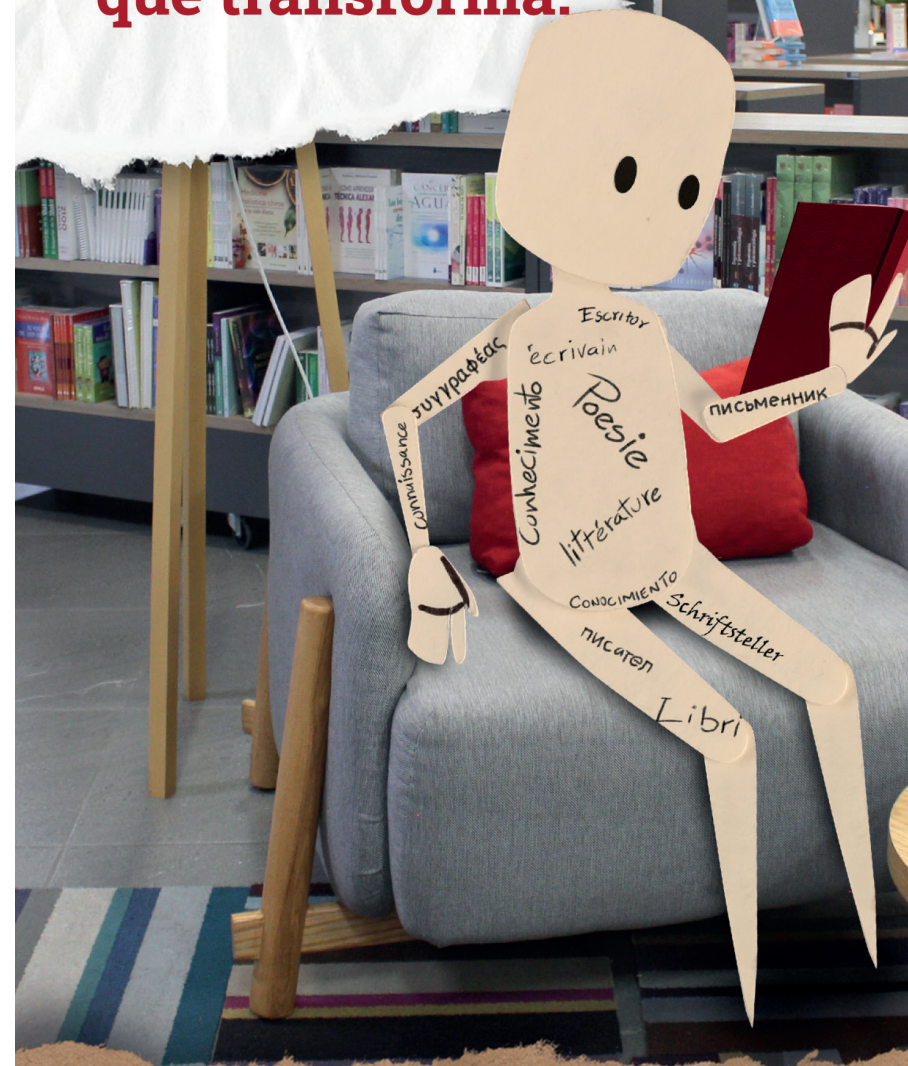
GREZZO GELATERIA

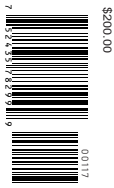
Cafetería y repostería italiana

Avenida Morelos 2038B Ladrón de Guevara 44600 @grezzo.gdl en Instagram.



¡Más que una
librería,
una experiencia
que transforma!





Expo Guadalajara FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA INTERNATIONAL BOOK FAIR®

2014

30 nov - 8 dic

fil.com.mx



fil.com.mx

30 nov - 8 dic

2014

Expo Guadalajara

INVITADO 20 DE HONOR 24 ESPAÑA

CAMINO DE IDA Y VUELTA



AC/E ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

Expo Guadalajara FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA INTERNATIONAL BOOK FAIR®